

The background of the cover is a vibrant tropical landscape. In the foreground, a woman with her back to the camera, wearing a floral-patterned sarong and a flower in her hair, stands on a rocky ledge overlooking a stunning bay. The water transitions from a deep blue to a bright turquoise near the shore, where white waves are breaking on a sandy beach. Lush green hills and palm trees frame the scene, and a waterfall is visible on the left cliffside. The sky is bright and slightly hazy.

La
CANCIÓN
del
EXILIO



KIANA DAVENPORT

«La lectura de esta novela es una experiencia asombrosa...
La poesía y el amor por la naturaleza impregnan cada línea.»
Isabel Allende

Lectulandia

Con una prosa cautivadora y un estilo sensual, *La canción del exilio* sigue la suerte de la familia Meahuna y la odisea de un hombre que busca a su alma gemela, a quien la guerra arrancó de su lado. Ubicada en un complejo y exótico Hawái, en los duros años de la Segunda Guerra Mundial, esta historia fascinante presenta un imaginativo elenco de personajes que se elevarán, magnífica y contundentemente, por encima de sus circunstancias, redimidos por el poder espiritual del paisaje que los rodea y la impresionante belleza de sus islas.

Lectulandia

Kiana Davenport

La canción del exilio

ePub r1.0
nalass 17.10.14

Título original: *Song of the Exile*
Kiana Davenport, 1999
Traducción: Daniel Hernández Chambers

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*En recuerdo de todas aquellas mujeres valientes
que fueron sacrificadas
en la Segunda Guerra Mundial,
y a «Eva» de Singapur,
«Margaret» de Kowloon,
«Sunny» de Honolulu...
que sobrevivieron.*

Ha'ina 'la Mai Ana Ka Puana...
Deja que se oiga el eco de nuestra canción

De The Echo of Our Song
Chants and Poems of the Hawaiians
Traducido por Mary K. Pukui, Alfons L. Korn

No puede decirse que la esperanza exista; tampoco que no exista.
Aunque no haya caminos en la tierra, cuando muchos hombres
pasan por un mismo sitio, el camino acaba por abrirse.

Lu Hsun, *A las armas*

PARTE I

HELE MALIHINI

Ir a un lugar como un extraño

RABAUL

NUEVA BRETAÑA, 1942

«... Pronto el pájaro fragata echará a volar. Surgirán y tronarán enormes olas. Será la estación de Makahiki. Otoño en mis islas...»

Se incorpora con rapidez en la oscuridad, cogiendo a su propio cuerpo por sorpresa. Sus dedos recorren su rostro, un rostro que antes no tenía defectos. Se frota las mejillas con los nudillos.

En el exterior se oye el zumbido de las alambradas electrificadas. Siente una sed tan feroz que chupa el sudor que le cae por el brazo. Después se levanta con cuidado, tambaleándose como la hierba empujada por el aire húmedo. Intenta oír el mar, pues eso es lo que anhela: el impacto del oleaje deshaciéndola en pequeños fragmentos. Desde algún lugar le llega el borboteo de las letrinas. Incluso ese sonido resulta reconfortante.

Alguien mueve una lámpara de queroseno en las tinieblas. Como en un sueño, Sunny contempla cómo flota en el aire y baja. La mano de un soldado, la mano del recuerdo, pone la lámpara en el suelo, mostrando una mosquitera mohosa y rasgada. Dentro hay una chica joven tumbada en un camastro estrecho, tan quieta que podría estar muerta.

Los guardias bostezan y acarician sus rifles en las torres de vigilancia que rodean el recinto de las mujeres (veinte barracones de metal galvanizado, y dentro de cada uno de ellos, cuarenta mujeres). Uno de ellos da ligeras cabezadas, escribiendo en sueños una carta para su familia en Osaka. «Madre, estamos ganando... ¡El ejército imperial japonés vencerá!» Está cada vez más delgado.

En uno de los barracones, una chica, Kim, aparta a un lado la mosquitera de su cama. Ardiendo de dolor, se arrastra hasta el camastro de Sunny, se hunde entre sus brazos y solloza. Sunny la tranquiliza, susurrando:

—Sí, llora un poco, te ayudará a dormir.

—Lo más duro es cuando el cielo comienza a clarear. Pienso en mi familia, en que no volveré a verla nunca. Quiero salir corriendo y lanzarme contra las vallas.

Sunny suspira y aspira el hedor a cloaca, a cuerpos enfermizos.

—Kim, sé fuerte. Piensa en música, en libros... en cosas normales que dábamos por hecho.

—No recuerdo las cosas normales. —Kim se rasca las piernas. Tiene dieciséis años—. No recuerdo la vida.

Sunny la sacude con suavidad, y advierte que su cuerpo está prácticamente reducido a los huesos.

—Escúchame. Cuando suene el silbato para pasar revista, nos pondremos bien erguidas, comeremos cualquier basura que nos echen. Por muy sucia que esté el agua, nos la beberemos. Y utilizaremos lo que nos quede para limpiarnos. Lo haremos por nuestros cuerpos, para que nuestros cuerpos sepan que seguimos teniendo esperanza en el futuro.

—¿Qué futuro? —murmura Kim—. Llevamos dos años así. Lo único que quiero es morir.

—Calla, y escúchame. La muerte sería algo demasiado fácil, ¿no lo ves? —Sunny suspira y comienza a dejarse llevar—. En París ahora haría fresco. Recorreríamos los bulevares. —Su voz se vuelve soñadora—. Podríamos incluso coger un taxi.

Kim levanta la mirada y pregunta con suavidad:

—¿Y los conductores serán groseros otra vez?

—Oh, sí. Y mi francés es tan malo. Quizá esta noche vayamos a Chez L'Ami Louis.

—¡Oh! La comida es buena, excelente. —Kim se anima momentáneamente, pues es su juego favorito. Fantasear.

—¿Qué vino deberíamos pedir? ¿El tinto de la casa?

—Y paté. ¡Y ostras! ¿Bañarás las mías en salsa de rábanos, Sunny?

—Por supuesto. Y te reñiré cuando te metas las cerillas en el bolsillo, como si fueras una turista.

Su voz se suaviza. Piensa en Keo, en el tiempo que pasaron en París. Meciéndose a la exuberante geometría de la luz del amanecer, sin nada entre ellos aparte de los latidos de sus respectivos corazones. Girando bajo arcos de mármol, a través de parques ajardinados, jóvenes, despreocupados y exiliados. No veían cómo París se derrumbaba a su alrededor, no veían cómo sus vidas se estaban desmoronando.

—Qué felices éramos. ¡Aprovechando cada instante, tan vivos!

—Yo no tengo recuerdos como esos —gime Kim—. Nunca los tendré.

—¡Por supuesto que los tendrás! Esto se acabará algún día. Te repondrás. La vida te ayudará a olvidar.

—... Sí. Tal vez la vida me esté esperando en París. La belleza y la aventura. ¿Y pasearemos esta tarde por los Campos Elíseos? ¿Buscaremos en las tiendas los guantes más suaves? ¿Y colonia? O quizá nos tomemos un café mientras esperamos a Keo. Voy a cerrar los ojos para imaginarme que estoy allí, mirándolo todo.

—Calla —susurra Sunny—. Pronto se hará de día. Si nos encuentran juntas, nos pegarán otra vez.

Siente la proximidad de las lágrimas: el hambre, la tortura, el dolor incesante, la conciencia de que ella y esa chica (y todas las demás) están muriendo.

—No pienses tanto. Los pensamientos te consumirán. Nunca sobrevivirás así.

—Sobrevivir. ¿Para qué? —La voz de Kim aumenta de volumen, y otras chicas se

incorporan para escuchar detrás de sus mosquiteras—. Hablas de la vida. ¿Cómo podemos afrontar la vida después de esto? ¿Cómo podemos mirarnos a la cara a nosotras mismas?

La voz de Sunny se vuelve urgente:

—Tenemos que vivir. Si no, ¿para qué habremos sufrido? ¿Todos estos años serán para nada?

Bajo su almohada hay un mapa improvisado que dibujó para poder recordar dónde están, adónde las trasladaron hace meses. Ahí está la ciudad de Rabaul, en la isla de Nueva Bretaña, al este de Papúa Nueva Guinea, un poco al norte de Australia. Ahí está el océano Pacífico y, lejos al nordeste, Hawái. Honolulu, su hogar. Más allá está el mundo, los grandes océanos. Muy lejos, al otro lado del Atlántico, está París. El ayer. Pero su mente siempre acaba por regresar a Rabaul.

Exhausta, debilitada como jamás había creído que podría estar, Kim se hunde en el mugriento colchón, con granos de arroz duro enredados en su pelo.

—Quiero dormir, quiero soñar. Oh, llévame de vuelta a París, a las tiendas, a los cabarets. Cuéntame otra vez cuando Keo y tú montasteis en un coche descapotable...

París, piensa Sunny. ¡Éramos tan inocentes! No comprendíamos que los trenes ya abandonaban las estaciones, que las calles se estaban manchando de sangre. Suspira, comienza otra vez, medio en sueños, y a medida que habla, otras chicas se levantan con esfuerzo de sus camastros, avanzan por el pasillo apartando las mosquiteras. Algunas están tan delgadas que sus movimientos parecen dotados de cierta delicadeza, otras son tan jóvenes que son niñas, fantasmas abriéndose camino a través de un telón de gasa. Se sientan con los brazos entrelazados y las cabezas inclinadas unas sobre otras, solo quieren escuchar y soñar.

—... Recuerdo que las mujeres francesas eran muy elegantes, y arrogantes, siempre con prisas para llegar a una cita. Intenté imitarlas, ser mordaz y rápida. Pero no poseo esos rasgos en mi naturaleza...

—¿Y te pintabas las uñas todos los días?

—¿Y bebías champán?

Sonríe, cansada.

—Oh, sí. A veces bailábamos toda la noche. Y luego nos quedábamos en algún puente esperando a que saliera el sol.

Kim se hace un ovillo a su lado, como una niña pequeña.

—Háblanos de él. ¿Siempre era agradable?

Sunny llora un instante, y las demás esperan.

—Era un isleño, muy amable. Y tímido. Era músico, ¿os lo he dicho ya? Era muy bueno, tocaba en ciudades famosas. Nueva Orleans. París. Era conocido.

Las chicas se estremecen y suspiran, como si sus palabras fueran talismanes, milagros que pudieran transportarlas lejos, que pudieran salvarlas.

—Keo no fue mi primer amante, pero fue el único. Yo creía que lo había escogido, pero ahora veo que él me escogió a mí. Es una sensación muy agradable cuando alguien te abraza. Imagináoslo. Un hombre joven, no es que fuera terriblemente guapo, ni demasiado alto. Oscuro, muy oscuro, y orgulloso. Incluso en casa, en Honolulu, siempre destacaba...

KE ALANA

Despertar

HONOLULÚ, MEDIADOS DE LOS AÑOS TREINTA

Con el amanecer tiñendo el cielo de púrpura por encima de los montes Ko‘olaus, Keo subió por Kalihi Lane, en el lado occidental de Honolulu. Era una calle tan estrecha que si estiraba los brazos casi alcanzaba a tocar los setos de cada lado. Un mundo remoto, del que no se solía hablar, tan humilde que podía caerse en la tentación de odiarlo. Tenía miedo de no llegar jamás a conocer más lugar que aquel.

Casas de madera que eran pasto de las termitas, con los escalones de sus porches combados por el uso de generaciones. Estaban separadas unas de otras mediante vallas de alambre recubiertas de *acalyphas* escarlatas, *calotropis* púrpuras y allamandas doradas. En el aire flotaba el aroma del jengibre y la plumeria. Cada día Keo abandonaba aquella calle con la respiración entrecortada de un animal corriendo. Y cada noche regresaba.

Algunas noches sentía que podía sentir aprecio por aquella calle, le parecía hermosa bajo la luz de la luna. En los patios había gallineros, orquídeas desplegando su belleza plantadas en latas de manteca, la lágrima azul de las jacarandas. Y árboles de mango cubiertos de lianas, flores de jengibre colgando como joyas rosadas. En lo alto, las hojas descuidadas de las palmeras se extendían a lo largo y ancho de la calle, formando una suerte de techo abovedado, como un primitivo y largo vestíbulo que le condujera a un bosque poblado por tribus tímidas y amistosas.

A veces se quedaba muy quieto y escuchaba. Los ronquidos del señor Kimuro a su izquierda respondían a los del señor Silva, que sonaban aflautados, a su derecha. Sonaba el teléfono de Mary Chang, y al otro lado de la calle Dodie Manlapit se incorporaba en la cama. Oía el mar, escuchaba su llamada. Apoyaba la mano contra el tronco de un árbol. No he vivido. Al final de la calle, penetró en un patio minúsculo con un garaje en el que no había ningún coche, subió los escalones que llevaban a la caseta y se descalzó en silencio.

En la entrada, sentada en un taburete, Leilani, su madre, ya había comenzado su jornada. De brazos fornidos, piel color moca y sin arrugas, la cara suave como la de una niña, parloteaba por teléfono con la tía Silky, que hacía el turno de seis a seis en la Prisión de Mujeres de Palama.

—... escucha, chica, fue la fiebre escarlata, no el cólera, lo que se la llevó, nos pasaron muchas cosas en aquellos días. Nunca se incorporó. Lo único que hizo fue parpadear y morir. Ahí fue cuando algún *desgrasiao* le robó el collar de cuentas de

cristal. ¿Y qué te crees? ¡El año *pasao* Milky Carmelita se presentó en la boda de Pansy con ese mismo collar! ¡Oh, sí! Por poco me caigo muerta. Espera... Aquí viene mi hijo, el búho de medianoche.

Keo dejó la puerta de la nevera abierta para refrescarse mientras bebía guayaba directamente de la botella, luego la cerró y le plantó un beso a su madre en la cabeza al pasar junto a ella. Su hermano pequeño, Jonah, estaba tumbado en su diminuto dormitorio, cuyas paredes estaban cubiertas de guantes de béisbol y remos de canoa. Malia, su hermana, estaba en su propio cuarto, roncando en una silla, con una sobrecogedora mascarilla blanca en la cara y la cabeza tapada por completo con una suerte de gorra metálica con la que esperaba mantener bajo control su pelo encrespado.

En el otro cuarto estaba su hermano mayor, DeSoto, con unos días libres de su puesto en la marina mercante. Keo se quitó la camisa de camarero y los pantalones, los colgó con cuidado y se metió en la cama de abajo. Mientras oía los ronquidos entrecortados de su hermano, se cubrió el rostro con la almohada, dejándose arrastrar por la envidia y la frustración.

Ha cruzado el Pacífico siete veces. Ha visto la Antártida. Ha conocido mujeres en Java. En Manila. Yo nunca he salido de esta maldita roca. No soy más que un tipo que lleva bandejas...

Bien podría haber nacido ciego, pues la vista parecía no serle de utilidad. De niño lo tocaba todo con los dedos, sin confiar en lo que sus ojos le mostraban. Más tarde se pasó años caminando con la nariz levantada como un perro, confiando en su olfato. Cuando tuvo diez años, sus oídos se convirtieron en sus ojos; siempre giraba la cabeza, con una oreja hacia delante al detectar el sonido de algún rastro de vida. La gente pensaba que la cabeza no le funcionaba bien.

En 1921, cuando tenía once años, el taller de guitarras y ukeleles Kamaka abrió sus puertas en South King Street. Keo hacía recados después de clase, llevándoles té y cigarrillos a los empleados. Uno de ellos era sordo, un filipino que tenía su propio y particular método de conseguir la resonancia perfecta al construir un ukelele.

—Todo está en los dedos —decía, dando suaves golpecitos para sentir en sus terminaciones nerviosas las vibraciones de la caja de sonido.

Le tapó los oídos a Keo y le cogió los dedos para ponerlos en la caja de un ukelele con forma de piña. Luego rasgó las cuerdas. Hizo lo mismo con otro ukelele con la típica forma de guitarra, para que Keo pudiera percibir la diferencia: los sonidos del que tenía forma de piña eran más melódicos a causa del volumen interno de su caja.

—Los oídos humanos no siempre están afinados —dijo—. A veces los oídos

están en las yemas de los dedos.

Cuando tenía doce, el sordo le vendió su primer ukelele por cinco dólares. Keo se sentó en la oscuridad y acarició el instrumento, escuchando a través de sus dedos. Entonces le llegó el sonido, vertiéndose en su interior como si fuera luz. En cuestión de semanas podía tocar cualquier canción con haberla oído una sola vez. Pero cuando pretendía ir más allá, intentando realizar salvajes variaciones en canciones isleñas como «Palolo», «Leilehua» o «Hawaiian Cowboy», su estilo era torpe y basto.

Keo no sabía cómo moderarse, cómo mimar su instrumento con delicadeza para que murmurara y resplandeciera. En lugar de eso, transformaba sus sonidos, corrompiéndolos y convirtiéndolos en exhalaciones quejumbrosas de la madera, tocaba con tanta intensidad que le salían callos en los dedos. No tenía a nadie que le guiase, para echarles el lazo a sus abruptas estridencias, a nadie que le ayudara a articular los sonidos.

A los quince encontró una radio desvencijada, la reparó y pegó con cinta la carcasa. Cada noche, mientras contemplaba la pintura gastada de las paredes y oía los exagerados ronquidos de su hermano, Keo movía el dial hasta que acertaba a localizar una emisora del continente cuya recepción siempre estaba recubierta de chirridos. Grupos corales. Conciertos. Música que denominaban «clásica». Al escuchar, sentía en su corazón la intensa llamada de una música que no podía entender. Unas corrientes eléctricas lo atravesaban con tanta fuerza que todo su cuerpo olía como si lo hubieran abrasado.

Del ukelele y la guitarra, el paso al piano se le antojó un desplazamiento a cámara lenta. De vez en cuando iba al Y, donde había bandas que tocaban para los soldados. El público era mayoritariamente blanco, con unos pocos soldados negros en un rincón. Keo se abría paso hacia el escenario para intentar observar a los músicos, cómo sostenían los instrumentos, cómo controlaban la respiración. Pero al ser nativo del lugar, y civil, los policías militares siempre lo echaban.

Una noche entró en un cuarto lleno de sacos de boxeo y guantes de cuero enmohecidos. Apestaba a sudor y serrín. Algo grande captó su atención en un rincón. Así fue como descubrió el Baldwin. Le quitó la lona sucia que lo cubría, abrió con un chirrido la tapa y limpió el polvo de las teclas. Después de aquello, varias veces a la semana se colaba en aquel cuarto y se sentaba al piano.

Al principio no le importaba cómo sonaba, solo cómo resonaban las teclas bajo sus dedos. El instrumento estaba desafinado, las cuerdas cubiertas de moho, los fieltros llenos de insectos. Aun así, conseguía tocar canciones casi reconocibles, cualquier pieza que hubiera oído alguna vez. Tocaba fragmentos de Bach y no lo sabía. Rachmaninoff. Ellington y Basie. Tocaba horas y horas, luego se obligaba a sí mismo a marcharse de allí y servir mesas en el Royal Hawai'ian Hotel. En su día libre, tocó el Baldwin durante toda la noche, hasta la tarde siguiente. No sabía lo que

estaba haciendo. Brotó de su interior tal torrente de sentimientos que le sangró la nariz.

Cada noche, después de servir mesas, su unía a la banda en la Royal Hawai'ian Monarch Room, rasgueando el ukelele y bailando el foxtrot con turistas ricas y solitarias. Era resultón más que atractivo, pero su piel oscura como la caoba parecía dotada de un aura que la iluminaba desde atrás, su presencia impecable se hacía notar, y las mujeres se sentían imantadas hacia él.

Keo aprendió a distinguir según el perfume que llevaban puesto qué mujer le arrimaría las caderas en busca de sexo. Sin que se percatasen, las guiaría por la pista hacia Tiger Punu, del que las mujeres nunca se cansaban, o Chick Daniels, el hermoso ídolo de las sesiones de tarde, el primer ukelele de la Monarch Room. O hacia cualquiera de los otros «hombres dorados» cuyos nombres tenían el encanto de lo exuberante: Surf Hanohano, Turkey Love, Blue Makua, Krash Kapakahi, los hermanos Kahanamoku.

Con sus piernas largas y perfiladas de músculos, paseaban por las playas de Waikiki riendo como dioses bronceados. Bañistas de día que enseñaban a nadar, a surfear, a remar, y cantantes de noche, los «hombres dorados» habían sido immortalizados en películas de Hollywood, así que había mujeres blancas y ricas que venían en su busca. Al amanecer las dejaban durmiendo en sus suites y regresaban a casa, exhaustos, conduciendo furgonetas herrumbrosas. En los barrios obreros de Kalihi, Palama e Iwilei se sentaban en diminutas cocinas y contaban las propinas que habían obtenido. Keo se mantenía apartado de sus amigos. Las mujeres blancas le daban miedo. Se imaginaba que bajo aquella pálida sensualidad se escondía un apetito salvaje. Como si hubieran venido a coleccionar cabelleras. No sentía deseo alguno hacia ellas. En los últimos tiempos ni siquiera pensaba en mujeres. La sangre se le acumulaba en los lugares equivocados. Lo único que quería era tocar el piano, sentir las teclas bajo sus dedos.

Un día, sentado delante del Baldwin, una oficial voluntaria del ejército de Estados Unidos entró en el cuarto. Rubia y pálida, permaneció detrás de él, escuchando. La siguiente vez, llevó consigo una vitrola y algunos discos. «Avalon», «When We're Alone». Keo reproducía cada canción casi nota por nota. A veces ella tarareaba canciones mientras él la seguía al piano, captando al paso la melodía y el tempo. Después tocaba la pieza entera desde el principio hasta el final.

Un día Keo encontró el piano afinado y limpio. Se sentó ante él, desconcertado. Mientras tocaba, la mujer cerró la puerta con llave, extendió algo en el suelo y le pidió que le hiciera el amor. Dijo que nunca lo había hecho con un nativo. Tenía treinta años y estaba divorciada. Él tenía diecinueve. Ella le dijo que sería una vez, solo una, para conocer la experiencia.

Keo observó cómo su pene oscuro e hinchado la penetraba, como si se adentrara

en una concha aflautada, mientras una maraña de venas azuladas recorría los muslos de la mujer. Cuando llegó al orgasmo, pensó que el cerebro le había estallado y el cráneo se le había despegado con un chisporroteo. Moriría enloquecido, atrapado dentro de una *haole*^[1]. Gritó, luchó por salir de ella, pero la mujer hizo algo con su mano y Keo volvió a sentir una erección. Estuvieron allí cinco horas, gimiendo y retorciéndose. Ni siquiera sabía su nombre. Nunca volvió a aquel cuarto. Para entonces ya no importaba, podía tocar acordes mudos en cualquier tipo de superficie, en las mesas de la cocina, en su bandeja de camarero, en las paredes de su dormitorio. Sus dedos tamborileaban incesantemente.

La luz de la luna incidía sobre colmillos babeantes. Unos dóberman se lanzaban contra una valla intentando alcanzarle. Keo les gruñó, haciendo que se volvieran locos. Al otro lado de la valla, el rocío convertía el césped en una alfombra de perlas. La fortaleza indo-persa de una heredera de estaño en el mar más allá de Diamond Head. Para levantar aquella casa más de doscientos hombres habían trabajado un año entero plantando los cimientos y excavando cinco acres de lava.

Había sido como observar la construcción de las pirámides: nubes de polvo, sol cayendo a plomo, la antigua caligrafía de hombres de piel oscura subiendo y bajando. La casa en sí había llevado varios años, y durante todo ese tiempo la heredera se negó a construir aseos para los obreros. Se veían obligados a aliviarse entre los escombros, a llevar pañuelos empapados en orina en la cara para no ahogarse a causa del polvo. La mujer llamó a su fortaleza Wahi Pana, «lugar legendario». Los nativos la llamaron Wahi Kūkae, «lugar para defecar».

Keo veía limusinas atravesando sus puertas, luces iluminando la casa principal, varias bandas de música. Todo lo que tenía que hacer era darles su nombre a los guardias: ella estaba esperando a sus «hombres dorados» del Hotel Royal. Comprobó el estado de sus zapatos de cuero de punta afilada y sus pantalones bien planchados. Recorrió el jardín con la mirada. No tenía nada que hacer allí. Lo que necesitaba no estaba allí. Se dio la vuelta, recordando a su madre, antes, planchándole los pantalones.

—¿Por qué vas allí? Esa rica *wahine* os come vivos, y se deshace de vosotros cuando se harta.

Su hermana, Malia, le había respondido con su inglés de salón bien estudiado:

—Mamá, así es como son las cosas con los *haole*. El truco está en utilizarlos a ellos mientras ellos nos utilizan a nosotros.

Esa era Malia, volviéndose tan elegante que ya no encajaba. Había comenzado a sonar como alguien que no era nativo pero tampoco del todo blanco. Alguien atrapado en medio.

Su madre, Leilani, dejó de planchar y la miró fijamente.

—Nena, si me vuelves a hablar así te meto esta plancha por el trasero. Te estás volviendo demasiado presumida.

Malia se echó hacia atrás como si estuviera dolida.

—Pero fuiste tú la que dijo que no se hablase más jerga local en esta casa. Que no hablásemos más como *kānaka*. Dijiste que aprendiésemos inglés de verdad.

Leilani meneó la cabeza.

—Cierto. Pero últimamente te estás volviendo demasiado perfecta para nosotros.

La voz de Malia se volvió suave y cansina. Mostró sus brazos llenos de costras.

—Mamá, mira esto. Sarpullidos provocados por uniformes de almidón barato. Camarera todo el día en el Moana. Y por las noches, bailando para los mismos turistas *hapa-haole* a los que les limpio los retretes a mediodía. ¿Por qué no iba a darme aires? Me los he ganado.

Malia, con su piel dorada, rayando en la voluptuosidad. Rasgos polinesios reunidos para componer algo que estaba muy cerca de la belleza. Hija única, nacida entre los dos primeros hijos varones, había sido «maldita» con el don del dinamismo y el ingenio. Tenía los cajones de su cuarto llenos de perfumes que había hurtado a los clientes del hotel. Tenía etiquetas de grandes diseñadores que había recortado de sombreros y vestidos y vuelto a coser en los suyos. Era un fraude, pero Keo la adoraba. Había algo en su hermana que lo tranquilizaba.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo—. Llegarás a ser alguien.

—¡Tú! —Malia lo apartó de un empujón—. Un día hablas con la lengua de aquí y al siguiente con «auténtico» inglés. ¡Joder, decídate de una vez!

Keo sonrió. En sus años mozos se había esforzado para aprender inglés «auténtico». Leilani se había prometido a sí misma que aunque no tuvieran títulos universitarios sus hijos hablarían de forma educada, parecerían educados, y llevarían zapatos de verdadero cuero en lugar de zapatillas de goma. De todos modos, Keo siempre acababa por volver a la jerga nativa, pues así sentía que se mantenía en contacto consigo mismo.

Ahora dobló la esquina y abandonó la avenida Kalakaua, paseando por las playas próximas al Hotel Royal. Más allá se encontraba la base del ejército norteamericano, Fort DeRussy. Se acercó a la pista de baile al aire libre del club de oficiales para observar a las parejas que se movían en círculos. La banda militar, compuesta por soldados negros, tocaba sin mucho esmero «Body and Soul» y «You Are Too Beautiful» con una expresión de profundo aburrimiento en los ojos. Uno de los músicos se irguió de pronto y levantó su instrumento hacia lo alto, haciendo brotar de él un sonido similar a un sollozo. Las parejas dejaron de bailar y escucharon.

La canción aún resultaba reconocible, pero aquel tipo la tocaba como si quisiera desprenderse de su propio pellejo, como si estuviera completamente harto del mundo.

No se mecía al compás, simplemente permanecía allí, aislado. Llegó un momento en el que el instrumento se volvió contra el músico, como si la canción y su talento librarán una lucha cuerpo a cuerpo. El músico tocó lento, luego rápido, hizo sonar la trompeta como si gritara, después como un susurro. La trompeta parecía maldecir, y luego se volvía dócil y familiar. Aquel tipo debía de haberse sentido demasiado expuesto. Finalmente, la canción se fue calmando y fluyendo en ritmos más suaves para que las parejas volvieran a bailar.

Cuando la banda se tomó un descanso, el tipo se internó en la playa con el sudor cubriéndole el rostro.

Keo se le acercó.

—Oye, has estado genial.

—Qué va. La genialidad no llega hasta aquí. No en esta jodida roca. —Se giró y lo miró con más atención, dándose cuenta de que Keo era nativo—. Eh, tío, lo siento. Creía que eras uno de los chicos de la base.

Keo se rio por lo bajo.

—No importa. ¿Eso era un clarinete?

El soldado lo miró de arriba abajo.

—Está claro que no tienes ni idea. Es un saxo tenor.

El soldado fue al escenario y volvió con el instrumento, que brillaba tenuemente, como un arma. Keo tocó la boquilla.

—Esa parte no importa demasiado —dijo el otro—. Aquí arriba —y pasó los dedos por las válvulas— es donde creas la música. —Se percató de la reverencia con la que Keo acariciaba el instrumento y del modo en que le escuchaba—. ¿Te gusta la música? ¿Tocas?

—El ukelele, la guitarra... el piano.

—¿Qué tocas al piano?

—Cualquier cosa. Lo único que necesito es escucharlo antes una vez.

—¿Lees música?

—No lo necesito —dijo Keo.

—¡Eh! Tienes mucho rollo para no saber diferenciar un clarinete de un saxo. Eso tengo que verlo.

Volvió al escenario y se inclinó hacia el percusionista, luego le indicó a Keo que esperase. Una hora más tarde estaban recogiendo los instrumentos.

—Vamos a tocar un poco en los billares de Pony, delante del Hotel Street. Solo chicos «oscuros». ¿Te apetece venirte?

Keo se sintió intimidado.

—No soy un profesional. Nunca he tocado con desconocidos.

Los de la banda se rieron amistosamente.

—Vamos a ver cómo se te da eso de escuchar. Yo soy Dew. Y este es Handyman.

Así fue como se convirtió en una rata de cuartel, siguiendo los fines de semana a la banda de Dew de base en base, Fort DeRussy, Schofield Barracks, Tripler Air Base, y después, en actuaciones improvisadas en la parte trasera de salas de billar y bares. Sin embargo, aún no se hacía el ánimo de tocar con ellos, atemorizado por la sensación de oscura nobleza que ofrecían, por la ferocidad con la que hacían sonar sus instrumentos.

—Así que esto es jazz.

—Jazz, ragtime, todo lo que sea incendiario —explicó Dew.

Keo acabó por adorar su jerga, sus nombres, incluso su mezcla de colores: una variación de negros, caobas, bronceados y amarillos que no se diferenciaba mucho de los nativos hawaianos. Contemplaba con atención la capa compacta de sudor iluminada por la luz que lograba atravesar el humo que cubría la sala, las gotas que resbalaban por aquellos rostros oscuros como perlas húmedas mientras uno de ellos tocaba su trompeta con elegancia y suavidad, hablando de sueños y reinos perdidos, de inocencia descarriada y honor. Otro tocaba los tambores, llevaba las canciones más allá con golpes ensordecedores y toques que se deslizaban hacia ritmos de tam-tam y locas fanfarrias, y luego lo unía todo de nuevo con pequeños roces, suaves caricias como de brocha de pintar.

Keo seguía el ritmo en las mesas, quería gritar, quería decirles lo que significaba para él estar allí, estar con ellos, liberado para siempre del silencio. Los otros le picaban para que se lanzase a tocar. Pero no estaba preparado, sabía que no era lo bastante bueno. No obstante, su amor por el ritmo y el tempo, y la síncopa, su incapacidad de expresarlo, provocaba que los demás le cogieran cariño. Lo adoptaron, lo llevaron consigo a salones de baile en los que grupos filipinos mezclaban ritmos latinos con los sonidos de las grandes bandas. Todavía no sabía leer música, no tenía forma de practicar o improvisar. Dormía con la radio pegada a la oreja, absorbiendo todo lo que podía, incluso en sueños.

Un día, seis hawaianos fornidos aparecieron tambaleándose por Kalihi Lane, cargando en brazos con un Steinway sin tapa y con varias teclas desaparecidas. Su padre, Timoteo, lo había encontrado en el vertedero detrás del Tanatorio Shirashi, donde trabajaba de conserje en jefe y reparador de ataúdes. Esa noche, después del trabajo, Keo se quedó con la boca abierta. Los filtros colgaban de los combados percutores, y su parte frontal, oscura y achaparrada, recordaba la cara de un bulldog al que le faltasen dientes.

Compró manuales y herramientas, y reparó las teclas y los percutores uno a uno. El olor a pegamento y barniz se le pegó a las manos. El vecindario oía los quejidos nocturnos del cepillo de carpintero, las virutas se enroscaban en el aire como endebles mechones de pelo. Su madre se sentó con el ceño fruncido ante el estropicio que afeaba su garaje.

—¿Por qué necesitas esto? ¿Por qué no te basta con escuchar la radio? Esas canciones bonitas que ponen en el programa de Hawai Calls.

Keo se mostró paciente.

—Mamá, voy a ser un músico serio. No uno de esos que tocan «Hukilau» para los turistas.

El serrín se posó en las mejillas de su madre.

—Entonces, ¿por qué no tocas música de *kāhiko*, de los antepasados? Música hawaiana de verdad, con calabazas y tambores de piel.

—Voy a tocar jazz.

—¿Qué tipo de música es esa?

Quería decirle que era como una confesión, como hacer penitencia, una manera de tocar que agotaba el genio y la locura del músico. Quería decirle que, después del jazz, cualquier otra música habría muerto.

Algunas noches, con su hermano Jonah pasándole los alicates y el cúter, trabajaban en el Steinway hasta el amanecer. Luego iba caminando hacia el océano. Y se bebía el agua en la que nadaba, se nutría y se sumergía. En aquellos momentos de quietud, nada le importaba. Tenía su sueño. Tenía el mar. Cumbres húmedas que ejercían un efecto tranquilizante en él, el tiempo desatándolo con manos saladas.

RABAUL

NUEVA BRETAÑA, 1943

Lluvia, lluvia incesante, mosquiteras pudriéndose, paredes cubriéndose de moho. A una chica la fusilan por intentar hacer señales a los aviones aliados. Se echan los cerrojos en las puertas, las ventanas se tapan con pintura; hay poco oxígeno.

Al agruparse al amanecer, alineándose para el recuento matinal en el exterior de cada barracón, solo la mitad de las chicas tienen la fuerza suficiente para mantenerse erguidas. Las manos a los lados, los pies totalmente juntos, cada chica se inclina por la cintura, aguantando la lenta cuenta de cinco. Otras se agachan o se apoyan en palos, desmayándose mientras los guardias gritan «BANGO».

Cuentan en japonés, «Ichi, nee, san, she, go, roku», las más fuertes ayudando a sus compañeras más débiles.

Soprendidas contando por otras, son azotadas, obligadas a permanecer de rodillas sobre palos de bambú durante horas. Cerca de ochocientas chicas habían sido llevadas a Rabaul, un bastión militar de más de cien mil hombres, la mayor base de suministros de Japón en su propósito de invadir Nueva Zelanda y Australia. Ahora apenas sobreviven quinientas chicas.

Las que tienen fuerzas suficientes se pasan horas inclinadas sobre pilas de lavar, frotando uniformes de soldados. No para de moquearles la nariz a causa del cloruro cálcico que echan en las letrinas. Algunos guardias se apiadan y les dan pieles de patata y zanahoria, o pedazos de pan mohoso. Uno de ellos les lleva colillas de cigarrillos y cerillas, a pesar de que están prohibidas.

—No todos somos malos —susurran—. Somos buenos, y malos, como en todas partes.

—Dejadnos ir —suplican las chicas—. Ayudadnos a excavar por debajo de las alambradas.

Un día, medio loca por el hambre, Sunny se enfrenta a un guardia.

—Nos habéis convertido en esclavas. Nos matáis de hambre. Os colgarán.

El hombre se le acerca.

—Estúpida. Pronto las gentes de todo el mundo estarán bajo las órdenes de los japoneses. —Le da una patada, haciéndola caer, y le pateo el estómago y la cara hasta que se cansa—. ¡Bocazas! La próxima vez te corto la lengua.

Otras chicas se arrodillan y la atienden, algunas están tan delgadas que los harapos con los que se cubren cuelgan de ellas como de perchas. Todavía tienen por delante la tarea diaria: el recuento de las seis en punto, formar para «BANGO». Almuerzo de arroz grisáceo. El vaciado de los cubos utilizados como orinales, la

limpieza de los barracones. Hacer cola para las letrinas. Para las que aún son capaces, hay «gimnasia semanal», trote en círculos por el recinto, balanceo de los brazos, doblar la espalda para ayudar a la circulación. Al atardecer, la «reverencia» vespertina a los guardias, a los oficiales de inspección. Y después otra vez la llamada para «BANGO».

—Ichi, nee, san, she, go, roku...

Entre las filas, las mujeres se susurran las noticias. Otro bombardeo aliado en Tokio, derrota de la Armada japonesa en el Mar de Coral. Derrotas en Corregidor y Midway. Un australiano en el campo de prisioneros de guerra tiene una radio casera escondida bajo su camastro, y una vez a la semana los hombres se reúnen para escuchar las transmisiones desde Australia. Semanas o meses más tarde las noticias llegan hasta el campo de las mujeres, situado a menos de un kilómetro de distancia. Ahora, una chica china, embarazada de tres meses, que sabe que será fusilada muy pronto, susurra las noticias.

—Los aliados han capturado Guadalcanal... ¡El Almirante Yamamoto ha muerto en Bougainville! Los japos han sido derrotados en Lae y Buna... Los soldados japos están muriéndose de hambre, se comen las botas... hay rumores de canibalismo.

Llenas de júbilo, las chicas se cubren la boca y ríen. Se ríen a la mínima oportunidad, en ocasiones con auténticas explosiones de alegría, y los guardias les apuntan con las bayonetas. Las palabras se han vuelto demasiado difíciles, las lágrimas demasiado habituales. La risa es su único desahogo. Sin ella, podrían suicidarse o matarse las unas a las otras. La risa lo expresa todo, la tristeza, el dolor, el amor, el odio. Sunny incluso se ríe cuando ve su propia cara reflejada en un trozo de cristal. Y luego se gira apresuradamente. Ha pasado un año desde que se miró en un espejo.

Y, puesto que son seres humanos luchando por sobrevivir, incluso por sobrevivirse las unas a las otras, las chicas se estudian entre sí: chinas, indonesias, malayas, coreanas, filipinas, euroasiáticas, mujeres blancas secuestradas de ciudades caídas en manos japonesas como Singapur o Hong Kong. Hay enemistad y roces entre ellas. Y en la total falta de privacidad (la desnudez en el barracón de las duchas, las letrinas rebosantes hechas con planchas de madera sobre bloques de cemento), se llega hasta el odio.

Las blancas (británicas, americanas, holandesas) son consideradas esclavistas, imperialistas, estúpidas y mimadas. Las euro-asiáticas, con su sangre mestiza, son tomadas por vagas y putas. Las indonesias, las malayas y las filipinas son ladronas e intrigantes, a veces espían para los guardias. Las coreanas son soplonas, avariciosas y despiadadas. Las chinas, en el peldaño más bajo, son consideradas escuálidas. Las pocas chicas japonesas que hay, antiguas prostitutas, son las peores de todas.

—Ojalá se mueran todas —llora Kim—. Todas son tan egoístas. Charo, la chica

de Manila, esconde patatas en su colchón. Por las noches la oigo espantando a las ratas. Su-Su no comparte ni un cigarrillo, ni una mísera colilla. María robó un huevo y se lo comió crudo, incluso la cáscara, mientras nosotras babeábamos. ¡Un huevo! Han pasado años desde...

Sunny la abraza como a una niña pequeña. A sus veinticuatro años, comprende que eso será lo más cerca que esté de ser madre.

—¿No lo ves? —murmura—. Quieren que nos odiamos entre nosotras, porque eso nos debilita. Nos deshumaniza.

Sin embargo, en la crisis de cada barracón las mujeres se cuidan unas a otras y se abrazan. De hecho, Sunny ha presenciado actos de semejante ternura en estado puro que ha tenido que mirar a otro lado. A veces piensa que nunca ha amado a ningún ser humano con tanta devoción como en esos años encerrada allí. Intenta memorizar cada detalle, absorber cosas únicas de cada una de las chicas. Ella les entrega todo el amor y la humanidad que posee en agradecimiento por el milagro de su presencia allí con ella, por sufrir como ella sufre.

—¿Cómo sería si me viera obligada a soportar esto yo sola?

Hoy, mañana, podrían morir, pero hoy se miran unas a otras prometiéndose recordar eternamente. Las chicas de cada barracón se mantienen aisladas, controladas por distintos grupos de guardias. Pero cuando se agrupan para el recuento matinal y vespertino, y mientras realizan las tareas diarias, se comunican con gestos, susurran a través de las paredes. Descubren conexiones, coincidencias: ¡el mismo país, la misma ciudad, el mismo nombre! Aunque solo sea la misma forma de ojos. A veces se pasan una nota, una promesa escrita en un trapo.

«Resiste. Aguanta. Si escapo, encontraré a tu familia, les diré lo valiente que eres, y que estás bien.»

Sus voces se propagan en la oscuridad. Muchas son niñas, chicas secuestradas muy jóvenes (con once o doce años), que nunca han tenido una menstruación. Esto es todo lo que conocen. Para otras, algunas noches la tristeza se intercala con el recuerdo. La belleza de las montañas reflejándose en la superficie de los lagos. La hermosura de los pies descalzos sobre el asfalto caliente, de correr campo a través en compañía de buenos perros. Plantando en el huerto al lado de sus padres. Llorando en el pajar con un amante. La belleza de bendecir la mesa antes de una comida. El lujo del pensamiento. Sinfonías. Y la lectura de poemas. Hablan de vestidos soñados, de pelo aromatizado. Del gusto de la fruta fresca, del café. Lloran por el tacto añorado de un marido, de un prometido.

Sunny escucha, hablando menos que las demás, mostrando menos de sí misma, retrayéndose más y más.

—... Corrí calle arriba en mi vieja bicicleta Schwinn. Era de color azul metalizado y amarillo. A mi izquierda, la casa del señor Tashiro, con su amplio patio

delantero y su nuevo Ford. A mi derecha, la de los Nanakoas, una familia atractiva y fuerte. El hijo es alto y flirtea conmigo, aunque solo tengo trece años. ¡Subo y subo por las colinas púrpuras! Hay casas escondidas detrás de palmeras y vallas de hierro. El tiempo se detiene. Si aguanto la respiración puedo oír cómo se abren las flores y dan fruto los árboles. Y el estrépito de los pájaros hace que las higueras rebosen de música...

»Arriba, arriba hacia los Montes Alewa, más despacio porque la carretera se inclina y me duelen las piernas, la sangre se me sube a la cabeza. A lo lejos, en lo alto, las montañas y los bosques, y abajo los valles verdes y el mar. El doctor Hong revisando el porche de su casa en busca de termitas. Trabaja con mi padre en la clínica, pero no lo invita a casa porque es coreano. Nunca me sonríe. Y allí delante, ¡mamá! De pie sobre la hierba. Una hawaiana muy guapa, muy hermosa. Huele dulce, como pakalana, las violetas chinas. Se vuelve y flota hacia mí...

»Ahora estoy en King Street, con unos amigos en un coche. Mirad, ahí está la sala de baile Casino, con gente bailando y música de jazz. Nos abrimos paso, con el aire prepotente de los gánsteres. Ahora me balanceo en la pista de baile. Hace calor. Ron y Coca-Cola. Alguien entre la multitud que me rodea me transformará, me salvará de mi vida. Me despierto para verlo de perfil a mi lado. Keo...

Sunny se gira en el lecho, gritando su nombre.

NĀ 'I KE NA 'AU

Revelaciones que brotan de las entrañas

HONOLULÚ, MEDIADOS DE LOS AÑOS TREINTA

Los hombres desmontaban sus instrumentos y sacudían los restos de saliva de las boquillas de latón. Incluso cuando ya habían terminado de tocar, Keo permanecía paralizado, con su cuerpo concentrado en escuchar. Quería lo que ellos tenían: un futuro. Jazz. Cuando hablaban de marcharse, de volver a su hogar en Memphis, Nueva Orleans, Keo se sentía mal, algo en su interior se sublevaba.

Veía a su madre zurciendo los uniformes de la prisión de mujeres, el rostro teñido de gris de su padre por los años que se había pasado respirando formol. A su hermano pequeño, Jonah, que aún iba al instituto, trabajando a tiempo parcial como monitor en el hotel donde sus hermanas y primas trabajaban de camareras. Todos ellos atrapados en una vida de servilismo. El jazz se le antojaba su única vía de escape.

La noche antes de que Handyman, el percusionista, se fuera de vuelta a Chicago, se reunieron para uno de sus conciertos improvisados, tocando desde blues a baladas, desde canciones a coro a solos. Keo se bebió varias cervezas de golpe, haciéndose el ánimo para acercarse finalmente al escenario. Ellos eran profesionales, podían saber si alguien poseía talento solo por el modo en que se aclaraba la garganta. El pianista se levantó y le invitó a ocupar su puesto.

Keo se sentó.

—Por Handyman.

Los miembros de la banda intercambiaron guiños y se lanzaron a interpretar «Stardust» al estilo de Nueva Orleans, con total intensidad, dejándose la piel todos juntos. Luego adoptaron el estilo de Memphis, estableciendo el tema en el primer coro y después cada uno realizando un solo y ejecutando su particular variación. Cuando le llegó el turno, Keo tomó aire, comenzando con lentitud y precaución, pero enseguida se desquició, galopando a través de «Stardust» como un loco y pasando a «Black Bottom» y «Sister Kate», irrumpiendo con fragmentos de Bach, Stravinsky, los Études de Chopin, la música que había absorbido de su radio cada noche durante años. Música que no podía comprender, como cristal caliente que se deslizaba por las costuras de su sueño y lo marcaba para siempre. Los otros le escucharon sobrecogidos.

Lo que Keo tocaba resultaba casi reconocible, pero quedaba arrasado por explosiones que brotaban de la nada. Se producían nerviosos segundos en los que los dedos vibraban sobre las teclas, un baile que cuajaba en una pausa ensimismada, una

meditación, un dedo tocando una tecla con la fuerza de la manecilla de los segundos en un reloj. Luego volvía a enloquecer, como dos hombres que tocasen canciones diferentes pero de algún modo las mezclasen y después las separasen de nuevo. Aquello no era música, no era jazz. No podían decir qué era.

Siguió tocando, poseído, sacando a relucir todo lo que sabía o sentía. A continuación dio paso a composiciones del aquí y el ahora, canciones de baile, melodías pop que chillaban entre sus dedos mientras hacía una escabechina de sonidos. Milagrosamente, por senderos retorcidos y maltratados, regresó a «Stardust», pero el estribillo saltó en pedazos, evocador y renovado. El sudor le cubría la cara y los brazos y empapaba las teclas. Sus dedos resbalaban y caían en su regazo. Los volvía a alzar y continuaba tocando hasta quedar cegado, con sus pulmones protestando y su frente inclinada sobre el teclado. Había tocado sin tregua durante veintisiete minutos. Los demás lo contemplaban en silencio.

Keo levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—La verdad. ¿Tengo... algo de talento?

Dew se aclaró la voz y respondió con suavidad:

—Te diré lo que no eres, Hawaiano. No eres ordinario.

Después de aquello, nada le detuvo. Seguía sin poder leer música, apenas podía diferenciar un instrumento de viento de otro, pero estaba aprendiendo. Los músicos abandonaban el ejército y otros ocupaban su lugar. Keo los esperaba en el exterior de las bases de Hickam y Schofield, y luego tocaba con ellos en el cuarto trasero de algún bar.

Algunas noches no podía sentarse quieto, sentía la necesidad de abrazar físicamente el sonido. En mitad de un solo de piano se quitaba los zapatos y saltaba de su asiento para ponerse a bailar. Nadie sabía lo que estaba haciendo: movimientos de rodilla al compás de los cantos de guerra hawaianos, algo de Kabuki, un ballet propio de un torero. Bailaba como tocaba, de forma desatada, brincando, con giros rápidos, transformando su cuerpo en un instrumento. De algún modo sus locos movimientos formaban un conjunto sólido, como un collar encordado con ritmos salvajes que prendían fuego al resto de la banda. Silbaban hasta que los silbidos se convertían en un aullido, entonces Keo regresaba a su asiento y atacaba el teclado. Dew le prestó discos de Jelly Roll Morton y Fats Waller entre otros. Como contexto, los míticos sonidos del ragtime de King Oliver. Keo se compró una vitrola de segunda mano. Los vecinos se sentaban en la calle con sillas plegables y abanicos, contemplando su cabeza inclinada hacia el piano intentando seguir la música.

—¿Qué es eso de «ragtime»? —preguntó Mary Chang.

—Debe significar que es hora de taparse las orejas con un trapo —dijo Ricky Silva con una mueca—. Vaya una música más extraña, suena más como un accidente de coche.

A veces Keo echaba la cabeza hacia atrás ante el feroz milagro de Armstrong y ponía sus discos una y otra vez hasta que quedaban rayados. Y también los de ese otro genio, Earl Hines, que tocaba como nadie. Otros hombres, la mayoría pianistas que tocaban al estilo de la Costa Este, seguían atascados en los ritmos de vaivén del ragtime. Pero Hines hacía lo que quería con pulso, usando puntilladas simples con su mano izquierda y largos acordes con la derecha. Lo que Keo estaba intentando, Hines ya lo dominaba. Toda una nueva geografía.

Keo imitaba su estilo. Quebrando fragmentos de canciones con explosiones redobladas o fuera de lugar mientras seguía utilizando un metrónomo. Decoraba las canciones con sonidos de oropeles, con pequeños titubeos, y luego arremetía con brutales ataques, terminándolas a veces con lo que sonaba como un *vibrato* ejecutado con un instrumento carente de *vibrato*. Practicó hasta que no pudo diferenciar un disco de Hines de su propia ejecución. Pero ahí radicaba la diferencia, y él lo sabía: estaba copiando a otro. No era original, no era jazz puro.

Trató de esculpir sus propios sonidos, escarbar hasta el tuétano de una canción, encontrar sus verdaderos sonidos. Después de un tiempo logró algo, algo mínimo, pero que era suyo. Tomó una melodía como «Sunny Side of the Street» y, deseando entender la calle, el clima, el ánimo de sus gentes, dejó que su mente vagase hasta que diera con algo a lo que engancharse: un pedazo de luz del sol, un vagabundo que se cruza, las preocupaciones de alguien quedándose en la puerta de su casa. Congeló ese instante, diseccionándolo, con sus dedos deslizándose por las teclas hasta que se transformó en la esencia de la calle, el paisaje, el significado de la canción.

Algunas noches Malia se sentaba a escucharle.

—Creía que el jazz consistía en ser original, pero me da la impresión de que estás copiando el estilo de otro.

Keo la miró fijamente.

—Es «mi» interpretación...

—Hermano —repuso ella, agitando su cigarrillo en el aire—, estás tocando una canción que compuso otro, estás interpretándola imitando a ese tal Hines. ¿Qué tiene eso de original?

Keo levantó los brazos por encima de su cabeza.

—¿Quieres algo original? —Y se lanzó a ejecutar un boogie-woogie que devino en un Charleston de los años veinte, y luego un tango vibrante que se transformó en un canto fúnebre, en los quejidos de cosas muertas que eran sacadas de sus tumbas. Después retornó al boogie-woogie, haciendo que la gente que escuchaba desde la calle siguiera el ritmo con sus pies.

Malia se dobló de la risa.

—Eres un salvaje. Pero ya lo superarás con la edad.

Keo se irguió en su asiento, sobrecogido.

—¿Superaré el jazz?

—Piano. —Dio una calada al cigarrillo y expulsó el aire con un gesto teatral—. No puedes gritar de verdad con el piano. Y tú necesitas gritar.

Su hermano la ignoró. Ella adoraba el dramatismo, le encantaba decirle cosas que le confundían. Pero una noche Keo aporreó el teclado con tanta fuerza que se rompió un dedo. No podía siquiera servir mesas. Durante días no hizo otra cosa que recorrer casas de empeño, sin saber muy bien por qué hasta que descubrió la trompeta. La cogió en sus manos para oler su aroma, estudiando el instrumento con atención. En un parque, puso sus labios en la boquilla y sopló. El sonido fue horrendo, como si algo estuviera siendo descuartizado. Aun así, le gustaba aquel instrumento, su tacto, su tamaño. Se tumbó y miró al cielo, con la trompeta apoyada en su pecho.

Se quedó medio dormido, escuchando canciones que tocaría con aquel nuevo instrumento, pensamientos y sentimientos que expresaría, todas las facetas de su vida. El hombre que servía mesas en el Hotel Royal. El «chico dorado» atendiendo a turistas. La rata de cuartel enamorada del jazz. Exploraría aquellas diferentes facetas de sí mismo a través de su trompeta y, cuando llegase el momento, las abandonaría. No habría espacio en él para nada que no fuera jazz. Aprendería a tocar aquel instrumento tan bien que la trompeta le hablaría directamente y sus dedos la harían sonar antes de que supiera siquiera lo que estaba tocando. Recorrió las calles de Honolulu sintiéndose recién nacido, sintiendo que podía vivir eternamente. Había encontrado un medio de expresión que podía llevar siempre consigo.

Un día, su hermano mayor, DeSoto, lo llevó en su canoa. Después de horas bebiendo cerveza y comiendo *'ahi*, Keo colocó la boquilla de la trompeta y tocó, con la lengua apretada cuidadosamente contra los dientes y el aire saliendo de sus pulmones con tal fuerza que se le contraían las entrañas. Los sonidos quedaban eclipsados por el mar y, al recordar los tiempos en el taller de Kamaka y a aquel hombre sordo enseñándole cómo los dedos podían convertirse en oídos, se concentró en el manejo de las válvulas, en bajar el tono, en «escuchar» a través de las terminaciones nerviosas de cada uno de sus dedos.

DeSoto le escuchó y finalmente preguntó:

—Eh, ¿por qué has dejado el piano? Empezaba a sonar realmente bien.

Keo titubeó:

—Esta trompeta, bueno... Es como si estuviera conectada a mi cerebro, a mi boca, a lo que quiero decir en el mismo momento en que lo siento. Con el piano tienes que esperar a que el mensaje llegue a tus dedos. —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n—. Quizá sea un idiota.

DeSoto lo cogió del brazo.

—¡Eh! No tienes que darme explicaciones. Practica. Practica. Un día le sacarás fuego a esa trompeta. He visto a montones de bandas en Tokio y en Hong Kong.

Ahora manda el jazz. Todo el mundo habla de Louis Armstrong, de Duke Ellington, y de ese *haole* muerto con ese nombre tan gracioso, Big Spider's Back.

—Bix Beiderbecke —se rio Keo, adorando a su hermano.

—Voy a decirte algo, Keo. El mejor lugar para practicar, el mejor para estar a solas, es aquí mismo. —Y señaló al mar, en el que se distinguían varios peces manta a lo lejos—. Date tiempo para conseguir... cómo lo llamas... confianza. Puedes coger mi canoa siempre que quieras, te la doy.

Keo estudió a su hermano. Era el típico hawaiano, fornido, temible, dotado de unas cejas amenazantes y el rostro esculpido por el viento propio de los antiguos exploradores. Un solitario, siempre ligeramente ajeno a su tiempo. Su padre le había puesto el nombre del coche que siempre había querido tener y nunca se compraría porque había decidido tener hijos en su lugar. DeSoto había dejado la escuela a los diez años para ayudar a criar a sus hermanos pequeños. La única lengua que usaba era la nativa, y aun así había cruzado el Pacífico siete veces, había visto la Antártida y también Bombay. Cuando estaba en casa, ocupaba los días pescando.

—Hermano —le dijo Keo—, siempre me he preguntado... ¿en qué piensas cuando estás aquí solo?

DeSoto se encogió de hombros.

—En las mareas, en el tiempo, en qué tipo de peces picarán. En cómo voy a cocinarlos. Si lo haré al vapor o en la sartén. Cuánto jengibre tendré que utilizar, y cuánta soja. Si su sabor será delicioso.

Keo repitió el intento:

—¿En qué piensas cuando no estás pescando ni comiendo?

Ahora fue DeSoto quien lo estudió a él.

—¿Qué estás buscando? ¿La clave de la existencia? Esta es la clave. Ahora mismo. Nadie es dueño del futuro.

Después de eso, empezó a salir al mar él solo, yendo más allá de los surfistas y los pescadores. Luego recogía los remos, limpiaba la boquilla y hacía sonar su trompeta. Había días que perdía de vista la costa y la canoa surcaba aguas tan profundas que eran de color azul casi negro. A veces una ballena le salía al paso, contestando a la música de su trompeta. Incluso los delfines saltaban en respuesta a su canción.

Los días que tocaba hasta más allá del agotamiento, hasta acabar con los labios gastados y los pulmones desinflados, se tumbaba boca arriba, enfilando la proa de la canoa hacia la orilla con la esperanza de que la corriente le llevara hasta allí. Algunos días experimentaba una sed terrible. Un tiempo después se acostumbró, e interpretó esa sed como un impulso feroz. Años más tarde recordaría aquellos días exhausto, vacío, medio ahogado por las olas rompiendo contra la embarcación. Y se preguntaría si en realidad había estado practicando o descubriendo hasta dónde podía soportar.

Leilani se balanceaba calle abajo con aires de reina, portando un cuenco vacío. Le sonrió al hombre del tofu, rompiéndole un poco el corazón y dejándole con la tristeza instalada en los ojos, porque era una mujer exuberante, una auténtica belleza hawaiana. Piel morena con toques de oro allí donde el sol le remarcaba los pómulos y los hombros carnosos. El pelo negro le caía en cascada. Los ojos eran profundos, de color chocolate como el *kukui*; los dientes, radiantes y fuertes como el ñame. Leilani se apoyó contra su carrito con gesto meditabundo. Los bloques de tofu flotaban en agua, en el interior de grandes latas de galletas. Hundió un dedo en mitad de los cremosos trozos de tofu y contempló su tembloroso reflejo en el líquido. El hombre se inclinó hacia ella.

—Oye, Leilani. ¿Cómo le va a Keo? ¿Sigue tocando esa música rara?

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Espera y verás. Mi chico se hará famoso. ¡Tocar la trompeta ahora se lleva más que el ukelele de los viejos!

Regresó calle arriba con su cuenco lleno de tofu y la cabeza erguida, temiendo que se estuvieran riendo de ella a sus espaldas. Había empezado a temer al pescadero, al hombre que vendía *poi*, a los vecinos de la calle. Incluso el simple sonido de una sepia friéndose o el murmullo del arroz cociéndose la hacía pensar en cocinas llenas de gente murmurando, de personas susurrando que su hijo estaba *pupule*, que le hablaba a su piano y gritaba por la boquilla de su trompeta.

A Keo se le curó el dedo y los labios se le llenaron de llagas, así que durante una temporada volvió al piano. Los vecinos le oían murmurando por las noches, matando mosquitos a palmadas, martilleando teclas defectuosas. Pero de vez en cuando tocaba algo que reconocían, tocaba con tal anhelo, con tal abatimiento, que la gente se daba la vuelta en su cama y se abrazaban los unos a los otros.

Algunas noches Keo se percataba de la presencia de Jonah, sentado en la penumbra del garaje. De niño, Jonah había sentido una cierta rivalidad con Keo, motivada no por la envidia, sino por la autodefensa, por la necesidad de considerarse a sí mismo algo más que el hermano pequeño. Ahora, todavía adolescente pero alto y con el cuerpo lleno de músculos, se había convertido en un atleta, en un estudiante con honores. Seguro de sí mismo, se acercó más a Keo, guiado por un instinto protector.

Una de esas noches, percibiendo su presencia entre las sombras, Keo se giró hacia él.

—Jonah, ¿qué estás haciendo aquí?

—Mirando. Escuchando.

—¿Entiendes jazz?

—No... pero me gusta ver cómo te dejas el alma. Me sirve de ejemplo.

Su admiración le dio fuerzas a Keo. Había alguien a su lado, impulsándole a seguir, reduciendo sus frustraciones y sus miedos por el simple hecho de compartirlas con él. A veces, cuando terminaba de tocar, agotado, paseaban hasta el mar, cada uno con el brazo en los hombros del otro.

Dew se marcharía pronto, de regreso a Nueva Orleans. Ahora le daba clases a Keo de trompeta, ayudándole a leer partituras musicales: cómo descifrar las notas escritas, cómo llenar los huecos con sus propias secuencias de acordes, cómo aprovechar las pausas convencionales, cosas básicas que a Keo le servían para saber por dónde quería ir.

—No puedo enseñarte a tocar, pero te diré una cosa: antes de que puedas ser original, tienes que conocer la tradición, para así saber qué reglas vas a romper.

Le cogió la trompeta y sacó de ella unas notas con tal claridad, tal aparente facilidad, que a Keo le faltó poco para darle un golpe en la boca.

—Creía que solo tocabas el saxo.

—Soy músico —se rio Dew—. Más te vale serlo tú también y no negarte a tocar otros instrumentos. Los necesitas incluso cuando estás haciendo un solo. —Se relajó un poco y añadió—: Lo que acabo de tocar no era nada. Algún día será coser y cantar para ti. Tienes fuego dentro, Keo. Pero no te conviertas en simple fachada.

Lo llevó a salas de baile frecuentadas por filipinos, para escuchar a bandas procedentes de Manila. A Keo se le antojaron ostentosas y proclives al exceso, incluso el público era ostentoso, compitiendo los unos con los otros y peleando entre sí. Cuando se producía alguna redada policial, caían al suelo cientos de navajas. Pero de tanto en tanto alguien atraía su atención. Una chica se giraba, con las manos en las caderas, deseosa de gozar de su compañía por una noche.

Para entonces Keo tenía mediada la veintena y las mismas necesidades que todo el mundo. Había noches en las que llevaba a alguna chica a un hotel, le pagaba las consumiciones, hacían el amor, reían, incluso retrasaban la separación. Con su trompeta siempre se mostraba considerado, siempre generoso, entregado. Era una especie de comunión con el instrumento, un amor carente de celos, de traiciones, la sensación de que todo lo que invirtiera en ella la trompeta se lo devolvería. A veces apretaba su nariz contra ella e inhalaba su olor, acariciando sus formas. La trompeta era suya, solo suya; los sonidos que salieran de ella no podrían ser duplicados por ninguna otra persona.

Había noches en las que cogía partituras y las tocaba de principio a fin sin titubeos. Luego bajaba la trompeta y estudiaba pequeños banderines y garabatos que le hacían pensar en caballitos de mar y hombres calvos que se ahogaban. Empezaba otra vez, más despacio, con añadidos que no aparecían en la partitura, brincos furtivos, un súbito arpegio. A veces le salía bien, otras no.

Sin embargo, seguía sintiendo un cierto rechazo a leer partituras. Lo que quería

era exprimir todo lo que tenía dentro, sacarlo de sus entrañas, que su música nunca sonase igual la segunda vez que la tocaba. Quería pintar sonidos con colores violentos y llenos de chorretones. Luego quería que su música se suavizase de lo violento a lo penitente, de lo físico a lo sentido, para que la gente se quedara boquiabierta preguntándose «¿cómo es posible? ¿cómo es posible?». Quería dejar al público exhausto, que volvieran a sus casas y se perdonasen los unos a los otros.

Puede que Malia tenga razón, pensó. Puede que solo necesite gritar.

Puesto que la mayoría de sus amigos se marchaban, Keo volvió a frecuentar salas de baile para estudiar a las bandas que actuaban. A finales de los años veinte, los filipinos que habían llegado a Hawái habían llevado consigo, además de su propia música, ricos sonidos latinos que habían recibido como herencia de los cuatro siglos durante los que su país había sido parte del imperio español. Ese sentido innato para el ritmo los había preparado para el blues y el jazz. Habían evolucionado hasta convertirse en los primeros músicos de baile de Hawái, y ahora tocaban en salas de toda la ciudad.

Keo no se sentía identificado con ellos.

—Su forma de tocar es una broma. Eras tú el que decías que el verdadero jazz es algo mental. Si esailable, no es jazz.

Dew lo miró con verdadero afecto.

—Chico, sigue pensando así y acabarás tocando solo. Lo que estos tíos tocan no es jazz puro, pero ofrecen sonidos nuevos. Nosotros, los militares, todos tan lejos de casa, ¿de dónde crees que sacamos la inspiración? De estos filipinos, y de las bandas del continente. Maldita sea, Keo, deja de estrujarme a mí el cerebro. Encuentra tu propia inspiración.

Keo contestó con la suavidad de un niño.

—Pero tú eres el mejor...

—¿Lo dices porque soy de color, porque mis amigos y yo nos criamos en los burdeles comiendo despojos?

Keo negó con la cabeza, impertérrito.

—Llevo ya dos años escuchándote. Nadie toca blues o jazz como los negros. King Oliver. Y Armstrong. Y ese clarinetista, ¿Bechet? Son genios.

—Que es lo que tú no eres. Aún. Solo quieres coger esa trompeta y usarla de soplete. Chico, tienes que aprender a formar parte de un equipo, a construir sobre lo que ya existe, a tocar con los que tienes a tu alrededor. Tienes que ser generoso con los demás, armonizar y complementar. —Dew dudó un momento, como si se dispusiera a explicarle qué había más allá de la vida, un reino incorpóreo—. Keo, nunca has visto los lugares donde surge de verdad la música, Chicago, Kansas City, Nueva Orleans. Quizá lo hagas, porque eres lo bastante bueno. Te voy a decir una cosa: si no respetas las normas, esos tíos te patearán el trasero.

Dos semanas después de que Dew se fuera, Keo comenzó a tocar a tiempo parcial en el Rizal's Dance Hall, supliendo al segundo trompeta cuando se tomaba un descanso después de medianoche. Los filipinos eran apasionados, fogosos, sus exuberantes sonidos le abrieron nuevos puntos de vista, nuevas actitudes. Siguió las reglas, y empezó a ejecutar duetos de viento con el primer trompeta, mientras la banda tocaba un tempo sensual para que las parejas bailasen. No era el jazz crudo e improvisado que él amaba, pero era una forma de blues con las sorpresas suficientes como para mantenerlo alerta. Memorizó su partitura para saberse a la perfección cada intervención de la trompeta.

Cuando la banda tocaba, él ejecutaba su parte exactamente como estaba escrita. Pero a veces, en los ensayos, se dejaba llevar, improvisaba, sabiendo que se había pasado de la raya cuando el líder del grupo entrecerraba los ojos. Así pues, como no podía soplar con todas sus fuerzas, empezó a concentrarse en el tono. Con el tiempo, su forma de tocar adquirió calidad, de su trompeta salió algo que nunca había escuchado. Comenzó a realizar solos con tal moderación y tal inteligencia que los demás miembros de la banda lo miraron con renovado interés.

Una noche, mientras tocaba «I Should Care», realizó unos arpeggios tan arrolladores y cadenciosos que las parejas dejaron de bailar y se pararon a escucharle. Él siguió tocando, atrayendo la atención sobre el sonido, haciendo que la sección rítmica entrase como deslizándose, el piano, el bajo, los tambores, todos adaptándose a los sonidos que él producía. Cuando terminó, la multitud aplaudió y coreó su nombre.

Finalmente, los soldados acudieron a escucharle, auténticos hombres de jazz. Escribió a Dew para mantenerle al tanto de todo. Le llegaron discos de Nueva Orleans. Discos de Ellington, de Basie. Más Sidney Bechet. Y sonidos viscerales que jamás había escuchado antes, blues y jazz tocado con trompetas acalladas con platos, copas, sombreros. Esos sonidos le parecieron horribles, poco ortodoxos. Pensó que era hacer trampas. Pero a medida que escuchaba, empezó a gustarle la forma en que una trompeta podía ser controlada.

Después de eso, puso un cuenco sobre la boca de su trompeta, haciéndolo palpar mientras soplaba, dotando los sonidos de un enfoque oscilante y diluido. Cambió luego a un bombín, copiando una foto que había visto en *Downbeat*. Excitado por aquellos nuevos sonidos, le escribió a Dew largas cartas en las que le contaba lo que iba absorbiendo y aprendiendo.

En la calle, Leilani irguió su cabeza un poco más.

HO‘ONALU

Formar olas, meditar

Una de las noches que pasó en la sala de baile Casino, escuchando a distintas bandas, un rostro femenino se destacó entre la multitud, pálido y arrogante, y al mismo tiempo algo melancólico. La chica lo miró fijamente durante mucho rato, y él sintió como si se le dislocasen los miembros y las membranas que los unían ardiesen. Creyó que si no miraba a otro lado, todas las reglas cambiarían para siempre; se le exigiría más de lo que tenía.

Unas cuantas noches después, tocando la trompeta en Rizal's, la volvió a ver. Mirándolo como si buscara algo en él. De repente, mientras Keo estaba en el callejón de atrás fumando un cigarrillo, la chica apareció ante él.

—Quería decirte lo mucho que me ha gustado tu forma de tocar —dijo en voz baja, casi con timidez.

—¿Conoces algo de jazz? —le preguntó él.

—No mucho. Pero sé reconocer algo excelente.

De cerca su cara le impactó, era preciosa. Sus pómulos estaban perfilados con ángulos suaves, los labios ligeramente gruesos, y su nariz revelaba su sangre hawaiana. Pero en sus ojos ligeramente rasgados y en su pelo negro y liso cortado en líneas rectas Keo también distinguió otro origen.

—¿Cómo te llamas?

—Sunny... Sun-ja Uanoë Sung.

Entonces Keo soltó un comentario algo loco:

—Tienes una actitud muy buena.

A veces ella iba acompañada de amigos de la universidad, y otras iba sola y se quedaba apartada de la multitud. Keo empezó a buscarla entre la gente. Una noche, sudoroso y agotado, bajó del escenario y ella estaba allí. Desde ese momento se dedicaron a pasear por la playa, aunque con cierta cautela y recelo. Keo hablaba de manera desordenada, pasando arbitrariamente de un tema a otro. Ella le contó su vida de forma episódica y en un orden cronológico inverso, como si su vida no se hubiera visto afectada por ningún hecho anterior.

Keo supo que su padre era coreano. Y cuando intimaron más, vio cómo su piel parecía volverse más oscura a la luz del sol y su pelo negro se rizaba ligeramente al mojarse por la lluvia. Ella consiguió confundirle aún más cuando se relajaba, pues parecía casi traviesa. Sus labios se hinchaban y sus gestos adquirían cierta pereza. Era compleja como todos los mestizos, en ocasiones parecía de una manera, otras de otra, y en otras los dos tipos de sangre que corrían por sus venas, la sangre hawaiana y la

coreana, luchaban por el predominio y el resultado era que no parecía ni una cosa ni otra.

Una noche, sentados en un banco, Sunny habló de su padre, de que nunca la había querido, de cómo maltrataba a su madre. De cómo la falta de cariño la había hecho sentirse invisible. Hablaba con suavidad, con tristeza, hasta que se quedó dormida. Con cuidado, Keo la rodeó con su brazo. Le parecía completamente indefensa. Pero, sin embargo, recordaba su aspecto la primera vez que la había visto, temeraria, clavándole fijamente la mirada, como si todo lo que él pudiera ofrecerle no fuese a resultar suficientemente tentador para ella. Ahora tiró de ella para atraerla hacia sí, y le habló de algo que le carcomía el corazón, temiendo resultar mediocre. Habló de mujeres ricas que bailaban el foxtrot, de lo que sentía sirviéndoles la comida, de su miedo a que su vida se redujese a eso.

—Soy más que eso. No acabaré siendo alguien que se queja por lo que debería haber sido. Seré el mejor, solo necesito un plan.

La luz de la luna en la cara de Sunny la hacía parecer extremadamente joven. Keo la movió para despertarla.

—Sunny. Tú no deberías estar conmigo. Eres una universitaria... —Ella se incorporó lentamente—. Tu padre es médico, vives en los Heights.

—Es un técnico de laboratorio. Y la casa no es nuestra.

—Aun así. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Pasearte por los barrios bajos?

Sunny lo miró fijamente.

—Sé a lo que te refieres. No es eso lo que estoy haciendo.

—Entonces, ¿qué es?

—... Es todo lo que me has dicho. Todo lo que hemos dicho. No me da miedo.

Inclinó la cabeza como un animal que fuese a beber de un abrevadero y le cogió los dedos para acercarlos hasta sus labios. Su melena quedó colgando hacia delante, dejando a la vista su nuca, que Keo cubrió con su frente.

Sunny trajo consigo alborozos y augurios de que algo iba a pasar, le hizo mirar más allá de su propia vida. Keo aprendió que su actitud procedía del miedo, de la constante búsqueda de un subidón de adrenalina.

—Conozco el sabor del miedo desde que nací. Estaba en la leche de mi madre.

Había crecido poniendo a prueba su valor, tumbándose de noche en la carretera mientras los coches subían a toda velocidad por la colina, aguantando la respiración cuando los faros la enfocaban.

—Esperaba hasta que pisaban el freno y entonces me apartaba. Mi madre pensaba que tenía tendencias suicidas por culpa de la brutalidad de mi padre. ¡No entendía que lo que yo quería era vivir! Lo que hacía era endurecerme a mí misma.

Le contó que solía ponerse erguida en el borde de un acantilado durante una tormenta, luchando contra el viento, con los dedos de los pies curvados hacia abajo para agarrarse a sus sandalias.

—Estaba aprendiendo a no tener miedo de nada. Volvía a casa empapada, aturdida, cubierta de barro, y mi padre me pegaba porque pensaba que había estado retozando con los chicos en mitad del campo.

Durante los veranos trabajaba en las fábricas de conservas y de dependienta en alguna tienda. Su dominio del inglés «auténtico» y su piel clara como la miel deberían haberle facilitado el acceso a algún ascenso, pero Sunny siempre salía en defensa de chicas de piel más oscura que la suya.

—Veía cómo a las hawaianas y a las filipinas las apartaban siempre a un lado. Me sacaba de quicio. Organicé pequeñas huelgas, escribí reclamaciones en las que acusaba a los jefes de favoritismos. —Se rio—. Me despidieron de tres empleos distintos.

Mencionó a un hermano que estudiaba ingeniería en la Universidad de Stanford. Su padre quería que ella estudiase medicina.

—¿Es eso lo que tú quieres? —preguntó Keo.

—A él no le importa lo que yo quiera. Así no funcionan las cosas en Corea. ¡Allí todo es *kongbu haera, kongbu haera!* ¡Estudia, estudia! —Entonces frunció el ceño e intentó ser justa—. Mi padre dice que aprender es un deber para con nuestros antepasados. No es una mala persona, solo es un cascarrabias y un catastrofista.

—¿Y qué hay de tu madre?

Sunny titubeó un instante antes de responder:

—Mi madre se ha olvidado de cómo correr e incluso de cómo caminar descalza. Se me desangra el corazón viendo cómo la trata mi padre, quiere que sea una dama. Cuando es demasiado nativa, demasiado *riff-raff*, o cuando habla en la jerga local, mi padre le pega. Entonces quiero lanzarme contra él. Tengo que irme de la habitación en la que él está. A veces hago cosas para distraerle, para que me pegue a mí en lugar de a ella. Y otras veces parece tan triste que quiero consolarlo. Me acerco a él todo lo que creo que es seguro.

Keo movió la cabeza a un lado y a otro.

—Si mi padre hiciera eso, le devolvería los golpes, pese a lo mucho que lo respeto.

—He intentado llevarla de vuelta con su familia, en Waimanalo. Pero ella lo quiere, ¿sabes? Su primera esposa murió poco después de que se mudasen aquí desde Corea. Y con mi madre, que es hawaiana y no fue a la escuela, mi padre cree que se casó con alguien por debajo de su nivel. Ella era joven y hermosa, y él estaba solo. — Sunny se envolvió en sus propios brazos y dejó escapar un suspiro—. Es difícil de explicar. No podría vivir sin ella, y sin embargo la trata como la mayoría de los

coreanos tratan a sus esposas, nunca la llama por su nombre. Siempre grita *yobo!* «¡eh, tú!»

Al escucharla, Keo tenía la sensación de haber entrado en una habitación y haberse encontrado con aquella chica desesperada que quería salvar la vida de su madre. Intentó interpretar esa desesperación, desarrollarla hacia atrás para llegar a la chica que se encontraba tras ella. Quería hacer que todas las piezas encajasen. Quizá fuera la vida de aquella chica la que necesitaba ser salvada.

Sunny tenía un pequeño estudio alquilado cerca de la universidad de Manoa Valley, un campus muy pequeño y rural en el que de vez en cuando las vacas interrumpían una ceremonia de graduación. La primera vez que hicieron el amor, Keo sintió que haría cualquier cosa que ella le pidiera. Le daría su trompeta, sus pulmones, su vida, todo por un poco más de ella, por todo lo que de ella pudiera conseguir. Las semanas transcurrieron en una especie de demencia. Avanzaban el uno sobre el otro con una sensación de inevitabilidad, como quien no puede dejar de rascarse una picadura. Los besos de Keo eran como mordiscos de animales cuando se hundía en su vagina, que parecía una lengua resbaladiza y enrollada que le lamía hasta prenderle fuego.

Respirar. Se le antojaba todo un logro salir de ella. Salir vivo. O medio vivo, reducido a sudor, al mismo tuétano. ¡De qué forma más hermosa se arqueaba, en llamas y llena de semen, cómo se encendía su piel al llegar al orgasmo! Incluso cuando dormían, agotados, sus extremidades buscaban las hendiduras del otro. A veces al despertarse recuperaban la timidez y se comportaban casi como extraños, hasta que el deseo de cada uno se unía para volver a la acción. Y, entonces, ¡cómo buscaban los labios de Keo los pezones de Sunny, con qué delicadeza los mordía! Y ella lo sobresaltaba, lanzándose contra él, montándose a horcajadas sobre él, dando la impresión de que iba a alzar el vuelo.

—Carnales —susurró Sunny—. Eso es lo que somos.

Keo esperaba que aquella fuese una palabra positiva. Lo que hacían juntos parecía previsto desde mucho antes de que se conocieran. Todo encajaba. Los órganos, las extremidades, las articulaciones y los puntos de ensamblaje. La boca perfecta de Sunny se adaptaba a él, su mandíbula se articulaba para acogerle. Incluso cuando ella sentía como si se pusiera de parto pero al revés (un ser humano entrando en ella en lugar de saliendo de ella, e intentando entrar cada vez más dentro), incluso entonces todo encajaba.

Sunny no dijo que le amaba. No entendía esa palabra. Si lo que sus padres compartían era amor, entonces aquella palabra significaba deseo de castigar. De ser castigado. Significaba un déficit terrible. No obstante, se convirtió en una parte de él. Él la respiraba, la llevaba consigo como una sombra a mediodía.

Hasta su madre, Leilani, quedó encantada con ella, con su belleza, con la

confusión de su mezcla de sangres, con la dureza con la que recubría sus temores. Solo su hermana, Malia, se mostró distante. Se sentó en la cocina preparando un pastel de guayaba, con un sombrero que más parecía la vejiga de alguien.

—Esa Sunny no es buena para él. Una universitaria presumida. Le romperá el corazón.

Leilani clavó los ojos en su hija.

—¿Qué sabes tú de esa chica? Keo dice que su padre es mala persona, que le pega a su mujer. Me parece que Sunny tiene un montón de cicatrices en su corazón.

—Las cicatrices son contagiosas, mamá. A veces la gente que se siente herida necesita herir a otros.

—Igual lo que te pasa es que estás celosa, que te gustaría ir a la universidad como Sunny. —Le cogió la mano y añadió—: No necesitas hacerlo. Siempre he dicho que Malia llegará a ser alguien. Tú eres la elegida.

Malia notó el olor a detergente en los brazos de su madre. Y a cilantro en su pelo. La abrazó.

—Tengo que admitir que a veces me siento sola. Todos se divierten menos yo.

Leilani le acarició la mejilla, tocando su cabello ondulado a la última moda.

—Eso es lo que me preocupa. Eres tan ambiciosa que no tienes tiempo para los hombres. ¿Cómo vas a encontrar así un marido? Tratas a los chicos de aquí como si fueran basura.

Malia encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre sus dedos, sin dar una primera calada.

—Mamá, todo lleva su tiempo.

Sentada en un autobús abarrotado de gente, Malia se imaginó cómo sería la vida con un nativo. Una casa alquilada, sucia y desastrada, niños con pañales sucios, latas de cerveza tiradas por el suelo. Antes que eso, se bebería un bote de veneno para ratas. Así que ¿qué tenía de malo si de vez en cuando se liaba con un turista? Era algo inocente, una bebida, una conversación. De ese modo lograba estudiar a los privilegiados blancos, cómo utilizaban el silencio, cómo podían hacer que los camareros se acercasen a su mesa con solo una mirada.

Así que ¿qué importancia tenía si alguna vez hurtaba pequeños objetos sin valor a los clientes del hotel? Solía cogerles perfumes y etiquetas que recortaba de sus vestidos, de Schiaparelli, de Fortuny, de Chanel. Luego las volvía a coser en sus propios vestidos. Eso la hacía sentirse valiosa. Hacía que la vida fuese un poco más fácil de sobrellevar. Pensó en Sunny Sung, la universitaria que solo trabajaba durante las vacaciones de verano, que nunca se había visto obligada a bailar *hapa-haole hula* vestida con una falda de celofán, que nunca había tenido que soportar que unos extraños la sobaran.

—Llévate el *paguas pa'* la lluvia.

Sunny oyó la bofetada de su padre y a continuación su orden:

—¡Paraguas! ¡Habla bien!

Su madre empezó a llorar. A veces, cuando su padre le pegaba, también él se ponía a llorar, odiándose a sí mismo, odiando su inferioridad a los ojos del mundo, sabiendo que esa inferioridad le sobreviviría. Incapaz de conseguir trabajo como médico titulado, se veía forzado a realizar pruebas de sangre y orina, a buscar bacterias en excrementos humanos. Las noches en las que se encontraba terriblemente cansado su perfecto inglés de manual se veía emborronado y se tambaleaba por la casa hablando una confusa mezcla de inglés y coreano. Y cuando su mujer le respondía en la jerga local, enloquecía.

Sunny frotó los moratones de su madre con aceite de *kukui*.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué es tan violento?

—Está sobreeducado —dijo su madre, con un suspiro.

Keo la encontró en su estudio. Tenía los ojos hinchados y estaba agotada por un escape de tristeza, y hablaba con la voz cargada de quien ha llorado copiosamente y durante mucho rato.

—Si vuelve a pegarle, lo mataré.

Keo trató de consolarla.

—¿Es que no lo ves? Tu padre está devolviéndoles los golpes a todos esos *haole* y a todos esos doctores chinos que no le dejan ejercer, que siguen pensando que los coreanos son herbolarios medievales.

—¡No lo defiendas! —gritó Sunny—. He visto a coreanos trabajando como barrenderos. Y les cantan serenatas a sus esposas, y llevan a sus hijas a clases de baile.

Los oía por las noches (los crujidos de la cama, los gemidos de su padre, ¡perdón, perdón!) intentando borrar las heridas, destruir las pruebas. Sunny se prometió a sí misma que jamás se sometería a una relación semejante.

—Es horrible que la felicidad y toda la vida de mi madre dependan de lo que él haga o deje de hacer.

—Creo que es al revés —dijo Keo—. Es tu padre quien depende de ella, para poder esconder sus propias humillaciones. Una esposa hermosa, una casa bonita. Los hijos en la universidad. Vosotros sois todo lo que ha logrado en la vida.

Sunny se echó a reír.

—Yo soy su pesadilla. Mi madre dice que he heredado su carácter. Pero es mío. Todo mío.

Keo se echó hacia atrás y examinó los cuadros que había en las paredes, imágenes que parecían saltar hacia él, que le hacían querer encogerse de miedo. Extremidades humanas metamorfoseándose en víboras. Un hombre a cuatro patas con la cabeza

babeante y ensangrentada de un ciervo.

—Dan miedo. ¿De qué tratan?

Sunny miró los cuadros.

—De rabia, supongo. Rabia por la obsesión de mi padre con sus tés. Se los bebe como si fueran una religión. Té de serpiente albina para la longevidad. Té de pitón amarilla para la neuralgia. Té de cornamenta de ciervo para la potencia... Por desgracia no hay ningún té para la compasión.

Había otro cuadro en el que se veía a una chica sin rostro repetida una y otra vez.

—¿Quién es?

—La chica a la que mi padre... Oh, te lo contaré algún día.

Mientras ella dormía, Keo volvió a concentrarse en aquellos cuadros.

Durante meses y meses, Sunny se sentaba a verle tocar y contemplaba su profunda concentración cuando otros miembros de la banda realizaban un solo. Hasta su quietud resultaba elocuente. Sentía orgullo; sí, era eso lo que sentía. Un orgullo tan fuerte que a veces se estremecía al observar las caras del percusionista, del bajo, de cómo se percibía en esas caras su respeto hacia Keo. No solo respetaban su talento, sino también la distancia que él les concedía cuando tocaba, el espacio que cada miembro de la banda se merecía. Ese respeto mutuo producía energía, una conexión de electricidad entre todos ellos.

Sin embargo, ella sospechaba que el espacio que Keo les dejaba no siempre era una cuestión de cortesía, de buenos modales, sino el impulso ciego de quien busca a tientas sus propios límites, preguntándose hasta dónde podía llevarse a sí mismo sin ir demasiado lejos. Resultaba curioso saber cuánto era demasiado lejos. Sunny empezaba a entenderle, a comprender su capacidad para aislarse con tanta facilidad del mundo, a no necesitar a nadie aparte de a ella. Quizá ni siquiera la necesitaba a ella, quizá no necesitase a nadie aparte de a sí mismo. Y tal vez ni tan siquiera a sí mismo, sino a ese alguien en el que pretendía convertirse. Ella comenzaba a comprender la palabra «amor» y lo que significaba realmente la confianza. Era casi una fusión involuntaria. Y con el amor venía el miedo a perder aquello que se amaba. A perder el equilibrio propio. Pensó que en algún momento del futuro tendría que luchar por él, por mantener su atención, y eso la excitaba.

A veces él esperaba hasta que creía que ella se había quedado dormida. Entonces se incorporaba en la oscuridad y tocaba la trompeta en silencio, sin producir sonido alguno, tratando de alcanzar nuevas combinaciones y nuevos sonidos en su cabeza. Tocaba hasta que el sudor le caía por el pecho y la espalda, hasta que la humedad se extendía por la sábana y tocaba las caderas y los hombros de Sunny, enfriándola.

Ella yacía quieta, imaginando que Keo extendía sus brazos hacia ella, nunca

saciado. A veces sospechaba que él se olvidaba de su presencia, quizá que se olvidaba de que estaba en el mundo. Cuando salía de su ensimismamiento y fijaba sus ojos en ella lo hacía casi sorprendido. Y ella estaba allí esperándole, preguntándose cómo sería estar tan obsesionado por algo. Cuando él se inclinaba hacia ella, Sunny se sentía frenética, ansiosa por aferrarse a él y saber que era real.

Un día, Sunny puso un disco que acababa de salir en Francia, del guitarrista belga de jazz Django Reinhardt. Mientras lo escuchaban, le iba traduciendo con cuidado los títulos de las canciones: «La tristesse de Saint Louis», («El blues de Saint Louis»); «Le Thé pour deux», («Té para dos»); «J'ai du rythme», («Tengo ritmo»).

Keo meneó la cabeza.

—Ese hombre es un genio.

Había oído hablar de Reinhardt, un gitano que tenía dos dedos paralizados, y que era el guitarrista de jazz más brillante del momento. Keo cerró los ojos y se imaginó tocando con él.

Al darle la vuelta al disco, Sunny, como si tal cosa, le preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en París? Allí está el Hot Club. Y el Club Saint Germain des Prés.

Keo sonrió.

—He oído decir que están rompiendo todas las reglas del jazz. Es algo totalmente salvaje. Claro que he pensado en París. Y en Nueva Orleans. Y en la luna.

Sunny se sentó frente a él y le dijo:

—Es cuestión de pasar unas cuantas semanas en un barco, eso es todo. Yo iría, si tú quisieras. Cuando supiera que mi madre está a salvo.

Keo pensó en las grandes diferencias que había entre ellos. Él solo era un chico de Kalihi. Y ella una universitaria de los barrios altos, dispuesta a todo, tirándole un farol al mundo.

—Aunque pudiéramos permitirnoslo, ¿qué haríamos allí? ¿Cómo hablaríamos con los francesitos?

Sunny se echó a reír.

—El jazz es internacional. No haría falta que hablases. Todos están allí, todos esos tíos a los que idolatras, Basie, Hawkins, Buddy Tate. —Se inclinó hacia delante y se mostró totalmente vehemente—. Keo, aquí ya has llegado a lo más alto. No hay nada más alto aquí que las salas de baile. Cuando las grandes bandas vienen a Honolulu, no alquilan locales. Hasta Ellington trae a sus propios músicos acompañantes para que le hagan un relevo y pueda tomarse un descanso. Tienes que ir a donde nadie te mire por encima del hombro. A donde puedas crecer.

—¿Y qué harías tú en París?

—Encontraría un trabajo. Y pintaría, que es lo que siempre he querido. ¡Imagínate los museos! ¡Las galerías de arte! Imagínate ver las obras de Tiziano y de

Rembrandt en persona, en vez de en minúsculas reproducciones en un libro.

El hambre que Sunny sentía por la vida asustaba un poco a Keo.

—Tu escapada avergonzaría a tu padre, lo destrozaría, quizá. ¿Lo odias tanto?

—Sí, le odio. Y le quiero. Le oigo llorar por las noches, pero no puedo soportar lo que le hace a mi madre. Ni lo que les ha hecho a otras personas. —Le cogió la mano a Keo y la apretó con las suyas—. No todo es culpa suya, es una víctima de su propia historia.

Le explicó que, a finales del siglo XIX y principios del XX, Japón y Rusia habían luchado por el control de Corea. Y en 1905 Japón, que había ganado aquella guerra, anexionó y esclavizó al país entero.

—Quemaron los libros de historia coreana y prohibieron la lengua nativa. Destruyeron el arte y la arquitectura. Aniquilaron poblaciones enteras, incluidos los niños y los ancianos. Y se produjeron violaciones en masa, lo que supuso la más profunda de las vergüenzas para las mujeres coreanas. Hubo miles que bebieron litros de lejía.

Le contó que los coreanos se convirtieron en japoneses de segunda fila, y que se les tomaron las huellas digitales como si fueran criminales. A los niños se les obligó a ponerse nombres japoneses.

—Los padres de mi padre eran pescaderos. El hombre que les alquilaba la casa no tenía hijos, y cuando descubrió que mi padre era inteligente, lo envió a la universidad y a la escuela de médicos. Cuando alguien lo apadrinó para que viniera a Honolulu y encontrase una vida mejor, abandonó Corea, haciendo un transbordo en Shanghai. Pero muchas noches le oigo rezar por sus padres. A esas horas la casa se llena del olor a agua salada y pescado crudo. Por las mañanas, puedo oler a su madre y a su padre en su aliento...

Se dejó envolver por los brazos de Keo y lloró como una niña.

—Eso es él, todo lo que ha sufrido. Aunque es una persona violenta, y nunca me ha dicho que me quiere, no puedo odiarle de verdad.

Keo le limpió la cara, pensando en los paralelismos entre la historia del padre y la de la madre de Sunny. Los hawaianos también habían sido invadidos, su monarca había sido destronada, sus tierras robadas y su lengua prohibida.

—Sí —susurró Sunny—. Me han cincelado dos veces. —Se incorporó y Keo distinguió algo en sus ojos—. Te voy a decir una cosa más. La esposa que mi padre trajo consigo de Corea no murió a causa de una enfermedad. Lo hizo porque se le partió el corazón. Tenían una hija, Lili, que había nacido con un pie deforme. Como no quería empezar una nueva vida con una lisiada, mi padre la abandonó, la obligó a vivir con unos familiares en Shanghai. Su esposa enloqueció de tristeza y murió un año después de haber llegado aquí. Mi hermano encontró cartas, así fue como nos enteramos. —Hundió la cabeza y murmuró—: Oh, hermanita, hermanita... Un día te

encontraré.

HELE WALE

Salir al mundo con las manos vacías

El padre de Keo, Timoteo, recorrió su minúsculo patio regando las orquídeas con latas oxidadas de soja. Es su única forma de relajarse, pensó Sunny. Así es como mata el tiempo entre un cadáver y otro. Se fijó en sus ojos cuando miraba a su esposa y lo que vio en ellos era absoluta adoración. Sunny se sentía a salvo con aquella familia. Estar rodeada por una gente tan robusta y atractiva era como sentarse en una arboleda formada por troncos grandes y oscuros que la protegían.

A veces se sentaba con Leilani en el garaje, cantando y picoteando las populares frutas secas hechas al estilo chino mientras limpiaban *'ahi*, con los brazos y las piernas cubiertos de escamas de pescado.

—¿Te gusta cocinar con tu madre? —le preguntó Leilani.

Sunny pensó en la casa de su madre, de un limpio tan immaculado que ella pedía permiso para tocar cualquier cosa.

—Mi madre nunca se relaja. Ha olvidado cómo hacerlo. —Hizo una pausa para desprender con la lengua pequeños trozos del tentempié de entre sus dientes—. La verdad es que mi padre la trata como si fuera una sirvienta. A veces, cuando ella empieza a decir algo, él chasquea los dedos para hacerla callar.

Leilani realizó un gesto de sorpresa.

—Sé que mi padre también sufre. Los médicos de la clínica le miran por encima del hombro, lo consideran un simple inmigrante. Me los imagino chasqueando los dedos cuando intenta decir algo.

En ocasiones Sunny convencía a su madre para salir de la casa, se la llevaba de compras a los almacenes Kress's, a comer helado mientras pasaban la mano por las paredes de mármol negro de la tienda. O iban al barrio chino a por su comida favorita, pato asado, llevando el carrito de la compra por King Street casi como si volasen por los aires, pues sus ruedas de goma no hacían ningún sonido. Después su madre miraba el reloj y le entraba el pánico, se olvidaba de Sunny, se olvidaba de todo y regresaba corriendo a casa, a su vida de servidumbre.

Sunny pasaba cada vez más tiempo con Keo y los suyos, sintiéndose a gusto en aquel clan divertido y fuertemente unido en el que siempre había un momento para la risa, en el que cada miembro era una persona inquieta y llena de sueños, un grupo de gente que hacía que pareciera que las paredes de la casa vibraban. Les llevó recetas de su madre, sushi de calamar relleno, *'ōpaka* al vapor con jazmín.

Finalmente llevó consigo a su propia madre, y al verla con Leilani, el mutuo e instantáneo afecto entre ellas, Sunny sintió envidia. Ella había heredado el amor

natural que sentía un hawaiano hacia otro, pero estaba diluido por la sangre de su padre. Se preguntaba si esa era la razón por la que se había sentido atraída hacia Keo. Más allá de su oscuro exterior, Sunny encontró luz, una luz fuerte y visible que indicaba quién era Keo: un hombre coherente y orgulloso.

Solo Malia se mantuvo apartada de ella. Sunny la irritaba, porque parecía invadir todas las habitaciones de la casa.

—¿Tan entretenidos nos encuentras? —le preguntó.

Sunny la miró fijamente, su vestido hecho en casa, su sombrero formal. Notó que cada vez sentía un mayor afecto hacia ella.

—En realidad, os envidio.

—Si le haces daño a Keo —dijo Malia—, iré a por ti.

¿Hacerle daño? Sunny se preguntó si alguna vez podría llegar a significar tanto para Keo como para poder hacerle daño, si acaso alguna mujer podría llegar a significar tanto para él. Sin embargo, siendo ella como era, con una confianza constante en sí misma, sin que necesitase autojustificarse o recibir la aprobación de otros, la lealtad de Sunny resultaba inquebrantable. Sus amigos de la universidad se reían de Keo: un camarero profesional y bailarín de foxtrot. En el escenario era brillante, pero en una conversación lo encontraban aburrido. Si no tenía su trompeta consigo, podía ser fácilmente ignorado. Sunny se alejó de ellos para siempre y se entregó por completo a Keo.

Tenían tan poca protección que parecían vivir con sus sentimientos a flor de piel. Keo comenzó a sentir una unión tan fuerte con ella que no tenía importancia si se tocaban o no. Él ya llevaba consigo su tacto. Sus sentimientos hacia ella se hicieron tan intensos que llegaba a experimentar temblores por todo el cuerpo, le parecía que podía fijar su mirada en cualquier objeto y levantarlo. Sentía que incluso si fallaba, Sunny seguiría allí, animándole, diciéndole que volviera a intentarlo, que había un futuro por el que vivir, toda una vida por delante.

Una noche, mientras practicaba en el garaje, con las polillas revoloteando alrededor de una bombilla desnuda, algo le sobresaltó. De repente visualizó a tres personas. Sunny y él, unidos por la figura que formaban los dos juntos, una figura de simetría perfecta que los dotaba de equilibrio. En ese momento lo comprendió.

—La amo. Amo a Sunny Sung.

Esa revelación le hizo volverse cauteloso y protector. Le hizo ser más considerado con los demás. Cada vez que ella sacaba a colación el tema de ir a París, él sacaba a su padre y cómo la marcha de Sunny lo desmoralizaría.

—Se sentirá aliviado —repuso en una ocasión Sunny—. Pero necesito ocuparme primero de mi madre y devolverle su vida.

—Sunny, ella tiene una vida. Y es la que ella quiere, o lo habría abandonado.

—Tú no lo entiendes.

—Quizá lo entendería si me lo presentaras. ¿No te parece que ya es hora?

—No podría soportar la vergüenza.

Keo hizo una mueca, como si el comentario le hubiese dolido.

—Me refiero a la vergüenza de presentarte a un hombre que dejó tirada a su hija y le causó la muerte a su primera esposa. Crecí tumbada en mi cama, en la oscuridad, esperando que viniera para entregarme a algún extraño. Él quería otro hijo, no a mí.

—Quiero conocer a ese capullo y mirarle a los ojos.

Sunny se negó, rechazando todos los argumentos de Keo y consiguiendo que se enfadase.

Hasta que una noche, Sunny se sentó en la cama.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. De acuerdo.

Al dirigirse a la casa del padre de Sunny en Alewa Heights, Keo estaba tan nervioso que su sombra se movía delante de él. Al conocer por fin a aquel hombre, comprendió por primera vez que ser inescrutable era una habilidad táctica. Samchok Sung presenció los nervios de Keo sin mostrar más reacción que una mirada moderadamente vidriosa en los ojos, una mirada que borraba de su campo de visión todo aquello que le resultaba obsceno (pues para Keo era obvio que «obsceno» sería el calificativo con el que aquel hombre se referiría a él: inculto, insultantemente oscuro, como si fuera una enfermedad que estuviera consumiendo a su hija).

Con su pelo semejando un casco gris como el humo, su cara bronceada y atractiva, parecía casi occidental de no ser por los pómulos extremadamente anchos y los ojos rasgados. Estaba próximo a los sesenta, enjuto y fuerte, y era experto en taekwondo. Cuando Keo se le acercó e intentó estrecharle la mano, pudo oír que el corazón de aquel hombre latía con demasiada fuerza para algo que era humano.

Keo se había vestido intencionadamente de forma vistosa, con una camisa hawaiana y pantalones de lino, haciendo alarde de mal gusto para escapar a las críticas del buen gusto. Sin embargo, su dignidad congénita era tal que consiguió componer un semblante tan sereno que provocó que el padre de Sunny lo detestara a primera vista. Le habló con franqueza de su vida, de que servía mesas y tocaba la trompeta, aunque sabía que aquel hombre odiaba el jazz. Durante la comida, la madre de Sunny, Butterfly, sacó a relucir las habilidades de Keo para surfear y habló también de su familia, como si Keo fuese un aparato que estuviera intentando venderle a su marido. Habló sin parar hasta que el sudor le cubrió la frente y le cayó sobre los ojos, obligándola a cerrarlos.

Sin dignarse responder, el señor Sung manejó sus palillos para llevarse comida a la boca y masticó de un modo sobrecogedor. Keo se inclinó hacia delante para hablarle directamente, le preguntó sobre sus estudios médicos y sus tés de hierbas. El hombre dejó los palillos, colocó un puño a cada lado de su plato como si se aferrase a los barrotes de una celda, contempló el plato durante varios minutos y luego volvió a

coger los palillos.

En mitad del silencio, Sunny se puso de pie de golpe, haciendo caer su silla hacia atrás por el impulso.

—¡Sí, papá, es *kānaka*! Yo también lo soy. Le quiero. Aunque tú me has enseñado que el amor significa ser castigado. Me has hecho odiarme a mí misma por todas las cosas de las que carezco. Pero Keo me ha enseñado que valgo, que no estoy condenada por el destino, que puedo elegir. Elijo mi propia existencia. Algún día abandonaré esta casa e iré donde encuentre bondad. ¡Y viviré y viviré, hasta el último día de mi vida!

Butterfly se cubrió la cara con las manos y empezó a balancear su cuerpo hacia delante y hacia atrás.

—Mamá, nunca voy a abandonarte. Te llevaré conmigo.

Esa noche, Keo se zambulló en el mar y braceó con rabia hasta que se sintió totalmente limpio. Horas después, cuando salió del agua, ella estaba allí y Keo pudo imaginar la discusión que había tenido con su padre.

—Lo he dejado todo atrás —dijo Sunny, cogiéndole las manos—. Voy a estar contigo allí donde vayas. Puede que lo pasemos mal, pero no me importa.

El año llegó a su fin y los dos penetraron en una especie de limbo, un tiempo de espera en el que buscaban señales. Keo habló con agentes navieros, les preguntó por el precio de un pasaje a San Francisco, de un tren que cruzase Estados Unidos de costa a costa, y de otro barco hasta Francia. Pero el precio era exagerado, les llevaría años de ahorro poder reunir aquella cantidad. Y ahora había otras cosas que requerían su atención. Honolulu estaba atestado de militares que invadían los prostíbulos. Los clubes estaban abarrotados. Cada noche Keo iba corriendo del Royal Hawai'ian al Rizal's con su trompeta.

En diciembre de 1937, Dew Baptiste escribió a Keo pidiéndole que fuese a Nueva Orleans. Las fábricas metalúrgicas estaban extendiéndose por el sur, y la gente ahora tenía más dinero para gastar, y Dew estaba formando una banda de jazz. Quería que su amigo hawaiano fuese el trompeta. Keo releyó la carta una y otra vez. La cuna del blues y del jazz. El hogar de Fats Waller. De Armstrong. La posibilidad de tocar en aquella ciudad, de caminar por las mismas calles por las que habían pasado esos hombres se convirtió en una obsesión. Sin embargo, Keo estaba aterrorizado.

—Debes ir. Debes ir —dijo Sunny, agitando la carta ante él, consciente de que sería espantoso perder una oportunidad semejante—. Te lo suplico como alguien con poco talento puede suplicárselo a alguien realmente dotado de talento.

Keo se quedó pasmado ante la honestidad de Sunny.

—No me iré sin ti.

—Yo te seguiré. En cuanto ahorre algo de dinero y me lleve a mi madre de vuelta con su familia. Eso te dará tiempo para asentarte allí.

—¿Y qué pasa con París?

—Keo. Nueva Orleans está a mitad de camino.

—Júralo. Jura que te reunirás conmigo allí.

Sunny puso su vida entera a sus pies.

—¿Es que no lo ves? Necesito estar contigo. Si no aprovechas esta oportunidad, los dos moriremos aquí.

DeSoto le consiguió un pasaje como marinero en un carguero que iba a cruzar el Canal de Panamá, y sus amigos del Hotel Royal hicieron una colecta para él. Pero Keo perdió los nervios, les devolvió el dinero y canceló todos sus planes.

Malia se sentó junto a él en el banco del Steinway.

—Claro, puedes quedarte en casa. Y hacerte viejo tocando en fiestas y bodas...

Keo extendió sus dedos sobre las teclas.

—¿No te das cuenta de que estoy asustado? ¿Y si no tengo talento, y si no lo tengo? Sigo sin ser capaz de leer música como los profesionales.

—Nuestros antepasados cruzaron un tercio de esta tierra sin nada que les sirviese de guía aparte de las estrellas y las mareas. No mancilles su recuerdo.

—¿Irías tú? —preguntó Keo—. ¿Irías a Nueva Orleans?

—Daría un brazo, te lo juro, daría un brazo por salir de esta roca. Pero yo no tengo tu talento. No estoy segura de qué es lo que tengo. —Su voz se volvió áspera—. Hermano, si no lo haces, ¿cómo podrás vivir con ello?

Una noche sus padres se reunieron con él, su madre sollozando, su padre apesadumbrado y con un ligero temblor en la garganta que le hacía parecer un niño pequeño.

—El mejor compañero de viaje es la verdad —dijo Leilani—. Es hora de que sepas unas cuantas cosas, Keo. Dieciséis de mis hijos murieron antes de DeSoto, Malia y tú. En aquellos días había demasiados problemas. A nuestra reina la habían metido en prisión. Los blancos robaban nuestras tierras. No teníamos comida. La tuberculosis agujereaba los pulmones... Pero la Diosa Madre vertió en mi vientre el maná y DeSoto nació con los pulmones de un toro. Luego nació Malia. Nosotros seguíamos pasándolo mal. Comíamos raíces, barro y piedras para llenar nuestros estómagos. ¡Nos convertimos en auténticos come piedras! Esa es la razón por la que naciste tan oscuro, Keo. Estás lleno de tierra. De lava. Naciste casi ciego, tus ojos nadaban entre el barro por la cantidad de suciedad que yo había comido. Cuando años más tarde empezaste a ver no creías lo que tus ojos te mostraban, no te fiabas de tu vista.

Keo permaneció inmóvil, recordando cuando había empezado a ver y cómo nunca había confiado en lo que sus ojos le enseñaban, cómo mantenía la cabeza ladeada con

una oreja hacia delante porque solo confiaba en su oído.

—La gente creía que eras retrasado —dijo Leilani—. Pero yo sabía que eras especial. Hay algo en ti que te dirige hacia el éxito. Veo a gente que se frota los ojos cuando tocas la trompeta. Consigues tocarles algo en su orgullo. Ahora te vas a ir, y me romperás un poco el corazón. Pero te vas para encontrar ese éxito.

Ambos lo abrazaron, y los tres juntos se balancearon adelante y atrás.

—Un año —dijo Timoteo—. Tanto si logras triunfar como si no. Un año, y luego vuelves a casa, hijo.

—Un año, papá, o quizá dos. Lo juro.

Horas más tarde se despertó al oír unos ruidos ahogados. Encontró a Jonah sentado en el garaje.

Su hermano levantó lentamente la vista hacia él.

—Mierda. Voy a echarte de menos, Keo.

Keo se inclinó hacia él y le dio un golpe cariñoso en el brazo.

—¡Eh! Jonah, recuerda que aquí hay mucha gente que te quiere, que están realmente orgullosos de ti. Eres un atleta, un buen estudiante. Vas a la universidad, y serás médico o juez. ¡Eres la esperanza de mamá! Si necesitas algún consejo, DeSoto siempre estará aquí para ti.

El otro negó con la cabeza.

—DeSoto siempre está de viaje. Tú eres el que me da consejos. Cuando estoy compitiendo, al béisbol, al fútbol o a lo que sea, siempre pienso: «¡Tienes que ser un ganador! ¡déjate el alma! ¡Keo está mirándote!»

Keo desvió la mirada, incómodo.

—Oh, Jonah...

Su hermano se puso en pie, moreno y musculado, diez centímetros más alto que Keo. Era físicamente temible, pero en realidad era generoso, poseía un gran corazón y parecía nacido para ser campeón.

Cogió a Keo y lo abrazó con fuerza.

—Vas a ver mundo. Es importante para ti, pero no te olvides: ¡vuelve a casa!

Su última noche con Sunny. Claridad, como si su minúscula habitación estuviera inundada de luz. Sus ojos brillaban como la antracita. Tenía los brazos extendidos, queriendo ralentizar el paso de las horas. Al principio no tenían prisas, recorrían el cuerpo del otro como si hubiera tiempo para rituales, para el roce de sus narices, el toque de las piedras, un golpe de *kapa*. Después sus respiraciones se volvieron más agitadas. Se palparon la piel con urgencia. Sunny le mordió el pecho a Keo, que respondió hundiendo su lengua en la oreja de ella, haciéndola desvanecerse.

Más tarde bailaban con pasos exagerados y cansados. Consumidos por la tristeza,

bailaron hasta que no pudieron más. Keo la llevó de vuelta a la cama, sujetándola firmemente, deseando fundir su piel y exprimir su aceite. Luego se lo bebería para que se mezclase con su propia sangre. Lamió sus dientes, sus ojos, le mordisqueó el pelo. Le chupó los dedos como si quisiera robarle las huellas dactilares. Quería tragarse sus terminaciones nerviosas, los vasos sanguíneos de su cuello para poder sentir cómo se hinchaban y latían cuando tocase su trompeta en la distancia. Quería arrancarse el corazón y dejarlo con ella, enterrado en ella, para que sus latidos fueran los de ella.

Se tumbó a su lado y le dijo:

—Voy a cuidar de ti. Vamos a ver y a oír y a sentir todo lo que la vida nos ofrece.

Sunny permanecía muy quieta.

—Tú quieres, ¿verdad? —le preguntó Keo.

—Sí. Pero no puedo darle la espalda a... —A su madre. A la hermana que no había conocido.

—Sunny, me has salvado la vida. Me has rescatado y me has traído de vuelta al mundo. Pero no puedes salvar a todo el mundo. ¿Por qué necesitas hacerlo?

Ella suspiró.

—Puede que sea la culpa. En muchos sentidos tengo una buena vida, incluso privilegiada. Pero luego pienso en mi hermana, una minusválida. ¿Cómo vive ella? ¿Pidiendo limosna? ¿Vendiendo cosas en las calles? Algún día la encontraré. Tú me ayudarás, ¿verdad? La traeré a casa. Seguramente mi padre la querrá. Seguramente se sentirá avergonzado...

Keo la cogió por los hombros y la sacudió con suavidad.

—Escúchame. No puedes arreglar la vida de todo el mundo. No puedes deshacer lo que tu padre hizo. No puedes arreglarlo a él.

—No —repuso ella, con aire pensativo—. No puedo. Cuando era niña, mi juego favorito era poner toda mi habitación en orden, organizar todos mis juguetes, y colocarlo todo de manera perfecta, para que todo el mundo fuese feliz.

—Tal vez lo que necesites sea probarte a ti misma que no eres tu padre. —La hizo volverse de lado y la abrazó—. De ahora en adelante, prométeme que serás un poco egoísta.

—Lo prometo.

Cuando amaneció, Keo se vistió, con el semblante descompuesto. Sunny gimoteó por todo el pasillo, agarrándose a él para arrastrarlo de vuelta al dormitorio. Y cuando Keo se vistió por segunda vez, Sunny mantuvo una actitud formal y valiente. Solo la traicionaba el temblor de sus labios.

DeSoto le había encontrado un puesto de trabajador no especializado en un

carguero que había salido de Singapur y se dirigía a Nueva Orleans. Al subir al barco sintió que tenía las piernas de goma. Sus padres le dedicaron un gesto de despedida con la mano y luego enterraron el rostro entre las manos. Malia se mantuvo aparte, con aire orgulloso. Lentamente, como si el movimiento del barco dependiera de unas ballenas ancianas a las que fuera sujeto, la proa del inmenso carguero enfiló la bocana del puerto de Honolulu.

Los montes Ko'olau aún eran visibles en el horizonte, a su espalda, a pesar de la sensación de que su archipiélago se hundía a gran velocidad, cuando el primer oficial explicó las normas del barco. No se permitían juegos de apuestas, ni alcohol. El acceso al puente de mando quedaba prohibido. Con el estómago dándole vueltas por el balanceo del buque, Keo se tambaleó por grasientas escalas metálicas, fregando cubiertas, poniéndoles aceite a las máquinas, y, cuando podía mantenerse erguido, raspando y pintando paredes cubiertas de suciedad. Lanzado de un lado a otro por la inclinación y el vaivén del barco, se pasó semanas sin fin de proa a popa y vuelta a empezar, mientras su cuerpo se iba acostumbrando a los temblores del carguero y su corazón a los martilleos de los motores diésel.

La mayoría de la tripulación hablaba malayo y chapurreaba inglés. Hablaban de novias, de familias, de sus pueblos de origen. Eran grandes apostadores y se saltaban las normas, jugaban al mahjong o al fan-tan a escondidas. La comida era asquerosa, sabía a basura que el barco hubiera ido recogiendo en sus viajes: sopa rancia de Penang, col sacada de algún canal de Bangkok, pechugas de pollo de Kowloon asadas con aceite de motor. Keo comió aguantándose las arcadas y mirando por encima de la mesa a sus compañeros de camarote.

Un tamil enjuto que entrenaba serpientes finas y delgadas para que se deslizaran por su boca y le salieran por el oído. Un tipo de Java con los ojos rosáceos, pálido como una vela, que aseguraba que tenía alas que le permitían volar hacia delante y hacia atrás. Un inglés y un australiano, ambos llenos de tatuajes, ambos callados y fieros. Un diminuto chino-hawaiano que se llamaba Hugh (pronunciado Ugh), un enano que hablaba una mezcla de jerga isleña, inglés y francés, y afirmaba ser clarividente. Le contó a Keo que lo había visto en un sueño, en una ciudad en la que había mujeres con pezuñas de cerdo y la cara azul que montaban a lomos de galgos. Keo se rio, y Ugh siguió diciéndole:

—Sí, *mon ami*. Un día te despertarás en ese lugar dejado de la mano de Dios. Llevarás puesto un esmoquin y jugarás a la ruleta, y acariciarás con tu mano el corazón roto de un extraño.

—¿Y dónde está ese lugar sin Dios?

—Ah... Shanghái.

Keo había salido de su isla y de su vida. Ahora el océano era su hogar, el océano era de lo único de lo que podía estar seguro. Por las noches, con las piernas

extendidas sobre la cubierta en un intento de conseguir algo de equilibrio frente al mar agitado, Keo se limpiaba los labios, levantaba la trompeta y tocaba. Tocaba sin escuchar, sintiendo únicamente las vibraciones en sus dedos. Las ballenas oían su música y nadaban cerca del barco, respondiéndole, siguiendo su curso durante millas y millas. Cuando se marchaban, y sus sombras disminuían de tamaño bajo el agua como grandes ideas que se fueran disipando, en el interior de Keo surgía un gran vacío, como de algo que se derrumbaba.

Empapado tras haber estado tocando bajo una tormenta, entró una noche en el camarote y en la penumbra vio que Ugh abría su ojo izquierdo.

—Hawaiano. Te he oído tocando mientras dormía.

—Nadie puede oírme tocar. Ni siquiera yo mismo puedo.

—Yo oigo. Y veo.

Keo se acercó a él.

—¿Qué ves?

—Vida, una vida nueva.

Keo se puso de rodillas para que su rostro quedase a la misma altura que el de Ugh.

—¿Me ves tocar? ¿Ves que tengo éxito?

—Con el tiempo. Un día tocarás y producirás el sonido de los diamantes.

—Si fuera cierto... —Keo hundió la cabeza entre las manos.

—Pero pagarás por ello. Habrá dolor. Oh, bueno, ¿y qué es la felicidad? Vivir en estado de coma.

—Dime, ¿cómo debería prepararme?

Ugh giró la cabeza, que era más grande que el resto de su cuerpo, aunque a pesar de ello su rostro era perfectamente simétrico, como una moneda de Oriente.

—Deja que pase el tiempo. Este es tu renacimiento. Todo empezó en el mar, y también tú debes hacerlo así.

Después de eso, Keo tocó su trompeta sin descanso, vertiendo en ella todo lo que sabía y sentía, todo lo que recordaba e imaginaba. Tocaba en homenaje al filipino sordo del almacén de ukeleles y guitarras Kamaka, el hombre que le había enseñado a sostener cada instrumento en sus manos como si fuera un ser humano, a sentir los temblores de la madera cuando inspiraba y espiraba. Ahora sostenía su trompeta de ese modo, como si fuera un niño o su mascota preferida. Pasaron semanas y empezó a sentirse impaciente, deseó «escuchar» su trompeta y no solo sentirla a través de sus terminaciones nerviosas.

No tenía muy claro qué rumbo estaban llevando para cruzar el Pacífico, ni cómo llegarían finalmente a Nueva Orleans. Una noche, mientras el tamil yacía en su litera con una pequeña serpiente deslizándose en el interior de su boca y luego reapareciendo con su lengua bífida por el agujero de su oído, y mientras el albino de

Java colgaba del travesaño de la puerta flexionando sus omoplatos velludos, que en cierto modo se asemejaban a las alas de un pato, Ugh se sentó junto a Keo y le indicó en un mapa.

—Cuando seas viejo y vuelvas la vista atrás, debes saber dónde has estado. Mira, estamos recorriendo la costa de México hacia el sur, y nos detendremos aquí, en Manzanillo, para recoger provisiones. Luego continuaremos a puertos de Guatemala, El Salvador, Costa Rica. Y después atravesaremos el gran Canal de Panamá.

Keo miró fijamente el mapa. El mundo era tan grande que hacían falta muchas semanas para llegar a su destino. Y Panamá. En el mapa parecía fino como el tallo de una orquídea, y, sin embargo, separaba el océano Pacífico del océano Atlántico. ¿Qué detenía aquellos dos océanos? ¿Qué les impedía arrasar Panamá en su ímpetu por tocarse el uno al otro? No podía dormir, temiendo perderse el momento en el que abandonasen los mares en los que había nacido, temiendo que todo pasase en un suspiro. No obstante, su mayor miedo era llegar.

En las noches en las que no había nubes se quedaba en cubierta, preguntándose qué le depararía el futuro y hasta qué punto lo cambiaría. La nostalgia le invadía. Pensaba en Sunny, en las horas que habían pasado durmiendo el uno al lado del otro, mezclando sus respiraciones. Pensaba en su atractiva madre, con sus brazos húmedos de sudor por levantar peludos tubérculos de ñame. Y en su hermano pequeño, Jonah, frotando su tabla de surf con cera que cogía de los tarros de mermelada de su madre. Y en DeSoto, con su olor a mar, trayendo latas de lengua de Waitaki desde Auckland, o un diente de jaguar desde Davao. Y en Malia, con sus aires ingleses y sus ropas con etiquetas falsas.

Pensaba en su infancia, en los otros niños llamándole *hōhē*, cobarde, porque no podía nadar, y *keike make*, chico cadáver, porque su padre trabajaba en la funeraria. Recordaba haber pasado una profunda vergüenza por su miedo al mar, y por su padre, que olía a formol. Se pasó años sin besarle ni darle un abrazo. A veces el hombre lo miraba con una mirada tan triste que Keo pensaba que no podría soportar seguir viviendo. Pensaba que si no abrazaba a su padre, moriría. Aquel hombre al que no quería como padre le tocaba algo muy profundo en sus entrañas. Sin embargo, seguía estando aquel hedor horrible.

Una noche, cuando tenía diez años, algo le hizo despertar, la sensación de algo que le apretaba en la garganta. Se levantó y fue a la cama de su padre.

—Papá —dijo, sacudiéndolo para que despertase—. Enséñame a nadar.

Recorrieron las calles a medianoche hasta llegar al mar. Su padre se colocó flotando bocabajo, con una mano de Keo en cada hombro, y empezó a nadar mar adentro. Nadaba con tanta fuerza que Keo podía sentir cómo se le hinchaban los músculos. Surcaron aguas azules y poco profundas, luego aguas negras, cada vez más y más lejos del arrecife. Las olas los golpeaban, y algunos peces les rozaban las

piernas.

Keo aguantaba el equilibrio, tragando agua de mar.

—¡Papá! ¡No hace falta que nades hasta China!

Timoteo se rio con tantas ganas que se sumergió. El chico se hundió, y su padre se hundió con él, dándole palmadas en el pecho para que se relajase. Al poco, el aire de sus pulmones los llevó lentamente a la superficie. Su padre lo sujetó durante un rato para que pudiera reunir energías.

—No es necesario temer nada, hijo. El océano es tu diosa. Escucha lo que dice. Ahora... intenta mover los brazos, así.

Y ambos nadaron, el uno al lado del otro, en la oscuridad de un mar entregado. Nadaron hacia la playa y de nuevo mar adentro, con las olas azotándoles, aturdiéndoles las mejillas. Había luz de luna y estrellas fugaces. Nadaron en círculos y luego flotaron boca arriba. Y cuando Keo dio muestras de fatiga, su padre cogió su pequeña mano en la suya, grande y poderosa, apretándosela, y tiró de él para que pudiera descansar su cabeza sobre su pecho. Al oír los latidos del corazón de su padre, que parecían truenos, Keo lo miró a la cara. Y vio su propia cara. La mano que cogía la suya era también suya. Era «su» corazón el que oía. Sintió en ese momento que podrían morir los dos allí fuera, que ellos eran los únicos dos seres vivos que importaban.

Keo sintió entonces que ya no era aquel chico cobarde ni sentía vergüenza por su padre. Durante semanas, nadaron en secreto cada noche. Keo se convirtió en un gran nadador, en un hombre cuya vía de escape sería el mar. Y el mar siempre le llevaría de vuelta a aquella noche en la que empezó a amar a su padre de una manera total y completa, aquella noche en la que ambos regresaron a casa de la mano, con el sonido de los pasos de las zapatillas de goma de su padre produciendo un eco acompasado con el de sus propias zapatillas.

De nuevo pensó en Sunny, que nunca se había bañado mar adentro con su padre, ni nunca había apoyado su cabeza sobre su pecho para escuchar los latidos de su corazón. Pensó en una chica joven tumbada en la oscuridad, esperando a que viniese su padre para entregársela a un extraño. Pensó en el futuro de ambos, en cómo ella yacería en la cama a su lado, en cómo él la obligaría a girarse de lado para abrazarla eternamente.

RABAUL

NUEVA BRETAÑA, 1943

Está sentada, acariciando esa cosa marrón, dura, de bordes dentados como una pieza de cerámica rota.

Kim levanta la mosquitera y se arrastra a su lado.

—¿Qué es?

Sunny lo sostiene en sus manos ahuecadas como si fuera un premio. Luego lo presiona lentamente hasta que sale de él un líquido sucio. Cuando empieza a ablandarse, perciben su aroma casi rancio. La boca se les hace agua. Inclinan sus cabezas para inhalar todo ese aroma. Y cuando está lo suficientemente blando, Sunny lo parte en dos y le da la mitad a Kim, que se la lleva a la nariz y suelta un gemido de placer. Entonces, con mucho cuidado, lo deslizan entre sus dientes rotos y mastican. Mastican durante horas, recordando. Mastican hasta que solo les queda saliva. Luego permanecen sentadas oliéndose los dedos, el aroma medio olvidado de la cáscara de naranja. No se lavarán las manos en varios días.

Dos barracones más allá hay seis mujeres inglesas y holandesas, capturadas cuando Japón tomó Hong Kong. Una de ellas, enloquecida por la tortura sufrida, mordió a un oficial japonés, y al amanecer, delante de todas las demás prisioneras, la ejecutaron cortándole la cabeza.

Ahora Sunny recuerda el aire húmedo y pesado y las moscas cubriéndole los párpados como lentejuelas. Recuerda al oficial con la mano vendada, el teniente Matsuharu, y su uniforme immaculado. Recuerda a la mujer inglesa de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Fuera de sí y medio ciega, alzó su cabeza llena de magulladuras y se echó a reír. La vida ya se había escapado de su cuerpo, y todo lo que quedaba era una cáscara que respiraba por la fuerza de la costumbre. Sunny vio que el teniente estaba rabioso. No era su cuerpo lo que él quería destruir, sino aquella risa de superioridad.

Debía de tener la misma edad que Sunny. Había rumores de que había estudiado en la universidad, de que era un caballero. Pero había visto demasiadas batallas. Se le creía loco. En un año les había cortado la cabeza a diecinueve chicas. Los guardias decían que era un adicto a aquel tipo de ejecución. Cuando pasaban demasiadas semanas sin que le cortasen a nadie la cabeza, se deprimía. A veces, paseando entre los barracones del campamento de mujeres, veía un cuello y se detenía. Se decía que incluso cuando se dirigía a sus superiores estudiaba la longitud y el grosor de sus cuellos.

Sunny recuerda sus ojos, el brillo de ébano de sus pupilas cuando se inclinó

hacia el cuello de la inglesa. Lo recuerda desenvainando su espada como si tal cosa, sin levantarla ni blandirla. Dio la impresión de que solo se la pasaba a la mujer por los hombros.

Ahora, tres semanas después, Matsuharu llama a Sunny a su oficina. Ella se limpia con una esponja, se peina, alisa su ropa patética y desastrada. Afrontará su final con dignidad. Las otras chicas lloran y la abrazan.

Kim no llora, la abraza casi con formalidad.

—Si tú vas, yo te sigo.

Las palmeras susurran bajo la luz del sol y Sunny se siente cegada por la repentina claridad de las cosas. Escoltada por guardias, sale del recinto de barracones en dirección a la oficina del teniente.

—No voy a suplicar. Por encima de todo, seré elegante.

Matsuharu la saluda con una cortesía letal. Ella mira a izquierda y derecha en busca de la espada. Ahí está, en su funda. El teniente la hace sentar, le ofrece té, sin mirarle nunca el cuello.

Sunny se pone en pie de un salto, llorando.

—Gommen nasai! Gommen nasai! ¡Lo siento!

Al entrar, ha olvidado realizar la reverencia ritual. Ahora cumple con las formalidades, con la cabeza agachada, contando despacio hasta cinco. El teniente chasquea los dedos, impaciente. Sunny vuelve a sentarse y él le pasa una bandeja con cuencos de porcelana: crujientes rodajas de tapioca frita, galletas de sagú, piña. La lengua de Sunny se transforma en su corazón y se llena la boca hasta que no puede tragar.

—¿Qué nombre te han dado? —le pregunta. A todas las chicas les han dado nombres japoneses.

—Moriko.

—¿Y eres...?

—... padre coreano... madre hawaiana...

Está aterrorizada, pero también distraída. Esta es la primera vez que lo ha visto de cerca, sin su gorra militar. Hay algo en él que le resulta sorprendentemente familiar.

Matsuharu habla con suavidad, con voz culta. Ha oído que Sunny ha estudiado y que vivió en París.

—Yo estudié en la Sorbona. —Sonríe y comienza a recordar: Montmartre, el surrealismo, Dada. Los cruceros de recreo navegando al atardecer por el Sena. Un extraño baile llamado Java. Mujeres extranjeras, lenguas extranjeras. La tan cacareada falta de educación de los franceses.

Sacude la cabeza y le pregunta:

—¿Y qué queda de ese orgullo y despotismo burgués?

Mientras habla, da delicados golpecitos en su mano vendada, donde la inglesa le mordió. Luego se sacude un poco de caspa invisible de los hombros. Sus manos nunca están quietas. Sunny sospecha que el oficial está a punto de sufrir una crisis nerviosa. Cae la noche y el teniente cierra las cortinas. Enciende velas, con la mirada fija en los rincones de la estancia.

—... Fernet Branca en los cafés franceses... debatiendo sobre Trotsky, sobre Freud, el Ciné Liberté...

Se olvida de que ella está allí, habla con monotonía durante horas y horas. Al oír el estallido de una bomba, va a una ventana y retira un poco la cortina. De repente, se vuelve hacia ella.

—¿Por qué dejaste París? ¿Te reclamaron como a mí? ¿Te obligaron a entrar en combate, a ensuciarte, a participar en una carnicería humana? ¡¿Y bien?!

Sunny tartamudea al explicarle que dejó París para encontrar a su hermana en Shanghái y llevarla con ella a Honolulu.

—Quería conocerla. Reunirla con nuestro padre. Quería darle una vida decente...

Matsuharu se inclina hacia delante y la abofetea con fuerza en la cara.

—Tú querías. Tú querías. Mujeres occidentales. Tan libres, tan consentidas.

La abofetea de nuevo, tirándola de la silla. Se inclina hacia ella y la sigue abofeteando sin parar hasta que Sunny pierde el conocimiento. Luego se sienta en su silla y su mente divaga de nuevo, recordando. Chicas francesas en Bugattis. Castaños del color del ámbar en las Tullerías, al atardecer. Y después, un día, su tío Yasunari Seiko diciéndole que debe regresar a casa, a Tokio, y luchar por el emperador.

Al amanecer suenan las sirenas. Aviones aliados, el silbido de las bombas. Sunny ha permanecido toda la noche en el suelo, observándole, escuchando sus desvaríos. Ahora el teniente cuenta las explosiones. Acaricia su espada. Después de un rato, le indica la puerta. Los guardias la empujan con los rifles de vuelta a su barracón. Tiene la cara inflada por los golpes, los ojos tan hinchados que casi no puede abrirlos. Y, sin embargo, su mente está encendida en llamas, su cuerpo entero canta. Sigue con vida.

Mientras cruza el campamento, ve gigantescos arados allanando el terreno de instalaciones bombardeadas, prisioneras enterrando cadáveres. A lo lejos, palas mecánicas excavan la tierra en las colinas que rodean Rabaul. Pronto se construirá una fortaleza subterránea con hospitales, búnkeres y barracones.

Por la noche las chicas no paran de hablar en susurros.

—¡Esto significa que las cosas están cambiando! Los guardias dicen que habrá kilómetros de túneles subterráneos. Los japoneses se esconderán ahí durante años, nunca se rendirán.

—¿Y qué pasará con nosotras? —pregunta Kim en la oscuridad—. ¿Nos llevarán a los túneles? ¿Nos dejarán en libertad?

La pregunta las asusta, las persigue hasta en sueños. Mientras comen raíces y rebuscan en los colchones de chicas que han muerto ya por si encuentran pieles de zanahoria, se preguntan: ¿qué pasará con nosotras?

Y siempre está la sed, una sed terrible. Las tuberías son bombardeadas y se corta el suministro de agua fresca de los riachuelos de las montañas. Los pozos están protegidos por guardias. Una noche, en mitad de un sueño inducido por la sed, Sunny gime. En el sueño, el teniente Matsuharu la abofetea y luego le da agua en un vaso de cristal. Están en un parque con terrazas, y suena música. Se despierta asustada.

Por las noches las chicas salen de detrás de sus mosquiteras, revoloteando como polillas moribundas alrededor del camastro de Sunny.

—Por favor, Sunny, háblanos otra vez de tu novio. ¿Por qué te dejó?

—¿Y sufriste?

—¿Y cómo... cómo lo encontraste de nuevo, tan lejos de casa?

Ella niega con la cabeza, quiere silencio, que la dejen en paz. Pero tres de esas chicas morirán pronto, puede oír el agua que tienen en los pulmones. Las ilusiones, los sueños, son todo lo que les queda.

Se da la vuelta para mirarlas. Suspira. Y, con voz suave, maternal, comienza:

—En casa, en Honolulu, ansiaba una vida más grande, más rica. Pero era una cobarde. Por eso amé a Keo. Él era valiente. Un día cogió su trompeta y se adentró en el mundo, como un explorador, y me allanó el camino. Con el tiempo le seguiría. Pero primero él fue a una ciudad que es sagrada para los músicos. Era pobre, se fue con muy poco, trabajando en un barco para pagarse el pasaje. Después de muchas semanas y de parar en muchos puertos, por fin llegó a Nueva Orleans. ¡Imaginaos el terror que sintió! Un isleño cruzando el Pacífico, entrando por primera vez en una gran ciudad...

KŪNONI

Progresar lentamente

¿Qué recordaría de su llegada? La niebla en el delta del río. La luz del sol incidiendo sobre los mocasines. El olor a creosota y a cebo de pesca. Donde el gran Misisipí se estrechaba, grupos de niños negros saludaban desde los márgenes. Detrás de ellos, las marismas, chabolas deformadas como arañas sobre pilares inestables.

Después, el puerto de Nueva Orleans, cargueros amamantando un muelle inmenso, hombres cajún y criollos izando mercancía con grúas de aspecto sobrecogedor. Más allá de los muelles Keo imaginó el engaño y el glamour de una gran ciudad. Y, aún más intimidante, las salas de música llenas de hombres de jazz esperando a ponerle a prueba. Hombres que habían cambiado la historia de aquel lugar, hombres de cuyos pulmones brotaba una música genial. Hombres que habían nacido allí, que pertenecían a aquella ciudad. Recogió su bolsa desgastada y la funda de su trompeta y bajó por la pasarela.

Unos negros que limpiaban una embarcación de pesca le indicaron el camino hacia Storyville, el corazón del reino del jazz. Cuando ya se alejaba, uno de ellos le gritó:

—Eh, oye, antes de que toques jazz, o rag, o lo que sea que toques, ¡será mejor que te consigas algo de ropa nueva! Así como vas, se reirán de ti y te echarán a patadas.

Keo llevaba una camisa hawaiana de flores estampadas y un traje azul marino que, después de las semanas pasadas en alta mar, se había vuelto de un púrpura iridiscente oxidado. Mientras recorría Canal Street se dio cuenta de que los blancos miraban fijamente su rostro oscuro y sudoroso y su ropa. Se internó por callejones estrechos sobre los que sobresalían balcones como piezas de ganchillo, en los que había gente que intercambiaba cigaras y ostras y achicoria formando escenas que le resultaban tan familiares que se detuvo, paralizado, sumido en la nostalgia.

A través de puertas entreabiertas vislumbró estancias con techos profusamente decorados con escayola. Y jardines que más parecían junglas, en los que el musgo colgaba como mechones de pelo azulado. Todo estaba impregnado de un fuerte olor a jazmín y gardenias. Siguió caminando, temiendo detenerse. En algunas callejuelas las paredes estaban empapeladas con anuncios de JAX y DR PEPPER. Y en varias ventanas había carteles pintados a mano: MAL DE OJO. CURACIONES DE MAL DE OJO. Y había prostitutas con la piel de color miel y rasgos hispanos que intentaban atraerle con señas.

Lo que Keo quería no era sexo. Quería sentarse en el salón de alguien y contar

por dónde había viajado y todo lo que había visto. Quería tener entre sus manos una taza de algo caliente, y decir lo solo que se sentía, y que tenía apenas quince dólares en el bolsillo. Un cuarterón de rasgos atractivos que tocaba el peine le dijo que se encontraba en el Vieux Carré, en el Barrio Francés. Eso estaba en la parte delantera de la ciudad, cerca del río. Storyville estaba al norte de Rampart, en la parte trasera de la ciudad.

—¡Cuidado! El Diablo vive allí arriba. Cuando oscurece, te corta con un cuchillo.

El sol se deslizó hasta hundirse en el Misisipí, tiñendo los callejones de un tono azul rosáceo, y de algún lugar llegó la suave jerga de una mujer y el olor de ostras fritas. Keo caminó en círculos mientras a su paso los anuncios de neón se encendían e iluminaban la penumbra, luego se tumbó encogido en un banco y se quedó dormido. Al amanecer se adentró por las calles de Storyville, recordando su historia, los hijos que había engendrado: Buddy Bolden, King Oliver. Pasó ante locales que Dew había mencionado como auténticas leyendas: la Sala de Baile Tuxedo, el Frenchman's. ¡Mira! El Mahogany Hall y el Lulu White's Bordello, uno al lado del otro en Basin Street. Keo se sentó en una esquina para absorberlo todo con calma.

Rancios olores a cerveza y orín. Postigos que crujían y rostros que se asomaban con un bostezo. Keo sacó su trompeta, colocó la boquilla y comenzó a tocar con cautela. Para eso era para lo que había ido hasta allí. Eso era lo que sabía hacer. Tocó primero escalas, luego melodías simples. Y después interpretó con su trompeta todo su viaje a través del Pacífico.

Un hombre con el pelo que parecía charol y polainas de color rosa dejó caer una moneda en la funda abierta de su trompeta.

—Eso está bien, chico. Cuéntalo despacio.

Entonces tocó más alto, hablando de su propia ciudad, de sus orígenes, de los colores del amanecer asomándose por encima de los Ko'olau, de sus vecinos roncando en Kalihi Lane. Habló de los campos de ñame y de los bosquecillos de bambú. De mares arcanos, de los perfiles antiquísimos de los arrecifes de coral. Perdido en su ensoñación, se olvidó de la hora que era y del lugar en el que se hallaba. Al mediodía, el sol hizo que todo pareciera descolorido. Tal vez no había tocado tan mal, pensó al ver una pequeña multitud a su alrededor: un chico que hacía recados, un cartero, un carnicero con un delantal que le lanzó una moneda de diez centavos.

Keo se puso en pie y guardó la trompeta.

—Estoy buscando a alguien en Perdido Street. Dew Baptiste.

El cartero se echó a reír.

—¡Vaya! Precisamente a ese. Es un proxeneta. ¿Te debe dinero?

—Estoy aquí para unirme a su banda. He venido desde Honolulu.

—¿Ho-no-vu-dú? ¿Qué clase de sitio es ese? ¿Dices que eres un trompetista... o

un brujo?

La gente se rio y le indicaron un edificio decrepito calle arriba.

—Dew no vuelve a la vida hasta media tarde. Si lo despiertas ahora, te matará.

Keo se compró un sándwich, se sentó en la calle y se durmió. Cuando se despertó, Dew le palmoteaba en la espalda y daba saltos a su lado.

—¡Hawaiano! Sabía que vendrías. Lo sabía. —Se echó un poco hacia atrás para mirarlo bien y le preguntó—: ¿Quién te ha vestido así? Tenemos que sacarte de la calle.

Lo llevó hasta el segundo piso del edificio, por unas escaleras que crujían como si fueran a venirse abajo y apestaban a vómito y a perfume rancio.

—Por ahora te quedarás conmigo. Usaremos la cama por turnos.

Seguía teniendo un aspecto gallardo e inmaculado, con un traje perfectamente planchado y una corbata, pero Keo se preguntó cómo podía permitirse tener una banda si vivía en una habitación tan minúscula como aquella. Todo lo que había era una cama pequeña, una silla y una cajonera de madera contrachapada.

Dew le hizo tomar asiento y lo examinó de arriba abajo con una mirada calculadora.

—Escucha. El simple hecho de que hayas venido hasta aquí me dice un montón. Eso demuestra que tienes ese «algo». Al menos, espero que aún lo tengas. Ese «algo» es lo que no será ni pisoteado ni espoleado. ¿Lo pillas?

Keo pensó que sí, aunque no estaba seguro.

—Hay muchos tipos con talento que se pasan a lo comercial: bandas con nombre, cuerdas melódicas, toda esa porquería de swing universitario. Yo quiero jazz. Quiero sonidos que no se repitan, cosas que se esfumen sin dejar rastro. Quiero tener una multitud pidiendo más a gritos. Para llegar hasta ahí, vamos a tener que realizar unos cuantos sacrificios.

Keo se inclinó hacia él, escuchando con atención cada una de sus palabras.

—Lo que estoy diciendo es que te olvides de dónde duermes o cuándo comes. De lo único que tienes que preocuparte es de tu trompeta. Tengo planes, hawaiano. ¿Cuánto dinero tienes?

—... Unos catorce dólares.

Dew se dobló de la risa.

—Da igual, vamos a quemar esa ropa de payaso. —Le lanzó una bata y añadió—: Y después quiero oírte tocar.

Pasaron toda la tarde tocando, con Earl Hines sonando de fondo en la vitrola. Cuando Keo hacía sonar la trompeta demasiado fuerte, o empezaba a dejarse llevar, Dew bajaba el saxo y le decía:

—Chico, olvídate de esos alaridos. Cuando te llegue el turno, solo tienes que cubrir un poco mi tono, oscurecer mi talante.

—O sea, ¿quieres moderación? —dudó Keo.

Dew sonrió.

—Quiero... poesía. Quita los dientes de tu trompeta. Haz como si esa cosa fuera la entrepierna de tu chica.

Keo se sintió deprimido, temiendo que Dew hubiera sobrestimado su talento.

—No, no —le dijo Dew—. Solo necesitas más práctica.

Durante una pausa, le contó a quiénes había logrado reunir para la banda. Honey Boy Lafitte, que era medio ciego, pero todo un maníaco al piano. Slow Drag Madeira, que volvía a tocar el bajo después de haber dejado la heroína. Slamming Sonny Dunlow, que desgarraba baterías por todo Storyville. Dew al saxo. Y Keo. Y tal vez más tarde un trombón o una tuba.

—Había pensado en llamarnos Dew Baptiste's Persuasion Jazz Band. Suena realmente bien.

Entrando otra vez en materia, tocaron los acordes iniciales de «Honeysuckle Rose», llevando el estribillo adelante y atrás. Después de diez minutos, Keo redujo su fuerza para dejar que Dew entrara. Al contemplar cómo su mezcla de sangres (africana, hispana y criolla) había conformado unos pómulos altos y una nariz prominente y grande, Keo empezó a vislumbrar al verdadero Dew Baptiste.

Dew había tocado con grandes bandas en Chicago, en St. Louis, en Kansas City. Podía borrar ciudades del mapa con su saxofón, pero no era eso lo que pretendía. Su tono era profundamente personal, su entonación sutil, demasiado llena de matices como para combinarse bien con otros saxofonistas. Había abandonado todas las bandas porque no le gustaban las normas que establecían.

—¿Quién dice que el tempo siempre tiene que ser el mismo? —preguntó—. ¿Quién dice que si el jazz comienza lento, tiene que permanecer siempre lento? ¿O que si comienza rápido, tiene que volar? ¿Quién dice que los acordes siempre tienen que cuadrar entre sí?

Keo lo vio ahora como un auténtico hombre de jazz que creaba sus propias reglas y sus propios ritmos. Incluso si eso significaba tocar a solas en una habitación diminuta, produciendo notas tan puras que eran como agujas atravesando la piel.

De repente, Dew pasó a otro tono, caracterizado por un lento aumento del ritmo. A medida que avanzaba en el tema parecía ir experimentando una terrible ansiedad, como si no fuera a ser capaz de encontrar una salida. Pero siempre la hallaba y, casi como en un truco de prestidigitación, volvía a casa, y sus notas se mantenían inmaculadas y puras. «... *you're confection, goodness knows, Honeysuckle Rose...*»

Más tarde, enfundado en un traje hecho a medida (a la medida de Dew, que era más alto que él), con zapatos brillantados hasta parecer espejos, con su pelo rizado alisado con gel, Keo se adentró en Storyville. Encontró una maravillosa variedad de tonos de piel: amarillos, ricos caobas, castaños rojizos, marrones como el visón,

distintos tipos de té. Suaves negros con destellos azulados y también uno de un majestuoso ébano (este caminando hacia ellos en un traje blanco, con polainas blancas). Mujeres del color de la miel les sonreían, balanceando las caderas. Daba la impresión de que Dew las conocía a todas. Guio a Keo a través de corrientes de calor y almizcle, sin dejar de arengarle como un padre:

—Esta ciudad es seductora y traicionera. Algunos intentarán engancharte para que te quedes aquí. Regla número uno: la heroína te matará. Con un porro ya vale. Regla número dos: las putas te pasarán enfermedades. Confórmate con las que yo traigo.

—Dew... me han dicho que eras un proxeneta.

Dew se echó hacia atrás, riéndose.

—Diablos, hasta Sachtmo empezó llevando a unas cuantas chicas.

Bastante después de medianoche, llevó a Keo a un club con un escenario diminuto en el que tocaba una banda desharrapada.

—Al trompeta lo llaman Buda.

El tipo tenía la piel de un amarillo marcado y estaba calvo, con unos ojos rasgados y penetrantes. Los labios eran blandos y atrofiados como pétalos heridos, y en sus mofletes colgantes se distinguía un cansancio inmenso. Su cuerpo era tan enorme que la trompeta parecía minúscula en sus manos. Antes incluso de que se la llevase a los labios, Keo ya sentía miedo. El Buda sonrió, sacó una lengua áspera color magenta, y la movió obscenamente en dirección al público.

Eran cinco: trompeta, saxo tenor, guitarra, bajo y piano. Era una banda que tocaba de oído, sin partituras, sin arreglos memorizados. Uno de ellos decía el nombre de una canción y empezaban todos a tocarla, deslizándose hacia el estribillo, improvisando por turnos, sin que ninguno le metiera prisa a otro. El Buda ignoró a sus compañeros durante las primeras tres canciones, y luego, a mitad de «Sweet and Lovely», se adelantó un par de pasos y chasqueó los dedos, esperando su momento. Como si le supusiera un gran esfuerzo, se llevó la trompeta a los labios y emitió sonidos nerviosos y llenos de imperfecciones que a Keo le dolieron en las entrañas.

Contempló cómo iba y venía, acercándose al estribillo y volviendo a alejarse. Entendió que aquel tipo no estaba tocando el estribillo, ni tan siquiera la canción. Estaba tocando algo semejante a una emboscada a la canción, tocando los colores en los que se camuflaba mientras planificaba la emboscada. Luego pasó a tocar el río Misisipí, con parejas bailando, manteniendo sexo en una barca, una joven prostituta ahogándose, una chica cuyo rostro era dulce y encantador. ¡Ahí estaba! Otra vez el estribillo. Pero lo tocaba de manera trágica, soplando en la trompeta como si él fuese el río. Y aquella chica.

—¡Dilo, Buda! ¡Dilo!

En aquella pequeña estancia, la gente aporreaba las mesas, se ponían en pie y

gritaban. El grandullón seguía tocando, encendiendo el local con una locura acusadora y con la trompeta casi desaparecida en su enorme y pastosa tripa. Se lanzaba y fintaba, tocando ahora suave, íntimo, sus sonidos rozaban los diques del río, escotes blancos como magnolias, y partían la niebla que cubría el delta del Misisipí. Dulce y encantador, sí. Cuando el público creía que estaba a su lado, que le había captado y podía anticipar lo que iba a hacer a continuación, de repente sus sonidos se volvían ragtime (viejos, rígidos, resaltando las notas octava y decimosexta) y luego se deslizaba a los ritmos suaves y lineales del swing.

Lo hizo con tal brillantez que el público le perdonó por haberse emborrachado con aquel solo interminable. Entonces apartó la trompeta de sus labios, con un balanceo de montaña desmoronándose, y el resto de la banda tocó a su alrededor para concederle un descanso. Alguien empujó una silla para que pudiera sentarse, pero el Buda ignoró el detalle, se frotó la cara, que estaba adquiriendo una tonalidad púrpura, levantó sus brazos de gigante, inhaló y volvió a tocar. Sus ojos se tiñeron de un rojo brillante, como si su corazón estuviera explotando. Aún mantenía un tremendo control, su ritmo aún tenía integridad. El público seguía oyendo fragmentos de «Sweet and Lovely» brotando de sus pulmones. Seguía contando una historia, muchas historias, y seguía ascendiendo hacia el clímax.

Keo estaba paralizado. Tenía delante un músico de jazz de primer orden, un milagro físico (igual que un gran atleta), alguien dotado casi de un control y un registro sobrehumanos, un hombre de un tamaño casi monstruoso que podía elevarse y oscilar como un ángel. Allí había un músico que noche tras noche se arriesgaba a matarse a sí mismo porque no podía ni quería parar. Algún día tendrían que sacarle los pulmones de la trompeta. Finalmente, el Buda bajó arrastrándose del escenario, echando humo y despidiendo un horrendo olor a sudor. Keo agachó la cabeza, completamente sobrecogido.

Fuera, en la calle, se pasó las manos por la cara.

—Nunca tocaré como él.

—Tú no quieres tocar como él —le dijo Dew—. Es un jodido adicto a la heroína, ¿lo pillas? Además, tú tienes tu propio estilo, y también es salvaje. Solo tienes que tomarte las cosas con más tranquilidad, hipnotizarte a ti mismo hasta la idiotez.

—Eh, tío, habla claro para que pueda entenderte.

Se sentaron en otro bar y Dew bebió pink gin como un dandi, con sus elegantes dedos terminados en uñas azules. Habló ahora con voz suave y firme, muy despacio para que Keo pudiera seguirle.

—Mira, imagina que eres un viejo que se ha pasado la vida leyendo libros. Ahora tienes que reunir todos esos libros y leerlos al revés hasta que puedas reproducir tu mente en el momento de tu nacimiento. Vacía. Limpia. Lo que queremos tener es tu premente.

Keo se inclinó hacia delante, intentando absorberlo.

—Hawaiano, todavía piensas que el jazz es música. Es cualquier cosa menos música. El jazz es jazz, ¿lo pillas? Cuando estás tocando, perdido en tu propio paisaje, produciendo sonidos que nunca habías oído, sonidos que quizá nunca vuelvas a producir, lo que importa no es si esos sonidos son buen jazz o mal jazz, sino si deberían ser escuchados. Tienes que empezar a pensar en ti mismo como en una especie de guardián de sonidos.

Keo dio un trago, pensativo.

—Quieres decir... tengo que preguntarme a mí mismo: «¿merecen estos sonidos ser escuchados? ¿no merecen ser escuchados? ¿solo merecen ser...?».

—Asumidos. Exacto. Son decisiones que tienes que tomar en décimas de segundo. —Dew habló despacio para enfatizar sus palabras—. Ahora, ¿y si estás ganduleando, experimentando, y emites un sonido que podría conducir a algo que quizá sea brillante? Pero es algo que podría minar tu autoestima, porque probablemente nunca serás capaz de igualar ese sonido. ¿Qué haces entonces?

Keo negó con la cabeza.

—Mira. Eso es lo que tienes que resolver cuando estás tocando. Ese es el dilema moral. Y tienes que resolverlo de antemano. Con el jazz lo que ocurre es que se encuentra bajo una amenaza constante de extinción. No puedes dejarte llevar por el sentimentalismo. No puedes repetirte. Tienes que ser siempre frío y distante. Distante hasta de ti mismo.

Keo lo miró fijamente.

—Tío, ¿cómo consigues ser tan listo?

Dew meditó un momento y luego respondió:

—Mi padre y mi madre entregaron sus pulmones al algodón. Eran aparceros. Antes de morir, mi madre me dijo: «Nunca te rajes. Nunca te rindas. No seas el último de la fila.» Así que me fui al norte y encontré a algunos héroes que me enseñaron cómo pensar.

Keo parecía tan asustado que Dew trató de consolarlo.

—No soy tan listo. Cometo errores. Habrá noches en las que pienses que me odias. Querrás matarme. Y habrá noches en las que te aplastaré con mi saxo. O lo hará el percusionista o el bajo. Pero habrá otras noches en las que serás tú quien nos aplaste a los demás. Noches en las que sacarás música de tus entrañas. Lo tienes, Hawaiano, simplemente acuérdate de eso.

De vuelta en la calle, Dew le ofreció una chica, una belleza color mostaza. Keo rechazó la oferta y Dew se fue con dos de ellas. Keo se tumbó en la cama y soñó con un mar sorprendentemente quieto; ahora era la tierra la que se movía bajo sus pies. A mediodía, Dew lo despertó y le hizo levantarse.

—Venga, vamos a enseñarles algo de música a estas cuatro paredes.

En los últimos años de la década de los veinte, los músicos de jazz más ambiciosos habían dejado Nueva Orleans para irse a Chicago, a St. Louis o a Kansas City. Ahora, el final de la década siguiente, la de los treinta, había traído una resurrección del interés por el jazz original, el jazz seminal de Nueva Orleans, sin la seductora suavidad de las grandes bandas. Era el jazz de hombres rudos e implacables que resollaban y cometían errores, guiados por el hambre y a veces por la genialidad.

La Dew Baptiste's Persuasion Jazz Band poseía el sonido auténtico. Comenzaron su andadura lentamente, tocando en pequeños bares de la Perdido Street a cambio de bebida y comida. Las prostitutas que conocían a Dew llevaban a sus clientes a ver las actuaciones. Los fans de Slow Drag Madeira fueron a verlos. Otros fueron llevados por su curiosidad al haber oído que el trompeta era un brujo que había venido de un lugar llamado Ho-no-lo-lo.

Cuando su popularidad aumentó, empezaron a cobrar un porcentaje de la entrada al local. Entre actuaciones, practicaban todo el día y se separaban por las noches para acudir a sus respectivos trabajos. Para cuando les llegó la oportunidad de tocar un fin de semana entero en el Moulin Rouge, al otro lado del río, en Algiers, una multitud hacía cola para verlos.

A veces la gente que se deslizaba por el suelo bailando interrumpía su baile, hipnotizada por Honey Boy Lafitte, medio ciego pero estelar al teclado. O se detenía al ver el modo en que Slow Drag abrazaba su bajo y extraía de él acordes maduros y perfectos que brillaban como rubíes. Dew y Keo tocaban complicadas piezas conjuntas, realizando improvisados contrapuntos. Y luego Dew se lanzaba con su saxo, produciendo elegantes y profundos sonidos, siempre nivelándose y disminuyendo a un gemido final.

Keo aprendió a ser parco con la trompeta, pero en su interior seguía teniendo aquella necesidad de gritar, y de vez en cuando Dew le permitía hacerlo. Algunas noches se llevaba la trompeta a la boca y hacía una pausa, llenando el local de una sensación de espera semejante al temor. Echaba la cabeza hacia atrás, con la trompeta cubriendo su cara, y tocaba media docena de estrofas, todas con ardiente intensidad. A veces lo que producía no era sonido, sino algo más allá del reino del sonido, tal vez una nueva forma de controlar su respiración. Y otras veces lo que tocaba era trágico y coherente.

La mayoría de la gente jamás había oído hablar de Honolulu. Solo sabían que Keo procedía de una isla muy lejana. Pero cuando tocaba de aquel modo, les recordaba a los negros el amargo éxtasis de su historia, su presente, todavía inclinándose ante el hombre blanco, todavía arrastrándose. Lo que Keo contaba a través del sonido de su trompeta era la verdad: prostíbulos en las callejuelas de la ciudad, y prostitutas haciendo la calle, y cuadras de Storyville en las que yacían niñas de doce años, y

mansiones a las que solo los ricos tenían acceso... porque ¿de qué otra manera podía una chica negra ganarse la vida?

Su trompeta traía los ecos de desfiles en las calles, de bandas de Dixieland, de pretenciosas bandas desfilando, sonidos de otras épocas, sonidos que dolían, sonidos sucios, el blues. Y el llamado «hot blues», el génesis del jazz. Traía a la memoria los sonidos que King Oliver sacaba de sus entrañas, con su ojo tapado. King Oliver había sido el mentor de Louis Armstrong, el padre fundador del jazz, y había muerto sin dientes, trabajando de portero en una sala de billar. Keo tocaba y gritaba, hablándoles a los negros de un orgullo desenfrenado, del hecho de que habían sobrevivido a su historia y le habían dado al mundo aquella cosa única y genial llamada jazz.

Una noche, tocando las últimas notas sollozantes de un solo, se tambaleó, cegado por el sudor, con la camisa y los pantalones chorreando, y los zapatos empapados como si hubiera pisado un charco. Realizó un ardiente lamento que subió y subió de volumen, y la gente levantó los brazos en una pantomima de claudicación. Entonces, bajó de golpe, dejando congelada en sus rostros una mueca de incredulidad. Cuando terminó, con la cabeza gacha y la trompeta colgando a un lado, el aplauso fue ensordecedor.

Agotado, Keo se quedó allí inmóvil, pensando: «No lo he hecho tan bien como el Buda.»

MAKA KILO, MAKA KIHI

Observar de cerca, con el rabillo del ojo

Un fin de semana, Dew cogió prestado un coche y la banda fue a Gulfport, Misisipí, para tocar en el Great Southern Hotel. Obtuvieron grandes ovaciones de un público compuesto totalmente por blancos, pero fueron obligados a comer sentados en la acera, y a dormir apretados en el coche. Los hoteles y los restaurantes no admitían a gente de color.

Ocurrió lo mismo en Biloxi. Así que prácticamente vivieron en el coche, aseándose en los arroyos y buscando a negros que pudieran plancharles la ropa. En Mobile, Alabama, donde tocaron en el Tick Tock Dance Hall, alquilaron una habitación en el barrio negro. Era invierno y durmieron en el suelo, cinco hombres temblando de frío el uno al lado del otro, con abrigos y zapatos y sombreros. Keo permaneció dos noches helado.

Los mismos blancos que les aplaudían por las noches les insultaban de día y les obligaban a cederles el paso en las aceras. En su última mañana en Mobile, Keo entró en un bar en el que servían almuerzos, el Karl's Kozy Korner. Agotado, se sentó en un taburete y le dirigió una sonrisa a la rubia que había detrás del mostrador.

—Café solo y un donut con mermelada, por favor.

La chica se inclinó sobre el mostrador y le dijo con voz coqueta:

—Eres muy valiente, chico. Si mi padre te ve aquí, te arranca la piel a tiras.

Cuatro clientes blancos se quedaron petrificados en sus taburetes. Y entonces algo se movió por detrás de la chica. Keo se dio cuenta de que era un reflejo en el espejo que había en la pared, el reflejo de un tipo enorme yendo hacia él, levantando en el aire algo grande y pesado. Un dolor sobrecogedor se extendió por toda su espalda. Luego sobrevino una negrura total, y el ruido de gritos. Despertó en la calle, con la boca llena de gravilla, y aquel hombre blanco pateándole como un maníaco.

—Negro asqueroso... ¡Te atreves a entrar, a plena luz del día! Hablando con mi hija.

A su alrededor se formó un corro de gente, y el tipo volvió a levantar por encima de su cabeza el bate de béisbol con el que le había pegado. Pero alguien lo agarró antes de que golpease.

—Aquí no, Jake. Es uno de los negros que tocan en el Tick Tock. Espera hasta que terminen de tocar esta noche.

Una bota le impactó en el pecho, haciéndole inhalar polvo y pequeños trozos de cristal. Dew se acercó con el coche y se disculpó ante la multitud furiosa:

—Sí, señor. Sí, señor.

Levantó a Keo y lo metió en el vehículo, y se alejó de allí conduciendo con extrema cautela y lentitud.

—¡Qué tienes en la maldita cabeza! Desde que salimos de Nueva Orleans no he parado de decir que tengáis cuidado. Cuidado, cuidado y cuidado. ¿Estás sordo? ¿Estás loco?

—Pensaba que lo de «segregado» solo era para los autobuses y los hoteles —dijo Keo, que se estremecía de dolor.

—Se refiere a todo. Karl's Kozy Korner. ¡KKK! ¿No lo pillas?

Giró a izquierda y a derecha, conduciendo ahora como un loco. En diez minutos, la banda había cargado todo su equipaje en el coche y, sin hacer ruido, abandonaron la ciudad, y Alabama. Pararon a repostar en Misisipí, orinaron en los bosques, y no volvieron a detenerse hasta llegar a Nueva Orleans. Keo tenía algunas costillas rotas y un hombro fracturado. Dew le dijo que tenía suerte, le contó lo que le habrían hecho si llegan a cogerlo de noche.

Keo se volvió precavido. Algunas noches, nostálgico y desencantado, paseaba por Jane Alley, donde Satchmo había nacido. Se sentó en la acera, delante de su casa. El gran Louis Armstrong, cuya madre le había cocinado la comida de desperdicios rescatados de los cubos de la basura y le había hecho zapatos con trozos de goma de neumáticos usados. Un hombre que tenía más alma y talento que cualquier otro músico de jazz vivo, y sin embargo seguían llamándolo «negro» en el sur. Su imagen animó a Keo, le convenció para seguir progresando.

Imitó el estilo de Dew (trajes de cintura estrecha, zapatos de dos colores, alfileres en sus corbatas) y adoptó una actitud gallarda, incluso atractiva, cuando tocaban en el prostíbulo de Lulu White y en el Mahogany Hall, en Basin Street. Cada noche, se vistió con sumo cuidado, como un cura que fuese a dar misa, planchó sus pantalones y los puños de sus camisas. Luego salía al escenario y se quebraba en pedazos, terminaba hecho una ruina, descalzo, con la camisa arrancada, el traje empapado, su cabello antes bien peinado y ahora de punta, como electrificado. Se gastó sus primeras pagas en aumentar su vestuario.

Un agente de una compañía discográfica del norte organizó una sesión de grabación en la que Keo estaba colocado a cinco metros por detrás del micrófono. Aun así, su trompeta arrolló a los demás instrumentos. Al tocar «Body and Soul» entró en un trance y realizó un solo de veinte estrofas antes de que Dew lo lograra sacar de su ensimismamiento.

—Ese tipo es demasiado salvaje —protestó el de la discográfica—. No se le puede bajar el tono y no combina bien con los otros.

Así pues, las compañías los ignoraron.

Sintiéndose fracasado, Keo volvió a recorrer las calles y se encontró a sí mismo en el Barrio Chino, rodeado de tiendas diminutas en las que colgaban patos

despellejados y había grupos de viejos con peonías tatuadas en los pies que jugaban al fan-tan y al mahjong. Se sentó en una tetería y una chica le sirvió una taza de oolong. Envuelto en un aroma a pescado salado y gachas de arroz, cerró los ojos y se desplazó mentalmente hasta Kalihi Lane. Su madre bromeaba con el hombre que vendía crema de ñame, con unas bolas de pasta púrpura. Unos chicos cantaban en *falsetto*. Los ronquidos del señor Kimuro, a la izquierda de la calle, respondían a los del señor Silva, que venían de la derecha.

Y más allá de la calle, el distrito de Kalihi. La panadería de Lee Su, en la que vendían pastel de arroz de color rosa y verde, el local de comidas para llevar Kalana, que ofrecía cerdo envuelto en ñame y arroz *limu*. Anguilas moviéndose en el interior de tanques de agua en la pescadería de Yokio. Y más allá de Kalihi, el Barrio Chino de Honolulu: el martilleo de máquinas de coser brotando del interior de algunas puertas, el chasqueo interminable de tijeras de barbero en plena calle. En los puestos de carnicería, anillos de menudillo y cuencos de molleja de cerdo, callos sonrosados.

Y en algún lugar de los Heights estaba Sunny. Keo inclinó la cabeza, perdido en las oscuras lagunas de los ojos de Sunny. Sus labios sabían a guayaba, su cuerpo era una sogá que había escalado. Sunny, que lo había empujado a salir al mundo. Que lo había cargado con su zumbido feroz y frenético. No obstante, era un desastre en lo que se refería a escribir. Keo le escribía cada semana para explicarle que las cosas avanzaban con lentitud en lo que concernía al dinero, y recibía quizás una carta al mes, lo que provocaba que entre una y otra se torturase a sí mismo preguntándose si ella habría cambiado de idea, si habría conocido a alguien rico y de piel más clara que la suya.

Cuando llegaban sus cartas, le proporcionaban un nuevo impulso, sentía que cambiaban de posición los engranajes de la suave maquinaria de su cuello y sus hombros, y se movía con urgencia. Sunny estaba estudiando francés. Estaba vendiendo sus joyas y ahorrando hasta el último céntimo. Sus cartas hacían que Keo sintiera el deseo de tocar a alguien, convertían la soledad en algo casi insoportable. Dew le llevaba chicas de todos los colores, pero siempre las rechazaba.

Sin embargo, a las mujeres les encantaba el modo en que Keo tocaba su trompeta. Acudían a los locales donde actuaba, con las medias llenas de dólares, y le escuchaban toda la noche. Su apodo, Hawaiano, su misterioso origen en el Pacífico, el hecho de que parecía no desear a nadie, de que nunca se iba ni con mujeres ni con hombres, las intrigaba. Las mujeres se volvían a su paso y miraban fijamente la trompeta después de que sus manos y sus labios la hubieran tocado. Durante una pausa, una mujer se acercó al escenario y se inclinó para oler el instrumento. Otra le robó la boquilla.

La banda continuó adelante, esforzándose siempre al máximo, siempre hambrientos de éxito. Si las discográficas no los querían, dijo Dew, ¡al demonio!

ellos mismos harían sus propias grabaciones. Alquilieron un micrófono, una grabadora y cintas de acetato, y se metieron en una habitación vacía. Cuando escucharon la grabación, todo sonaba crudo y estridente. Organizaron una segunda sesión y utilizaron dos micrófonos.

Al no haber ningún agente gritando, ni nadie con los cascos puestos haciéndoles señas como si fueran monos bien entrenados, Keo se relajó. Seguía sin ser demasiado bueno a la hora de leer una partitura, así que no todas sus notas eran correctas. Pero su participación fue perfecta, con sus ágiles variaciones de «Am I Blue», donde realizó un ataque directo y urgente. Con un simple parpadeo de Dew, Keo supo cuándo bajar el tono, cuándo deslizarse fuera de una estrofa para permitir el solo del siguiente compañero. Todas las canciones brotaron sin esfuerzo, y tocaron nueve distintas. Cuando terminaron, eran conscientes de que tenían un disco. El primero de la banda.

Semanas más tarde, después de pedir limosnas y pasar el sombrero, Dew organizó una nueva sesión de grabación en una sala con paneles de madera que resultaba ideal para el sonido. La primera noche hicieron un ensayo, y en la segunda realizaron la verdadera grabación. Pero tocaban con tal control («Tiger Rag», «I Should Care», «St. James Infirmary», «That's My Home», «Mahogany Hall Stomp», «Nobody's Sweetheart») que en realidad no necesitaban una segunda noche. Dew visitó las emisoras de radio, pero los disc-jockeys eran blancos, y cuando ponían «jazz negro» solo querían a Louis Armstrong. Envío copias del disco a emisoras de Nueva York, Chicago y Kansas City. Pero después de unos cuantos meses, dejó de llamar.

A veces, Dew veía a otros saxofonistas entre el público, robándole sus composiciones, tomando notas en los puños de sus camisas. Empezó a tocar con un pañuelo cubriendo las válvulas de su instrumento para que nadie pudiera seguir el movimiento de sus dedos. Una noche, Honey Boy lo imitó y su cubrió con una sábana blanca que tapaba también el teclado. Otros músicos comenzaron a retar a Keo y a Dew, saltaban al escenario y los desafiaban a una competición, trompeta contra trompeta, saxo contra saxo. Dew los derrotó a todos; no había en toda Nueva Orleans un saxo tenor que pudiera igualar su belleza e inventiva.

Y en cuanto a Keo, había mejores músicos, con mayor control, pero la crudeza de sus sonidos, sus incomparables *altísimos*, sus fantásticas notas altas, vencían a cualquiera. Escuchaba el control de los demás, su lirismo, y se enfurecía. Y aquella rabia brotaba de su trompeta. A veces conseguía un Fa sobreagudo y lo mantenía durante tanto tiempo que corrió el rumor de que tenía los pulmones como los de Satchmo, pero que carecía del control o la paciencia para leer música.

—Bueno, sí, es pésimo leyendo, pero su oído es perfecto —lo defendía Dew—. El tío puede identificar el tono de un pedo.

De hecho, había hombres a los que Keo les tenía miedo. Al escuchar la música de

los gigantes del norte (Red Allen, Buck Clayton, Roy Eldridge), era consciente de que nunca alcanzaría algo tan genial. No obstante, poseía la capacidad de incorporar a su estilo todos los sonidos que había oído alguna vez: Beethoven, Wagner, los gruñidos y asperezas de Bessie Smith, las cancioncillas populares, los anuncios de cerveza, los rezos y blasfemias de los negros durante sus juegos de apuestas. Comenzó a ver dónde estaba más limitado, dónde cogía prestado de la genialidad de otros, y ese conocimiento se convirtió en su oscuro secreto, la nota que nunca tocaba.

Un grupo de blancos de rudo aspecto y atuendo festivo estaba sentado cerca del escenario. Después de ejecutar diez estrofas en solitario, Keo se retiró para ceder el turno a Slamming Dunlow. Uno de los blancos atrajo la atención de Keo y se frotó la nariz repetidamente. Keo apartó la mirada. Más tarde, el guardaespaldas del tipo le dio con el codo en la barra.

—Cuando Bateau Creole hace esto —y se frotó la nariz—, significa que quiere más. Quiere más trompeta.

Durante la segunda actuación, el tipo volvió a frotarse la nariz. La banda le ignoró, y cuando Keo miró hacia abajo, vio que Bateau Creole había puesto un revólver sobre la mesa. Dew se lanzó a un solo, balanceando su saxo por encima de su cabeza. Cuando el tipo se frotó de nuevo la nariz, Keo siguió con ocho estrofas de «Just a Gigolo», tocando con tanta fuerza que la sordina de su trompeta salió disparada por los aires. Al pistolero le encantó. A las tres de la madrugada, cuando Dew y Keo salían del local, sus matones les hicieron subirse al asiento trasero de su Cadillac.

—Para mostraros mi reconocimiento. —Bateau Creole les estrechó la mano y les metió billetes de cien dólares en los bolsillos.

Era pequeño y pálido, y su rostro se parecía al de una rata. Un rubí brillaba en uno de sus dientes.

Su lenguaje era levemente culto.

—Sois muy buenos, chicos. Me encanta el buen jazz. Una vez estudié violín.

Dijo que le gustaría ser su representante.

—¿Qué significa eso? —preguntó Dew.

—Bueno, nunca significará que os diga dónde ni qué tocar. Podría significar que os traiga multitudes enteras de gente para oídos. Puedo haceros famosos.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Solo tocar. Yo vendré y escucharé. De vez en cuando —se frotó la nariz mientras hablaba— podríais tocar solos especiales para mí.

—¿Conoce a algún disc-jockey?

—Claro que sí. —El otro sonrió—. ¿Habéis grabado algún disco?

—Dos. Pero no los ponen. Al único negro al que quieren oír es a Satchmo.

El tipo sonrió y su rubí destelló.

—Enviadme vuestros discos y dejádmelo a mí.

Después de eso, donde fuera que les conseguía actuaciones, aparecía con hombres de esmoquin y preciosas mulatas, y enviaba botellas de champán al escenario, para «sus chicos». Algunas veces se diaponían a terminar y Bateau se frotaba la nariz. Entonces cogían aire y empezaban otra vez, tocando hasta desmayarse. En una ocasión los mantuvo tocando durante treinta horas, de una noche a otra. Cada vez que se derrumbaban, les hacía llegar comida y licor. Cuando terminaban por fin, corría al escenario y les llenaba los bolsillos de billetes. Les metía dinero en las mangas de las camisas e incluso en los calcetines.

Dew comenzó a preocuparse.

—A este tipo no le importa la música. Lo que le importa es el control.

Pero nadie le escuchaba, estaban demasiado ocupados contando billetes de cien dólares. Keo se sentó en la cama, con el pelo engominado sujeto con un pañuelo, dividiendo su dinero en montoncitos con cintas de goma. Un montoncito para sus padres. Otro para Malia y sus hermanos. Otro para el pasaje de Sunny a Nueva Orleans. Llamaron a la puerta y se levantó para abrir. Dew se fijó en los paquetes de dinero y se inclinó sobre la cama para ponerlos todos juntos.

—Ni lo pienses, sea lo que sea lo que estás planeando. Todo esto se va al banco, igual que lo mío.

Se lo metió en el bolsillo y se dio la vuelta para salir, pero Keo lo empujó contra la pared con tanta violencia que se rompió un espejo.

—Te quiero, tío, pero no soy tu «negro». Ese dinero es mío. He sudado para conseguirlo desde el día que llegué aquí.

—Te lo gastarás. Siempre lo haces. —Dew se incorporó con parsimonia y sacó el dinero de su bolsillo—. ¿Qué pasa? ¿Te estás volviendo un filántropo?

—Tengo familia. Responsabilidades. Tengo planes para irme algún día a París, ya te lo dije. No está ocurriendo nada, Dew. Nuestra banda no va a ninguna parte.

—Lleva tiempo. Bateau tiene contactos.

—Bateau es un gánster.

Dew se apoyó contra la pared.

—Sí, ya lo he pensado. Un error y acabamos en el río.

Había pasado un año y Keo seguía viviendo en la miseria. Y las cartas de Malia le preocupaban.

«... Los militares estadounidenses están construyendo más cuarteles y pistas de aterrizaje...

»El padre de Sunny está muy nervioso, teme que perderá su trabajo por culpa de los miles de empleados públicos que están llegando. La toma con su madre y Sunny

intenta intervenir...»

Keo se sentía tan culpable que enviaba aún más dinero a casa. Luego empezó a despertarse a las tres y a las cuatro de la madrugada, con el corazón acelerado y el cuerpo cubierto de sudor. Pensaba en Sunny, a la que había dejado indefensa ante su padre. Se lo imaginaba pegándole y saltaba de la cama gritando, cegado por el dolor de su hombro. Permanecía en la oscuridad de su minúscula habitación hasta que el cuerpo dejaba de temblarle y su respiración se calmaba. Pensaba en la piel pálida como la miel de Sunny, en sus encantadores ojos rasgados. Allí la llamarían mulata. Allí, también, estaría en peligro. Le escribió para explicarle que las cosas no estaban funcionando del todo en Nueva Orleans, y mencionó el racismo, que era mucho peor que en Honolulu. Pero apenas mencionó a los gánsteres.

Cambió el tono de sus cartas, con la esperanza de que sonasen como las de un hombre que sabía con certeza qué hacer a continuación. Ya los veía a los dos en París. Se irían, le escribió, tan pronto como tuvieran dinero para el pasaje. Trabajaría de camarero o de ayudante de cocina, de cualquier cosa para encontrar un lugar seguro para ella. Y tocaría la trompeta en sus ratos libres.

Una noche se bajó del escenario pensando que estaba soñando.

—¡Ugh! —exclamó al ver a su compañero de camarote en el carguero, el pequeño chino hawaiano.

Ugh le sonrió y le estrechó la mano.

—*Mon ami*, ¿estás bien? Vas a tocar en París, ¿no? Entonces tienes que estar preparado.

Keo se agachó para abrazarlo.

—¡Maldito granuja, desapareciste! No llegamos a decirnos adiós...

—¿Y por qué? No nos hemos separado. Siempre vengo a escucharte cuando estoy aquí.

—Nunca te he visto.

—Pero yo escucho. Eso es más importante.

Se sentaron a una mesa y Ugh comenzó a hablar como si aún estuvieran a bordo del barco, cruzando el Pacífico, como si su conversación nunca se hubiera interrumpido.

—Hawaiano, tu oído sigue siendo milagroso. Puedes tocar cualquier cosa. Pero ahora tienes que empezar a saber qué estás tocando, para así saber qué reglas vas a romper. Europa será diferente. Prepárate. Escucha a Bach, a Stravinsky. Tu amigo Dew los conoce. Ellos también fueron revolucionarios, hombres de jazz de su época.

Habló durante horas, consciente de los miedos de Keo: que no era original, que no era un genio.

—¿Y qué es el genio? Dicen que es la idea de un gran principio tomando la forma de la promesa de su lógica. ¿Quién posee esa lógica? ¿Mozart? ¿Beethoven? ¿Las

tribus subsaharianas con sus tambores y sus maracas?

—¿Sabes? —dijo Keo, con un suspiro—, todavía estoy asustado. Sigo siendo un isleño. París es donde se reúnen los músicos de jazz más brillantes de todo el mundo. Se reirán de mí y me echarán a patadas.

Ugh negó con la cabeza.

—Escúchame bien. Los europeos no hacen jazz, ellos tocan su «idea» de lo que es el jazz. ¿Qué es el jazz, de todos modos, sino nostalgia y furia? ¿Y qué es la música sino la distribución de ocho notas en una escala? Lo único que tiene importancia es que la siguiente nota sea «diferente», pero al mismo tiempo inevitable. Tú tienes ese don, amigo mío.

A la noche siguiente, Ugh trajo consigo una grabación, un solo de trompeta del aria «Nessun dorma» de Puccini, de la obra *Turandot*. Keo apenas había oído hablar de Puccini, pero al escuchar las notas trágicas y sobrecogedoras de la trompeta se quedó estupefacto y lloró.

Ugh le dio unas palmadas en el brazo.

—Sí, llora. «Esto» es genio. Capta la nostalgia solitaria, el triunfo del corazón humano.

Puso el disco una y otra vez y se puso a saltar en una silla, golpeándose con gestos teatrales el pecho y traduciéndole el aria:

—*Vincirà!* «Ganaré.» Tú nunca compondrás algo como esto. Muy pocos lo hacen. Pero algún día aprenderás a tocar esta aria así. De verdad lo creo.

—Ugh —dijo Keo, acercándose a él—, ¿cómo debería prepararme?

Su amigo se sentó y unió las manos.

—Debes digerir todo lo que has visto y oído aquí, incluso lo malo. Eso enriquecerá tu forma de tocar. Después, cuando tires lo que no necesitas, lo harás como resultado de tu fortaleza, no de tu ignorancia. E intenta aprender a llevar una conversación. A los europeos les gusta hablar y lo valoran. Debes incluso entender la palabra «jazz», mucha gente no conoce su génesis.

Continuó hablando suavemente, como en trance:

—... Algunos mantienen que «jazz» tiene sus raíces en el aroma a jazmín de Storyville, en sus prostitutas. Mira, los franceses trajeron la industria del perfume con ellos a Nueva Orleans. El aceite de jazmín era un ingrediente local muy popular. Cuando lo añadían a un aroma, se decía que estaban «jazzeándolo». Y también está la palabra francesa *jaser*, que significa «cháchara»...

»A menudo, mujeres que se habían perfumado con jazmín les preguntaban a sus potenciales clientes si tenían “jazz” en mente, ¡y, por supuesto, se referían a algo más que a hablar! Oh, sí. En la jerga, “jazz” se refería a... bueno, *l'amour*. Se convirtió en una palabra de uso común, y también describía la música que tocaban pequeñas bandas en locales y prostíbulos...

»Puede que, en la lánguida pronunciación sureña, la palabra “jazz” se alargase y sonase más sugerente y erótica: jazzzzzz. Como los músicos de Nueva Orleans trabajaban en los barcos del río y migraban hacia el norte, a las grandes ciudades, los sonidos del jazz fueron con ellos. Y con ellos también viajaron los recuerdos de su familia, de su genealogía, del golpeteo de tambores ancestrales en la plaza Congo...

»Y también fue el vudú, y sus oscuras ceremonias. Pesadillas de esclavitud, y de huidas. Y quizá también fue el amor por los Choctaw, indios que vivían en las marismas y escondían a los esclavos. Así que siempre hay una cierta melancolía en el jazz, nostalgia de lo que dejamos atrás. Esa es la verdadera definición, *mon ami*. El jazz es el sonido de la soledad, de la necesidad humana. El jazz es la lengua del exiliado...

Escucharon otra vez el solo de trompeta del «Nessun dorma». Y cuando Keo levantó la vista, Ugh se había ido.

De la noche a la mañana, o esa al menos fue la impresión que les dio, los dos discos de la banda sonaron en las emisoras locales. Empezaron a llegarles llamadas de clubes que querían contratar a la Bateau Creole's Persuasion Band. Bateau les había cambiado el nombre para dejar claro que eran de su propiedad. Dew lo siguió y destrozó su Cadillac con un mazo de hierro, abollándolo por completo y rompiendo el parabrisas en mil pedazos.

Así, cuando los demás escaparon a Chicago, él y Keo cogieron todos sus ahorros y se subieron al primer tren en dirección a Nueva York. Mientras el paisaje cambiaba a toda velocidad al otro lado de las ventanillas, Dew se retorció los dedos.

—Nadie será mi dueño. Sobre todo, ningún gánster blanco.

Lo único que Keo llegó a conocer de Nueva York fue una habitación en el Harlem, en la que se escondieron durante semanas, esperando sus pasaportes y unas plazas en un barco a Francia.

Un día Dew apareció corriendo, agitando en el aire unos documentos.

—¡Tenemos los billetes! ¡Tenemos las reservas!

En realidad, lo que tenían era un trabajo en un circo de París, tocando con una banda destartalada. Un dependiente de la oficina de pasaportes había advertido a Dew de que, con Europa al borde de la guerra, la mayoría de los americanos regresaban a casa.

Aun así, un amanecer del mes de julio de 1939, yendo en dirección contraria al resto del mundo, Keo y Dew viajaron con billetes de tercera clase, con una sensación de mareo que no remitió durante días y días. Días en los que se movieron como los cangrejos por el suelo del camarote. Llegaron a El Havre sucios y exhaustos. Allí, Dew hablaba suficiente francés para encontrar el tren a París. Un representante del

circo los estaba esperando, y en cuestión de una semana ya estaban tocando en la banda del Circo Medrano.

Francia era miserablemente húmeda y gris. La banda era horrorosa, compuesta principalmente por aficionados y estudiantes. Por las noches, rodeado del olor a serrín y a estiércol, del infernal rugido de los leones, Keo se quedaba dormido recordando las palabras de Ugh.

«El jazz es el sonido de la soledad. Es la lengua del exiliado.»

KA WEHE‘ANA O KE KAUA

Preludio de guerra

Paquidermos humeantes. Gatos monteses siberianos saltando por anillos de fuego. Acróbatas, como polillas adornadas con lentejuelas, cruzando las alturas en actuaciones deslumbrantes. Al principio vieron París a través del combado prisma de la carpa del circo. Luego comenzaron a ir en metro al corazón de la ciudad, y se quedaban desconcertados en los bulevares. Daba la impresión de que solo una parte muy pequeña de lo que sabían tenía importancia allí.

Pero, poco a poco, el pulso de París, su particular tempo, se fue filtrando en su interior. Se sentaban en algún café e intentaban descifrar conversaciones ajenas. Los franceses debatían sobre cualquier cosa. Hasta sus silencios estaban llenos de dientes. Después descubrieron los *bals musettes*, donde por unas pocas monedas bailaban con chicas francesas que olían a perfume barato y cigarrillos Gitanes. Las bandas eran mediocres, y seguían tocando el Java y el foxtrot. Las noches se deshacían hacia el amanecer mientras buscaban los sonidos del «hot jazz».

En la orilla sur del río, en Les Deux Magots, conocieron a un pintor, Etienne Brême, que fue a oírles tocar en el Circo Medrano. El hombre quedó horrorizado al oír la solitaria apoteosis de los gritos de Keo a través de su trompeta y el saxo magistral de Dew, pues temía que el talento de ambos quedase enterrado entre el serrín de aquel lugar.

Les encontró habitaciones baratas y trabajos esporádicos en Montmartre, bodas, funerales, un baile de etiqueta para un travesti famoso (que salió de una gigantesca tarta de cumpleaños con la cabeza afeitada y recubierta con un glaseado y treinta velas). Paso a paso, Brême los introdujo en las salas de jazz, y con el tiempo empezaron a realizar conciertos improvisados en los clubes de moda: el Can Can, el Croix du Sud.

Inmersos en el mundillo de la música, ansiosos por obtener reconocimiento, solo eran vagamente conscientes de que media Europa hacía cola para conseguir máscaras antigás. París se estaba movilizando. En septiembre, después de que Hitler invadiera Polonia y Francia e Inglaterra le declarasen la guerra, la carne y la gasolina desaparecieron. Familias enteras llegaron a la capital desde ciudades situadas en la frontera norte y convirtieron los parques en campos de refugiados. Se taparon las farolas y las llamas azules de linternas moviéndose por las aceras convirtieron las calles en sueños.

—Si vuelvo a Nueva Orleáns me castran —dijo Dew—. Y tú no tienes dinero para el pasaje a Honolulu. Estamos aquí, no nos queda otra.

Se registraron como extranjeros, llevaban *cartes d'identité*, e hicieron cola para obtener cartillas de racionamiento. Keo le escribió a Sunny: «... los extranjeros son evacuados... El gobierno intenta evitar que entre la gente en el país. No sé cuánto falta para que resulte físicamente peligroso estar aquí. No te preocupes. Estaremos juntos... incluso si tiene que ser en otra parte...»

Irónicamente, fue la guerra, la amenaza de una invasión inminente, lo que provocó que se abrieran más cafés. De repente se demandaba hot jazz, el público quería una música que fuese anárquica, que gritase pidiendo libertad. Un día un saxo tenor judío emigró a Inglaterra y Dew lo sustituyó en el Club Java. A Keo le ofrecieron un trabajo en el cercano Club Can Can. A medida que más y más músicos de jazz se marchaban, otros llegaban para ocupar su puesto: marroquíes, sudafricanos, gente de Guadalupe, Tahití, Fiyi.

—¡Los nazis dicen que todos somos lo mismo! —gritó uno de Guadalupe—: «Negros de la jungla que adoran el jazz.» ¡Así que, chicos, vamos a darle ritmo!

En el estudio de Etienne Brême, en una bocacalle de la Rue Pigalle, Keo conoció a un percusionista de Guam, a otro de Rarotonga, a un saxo que era un maorí de Nueva Zelanda. Al ser todos ellos isleños del Pacífico, se alegraron de haberse encontrado, y hablaron con frases deshilachadas en sus lenguas nativas. Resultó que Brême era medio francés, medio gitano romaní, pintor y amante del jazz, que había pasado diez años de su vida viajando por los Mares del Sur.

Su estudio, que parecía una caverna, se convirtió en su santuario, y allí se reunían para improvisar conciertos con su inmensa colección de discos como fondo: canciones funerarias maoríes, cánticos de Papúa Nueva Guinea, los tambores de piel de canguro de los aborígenes australianos. Keo escuchó por primera vez hot jazz grabado en Sídney, en Tokio, en Filipinas. Oyó los orígenes del jazz en los ritmos de bandas tribales de África.

Las paredes del estudio de Brême estaban cubiertas de redes de pesca, antiguas lanzas de guerreros, cabezas reducidas de tamaño de Borneo. Entre todo ello había cuadros, primitivos y modernos, algunos viejos y con algo de valor. Podían señalarle cualquiera de ellos y se lanzaba a contarles su historia, su composición, la constitución química de las pinturas, la vida del artista, señalando si era una buena obra de arte o no pasaba de mediocre. Keo se sentaba a escucharle, absorbiéndolo todo; era como ir a la universidad.

El lugar se convirtió en una especie de faro. Los isleños arrastraban bolsas de lona por la estrecha escalera circular que subía cuatro plantas, como la oscura y siniestra concha de un caracol. Su olor y sus voces melodiosas, y su oscura piel tatuada, transformó el lugar en un oasis oceánico. Cuando el estudio estaba lleno, salían en avalancha a las calles y alquilaban habitaciones en pensiones cercanas, reuniéndose después en el bar Halo. Y, borrachos de cerveza caliente, realizaban bailes de sus

islas y agitaban en el aire cartas que habían recibido de casa, contando a viva voz las noticias.

—¡A un amigo le ha atacado una barracuda!

—Apirana por fin se ha hecho un tatuaje...

Las cartas de Sunny mostraban su preocupación. Su padre se estaba volviendo más violento, y su madre se negaba a dejarlo. Keo visualizó a las dos mujeres enfrentadas, Sunny incapaz de entender que su madre no quería ser salvada. Se ponía melancólico y veía su rostro flotando en un vaso de ron bajo la luz refractada por su trompeta. Por las noches los parisinos contemplaban el cielo en busca de bombarderos. Keo había vuelto a elegir un lugar en el que ella estaría en peligro. Pensó de nuevo en regresar a casa, pero Dew se opuso.

—Esta es nuestra ocasión. Por la que hemos estado rezando y practicando. No podemos irnos ahora. Irnos sería perder la oportunidad.

—¿Y si vienen los alemanes?

—Pregúntamelo entonces, tío. Lo único que sé es lo que hay ahora mismo.

Una noche tocaron a beneficio de los huérfanos de guerra polacos. Siete hombres de color vestidos con esmóquines blancos y con un piano blanco, todos en una especie de jaula dorada suspendida en lo alto del salón de baile. Tocarón sin partituras, enlazando una canción tras otra, moviéndose, arqueándose y fintando, con el sudor resbalando de sus cuerpos y cayendo sobre las parejas de ricos que había debajo.

Los sonidos que salían de aquella jaula, golpetazos violentos, tambores sobrecogedores, llantos de trompeta, los *glissandos* de un trombón, esclavizaban a la multitud y les mostraban el hot jazz en su cénit. Nunca volvería a sonar tan puro. Más tarde, tras la guerra, durase lo que durase, vendría otro tipo de sonido. Pero ahora mismo, en ese momento, aquello era lo último, lo que los antepasados del jazz habían estado buscando desde el principio. Tocarón toda la noche suspendidos en aquella jaula, y acabaron tan empapados en sudor y tan agotados que cada uno de ellos parecía haber perdido una talla; el esmoquin e incluso los zapatos parecían quedarles grandes.

A medida que los músicos abandonaban Europa, los propietarios de los clubes buscaban desesperadamente a otros hombres de jazz. Keo y Dew eran contratados con semanas de anticipación, a veces con grupos que ya conocían y otras con desconocidos. Por las noches, Keo miraba fijamente a las parejas que bailaban en una suerte de sensualidad exhausta. Las observaba en las avenidas, donde su sombra doble se deslizaba por las aceras y sobre las bocas de las alcantarillas, y hacía que la ausencia de Sunny resultase más dolorosa. La nostalgia le llevó a tocar con más intensidad, poniendo tanta presión en su labio superior que aparecieron en él pequeñas grietas sangrantes.

Mientras recorrían el vecindario en busca de alguna pomada, pasó a su lado un coche en el que iba un grupo de hombres que lanzaban bombas de amoníaco y gritaban: «*Retournez en Afrique!*»

Keo y Dew se metieron por la primera puerta que vieron, la de una tienda. El dueño les aseguró que aquellos tipos no eran franceses:

—¡Sucios alemanes! —gritó.

Una noche una bomba de gas explotó en un cabaret. A la noche siguiente, el público se moría de la risa cuando Dew y los demás se subieron al escenario con bragas de mujer en la cara como si fueran máscaras antigás.

Aparecieron carteles en las ventanas de algunos clubes: NO SE CONTRATA A MÚSICOS NEGROS NI MARRONES NI JUDÍOS.

Mientras hacía un crucigrama, Keo sintió que el estómago le daba un vuelco. Las palabras del siete horizontal eran «judío asqueroso».

No obstante, a Dew le había seducido aquella ciudad, la gente pidiéndole autógrafos, comparándole con Coleman Hawkins, que había vuelto a Estados Unidos. Su sangre africana y española dejaba ahora paso al criollo francés que había en él. Hablaba y gesticulaba como un francés. Holgazaneaba en cafés con mujeres hermosas, acumulando deudas equivalentes al precio de varios trajes hechos a mano.

—No está mal para el hijo de un aparcerero —dijo, recordando la miseria en la que había vivido y la ausencia de sus padres. Luego regañó a Keo—: ¡Tío, te estás olvidando de cómo vestirte! ¿Quieres que te recuerden solo por tus pies?

Keo ahorrraba todo lo que cobraba, y estaba desgastando sus dos trajes buenos. Le daba igual. Incluso en los cabarets más elegantes, el público esperaba ver al hawaiano descalzo. No importaba lo immaculado que estuviera a la hora de empezar una actuación, cuando la terminaba, su aspecto era el de un perturbado, tenía el traje empapado y sus enormes pies seguían moviéndose por el escenario. A veces, cuando tocaba, sentía que aquellos pies suyos, que todo su cuerpo se transformaba en su instrumento, como si la trompeta le hiciera sonar.

Llevaba su boquilla favorita como si fuera un talismán, soplando en ella, tocándola. Y trataba su trompeta de la misma manera, acariciándola y limpiándola con agua caliente. Sentía que tenía que vivir con ella y serle fiel. Incluso durante las conversaciones, cogía casi sin darse cuenta la trompeta y toqueteaba las válvulas, tocando escalas o notas largas.

Al ver a otros hombres con chicas, a Dew con una voluptuosa rubia polaca, a veces temía que la trompeta era lo único que tenía. Tal vez fuese lo único que jamás tendría. Quizá Sunny estuviese fuera de su alcance. En ocasiones como esa, pensaba que moriría de soledad y frustración sexual. Las ardientes notas que tocaba, los Do agudos que extendía durante doce o quince minutos, uno después del siguiente (con el público contando «¡ochenta y ocho, ochenta y nueve, noventa!»), los orgiásticos Fa

que a veces conseguía... Quizá solo fuesen una manera de mantener la cordura.

Llegó otra carta de Sunny: «... los médicos de la clínica piensan que papá simpatiza con Japón. Irónico, ¿no? Viene a casa y se vuelve loco, y abofetea a mamá. Intentó hablar con él, consolarlo... Con lo que enviaste tengo más de la mitad de lo que necesito para el pasaje a Francia. Sigo ahorrando cada céntimo. En cuanto mamá esté a salvo, idearé la manera de ir...».

Como si no hubiera leído sus cartas, como si Francia no estuviera al borde de una guerra.

Las últimas noticias de Malia eran breves. La Funeraria Shirashi, donde trabajaba su padre, había sido bombardeada. DeSoto se había peleado con el señor Chang porque este le había arrancado un pedazo de la oreja al señor Kimuro. Chang tenía familia en Nanking, donde el ejército japonés había masacrado a cientos de miles de personas. Todo el mundo estaba sorprendido de que Keo estuviera en París en lugar de volver a casa.

Culpa. Pena. Los ojos hundidos tras unas profundas ojeras.

La rubia, que se llamaba Gilda, se mudó a vivir con Dew. Se sentaba en los cafés y le enviaba besos con un soplo, les decía a todos que iba a tener hijos suyos. Algunas noches había grupos de «holandeses», que se sabía que en realidad eran alemanes y se rumoreaba que de la Gestapo. Pero eran verdaderos amantes de jazz, coleccionistas de discos que siempre pedían bises y autógrafos. Desde el escenario, Keo los veía mirar a Gilda con desprecio, aun a pesar de que tenía unos pechos grandes y era preciosa, con una dentadura brillante y rasgos arios. Luego miraban a Dew, tan elegante, tan negroide.

Una noche, Dew entró en el club como un torbellino. Gilda había desaparecido, al parecer con otro tipo. Días más tarde le llamaron de un hospital en el que la chica yacía en estado de shock, con un aspecto espeluznante, como si se hubiera mordido y tragado la mitad de su rostro. La habían encontrado inconsciente en un callejón, con todos los dientes arrancados de sus encías, dejando la boca convertida en un hueco vacío y ensangrentado. Dew hundió la cabeza y lloró, pensando que se lo habían hecho por su culpa.

Una enfermera le llevó a una capilla donde había velas encendidas en botes rojos que lanzaban manchas de color rubí sobre sus pálidas mejillas. Le contó que cuando habían encontrado a Gilda, tenía una palabra garabateada sobre sus ropas: JUIVE. «Judía.»

Dew alzó la vista y luego volvió a bajarla.

—¿No lo sabía? Su apellido es Feibel. —Inclinó la cabeza y se santiguó—. Un testigo dijo que lo hicieron con unos alicates. Un diente tras otro.

El día que le dieron el alta, Gilda le escribió una carta a Dew y luego se colgó en una habitación alquilada. Dew permaneció sentado en aquel cuarto durante dos días, sin saber adónde llevar el cuerpo. Entonces aparecieron Keo y Etienne Brême con unos gitanos en una furgoneta. La llevaron al campo y allí la enterraron bajo montones de flores, aunque era paya, no gitana. Brême se colocó a los pies de la tumba, y vertió una libación sobre la tierra en su recuerdo.

—Recuérdala así, bajo las rosas y los lirios y el sol, en los prados de mi gente.

—Era tan hermosa —dijo Dew—. Estaba tan llena de vida.

Brême miró a los gitanos.

—Belleza. Vida. Son palabras de otra época. Ahora es mejor ser niebla.

Ahora los titulares alemanes gritaban *Juden-Niggerjazz sind verboten* y hasta Dew hablaba de regresar a Nueva Orleans. Los gánsteres criollos parecían buenas personas comparados con los nazis. Tras la muerte de Gilda, cambió, su vestuario se volvió menos llamativo, e incluso su música más deprimida, lo que le dio a su saxo una hermosa tonalidad, semejante a la de un clarinete. Se acercó más a Keo, tocándole el brazo de vez en cuando para sentirle cerca.

En las calles de París los pensamientos se desvanecieron y las conversaciones se hicieron más borrosas. Se encontraban en la «*drôle de guerre*», el limbo anterior a la caída de Francia. No obstante, por toda Europa, en pequeños clubes y sótanos llenos de humo, seguía escuchándose jazz. Keo y Dew recibieron invitaciones para tocar en Holanda y Bélgica, donde las fronteras se abrieron como por arte de magia. En cada ciudad por la que pasaban, los alemanes se sentaban a observar desde las sombras y los músicos se veían reflejados en sus ojos brillantes.

—No más conciertos fuera de París —dijo Keo.

De vuelta a la ciudad, camino de una cita para tocar en un club, les informaron de que la dirección del local ya no contrataba a gente de color.

Keo se sentaba en los cafés con estudiantes extranjeros de la Sorbona y les advertía de que ellos podían ser los próximos. Los alemanes barrerían a todos los que no fuesen arios. Pero, ricos y privilegiados, los jóvenes se reían. Unos cuantos eran japoneses, enamorados del jazz que lo veían como un símbolo de anarquía, de liberación de sus vidas burguesas. Seguían a Keo de club en club, allí donde él tocara. Lo llevaron a restaurantes japoneses a comer *yosenabe* o sushi mientras él les hablaba de Sunny y de cómo estaba intentando traerla a Francia.

—Supongo que ahora es demasiado tarde. Quizá todos deberíamos irnos a casa.

—Con mi país en guerra con China —replicó uno de los estudiantes—, y con los Estados Unidos desconfiando de todos los extranjeros, puede que París sea el lugar más seguro en el que podamos estar.

Otro, un joven alto y elegante llamado Endo Matsuharu, se inclinó hacia delante y dijo:

—Hawái se ha convertido en una gigantesca base militar estadounidense. En un objetivo. Keo, ¿no debes volver allí! —Mencionó a un tío suyo que era diplomático—. Tiene muchos contactos aquí, podría ayudarte a conseguir un visado de entrada para tu novia. Podría ayudar a acelerar todo el papeleo. Mi tío llegará pronto a París, así que, por favor, hazme el honor de venir a cenar con nosotros.

Una semana más tarde, Keo se sentó junto a Yasunari Seiko, un hombre pequeño y pulcro que era cónsul japonés en Bélgica. Durante la comida, le preguntó educadamente a Keo sobre su música y sus tendencias políticas.

Y, finalmente, le preguntó sobre Sunny.

—¿Por qué París? Estos son tiempos peligrosos.

Keo respondió con cautela:

—Su padre, un médico coreano, piensa que yo represento un paso atrás para ella. No tenemos futuro en Honolulu.

—Hay jazz en Estados Unidos —dijo Seiko—. Allí estaríais más seguros.

Keo recordó el sur. ¿Sería la situación distinta en el Norte?

—Tengo trabajo aquí. Y, bueno, hemos soñado con venir los dos a París.

El cónsul bajó la mirada, pensativo. Sí, dijo, probablemente podría ayudar a Sunny en lo referente a los documentos y al visado.

Ignorando a su familia y lo mucho que lo necesitaban, Keo escribió a Sunny para decirle que Seiko estaba dispuesto a ayudarla a llegar a Francia. Volvieron a encontrarse unas semanas más tarde, después de que Seiko hiciera algunas llamadas, y en esa ocasión mencionó otro trabajo en el que estaba involucrado, ayudar a los judíos a huir de Europa. Keo le dirigió una mirada de perplejidad.

—¿Por qué ayuda Japón a los refugiados judíos?

—Durante la guerra ruso-japonesa que tuvo lugar entre 1904 y 1905 —explicó Seiko—, un banco judío, Kuhn-Loeb, realizó enormes préstamos a mi país. Era, como comprenderás, una protesta contra la persecución que el Zar había organizado contra los judíos rusos. Todos los demás bancos nos negaron los préstamos. Así que los que recibimos por parte de Kuhn-Loeb financiaron la mitad de la armada japonesa, que derrotó a la flota del Báltico rusa. Cuando conseguimos la victoria total, los directivos del banco fueron premiados por nuestro emperador con la Orden del Sol Naciente. Japón aún se siente en deuda con ellos.

Keo lo miró fijamente.

—Y con su victoria... Japón esclavizó Corea.

El hombre asintió lentamente.

—No toda la historia de mi país me enorgullece. Quizá sea por eso por lo que me gustaría ayudar a tu novia. Y... quizá tú consideres ayudar a otros si surge la

oportunidad.

En ese momento una pareja franco-judía dormía en la cama de Keo, esperando a coger el tren a Marsella. Pensó también en aquella chica, Gilda. Y en lo que Brême le había dicho cuando la enterraron: los gitanos estaban empezando a desaparecer.

—Sí —dijo—. Ayudaría.

Durante varias semanas la bruma cubrió París con un manto, metiéndosele a la gente en los huesos. Keo se tambaleaba de un lado a otro, echando de menos la luz del sol, el océano, a su familia. Se sentía inútil, atrapado en el aquí y el ahora. Cuando la niebla se disipó, vio que París se estaba movilizand: el cielo estaba lleno de globos de barrera, en los tejados se habían plantado armas antiaéreas. Cuando oscurecía, la gente corría con comida robada y documentos falsos. A cada poco se oían disparos. Un cuerpo colgaba de un puente. Después de una violenta pelea a navajazos en el aseo de hombres de un bar, encontró en el urinario un ojo humano que parecía mirar con tristeza su pene. Sintió que estaba de vuelta en el circo, con redobles de tambor, personas disparadas desde cañones, actuaciones en las que uno arriesgaba la vida.

Pasaron dos meses, y a medida que el ejército alemán avanzaba hacia París, los lujos iban desapareciendo. Por todas partes se percibía el olor a dedos chamuscados, pues los pocos cigarrillos que quedaban se fumaban hasta que se extinguían por completo. Los viejos se sentaban en sus ventanas inhalando el aroma de tazas de café vacías, frotándose las encías con los residuos que quedaban en el fondo. Los bares cerraban temprano, algunos para siempre.

—Esperad un poco y veréis —les aseguró Brême—. Los franceses son gente muy cínica. En unas pocas semanas, o un mes, todo volverá a la normalidad.

Y así fue. Tras la primera oleada de histeria, el nerviosismo de la movilización acabó por desaparecer. Regresó la vida nocturna, más brillante que nunca, y lo que la gente deseaba más que nada era jazz. Una noche, Keo estaba realizando un solo a las tres de la madrugada en el Club Hot Feet. Estaba destrozado y agotado. Pero entonces percibió un resplandor, sintió que las garras de la vida se retiraban. Levantó la mirada, y ella estaba allí.

NĀ KA‘A KAUA

Maniobras de guerra

Un lento delirio de locomoción. Medio arrastrándola por la calle hacia su habitación, quitándole la ropa húmeda y con olor a almizcle. La tumbó en la cama y luego se colocó a su lado, sin querer nada más que eso, solo eso. Horas más tarde, cuando Sunny se despertó, Keo le lavó la cara y le dio de comer, temiendo hacer nada más, temiendo que la devoraría. Después cogió sus manos y la escuchó.

—Mi hermano, Parker, ha dejado la Universidad de Stanford. ¡Y se ha alistado en el ejército! Mi padre enloqueció, y destrozó toda la casa. Tiró a mi madre al suelo y le pegó... sin parar. No pude apartarle. —Sunny lo miró con un vacío en los ojos—. El cuchillo de cocina... frío en mis manos... Se lo clavé en la espalda. Estuve a punto de matar a mi padre, intentando protegerla a ella. Cuando los médicos le dijeron a mi madre que él sobreviviría, me miró y señaló hacia el mar.

Keo no podía tragar, su boca estaba apergaminada.

—DeSoto me encontró en vuestro garaje, en estado de shock.

—Pero... ¿cómo conseguiste venir a París?

—No fue como yo había imaginado. El dolor fue insoportable. Estuve en la cubierta, deseando morir. Y ella sigue sin estar a salvo de él. —Cerró los ojos y continuó—: DeSoto me vigiló, dormía frente a mi camarote en ese asqueroso carguero que no paraba ni un momento de crujir. En algún punto cerca de Yokohama, dejé atrás el dolor. La visión de tierra firme... ¡Estaba saliendo al mundo, estaba dirigiéndome hacia ti! Estuvimos en el puerto durante dos días, y luego navegamos hasta Shanghái.

Se incorporó, y cogió a Keo de la mano.

—Ahí es donde está ella, mi hermana, a la que nunca he visto. DeSoto me ayudó a buscarla, me llevó a una fábrica de seda. Encontramos a una chica llamada April Bao que creía conocerla. Se acordaba del pie zopo de Lili. Pero solo estuvimos allí tres días antes de que el barco volviera a zarpar. Así que le di a April Bao esta dirección.

Keo apenas pudo comprender todo lo que ella había hecho. Sintió que, al contárselo, Sunny estaba de algún modo evaluándole.

—DeSoto se quedó conmigo hasta llegar a Bombay, desde donde su barco regresó a Honolulu. Yo había salido de casa tan solo con doscientos dólares. Él lo pagó todo: el pasaporte, los visados, y el pasaje en otro carguero. En tiempos como estos, con tanta gente huyendo de un país a otro e intentando volver a su casa, no es tan complicado. Lo único que hace falta es dinero.

—¿Y desde Bombay...?

—Me puso al cuidado del capitán, un hombre amable que llevaba fotografías de sus hijos. Me encerró en un camarote para mi seguridad, y el primer oficial me traía la comida. Durante semanas me sentía horriblemente mareada, y no me enteré de cuándo atravesamos el Canal de Suez. Pero todas las noches la tripulación, hombres a los que no había visto, se sentaban frente a mi puerta y la arañaban con las uñas, susurrando las cosas que les gustaría hacerme. Lo que les habían hecho a otras. — Cerró los ojos—. Nunca había imaginado que a una mujer se le pudieran hacer cosas así. Cada noche, mientras ellos susurraban a través de la puerta, yo podía sentir que me estaban haciendo todas esas cosas. Fue una pesadilla... No recuerdo apenas nada hasta que llegamos a la costa de Italia. Me parecía un milagro haber sobrevivido.

Keo abrió y cerró los puños como si pretendiera moldear su dolor, su degradación.

—DeSoto le había escrito por cable a tu señor Seiko. Una pareja me estaba esperando en Trieste. Mi documentación tenía mal la fecha y la policía intentó detenerme, pero la pareja les dio dinero. Luego viajé en la camioneta de un carnicero, que vibraba tanto que sentía que me acribillaban los dientes. Luego Francia... La mujer coqueteó con los guardias fronterizos para que no se fijasen en mis documentos. Cambiamos de vehículo, nos llevó un viejo en un Fiat cubierto de herrumbre... y después de muchas horas, llegamos a París. Me quedé un rato fuera de tu club, aterrorizada. —Se llevó la mano al corazón—. ¡Y entonces oí tu trompeta desde la calle...!

Keo se desvistió y se deslizó al lado de ella, temiendo todavía tocarla, temiendo incluso respirar. Se miraron fijamente, como dos animales cogidos en una trampa. Luego, con aire pensativo, Sunny besó su frente, su mejilla, su pelo rizado. Todo era nuevo y debía ser lento. Besó sus labios, sus dedos acariciaron sus hombros color marrón. Suspiró, y volvió a quedarse dormida.

Keo se apartó un poco, notando una terrible presión en el pecho. Había recordado su cara, su belleza, pero había olvidado el impacto de su tacto: cómo se le aceleraba el cerebro, cómo se le erizaba la piel. Ahuecó la mano y la puso sobre el hombro de piel color miel de Sunny, y sintió el hueso que había debajo. Le levantó la muñeca, tersa e imperturbable. Hasta sus codos eran tersos. Su piel era como seda rosácea.

Examinó uno de sus pechos, el pezón marcado, como si fuera un objeto que nunca había visto. ¿Por qué algo tan suave le hacía querer llorar? ¿Por qué hacía que su erección resultase algo vulgar? Puso sus manos sobre los dos pechos y notó que los pezones se endurecían, a pesar de que Sunny seguía dormida. Inhaló el aire que había entre su pelo, en sus oídos, sus axilas, aire que olía a sal, a óxido y a hembra. La abrazó, dejando que toda ella se filtrase en sus sentidos.

A mediodía, Sunny despertó teniendo antojo de todo, de un baño, de una comida,

de Keo, principalmente de Keo. De que cubriera su cuerpo con el de ella como una segunda piel. Horas más tarde, envueltos en las sábanas, Keo la hizo sentar sobre su regazo y le quitó las capas de tela que la cubrían. Un polen blanco tapaba la ciudad; era la primera vez que Sunny veía la nieve. Extendió sus brazos, atrapando y probando los copos mientras la luz del sol recorría la calle acompañada de unos atronadores acordes. De algún lugar les llegaba el agónico eco de unas campanas y el llanto ahogado de un niño.

Él sabía que en las afueras de la ciudad desfilaban los reclutas, incómodos en sus nuevos uniformes. Granjeros apesadumbrados veían cómo sus caballos eran requisados. En oscuros confesionarios algunos curas entregaban documentación falsa a polacos, judíos y gitanos. Pero en aquel instante, allí mismo, ellos dos estaban a salvo. De repente la vida tenía un sentido, una luminosidad. Casi dolía mirar.

—Nuestro sueño se ha hecho realidad.

—Espero que no se vuelva contra nosotros —susurró ella.

Ahora medían la mañana, la tarde y la noche mediante el lujo extremo de despertarse, mediante la lentitud con que se fundían el uno en el otro. Los relojes no tenían utilidad alguna, las horas transcurrían sin planificación. Cada mañana, Keo realizaba incursiones a los comercios del mercado negro y regresaba con melones, quesos, *croissants* calientes, *tartes Tatin*. Y paquetes de auténtico café, y cigarrillos. Tiritando, metían la comida bajo el edredón, bebían y masticaban, y se tumbaban sobre las migas. Y de nuevo se convulsionaban y se quedaban dormidos juntos, para despertar con manchas de mermelada y *tartes Tatin* chafadas.

Algunos días Keo tocaba para ella, y su música era tan emotiva, tan rica en *vibratos*, que Sunny la podía sentir en sus huesos, en el interior de su cráneo. La música se adhería a la habitación como joyas colgantes. A medida que él entraba en calor, la habitación también se calentaba. Sunny recordaría durante toda su vida aquel lugar, en la quinta planta del edificio, tras subir una escalera de caracol que olía a mantequilla rancia. La propia habitación era un cubo inclinado, con un balcón ruinoso que sobresalía de la torturada fachada del bloque. Estaba llena del borboteo furtivo de cañerías oxidadas, y caudales de moho bajando por las paredes. Y recordaría la felicidad extrema de estar al fin con él allí, segura de que la guerra nunca los alcanzaría. Segura de que aquellos días, y aquella ciudad, incluso los sonidos de su brillante trompeta, durarían para siempre, nunca acabarían.

Keo estaba tan conmovido que sintió un dolor físico. Había días en los que su corazón parecía incapaz de bombear su sangre, como si no pudiera soportar hacerlo. Otras veces bailaba en su cuna hecha de costillas. De vez en cuando, Keo se despertaba y encendía una vela para mirar fijamente a Sunny. Como llevada por un impulso místico, Sunny se giraba, abría los ojos y tiraba de él hacia sí. Keo era tan tierno y refinado como le era posible.

Pero no siempre estaba seguro de que eso fuera lo que ella quería. A veces notaba que ella se echaba a un lado, como si quisiera observar su eyaculación desde una cierta distancia. Cuando ella misma era la que se acercaba al orgasmo, parecía aterrorizada, como una mujer a la que fueran a fusilar. Sus ojos se ensanchaban y se quedaba boquiabierta. Keo empezaba a ir más despacio, a frenarse, y ella se aferraba ferozmente a él. Luego venían los espasmos, el vocerío, y su cuerpo fundiéndose con el de él.

La llevó a bailar a cabarets elegantes, a La Lune Rousse, Le Lapin Agile, guaridas de los comerciantes del mercado negro y de los ricos. Los desconocidos los miraban intentando descifrar qué eran. Keo, impecable y oscuro en su traje de noche, con los labios llenos de cicatrices como los de un gánster. Sunny, vagamente oriental en los ojos, con el pelo negro cortado como el de un paje y la piel dorada y pálida. Pero había algo más en ella, algo sensual en sus labios gruesos, en sus caderas y sus pechos redondeados, una indefinible mezcla de sangres. No se parecían a ninguna otra pareja, lo cual los hacía en cierto modo vulnerables.

Dew le dio la bienvenida a Sunny como a una hermana. Ella le trajo recuerdos de una isla cálida y chillona donde él era aún un recluta pletórico de confianza. Sunny llenó las paredes de la habitación de Keo con hojas de ti, que había llevado consigo como un amuleto para el viaje, y viejas pinturas de jengibre antorcha y heliconia. Les preparó té de jazmín con pequeños pétalos flotando en la superficie. Descalza, les cocinó comidas de piña enlatada y cerdo y arroz del mercado negro. Y les enseñó a bendecir la mesa en hawaiano:

—*Pule ho‘omaika‘i i ka papa ‘aina. ‘Amene.*

Los llevó a pasear por la ribera del Sena solo para estar cerca del agua, de cualquier agua. En los puestos de pescado del mercado negro regateaba mientras acariciaba los atunes. Les hacía correcciones cuando hablaban en francés, los llevó a hacerse la pedicura y cortarse el pelo, y encontró iglesias en las que aún funcionaba la calefacción y podían sentarse durante horas. Fue como un bálsamo repentino en aquellos días locos que se aproximaban con hambre y estruendo.

A veces Sunny se olvidaba de lo que había ocurrido. Se despertaba entre sueños sin saber dónde se encontraba. Escuchaba con temor por si surgía de pronto la voz de su padre, y entonces acababa de despertarse del todo y recordaba... *hundiéndolo en su espalda... abriéndole la carne...*

Lloró, acordándose de la hoja del cuchillo hundiéndose y la exclamación de su padre, como si se hubiera olvidado de algo. Recordó cómo levantaba los brazos en el aire como si pretendiera echar a volar. Y recordó también haber pensado que la sangre era del cuchillo, no de su padre... El metal envejece, se cansa. ¿Podría sangrar también? Y la boca de su madre. Su silencio. El dedo de su madre señalando. Diciéndole que se fuera *makai*, hacia el mar, hacia el mar y hacia el mar. Lejos, más

allá del mar. Ni siquiera la abrazó.

En esos momentos Sunny no sentía odio, sino horror. Horror ante lo que le había hecho a su padre. Ante lo que él le había hecho, durante tanto tiempo, a su madre. Principalmente, estaba horrorizada ante lo que los hombres podían hacerles a las mujeres porque eran físicamente más fuertes. Entonces se volvía hacia Keo, vislumbrando su gran espalda, sus brazos musculosos, y empezaba a apartarse. Pero él, en su sueño, extendía los brazos hacia ella, con las manos cálidas como si le llevase un rayo de sol. Ella roía y se tragaba el nombre de su padre.

Ahora la ciudad era un hervidero de personas haciendo recados psicopáticos. Los banqueros escondían lingotes de oro en cofres, y enterraban los cofres en tumbas. Los comerciantes de pieles cambiaban armiños y martas cibelinas por quesos Brie. La gente tomaba sucedáneos de café hecho de bellotas y luego recorría los parques públicos persiguiendo a los cisnes y estrangulándolos para arrastrarlos a casa. En los tejados, junto a los cañones antiaéreos, había trampas para palomas.

A cambio de productos frescos, el conserje compartía a su esposa con el verdulero. Dos veces por semana, se quedaba silbando en el pasillo mientras su mujer y el otro tipo fornicaban junto a una jaula donde los conejillos de indias eran cebados. Sunny los oía chillar. Algunos días no había movimiento, tan solo un inquietante silencio. La gente se sentaba detrás de las cortinas mientras los aviones de reconocimiento sobrevolaban París. El mal tiempo y la falta de equipo suficiente mantenían lejos a los alemanes.

Al principio no quería reconocer lo que estaba a punto de suceder. Como si estuvieran de vacaciones, arrastraba a Dew y a Keo a las galerías de arte para ver los cuadros de Velázquez, de Tiziano y de Vermeer. Se colocaba delante de obras de Braque y de Picasso y les explicaba que el cubismo reducía las formas naturales a formas geométricas abstractas. Entraban en Notre Dame y se quedaban mirando el rosetón del crucero septentrional, un torbellino de luz, un caleidoscopio de doce metros de diámetro.

—¡Jesús! —susurró Keo—. Es jazz visual.

En la iglesia de la Sorbona escucharon la «Toccatá y Fuga» de Bach. Profundamente conmovido, Keo se envolvió con sus propios brazos y recordó que Ugh le había dicho que Bach había sido el genio del jazz de su época.

Después de unas cuantas semanas, Sunny colocó un caballete y lienzos, y pintó por las mañanas, temprano, mientras él dormía, y por las tardes cuando él estaba tocando en los clubes. Pintaba sin descanso horas y horas. Algunas mañanas, Keo la observaba con los ojos entrecerrados, y la mano con la que sostenía el pincel se le antojaba un bailarín que tejiera colores en sus días.

Antes de que ella llegase, la habitación había parecido una cripta para sus huesos cansados. Ahora palpitaba en el caos: la paleta goteando, lienzos medio extendidos, trapos arrugados rígidos por la pintura. Envuelta en un viejo kimono, con el pelo recogido en un moño, Sunny se inclinaba sobre los lienzos con la mirada aguda de un tirador, y realizaba cientos de pinceladas oblicuas. En cuanto terminaba uno, lo colocaba de cara a la pared. Con el tiempo, en cada rincón de la habitación había lienzos amontonados, redondeando las esquinas.

—No los mires —dijo—. Son horribles.

Un día, Keo les dio la vuelta y los examinó de cerca. Todos estaban pintados con la técnica cubista. Un tropel de cuchillas de afeitar volando en formación. Una cabeza cortada como un pastel. Cuñas que se elevaban, cubos hechos trizas. Pirámides de globos oculares. Un hombre explotando y deshaciéndose en cuadrados de carne, estrangulando a un niño sonriente.

Keo se echó hacia atrás, soltando el aire lentamente.

—¡Demonios!

—Bueno... ¿qué esperabas?

Le costó encontrar las palabras.

—Una vez Dew me dijo que nunca tocase una nota frontalmente. Que nunca lo mostrase todo. Que siempre intentase mantenerme oculto. —Acarició los bordes de un lienzo y continuó—: Sunny, aquí no hay nada oculto. Pintas tu rabia. Machacas el tema a muerte.

—Sé que soy mediocre —dijo ella, con voz suave—. Todo se reduce a la furia.

Keo la cogió entre sus brazos.

—Lo siento. Te quiero tanto que no sé cómo mentir.

Ella siguió pintando, pues necesitaba aquel caos, el movimiento, protegerse contra sus demonios. Y la pintura era algo que podía controlar, mientras que el resto de sus vidas parecía cada vez más irreal. París cambiaba día a día, como una ciudad demasiado rápida para quedarse en el recuerdo. En los clubes y los cabarets, la gente continuaba emborrachándose hasta perder el sentido. Pero los rostros resultaban anodinos, como si estuvieran hechos de cera. Había gente que parecía carecer de rasgo alguno, que intentaba no atraer la atención. Entre la multitud siempre había miembros de la Gestapo que fingían ser daneses o noruegos.

—¿Cómo puedes tocar para ellos? —preguntó Sunny—. ¿Sabiendo quiénes son?

Keo se encogió de hombros.

—No somos políticos. Solo tocamos para gente a la que le gusta el jazz.

—Sí sois políticos. El jazz es una celebración de la libertad. ¿Te has olvidado de aquella chica, de Gilda? ¿No escuchas las noticias?

Sunny había empezado a seguir el avance de Hitler por Europa. Durante los ensayos, se paseaba de un lado a otro delante de la banda, sintiendo una vaga

repugnancia ante la masculinidad de todo aquello: hombres entreteniendo a hombres que mataban a otros.

Keo trató de razonar con ella.

—No hay alternativa. O tocamos o nos morimos de hambre. Algunos de esos alemanes son buena gente. Nos traen licor y cigarrillos, a veces consiguen que nos contraten.

La voz de Sunny se suavizó.

—Keo, en todos los países que Alemania ha invadido hay trenes que salen cargados de gente. Nadie sabe adónde los llevan.

—Son rumores. La gente está histérica...

—¿Qué sabes tú de la histeria? ¿Del terror? No ves nada aparte del jazz.

Keo se echó hacia atrás, como si ella le hubiera golpeado.

—Los hombres os sentáis en los clubes y tocáis vuestros instrumentos creyendo que estáis a salvo porque a algún nazi le gusta vuestra música. Cuando Hitler haya terminado con los polacos y los judíos y los gitanos, empezará con lo que llama «razas de barro». Tú. Y yo. ¿Has pensado en eso? —Paseó la mirada por las caras negras y marrones que poblaban el bar: hombres de Guadalupe, de Argelia, Rhodesia, Fiyi—. Dios mío, seréis blancos fáciles cuando entren los tanques.

Cuando Sunny hablaba así, Keo se apartaba, viendo una vertiente mordaz de ella que le asustaba: la parte de ella que necesitaba desafiar a la autoridad y arreglar el mundo. Pensaba en el padre de ella, y en lo que Sunny había hecho para defender a su madre. No creía que ella se viera a sí misma como a una heroína. Lo que pasaba era que no sabía cómo huir de los problemas.

Sunny encontró trabajo como ayudante de escarpatista en el centro comercial Trois Quartiers. Un día, mientras vestía un maniquí en uno de los escaparates, vio a una chica gitana envuelta en harapos y bufandas pidiendo limosna en la calle. La chica se acercó al cristal, señaló el maniquí calvo y medio desnudo y se echó a reír. Sunny bailó un tango con él, mejilla con mejilla, salió acto seguido del escaparate y se sacó del bolsillo un puñado de francos, preguntándose cómo podría dárselos a la chica. En ese momento se acercaron dos hombres con chaquetas de cuero y pusieron a la chica contra la pared. Sunny vio que movía los labios. La chica sacudía la cabeza hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

Uno de los hombres extendió su mano como si le estuviera pidiendo la documentación. Ella se encogió, intentando cobijarse de algún modo. El tipo le golpeó en la cara. El otro la agarró del pelo y la hizo caer de rodillas. Los dos continuaron gritando, y ella continuó moviendo la cabeza. Mientras se la llevaban a rastras, Sunny gritó a través del cristal, y como no la escuchaban, lo golpeó con la cabeza calva de madera del maniquí. Más y más fuerte hasta que se volvieron.

Uno de ellos regresó hacia el escaparate, llevado por la curiosidad. Sunny agitó

los brazos y movió la cabeza en un gesto negativo, señalando a la chica. El hombre no podía oír lo que decía, pero la veía mover los labios con el rostro encendido de rabia. Le dijo algo a su compañero, indicando con un movimiento de la cabeza a Sunny. El otro se detuvo y luego negó en silencio. El primero se acercó aún más al escaparate y agitó su dedo hacia ella, como una advertencia, después los dos se llevaron a la gitana. Para cuando Sunny salió a la calle, ya habían desaparecido.

—Lo he visto —dijo—. Y no he podido hacer nada.

Keo le dio un tirón del brazo.

—Nunca vuelvas a intervenir así. Podrían haberte arrestado.

Ella se giró hacia Etienne, escandalizada.

—En nombre de Dios, ¿cómo podemos ignorar lo que está ocurriendo?

—No hay sitio para Dios —contestó Etienne—. Apenas hay sitio para la vida.

Se sintió atraída por Brême, sintiendo una afinidad con él porque también tenía mezcla de sangres. A veces se sentaba en su estudio y escuchaba discos de viejos cantos nativos mientras él la miraba atentamente, tratando de descifrarla. En un principio le había parecido fresca y felina con sus movimientos delicados y sus ojos rasgados. Luego vio en ella destellos de un temperamento fuerte, de una mente dura y aguda. Una inteligencia casi amarga. Etienne se preguntó durante cuánto tiempo podría Sunny aguantar la vida de Keo.

Para cualquiera excepto los propios músicos de jazz y sus parejas esporádicas, parecía una vida repetitiva e indolente. Y Sunny le parecía una mujer destinada a algo mejor que aquello. Había algo en ella que necesitaba estar haciendo cosas, necesitaba rescatar a alguien, redimirse. Y eso era lo que Sunny no podía ver: lo mucho que Keo la necesitaba, que ella lo educase. Ella pensaba que él poseía talento, que no necesitaba a nadie, que se dejaba llevar por su trompeta. Pero lo que Brême veía era a un hombre nacido con un talento tan raro y frágil que podía extinguirse rápidamente, porque Keo carecía de confianza en sí mismo.

Ella recorría su estudio, maravillada ante su colección.

—Corot. Utrillo, ¿es un original? Gauguin, nunca me ha gustado. Renoir... ¡Oh! Hiroshige.

Él la iba siguiendo, impresionado.

—Sabes bastante de arte.

—Sé un montón de arte —repuso ella—. He estudiado libros, he memorizado cuadros. Por desgracia, eso es lo que mejor hago.

—¿Has probado a pintar?

—Oh, como pasatiempo. Es decir, sin intentarlo en serio. Lo he reducido a un hobby, y así nadie espera que pinte algo excelente —dijo, sonriendo filosóficamente—. No me compadezco de mí misma, Etienne. Hay cosas peores que no tener talento. Si solo consiguiera descubrir qué he de hacer en la vida, me sentiría satisfecha.

—¿Estuviste preparándote para... medicina?

—Eso terminó. Mi vida ahora me pertenece. Quiero hacer algo que merezca la pena.

Etienne se quedó pensativo.

—Tengo algo que podría interesarte. Dame un poco de tiempo.

Una noche, el aseo de hombres del Chat Noir Café fue arrasado a balazos: la cada vez más amplia Resistencia había arrinconado allí a un espía alemán. Después, Dew se enteró de que los músicos negros que habían estado tocando en Copenhague habían sido encerrados en campos de prisioneros de guerra. La gente estaba desapareciendo por todas partes. Era abril, y Hitler predecía que tomaría París en mayo. Los hombres se reunían en el estudio de Brême y hablaban de volver a casa.

—Marchaos —dijo él—. Antes de que acabéis escondiéndooos en las alcantarillas.

—¿Y tú qué? Están acorralando a tu gente.

—Tengo cosas que hacer aquí.

Se habían preguntado si Brême sería un simpatizante nazi. Los «daneses» alemanes entraban y salían de su estudio, cambiando a Ella Fitzgerald por Sidney Bechet, o escuchando a Count Basie toda la noche. Keo había descubierto que la realidad era muy distinta, que Brême era uno de los gitanos partisanos que trabajaban contra la Ocupación. Los gitanos conocían el campo, traficaban con contrabando y dominaban el arte de la invisibilidad.

Una noche, en el bar Halo, Brême se sentó con Sunny.

—He estado pensando. Mi padre trabaja en el departamento de restauración del Louvre. Me pregunto si... ¿trabajarías sin que te pagasen, aunque quizá te podrían dar cartillas de racionamiento extra? —Sunny le dedicó toda su atención—. Lo que te estoy preguntando es si te gustaría ayudar a salvar las obras de arte.

Siguieron hablando durante horas, en un rincón del local.

—No puedes decírselo a nadie —dijo Brême—. Nunca. Si lo haces, puede que te peguen un tiro. Yo le explicaré a Keo todo lo que pueda.

Desde 1938, el Louvre había trasladado sus tesoros más preciados en varias ocasiones. La primera había sido después del Acuerdo de Múnich, cuando Europa parecía al borde de la guerra. Los cuadros fueron llevados al sótano del museo, y la operación estuvo tan bien planeada que solo llevó veinte minutos guardar las obras más importantes detrás de muros a prueba de bombas que una vez habían sido bodegas de vino de Enrique II y Catalina de Médicis. Se tardó otros diez días en envolver todos los cuadros. En cuanto la amenaza de la guerra se redujo, se desempaquetaron y regresaron a su sitio original. El museo reabrió sus puertas en siete días.

La siguiente crisis se había producido en 1939, cuando Hitler invadió Checoslovaquia en marzo y Polonia en septiembre. Para entonces, el Louvre había ido trasladando con sigilo sus obras maestras (los Rembrandt, Da Vinci, Delacroix) fuera de París, a *châteaux* de propiedad privada en el campo. Para ese segundo estado de alerta, se había llamado a legendarios transportistas de antigüedades que habían llevado los sarcófagos de los faraones desde Egipto al Museo Británico, y puertas esmeralda del ancho de habitaciones enteras desde las selvas mayas al Prado. Hombres cuyas manos eran delicadas como las de los eunucos, y otros cuyas espaldas y hombros eran grandes como los de los luchadores.

Se seleccionó a cincuenta de ellos, junto a media docena de expertos chinos en aparejos de bambú, el arte medieval de amarrar palos de bambú con tiras también de bambú para crear andamios fuertes y flexibles sin un solo clavo. Durante toda una noche, aquellos obreros chinos permanecieron descalzos ante un cuadro de Veronés de diez por doce metros que pesaba tres toneladas, discutiendo tranquilamente cómo lo escalarían, cómo le sujetarían las poleas y lo descolgarían.

Más tarde, diez de los transportistas caminaron hacia atrás por el museo, dirigiendo a los compañeros que cargaban con las tres toneladas del cuadro, guiándolos a cámara lenta a través de la puerta de salida más amplia del edificio. Después un camión se adentró en la noche para llevar aquella obra maestra a un lugar seguro en el campo. Entonces los chinos volvieron a sentarse ante otra obra inmensa, meditando sobre cómo reorganizar sus andamios de bambú, quizá recordando las leyendas de los padres de sus padres sobre los tiempos cuando no existía el papel, dos mil años antes, y sus antepasados escribían su literatura y su historia en aquella hierba que ahora se llamaba bambú pero que antes se había conocido como hierba de jade parlante.

A continuación, la gigantesca *Venus de Milo* y la *Victoria Alada de Samotracia* fueron bajadas de sus pedestales con la ayuda de los enjutos y gráciles chinos y sus andamios. Con los pies desnudos, realizaban *pliés* y arabescos, como si escalasen por el aire alrededor de las esculturas, bajando palancas y poleas, izando cuerdas. Las estatuas fueron envueltas y metidas en cajas, tumbadas de lado y deslizadas por los pasillos e introducidas en camiones. Luego, en los amaneceres fríos los chinos desmantelaban en silencio sus andamios, enrollando las tiras de bambú y colocando los palos uno junto a otro. Después se sentaban y contemplaban los muros desnudos del museo, imaginando, en el interior de los recuadros de mugre que habían quedado en las paredes, las pinturas que habían salvado.

Ahora, en los primeros meses de 1940, ante la inminencia de la invasión de Hitler, las obras maestras menores estaban siendo guardadas (Ingres, Corot, Chagall). Brême invitó a Sunny a unirse a un grupo reducido, formado mayoritariamente por esposas de restauradores y conservadores del museo que se habían unido al ejército

en un intento desesperado de salvarlas de los nazis, con su manía de destruir todo arte «decadente».

Vestida con un mono gris, una redecilla en el pelo y una mascarilla de gasa, Sunny se arrodilló en el sótano del Louvre con docenas de mujeres, supervisadas por expertos. Los cuadros más pequeños eran sacados de sus marcos y enrollados, mientras que los lienzos que medían más de un metro eran empaquetados intactos. Primero, cada uno de ellos era envuelto cuidadosamente con trapos gruesos. A continuación se ponían virutas de embalaje, para acolchar cualquier posible golpe. La tercera capa consistía en asbesto, para prevenir un incendio; y después, para evitar daños por agua, se añadía tela asfáltica, la última capa. De vez en cuando las mujeres interrumpían su labor, se hacían a un lado y se frotaban los ojos, estremecidas por la emoción. Cada paquete era finalmente introducido en cajas de madera sobre tacos también de madera para evitar las vibraciones al ser transportado al campo.

Cada noche durante semanas, Sunny se inclinó sobre las cajas de embalaje con la espalda dolorida y los dedos hinchados a causa de los constantes pinchazos de las virutas. Tenía los brazos y las muñecas llenos de sarpullidos por la irritación de la tela asfáltica, lo que le hacía acordarse de las rozaduras causadas por las piñas en los veranos que había pasado en las fábricas de enlatado. Nunca se quejó. Cada una de esas noches entró en el Louvre con los sentidos tan activados que se sentía ebria.

Cuando volvía a casa al amanecer, agotada, Keo le daba de comer y la llevaba a la cama. Se quedaba dormida intentando contarle los cuadros que había tenido en sus manos, la textura de las pinturas que había tocado. Intentó explicarle lo que significaba para ella, cómo nunca antes se había sentido tan necesaria. Tan viva. Se preguntaba qué otra cosa a lo largo de su vida podría compararse con aquello.

Ahora el Louvre estaba cerrado al público. Con todos los cuadros puestos a salvo, los conservadores y empleados comenzaron a limpiar y abrillantar, fregando paredes y suelos de mármol que no se habían fregado desde hacía décadas. Sunny se movía despacio, concentrándose en cada losa de mármol, cada azulejo que formaba parte de un mosaico, arrodillándose y restregando las finas juntas que había entre ellos con pequeños cepillos. Frotaba como un penitente, con la cabeza inclinada, la cara tan cerca del suelo que podía sentir las frías exhalaciones de la piedra.

Cada día se movía con mayor lentitud, rezando por que la guerra no llegase, por que pasase de largo, para que ella pudiera continuar allí eternamente. Un día ya no quedó nada que limpiar. El Louvre se cerró para todo el mundo. Sunny atravesó sus puertas y salió bajo una débil lluvia, caminando hacia atrás lentamente hasta que su reluciente fachada cupo en su mano.

NĀ HOA PAIO

El enemigo

LAS CARTAS DE MALIA DESDE CASA LO MANTENÍAN AL CORRIENTE.

... La gente está tensa, hay casi un cuarto de millón de militares en Honolulu... Jonah quiere dejar la universidad y alistarse. Y eso hace que mamá se vuelva *pupule*... La Funeraria Shirashi continúa cerrada... Papá no tiene trabajo...

Keo hundió la cabeza, sintiendo cómo la culpa se mezclaba con la nostalgia. Cerró los ojos y pudo oler el coral cubierto de algas. Percibió en sus manos el tacto de las canoas hechas de madera de *koa*. Estaba harto de la piedra. Los edificios, las calles, hasta el río parecía hecho de piedra.

—Yo también lo echo de menos —susurró Sunny—. Pero esto es lo que elegimos.

Keo pensó en lo miserables que eran, como algas. Pensó en lo deshidratado que se sentía, sin mar ni aire húmedo. Echaba en falta el sonido de voces suaves en su calle y el olor a jengibre.

Sunny pensó en su madre.

—No la salvé. Mi padre le hará pagar... por todo.

Ambos se preguntaron si se habían alejado demasiado de sus islas, si alguna vez podrían volver a sentirse a gusto. Por el momento, tenían lo bastante para mantenerse.

Otros músicos de jazz llegaron desde el Pacífico. Tahitianos con tiendas de telas en una bocacalle de Rue Cordorcet. Compañías de bailarines de Polinesia. Y, además, en el bar Halo siempre había estudiantes extranjeros.

Sunny se sentaba algunos días en un pequeño parque cerca del Sacré Coeur, observando cómo la luz del sol electrizaba el saxofón de Endo Matshuharu mientras Keo le enseñaba estructura melódica. Endo era un joven atractivo y sensible que hablaba de abandonar sus estudios de derecho y convertirse en músico de jazz. Ante lo cual, su tío, Yasunari Seiko, palidecía.

En el estudio de Etienne Brême seguían reuniéndose hombres para dormir, practicar o, simplemente, sentarse y limpiar sus instrumentos. A veces iban también gitanos, hombres oscuros y callados que engrasaban pistolas y rifles mientras Brême hablaba con entumecida prudencia de cómo su gente estaba siendo obligada a huir. También las mujeres se establecían allí, estudiantes, *au pairs*, aspirantes a estrella que habían llegado desde Tahití, Fiyi o Filipinas. Se adueñaron del estudio de Brême y se

pusieron a realizar servicios de barbería, lavandería y cocina. El aire transportaba el aroma a extrañas especias por pasillos y escaleras hasta la calle, de modo que la gente solo necesitaba levantar la cabeza y olfatear para saber dónde podía encontrar a los «isleños».

Tras registrar los rincones y las hornacinas del estudio, las mujeres delimitaron la estancia con sábanas colgadas, como en las bodegas de los barcos. Bebían y bailaban y dormían con sus hombres en aquel espacio cavernoso que se asemejaba a una sala de baile adornada con redes y seres marinos. Y, relajadamente, permitieron que Brême las utilizara como piezas de su red de contactos.

—No seáis educadas —les dijo—. Los parisinos no entienden los buenos modales.

Con sus andares sinuosos, sus miradas negroazuladas, las mujeres se sentaban en los despachos de burócratas franceses, flirteando y haciendo cambalaches con visados de entrada o salida, *cartes d'identité*, documentos de trabajo, documentación para gitanos que no hablaban francés. Cruzaban las piernas y preguntaban inocentemente por consejos sobre el mercado negro, pedían más cartillas de racionamiento, información sobre los requisitos para cruzar la frontera.

En ocasiones se acostaban con empleados de inmigración para conseguir lo que Brême necesitaba. Se ponían a sí mismas en peligro y hacían cualquier cosa que él les pidiese. Los tiempos eran peligrosos, y todo el mundo estaba un poco loco.

Una noche, Sunny le entregó documentos falsificados a una mujer que le pagó con un broche de esmeraldas. La joya supuso cartillas de racionamiento extra para tres familias francesas cuyos hombres habían sido movilizados a la frontera norte. Mientras recorría tres kilómetros por un París cercado por vallas electrificadas para llevar una radio clandestina que iba a instalarse en una iglesia, se sintió sobrecogida ante la impresión de haber entrado en París por la puerta de atrás.

Antes de haber subido a la Torre Eiffel o haber visto el interior de la iglesia de la Madeleine, se había encontrado a sí misma empaquetando obras de arte en el sótano del Louvre. Apenas había vislumbrado las cúpulas blancas del Sacré Coeur antes de hacer recados para la Resistencia: entregando documentos falsos, grapando panfletos para imprentas clandestinas. La cruda energía de la ciudad, gente discutiendo sobre el comunismo y el fascismo en docenas de lenguas diferentes, e incluso el terror subyacente que se percibía en todos, la sacaron de su abstracción. Llegó de la calle temblando y con nuevos proyectos para combatir a los nazis.

No obstante, solo tenía que mirar a Keo para saber cuándo necesitaba estar a solas consigo mismo. Se llevaba la trompeta a los labios y se aislaba de la realidad para adentrarse en su caos particular. A veces regresaba de ese lugar y miraba a su alrededor, queriendo más, más dinero, más alabanzas.

—Trabajo día y noche, ¿no me lo merezco?

Esos pensamientos lo volvían déspota. A menudo, mientras practicaba, bajaba de pronto la trompeta.

—Ese maldito reloj hace demasiado ruido.

Sunny se llevaba el reloj, pero él seguía protestando:

—Se supone que no tenemos que «oír» el tiempo.

Sunny fue a una calle en la que la gente hacía cambalaches, y cambió el reloj por otro viejo, de arena, con la base de latón. Keo quedó satisfecho, ya que ahora el tiempo estaba bajo su control y las horas se paralizaban hasta que él le daba la vuelta al reloj.

—¿Recuerdas la palabra preciosa que utilizamos nosotros para decir «reloj de arena»? —preguntó Sunny—. *Anahola*. Medir la hora. El Tiempo dejado a un lado.

Aun así, había días en los que Keo la ignoraba y entregaba la mejor parte de sí mismo a la espantosa lucidez de su talento.

—Ya no siento que estés conmigo —dijo ella—. Ni siquiera cuando hacemos el amor. ¡Ni tan siquiera estás en la habitación!

Discutían acaloradamente. Sunny fumaba un Gauloise con una mano sujetando en una pose el codo de su otro brazo y toda su furia brotando en bocanadas de humo. Le daba la espalda a Keo y se alejaba de él sobre sus tacones altos, con una elegancia atroz. Y se iba de la habitación, dejándolo vacío. Más tarde, mientras él tocaba, se presentaba en el club con cara de profunda tristeza. Keo detectaba su colonia y daba por terminada la actuación, deseándola.

Tan ensimismado como estaba en su estilo de vida, tan ciego a todo lo que no fuese jazz, Keo no se daba cuenta de que estaba desperdiciando algo precioso e irrepetible. Algo que ella le ofrecía y que él apartaba a un lado.

Las calles de París se fueron vaciando cada vez más, y el aire se volvió virgen. Un hombre apareció colgado de una farola.

—Colaboracionista —murmuró alguien—. Lo han ahorcado los partisanos.

La voz de Dew de repente adquirió la cadencia de una chica:

—Corre la voz. Todas mis ganancias de póquer por un pasaje en tercera o cuarta clase, en cualquier clase y en cualquier barco que vaya a América. Y si eres inteligente, tú también vendrás conmigo.

Entonces Francia se rindió y, de la noche a la mañana, París se convirtió en una ciudad fugitiva. Incluso el paisaje desapareció. Los bulevares estaban desérticos, los días eran una sucesión de horas sin cambios. Por las calles solo se oía el ruido de botas militares y el crujido de los tanques. No se permitía salir por las noches. La gente permanecía en la cama, abrazados y completamente vestidos, preguntándose qué ocurriría a continuación. De madrugada aparecían hombres con botas negras y

sedanes negros. Como recolectores entre una cosecha humana, a veces recolectaban durante toda la noche. Arrastraban a familias enteras a la calle. Ametralladoras apuntando. Llantos entrecortados. Y luego llegaba la mañana. Un cadáver de mujer sentado en un portal. La desolación de un pie de niño en su lúgubre calcetín. En el estudio de Brême, los hombres construían bombas caseras.

Cada día se enarbolaban nuevas banderas con esvásticas rojas ondeando al viento mientras bandas alemanas tocaban «Deutschland über Alles» y furgonetas con los techos cubiertos de antenas merodeaban por las calles intentando detectar radios y codificadores morse. Octavillas pegadas a las paredes anunciaban ejecuciones públicas de miembros de la Resistencia que habían colocado bombas en vías férreas o asesinado a oficiales alemanes. En represalia por cada comandante nazi, se torturaba y fusilaba a cuarenta civiles. Brême iba por las calles arrancando los carteles con el rostro totalmente inexpresivo, como algo hecho en un horno de alfarería.

Incluso derrotada, París reanudó su actividad, y la vida nocturna también se reanudó. Los clubes y los cabarets estaban llenos de gente. Detrás de las cortinas, agentes británicos con colonia de lima se sentaban a la mesa con gitanos que traficaban con armas. Los de la Gestapo aplaudían al mismo ritmo que la Resistencia. Todos ellos eran aficionados al jazz, y querían más. Al amanecer, los músicos, agotados, volvían a casa sin pases para después del toque de queda y se escondían en los portales al oír el sonido de botas militares.

Ese verano de 1940 la situación todavía era buena, por mucho que pensasen que era mala. Se podían conseguir cigarrillos en el mercado negro. Y también whisky y ginebra rebajados con agua. Sin embargo, cada noche que tocaba, Keo sentía como si hubiera algo agazapado en las sombras, algo horrible parpadeando. Incluso en sueños miraba hacia atrás por encima de su hombro. En la Holanda ocupada, otro músico, Freddy Johnson, el pianista negro, había sido arrestado. A los nazis les pareció demasiado sincero. El saxo y el percusionista que tocaban con él se habían escondido.

Un día, mientras la banda practicaba en un estudio que les habían prestado, la puerta fue arrancada de cuajo por hombres uniformados con cuero negro.

—¡Conciertos *sind verboten!* —gritó el jefe. Él y sus esbirros destrozaron todos los muebles, pero no tocaron a los músicos ni sus instrumentos.

—Son amigos —dijo Brême—. Era un aviso. El conserje de ese edificio es un *collabo*.

Días más tarde, el mismo hombre de la Gestapo se presentó en el estudio de Brême, terriblemente excitado, llevando consigo una grabación de Stan Getz que había sacado de contrabando de Suecia. Cuando Brême le dijo que Getz era blanco, el alemán maldijo, enfadado.

—Quédatelo. Yo solo colecciono músicos negros.

Brême negó con la cabeza.

—Estáis aniquilando a las que llamáis razas inferiores, y a ti sin embargo te encanta el jazz hecho por negros. ¿Qué lógica tiene eso?

—¿Lógica? —El alemán miró al suelo—. Solo hay locura. —Se acercó un poco más a él—. Ten cuidado, amigo mío. Estás atrayendo la atención.

Esa noche Brême le pidió a Keo que le acompañase a la hora de la cena. Cuando llegó, Brême estaba sentado con Yasunari Seiko, el antiguo cónsul japonés en Bélgica y ahora destinado al consulado en París. A Keo le sorprendió que ambos se conociesen.

—En estos tiempos nada es coincidencia. —Seiko sonrió—. Espero que tu novia y tú estéis bien. —Un sutil recordatorio de que había sido él quien había facilitado la entrada de Sunny en Francia.

Para entonces, Goebbels había prohibido el jazz en la radio y estaba intentando prohibir tanto el jazz como el swing en todas partes. No obstante, los alemanes aficionados al jazz (los industriales y los muy ricos) cada vez insistían más para que los músicos negros hicieran una gira por Alemania.

—Estaría muy bien —dijo Seiko— si tú pudieras realizar una pequeña gira. Ir a The Berling Hot Club, de hecho. Hay alguien allí que está esperando... unos documentos.

Keo lo miró fijamente.

—¿Alguien importante?

—Extremadamente —dijo Brême—. Los fans suplican que vaya Dew Baptiste. Si pudieras persuadirle para que fuese contigo, nosotros podríamos conseguirle un pasaje de vuelta a casa.

Esa misma noche, durante un bombardeo, Keo se tumbó boca abajo en el metro, inhalando escombros y escayola. En casa, despertó a Sunny.

—Esta noche me he encontrado en una estación de metro francesa siendo bombardeado por aviones ingleses. Y antes he cenado con un diplomático japonés y un espía gitano que quieren que vaya a la Alemania nazi porque alguien necesita documentación falsa. —Le cogió las manos—. Esta no es la vida que habíamos planeado.

—Esto es la vida —dijo ella—. Voy contigo.

—No. Tú te quedas aquí.

En Fránkfort y Hamburgo, los alemanes se comportaron de manera impecable. Trataron a Keo, Dew y su banda como si pertenecieran a la realeza. El Lili Marlene Club, en Fránkfort, estuvo lleno durante tres noches seguidas, el público pidiendo más y más, hombres y mujeres vestidos de fiesta, bebiendo champán y Armagnac. Sus gustos eran sobrios, más swing que hot jazz. «Sophisticated Lady». «Stardust».

Berlín fue más salvaje, las multitudes se abalanzaban de cabeza hacia la destrucción. En el exterior de los clubes, los estudiantes que escuchaban la música desde la calle bebían colonia y perfume barato. Algunos eran anti-nazis, «chicos del swing» que chillaban cuando Dew y Keo tocaban «Do You Know What it Means to Miss New Orleans». Y cuando el percusionista de Guadalupe enloquecía, se rasgaban las vestiduras.

Incluso el público de más edad se comportaba de manera imprudente. Los vasos volaban por los aires. Bebían champán y brandy directamente de la botella. Keo tuvo la sensación de estar ante una corona resplandeciente de joyas pero con la montura pudriéndose. Frente a los clubes, mujeres engalanadas de pieles y vestidos de noche se lanzaban sobre los miembros de la banda o les hacían señas desde Daimlers y Mercedes. Por primera vez en su vida, Dew puso reparos a irse con ellas.

Seiko había hecho que cosieran los documentos en el interior de las hombreras de una de las chaquetas de Keo. Una noche, de regreso a su camerino, descubrió que las costuras habían sido rasgadas y los documentos habían desaparecido. De camino hacia la frontera germano-francesa, tocaron una noche más en Stuttgart. A la tarde siguiente fueron llevados al tren, donde la banda se dividió en dos vagones.

Una tropa de soldados alemanes obligó al tren a detenerse en una pequeña población. Una hora después, llegaron varios sedanes negros con un grupo de oficiales nazis que llevaban la insignia de la Totenkopf, el Escuadrón de la Muerte de las SS. Se ordenó a todos los pasajeros que bajasen al andén. En ese momento, Keo decidió que admitiría su culpabilidad si le interrogaban sobre los documentos. Daría su vida por Dew.

Los soldados pusieron en filas a más de doscientos hombres, mujeres y niños, alemanes y franceses, que cruzaban la frontera para volver a sus hogares. Todos permanecían en pie, sosteniendo en alto su documentación, su visado. El comandante, paseándose por el andén, fue hacia un joven y le abofeteó repetidas veces. Los de las SS lo rodearon. Se oyó un pequeño estallido y uno de ellos cayó al suelo. El joven había disparado una pistola. Su cuerpo saltó y bailó al ritmo de las balas que le impactaban desde todos lados. Los miembros de las SS no dijeron ni una palabra.

A medida que oscurecía se fueron encendiendo focos que cegaban a los pasajeros, mientras los oficiales gritaban órdenes. Los soldados recorrían el andén de un lado a otro, con las metralletas apuntando a la gente; los focos destellaban en los cascos y hacían brillar las botas negras. Los pasajeros agachaban la cabeza. Mantener contacto visual significaba morir. Con aire despreocupado, los oficiales sacaban al azar a algunas personas de las filas, examinaban sus papeles y los abofeteaban o interrogaban. Algunas mujeres se desmayaban, y los soldados pasaban por encima de ellas.

Keo permanecía anonadado, con los dedos aferrando el asa de la funda de su

trompeta. El comandante se detuvo ante él y chasqueó los dedos; un soldado le arrancó la funda de las manos, haciendo caer el instrumento al suelo. Hicieron lo mismo con el saxo de Dew. El comandante contempló en silencio los dorados instrumentos, y luego enfocó su linterna al rostro de Keo.

—No soy un fan de tu música *Hottentot* —dijo, en un perfecto inglés—. Pero siento curiosidad.

Casi con suavidad, deslizó su bastón de mando entre las piernas de Keo y lo levantó hasta apretarlo contra sus genitales.

—Dime, cuando produces ese ruido, esa cosa llamada jazz, ¿eso te excita?

Movió su bastón hacia delante y hacia atrás, como una caricia. El haz de la linterna bajó a la entrepierna de Keo.

—¿Te pone... cachondo?

Keo se concentró en el bastón, esperando sentir un dolor insoportable. El comandante se echó a reír y volvió a chasquear los dedos. Detrás de él, el soldado se puso rígido y apuntó su arma hacia el pecho de Keo. Oyó el océano dentro de su cerebro... Me he cagado en los pantalones. Vaya un último pensamiento más triste.

De repente, una sombra saltó del andén delante del tren y empezó a correr por las vías. Se oyó el martilleo metálico de las ametralladoras. Una anciana alemana que estaba a la izquierda de Keo cayó de rodillas, balbuceando. El comandante le habló en alemán, ayudándola con gentileza a incorporarse. La gente comenzó a rezar en voz alta.

Más allá de su propio olor nauseabundo, Keo percibió el sudor de Dew a su lado, fuerte y rancio. Podía oírle respirar como un perro que estuviera corriendo. El haz de la linterna se posó ahora sobre la cara de Dew. El sudor resbalaba por sus mejillas y colgaba como perlas de su pelo crespo.

El comandante se inclinó hacia él y enseguida volvió a echarse hacia atrás.

—¡Dios, vosotros, los de las razas de barro... APESTÁIS! —exclamó, cubriéndose la nariz con un pañuelo.

Un soldado pinchó con el cañón de su arma a un niño al que una mujer sostenía entre sus brazos. Un bebé muerto, probablemente acribillado a balazos, un mapa. Le arrancaron de un tirón el cadáver y le golpearon en el estómago. Ella reaccionó escupiéndole en la cara a uno de los soldados. De nuevo aquel martilleo. Un viejo fue empujado hasta que se puso de rodillas, y luego unos guardias lo llevaron a rastras a un camión, mientras miraba con sus ojos totalmente abiertos a Keo, suplicando que le ayudase. Una pareja pasó ante ellos, apuntados por pistolas. Cuando llegó el amanecer, más de sesenta personas habían sido obligadas a subirse a los camiones. Refugiados, sabotadores, inocentes.

A las ocho de la mañana los oficiales se fueron a desayunar, y luego regresaron, eructando y aburridos. Los pasajeros llevaban de pie más de dieciséis horas. Sonó un

silbato. Los soldados comenzaron a gritar, ordenándoles que subieran a bordo. Dew y Keo se arrodillaron para recoger sus instrumentos. Luego avanzaron hacia el tren dando pequeños y dubitativos pasos. Subieron a bordo, se sentaron el uno al lado del otro, mirando fijamente hacia delante.

El tren tosió y roncó, se estremeció un par de veces, y después, lentamente, se movió hacia delante, mientras los soldados sonreían al otro lado de las ventanas y les decían adiós con la mano. Incluso cuando el tren aceleró y los árboles y los prados surgieron a ambos lados, ninguno de los dos se movió, ni siquiera se atrevían a pestañear. Más tarde, Keo oyó a Dew a su lado, sus dientes castañeteaban mientras sollozaba, pero siguieron mirando al frente.

Cuando pudo moverse, cuando finalmente se atrevió a hacerlo, Keo miró por la ventanilla. El día era nublado, y, sin embargo, el paisaje casi lo cegó. Vio vida, el puro milagro de la vida (sus antiguos reinos, sus vastos portales enjorjados) en el que cada ser humano estaba suspendido en su particular instante. Lo vio como si fuera la primera vez.

Estoy vivo, pensó. ¡Me permiten vivir!

MAHUKA

Huir

Atravesó corriendo la estrecha calle de Montmartre en la que vivía como si nunca la hubiera visto, como si tuviera que memorizar todos sus detalles. Se detuvo ante la fachada cubierta de moho de su edificio y sintió el deseo de abrazarla, de abrazar cada uno de los peldaños combados de los cinco pisos que llevaban hasta su habitación. Se aseó y cogió a Sunny entre sus brazos.

—¡Oh, Sunny! —susurró—. ¡Cuánto te quiero!

Medio dormida, ella se giró hacia él.

—Quiero casarme contigo. Hoy. Quiero que tengamos hijos.

Sunny se sentó, repentinamente alerta.

—Nos vamos a casa. Al diablo con el jazz, me haré conductor de autobuses en Honolulu.

—Keo, ¿qué ha pasado?

Él negó con la cabeza, incapaz de describirlo.

—No puedo volver —dijo ella, en voz baja—. Acuérdate.

—Sunny, el cerco se está estrechando.

—¿No podríamos mudarnos a Suiza?

Keo pasó su mano por el hombro de Sunny.

—Es un desierto para el jazz.

—¿Y España?

—También allí hay guerra. Hay en todas partes.

Se pasó días mirando por la ventana, pensando en las parejas de ancianos inocentes a los que había visto arrastradas a los camiones. El bastón de mando entre sus piernas. La O del cañón de la metralleta apuntándole al pecho.

Seiko mantuvo su palabra y consiguió un pasaje para Dew en un barco que zarpaba de Marsella. Dew les suplicó que se fuesen con él y, después de una noche bulliciosa y triste en el estudio de Brême, se marchó. Keo se deprimió tanto que se pasó varios días sin poder tocar.

—No cruzaré otra vez la frontera —le dijo a Seiko—. No soy un héroe, les habría dado tu nombre.

Seiko le complació, y a partir de entonces le asignó tareas sencillas. Pasó bastante tiempo con Keo y con Sunny, pues tenía la impresión de que necesitaban a alguien mayor a su lado en el que pudieran confiar. Sunny le habló de Lili, la hermana a la que nunca había conocido. Se preguntaba cómo sería su vida.

—Si es guapa, probablemente esté en un prostíbulo de Shanghái —dijo Seiko, y

sus palabras fueron como bofetadas—. Si es minusválida, como dices, estará pidiendo limosna en las calles. —La cogió de la mano y añadió—: Perdóname. No debes engañarte. Si la buscas, se te romperá el corazón.

—Una persona debe tener esperanza —lloró Sunny—. Abandonar la esperanza es un acto de avaricia. Es deshonesto.

Un día frío y luminoso encontraron el estudio de Brême convertido en un caos. Sus valiosos cuadros habían sido acuchillados, las sillas, destrozadas, y su relleno, desparramado. Los músicos y sus mujeres se reunieron, esperándole como si fueran hijos aguardando el regreso del padre. Una semana más tarde, casi helados, empezaron a quemar cosas en la chimenea, periódicos hechos trizas, redes de pesca, los marcos de los cuadros. Una mañana aparecieron dos gitanos romaníes en la puerta, con sombreros oscuros de fieltro y perfiles que traían a la mente la imagen de águilas planeando sobre las corrientes de aire. Levantaron los tablones del suelo y sacaron armas para meterlas en bolsas de lona.

—¿Dónde está Brême? —les gritó Keo.

Los gitanos bajaron la mirada. Hicieron un gesto de negación y se santiguaron.

La quema continuó: colchones destripados, somieres de madera, souvenirs. Lo quemaron todo. Lo único que quedó fue el recuerdo de un espacio puro e inviolable. Pronunciaban su nombre, el nombre de la persona que había sido su fuente de coherencia, que los había unido a todos. Cada uno en su lengua materna, rezó por él. Después se dirigieron hacia ciudades portuarias, hacia la frontera española, hacia cualquier lugar en el que pudieran encontrar barcos que se dirigiesen a su tierra natal.

Sunny empezó a soñar con una mujer que la llamaba pidiéndole ayuda. Se despertaba llorando por su madre. Y comenzó a comprender que Keo y ella podían desaparecer en cualquier momento.

A veces, le observaba cuando él estaba dormido, con sus labios sanguinolentos y cubiertos de costras de tanto tocar, de no saber cómo parar. Tocaba sus mejillas oscuras y suaves, sus largas pestañas, recorría la barba incipiente de su barbilla. Ya no tenía empleo ni proyectos, a excepción de los recados que Seiko le encargaba... Nuestras vidas dependen de una trompeta. Algunos días se sentía enloquecer, celosa de aquel instrumento. Pensaba en destrozarlo contra el suelo, o en donarlo como metal para la guerra. Pensaba en cortarle los labios a Keo mientras dormía. Después tendría que cuidar de él, y así obtendría toda su atención. Sin él, sentía que no tenía nada por lo que vivir, ninguna causa que la guiase.

En las Navidades de 1940 los americanos recibieron la orden de abandonar Francia. Los dos fueron a la embajada americana y encontraron una lista de espera de varias semanas, y todos los barcos se dirigían directamente a la Costa Este de los Estados Unidos. Yasunari Seiko les dijo que podía ayudarlos a salir, pero que llevaría tiempo.

—Mientras tanto, tenemos muchos proyectos.

Empezaron de nuevo a hacer recados para él, cambiando joyas en el mercado negro por medicinas. Fotografías de carné en el interior de un paquete de cigarrillos en el Café de Flore. Documentación falsificada cosida en el interior de una boina. Sunny se movía como una profesional, sin pararse nunca, sin mirar atrás. A veces pensaba en lo que pasaría si la cogían, si la interrogaban. Entonces sabría de qué pasta estoy hecha realmente.

A principios de primavera llegó un paquete con tantos sellos que resultaban casi ininteligibles. Los censores alemanes lo habían abierto y vuelto a cerrar de manera descuidada, de modo que parte del contenido estaba a punto de caerse. Un tarro roto de ciruelas. Una muñeca de porcelana con la cara destrozada en pedazos. Una carta manchada y arrugada de la chica de la fábrica de sedas, April Bao, que había localizado a la hermana de Sunny en Shanghái. Ella, Lili, sabía algo de inglés, pero no lo suficiente como para escribir. Había bordado el vestido de la muñeca para Sunny. Y rezaba porque algún día pudieran conocerse.

April Bao contaba en su carta lo mal que estaba la situación. Las tropas japonesas y las chinas se enfrentaban en las afueras de Shanghái. Toda una manzana de casas había sido bombardeada y había miles de muertos. Había alemanes, y rusos, judíos y también muchos franceses. A Shanghái lo llamaban el París de Oriente. Se preguntaba si criaban gusanos de seda en París. ¿Vendían los farmacéuticos corazones de tigre para curar el cólera? ¿Llevaba la gente mascarillas por la calle? ¿Qué modas había en París? Le preguntaba a Sunny si podría enviarle un tubo de pintura de labios, y una prenda de encaje para Lili. El resto de la carta había sido tachado por los censores.

Sunny se quedó sentada, apretando la muñeca rota contra su pecho. Por la noche la metió bajo la sábana, como un bebé. No le contó nada a Keo, necesitaba absorber aquella nueva información y tomar una decisión. Quería estar segura cuando se lo dijera.

Una noche le mostró la muñeca.

—He encontrado a mi hermana, a Lili.

Keo gritó y se llevó la mano a la boca. La rodeó con sus brazos y la hizo sentarse sobre su regazo mientras le leía la carta.

—He estado teniendo sueños —dijo Sunny—. Creía que era mi madre. ¡Era Lili, pidiéndome ayuda! Necesito sacarla de Shanghái y llevarla a algún lugar seguro. O de vuelta a Honolulu.

Keo lo entendió. O pensó que lo entendía.

—Sunny. Shanghái está casi al otro lado del mundo.

—Ya he recorrido medio mundo para estar contigo.

Con paciencia, Keo trató de explicarse:

—Eso fue hace más de un año. Ahora Italia ha entrado en la guerra, el Mediterráneo está cerrado. Tendríamos que navegar rodeando África, lo que serían cinco o seis semanas más...

—La gente lo está haciendo.

—Es muy peligroso.

—La vida es peligrosa. Keo, he estado viviendo para mí misma. El egoísmo tiene que acabarse aquí.

Keo se quedó pensando por la noche, intentando ser racional. Por la mañana había tomado una decisión.

—Solo hay una forma correcta de hacer esto. Volvemos a casa como marido y mujer. De ese modo tu padre no podrá hacerte nada. Y es lo que yo quiero. Vamos a la embajada, nos apuntamos a una lista de espera para un barco a Nueva York. Luego cogemos un tren a la Costa Oeste y otro barco desde allí a Honolulu. Seguro. Podría llevarnos meses. No hay otra manera de hacerlo. Una vez que estemos en casa, comenzamos a mover todo el papeleo necesario para sacar a tu hermana por los canales apropiados.

Sunny lo miró fijamente.

—Para entonces estará muerta.

Discutieron durante varios días.

Mientras Keo tocaba en los cabarets, Sunny recorría las calles, ignorando el toque de queda, pensando en su hermana. Una noche se guareció en las sombras de un club para observar a Keo en el escenario, su rostro oscurecido con el éxtasis de tocar y sus ojos mirando más allá del público. Algo la golpeó por dentro y la sobrecogió. En ese momento comprendió que Keo nunca sería capaz de entregarle a ella tanto como le entregaba a su música. Ella nunca podría competir con su trompeta.

Lo observó durante tres noches seguidas, y luego, en casa, mientras él dormía. Sunny movía los labios como si estuviera rezando. Un día, al amanecer, desenvolvió un rubí de Burma que una mujer le había cambiado por cartillas de racionamiento. Fue a la escalinata del Sacré Coeur, llena de enjambres de comerciantes del mercado negro, y buscó a uno al que ya conocía. Fue una mañana tras otra, regateando hasta que dio con la oferta correcta. Pagó una cantidad exorbitante para conseguir estar de las primeras en una lista de espera para un pasaje en un barco. Después preparó su documentación.

—Llévame a bailar —le suplicó una noche a Keo—. Solo quiero abrazarte y bailar.

Vestidos con sus ropas más elegantes, bailaron tangos, valsos, pasodobles. Keo ni siquiera sabía lo que estaban bailando, sus pies seguían a los de ella. Esa noche los ojos de Sunny estaban tan abiertos que toda su cara parecía haberse reducido a sus ojos. Desprendía calor, su cuerpo brillaba. Keo la abrazó, pensando: Nunca ha estado

tan hermosa. No podría añadirle nada, ni tampoco quitárselo.

Cerraron todas las salas de baile, bailando rabiosamente, destructivamente. Más tarde, cuando se desnudó para él, su pasión poseía aquella misma desesperación furiosa. Al amanecer, mientras él dormía, ella se sentó a su lado llorando, luego le acarició la cara, cogió la muñeca de porcelana y salió. En Brest, embarcó en un carguero que realizaría una larga travesía hacia los Mares del Sur de China.

Keo se levantó poco después del mediodía, con los pies doloridos e hinchados. Había una nota pegada al espejo. Se acercó a ella lentamente.

Contrapunto de disparos. Haces de luz formando triángulos. El zumbido de bombas lejanas. Recorrió calles en las que todo el mundo parecía necesitar una ambulancia. Prostitutas hambrientas que realizaban su trabajo en los callejones aceptaban margarina como pago. Niños que vivían entre la basura. Una ciudad que se convertía en un recuerdo. Quizá París nunca había sido algo real para él: solo un contexto mientras tocaba su trompeta y esperaba a Sunny. Ella le había hecho salir al mundo, lo había salvado de la tentación de darse por vencido. Le había ayudado a madurar, a definirse a sí mismo como hombre.

Sin embargo, Keo sabía que un hombre se medía por su disposición a cargar con responsabilidades sobre sus hombros. Su mediocridad había defraudado a Sunny, y en ese sentido Keo sentía que se había defraudado a sí mismo. En sus momentos más oscuros, pensaba que tal vez no existía ninguna hermana. Tal vez Sunny solo había querido librarse de él. Se mentía a sí mismo para no tener que admitir que había dejado sola en el mundo la única cosa que había querido proteger.

Se encontró con Seiko y le ofreció todo su dinero, incluso su trompeta, a cambio de un pasaje en un barco, en un carguero.

Seiko negó con la cabeza.

—¿Shanghái? Nunca la encontrarás allí. No estarás preparado para un lugar como ese.

Aun así, Keo había sido amable con su sobrino, Endo. No todo el mundo en París lo había sido. Ahora el muchacho se había marchado, obligado a volver a Japón y unirse al Ejército Imperial Japonés. Para mostrarle su gratitud, Seiko aceptó a regañadientes ayudarle.

—No obstante, las listas de espera son interminables. Hay miles de judíos que buscan refugio en Shanghái. Todos los demás países les han cerrado las puertas.

Metió a Keo en una de las listas. Y, mientras tanto, seguía habiendo recados que hacer.

—... una familia escondida en la Rue Margot, el niño necesita penicilina. Y necesitamos vender este reloj de oro. Y tenemos que hacer una copia de esta foto...

Ahora incluso los mejores cabarets estaban medio vacíos. Había menos músicos, y menos instrumentos que tocar. Los tambores eran destrozados por las Juventudes Hitlerianas Francesas, que se abrían paso por la ciudad haciéndose notar. Los pianos se rompían y los afinadores estaban presos. La iluminación de muchos clubes consistía en velas o generadores alimentados por hombres agotados que le daban a un pedal colocado en el sótano. Algunas noches Keo subía solo al escenario con la esperanza de que alguien se le uniera. Tocaba como un hombre poseído, ejerciendo tanta presión sobre la boquilla que se le abrían los labios y la sangre en ocasiones la resbalaba por la barbilla. Tocar con menos intensidad era privarse.

Una noche, haciendo un solo de «I Got a Right to Sing The Blues», se lanzó a una persecución de sí mismo estrofa tras estrofa, en largos *glissandos* ascendentes y descendentes que requerían unos pulmones y un control sobrehumanos. Se sentía tan solo, tan despojado de todo, que no podía parar, ni siquiera podía bajar el ritmo. Siguió adelante, subiendo el registro hasta un Do y luego, increíblemente, a un Fa.

Sintió que el pecho se le contraía tanto que los pulmones se le quedarían marcados para siempre. Intentó subir el tono aún más, pero la nota que buscaba no existía. Las mujeres chillaron al ver un halo azul de electricidad saliendo de su pelo. Los alemanes le ovacionaron. Cegado momentáneamente, Keo se desmayó. Cuando recuperó el conocimiento, un oficial alemán le pasaba un trapo de tela aromatizada por la cara. Vio sus dedos pálidos y delgados recubiertos de vello rubio.

Keo le obligó a apartarse a puñetazos y se incorporó laboriosamente. Sintiéndose insultado, el alemán volvió a su mesa y reunió a sus amigos. Alzaron sus vasos en el típico saludo a Hitler. Todo el público se puso en pie de un salto y respondió al saludo. Keo levantó su vaso y, con actitud ceremonial, vertió su contenido al suelo. Los alemanes salieron del local y, en el silencio que siguió, alguien empezó a reírse.

Keo se giró hacia los presentes.

—¡A vosotros, franceses, que os jodan también! Sois unos bastardos engreídos que os comportáis como si esta guerra no tuviera nada que ver con vosotros.

Su actitud se volvió más descarada y agresiva. Esa misma semana, de pie en la barra, zancadilleó a un oficial alemán y se echó a reír. Los contratos con los clubes comenzaron a disminuir, pues los propietarios se volvieron recelosos. Keo se ofreció voluntario para realizar más recados para Seiko, llevó mapas, una navaja y una pistola del calibre 38 a un piloto inglés cuyo avión había sido derribado y estaba escondido en una carnicería. Se sentó toda la noche junto al piloto, bebiendo brandy de contrabando entre cuartos traseros sudorosos de ternera colgados del techo.

—Podría estar tendiéndote una trampa para entregarles a la Gestapo —dijo—. ¿Cómo puedes saber que soy de los buenos?

El piloto hizo una mueca.

—Porque todavía no me has matado.

Se pasó siete horas ayudando a un grupo de partisanos a tomar las huellas dactilares de dieciocho gitanos que habían sido masacrados y enterrados en una tumba poco profunda.

Tocaba con cualquier músico que pudiera encontrar, en dormitorios, en una panadería, en una capilla. Su vida se redujo a los recados y pasear de un lado a otro por su habitación, esperando el pasaje para Shanghái. Algunas noches se quedaba sentado en la oscuridad. Si tan solo hubiera sabido cómo estar al mismo nivel que ella. Había permitido que su vida se le escapase, la había malgastado. ¿Qué era lo que le faltaba? Había querido experimentarlo todo, aprenderlo todo. Y sin embargo eso era lo que faltaba: se dio cuenta de que no había aprendido lo bastante, no había sido lo bastante rápido.

El cansancio se volvía pesado; brotaba de la incapacidad de saber. ¿Qué debería haber hecho para salvarla? Eso lo atormentaba. Sunny lo había abandonado todo para venir junto a él. Y luego había abandonado incluso la ínfima seguridad que él le aportaba, su vida juntos, para ir más allá, a otro extremo del mundo. Nunca lo he entendido. Hay algo en ella que tenía que sacar a la superficie.

Comenzó a reunir cartillas de racionamiento ilegales, engullendo huevos y filetes que obtenía en el mercado negro para mantenerse fuerte para el viaje. Para evitar el aspecto de un fugitivo o de alguien desesperado, se lavaba los calcetines, la ropa interior y las camisas en el lavabo, y luego, a falta de una plancha, las alisaba aún húmedas encima de la cajonera. Abrillantaba los zapatos con la cara interior de la sábana, recordando el horror de su madre hacia las sábanas, una vieja fobia hawaiana de ser envuelto en una mortaja como los muertos. Los pantalones los planchaba doblándolos cuidadosamente bajo el colchón. Su salud y su aspecto exterior se convirtieron en una obsesión. Pero a veces, al ver su reflejo en algún escaparate, Keo veía a alguien que parecía estar medio loco, a un hombre atrapado en el torbellino.

—Estás espantoso —le dijo Seiko—. Relájate. Aprende a tener una cara que no refleje tus sentimientos.

Keo practicó a mantener una expresión engañosamente anodina. Cuando se cruzaba con oficiales alemanes, bajaba la mirada, hundía los hombros en actitud dócil, y anhelaba saltarles encima y arrancarles un ojo y pisotearlo hasta oírlo explotar bajo su pie.

Intercambió cigarrillos por una pastilla de jabón bueno y, de camino a casa, se encontró delante del Louvre. Seguía sin haber sido educado para apreciar la belleza de las cosas (las grandes óperas, las grandes obras maestras de la pintura), pero en aquel momento agachó la cabeza al recordar toda la frágil belleza que había sido sacada de aquel lugar, parte de ella perdida para siempre. Imaginó a Sunny empaquetando aquellos tesoros, pensó en la noche en la que él mismo ayudó a transportarlos en camiones fuera de la ciudad. Entonces se había sentido agradecido.

Por un efímero período de tiempo, había formado parte del fluir de la Historia. Había sido un pequeño fragmento de ese flujo.

Cada vez estaba más inquieto, deseaba estar en alguna otra parte, luchando, y no sentado en una habitación. Quería un arma, no una trompeta, algo que pudiera montar, apuntar y disparar. Se concedió un mes más. Si para entonces Seiko no le había conseguido un pasaje, cruzaría los Pirineos para llegar a España, se uniría a los ingleses o a los holandeses y lucharía con los Aliados. Llegaría a Shanghái en un barco militar. Llegaría...

Una noche Seiko llamó a su puerta, encendió la luz y se sentó.

—He sido requerido en Tokio.

Había conseguido pasajes para los dos, acompañando a uno de los últimos grupos de refugiados hasta Shanghái. Keo lo agarró por los hombros, y antes de que pudiera hablar, Seiko lo cogió del brazo.

—Debemos irnos. Ahora. Hay un tren nocturno a Burdeos. —Keo se agachó para sacar su maleta de debajo de la cama. La presión de Seiko en su brazo aumentó—. Ahora. En este mismo instante. Me he enterado de que tu nombre está en su lista. ¿Entiendes lo que eso significa?

Keo dirigió una mirada a la habitación y luego salió, dejándolo todo allí. Su ropa, su trompeta. En cada esquina y cada vez que se cruzaban con alemanes, ponía en su cara una expresión insulsa, casi como si estuviera aburrido. En su pasaporte falso figuraba la expresión *visa de sortie* y un nombre que sonaba indonesio. Con unas gafas de cristal grueso y un maletín gastado y estropeado, logró hacerse pasar por un exportador de caucho que volvía a su país, a Yakarta.

En Burdeos, se abrieron paso entre la multitud, presentaron sus documentos y subieron a bordo del barco. Keo permaneció en cubierta, aferrado a la borda; aún podían ir por él. Aguantó la respiración hasta que empezaron a alejarse de tierra firme. Notó que la brisa aumentaba y que el barco se adentraba en el Atlántico en dirección sur, hacia la costa de España. Después la larga circunvalación de África. Probablemente sigamos la misma ruta que Sunny. Por las noches se despertó gritando su nombre.

Dos semanas más tarde, en Dakar, miembros de agencias de socorro subieron a bordo con medicamentos y prendas más ligeras de ropa para los refugiados. A medida que el clima cambiaba, también lo hacía el vestuario y la apariencia física. Keo vio lo pálidos y lo demacrados que estaban los refugiados. Empezó a escuchar, a comprender lo que habían vivido en los guetos y en los campos de prisioneros. Algunos se encontraban tan mal que nunca se movían, solo miraban fijamente el océano. Otros volvían a la vida como si lo hicieran por primera vez.

Una mujer se cortó el pelo en cubierta, y arrojó los mechones por la borda. Se deshacía de su antigua vida, decía. En un rincón, la gente se encontraba frente a frente

con alguien que parecía muerto. Ellos vivirían, porque Shanghái les había abierto las puertas. Keo pensó en sus amigos, los gitanos romaníes, para los que no se había abierto ninguna puerta.

Una vez más, se encontró navegando hacia lo desconocido, como un hombre que intentase llegar a la esencia de las cosas. Algunas noches se quedaba en cubierta durante horas, pensando en Sunny, que le había enseñado cómo sufrir. Antes de ella, Keo no había conocido el verdadero dolor.

Una noche Seiko se sentó junto a él.

—Si la encuentras, tienes que estar preparado. Es una chica adorable, pero... inquieta. Algunas mujeres siempre van de un lado a otro.

Keo quería decirle que se equivocaba, que él no sabía nada de Sunny. Quizás ella le había enseñado el dolor de un corazón roto y la desazón (su marcha había sido como encontrarse a sí mismo despellejado, con la carne cruda y al aire), sin embargo también le había enseñado a ser un hombre. Ella había sido su testigo.

Las heridas de sus labios estaban cicatrizando, pero echaba de menos el dolor, hasta echaba de menos las pequeñas costras que siempre tenía que quitar de la boquilla de la trompeta. A veces sus dedos se curvaban alrededor del asa de la funda de su instrumento. Entonces bajaba la mirada, sorprendido al ver que la funda no estaba allí. De noche se dormía toqueteando válvulas imaginarias, recordando el tacto de la trompeta en sus manos como si fuera una mascota elegante y rígida, echando de menos el frío metal de su campana. Sin ella se sentía paralizado. Tocar era el único modo que tenía de entender las cosas.

Semanas más tarde, en Ciudad del Cabo, miembros de agencias de socorro volvieron a subir a bordo con médicos y suministros. Los ojos y la piel de la gente variaban lentamente a medida que iban hacia el este. Los continentes se iban filtrando en Keo, nuevas lenguas, nuevos aromas. El barco surcó aguas del océano Índico e hizo escala en Calcuta. Luego se adentraron en el estrecho de Malaca y más adelante en el Mar del Sur de China.

Mientras subían por la costa de China, Keo permaneció en cubierta, temblando. Allí delante estaba Shanghái, y Sunny. Y lejos, a su derecha, en el interior del Pacífico, la tierra donde había nacido.

PILI PŪ KA HANU

Contener la respiración con miedo

SHANGÁI, OTOÑO DE 1941

Seiko trató de prepararlo para Shangháí, centro neurálgico y bullente del Lejano Oriente, la ciudad a la que los extranjeros llamaban la Puta de Oriente.

—Un glamour engañoso —le advirtió—. Una maldad que resulta fascinante. Ten cuidado.

Keo se encogió de hombros.

—Lo único que quiero es encontrarla.

—Ah, sí. Pero a veces la vida tiene otros planes.

Se internaron por el gran río Yangtsé, que servía de medio de transporte para el comercio hacia el interior de China. Pero en el punto donde el Yangtsé se cruzaba con el río Huangpu, situado frente a Shangháí, las aguas se asemejaban a un matadero. Atravesaron áreas inmensas de basura flotando, despojos de bueyes hinchados, e incluso un cadáver humano. Cerca de los muelles, pasaron junto a embarcaciones de juncos, cargueros, buques de guerra ingleses y americanos; el puerto parecía una ciudad en sí mismo.

En pocas horas Seiko continuaría su viaje hacia Yokohama. Le devolvió a Keo su pasaporte americano y ambos se abrazaron.

—Si llega la guerra —susurró Seiko—, por favor, piensa bien de mí.

En el exterior de las aduanas, soldados japoneses armados y uniformados con polainas blancas empujaban a la muchedumbre detrás de unas barreras de alambre de espino. En aquella ciudad con millones de habitantes, Keo levantó la mirada, aturdido. La arquitectura inclinada de Shangháí lo desconcertaba, le recordaba en cierto modo a París. Rascacielos art déco, bloques de oficinas neogóticos. Excepto que algunos edificios se escoraban como barcos. Aprendería que Shangháí se había construido sobre un suelo que no era firme, por lo que nada permanecía inmóvil en su sitio. Ataúdes que habían sido enterrados se deslizaban hacia el mar. El peso del oro amontonado en los sótanos hacía que los bancos se inclinasen de forma dramática.

Se vio arrastrado por el Bund, el bulevar principal que corría a lo largo de la ribera del río, y se encontró rodeado de rostros extraños y aterradores. Rusos de mirada salvaje, mongoles y finlandeses. Sudafricanos, egipcios. Ostentosos ingleses y escoceses «Shanghailanders». Americanos, australianos, sijos. Y hordas de las llamadas «razas inferiores», malayos, indonesios. Olas de humanidad quejumbrosa que hacían que París pareciese una ciudad de provincias.

Los Rolls Royce se detenían ante lujosos hoteles que estaban a dos pasos de culis delgados como crucifijos y dormidos debajo de *rickshaws*. Mujeres desesperadas por el hambre sostenían a sus bebés en brazos e intentaban venderlos. Keo vio puestos de comida y barberías montadas sobre bocas de alcantarilla, y prostitutas que asediaban a los marineros. El aire olía a desagüe y a colonia inglesa. Los gánsteres iban de un lado a otro, golpeando a la gente para arrebatarles su dinero. Había oradores soltando sus arengas desde lo alto de podios improvisados, mientras una mujer que empuñaba una pistola perseguía a un hombre manco. Al doblar una esquina, Keo estuvo a punto de caer a un agujero lleno de pequeños cadáveres. Saltó hacia atrás y soltó un grito.

Un ruso que cargaba con una pala rebosante de cal se rio de él.

—¡Ja! Otro oscurito aprensivo. Eso de ahí es el pozo de niñas recién nacidas. Cuando hiele, verás sus espíritus congelándose.

Keo retrocedió, deteniéndose momentáneamente al encontrar carteles que guiaban hacia un estadio:

EJECUCIONES PÚBLICAS, DECAPITACIONES, AHORCAMIENTOS
(De criminales y políticos corruptos)

Luego se vio tragado por un gigantesco zoco: puestos de jade de Indochina, rubíes de Burma, sedas bermejas de Tashkent, lujosas alfombras de Cachemira. Un hombre vestido con un chubasquero de intestinos de foca ofrecía pieles de armiño de Siberia. Todo parecía manchado por el hedor. Se percibía una sensación de terrible codicia y sufrimiento. Se veían concubinas en sillas de manos, pintándose los labios mientras mendigos ciegos toqueteaban sus pústulas. Incluso los blancos ricos que pasaban sentados en Bentleys tenían un aspecto enfermizo.

Keo compró camisas baratas y una maleta de segunda mano utilizando una moneda extraña, la piastra. Un mendigo le siguió pegado a sus pies, con los ojos brillantes por el hambre. Le arrancó la maleta de las manos y se apuntó el pecho desnudo. La llevaría por él, sería su guía.

—¡Hotel! —gritó Keo—. Barato, barato. ¿Tú comprendes? —Al instante se sintió avergonzado, pues así era como hablaban los turistas a los nativos hawaianos.

El mendigo asintió, hablando con una voz cantarina. Sus costillas brillaban como varas de cristal. Keo saltó por encima del cadáver de un hombre al que había atropellado un coche y lo siguió por Canton Road, pasando al lado de un par de hombres blancos desnudos que boxeaban con guantes de cuero en un callejón. Un tipo con un turbante rojo chillón saltaba a la cuerda. Más allá había tres turcos gordos jugando al *tric-trac*, y escupiendo trozos de comida indigestible a un grupo de perros sarnosos.

Salieron a la Avenida Foch, un bulevar flanqueado de árboles que separaba la

Colonia Internacional del Distrito Francés. De nuevo se encontraron ante unos soldados japoneses armados y unas barreras de alambre de espino que cerraban el paso a una multitud de chinos chillones. En un inglés chapurreado, el mendigo le explicó que se trataba de refugiados que intentaban entrar en la ciudad desde pueblos que habían sufrido los estragos de la lucha entre el ejército japonés y el chino. A continuación el hombre se detuvo, puesto que no podía ir más allá de aquel punto. Señaló hacia el fondo de la calle mientras balanceaba la maleta de Keo.

—Barato, barato. ¡Hotel Jo-Jo! Págame ahora.

Keo le dio una propina generosa y después, tras mostrar su documentación a la policía, cruzó el puesto de control del Distrito Francés. El Hotel Jo-Jo estaba situado al final de Rue Ratard. Un hotel doblemente encantador. Un lugar destartado, de un estilo que imitaba el Tudor, regentado por un expatriado francés y su delicada esposa indochina.

—Sorpriente —dijo el francés—. ¿Has cambiado París por este manicomio?

Keo le aceptó un coñac y le habló de Sunny, explicándole que estaba buscándola.

El hombre hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Aquí hay cientos de miles de chicas. Nunca la encontrarás.

Keo bebió con desesperación.

—Su hermana, Lili, cojea. Tiene un pie deforme.

El francés soltó una carcajada.

—Discúlpame, es demasiado gracioso: buscar a una chica así en una ciudad en la que a las niñas les vendan los pies.

—Puede estar trabajando en una fábrica de sedas.

El tipo escupió en el suelo.

—Esas fábricas son agujeros infernales. Todas ellas. Esclavizan a los niños. Necesitan manos pequeñas para sacar los capullos de agua hirviendo. Sufren quemaduras e infecciones terribles; todas las semanas sacan cadáveres de críos en camiones. —Dudó un instante y preguntó—: ¿Tu novia es guapa?

—Oh, sí —respondió Keo—. Y muy inteligente. Estudió en la Universidad.

—Si ella y su hermana están intentando salir de la ciudad, serán imprudentes y harán cosas descabelladas...

Keo se inclinó hacia él, sin entender a qué se refería.

—Siempre se buscan chicas hermosas para... para hacer de azafatas en clubes deportivos y de juego. *Maisons tolérées* de lujo para blancos y hombres de negocios ricos.

Keo estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—¿Prostíbulos? Ella nunca vendería su cuerpo.

El francés sonrió.

—Entonces no está en Shanghái. Esta es una ciudad donde reina la desesperación.

Recorrió las calles tratando de orientarse, esquivando tranvías y limusinas. Los chóferes gritaban desde sus coches en un intento de atravesar oleadas y más oleadas de viandantes. La multitud, envuelta en una humedad asfixiante, parecía un grupo de fanáticos con sus rostros barnizados de sudor. La ropa parecía colgarles del cuerpo. Después cayó la niebla y la gente se convirtió en una procesión de mortajas flotantes. Keo nunca había tratado de imaginarse cómo sería el infierno, pero ahora creía que sería muy parecido a aquella ciudad. El Diablo haría allí buen negocio.

A medida que cruzaba avenidas y callejones un día tras otro, comenzó a darse cuenta de que Shanghái se dividía en sectores. La Colonia Internacional, con sus rascacielos de estilo neogriego, sus casas de imitación Tudor, estaba compuesta mayoritariamente por americanos, británicos y otros occidentales. El Distrito Francés era un poco menos elegante, con sus franceses y su población occidental honoraria. Luego estaba la Ciudad Vieja, un lugar de suciedad y miseria medievales donde vivía la mayoría de los orientales. Allí se apiñaban varios millones de chinos en minúsculas chozas adosadas y carentes de ventanas que parecían hornos, sin electricidad ni agua corriente. Había miles de personas que dormían en las calles, abrazados a sus cuencos de arroz.

Recorrió la Ciudad Vieja, consciente de que sería allí donde Lili vivía. Se abrió paso entre escombros y muchedumbres que llevaban mascarillas sobre la nariz y la boca para evitar el cólera. Miró fijamente las caras de la gente, entró y salió de cientos de salones de té y lavanderías, donde daba la descripción de Sunny y de su hermana, haciendo hincapié en su pie zopo. Viejos vestidos al estilo tradicional le clavaban la mirada: un hombre de piel oscura buscando a dos chicas. Sacaban a sus hijas de algún rincón en sombras y se las ofrecían.

Por las noches, Keo se agitaba y gritaba en sueños, sintiendo como si Sunny se le escapase entre los dedos. Algunas de esas noches oía los enfrentamientos en las afueras de la ciudad, los disparos lejanos de cañones navales contra las baterías de la costa. Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que las escaramuzas se convirtiesen en una guerra total. Solo los más privilegiados parecían ignorar lo que ocurría. Por las mañanas, de un calor pegajoso, veía a ingleses vestidos con prendas blancas de sport, hablando con sus chóferes a través de tubos acústicos. Atravesando Theodore Road oyó la música de orquestas proveniente de fiestas en jardines y vio a niños rubios zambulléndose en piscinas mientras sus niñeras esperaban con toallas limpias.

Un día se detuvo ante una casa de empeños. En la ventana había un gato mordisqueando lo que parecía la calavera de una rata. A su izquierda había una trompeta. Keo entró y salió con el brillante instrumento bajo el brazo. Shanghái bullía con bandas de jazz; merodeó por varios clubes hasta que escuchó los sonidos adecuados. En un local llamado Ciro's se acercó al escenario y le preguntó al japonés que tocaba el saxo, y que parecía el líder de la banda, por qué no tenían ningún

trompeta.

—Tuvo que volver a Tokio. El ejército.

Keo le mostró su trompeta y se ofreció a sustituirlo.

—¿De dónde eres? —le preguntó el percusionista, que era filipino.

Cuando dijo que de Honolulu, al instante el tipo pareció divertido.

—¿Seguro que no tocas el ukelele, amigo?

—También puedo hacerlo —contestó.

Enroscó la boquilla en el instrumento y comenzó a tocar de un modo que no era suave ni continental, tal y como tocaban las bandas para el público de Shanghái. Sondeó las entrañas del jazz, inspirado por canciones y gritos de jornaleros, canciones religiosas y el blues. Después, durante doce minutos seguidos, tocó una estrofa tras otra del «Diminuendo and Crescendo in Blue», de Duke Ellington. Cuando terminó, los otros permanecían muy quietos, mirándole.

En cuestión de una semana su nombre figuraba en el cartel exterior del club. Cada noche después de cada actuación, justo antes de que la banda se separase, Keo se acercaba al micrófono.

—Estoy buscando a mi novia. Si alguno de ustedes se encuentra con una chica llamada Sunny Sung, de Honolulu, díganle que su hawaiano está tocando aquí, en el Ciro's.

A la audiencia le encantaba. Fuera cierto o no, aquello le otorgaba un dramatismo que equilibraba su comportamiento frío y controlado. Una noche se sentó con el saxo y le contó su historia.

El tipo meneó la cabeza.

—¿No tienes una dirección? ¿Ni una fotografía? Ni siquiera un detective privado podría ayudarte. —Titubeó un momento y luego añadió—: Sin embargo, conozco un lugar, la Casa de los Suspiros. Un lugar de clase alta...

Keo se puso tenso.

—No estará en un prostíbulo.

—Entonces la única forma de buscarla es calle por calle.

Fue a la embajada americana y le dijeron que, puesto que Corea era una colonia japonesa, la hermana, Lili, debía estar registrada como japonesa. Y los japoneses tenían actualmente prohibido entrar en Estados Unidos o en cualquiera de sus territorios, como Hawái. Keo tuvo que sentarse, completamente hundido. Si Sunny había encontrado a su hermana, jamás se marcharía sin ella.

Un día se adentró en un callejón de tiendas de sedas. Sobre cada puerta colgaban pancartas con esvásticas alemanas junto a banderas de Estados Unidos y Gran Bretaña. Los turistas compraban pequeñas réplicas en paquetes de tres. Keo entraba en todas las tiendas para preguntar por el nombre de las fábricas de seda. La mayoría estaban en un distrito industrial llamado Pootung.

En el exterior de una fábrica rodeada por vallas, Keo se acercó a un guardia de seguridad chino. Le mostró algo de dinero e intentó hacerle algunas preguntas. El tipo respondió con un gruñido y Keo, al no entender lo que decía, se aproximó un poco más. Con un rápido movimiento, el guardia le rasgó la camisa desde el hombro hasta la cintura con un puño americano terminado en cuchillas. Otros guardias llegaron corriendo, armados con rifles.

El propietario del Hotel Jo-Jo le explicó que los guardias formaban parte de mafias dedicadas a la «protección».

—Las fábricas les pagan. Si no lo hicieran, las mafias las quemarían. Las mafias son dueñas de las chicas que trabajan allí, traen a muchas de ellas desde las aldeas para que trabajen. Debieron de pensar que querías comprar a una chica. Me sorprende que no te matasen.

Todas las fábricas a las que fue estaban «protegidas» con vallas de tela metálica y guardias armados. Empezó a quedarse a cierta distancia y acercarse en los cambios de turno a las mujeres para preguntarles si conocían a Sunny o a Lili Sung, una chica lisiada. Pero ellas echaban a correr, temiendo que fuese un secuestrador, un comerciante de esclavos. Keo buscó en bares y salas de baile. Estudió a los dependientes de las tiendas de ropa Wing On y Sincere.

En *Ciro's* conoció a unos guardaespaldas rusos que se pasaban los días haciendo equilibrios en los estribos de limusinas, con armas colgadas del hombro en bandolera. Se movían por los diversos estratos de la ciudad y conocían a miembros de la Green Gang y la Red Gang, las sociedades del infierno. Tenían siempre un ojo alerta para las mujeres hermosas, pero ninguno había oído hablar de ninguna Sunny Sung de Honolulu.

Keo siguió adelante, recorriendo una ciudad que le daba la impresión de que estaba hundiéndose y cuyo aire le ponía enfermo. Cuando rayaba el alba, después de terminar en *Ciro's*, se apoyaba con arcadas contra las paredes cuando se cruzaba con algún «carro de la miel», como se llamaba a los carros con los que se transportaban los excrementos. La tierra humedecida por la noche se empleaba como estiércol, lo cual convertía la capa fresca en una trampa mortal. Tenía el pecho y la entrepierna en carne viva. Sufría de infecciones oculares causadas por bacterias que flotaban en el aire, por lo que se acostumbró a ponerse una mascarilla, una especie de bozal de gasa con tiras sujetas detrás de las orejas. Las aguas fecales se filtraban a través del suelo, mezclándose con el suministro de agua de la ciudad. Se vio obligado a esterilizarlo todo, incluso las monedas, incluso su trompeta.

La muerte parecía acechar la ciudad. Sífilis, tifus, rabia. Los niños morían como moscas, y cada día se sacaban los cadáveres en camiones. Una noche, uno de los porteros del club se fue a su casa con una chica, ambos borrachos y descalzos, y atravesaron un terreno inundado. Algo penetró las plantas de sus pies y en pocas

semanas fallecieron el uno en los brazos del otro, con las piernas hinchadas como globos llenos de líquido.

No obstante, en medio de la depravación había también una paradójica belleza. Un día Keo tropezó con una prostituta china, una niña de nueve o diez años. Pintada y disfrazada como si fuera mayor, estaba sentada en un muelle, al amanecer, cantando como si se le fuera el alma en la canción. Con la voz frágil de un niño (agotada, atontada, más allá de la conmoción o de los sueños), cantaba y cantaba sin parar. Cantó hasta que el sol salió del todo, hasta que ella se convirtió en un punto tembloroso en el centro del sol, balanceando sus pies por el borde del muelle de forma que la luz incidía en sus zapatillas bordadas.

En aquella ciudad de rascacielos inclinados, al atardecer apareció, como por arte de magia, un jinete a camello con su rebaño. La penumbra hacía que los camellos pareciesen animales acuáticos. Las calles que atravesaban parecieron de repente submarinas, y sus siluetas, antediluvianas. Keo se quedó pensando en la forma en que, tiempo atrás, sus cuellos de saurios podrían haber sobresalido por encima de las olas mientras sus patas se movían a izquierda y derecha como aletas. Ahora el mar había desaparecido para ellos, se habían convertido en corceles, preservando los ritmos de las corrientes oceánicas. Se sentó y por fin se puso a escribirle a su familia.

Un día, en la Ciudad Vieja, en una calle en la que unos escribas redactaban cartas y contratos matrimoniales para analfabetos, siguió a una multitud hasta un puente construido en nueve bloques en zigzag que llevaba a un antiguo edificio situado en un pequeño islote en el corazón de un lago: la Casa de Té Wuxing Ting. Al llegar al séptimo de los bloques del puente, sintió el impulso de levantar la mirada. Delante de él vio a dos mujeres sentadas en el interior del edificio, sus siluetas se dibujaban al otro lado de una ventana. Una de ellas era Sunny. Keo se quedó paralizado, luego gritó su nombre y echó a correr entre la muchedumbre que abarrotaba el desvencijado puente. La gente se reía al verle tropezar y caer, sin dejar de gritar mientras se esforzaba por volver a ponerse en pie. Entre el octavo y el noveno bloque, volvió a mirar. La ventana estaba vacía.

Entró como una exhalación en el edificio, haciendo caer varias bandejas y casi llorando mientras corría de una mesa a otra. Un camarero de avanzada edad se le acercó, hablándole en un inglés dubitativo. Keo lo cogió por los hombros.

—Dos mujeres aquí —dijo, golpeando una mesa—. Hace cinco minutos.

El camarero dijo que sí con la cabeza.

—¿Una hablaba inglés? ¿Muy guapa?

—¡Oh, guapa! —El hombre se tocó la mejilla—. La otra no muy guapa. Pierna mala. —E hizo como si cojease.

—¿Adónde han ido? ¿En qué dirección? —Keo le puso varios billetes en la mano—. Ayúdeme. Por favor.

El camarero se encogió de hombros, giró lentamente en un círculo y señaló tres pequeñas puertas que daban a un porche circular por el que los clientes podían volver hacia el Puente de los Nueve Giros. Había cientos de personas yendo en ambas direcciones. Enloquecido, Keo dio varias vueltas al porche y luego se abrió paso a empujones entre la gente, llamando a Sunny a gritos.

Cruzó el puente en una y otra dirección durante horas, rastreando las calles y callejones cercanos. Cuando se hizo oscuro, un monje con un gancho de hierro en el pecho arrastraba una cadena de tres metros de largo. Detrás de él iba otro golpeando un tambor y haciendo sonar un cimbalillo. Se pararon al lado de aquel hombre de piel oscura desplomado en la calle con la mirada perdida y gesto de desesperación, y le cantaron hasta que Keo les dio dinero para que le dejaran en paz.

Puso anuncios en periódicos que se publicaban en inglés. Esperó en el exterior de las vallas de las fábricas de seda y algodón, examinando los rostros macilentos de mujeres cuyos dedos estaban blancos de hongos. Algunas sostenían pañuelos ensangrentados delante de su boca, una prueba de que estaban enfermas de tuberculosis. Sus hijos cojeaban junto a ellas, arrastrando consigo el fuerte hedor de flores muertas, con las manos desgarradas, los brazos cubiertos de horribles cicatrices, quemados con agua hirviendo como castigo por no trabajar más rápido.

Keo comenzó a rezar. Querido Dios, que esté en un prostíbulo, que no esté en este infierno.

Siguió todos los rastros posibles, fue a cabarets, a las salas de baile, a los burdeles. Fue a fábricas de tijeras, donde se pagaba mejor que en las de seda porque el trabajo era más peligroso. El envenenamiento por plomo provocado por las partículas de metal flotando en el polvo de las máquinas volvía azules las caras y las encías. El cromo abría llagas en los brazos y las piernas. Las trabajadoras se quedaban ciegas. Y, aun así, aceptaban el riesgo, pues los sueldos les permitían comprar pasajes de tercera clase para salir de Shanghái. Había trabajo en los campos de amapolas de Burma, o en las plantaciones de caucho de Sumatra, donde, cuando morían, sus ataúdes permanecían enterrados y no salían flotando hacia el mar.

Cerca del Bund, el paseo marítimo, alguien colocó una bomba en una tienda de comida de perros porque se decía que el dueño era comunista. Las jaulas saltaron por los aires entre aullidos de animales. La gente corrió por las calles llevándose suculentos cachorros y caniches que habían sido engordados con arroz, e incluso galgos que habían sido robados del canódromo. Keo vio a mujeres ancianas y diminutas, trabajadoras de las fábricas cuyo rostro se había teñido de azul, saltando sobre galgos aterrorizados para intentar tumbarlos. Él se quedó muy quieto, recordando a su amigo Ugh en el barco a Nueva Orleans. Le había dicho que lo había visto en una visión: «... en una ciudad en la que había mujeres con pezuñas de cerdo y la cara azul que montaban a lomos de galgos...». Recordó también el resto de la

profecía de Ugh: «... Un día tocarás y producirás el sonido de los diamantes. Pero pagarás por ello. Habrá dolor...»

Ya era noviembre. El ejército japonés rodeaba Shanghái. Aunque la Colonia Internacional seguía bajo jurisdicción extranjera, los soldados continuaban erigiendo vallas de alambre de espino y puestos de control. Entre los bloques de viviendas quemados y los edificios derrumbados, los rascacielos resplandecían como espejismos, y en el río Yangtsé el comercio y los negocios menguaban a medida que los occidentales iban siendo evacuados.

Una noche, Keo ocupó el puesto vacante dejado por otro trompeta en el café del ático de un gran hotel. Los miembros de la banda llevaban esmoquin y, entre una actuación y otra, apostaban a la ruleta. La clientela se relajaba con pink gins y brandy mientras contemplaba el «espectáculo nocturno»: proyectiles lanzados por el ejército japonés cruzando el cielo y cayendo sobre las tropas chinas. El zumbido de un bombardero llegaba desde el río, virando lentamente hacia el hotel. La gente lo señaló con aire despreocupado, dándose cuenta de que el avión chino parecía haber equivocado el rumbo.

—¡Huevo volador! ¡Miren!

Keo apartó la trompeta de sus labios y miró hacia arriba justo a tiempo para ver la bomba cayendo como fruta madura. Lo único que podría recordar sería la imagen congelada de los clientes, los músicos y las parejas bailando en la pista. Después algo húmedo, un brazo humano, le impactó en el rostro. Trozos de cemento por los aires, humo negro, el edificio estremeciéndose y partiéndose por la mitad longitudinalmente. Mientras se arrastraban escaleras abajo por ocho tramos de peldaños, los camareros y los clientes heridos veían a gente mirando horrorizada desde la mitad intacta del edificio. Las oficinas, los apartamentos y las tiendas seguían intactas, solo faltaba la pared. Un barbero contemplaba a su cliente enjabonado, con un trozo de metal clavado en la cabeza. Y junto al cliente muerto, una chica en estado de shock continuaba haciéndole la manicura.

Ya en la calle, Keo tosió para quitarse de la boca la sangre de otro. A su chaqueta se habían adherido cosas irreconocibles que se deslizaban por las rayas de la tela. Se sentó en la acera y contempló el ajetreo de los camiones de bomberos, las ambulancias y la muchedumbre sollozante. Los sanitarios ya se afanaban en limpiar las calles, apartando cadáveres y llevándolos hacia los callejones. Los conductores de *rickshaws* se agachaban en silencio y recogían joyas, zapatos y prendas de ropa.

Oyó ruido de cascos y vio caballos huyendo al galope de establos ardiendo, dirigiéndose hacia las afueras. Había quienes corrían a su lado e intentaban arrancarles trozos de carne del costado. En los suburbios seguramente habría tiroteos entre gánsteres por ver quién se los comía.

Keo se llevó la mano al bolsillo al notar algo afilado en su interior. Sacó trozos de

costillas y un órgano envuelto en una capa de grasa. Lo miró fijamente, e imaginó que siguiera latiendo.

«... Llevarás puesto un esmoquin y jugarás a la ruleta, y acariciarás con tu mano el corazón roto de un extraño.» ¿Dónde había oído aquello? ¿Quién lo había dicho? Arrojó lejos aquel corazón humano y gritó, balanceándose hacia delante y hacia atrás como un demente.

Despertó en mitad de una arenga. Una anciana china que tenía los brazos ensortijados de jade estaba riñendo a un diminuto elefante blanco. Sintiéndose insultada, la pequeña criatura yacía tumbada y lloraba.

—¡Petulante! No le da la gana de hacer su truco... —Su voz era como la de un pájaro chino hablando un inglés con pinceladas de francés.

Keo estaba tirado en un diván al fondo de lo que parecía una sala de baile. En la pista había dos chicas vestidas con *cheongsams* abiertos hasta los muslos que bailaban un foxtrot. Sonaba el «Night and Day» de Tommy Dorsey. Las dos se movían juntas como si fueran amantes, de manera lasciva y pícara.

La vieja tranquilizó a su mascota albina y se giró hacia Keo.

—Mi hijo ha ido a traerte caldo de rruiseñor. Sufres un shock. Te trajeron de la calle unas monjas. —Luego bajó la voz y habló con tono conspiratorio—: Viven aquí al lado, y atienden a niños sifilíticos. Y también sacaban a escondidas a vírgenes de la ciudad, ocultas en ataúdes. ¡Inteligente!, ¿verdad?

Keo se dio cuenta de que lo habían bañado y lo habían envuelto en mantas como a un niño. Se imaginó a sí mismo salvado por ángeles con tocas. Cuando volvió a despertarse, Ugh sostenía un cuenco humeante delante de su cara.

—Así que por fin has llegado, *mon ami*.

—¡Ugh! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Shanghái es mi hogar. ¿En qué otro lugar podría encajar un enano *kānaka-pākē*, aparte de en Sodoma? —Hizo una seña hacia la anciana—. *Ma mère*. Es la propietaria de esta sala de baile, y de muchos prostíbulos. Embarco cuando me agota, porque es tan negociante como un faraón.

Le metió una cucharada de caldo en la boca. Sabía a gardenias, a flores y a cloaca, y le hizo sentirse extrañamente lánguido.

—Sí. La tristeza del rruiseñor queda disuelta en su caldo. Genera viejos recuerdos y te hace olvidar el presente terrible. Los edificios se parten como hogazas de pan, los cuerpos como higos reventados. Cuéntame, ¿has encontrado a tu chica?

Keo jadeó, y luego recordó que Ugh poseía un don, que era vidente. Le cogió del brazo.

—¡La vi! ¿Era Sunny? ¿Sigue aún en Shanghái?

Ugh cerró los ojos.

—Tal vez.

—Ugh. Por favor, ayúdame a encontrarla.

Ugh se concentró con esfuerzo. Cuando abrió de nuevo los ojos, estaban impregnados de tristeza.

—La vida la encontrará.

Keo se echó hacia atrás, derrotado.

—He visto tantas cosas desde que nos vimos por primera vez. Todavía no sé nada. Todos los días pienso: ¿giro aquí a la izquierda? ¿A la derecha? ¿Cómo sé qué es lo mejor?

Ugh se rio con suavidad.

—¿No lo has aprendido? La sabiduría no es necesaria. Puedes ser un cretino y aun así salir adelante.

—Pero tú eres sabio. Ves el futuro.

—Las heridas del mañana supurando a mi lado... No es algo que me haga feliz.

Keo lo miró fijamente, como si lo viera por primera vez.

—¿Qué te haría feliz, amigo mío?

—Estar al mismo nivel que el mundo. Hacer que la gente tuviese que levantar la vista para mirarme. —Se golpeó su pequeño pecho—. Me gustaría ser juez. ¡Oh, sí! Provocar ansiedad con un martillo de juez. —Luego miró a Keo, con expresión de nuevo seria—. En cuanto a ti, no esperes volver con vida de aquello a lo que le has entregado tu alma. La felicidad solo saldrá de tu trompeta.

Keo se incorporó lentamente.

—¿Y qué pasa con Sunny?

Las palabras de Ugh resultaron hirientes:

—Tu trompeta la estaba comiendo viva. Pero las mujeres son guerreras, sobreviven. Formará parte de tu vida. Se reunirá contigo. A su tiempo.

Hizo un gesto para señalar a unos críos que trabajaban formando un círculo, bordando ropa interior de seda.

—Otro negocio de *ma mère*. Qué salvaje. Su avaricia es mi penitencia. Ahora, duerme. Cuando despiertes, los chicos te llevarán a casa.

Los párpados de Keo se cerraron empujados por el peso de los ruiseñores.

—Ugh... no te vayas...

Ugh sonrió.

—Eres tú el que viene y va. Eres tú el buscador. —Se volvió hacia un gramófono y colocó la aguja sobre un disco—. «Toccata y Fuga». Bach es excelente para bordar. Los niños costureros dicen que hace que la seda se estremezca, anhelando nuevos capullos. Ahora, te hablaré para que sueñes. Veamos... ¿te hablo del hombre del *rickshaw*?

El tono de su voz se volvió tierno:

... ¿Por qué lo llaman «culi»? Un nombre tan vil cuando, en realidad, el hombre del *rickshaw* es una leyenda, una frágil maravilla. Vino a China desde Japón, introducido por... sí, por los ingleses. Es el único contacto que la mayoría de blancos tienen con la pobreza de Shanghái. ¿Sabías que cada día y cada noche hay ochenta mil *rickshaws* atravesando las calles de esta ciudad? El conductor del *rickshaw* conoce cada calle al detalle. ¿Y por qué? La calle es su hogar, su cuna, su colchón, su tumba...

Los disturbios, los festivales con cientos de banderas, las bodas, los asesinatos, ese es el teatro diario en el que se mueve el conductor de un *rickshaw*. La vida no tiene límites en lo que se refiere al horror. ¡Y, oh, la comida! Esa es su felicidad. Algunos días cuenta sus granos de arroz, pasando de puntillas por la cúspide de la inanición. Originalmente era granjero, ¿lo sabías? Los señores de la guerra lo sacaron de sus tierras. Vienen a miles a la ciudad, como hormigas. Sin esposas, sin hijos, como si tales cosas fuesen lujos. Duerme en el barro o sobre un montón de paja, espalda contra espalda con otros, en cobertizos para ganado propiedad de los dueños de los *rickshaws*.

¿Le has visto beber del riachuelo que atraviesa la ciudad? En Yao Shui Lane hay cuatro mil de ellos, sin velas, sin luz alguna, sin más agua que la de ese sucio riachuelo. Que también es su letrina. Cada día el conductor del *rickshaw* muere varias veces, en inundaciones, incendios, epidemias. Piensan de él que se ríe en los inviernos, porque a menudo lo encuentran congelado con una sonrisa. ¡Qué nombres más extraños le ponemos al dolor...!

Al conductor del *rickshaw* le encantan la primavera y el verano. ¡Calor! ¡Humedad! En medio de la basura, de la suciedad y de las moscas, encuentra a una mujer. Ve a su bebé gateando. Esa es su felicidad. La luz del sol. Un poco de arroz. Su familia a su alrededor, apiñados en la calle. 'Auwē! De vez en cuando se hincha a comer hasta reventar. Su estómago encogido no está preparado para comidas abundantes (alubias, *noodles*, arroz pastoso).

¿Sabes? Al conductor de un *rickshaw* le cuesta un dólar americano al día tirar del carrito. Oh, no, no es su dueño. Comparte el *rickshaw* con otro hombre, en turnos de doce horas en las que trabajan hasta caer rendidos. ¿Has visto cómo corre y corre sin parar? Detenerse es arriesgarse a que le roben y le golpeen. La mayoría de los días, después de pagarle al dueño su tarifa diaria, no le queda suficiente dinero para comer. Se toma un cuenco de agua sucia, come tierra y sueña que es un bol de arroz. A veces engaña a sus clientes, les roba. Acecha a los blancos borrachos que salen de los *nightclubs*. Los tira al suelo para quitarles el dinero, les roba la ropa y los deja desnudos en la calle. A veces se queda quieto

junto a ellos, oliendo la pomada con la que se han acicalado el cabello, su colonia de lima, olfatea su piel. A veces les arranca los dedos, o las orejas. ¿Puedes entenderlo? ¿Conoces los abismos del hambre?

El conductor del *rickshaw* es como una mariposa nocturna, una sombra. A la luz del sol mengua y mengua. Su carne es tan fina que el sol le quema las costillas. Sus pulmones están tan débiles que solo puede correr dos días de cada tres. ¿No te maravilla cómo es capaz de dormir tantas horas en canalones de desagüe, en las aceras o incluso de pie? ¿Entiendes que sea posible morir de pie? Conocí a un conductor de *rickshaw*, un hombre que poseía una gran imaginación. Vendió a su hija por una tetera. Se le reventó el corazón ante el gozo de beber. Imagina. Dijeron que sonreía estando muerto. Y no era una sonrisa de congelación, porque era verano. Sonreía porque era feliz. Nunca había probado el té de jazmín. ¡La maravilla! El conductor del *rickshaw*, padre de *ma mère*...

Ugh tenía las mejillas húmedas. Suspiró y tocó la cabeza de Keo, que dormía.

—Así que ese es mi lado chino, mi lado *pākē*, mon ami. Un día te contaré cómo la hija del conductor del *rickshaw* abandonó al hombre del té de jazmín y navegó hasta Honolulu, convertida en una novia concertada por correo. Y cómo, en lugar de cumplir el compromiso contraído, se casó con un hawaiano que le enseñó lo que era el amor. Y la desesperación. Ahora, duerme... Cuando despiertes, los niños costureros te limpiarán los oídos, te arreglarán las uñas y te llevarán de vuelta al Hotel Jo-Jo.

HULI PAU

Buscar por todas partes

Otro bombardeo accidental. Los cuerpos colgaban de los edificios como harapos. Rebuscó el rostro de Sunny entre las ruinas. Buscó en los muelles, entre las multitudes que se iban, con la esperanza de que ella y Lili hubieran conseguido pasajes para ir a Hong Kong, a Manila o a cualquier parte.

A veces se dejaba arrastrar por la vida de la ciudad. Las embajadas mantenían lo que parecía una competición semanal: los británicos mostraban programas de noticias sobre las victorias de los Aliados en Europa, y los clubes del Eje mostraban el devastador avance de Hitler. El público aplaudía y luego se abalanzaba a la calle y se enfrentaba a sus enemigos. Keo arrastró a un alemán beligerante a un callejón y le golpeó en la cara. Pensó en Etienne Brême y siguió golpeándole.

A veces, cansado de buscar, se sentaba con un viejo sabio chino cerca del Hotel Jo-Jo mientras el hombre ventilaba sus textos budistas a la luz del sol. Agitaba con una mano las páginas húmedas y con la otra se metía peces plateados en la boca, lo que provocaba que sus dientes estuvieran grises y cubiertos de trocitos. Era un hombre frágil y elegante, vestido con una túnica tosca y pantuflas puntiagudas, sus movimientos eran doctos y relajados. Un día se volvió hacia Keo y le habló en un inglés casi perfecto:

—Tú espera. Los chinos tienen la fuerza de cuatrocientos millones. Nuestra fuerza es la fuerza de las hormigas. Nosotros no ganamos batallas. Pero siempre absorbemos a quienes nos conquistan.

Keo pensó que no solo eran los japoneses, sino todas las naciones del mundo las que habían convergido en Shanghái y se habían enriquecido con sus sedas, su opio y su té, convirtiendo a sus niños en esclavos. Ahora el río Yangtsé estaba cerrado y el comercio con China estaba agonizando. Reflexionó sobre el destino de los cuatro millones de habitantes de Shanghái cuando el resto del mundo hubiera abandonado la ciudad.

—Sí. Japón nos invadirá —dijo el sabio—. Pero nosotros los convertiremos en chinos. Danos quinientos años. Tú espera.

Keo sospechó que el anciano tenía razón. Los occidentales pensaban en días y en meses, los chinos lo hacían en generaciones.

Ahora, con la inminencia de la guerra, los clubes y los cabarets prosperaban tal y como había ocurrido en París. Llegaron nazis, fascistas italianos y oficiales del gobierno de Vichy y se alinearon con Japón, su socio del Eje. Entre ellos, como siempre, había fanáticos del jazz. Una vez más, Keo tocó su trompeta con una energía

nacida del odio puro. Se quedó allí porque alguien a quien amaba estaba allí, y tocó porque esa era su vida y, si no tocaba, su vida no tenía sentido. Daba la impresión de que cada uno de los músicos que había en Shanghái tenía sus propias razones para permanecer allí.

—¿A qué otro lugar puedo ir? —dijo el saxo japonés—. En Japón han cerrado todas las salas de baile. En cualquier otra parte de Asia me matarían, después de lo que ha hecho el ejército de mi país.

Un día el percusionista se marchó a Manila y fue sustituido por un judío polaco de Varsovia. El bajo, también polaco, fue sustituido por un austríaco, del que se decía que era un espía del Eje. Cuando alguien le rebanó el cuello en la callejuela detrás de *Ciro's*, su puesto lo ocupó un negro sudafricano que había huido de Pekín por comunista. La renovación de los miembros de la banda mantenía a la audiencia intrigada.

De repente los instrumentos musicales se convirtieron en *bo gum*, «valioso oro». Los saxos y las trompetas desaparecían, confiscadas por los japoneses, que los enviaban a Japón como metal para construir bombas. La trompeta solo se salvaba si su propietario era excelente. Los músicos que no tenían trabajo enterraban sus instrumentos entre las tumbas. Keo nunca se separaba de su trompeta. Dormía con ella y la llevaba por la calle como si se tratase de una mascota.

Algunas noches, antes de actuar, se dirigía a la Casa de Té en el corazón del lago, por el Puente de los Nueve Giros. Iba allí semana tras semana, buscando aquella cara en la ventana, a pesar de que el anciano camarero le decía que ella no había vuelto a ir nunca más. Keo recorría las calles y las tiendas, y rezaba.

Un día, un Mercedes decorado con esvásticas giró una esquina demasiado rápido y atropelló a un niño. El chófer bajó de un salto, azotó al niño, que había quedado inconsciente, con una fusta, y luego prosiguió su camino hasta la entrada de *Ciro's*. El hombre que salió del coche le resultó a Keo extrañamente familiar. Durante la segunda actuación de la noche, reconoció su colonia. Era el oficial alemán que le había limpiado la cara con un pañuelo de lino en París. Al darse cuenta, bajó la trompeta y abandonó el escenario. Los demás le siguieron hasta el callejón.

—Gestapo —dijo el percusionista—. Mientras aplauda, estaremos a salvo.

Keo lo miró fijamente.

—¿Tú, que eres judío, vas a tocar para ese bastardo?

—La mitad del público es nazi —se rio el tipo—. Tocas para ellos todas las noches.

El bajo asintió.

—Y la otra mitad son simpatizantes, además de unos cuantos espías británicos. Si no les gustase el jazz, estaríamos tocando en la prisión de Pootung, para leprosos y sifilíticos.

Keo dio una calada con saña de su cigarrillo.

—Tenía amigos que fueron asesinados en París. Y estuve a punto de perder las pelotas por el bastón de mando de uno de las SS.

El líder de la banda le cogió del brazo.

—Olvídate de los nazis, del Eje y de los Aliados. Nuestro objetivo solo es permanecer con vida. Por favor. Están esperando.

Los públicos comenzaron a parecerse y a sonar de forma parecida, los alemanes, los americanos, los británicos, e incluso los oficiales japoneses. Todos tenían un código formal de conducta, un modo notorio de inclinarse hacia delante y escuchar. Sus miradas eran como cuchillos que se arrojaban unos a otros. Pero ofrecían una tregua cuya única condición era el jazz. Keo empezó a moverse por un mundo repetido en el que todo era ya conocido y predecible. Ciertas noches sabía cómo vestiría el público, cómo olería y qué canciones pediría. Después de un tiempo consiguió dejar a la audiencia atrás, y también a la ciudad entera, y tocar su trompeta para sí mismo, imaginando que una noche Sunny la escucharía y el sonido la llevaría hasta él.

Tan ensimismado de nuevo en su música, a veces Keo perdía toda conciencia del lugar en el que se encontraba. Mientras caminaba de vuelta a casa justo antes del amanecer, sin más luz que la de los oscilantes focos de los *rickshaws*, sentía bajo sus pies los pavimentos de Montmartre. Otras noches se imaginaba el Sena fluyendo a su lado como anguilas retozando. Veía a parejas de aspecto impecable en *bals musettes*, sumergidos en los ritmos titubeantes y deslizantes del tango. Oía la sal de las redes de pesca del estudio de Brême, y oía el sobrecogedor temblor del saxo de Dew.

Otras veces oía guitarras, violines, y a gitanos romaníes celebrando la vida y bailando en los prados verdes. ¡Alegría! Hombres de valor feroz, mujeres de fuego, gente que vivía con una dirección divina, amando cosas profundas que carecían de una forma definitiva. Veía sus caravanas ardiendo y la pintura de sus carromatos formando burbujas al quemarse. Oyó las ametralladoras y vio a niños saltando por los aires como faisanes.

Una noche, regresando de madrugada de *Ciro's*, encontró al propietario del Hotel Jo-Jo esperándole, con aspecto aprensivo.

—Lleva toda la noche esperándote en tu habitación...

Estaba dormida en su cama, con la sábana cubriéndole los muslos a media altura. Las sombras dibujaban garabatos sobre sus hombros. Keo se abalanzó sobre ella y hundió su cabeza entre sus pechos. Ella se despertó y lo rodeó con sus brazos.

—¡Perdóname! —susurró—. No sabía...

Keo se arrastró sobre la cama y la abrazó. Sus cuerpos temblaban y ambos

lloraban como niños pequeños. Cuando por fin se calmaron, encendió una lámpara para poder verla.

—Cuando te fuiste, mi vida se acabó. Lo juro, ¡se acabó! Llevo meses buscándote por las calles de esta ciudad.

Tenía los ojos subrayados de oscuras ojeras, la angustia resultaba visible en su hermoso rostro. Miedo y desesperanza, y algo más.

—Sunny. Estás tan delgada...

—La suciedad —susurró ella—. Mata el apetito.

—Deberías haber esperado. Deberías haberme dejado venir contigo.

Entonces recordó que había esperado. En París le había suplicado durante semanas.

Sunny se incorporó con aire cansado.

—Keo, he encontrado a Lili. La he encontrado, pero no puedo sacarla de aquí. Estados Unidos no me deja llevarla a casa conmigo. —Lo abrazó con fuerza, adhiriéndose a él—. Ayúdanos. Ayúdanos, por favor. No puedo irme sin ella.

—He estado en la embajada —dijo Keo—. La consideran japonesa. Y los japoneses tienen prohibido entrar en Estados Unidos o en cualquiera de sus territorios. Es inútil. Un día de estos, pronto, evacuarán a los americanos. Tienes que venirte conmigo. Después intentaremos sacarla a ella.

—No puedo. No puedo abandonarla. —Sunny comenzó a llorar otra vez—. No soy mi padre.

Al abrazarla, Keo notó sus huesos, la blandura de su cuerpo había desaparecido. Todo en ella parecía ángulos. Incluso sus pechos, bajo su sostén, parecían hundidos, como si aquella ciudad, tan encubiertamente cruel, la hubiera aplastado hasta reducirla a una sola dimensión.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Cómo estás viviendo?

Al principio no pudo contestar. Se envolvió con sus propios brazos, temblando de emoción. Finalmente, sus ojos encontraron los de él.

—Perdóname. No lo sabía. Nunca te habría abandonado si hubiera sabido...

Keo sintió frío, notó que la tensión que lo embargaba aumentaba.

—¿Sabido qué? ¿Qué es?

En el silencio se oyó el zumbido de los mosquitos en su búsqueda de sangre. El ventilador del techo se estremecía como herido.

—Me llevó siete semanas llegar a Shanghái. Estuve enferma, día y noche. El doctor de a bordo me examinó. —Hundió el rostro entre las manos—. Estaba... llevaba a nuestra hija...

Keo se quedó completamente inmóvil.

—... estaba embarazada de casi tres meses cuando te abandoné. ¡No lo sabía! Nació aquí, en agosto. Es pequeñísima y frágil, pero está viva.

—¿Dónde está? —Keo la sacudió por los hombros—. Dios mío, morirá en este estercolero. ¿Dónde...? —Aquello era demasiado. Empezó otra vez a llorar.

—Está con Lili y su tía, cerca del Puente de los Nueve Giros. No podía traerla conmigo, el aire está impregnado de bacterias. Quería decírtelo primero. Keo, tienes que llevarte a nuestra hija a casa, ponerla a salvo en Honolulu. Yo iré después, con Lili.

Keo la sacudió de nuevo, violentamente.

—¿Después? ¡Después de qué!

No la escuchaba. No podía escuchar. No podía creer que estuvieran viviendo vidas que ya estaban tan agotadas. Cuando se tranquilizó, Sunny volvió a rodearlo con sus brazos.

—Di a luz a nuestra hija un amanecer, con Lili y una comadrona. Lili la sacó de entre mis piernas. Le traje vida a mi pobre hermana, cuya única vida han sido las fábricas. —Sonrió, dándole esperanza y claridad a Keo—. Se parece a ti. Sus ojos, su boquita perfecta. La he llamado... Anahola. El Tiempo en un recipiente de cristal. Me acordaba de tus manos haciendo girar las horas mientras practicabas con tu trompeta.

—Oh, Sunny —dijo Keo, hundiendo la cabeza en el pecho de ella—. Llévame a verla. Ahora somos una familia. Debemos irnos a casa.

De nuevo recibió como respuesta su vieja intransigencia. La parte de ella que no cedería.

—Quiero ir a casa. Estar contigo. Vivir mucho, días y años de tranquilidad. Ya he tenido demasiado del mundo. Pero no puedo abandonar a mi hermana. Por favor. Ayúdame a sacarla.

Keo la abrazó con fuerza, maquinando planes imposibles.

—Un tipo que trabaja en Ciro's conoce a alguien que hace pasaportes. Harán uno para Lili. Conozco a un británico que se acuesta con una mujer que trabaja en nuestra embajada. Quizás ella nos ayude...

Cuando amaneció, seguían susurrando, haciendo planes, preguntándose cómo podían salvar la vida, cómo podrían recuperar el control sobre sus propias vidas. Hicieron el amor con frenesí y desesperación; parecía que incluso sus cuerpos estaban más allá de su control. Mientras Sunny dormitaba, Keo trató de absorber todo lo que ella le había contado, aceptar el hecho de que ella estaba allí a su lado, de que no era un sueño... un sueño...

Cuando despertó a mediodía ella se había ido. Corrió por los pasillos, solo para encontrar su propio rostro devolviéndole los gritos desde los espejos. Sus nervios se desintegraban en sal.

El dueño del hotel trató de consolarlo.

—Volverá. Dijo que iba a traerte a la niña. Amigo mío, sea lo que sea lo que estás

planeando, hazlo rápido. Todos los que pueden permitirse salir de la ciudad se están marchando.

Durante tres días y tres noches, Keo permaneció sentado en su habitación, esperando. Notaba el paso de cada hora a través de la piel. Tal vez Sunny tuviese miedo de que si volvía al Hotel Jo-Jo, él la obligaría a subir a un barco con la niña. O quizá su hermana se hubiese negado a darle el bebé, temiendo que Sunny la abandonase. O puede que la niña hubiese muerto. ¿Había una niña? Al cuarto día había enloquecido y corría por las calles como un demente. La buscó y buscó por el Puente de los Nueve Giros, y después se sentó balbuceando en un callejón, contándoles a los mendigos cómo la había perdido. La había dejado ir otra vez.

Después de una semana, regresó a Ciro's. Pero cada momento que tenía libre volvía a buscarla, y cada una de esas búsquedas en vano se convertía en un horror. Ahora había un bebé, y no dar con ella significaba su muerte. Vivía acompañado por el estruendo de los latidos de su corazón, observando a hombres y mujeres desnudos de cintura para abajo y en cuclillas en las orillas de los riachuelos, arrojando sus excrementos a las aguas. Aguas que bañaban a su hija. Rezó, regateó con Dios. Se lo daría todo, su trompeta, su vida, a cambio de que salvase a Sunny y a su bebé.

KŪĀ‘INO

Pasar de la Bondad a la Maldad

Una mañana, un lunes, su cama se vino abajo y las paredes se le cayeron encima. Cogió su trompeta, se cubrió la cara y salió tambaleándose a la calle. Los tanques avanzaban a su antojo, chafando todo lo que les salía al paso. Keo se apartó de un salto, contemplando batallones de soldados japoneses corriendo en formación con las bayonetas caladas. Una motocicleta frenó delante de él y un joven oficial japonés bajó del sidecar.

—Tú, dirígete al puesto de control para que te entreguen un brazalete rojo.

Keo se quedó inmóvil, atontado.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

El japonés le abofeteó con fuerza.

—Si no obedeces, te mato. Tus pensamientos y los míos son ahora enemigos.

Keo sacó su documentación y avanzó con esfuerzo entre los escombros hacia *Ciro's*, donde los guardias de seguridad tenían una radio de corto alcance. Se había reunido allí una multitud para escuchar las noticias, y Keo vio con incredulidad cómo la gente se atacaba entre sí. Luego lo comprendió: la gente devolvía los golpes a sus opresores.

Una criada china extendió el brazo y le soltó una bofetada a una *au pair* rusa. A su vez, los rusos parecían estar atacando a los franceses. Una prostituta golpeó el pecho de un policía sij que llevaba un turbante rojo. El sij se la quitó de en medio y a continuación golpeó a un inglés vestido con pantalones bombachos que no paraba de gritar. El inglés emitió un jadeo de protesta y luego abofeteó a su esposa, que sollozaba. Había madres que pegaban a sus hijos. Conductores de *rickshaws* que sacaban a la fuerza a chóferes uniformados de Buicks y Bentleys y les atizaban en la cabeza con barras de hierro. Una anciana con las cuencas de los ojos vacías estaba sentada entre la inmundicia rompiéndole el cuello a un pollo.

En medio de aquella locura, Keo oyó ruido de estática y voces que iban y venían brotando de la radio: «... PEARL HARBOR... PEARL HARBOR...»

Echó a correr hacia la Ciudad Vieja, donde vivía Sunny, pero la muchedumbre se lo impidió, arrastrándole hacia el Bund, el paseo marítimo de Shanghái, donde estaban anclados los barcos de guerra británicos y americanos. A su alrededor se producían enormes explosiones. Un edificio se vino abajo. Oleadas y más oleadas de gente, a miles, personas que corrían sin saber hacia dónde.

En el puerto, oficiales de la Armada japonesa estaban en posición de firmes en la cubierta de sus barcos, rodeando lo que quedaba de los navíos enemigos. Las

banderas del Sol Naciente reemplazaban ahora a las de los Aliados. Keo señaló con un gesto de impotencia a unos marineros que se agitaban en el agua envueltos en llamas. Un inglés vestido con un traje a medida gritó al ver a los hombres ardiendo y luego se giró hacia un soldado japonés y lo insultó. El soldado le atravesó el cuello con su bayoneta.

Los vio adueñándose de la ciudad, calle a calle, desfilando en interminables columnas de tropas y carros ligeros, con el mismo paso marcial que ya había presenciado en Francia. Y entre una columna y otra se deslizaban torrentes de personas, blancas y orientales, que corrían frenéticamente hacia el Bund en busca de un lugar seguro.

Fue entonces, en la apresurada carrera de miles de cuerpos que tropezaban unos con otros, cuando la vio. Llevaba a un bebé en sus brazos y tiraba de una chica que cojeaba. La llamó a gritos. Se encaramó a hombros de desconocidos y repitió los gritos. Una y otra vez. Sunny se volvió y levantó la mirada, sin dar crédito. Keo recordaría siempre aquel instante, una inhalación, como una gran toma de aire antes de sumergirse. Ella lo miró con un resplandor de ternura en los ojos. Extendió los brazos con el bebé y gritó su nombre. Los hombros sobre los que se sostenía Keo cedieron y cayó al suelo.

Despertó en un pabellón tan atestado de gente que había personas que morían en cuclillas en los rincones. Le dolía la cabeza terriblemente y veía con dificultad, pero un día se acercó cojeando hasta una ventana. Shanghái era ahora una zona de combate bajo dominio japonés. Tropas, tanques, puestos de vigilancia controlados por soldados con metralletas. Acribillaban los *rickshaws* y reventaban a los culis como si fueran sacos de polvo. En el puerto se alzaban lúgubres nubes de humo negro, entre barcos medio hundidos y sampanes. El muelle estaba cubierto de cadáveres destrozados.

Un doctor suizo, encorvado como un pájaro cansado, le dijo que Estados Unidos se había declarado en guerra.

—Alégrate, en pocas semanas estarás camino de casa en un barco de repatriados.

Los enjambres de mosquitos contagiaban enfermedades. Keo sufría de fiebres intermitentes. Un día despertó al percibir olor a mandarinas.

—Hawaiano. Esto se está convirtiendo en una costumbre.

—Ugh. La encontré. Y luego la perdí, y también a nuestra hija.

—Este no es lugar para un bebé. —Ugh compartió con él varios gajos de la mandarina—. En las calles están comiéndose la herrumbre de las carretillas. La situación se está poniendo muy mal.

La dulzura de la fruta hizo que le dolieran las mejillas y que su lengua se

estremeciese.

—¿Cómo me has encontrado?

—No seas sentimental —suspiró Ugh—. Necesitabas ser encontrado. Esta es la noticia: te quieren en el Club Argentina, ese garito fascista que está al lado del de *ma mère*.

—¿Quiénes me quieren?

—Los de siempre. El Eje. Los espías. *Ciro's* está *kaput*.

—No puedo tocar. Tengo que encontrarla...

—Debes tocar. Si no lo haces, terminarás en un campo de prisioneros. O peor. — Ugh se inclinó sobre él—. La semana pasada murieron nueve personas mientras las operaban. Los médicos reciben órdenes de la Gestapo. ¿Quieres desaparecer?

Keo se incorporó, súbitamente alarmado.

—Necesito saber qué le ha ocurrido a mi familia. Viven cerca de Pearl Harbor.

Ugh se le acercó aún más.

—Tenemos una radio en el aseo de *ma mère*. Ha habido pocas víctimas en Honolulu fuera de la base de Pearl Harbor. Los japoneses no tenían como objetivo a los civiles. —Le cogió del brazo con una fuerza sorprendente—. Ven. Cada día que estés en este sumidero estás cortejando a la muerte.

Bajaron varios tramos de escaleras hasta que dieron con una salida. En la calle, unos soldados con las bayonetas caladas obligaban a seis chicas jóvenes a subir a un camión.

—¿Adónde las llevan? —preguntó Keo.

—A prisiones —respondió Ugh, negando con la cabeza—. Para complacer a los soldados.

Mientras tocaba en el Club Argentina llevaba puesto un brazalete con una «A» de americano. El percusionista judío llevaba una «J» de judío. Los espías británicos que había entre el público y que fingían ser holandeses, llevaban una «H». La ciudad estaba ahora cubierta de banderas del Sol Naciente y esvásticas. Como cada día más y más ciudadanos de los países Aliados eran arrestados y trasladados en camiones a campos de prisioneros situados en las afueras, Keo comprendió que su libertad dependía de lo bien que tocase su trompeta. Y que localizase a Sunny dependía de que dispusiera de esa libertad. La vida continuaba adelante, no como antes, sino como una parodia de lo que había sido.

La banda se alojaba en Hunan Mansions, cerca del club, un hotel gris lleno de traficantes de armas, comerciantes del mercado negro y agentes de información. Las semanas se transformaban en meses mientras, día a día, Keo recorría las calles buscando, y cada noche se sentaba en el escenario fingiendo indiferencia. En París,

Sunny le había acusado de no pensar y no observar lo que sucedía a su alrededor. Le había dicho que lo único que hacía era tocar su trompeta. Pero ahora el momento era diferente, y también el lugar. Veía la brutalidad sin sentido de los japoneses, y de los nazis, que se hacían pasar por aliados de Japón mientras al mismo tiempo los tachaban de ser «pequeños monos amarillos».

Observaba sus cabezas acicaladas, su meticuloso vestuario, su pose rotundamente correcta. Incluso los coches de los que se bajaban eran vehículos oscuros y engalanados. Al recordar a Brême y a tres mujeres de la Resistencia que habían sido colgadas públicamente, Keo se estremecía de rabia. Estudió su reflejo en un espejo y vio que ya no reconocía la expresión de su cara.

Permanecía noche tras noche tumbado, incapaz de dormir, consciente de que no era la pena lo que mataba a un hombre, sino la impotencia. Pensó en su bebé, anhelando tenerla en sus brazos, deseando a Sunny con tal intensidad que no podía pensar siquiera en tocar a otras mujeres, no podía soportar pensarlo. Ni siquiera podía miraras. Las prostitutas se balanceaban con elegancia ante él, con sus vestidos ceñidos a los muslos. Las concubinas de clase alta lo miraban desde sus asientos de manos, frunciendo sus labios húmedos. Y putas llegadas de Rusia, envueltas en pieles de zorro plateado, le guiñaban un ojo mientras bailaban con los alemanes. Keo apartaba la mirada.

Comenzó a olvidar los detalles de la vida. Se olvidaba de ciertos rituales, se bañaba y afeitaba esporádicamente, dejó de cuidarse el pelo, de modo que se le rizó demasiado y le creció exageradamente. Había sido a través de Sunny como había llegado a amar su propia piel y su propio cuerpo compacto. Al amarle, ella había alabado su oscura elegancia. Ahora comprendía que la belleza existe solo cuando uno existe en los ojos de otro, cómo es en la existencia de otro ser humano donde hallamos nuestra propia dignidad humana.

Una noche le acechó el alemán, el nazi perfumado con colonia y con pañuelos de tela. Era pálido, delgado como un galgo, vestido con un traje impecable. Cada vez que Keo hacía sonar una nueva nota, se revolvía en su asiento y aplaudía enfervorizado.

El bajo le susurró:

—Ha puesto sus ojos en ti.

El nazi siguió a Keo por la calle con su Mercedes oscuro ronroneando. El vehículo se detuvo a su lado y la puerta trasera se abrió.

—Hawaiano. —Su voz era suave, pero con un cierto tono agrio.

Keo subió con naturalidad. Permanecieron en silencio mientras el conductor maniobraba lentamente a través de los puestos de control y las calles bombardeadas. El hombre ladró una orden a través del tubo acústico y el conductor paró el coche y se apeó junto a un parque, dejándolos a solas. Keo sintió que una mano se deslizaba

por su hombro. Unos labios rozaron sus labios y dejaron en ellos el sabor a *schnapps*. La otra mano se internó por su entrepierna, le bajó la bragueta y agarró su pene. El alemán gemía y se retorció. Con un veloz movimiento, Keo lo sacó del coche y lo empotró contra la puerta. Le aplastó la tráquea con el puño y acercó su cara a la de él hasta casi tocarse.

—Vosotros los nazis sois muy pálidos. ¿Qué ocurre, el sol os esquiva? —Luego sonrió, mientras se subía de nuevo la bragueta—. Relájate, hombre. No voy a pegarte. Lo que odio de ti no es algo físico.

Se dio la vuelta y se alejó caminando, pero cambió de idea, retrocedió sobre sus pasos, cogió impulso y le rompió la nariz de un puñetazo.

—Mentí.

Se le antojó un acto honorable, un acto de valor. Como si hubiera llegado al punto final de una larga farsa. Casi sin energía, caminó hasta casa atravesando calles agujereadas de socavones. Durmió profundamente y soñó con Ugh, que le sermoneaba:

—*Hawaiano, vas demasiado lejos. Llega el día en el que añades una cucharada más a lo que ya es demasiado.*

Al amanecer oía el sonido de sirenas enfrente del hotel.

Medio dormido, pregunta:

—*¿Voy a prisión?*

—*Oh, sí —suspiraba Ugh.*

—*¿Voy a morir?*

—*... un poco.*

Al oír la percusión de botas ascendiendo por las escaleras, se levantó de la cama y se vistió. Los soldados le rasgaron la ropa con bayonetas hasta que su cuerpo se cubrió de rojo.

En las calles se sucedían escenas de horror. En el oeste el cielo se teñía de colores vivos que hacían juego con los de sus brazos y sus piernas, que ya empezaban a inflamarse. Apretado contra él, en un charco de excrementos, iba un escocés al que habían torturado hasta la muerte o como mínimo hasta la inconsciencia. Y agolpados en el fondo del camión, británicos, holandeses y americanos se acurrucaban con sus petates y maletas, mirando alternativamente el cuerpo embadurnado de sangre de Keo y al hombre medio muerto que había a su lado. Guardias japoneses de pie sobre los estribos del vehículo los mantenían a raya con las bayonetas.

Atravesaron barrios de clase alta en los que las casas habían sido requisadas por las tropas invasoras, en dirección al Campo de Prisioneros de Woosung, tres horas al norte de Shanghái. Había piscinas vacías de agua y llenas de excrementos y botellas, y Daimlers destrozados en los senderos de entrada. Vieron a un oficial vestido con un kimono blanco tumbado con una almohada sobre un Rolls, fumando un puro.

Y a lo lejos, más allá de un terreno baldío salpicado de cráteres, vieron pelotones atrincherados en lo que una vez habían sido pueblos, mientras el derrotado ejército chino se retiraba hacia el interior. Hordas de refugiados sin hogar vagaban por los campos. El camión avanzaba con rapidez; el conductor y los guardias orinaban en botellas para no tener que parar. Algunos refugiados habían formado grupos de guerrilleros que tendían emboscadas a los camiones que se dirigían a los campos de prisioneros.

El vehículo se detuvo en una estación de agua controlada por tropas japonesas. Los prisioneros permanecieron anonadados ante la luz solar. Algunos de ellos llevaban semanas retenidos en prisiones improvisadas en la ciudad, por lo que ya estaban medio desnutridos. Bebieron agua y gatearon hacia zonas de hierba alta en busca de algo de privacidad. Unos cadáveres putrefactos parecían observarles desde los arrozales inundados. En el interior del camión también había suministros para el campo de prisioneros, patatas mohosas y arroz lleno de gorgojos. Los guerrilleros, escondidos más allá del perímetro de vigilancia, observaban y aguardaban.

Menos de dos kilómetros después de dejar la estación de agua, Keo oyó que el conductor maldecía. Se irguió de rodillas y vio ataúdes amontonados para bloquear la carretera. A través de los campos llenos de cráteres de bombas vio algo que no conseguiría olvidar en su vida. Cientos de esqueletos amarillos vestidos con harapos y con huecos enrojecidos en lugar de ojos corriendo hacia el camión. Un enjambre de refugiados desnutridos (hombres, niños, ancianas) abalanzándose sobre el vehículo como langostas, blandiendo raquetas de tenis, palos de golf, bates de cricket (un botín que habían robado de las casas bombardeadas cerca de la ciudad).

Los guardias dispararon a diestro y siniestro, incapaces de localizarlos en sus miras telescópicas, pues algunos eran tan delgados que las balas parecían atravesarlos. El conductor pisó el freno mientras los soldados saltaban a tierra y se afanaban en apartar los ataúdes. Los bandidos ganaron terreno y subieron a la trasera del camión para sacar a rastras los sacos de patatas y de arroz entre los aterrorizados prisioneros. Después les arrancaron las ropas y les atacaron con sus armas improvisadas, con lo que muchos de aquellos prisioneros habían utilizado para practicar deporte.

Otro camión militar aceleró detrás de ellos, lleno de soldados que no cesaban de abrir fuego. Entre el caos de cuerpos que se desplomaban, una mujer holandesa chilló cuando le arrebataron a su bebé de los brazos. Continuó chillando mientras los refugiados regresaban a los campos llevando consigo el arroz y las patatas y enarbolaban sus bates y palos. El fuego de las metralletas tumbó a varias docenas de ellos, pero ninguna bala acertó a la figura amarilla que abrazaba al bebé como si fuera un suculento cachorro blanco.

¿No dejaría nunca de chillar? Un soldado subió al camión y golpeó a la mujer en

la cara. En el silencio que siguió, Keo pensó en el destino de aquel bebé, pero algo dentro de él le hizo dejar semejantes pensamientos. El hombre que estaba a su lado emitió un gorjeo. Keo se escupió en la palma de la mano y le humedeció los labios, que estaban tan llenos de hongos que le provocaron una arcada. Se limpió luego la mano con un trapo, sintiendo el intenso dolor de los cortes que le habían hecho las bayonetas. Tenía tanta sed que se mordió la cara interior de la mejilla para chupar su propia sangre.

Bajo la cubierta de lona, el calor era agobiante. Estaban tan apretados los unos contra los otros que sollozaban al intentar respirar. Un hombre al que le habían roto las gafas se rascaba violentamente los brazos y el pecho. La gente se apartaba de él. Tenía piojos, que contagiaban el tifus. Sabían que llegaría. Todo llegaría. Keo examinó su propio cuerpo, cuya piel parecía de un color grisáceo blanquecino a causa del polvo. Las heridas le palpitaban, la infección se abría paso. Supo que habían llegado al Campo Woosung por el olor a cloaca.

Las puertas se abrieron. Los guardias los tiraron literalmente al suelo desde la trasera del camión. De rodillas, Keo levantó la mirada, estupefacto. Había cientos, quizás un millar, de ciudadanos de los países Aliados ya en el campo. Algunos parecían relativamente saludables, otros estaban casi muertos. Los guardias japoneses le hicieron ponerse en pie y le lanzaron una camisa mugrienta y unos pantalones que apestaban a orín.

Uno de ellos chapurreaba un poco de inglés:

—Tú viste. El comandante quiere ver.

Lo empujaron escaleras arriba hasta una oficina que tenía vistas al campo.

El teniente Tokugawa era joven y lucía bigote. Le miró cordialmente y sonrió.

—Ah. Hawaiano. Sí, las noticias se propagan rápido. —Le indicó una silla—. Por favor. ¿Te sientas?

Paseó por la estancia dándose importancia, y luego frunció el ceño.

—No gusta a ti el homosexual. ¡Buen puñetazo! Ja, ja. Próxima vez... «Finta al este y golpea al oeste. Esconde la espada dentro de una amplia sonrisa.»

Keo sacudió la cabeza, sin entender ni una sola palabra.

La voz del hombre se suavizó, volviéndose casi fluida:

—*El Arte de la Ventaja*, un antiguo texto japonés. Hay muchas estrategias más sutiles que romper una nariz.

—Supongo que se me fue la cabeza —murmuró Keo.

—¡Desde luego, casi pierdes la cabeza! —se rio Tokugawa—. A mí no gusta el homosexual, también. Pero ahora mismo los nazis gustan mucho tapar culos de cadáveres. Japón los necesita para que las tripas no salgan fuera. —Separó las piernas y se colocó las manos en las caderas, de pie frente a Keo—. Escucha. Tú compórtate. Yo me comporto contigo. Conozco a Benny Goodman, a Count Basie...

Le mostró discos polvorientos que había robado de casas saqueadas.

—Antes de la guerra, conozco tango y foxtrot. Soy un verdadero aficionado al jazz, un chico del swing.

Keo se inclinó hacia un lado, a punto de desvanecerse.

—Creo que... necesito tumbarme.

—De acuerdo. Paciencia. Ese alemán persigue a muchos chicos. Es una vergüenza para los Nazis. Pronto será asfixiado mientras duerme. Tú tienes muchos fans. Puedes volver al Club Argentina. Si comportas.

Dos holandeses corpulentos cargaron con Keo por un sendero de ceniza hasta unos barracones. En el interior, los camastros estaban rodeados de trapos y sábanas a modo de cortinas para obtener algo de privacidad. Dentro de cada uno de aquellos espacios se movía un ser humano que hedía por la falta de aseo y cuyas ropas estaban manchadas por la disentería. Pasó junto a un grupo que lloraba mientras alguien cubría el rostro de un niño con una sábana.

Los brazos de los holandeses aún le sostenían cuando se decidió a gritar:

—¡No os rindáis! Nunca os rindáis.

Lo tumbaron en un catre que estaba separado de los demás por trapos sucios a un lado y una sábana manchada de sangre al otro. La mancha parecía extenderse ante sus ojos y formar una enorme flor de cinco pétalos. Creyó que incluso podía percibir su aroma a hibisco. El sudor le empapaba la cara. Empezó a delirar. Estaba en casa, en Honolulu. La grasa del pescado al vapor le chorreaba por la barbilla. Olor a *limu* y *'opihi*, a algas y lapas. Rastros de sal marina en sus piernas, manos encallecidas de tanto remar en su canoa.

—Mamá. —Se incorporó llorando, extendiendo los brazos hacia delante.

Oyó un murmullo, y ella estaba allí. Dorada, bañada en un aroma dulce, tocando sus mejillas con manos que olían a cilantro.

—*Pehea 'oe, pehea 'oe?* —murmuraba su madre—. ¿Cómo estás, hijo?

Espantó las moscas de su cara e introdujo una cucharada de agua de mar y algas marinas entre sus labios.

—Traga. Traga. El agua de mar es lo mismo que la sangre humana. Noventa y siete elementos. Las algas te dan hierro. Crecerás fuerte con el tiempo. Ahora, duerme... Mamá te bajará la fiebre con una canción.

Mientras su cuerpo temblaba cada vez con más fiebre, Leilani le limpiaba las extremidades y las frotaba con aceite de *kukui*. Y cantaba. Su voz era tan suave y cantarina que el resto de los presos se volvían para escucharla, sin ver a nadie más que a aquel hombre de piel morena que ardía de fiebre.

RABAUL

NUEVA BRETAÑA, 1944-1945

Su pelo parece una estera enmarañada de lana, su piel una corteza de madera. ¿Cuánto hace desde que se bañó? A veces se levanta de su catre, vislumbrando algo. Algo que debería recordar. La vida. La juventud.

Cada día se repite el rugido áspero de los aviones aliados acercándose y arrojando sus bombas sobre Rabaul. Los aeródromos son reducidos a polvo. Los barcos amarrados a puerto son arrasados. Los soldados heridos se amontonan con tanta rapidez que las enfermerías parecen mataderos. Como las enfermeras militares mueren a causa de fiebres tifoideas, las prisioneras son obligadas a sustituirlas. Cubriéndose la boca con trapos, cosen extremidades y vientres mientras los guardias permanecen detrás de ellas con las bayonetas caladas.

Después de las victorias en Guadalcanal, Bougainville y Buna, las fuerzas Aliadas evitan entrar en Rabaul, pues tienen ahora sus miras puestas en Saipán, Tinian, Okinawa. En lugar de enviar tropas, bombardean el puerto y los aeródromos de Rabaul, «allanando el terreno» para cuando lleguen las fuerzas australianas de limpieza. No obstante, el comandante en jefe de Rabaul ordena a su fuerza aérea y a la Armada que perseveren. Por las tardes, después de comer arroz, los jóvenes pilotos discuten detalladamente las tácticas de colisión y el uso de los Kaiten, los torpedos tripulados.

Al saber que todo está perdido, que solo les queda por delante una muerte honorable, los oficiales comienzan a mostrar un lado humano y comparten comida con sus chicas favoritas, con aquellas que aún no han enfermado. El teniente Matshuharu convoca a Sunny en su despacho, ordenando que primero se dé un baño. A veces le vuelve a hablar de sus días de estudiante en París. Otras, se queda callado, mirando fijamente el cuello de Sunny.

Se olvida de que ella está desnutrida, de que solo los oficiales se alimentan decentemente. Juguetea con su comida. Ve el modo en que ella le observa comer, precisamente no mirándole, no suplicándole. Una noche le ofrece su anguila al vapor. El primer bocado resulta tan succulento, tan sorprendente que Sunny está a punto de desmayarse. Se controla, respira profundamente, mastica con parsimonia hasta que no queda nada más que tragar. Cuando el hambre es aplacada, se toma su tiempo para disfrutar del sabor. La anguila está tan fresca que se imagina el momento en que la mataron y cómo debió de gritar. Recuerda cuánto tiempo puede estar una anguila picuda gritando cuando es ensartada por un arpón, como si llorase. Recuerda pescar con arpón con su hermano, y, ensimismada en su sueño,

empieza a hablar:

—... Una vez mi hermano disparó su arpón a una morena grandísima. El arpón le entró en un ojo. Al intentar librarse de él, la morena casi se despedaza a sí misma contra una roca. Tenía la mandíbula inferior arrancada y su carne colgaba hecha jirones, y aun así era indestructible, sus músculos se bloquearon en un espasmo horrible y el ojo que le quedaba se clavó en mi hermano, su enemigo. Se escapó. Durante años los pescadores se cruzaban con ella deslizándose por los arrecifes, con el arpón como un tallo que le creciera del ojo...

Matsuharu la mira con atención.

—¿Dónde está ahora tu hermano?

—Estaba en la Universidad de Stanford cuando yo... me fui de casa.

A veces es seguro hablar. Otras veces es peligroso. Él podría empezar a desvariar. Podría empezar a abofetearla. Hasta que ya no puede parar. Nunca la ha agredido sexualmente. A otras chicas sí, incluso las ha violado. Pero quiere algo distinto con Sunny. La está reservando para algo.

Otra noche vuelve a reclamarla y la recibe perplejo.

—El Ministro Tojo ha dimitido. Ahora vuestros aviones bombardean Tokio. ¿Cómo es posible que nos equivocásemos? —Mueve la cabeza en un gesto de negación—. Nuestros emperadores son descendientes de dioses. Somos mucho más puros que los chinos. Más sabios. Hemos conseguidos más cosas. Nuestras ciudades, nuestros barcos de guerra. ¿Por qué tu gobierno defiende a China? ¿Qué puede daros China? —Su mirada la atraviesa—. Sí, nosotros somos diferentes, orgullosos hasta estar al borde de la histeria. Estamos limitados por mil leyes y convenciones. ¿Sabes que... un hombre que comete el hara-kiri no tiene permitido caer hacia el lado? Está obligado a caer boca abajo.

Cada vez que lo visita, él parece más enloquecido, pese a lo cual sigue comportándose como un oficial, viste de modo imaculado, con sus botas notablemente brillantadas. Habla en un inglés perfecto, con calma, con cortesía, sin sacar a relucir nunca la crudeza de otros oficiales. Cuando se separan, siempre se despide de ella inclinando la cabeza, incluso cuando la ha abofeteado hasta hacerle perder la conciencia. Ahora está en pie, en una pose educada, mientras examina con gesto soñador su espada.

—Nadie lo entiende. Japón pretendía recuperar Asia. Liberar a millones de campesinos en China y la India de la esclavitud bajo el poder de los colonizadores blancos...

De algún modo, Sunny reúne el valor para preguntarle:

—Si amáis a los asiáticos, ¿cómo podéis continuar masacrando a millones de chinos?

Él acaricia su espada con aire distraído.

—Sentimos un gran respeto por la Vieja China. Lo que existe ahora es algo atroz. Más allá de la Gran Muralla solo hay hambruna y corrupción.

Sunny piensa en su padre, en su tierra natal, Corea.

—Y por eso extermináis pueblos enteros. Los borráis de la historia...

—Es la guerra. Necesitamos terrenos. Nuestras islas son muy pequeñas. Ni siquiera los comunistas quieren a China. ¡Quieren convertirla en una segunda Rusia! Allí no hay nada más que millones de personas que mueren de hambre.

—Morir de hambre es una tragedia, no un pecado —susurra Sunny—. Mi padre es coreano, desciende de chinos. Me han enseñado que fueron adorados por su sabiduría. Son un pueblo antiguo e ingenioso.

Matsuharu se vuelve hacia ella y le habla como si fuera una niña:

—¿Qué hacen con sus inventos? Inventaron la pólvora, ¿y? ¡Hicieron pequeños cohetes! Han disparado fuegos artificiales durante miles de años. Nunca se les ocurrió que la pólvora podía ser útil para conquistar otros pueblos. El invento de la imprenta. Durante generaciones no imprimieron más que poemas. Discursos sentimentales. Fracasaron al utilizar la palabra impresa como propaganda. Fíjate en Shanghái: cuatro millones de chinos, putas adictas al opio, conductores de rickshaws viviendo en la inmundicia. Solo hay unos pocos miles de blancos y viven en mansiones y rascacielos. Dime, ¿cuál de esos pueblos es superior al otro? —Señala un paisaje japonés que cuelga de la pared—. Y Japón. Nuestra tierra es hermosa. Nuestra gente es trabajadora. No tenemos deudas, no suplicamos a nadie. Somos tolerantes con todas las religiones. Somos honorables. ¿Qué tiene el mundo contra nosotros?

Sunny piensa otra vez en su padre, en lo que su tierra natal ha sufrido por culpa de Japón. Sin importarle si vive o muere, habla con rabia:

—La espada es vuestra religión. Sois invasores, bárbaros. Arrasaríais países enteros. Entrenáis a vuestros jóvenes para morir antes de que hayan siquiera vivido.

Él mueve los brazos como un demente.

—¡Si estás buscando maldad, búscala primero en los blancos! —Se sienta de nuevo. Sus ojos se mueven sin parar, fuera de control—. ¿Qué puedes saber tú, qué puede nadie saber de nosotros? Tenemos demasiados sentimientos. Somos gente con alma. Sí, Japón vive de acuerdo con el Bushido, el código samurái del honor. Sí, somos complejos. El miedo a vivir y el coraje para morir moran el uno al lado del otro en nuestros corazones. Sin embargo, también hay amor y belleza. Y naturaleza.

—Su voz se vuelve distante: un joven hablando desde la profundidad de un sueño—... Ah, septiembre. Oigo trillar las gavillas de arroz. Los campos se llenan de agua para preparar el terreno para el arado. Los pinos se alzan entre la niebla, y oigo el tañido de campanas de templos desde las colinas, donde monjes con las cabezas afeitadas meditan en monasterios budistas. Las carpas nadan en estanques veteados de sol.

Hay chicas en los campos de té, con grandes gorras. Mi padre escribe proverbios bajo las últimas luces del atardecer. ¡Qué intensas son sus pinceladas! ¡Oh, padre!

Sunny se tambalea. Cierra los ojos. Al fin lo ha reconocido. Endo Matsuharu, el joven que tocaba el saxo con tanta dulzura con Keo, en Montmartre. El estudiante que hablaba de Schopenhauer y Poincaré, que lloraba al escuchar a Albinoni y a Bach. Ahora viola. Decapita. ¿Quién le hizo eso? ¿Siempre estuvo la maldad en su interior?

Esta noche, antes de decirle que se vaya, Matsuharu se le acerca, le acaricia la mejilla, le desabrocha lentamente el vestido hecho trizas. Sunny sabe, por la agilidad de los ojos del oficial y la velocidad con la que baja su mirada, que no son sus pechos lo que busca. Sus dedos le tocan las costillas marcadas a través de la piel. Parece contarlas.

Las bombas devastan Japón. El napalm, llevado por el viento, atraviesa ciudades enteras como una cortina. Tokio es destrozado, doscientas mil personas muertas. Nagoya ha sido reducido a cenizas. Y Osaka. Y Kobe.

Una noche Kim se arrastra al catre de Sunny. Los pómulos le sobresalen tanto que sus ojos parecen tener tallos.

—Dicen que las calles de Tokio son intransitables por culpa de los cadáveres. — Lloro con tan poca energía que el llanto brota como pequeños ladridos—. ¿Por qué esas noticias no me hacen feliz? ¿Por qué?

Sunny la envuelve con sus brazos.

—Porque aún eres humana, todavía tienes conciencia.

—Quiero odiar. Necesito odiar. ¡Necesito sentir algo!

Primavera de 1945. Los Aliados recuperan Filipinas. Vencen en Iwo Jima. En Okinawa. Una noche se oyen gritos en el campo de prisioneros de hombres. Alemania se ha rendido. A día de hoy, se han completado más de cuatrocientos kilómetros de túneles en Rabaul, convirtiéndolo casi en una fortaleza subterránea inexpugnable: barracones, hospitales, búnkeres, cañones antiaéreos.

El calor del verano es insoportable, como si la puerta de un horno se hubiera abierto de par en par. El polvo cubre sus rostros como máscaras blancas. La sal se vuelve algo tanpreciado como el agua. Hace falta reemplazarla en el cuerpo; en los trópicos, la carencia de sal significa la muerte. En el desorden que se ha adueñado del cuartel de oficiales, las chicas observan a los hombres emborracharse con sake. Les sirven la comida, les lavan los platos, son obligadas a acostarse con ellos. Y cuando los oficiales finalmente se quedan dormidos, las chicas van a la cocina y roban las sobras y sal, tanta sal como puedan llevarse.

Sabiendo que los Aliados se aproximan a través de la jungla, las chicas pelean

entre sí por trozos de metal que utilizan como espejos. Algunas ven su reflejo por primera vez en meses. Miran fijamente. ¿Cómo, después de esto, podrán volver a ser seres humanos normales? Las más enfermas, las que casi han enloquecido, hablan del mañana, de lo que vendrá después de Rabaul (fiestas, coqueteos, matrimonio), como si fueran a recuperar al instante la normalidad en sus vidas. Sunny las observa mientras arreglan sus vestidos destrozados y se pintan los labios llenos de costras con raíces de plantas. No se han bañado en más de un año. Son incapaces de concebir la sórdida realidad, que la juventud y la salud ya quedaron atrás.

Después de tres años, las ropas de Sunny se han convertido en simples harapos. Sus zapatos de cuero son ahora verdes por los hongos y se desmenuzan por el deterioro. Cuando camina, le parece que son champiñones húmedos y oscuros. Un trozo de metralla alojado en su pierna ha ido saliendo a la superficie con el paso de los meses. Ha dejado un gran agujero infectado en el que los gusanos se alimentan. Se ha acostumbrado a la sensación de que su cuerpo sea un anfitrión vivo para los parásitos.

Sospecha que todas morirán antes de que lleguen los Aliados. Las chicas debilitadas por la enfermedad son sacadas y fusiladas, o amontonadas en embarcaciones que han sido bombardeadas en el puerto. Sin embargo, hay algo en ella que se niega a rendirse. Recorre su barracón con un palo de bambú afilado que los indígenas le han lanzado por encima de la valla, y golpea en los laterales de los catres, amenazando a las chicas que utilizan los desagües que hay en el exterior del edificio como aseos. En cada nuevo brote de disentería, obliga a las chicas a cavar hoyos en los que enterrar las prendas contaminadas. Suplica a los guardias que les den cal viva.

Al encontrar piojos en el pelo de una chica, le afeita la cabeza y luego se afeita también la suya, y obliga a otras a hacer lo mismo, consciente de lo rápido que los piojos propagan el tifus. Atiende a las chicas que están muriendo de beriberi, y a una cuyas encías infectadas han envenenado su cuerpo desnutrido.

Una noche, Sunny hace frente a un médico que le inyecta a una chica esteroides que pretenden tratar la sífilis. Pero también tienen efecto sobre sus mentes, convirtiéndolas en zombis. Ha afilado brutalmente su palo y lo levanta, apuntando a la espalda del médico. Él se vuelve hacia ella y le ofrece un vaso de agua limpia. Las tuberías han sido bombardeadas. Lleva tanto tiempo bebiendo agua contaminada que tiene la lengua hinchada y cubierta de llagas. Si contrae otra vez el cólera, no tiene esperanzas de sobrevivir. Coge el vaso que le tiende el doctor, y olvida su intención de matarlo.

Ahora, cada vez que Matsuharu la requiere, Sunny recuerda a su padre y por qué estaba tan lleno de odio. En ese sentido, su padre le da fuerzas; el odio ocupa el lugar del miedo. Algunas noches el teniente se muestra amable, más bien impreciso y

distante. Otras noches la abofetea, como si intentase olvidar que hay una guerra y que él la ha perdido. Que ha perdido toda su inocencia y su honor. Una noche la coge en sus brazos. Lloro sobre su hombro huesudo. Ella contiene la respiración, sujeta por el verdugo.

Los hombres prisioneros pasan las noticias a las mujeres. Hiroshima. Nagasaki. Destruídas. La historia aumenta entre los oficiales al mando. Más chicas son llevadas al pelotón de fusilamiento. Sunny promete que si los soldados van a por ella, morirá luchando y gritando hasta que agoten todas sus balas, hasta que se les doblen las espadas. Los soldados no hacen ademán de arrastrarla fuera. Por la noche, les enseña a las demás cómo afilar los extremos de las cañas de azúcar, cómo calentarlas al fuego hasta que las puntas parezcan de lanza, duras como el sílex. Luego las esconden bajo los catres. Hace que todas prometan morir matando, no lloriqueando y agachando la cabeza.

Ahora todos los túneles subterráneos han sido reforzados. Se reúne toda la comida y se lleva a los túneles. Los soldados están preparados para el combate cuerpo a cuerpo con los Aliados. Una noche los soldados entran en el barracón y uno de ellos arranca a Kim de su camastro. Está tan débil que apenas puede gemir. Sunny forcejea con el soldado, suplicándole:

—Llévame a mí. ¡Llévame a mí! Soy mayor que ella.

El hombre la golpe con su rifle.

—¡Tú! Tú estás reservada para Matsuharu. —Hace el gesto de rebanarse el cuello con una espada.

—Sunny, ha terminado —dice Kim, como si estuviera soñando—. Ahora solo... bendita muerte...

Algo se revuelve en su interior. La madre que nunca podrá ser, la niña a la que dio a luz y que murió prematuramente. Algo se aloja permanentemente en su espina dorsal, pequeñas calaveras que nunca dejarán de gritar.

Un día llegan rumores. Un murmullo. La guerra en el Pacífico ha terminado. El silencio de sesenta mil hombres. Negándose a rendirse, algunos oficiales rebeldes comienzan a enviar tropas a los subterráneos para esperar al enemigo. En el barracón de Sunny quedan menos de diez chicas.

Esa noche Matsuharu la hace ir a su despacho. Sunny se prepara y lava su cuello. Cruza el campamento empujada por detrás por una bayoneta. Se sienta en una esquina de la estancia. Él acaricia su espada y contempla su reflejo en la hoja. Su rostro plano y atractivo ha desaparecido. La derrota y el horror han convertido su cara en algo enjuto y sin profundidad. Tiene la mirada ausente. Su cabeza gira a un lado y a otro como la de un murciélago.

—«El alfarero coge arcilla para hacer un cántaro / cuya utilidad reside en el hueco donde no está la arcilla...» —susurra—. Es una cita de Lao Tzu. ¿Lo

comprendes?

Sunny espera.

—Un día, pronto, te lo explicaré.

15 DE OCTUBRE DE 1942

Querido hermano:

¡Gracias a la Diosa Madre que estás vivo! Tenga piedad de todos nosotros. Tu carta de veinticinco palabras desde Woosung con fecha de abril tardó tres meses en llegarnos a través de la Cruz Roja en Tokio. Los japos han censurado cinco palabras. (No puedo creer que los esté llamando japos. No puedo creer lo que nos ha ocurrido.) Cuando recibimos tu carta, papá rompió a llorar. Pensábamos que estabas muerto.

Esta es mi tercera carta, ¿recibiste las otras? Se supone que solo podemos escribir veinticinco palabras, ¡pero tengo tanto que contarte! He puesto la dirección del Club Argentina. Tal vez tus amigos te la hagan llegar. Desde lo del Pearl Harbor, nada es real. Jonah se alistó. Está en un campo de entrenamiento en algún lugar de Minnesota. Luego lo embarcarán a Europa. Creo que mamá ya ha muerto un par de veces...

El carguero de DeSoto fue capturado por los japos en algún punto cerca de Java o Sumatra. Los soldados australianos lo rescataron. Recibimos una tarjeta suya. Para cuando te llegue esto, tu amigo, Krash Kapakahi, ya se habrá marchado. Ahora está entrenándose para el combate en Utah.

¿Puedes creértelo? La noche antes de lo de Pearl Harbor, la banda estuvo tocando en el Royal, Krash tocaba el ukelele. Entre las actuaciones, salía a la playa para fumarse un cigarrillo. A lo lejos vio lo que le pareció un periscopio, ¡y entonces vio un submarino japo subiendo a la superficie! Dijo que se quedó allí, en el agua. Gritó y la gente se acercó corriendo. Pero el submarino había desaparecido y los demás le dijeron que había tomado demasiado ron. ¿Quién iba a creerse que un submarino japonés hubiera esquivado a los dragaminas de la Armada y se estuviera paseando por Waikiki? Semanas más tarde salió en los periódicos: ¡un marinero japonés al que habían hecho prisionero dijo que mientras esperaban para atacar Pearl Harbor, el submarino había salido a la superficie la noche anterior y había visto las luces de Waikiki e incluso había escuchado música desde el Royal!

Krash vino esa noche a Kalihi Lane y nos contó lo que había visto. Lo que creía que había visto. Nos viene a visitar de vez en cuando. Me gusta su sentido del humor, y su ambición. ¡Imagínate a un chico de playa como él yendo a la escuela nocturna, planeando estudiar derecho! Pero parece que siempre acabamos peleando. Llevamos

meses sin hablarnos, desde nuestra última discusión. Por alguna razón la KGMB estaba emitiendo música durante toda la noche en lugar de cerrar el programa a medianoche. Nos sentamos en el garaje para charlar. Que si todo era culpa mía, culpa suya, y que por qué siempre nos peleábamos. Estuvimos despiertos toda la noche, y bailamos casi con todas las canciones.

Bueno, a la mañana siguiente, que era domingo, mamá nos preparó huevos con salsa de soja, arroz frito y su pan de ñame tostado. Krash peló un mango y me dio una rodaja. Yo estaba chupando su pulpa dulce y pegajosa y admirando las manos de Krash cuando los oí acercándose. Recuerdo a mamá dándose la vuelta a cámara lenta...

Salimos corriendo a la calle. Diosa Madre, volaban tan bajo que pudimos ver el Sol Naciente que llevaban pintado en el costado. Y entonces, oh, nene, nunca había visto un infierno semejante. Convirtieron Pearl Harbor en una bola de fuego. Se alzaban montañas de humo negro como diablos gigantes. Un millón de libras de pólvora explotaba en los barcos. Todos esos chicos, todos esos chicos haole...

Luego vino una segunda oleada de aviones japoneses, tan bajo que su tren de aterrizaje arrancaba los cables telefónicos. Papá se volvió loco y empezó a dispararles con su rifle para cazar jabalíes. El señor Kimuro salió en calzoncillos e intentó derribarlos con su arco y sus flechas.

¿Y yo? Corrí adentro y me cambié de ropa. Si íbamos a morir, supongo que quería hacerlo con estilo, con mi mejor vestido, mi sombrero Lily Daché. Estas cosas no están planeadas. Mamá no va a dejarme olvidarlo nunca.

Krash empujó a mamá y a papá adentro, y se quedó fuera, caminando de un lado a otro con un cuchillo de trinchar. No sé qué fue lo que se apoderó de mí. Le cogí de la mano y empecé a caminar a su lado. Un avión enfiló directo hacia nosotros. Es el fin, pensé. Miré a Krash y le dije: «Te quiero.» Pero el avión pasó de largo...

Después, hicimos autostop hasta el Queen's Hospital. La cola de donantes de sangre era de kilómetros y kilómetros. Todavía sueño con carne quemada y me despierto oliéndola. Marineros cubiertos de aceite negro. Piernas amputadas, ojos destrozados. Los traían en camiones y los sacaban como si fueran piñas. Había un capitán al que le habían reventado las tripas y pensaba que los médicos y las enfermeras eran la tripulación de su barco. Siguió dándoles órdenes hasta que murió.

Me pasé catorce horas escribiendo «M» (de morfina) en la frente de los marineros para evitar darles una sobredosis. Algunos pedían un cigarrillo y morían mientras le daban una calada. Lo más duro era quitarles el cigarrillo de entre los labios a los chicos muertos. Enseguida estaba empapada de sangre de la cabeza a los pies. La sangre fluía a chorretones por los pasillos haciendo que la gente se resbalase. Cuando se secó mi vestido se me pegó al cuerpo como si fuera escayola.

Unas enfermeras tuvieron que cortarlo para que pudiera quitármelo, y lo mismo con el sombrero. Tenía el pelo tan tieso por la sangre que se había secado que se me levantaba como si fueran alas. Me quité los zapatos y esa noche atravesé la calle hasta casa cubriéndome con media sábana, dejando un rastro de huellas rojas detrás de mí. Por eso los llamo japos...

La gente dice que no había ni un solo cañón antiaéreo preparado, ni un solo avión en el aire para recibirlos. Pearl Harbor los esperaba como un plato de comida sobre la mesa... No reconocerías Honolulu. Las calles están atravesadas de trincheras por si se producen más ataques. Se ha declarado la ley marcial. Ha venido el FBI. Hay gente arrestada en pijama. Llevamos documentos de identidad con nuestras huellas dactilares. Se ha vacunado a todo el mundo, y llevamos máscaras antigás sujetas a la espalda. La comida, por supuesto, es racionada. (¡Qué no haría por un buen trozo de cerdo! O un trago de verdadero café...).

Bueno, hermano, ahora somos oficialmente una zona de combate. Hay tanques protegiendo el Palacio 'Iolani. La playa de Waikiki está cerrada por alambres de espino y los turistas hace tiempo que se fueron. El Hotel Moana y el Royal Hawai'an se han convertido en hospitales para los chicos del ejército y la armada. Han traído del continente más trabajadores para el astillero y la defensa. Están tan cortos de camas que muchos duermen en sus coches.

Todo el mundo odia los cortes de luz como la peste. Hay un vigilante para cada bloque. Nos ponen multas si dejamos alguna luz encendida, incluso los faros de los coches. El primo de mamá que vivía cerca de Haliewa murió aplastado entre dos autobuses que chocaron por culpa de la oscuridad. Estaba paseando a su perro sin linterna y quedó chafado entre los dos. Oh, nene, qué desastre...

Ahora los soldados entran en nuestras casas. Buscan y atrapan. Realizan arrestos. Juicios sin jurado. El ejército trató de disparar al gallo del señor Cruz, ese loco de Tacky. Decían que su cacareo de medianoche podría ser una especie de código secreto. De un picotazo le arrancó media oreja a un soldado y persiguió a otro por toda la calle. El gallo se escapó, pero al señor Cruz lo metieron en la cárcel. Solo era una excusa para arrestarlo. Tiene un montón de amigos japos... Cientos de personas han sido arrestadas en Kalihi, Palama y en el Barrio Chino. Monjes budistas, profesores de academias de lenguas. Ahora están todos en el Campo de Prisioneros de Sand Island. Supongo que será parecido al tuyo. ¿Te dejan tocar la trompeta? ¿Tienes suficiente comida?

Acabamos de recibir noticias de nuestro hermanito Jonah. En el ejército le están enseñando a manejar bayonetas y sogas para ahorcar. Ha aprendido cómo transformar bates de béisbol en palos de combate con alambre de espino y pinchos. También le han dado nociones sobre guerra química, ametralladoras y disparos de mortero. Se me rompe el corazón. Rompí la carta para que mamá no la viera. Pase

lo que pase, aunque la guerra termine mañana mismo, Jonah habrá cambiado. Te voy a decir una cosa: todos habremos cambiado.

... Aquí hay verdadera escasez de chicas. Una por cada cien hombres, o incluso por cada mil, depende de con quién hables. Los burdeles están floreciendo en Hotel Street. El ejército y la armada tuvieron que alojar a sus heridos en burdeles hasta que ampliaran los hospitales. ¡Durante una buena temporada Hotel Street parecía un campamento de la Cruz Roja! Hay que darles algo de crédito a esas putas, ayudaron a atender a esos chicos como si fueran bebés. Todos arrimamos el hombro...

Al estar cerrado el Moana, ahora trabajo en el turno de tarde en la fábrica de conservas Dole. ¡Otra vez con las piñas! Pero hay demasiadas empleadas y los turnos son muy cortos. Me contrataron como empleada de mantenimiento en la comisaría del centro. ¡Y me dieron un cubo para limpiar retretes (otra vez)! ¡Estoy harta de ese trabajo!

Mamá y papá tienen que seguir pagando la hipoteca, pero papá no puede encontrar trabajo. Los militares lo tienen en su lista de simpatizante de los japos porque no quiso hablar mal de su antiguo jefe, Shirashi (que ahora está encerrado en Sand Island). Mamá sigue arreglando uniformes para la prisión de mujeres de Palama, pero le pagan prácticamente una miseria. Yo he encontrado un puesto de costurera a tiempo parcial aquí en Kalihi. Más, tres noches a la semana, estoy de bailarina en un nightclub para militares. Oh, ¿a quién pretendo engañar? No es un nightclub, ni tan siquiera un bar. Es un garito de mala muerte en Hotel Street.

... También empaqueto vendas para la Cruz Roja, y me presento voluntaria para las fiestas de la USO. Un militar insolente con un montón de medallas en el pecho me vio en una fiesta para el ejército y la armada. Pensó que parecía medio japonesa. Dijo que no podía presentarme voluntaria si tenía más de un cuarto de mi sangre japonesa. Le contesté que tenía los ojos hinchados de tanto llorar por las noches hasta quedarme dormida. ¿Por qué? Porque tengo un hermano en un campo de prisioneros japonés, y otro hermano cuyo barco fue capturado por los japos, y un hermano pequeño que está entrenándose para luchar contra los alemanes en Europa. Bueno, el tipo insolente se disculpó...

¡Eh! ¿Acaso piensan que los hawaianos se pasan el tiempo sentados, comiendo pescado y viendo lo que ocurre sin mancharse las manos? Veo a los heridos y pienso en ti. Nada importa, excepto que tú, Jonah y DeSoto volváis a casa salvos. Y Krash. Diosa Madre, suturaría heridas, pasaría hambre y bailarías hasta que de mis pies solo quedasen los huesos si eso sirviera para traeros a casa.

Los soldados que vuelven del combate ven aquí rostros con rasgos orientales y se vuelven locos. Hay muchísimas peleas callejeras, incluso asesinatos. La gente de aquí está confundida. Siento verdadera lástima por nuestros vecinos japoneses. Han

tenido que entregar todas las armas que poseían, aunque fueran reliquias de familia, e incluso libros antiguos en los que se consideraba que podría haber cosas escritas con tinta invisible. Todas las señales escritas en idioma japonés han sido tiradas, y nadie lleva ahora kimonos.

... Los vecinos chinos ponen carteles en sus porches: NOSOTROS NO SOMOS JAPONESES. Equipos enteros de agentes del FBI recorren las calles en vehículos militares. Arrestan incluso a alemanes e italianos. Anoche, en el garito donde bailo, un soldado que había estado en Guadalcanal sacó la cabellera que le había arrancado a un japo y la agitó de un lado a otro. Tuve que salir para vomitar. ¿Quiénes son los buenos y quiénes los malos?

Perdóname, hermano. Tú estás en prisión y yo divago. Me moriría si te ocurriese algo. No es un campo militar para prisioneros de guerra. No pueden decapitar a nadie. O torturarte. Hemos oído que lo peor de esos campos es la falta de comida y el tifus. Ten cuidado, intenta controlar tu temperamento con los guardias.

También hemos oído que hay barcos con repatriados saliendo de Shanghái. Papá llamó a la armada para preguntar si tu nombre figuraba en alguna lista. Bueno, es información confidencial. Le dijeron que se fuera al diablo, que hay una guerra en marcha. Ganamos en Midway. Quizá la Diosa Madre esté de nuestro lado... Espero que recibas el paquete. Pusimos todo lo que pudimos sacar con las cartillas de racionamiento. Carne de cerdo en conserva, cigarrillos, leche en polvo. Sopa. Azúcar. Sal. También un rosario. Fotos de todos nosotros...

‘Auwē! Cada vez que oímos las sirenas antiaéreas tenemos que correr a los refugios y quedarnos con el agua de la lluvia por las rodillas hasta que nos avisan de que ha pasado el peligro. Hay guardias con casco en todas las calles que nos gritan con sus megáfonos: APAGUEN TODAS LAS LUCES. PERMANEZCAN EN EL INTERIOR. NO SALGAN HASTA QUE HAYA AMANECIDO. Algunas noches nos metemos por turnos en el armario para leer con una linterna.

Mamá se hartó y cubrió la ventana del aseo con tela asfáltica para que no se viera la luz desde el exterior. Así que ahora el aseo se ha convertido en nuestra sala de estar. Tenemos pilas de periódicos y una radio portátil en la cesta para escuchar las últimas noticias. A veces captamos esa emisora asquerosa, Tokio Rose, que intenta engatusar a nuestros muchachos para que no luchen... ¡Papá es guardia de bloque! Cuando termina, de noche, mete un futón en la bañera y los vecinos se apretujan en el aseo, «contando chismes» y tocando el ukelele después de cenar. ¡Nos lo pasamos genial! Algunas noches metemos dentro ese gallo atontado, Tacky Cruz. ¡Te aseguro que a medianoche cacarea como un condenado!

¿Te acuerdas de Rosie Perez, la que vive más abajo en nuestra calle? ¡De repente engordó una barbaridad! Una noche, sentada en la bañera, empieza a sentir calambres y se pone a gritar. Y lo siguiente que sabemos es que hay una pequeña

cabecita entre sus piernas. Se pone a empujar y empujar, y mamá hace de matrona y agarra aquel cuerpo minúsculo y resbaladizo. Yo lo aguanto mientras mamá corta el cordón. Entonces todo el mundo se pone a llorar. ¡Oh, nene, qué noche! Papá vuelve de su trabajo como guardia y yo grito: «¡Mira lo que ha salido de Rosie!». Se cayó al suelo, y se echó a reír y a llorar. Desde todos los puntos de la calle, la gente vino por turnos a ver y coger en brazos al pequeño Keiki. El marido de Rosie está en un campo de entrenamiento en algún lugar de Carolina del Sur. Hermano, ¿cómo puedo explicarte lo dulce que es el llanto de un recién nacido en tiempos de guerra? Fue nuestra mejor noche hasta el día de hoy.

... Están viniendo manadas de bandas de swing para tocar para los soldados. Artie Shaw, Dorsey Brothers, incluso Louis Armstrong. Para mí, ninguno puede compararse con ese Duke Ellington. Me abrí camino hasta los camerinos y le hablé de ti, le dije que tocabas con Dew Baptiste. Bueno, nos quedamos en su camerino y conversamos durante horas. De Nueva Orleáns, de París...

¡Demonios, cómo le gusta flirtear! Me dijo que era «una señorita deliciosa», que «mi belleza honraba su rostro». Dijo que si se quedase más tiempo, me convertiría en su helado favorito. ¿Significaba eso que me daría de comer? ¿O que me devoraría? Hermano, nunca seré la misma. El tipo es físicamente exquisito. Esa sonrisa preciosa, esos zapatos de tacón alto. Su traje, su camisa, su corbata. Bueno, habrá montones de conciertos de jazz cuando vuelvas a casa. La gente sabe que has salido al mundo. Todos te envían saludos. Todo el mundo te echa de menos...

Fui a casa de Sunny, pero su madre no me dejó entrar. Dijo que no habían sabido nada más de ella. Si está viva, que lo está, porque es demasiado inteligente para morir, está envuelta en alguna aventura. Probablemente esté construyendo bombas en algún sótano con esas mujeres comunistas de las fábricas de sedas y esa pobre hermana minusválida suya. Esa chica siempre tuvo demasiada energía y demasiado nervio. Olvídala. Ven a casa. Vuelve a donde perteneces.

¡Hermano, mira! Hay luna llena. En el mismo instante que te envió nuestras oraciones y saludos, hay un arcoíris perfecto (presagio de victoria) sobre Kalihi Lane...

Amor de tu hermana,

Malia

NĀ KŪLANA PŌ‘INO

Los desafortunados

CAMPO WOOSUNG, FEBRERO DE 1943

La esperanza alimentaba la ficción de normalidad. Después, a medida que la gente padecía hambre, la ficción terminó. No había nada más que cuencos de arroz contaminado y una zanahoria podrida. Keo yacía en su catre rememorando comidas estupendas con una claridad que le desquiciaba, disolviéndolas y sintetizándolas infinitas veces. ¡Los sabores, los aromas!

Se retiró al pasado. El rostro de Sunny cubierto de rombos azulados de luz matinal. Sus insurrecciones y sus momentos de calma, sus misterios, brotaban de su trompeta como estribillos. París los sofocó con sus cenizas y sus brasas. Su sueño se había vuelto contra ellos, convirtiéndolos en fugitivos. Ahora estaban atrapados en una nueva historia, pero al mismo tiempo en un tiempo muy antiguo.

A pesar del hambre y del cansancio, Keo tenía miedo de dormir. Entonces se convirtió en víctima. De moscas repugnantes y gordas cuyas mordeduras eran con frecuencia fatales, y de mosquitos que transmitían la malaria. Los piojos le hacían rascarse como un demente. Los ciempiés se movían despiadadamente por su cabellera, haciendo que la cabeza le ardiera.

La población del campo había aumentado hasta casi dos mil prisioneros. Condenados a una existencia de pesadilla perpetua, la gente se retiraba a tiempos mejores, sin dar crédito a los rumores que decían que sus chóferes chinos habían saboteado sus coches, robando los carburadores y vaciando los depósitos de gasolina, que los soldados japoneses habían saqueado sus casas palaciegas y habían defecado en sus camas. Se negaban a aceptar que la vida en aquel campo de prisioneros era la realidad, lo consideraban solo un horror momentáneo. Muy pronto volverían a vivir rodeados de lujos.

Cuando llegó la carta de Malia, Keo se tumbó en su camastro, temblando. Había tardado cuatro meses en llegar hasta él a través del Club Argentina, y el paquete de comida nunca llegó, pero la simple lectura de aquellas palabras (sal, carne de cerdo) le levantó el ánimo. Cerró los ojos y se llevó la carta a la nariz para percibir el aroma a jengibre y moho en el garaje de su padre, el perfume fuerte de Malia, las manos de su madre oliendo a especias. Podía oler el almidón en el cuello de la camisa de su padre, el cuero del guante de béisbol de Jonah, incluso el áspero aroma a mar de DeSoto.

Permaneció inmóvil, pensando en Krash y Jonah de camino a la guerra en

Europa, y en DeSoto, retenido en algún lugar de Malasia. Pensó en Sunny y su hija, a la que solo había visto una vez en los brazos de ella. Se giró de lado y lloró con pasión desesperada. Lloró por todos ellos, por una vida que ya se había acabado.

Le había sobrecogido la visión que Malia tenía de Sunny.

«... demasiado inteligente para morir, está envuelta en alguna aventura.»

Leyó aquellas palabras una y otra vez, y al hacerlo sintió tanta rabia que recorrió el recinto del campo tambaleándose y gritando en las letrinas. Gritando que Sunny le amaba, que el amor le sostenía en pie.

Cada día su cuenco de arroz parecía más lleno de excrementos de rata. Se le rompieron los dientes por morder pedazos de cal. Y, sin embargo, cada vez que Japón perdía una nueva batalla, Tokugawa le hacía ir a su oficina y le ofrecía cigarrillos y discos de jazz robados.

—Preferiría arroz para nuestros niños —le dijo Keo—. Están muriendo como moscas.

Tokugawa negó con la cabeza.

—Ni siquiera hay el suficiente para mis hombres. —Luego añadió en voz más baja—: Ni siquiera para mi familia, en Osaka.

Llegó la época de los tifones, y un día Keo se vio rodeado de barro hasta los tobillos mientras vaciaba los cubos de las letrinas. En la torre de vigilancia unos soldados borrachos peleaban por una mujer. Keo la oyó reírse. Algunas mujeres se ofrecían voluntarias para limpiar las casetas de los guardias, y se entregaban a los soldados a cambio de una cucharada extra de arroz o un trozo de tela con el que sujetarse los zapatos estropeados y evitar la anquilostomiasis.

¿Quién puede culparlas? pensó, si eso les hace evitar ir a la Cabaña de la Muerte. El lugar reservado para quienes estaban terminales, en la última etapa de desnutrición y enfermedad.

Bajo la lluvia torrencial, Keo miró a través de la valla que circundaba el campo. Una multitud de refugiados chinos se puso trabajosamente en pie, como si la imagen de Keo provocase que los muertos se levantasen. Reducidos casi a esqueletos, muchos morirían intentando resolver el enigma: si Japón estaba luchando por recuperar Asia para los asiáticos, ¿por qué estaba encerrado el enemigo dentro de la valla con comida? ¿Por qué estaban los chinos encerrados «fuera» de la valla? Le gritaron, suplicándole que les tirase algunas sobras, una patata podrida. Un bebé.

—Sí —dijo Tokugawa—, serían capaces de comer carne humana. ¿Sabes que el hambre puede volverte loco? Cualquier cosa que te mantenga vivo te parece bien.

Estaban sentados en su oficina, y Tokugawa le explicó que finalmente había sido perdonado por haberle pegado a aquel nazi homosexual, que había muerto por «asfixia». El propietario del Club Argentina «garantizaba» la puesta en libertad de Keo. Había firmado unos documentos prometiendo que Keo no trabajaría contra los

japoneses, que pagaría sus gastos en Shanghái y que su música era indispensable para el entretenimiento de los oficinales japoneses.

La sonrisa de Tokugawa era pícara y maliciosa.

—Cuando vuelvas a Shanghái, te diré dónde hay una tienda especial con trozos humanos a la venta. Hígado, dedo, mejilla. Cuando luché en China, pasé hambre muchos meses. Yo mismo me comí la sonrisa de alguien.

Keo lo miró fijamente.

—Y ahora puede que tenga usted que morir porque no cree en la rendición.

El tipo se echó hacia atrás.

—No es culpa mía. No nos enseñan a ser prisioneros. —Dio unos golpecitos a la vaina de su espalda, que colgaba de su cinturón—. Escúchame. No odiamos a los yanquis. Os atacamos porque os entrometisteis.

—¿Cómo nos entrometimos?

—Embargo. Estados Unidos dejó de enviar hierro y aceite a Japón. Deberíais ocuparos de vuestros asuntos. Nuestra lucha no es con vosotros.

Keo estaba perplejo ante su arrogancia, ante su incapacidad para ver la verdad.

—Escuche, toda esta guerra comenzó porque Japón atacó China.

—Hay demasiada gente en Japón —repuso Tokugawa, casi con tono de disculpa—, necesitamos expandirnos.

A través de la ventana, Keo observó a un crío pequeño y flaco cargado con tres grandes patatas podridas. Pensó en lo mucho que había en el mundo para desear, y en lo poco que en realidad podía cada uno llevar en sus manos.

—¡Eh! —Tokugawa le dio en el brazo—. Hasta Estados Unidos es culpable de invasión. Mira tus islas. Destronaron a tu reina y os convirtieron en una colonia para poder ser dueños de Pearl Harbor. ¡Es lo mismo!

Keo soltó un suspiro.

—Sí. Lo mismo. Pero, dígame, teniente: si Japón ganase la guerra mañana, ¿qué significaría para usted la victoria?

Tokugawa sonrió y miró al crío al otro lado de la ventana.

—... Esposa. Hijo. Jardín. Comida. Dormir. —Hizo una pausa para pensar qué más podría querer—. Unos cuantos discos de jazz... Koichi Okawa, el Benny Goodman de Tokio. Es raro. Las mismas cosas que tenía antes.

Al volver a entrar en la ciudad, vio que la histérica energía de Shanghái seguía intacta, la gente continuaba empeñada en ignorar que había un mundo entero en guerra. Edificios enteros habían sido destruidos por las bombas. Y, en cambio, en la zona china los dentistas seguían arrancando dientes en las calles y los ruiseñores aún cantaban en jaulas de bambú. Novias adineradas todavía paseaban en sillas de manos

lacadas en rojo. En las calles laterales aún había palos de bambú sobresaliendo de los aleros con pañales chorreando y vendajes para los pies. Los escritores de cartas profesionales todavía se sentaban con pinceles y papel de arroz, y sus monos parlantes seguían moliendo la tinta con sus minúsculos dedos de ébano.

Negándose a ver cómo la ciudad se estaba hundiendo bajo sus pies, la gente todavía atestaba los bares y los burdeles del callejón de la Sangre. La ópera china y los restaurantes medraban. En Bubbling Well Road continuaban jugándose partidos de Jai alai. Los miembros del Eje y los de los países neutrales (los suizos y los holandeses) seguían bailando foxtrot en el Majestic y bebiendo absenta en el Club Francés. Los amantes del jazz continuaban abarrotando el Club Argentina.

La risa y el aroma de gente sana vestida con ropas limpias hablando en lenguas horizontales se le antojaban un milagro. Un baño en las Mansiones Hunan, una cama con sábanas limpias, dormir durante días. Se pasó la primera semana allí inclinado solemnemente sobre platos de comida, y luego se unió a un grupo en el Argentina, con su brazalete con la «A» de americano. Los otros músicos eran desconocidos, dos llevaban una «J» y otros dos una «I». Al principio, tocó con cautela; sentía timidez al tocar aquella nueva trompeta. Pero enseguida empezó a tocar con la misma energía de antes, aunque notaba que se cansaba ahora con más rapidez.

Comenzó de nuevo a buscar a Sunny y a la niña. Preguntó en las calles, en las salas de baile, e incluso a gánsteres que conducían vehículos a prueba de balas. Interrogó a pederastas que vestían trajes de seda y entraban en el Hogar de Niños Pequeños de la Avenida Edward VII, y a los clientes del Verdugo Ciego, donde hombres desnudos eran humillados y azotados con látigos de alambre por pequeñas chicas ciegas que tenían lentejuelas alrededor de los ojos. Incluso preguntó a la gente que presenciaba la manifestación de los miembros del gremio de «Transportistas de Excrementos» por sueldos más altos, menos horas de trabajo y carretillas que no estuvieran inclinadas hacia un lado. Le preguntaba a criaturas desconocidas con las que se cruzaba en la niebla:

—¿Has oído hablar de Sunny Sung, de Honolulu?

Después de unas cuantas semanas, los sonidos guturales del acento alemán comenzaron a sacarle de quicio. Y la risa de las putas rusas que bailaban foxtrot con generales japoneses. Escuchó a unos franceses discutiendo sobre las chicas chinas de diez años con los pies vendados, decían que cuanto más rotos y retorcidos tuvieran los pies más pliegues tenían en la vagina. Lo que hacía que dieran más placer. Semejantes palabras fueron como bofetadas en el rostro de Keo.

Su forma de tocar se hizo más lenta. Se volvió grosero y soez, maldecía a las parejas que estaban en la pista de baile, les soltaba sonoros eructos en la cara. La gente se reía, divertida por su oscura y sudorosa perversidad. Al ver a personas bien alimentadas bebiendo whisky y deslizándose por el suelo como si fueran patinadores,

él pensaba en los horrores de Woosung. En esos momentos desearía regresar a las Mansiones Hunan y destrozar su habitación. Luego se comportaba durante un rato, aguantando su ira en su interior.

Una noche, un francés pidió que tocase algo de Louis Armstrong.

—... su forma de vocalizar en versión *scat* en «Tiger Rag».

Y un alemán le gritó:

—¡Sí! ¡Toca verdadera música de negratas!

Algo en lo profundo de sus entrañas se revolvió. Saltó del escenario y aterrizó con los dos pies en el pecho del alemán, al tiempo que intentaba destrozarle la cabeza con su trompeta. Uno de los gorilas del local lo derribó con un palo, y cuando recuperó el sentido lo estaban arrastrando al exterior del Argentina.

Su cabeza chorreaba sangre, pero aun así le gritó a la multitud:

—¡Hijos de puta! ¿No os habéis enterado de que habéis perdido la guerra?

En el campo de Woosung se apiñaban en gélidos barracones de cemento. Paredes desnudas, suelos desnudos, bombillas que apenas iluminaban. Las sábanas hechas girones que originalmente se habían utilizado para separar los catres ahora se usaban como mantas o mortajas. La gente, simplemente, dejó de ver a los demás. La desnudez no llamaba la atención, por lo que, de un modo algo perverso, conseguían privacidad. Lo único que los unía era saber que probablemente todos morirían.

Ese año, los tifones no cesaban. La lluvia caía como auténticas cortinas de agua e inundaba los hospitales improvisados, en los que los pacientes salían flotando de sus camas. Un barracón se vino abajo, dejando seis muertos. Se cortó la electricidad. Y, finalmente, los pozos negros se desbordaron. Inmersa en porquería, la gente acabó por rendirse. Los prisioneros dejaron de esquivarla, dejaron de aguantar la respiración, durmieron y vivieron con ella. Y el tifus se extendió.

Un día, el enclenque médico del campo pesó al prisionero que ocupaba el catre al lado del de Keo. Por la mañana pesaba sesenta kilos. A mediodía había subido a casi setenta. Y por la tarde, horriblemente hinchado, pesaba ochenta y cinco. Beriberi húmedo. Su rostro, teñido de un color amarillento y grisáceo, estaba tan inflado que las montañas que formaban sus mejillas apenas le dejaban ver. Cada noche, cuando el doctor le hacía punciones para extraerle líquido, los demás observaban horrorizados cómo aquel globo humano se deshinchaba hasta quedar reducido a la nada.

La desnutrición provocó una locura incipiente. Los hombres peleaban entre sí. Las mujeres se atacaban las unas a las otras con las uñas rotas y pinzas del pelo oxidadas. Los niños se mordían como perros. De algún modo entendían que pelear era algo bueno, pues los distraía del horror y, durante un momento, del hambre. Para cuando llegó el mes de marzo, incluso los guardias comenzaron a sufrir de

desnutrición. Quién iba ganando la guerra ya no era algo que pareciera importarle a nadie.

Un día, Simmons, un canadiense enorme que trabajaba para los alemanes, cayó enfermo de malaria. Los parásitos en los glóbulos rojos de su sangre se multiplicaron. Sufrió una fiebre desbocada que lo bañaba de sudores fríos, luego calientes, y luego el delirio. Los glóbulos enfermos atascaron sus arterias. Su orina se volvió marrón. Si llegaba al negro, estaba acabado.

Los demás se reunían cerca de su catre.

—Dejad que ese bastardo se muera.

Durante los últimos ocho meses el tipo había frecuentado las celdas de tortura en un recinto especial dentro de Woosung, donde los japos retenían a pilotos aliados derribados, muchos de los cuales estaban heridos y medio muertos. Simmons les había intentado sonsacar información militar, ofreciéndoles a cambio morfina y cigarrillos. Cuando se negaban a hablar, les golpeaba. Había pateado a un piloto americano cubierto de quemaduras hasta matarlo mientras los guardias reían, incitándolo a seguir.

Ahora, con la fiebre galopante, la cara de Simmons resultaba casi irreconocible, como la piel de algún animal estirada sobre palos y puesta al sol. Ese era el aspecto de todo su cuerpo. Keo miró fijamente su cabeza encogida. Sus ojos parecían sobresalir, enormes.

El canadiense le agarró del brazo.

—Agua. Ayúdame. Van a enviar quinina desde Shanghái...

Keo oyó el tamborileo de su pecho. Se inclinó hacia él y negó con la cabeza.

—Nadie te va a enviar una mierda.

Simmons intentó sentarse en el lecho.

—Te pagaré. Te sacaré de aquí...

Temiendo que fuera cierto que enviaran quinina y que aquel tipo pudiera recuperarse, Keo lo empujó hacia abajo y le arrancó la almohada mugrienta de debajo de la cabeza.

—¡Bastardo! Esto es por todos los chicos del aire a los que has matado.

Le puso la almohada sobre la cara y se sentó encima, contemplando cómo las manos de Simmons luchaban infructuosamente. Sintió el temblor de los músculos del tipo en sus propias caderas. Apretó los dientes hasta que el temblor cesó. Los demás miraban desde la puerta. Esa noche, Keo tiró el cuerpo a un foso lleno de excrementos y luego se santiguó, rezando por los pilotos. Al volver a su catre encontró encima varios regalos: una patata, cuatro cigarrillos, calcetines limpios.

Una noche, después del toque de queda, una mujer rubia y pálida se colocó a su lado.

—Por favor, deja que me tumbe aquí. Tengo mucho frío.

Tenía un olor notoriamente acre y femenino. La mayoría de las mujeres olían así a causa de sus períodos. Keo se preguntó cuándo habría sido la última vez que aquella mujer se habría dado un baño, cuánto hacía desde que había tenido una pastilla de jabón en sus manos. Tiró de ella hacia el catre y la rodeó con sus brazos. Ella comenzó a llorar.

—Simmons era mi marido...

Cuando Keo trató de responder, la mujer le tapó la boca.

—Nos conocimos en Shanghái. Se casó conmigo porque necesitaba una tapadera. Yo no lo sabía. Cuando descubrí que trabajaba para los alemanes, lo maldije y deseé que estuviera muerto. Él me dijo que me mataría si lo contaba. —Buscó en la oscuridad hasta encontrar la mano de Keo—. Me mudé al barracón de las mujeres solteras.

Se llamaba Ruth. Era irremediabilmente delgada y nada atractiva, y no paraba de frotarse constantemente las encías sangrantes con los dedos. Pero era una mujer, y era cálida. Keo se descubrió a sí mismo aterrorizado, queriendo hundir la cabeza entre sus senos y llorar. Durmieron como niños, el uno al lado del otro. Parecía que lo único que deseaban era un poco de calor. Luego, una noche, ella le dijo:

—El guardia, Suga... me viola. Cuando termina, me mete una batata en la boca. Estoy demasiado débil para pelear con él.

Suga era un guardia grande y fornido que se había vuelto un tanto loco. Keo sabía cuando estaba cerca porque le rodeaba un olor pestilente. El tipo se jactaba de lo mucho que odiaba a los blancos, a los chinos e incluso a sus superiores. Como había sido reclutado a la fuerza, dirigía su odio contra todo. Había matado a dos británicos con sus puños, y luego les había robado los zapatos y había hecho negocio con ellos. Ayudado por la oscuridad, acosaba a las mujeres.

—Cuando una mujer está muerta de hambre —preguntó Ruth—, ¿es tan malo que la violen si después le dan de comer? Si acepto comida a cambio, ¿es violación? ¿O trueque?

Keo se incorporó despacio.

—¿Con qué frecuencia lo hace?

—Varias veces a la semana. No grito porque me estrangularía. Y... tengo tanta hambre que pienso en la batata. ¿Soy una puta?

Keo la acogió entre sus brazos como si fuera una niña.

—No. Solo estás intentando no morir.

Una noche Suga se abalanzó sobre ella, la tumbó y le abrió las piernas. Keo le atacó por detrás con un trozo de alambre. Le rodeó con él el cuello y tiró con tanta violencia que oyó cómo algo se rompía. Suga rodó hacia un lado, jadeando y parpadeando, con el pene colgando de su bragueta. Furioso al ver que no había terminado, Keo maldijo, condensó todo lo que sentía en su interior y se lanzó hacia

delante, golpeándole la cabeza con una piedra. Suga murió aferrado a su pene. Aún lo tenía erecto cuando lo arrojaron a un agujero lleno de barro.

Keo llevó a Ruth a su catre, ambos entumecidos y sintiendo escalofríos. Al amanecer ella se había ido, pero a la noche siguiente estaba de vuelta con un pequeño trozo de jabón. Hirvieron agua detrás de la cocina improvisada del campo, se lavaron el uno al otro, riendo y llorando cuando se les congelaban las pestañas. Esa noche se hicieron amantes, medio muertos de hambre y medio locos.

—No menciones el amor —suplicó ella—. Ni a Dios, ni nada.

Después de aquello, siempre que les era posible, se buscaban para estar juntos. Él le contó todo: su música, sus viajes, la búsqueda de Sunny y su niña. Nunca hablaron de Simmons o del guardia. La muerte era algo que sucedía todos los días, y ahora también el asesinato. Keo volvería a cometerlo en cualquier momento. Y en cualquier momento alguien podría asesinarlo a él. Había rumores de que todos los prisioneros del campo serían pronto llevados hacia el interior de China. Y como las fuerzas Aliadas derrotaban a las japonesas, los prisioneros serían ejecutados en masa.

Ellos ignoraron el futuro, se aseguraron de que cada día tuvieran una tarea por hacer, que hubiera un sentido para cada día. Y cada noche se abrazaban el uno al otro, no por amor, sino por la necesidad de demostrar que estaban vivos y hechos de carne, por la necesidad de conectarse tal y como solían hacer los seres humanos. Una mañana, durante el recuento, Ruth se dobló por la cintura y vomitó. Se le habían hinchado las piernas y no podía caminar. Emitía un silbido al respirar, tenía los pulmones llenos de líquido.

Keo la enterró en una pequeña tumba individual, y sintió una fatiga inmensa, tan grande que ya nada le importaba. Todo estaba muy lejos. Volvió a colgar sus sábanas hechas jirones para obtener algo de privacidad. Se quedaba con la mirada clavada en la pared cubierta de moho y la carta de Malia, húmeda y arrugada, sobre el pecho. Sabía de memoria todo lo que ponía en ella, pero su contenido importaba cada vez menos. Nada se movía, ni en su cabeza ni en su cuerpo. No se le ocurría ninguna razón para moverse.

Para entonces había quedado reducido a huesos y pellejo, y el color de su piel se había vuelto de un gris enfermizo y como salpicado de escamas. Despertaba con fiebre, y el líquido que rodeaba sus articulaciones parecía haberse convertido en agujas que se le clavaban todo el tiempo. Sentía un dolor horrendo, y luego frío y escalofríos. Sus vecinos de cama examinaron su orina, sintiéndose aliviados al comprobar que seguía siendo amarilla: principio de malaria que todavía no había pasado a «fiebres de aguas negras». Se consiguió quinina de contrabando.

Un día los guardias entraron violentamente en los barracones, golpeando a los prisioneros con las culatas de los rifles y arrancando las sábanas colgadas. Se dirigieron hacia Keo. Uno de ellos se abalanzó sobre él, gritando de forma

disparatada y dándole golpes en la cabeza como si fuera un matón. Luego se inclinó sobre él y le escupió, un enorme salivazo lleno de mucosidad. Aturdido, Keo los vio patear su orinal por el pasillo mientras se marchaban. Sus compañeros le limpiaron con un trapo, y fue entonces cuando descubrieron, en aquel salivazo, un pequeño vial con polvo blanco.

—¡Heroína! Lo suficiente para que puedas dormir una noche entera.

Y, enterrado en el polvo, un minúsculo trozo de seda en el que había unas palabras escritas en miniatura. VALOR. UGH.

Keo encontró la fuerza para sonreír.

Comenzó a recuperarse. Al oír el traqueteo de los carros de comida por los senderos de ceniza (una letanía de cuencos de arroz putrefacto), se incorporó sintiéndose de repente cargado de energía. Percibió un tufillo a algo, no del arroz, sino de las ruedas de los carros al producir chispas al chocar contra las piedras de sílex. Las chispas producían un olor a fuegos artificiales, el mismo que se producía al limar *pōhaku*, piedras para hacer con ellas las bolas para los antiguos bolos hawaianos. Su padre le había enseñado cómo hacerlo. Por primera vez en varias semanas, Keo se arrastró fuera solo para oler aquellas chispas que le hacían volar momentáneamente a casa.

Un día cambió el tempo, se barrió el campo y se puso todo en orden. Los guardias cepillaron sus uniformes. Un Mercedes negro cruzó las puertas flanqueado por camiones con soldados que apuntaban con sus metralletas desde los estribos. Tokugawa inclinó la cabeza repetidamente mientras un coronel japonés se apeaba del vehículo y consultaba una lista con su ayudante. Los soldados se dirigieron a uno de los barracones y sacaron a rastras a una familia americana compuesta por madre, padre y un niño. Otros soldados sacaron a dos mujeres también americanas y a dos hombres de los barracones de solteros. El coronel frunció el ceño y dio unos golpecitos en su lista, gruñéndole a Tokugawa.

—Uno más de este campo: Meahuna, Keo.

Los soldados lo sacaron de su barracón y lo empujaron a un camión. Todo el campo se quedó mirando fijamente, sin que nadie tuviera el valor suficiente para decirles adiós con la mano. Durante las tres horas siguientes, Keo estudió el cañón de una metralleta, consciente de que pronto estaría muerto. Le llevaban a Shanghái para fusilarlo por haber asfixiado a Simmons, el informador. O para cortarle la cabeza por haber matado al guardia. O por haber golpeado al nazi homosexual.

Sintió una curiosa sensación en sus entrañas, el terror le despertaba los sentidos. El guardia que estaba sentado más cerca de él apestaba. Su aliento, su sudor, incluso sus ropas, hedían a grasa rancia, como un cerdo. Durante meses, Keo no se había

permitido pensar en comida, por miedo a que eso le hiciera volverse completamente loco. Ahora, como creía que estaba a punto de morir, se concedió ese lujo.

Trozos de cerdo asado empapados de salsa. Suculento cerdo *kālua*. Gruesas lonchas de crujiente beicon. Podía saborearlo, sentir cómo se rompía entre sus dientes, cómo se le hacía la boca agua. Empezó a masticar, casi como si rezase, o como si sus rezos hubieran sido respondidos. Babeó sobre sí mismo y sobre el soldado, y sobre el cañón de la metralleta. Los guardias se apartaron entre risas, convencidos de que había perdido la cabeza.

No podría recordar el momento en que llegaron a Shanghái. Unas enfermeras de la Cruz Roja le ayudaron a incorporarse. Y se irguió dispuesto a recibir la bala, la porra, la bayoneta. Se le acercó un médico de rasgos hindúes con una jeringa en la mano y le frotó el brazo con alcohol.

—Esto es glucosa. Alimento. Ahora mismo una comida sólida te destrozaría el estómago.

—¿Van a fusilarme?

El doctor se apartó un poco, luego resopló y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tranquilo, te vamos a repatriar.

Keo movió la cabeza a uno y otro lado, confuso.

—¿Lo entiendes? Te vas a casa.

Sábanas blancas. Camas llenas de seres humanos tan esqueléticos que él, a su lado, parecía robusto. Pensó en aquello que había dejado atrás en Woosung, en campos de prisioneros por toda Asia, niños con tifus, hombres que pesaban menos de cuarenta kilos. ¿Por qué yo? ¿Por qué me han elegido para darme la libertad? Desgarrado por la culpa y el agotamiento, pensando en Sunny y en su hija, rompió a llorar. Miembros de la Cruz Roja le preguntaron su nombre y su nacionalidad, le interrogaron sobre su estancia en el campo. Él siguió llorando. Un vaso de agua, la fría y limpia bacinilla, cualquier cosa le hacía llorar.

—Sí, llora —le dijeron—. El llanto te ayudará a recuperarte.

Los médicos le dieron sedantes para que su cuerpo pudiera relajarse y comenzar a curarse. Las fiebres causadas por la malaria regresaron, y luego fueron lentamente disipándose. Las úlceras que tenía en los brazos y en las piernas comenzaron a cicatrizar. El horrible dolor provocado por la falta de sal fue gradualmente abandonando sus huesos y músculos. No había comprendido lo destrozado que estaba. Ganó medio kilo. Luego otro medio. El hombre que estaba a su lado murió por comer demasiado. Tras dos semanas, lo trasladaron a un pabellón ambulatorio. Ya podía digerir comida sólida. Se fumó un cigarrillo. Su piel pasó del gris a un marrón apagado.

Comparó sus llagas, su digestión y el aspecto huesudo de su trasero con los de los otros hombres. Se daba baños de tres horas de duración y se cortó el pelo. Veía

películas e intentaba leer la revista *Life*. La guerra se propagaba con fuerza por todo el mundo y millones de personas estaban siendo masacradas. Se enteró de «la Marcha de Batán», en la que siete mil soldados Aliados habían sido asesinados. Los voluntarios le llevaron ropas de civil, pero Keo las rechazó. Hasta que pudiera ponerse un uniforme y servir a su país, se vestiría con trajes de faena propiedad del Estado.

Buscó el nombre de Sunny en las listas de prisioneros y en las de los que iban a ser repatriados. Que su nombre no figurase allí significaba que había huido, que ella y el bebé habían conseguido salir. Keo no podía admitir la posibilidad de que estuvieran muertas. Las negociaciones para el intercambio de soldados japoneses capturados y prisioneros Aliados llevaron semanas. Y entonces, una noche, unos oficiales se presentaron ante ellos.

—Ya no son ustedes prisioneros. Ahora son evacuados. Llevarán puestos chalecos salvavidas en todo momento.

Al amanecer, casi mil doscientas personas fueron llevadas desde los muelles a un inmenso buque de vapor que los esperaba para trasladarlos a Tokio. Desde allí, un barco de transporte de tropas los llevaría a Honolulu. Lentamente, con gran esfuerzo, subieron por las escalerillas y se quedaron en la borda mientras Shanghái iba haciéndose cada vez más pequeña. A las pocas horas de navegar por el Huangpu y adentrarse por el Yangtsé, varias docenas se retiraron a la cubierta de enfermería, demasiado débiles para estar de pie o para retener la comida. Otros sollozaban porque habían olvidado cómo utilizar el retrete o los cubiertos.

Los marineros les asistían con gentileza, ayudándoles a incorporarse cuando se desplomaban. Algunos estaban histéricos y temían que se tratase de una broma, que en cualquier momento los abordaría un barco japonés y les obligarían a regresar a los campos. O imaginaban que el buque chocaría con una mina y saltaría por los aires.

—Por eso a las familias las han alojado en camarotes, para que puedan morir juntos cuando se produzca la explosión.

A los solteros se les asignaron colchones o hamacas en cubierta.

Keo permanecía sentado durante horas, poniéndose al día con las noticias: intento de asesinato de Hitler, el Almirante Yamamoto había sido derribado en el Pacífico. También escuchaba historias de los campos de prisioneros: comandantes sádicos, atrocidades de todo tipo. Algunos días se encerraba en el aseo solo para estar solo. Las noches eran lo mejor, allí tumbado, envuelto en las mantas del ejército, con la espuma del océano a su alrededor.

Una noche, mientras dormitaba, sintió que algo le tocaba muy suavemente la mejilla. Sonrió, sabiendo que se trataba de Ugh.

—¿Qué, Hawaiano, ya has tenido suficientes aventuras?

—Debería haberlo sabido. ¿Cómo conseguiste sacarme de Woosung?

Ugh abrió un mechero de oro y lo encendió con una floritura desenfadada.

—Observa.

—El oro.

—La llama. ¿Qué la causa? Piedras de sílex. No se deterioran, y ahora son muy codiciadas. Kilo a kilo, el sílex alcanza un precio más alto que el oro. *Ma mère* se aprovisionó de un montón de sílex, como protección contra la inflación. Ahora posee un monopolio en Shanghái. Los japos están locos por los mecheros. Así que para eso deben conseguir su sílex, ¿no?

—Pero ¿por qué yo? Había muchos otros que necesitaban ayuda...

Ugh golpeó el suelo con su pequeño pie.

—Siempre haces preguntas. Tu vida por el mundo ha terminado, ¿no lo ves? Llévate todo tu conocimiento a casa, usa lo que has aprendido.

Parecía llevar un uniforme, un soldado en miniatura vestido con un traje de faena militar.

—Sí. Yo, también, estoy siendo evacuado. *Ma mère* me agota, sigue siendo tan negociante como un faraón. Nunca la he perdonado por sacarme de Honolulu y llevarme a Shanghái cuando era un niño. Huyó de vuelta a China diciendo que mi padre era demasiado *moloā*, demasiado vago. Quería convertirme en un chino puro, extraerme toda la sangre hawaiana. ¡Ahora regreso a casa con mi padre *kānaka*!

—Le romperás el corazón a tu madre.

Ugh echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír:

—¡Tiene a *Tsih-Tsih*! ¡Lárgate, lárgate! Ese pequeño y aburrido paquidermo. Un hijo perfecto que realiza trucos inteligentes y llora cuando ella se lo ordena.

—Pero ¿cómo puedes...?

Ugh lo empujó para que volviera a su hamaca y comenzó a hablar en la jerga de las islas:

—¡No importa! Ahora es momento para *moe moe*. Puede que cuando nos despertemos, la guerra haya terminado.

Por primera vez en varios meses, Keo durmió. Durmió tanto y tan profundamente que apenas podría recordar el puerto de Tokio, ni a las enfermeras de la Cruz Roja guiándoles a bordo de un enorme buque de transporte de tropas. Ni la banda que tocaba canciones sensibleras.

Su hamaca estaba colocada en una cubierta sin techo, de modo que Keo se balanceaba bajo la luz de la luna mientras el mar en calma transformaba las noches en una ficción balsámica. Con los dragaminas comprobando la seguridad del rumbo que llevaban, cada día era una espiral infinita de comidas y conversaciones interminables. Ya estaba cansado de la gente.

Agradecía a Dios cada noche en la que podía quedarse a solas, con la sangre recorriendo sus venas en un paralelismo de las corrientes oceánicas. El mismo océano

que lo había llevado al mundo exterior lo llevaba ahora de vuelta a su hogar. Estaba volviendo a casa sin ella.

PARTE II

E HULIHULI
HO'I MAI

Gira y vuelve

HO‘OWAHINE

Convertirse en mujer

HONOLULÚ, PRIMAVERA DE 1943

Una ciudad con los nervios a flor de piel a causa de la guerra. El latigazo nocturno de las sirenas. Todo racionado hasta el extremo. Malia ahora solo contaba con el trabajo en el Barrio Chino, en Hotel Street, moviendo sus caderas cubiertas de celofán para los militares. En sus horas libres, ayudaba a una mujer que vivía a poca distancia de Kalihi, cosiendo *cheongsams* para chicas de la calle y prostitutas *haole* que trabajan en prostíbulos como el Bronx Rooms, el Senator o el Beach Hotel.

Cuando descubrió que Malia bailaba para los soldados, la costurera, una imponente hawaiana llamada Pono, la riñó diciéndole que podía percibir el olor a *haole* en ella. Decía que ese olor manchaba sus telas y hasta el hilo con el que cosía. Levantó su antiquísima máquina de coser para mostrarle la parte inferior, anaranjada y sucia, y la apuntó con el dedo:

—Tu olor a *haole* me está oxidando la Singer, ¡qué vergüenza!

Malia le clavó la mirada.

—No me hable de vergüenza. Yo alimento a mi madre y a mi padre. Pago la hipoteca de su casa.

—¿Con el dinero que ganas en ese antro? Eso es lo mismo que comer arroz sucio.

—No tengo opción. —Encorvó los hombros—. Mi padre perdió su trabajo. Y mis hermanos están fuera, en la guerra.

Pono suspiró y dirigió la mirada hacia dos de sus hijas, que colgaban la colada en el patio. Le tendió a Malia siete billetes de dólar doblados.

—Vete. Vuelve cuando hayas terminado de mancharte a ti misma con el aliento de los marineros. Te enseñaré los secretos del diseño. Eres muy buena cosiendo.

Malia se metió los billetes en el bolsillo y preguntó:

—Y, mientras tanto, ¿cómo se supone que voy a vivir?

—Como todos los *kānaka*. Trabajando en la fábrica de conservas. —Pono hizo un gesto hacia sus hijas—. Por ellas hago turnos de doce horas. Y al venir a casa, cocino, plancho, coso.

—¿Dónde está su padre? ¿En el extranjero?

El cuerpo de Pono pareció contraerse. Cerró su rostro como si fuera una puerta. Era una mujer hermosa, con una estatura y una elegancia que hacían recordar a sus ancestros polinesios, los intrépidos Vikingos del Pacífico. Con más de un metro ochenta de altura y su melena negra cayendo en cascada por su espalda, había en ella

algo que intimidaba, la fuerza de una mujer que había sufrido, que había cometido cualquier acto imaginable por el padre de sus hijas, un hombre maldito con *ma'i pākē*. Lepra.

Años atrás se habían escondido en las selvas tropicales, huyendo de los cazarrecompensas que perseguían a los leprosos. Después de un año escondidos, el amante de Pono había sido atrapado y desterrado a una isla en la que los leprosos eran abandonados para sufrir y morir. Pono continuó huyendo, con la semilla de su amante floreciendo en su vientre mientras los cazarrecompensas la perseguían. Los médicos querían ponerla en cuarentena y estudiarla, comprobar si su cuerpo se llenaría con las llagas de su amante. Inmune a la enfermedad y sola en la jungla, Pono había dado a luz a una hija sana, y después encontró trabajo de lavandera en una plantación de azúcar.

Durante meses había sufrido los abusos nocturnos del *haole luna*, el capataz, que la amenazaba con entregarla a los cazarrecompensas. Una noche, llena de rabia, le hundió un palo afilado en el corazón mientras él yacía sobre ella. Luego cogió a su hija y corrió. Corrió durante años, de isla en isla.

Pero cada mes dejaba a su niña para ir a la isla de Moloka'i a reunirse con su amado, Duke Kealoha, en la colonia de leprosos, el Lugar de los Muertos Vivientes. Con los años nació una segunda hija, una tercera y luego una cuarta. Cada mes, cuando el barco de vapor que iba con suministros hacia Moloka'i, Pono dejaba a las niñas con vecinos, con desconocidos, con cualquiera, amontonadas como sacrificios ofrecidos al mundo.

Cuando se hicieron lo suficientemente mayores para preguntar por su padre, les dijo que trabajaba en las minas de oro de Alaska. Cuando la mayor preguntó si volvería a casa algún día, Pono respondió:

—Algún día.

Las dejó crecer sin padre por no querer contarles que era *ma'i pākē*. Era el deseo de Duke, porque no quería afrontar la vergüenza de que sus hijas supieran lo que él era. Pono no era una mujer maternal por naturaleza, sus sentidos parecían estar afinados a algo más distante. No obstante, resistió, sacrificando su juventud y su belleza para alimentar, proteger y educar a las hijas de aquel hombre. Aunque amaba a las niñas, también las maldecía. De no ser por ellas, podría reunirse con él en su destierro.

Duke Kealoha era un hombre que amaba la música, los libros, la conversación. Procedía de una familia culta destruida por la lepra, que había devastado a los hawaianos en la segunda mitad del siglo XIX. Incluso en la actualidad estaba matando a familias enteras. Hasta que él la había encontrado (alguien salvaje viviendo en soledad), Pono no había sabido quién era ni cuánto podía ser.

De niña había tenido extrañas visiones, se rumoreaba que era una *kahuna*, un

vidente. A medida que fue creciendo se dijo que podía transferir el dolor de una persona a otra, que estaba dotada de un doble *mana*, un alma doble. Podía matar a alguien con la mirada. Había incluso rumores de que era parte *manō*, tiburón. Cuando se bañaba por las noches en el mar, la gente decía que veía cómo su piel se volvía gris y su mandíbula se deformaba para convertirse en el morro de un tiburón. Aterrorizada, su familia la había expulsado para siempre.

Respetando su doble *mana*, Duke la había alimentado pacientemente, haciendo que lo mejor de ella saliera a la superficie. A través de los años le había ido enseñando las verdades de la vida y del corazón: piedad y orgullo, compasión, sacrificio, sin los cuales la vida humana está condenada al fracaso. Por muy terribles que fueran los estragos que la lepra causaba en su cuerpo, por mucho que mutilase su rostro y sus extremidades, Pono no dejaría de amarlo. Él la había hecho volver a nacer, seguía ocupando su corazón.

Ahora, a menudo lloraba cuando se encontraba a solas. El amor la había hecho impotente. Sus poderes *kahuna* no alcanzaban a Duke. No era capaz de curarle su *ma'i pākē*. Año a año, contempló cómo su cara se colapsaba lentamente y sus extremidades se convertían en artefactos.

Malia duró cinco días en la fábrica de conservas. El empalagoso hedor de las piñas. Sarpullidos extendiéndose por la cara interior de sus brazos. La capataz detrás de ella gritando «¡Coge tu piña! ¡Coge tu piña!». Cuchillos cortando y tajando. Las historias susurradas de dedos rebanados, manos enteras cortadas. Después de eso, encontró trabajo fregando los suelos de la comisaría del centro de la ciudad. Hasta que le entregaron un trapo y un cubo y le señalaron los retretes.

Se pasó un mes en Pearl Harbor, preparándose para un empleo de soldadora, hasta que comenzaron los comentarios groseros. Habían llegado desde el continente miles de trabajadores para los astilleros y para salvamento, y, entre ellos, las personas decentes parecían en notable inferioridad ante los brutos. Un mecánico con barba rubia la llamaba Java. Caderas Java. Le dijo que le gustaría removerle el café con su polla. Malia se giró, se fue hacia él con aire casi lánguido y le abrió la nariz de arriba abajo con el extremo afilado de un martillo.

¿Cómo vivir? ¿Cómo ganarse la vida? Una noche, tras mirar fijamente sus alimentos racionados y a su padre en paro, Malia se vistió con un *cheongsam* y se paseó por Hotel Street, insinuándose y haciéndose llamar Colette. Avanzó con un balanceo suave y sibilante, atrayendo las miradas de los soldados. Caquis del ejército, blancos de la armada. Los colores de los boy scouts y de las vírgenes. Dios, hacen que mi sangre se eche a reír. Al remover lo que cubría la superficie, la piel blanca de los *haole*, lo que encontraba debajo eran hombres, hombres normales. Sin nada que

los diferenciase de los *kānaka*, los *pākē*, los filipinos, todos ellos guiados por los mismos ritmos: desvaneciéndose en las caderas de una mujer, dejando su semilla y las marcas de sus pezuñas.

Sin embargo, incluso con los soldados y marineros, a los que les cobraba demasiado para que pensasen que ella valía la pena (a pesar de ir a hoteles baratos y realizar una pantomima de amor fugaz), Malia pensaba siempre en Krash Kapakahi y recordaba la primera vez que habían hecho el amor. La noche antes del ataque a Pearl Harbor.

Llevaban solo cinco semanas siendo amantes cuando él decidió alistarse. Pero en ese tiempo, ella y Krash habían penetrado en el otro y habían esculpido sus entrañas. Se habían desgastado el uno al otro hasta quedar casi transparentes, hasta que lo único que quedaba de ellos era aliento contenido. Nunca hicieron promesas, siempre se acercaron el uno al otro con una parsimonia deliberada, con el sigilo de los animales nocturnos. Ella comenzó a comprender que aquel amor no era algo pasajero, que tenía sus raíces en sus entrañas, que era incurable.

Cuando él se fue a la guerra, ella supo, por medio de una alegre crepitación, que llevaba dentro a su bebé. Y a medida que crecía y se removía en su vientre, la ausencia de Krash se convirtió en algo tan potente que Malia se preguntó cómo podría soportar de nuevo su presencia, si acaso sobrevivía. Ahora soportaba su presencia cada día, en el rostro de la niña, en la forma con que la gente la miraba de soslayo cuando decía que era *hānai*, «adoptada». La soportaba con temor al futuro.

Durante meses mantuvo a «Colette» ajena a ella, como si no tuviera relación alguna con ella. Cada noche, al salir de Hotel Street, se quitaba el *cheongsam* antes de llegar a Kalihi Lane. Se duchaba con la manguera en el minúsculo garaje y contemplaba cómo el sudor que los extraños habían vertido sobre ella se deslizaba hacia el patio. Aun así, no podía soportarse a sí misma hasta que se bañaba por segunda vez: restregando su piel con un cepillo y con detergente en la misma bañera en la que una noche Rosie Perez había dado ficticiamente a luz durante un corte de luz, con solo Malia y Leilani para atenderla en el parto.

Algunas noches se sentaba en la oscuridad, para recordar. Había pasado nueve meses deslizándose por un túnel, nueve meses en los que no había sangrado. Luego había llegado el parto, se había desquiciado mientras de su cuerpo brotaban orquídeas de sangre. Recordaba haber mordido una pastilla de jabón para ahogar sus gritos. Su cuerpo emitió un chisporroteo y, de repente, se desinfló. La piel del color suave, blanco y beis de la cáscara de huevo, y los ojos del vacilante azul de las ciruelas. La cara diminuta parecía un duplicado de los rasgos de Krash. Un bebé tranquilo que colgaba en un margen de la vida de Malia, llamando apenas la atención, manteniendo su historia en secreto. Pero algo en su forma de mirar empezó a hacer mella en Malia, la mirada de aquel bebé parecía casi una súplica. Una noche se quitó el *cheongsam* y

le dio la espalda a Colette para siempre.

Volvió a bailar en locales de Hotel Street. Pero ningún hombre la tocaba, había algo en sus ojos y ninguno se atrevía a hacerlo. Algunas noches permanecía junto al bebé en su cuna, en la habitación de Jonah. Miraba su carita dormida y se preguntaba si sus hermanos se creerían que aquella niña era de Rosie Perez y que ella la había adoptado porque Rosie ya tenía muchos hijos. Rosie y su marido, ambos hawaiano-portugueses, habían engendrado a niños de todos los colores, uno con la piel dorada, otro pálido como el tofu, uno pelirrojo con pecas, y otro, un auténtico *kānaka* oscuro.

Incluso Timoteo creía que la niña era de Rosie. Entrañable mujer. Se había pringado los muslos con la sangre de Malia y se había metido en la bañera, sobre la toalla ensangrentada, envolviendo al bebé justo cuando Timoteo regresaba a casa después de su turno de vigilancia en la calle. Ahora Malia tocó las pestañas de la criatura dormida y percibió el olor a talco y pañal sucio. Un olor que le producía arcadas. Esa sensación tenía menos que ver con el bebé que con el hecho de ser madre, con lo que eso representaba.

No me frenará. Un error no debe convertirse en un obstáculo.

Algunas noches contemplaba su propia habitación, con los vestidos colgando de las perchas como soldados, con los zapatos petrificados en fila. Recordó a Keo diciéndole que agarrase la vida, que fuese inteligente y atrevida. ¿En qué se había convertido en aquellos cinco años? ¿Cómo podría mantenerle la mirada, a él, que había salido al mundo, que lo había visto y hecho todo? Mientras que ella podría reducir su propia vida a una sola cucharada.

Ahora, tarde ya por la noche, después de ducharse y restregarse, recogió su rostro donde lo había dejado, en el espejo. Se tumbó, pensando en él. Una trayectoria a través de su conciencia que le aumentaba la temperatura, añadiéndose a sus secreciones como el azúcar y la insulina. En momentos como aquel sentía cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo en estado de alerta. Krash le había dado dignidad. Con él, Malia sentía que tenía un futuro más allá de bailar para los turistas, más allá del trabajo de sirvienta (cambiando sábanas, mirando en el interior de las maletas de desconocidos preguntándose «¿qué puedo robar? ¿qué puedo llevarme sin que lo echen en falta?»).

Al principio había querido amar a su bebé, alimentarlo. Luego, al descubrir la paciencia infinita y boba que la maternidad requería, decidió que aquella niña no era hija de Krash. De ese modo, podría dejarla a un lado y continuar con su vida. Sin embargo, él seguía acechándola y, en sueños, le acariciaba la espalda. Cuando pensaba en él estando despierta, sus movimientos se ralentizaban, como si los dioses comprendieran que necesitaba algún tipo de tracción.

Bueno, que vuelva a casa, que todos vuelvan a casa. Que la guerra acabe.

Entonces les mostraría lo que era la ambición.

Primero había llovido y luego la lluvia había dado paso a un sol líquido, y los montes Ko‘olaus se habían colocado una diadema de arcoíris. Buenas noticias en Kalihi Lane. El chico de Dodie Manlapit había sido enviado a Islandia, lejos de la lucha en Europa. Escribió a casa pidiendo veinte latas de cerdo en conserva. Y el chico de Walter Palama, Noah, había sido elegido para enseñar judo en Estados Unidos. El ejército no confiaba en él para el combate porque tenía seis dedos en cada mano.

Walter sacudió su cabeza.

—Noah se siente *hilahila*, está muy avergonzado por no poder luchar con los demás.

Timoteo asintió comprensivamente.

—¿Vosotros habéis visto alguna vez a Noah con un rifle? ¡Con todos esos dedos! Desmonta y vuelve a montar esa condenada arma antes de que podáis parpadear. ¡El ejército estadounidense está lleno de *hūpō*!

Pero en la oscuridad de sus respectivos dormitorios, sus padres se habían puesto de rodillas para agradecer la suerte de sus hijos. Para celebrarlo, la gente se reunió en el garaje de Timoteo con sillas plegables, guitarras y ukeleles. Ocultos tras las sábanas colgadas para que la luz no se viese desde fuera, abrieron jarras de vino de arroz, vino de raíz de ti y cerveza. Luego cuatro hombres con hojas de ti colgando de sus pantalones cortos bailaron *mele kāhiko*, cantos antiguos en honor de sus hijos en el extranjero. Se golpeaban ferozmente los brazos, los pechos, los muslos, mientras sus talones pateaban la tierra y la gravilla. Era un canto tan vibrante, tan profundo, que los vecinos de las calles cercanas se quedaron en silencio para escuchar.

Horas más tarde, Malia avanzó cansada por la calle, bajo una luna llena que le hacía olvidar las largas y agotadoras horas de trabajo. Se descalzó y sintió las pegajosas frutas de la pasión enredándose entre los dedos de sus pies. Las estrellas cubrían el cielo, convirtiendo la calle en una pintura aguada oriental, de forma que todo parecía azul, del azul del hielo, de las sombras, de los sueños recién recordados. El azul de las mangueras podridas entre la hierba, de las huellas, de los tatuajes viejos. Oyó voces que cantaban canciones antiguas: «E Ku‘u Morning Dew», y «Nani Ho‘omana‘o» y «Pua Sadinia».

En ese momento dio la impresión de que la luna disparaba un millón de gotas plateadas que atravesaron luces prismáticas y que la empaparon y oscurecieron aquella estrecha calle que bullía de ritmos humanos. Una calle tan estrecha que, cuando alguien troceaba una cebolla, al otro lado alguien lloraba. Pareció de repente un lugar mítico, conocido solo por unos pocos privilegiados, un reino diminuto cuyos habitantes se entregaban a la ensoñación, a fabular, un reino donde flores con forma de trompeta colgaban como si un coro de ángeles que flotasen en el cielo boca abajo

soplasen jazmín y jengibre en sus vidas.

La gente entraba y salía de los distintos patios, recordando a antiguas tribus que marchaban para coger fuego prestado. Lagartijas, como pequeños tísicos verdes, se deslizaban por las paredes. Malia se inclinó contra una tapia y vio a una pareja de jóvenes amantes correr hacia las sombras como peces del arrecife. Sonrió al pensar cómo recorrer aquella calle cada día era muy parecido a adentrarse en un bazar.

Cada patio, cada garaje, era un puesto de mercado donde algo era ofrecido o alguien actuaba. Ancianos con los dientes como colmillos amarillos se sentaban descamando *aku*. Clubes de esposas de porcelana (chinas y filipinas de huesos delicados) se inclinaban frotando prendas de ropa sobre tablas de lavar. Un niño sostenía un conejo entre sus manos. Guerreros con los hombros tatuados pulían la madera de las canoas. Y corriendo entre los arbustos, caravanas de críos con la lengua pringada de bebida en polvo, jugando al pilla-pilla o volando cometas hechas con pañuelos de papel. Allí un perro con bigotes de rata al que le han puesto de nombre Dios y que solo corre hacia atrás, aquí un gallo que solo cacarea a medianoche.

Hasta el ataque a Pearl Harbor, hasta que vio su mundo en llamas, Malia nunca había entendido que aquella calle tan estrecha, tan preciosa y efímera, podía desaparecer en un instante. Ahora veía que cada noche era un regreso al hogar, como tocar las raíces más profundas de los sentimientos. Al llegar el ocaso, la gente salía del mundo laboral y entraba en una especie de génesis. Ellos, que muy rara vez habían oído hablar de sindicatos, de domingos libres, de sueldos equitativos, dejaban sus fiambreras, se quitaban sus zapatos y sus pantuflas y se desperezaban sobre la tierra, que era regenerativa y los cargaba de energía. Existía allí algo tan primordial, que Malia sentía ahora cómo todo su ser entraba en conexión.

Desde el garaje de su padre le llegó el sonido de las canciones, y entre los vecinos distinguió la voz de pájaro de Kiko Shirashi uniéndose a las de los demás. Timoteo había defendido a su marido, ahora preso, y por eso no podía encontrar trabajo. Cada semana, en su reluciente coche negro, la mujer le llevaba a Leilani sacos de arroz, barriles de *shoyu*, y medio cerdo. Siempre llevaba una diminuta bandera americana y su insignia de voluntaria de la Cruz Roja, y siempre se interesaba por los chicos de Timoteo. Algunos vecinos la miraban mal, preguntándose cómo se las ingeniaba para esquivar el racionamiento de gasolina. Pero la mayoría era amable con ella.

Malia entró en el garaje, detrás de las sábanas colgadas, y sintió cierta timidez cuando Kiko la saludó con la mano y le hizo hueco. Aquella mujer siempre se vestía de un modo exquisito, de negro con toques de oro o jade, que hacía pensar en una pequeña araña elegante. Estaban todos sentados contemplando cómo Tía Moa Kalani bailaba al son de «Hanohano Hanalei», excepto que donde el baile pedía *'ulī 'ulī*, sonajeros cargados de semillas, y bambús, ella utilizaba latas de cerveza vacías. Luego se lanzó a un baile picante con Tío Pahu.

Tía Moa superaba de largo los setenta y poseía unos brazos y unos muslos grandes y jugosos. Tío Pahu, un hombre atractivo mitad filipino, era delgado como un junco y calvo como un tambor. Cuando bailaron «Princess Pupule», Tía Moa movió su trasero de forma salvaje, sacudiéndolo y haciéndolo girar de forma lasciva. Desternillados de risa, los demás se limpiaban la cara con toallas y bebían más vino casero. Medio borracho, Timoteo se inclinó hacia un lado y se sonó su enorme nariz en las orquídeas, volviendo a emerger luego de entre sus pétalos perfectamente sereno.

Las canciones fueron calmándose y Kiko Shirashi se giró para estudiar detenidamente a Malia, sonriendo a continuación con un gesto de aprobación. Malia había perdido su aspecto rollizo, de modo que su osamenta polinesia resultaba visible. Nunca sería una gran belleza, pero era extremadamente atractiva. Kiko siempre había sentido compasión por la joven, había pensado que le gustaría ayudarla, pero Malia no se lo había pedido. Sus modales y su forma de hablar la guiaban hacia rincones oscuros, la hacían parecer estafalaria en lugar de refinada. Eso llenaba a Kiko de inquietud, a pesar de que el único pecado de la chica era tratar de mejorar, de colmar sus aspiraciones.

La primera vez que se vieron, Malia llevaba un vestido de segunda mano, obtenido probablemente de algún cliente del hotel. Estaba gastado pero era caro, con hombreras y exquisitas costuras. Al visitar la Funeraria Shirashi, también llevaba zapatos de tacón de aguja demasiado pequeños, seguramente de alguna tienda barata. Intentó caminar de forma elegante y resbaló en el suelo pulido produciendo un sonido semejante al chirrido de un ataúd al abrirse. Kiko había sentido lástima por ella, pues temía que sus ambiciones y sus atributos naturales nunca llegasen a cuajar.

Pero ahora Malia parecía más refinada. Había abandonado sus gestos rápidos y eléctricos, ya no buscaba nerviosamente la pose adecuada. Había cambiado sus sombreros extravagantes por redecillas y peinados altos. Sus vestidos eran más simples, amplios de hombros, y parecían acomodarse a la figura de su cuerpo, aún voluptuoso.

—Con el Moana cerrado —le dijo Malia en confianza—, ya no puedo conseguirme otros. Ahora me hago mis propios vestidos.

Había algo relajado en ella, quizá fatiga, o quizá la guerra, que presionaba tanto que no dejaba espacio para ningún extra. No obstante, en sus ojos se apreciaba la desesperación, como si tuviera unas garras hundidas en su espalda. Kiko había escuchado rumores sobre la nueva hija *hānai* de Leilani, la adorable niña que ahora se les enredaba entre los tobillos.

—Así que ahora tienes una hermanita pequeña —dijo Kiko, acariciando la cabeza de la niña.

—... Sí.

Kiko se giró y le cogió la mano.

—Estás estupenda, Malia. ¿Un poco más delgada?

—El racionamiento de comida —sonrió ella—. Y la tristeza también afecta, ¿no es verdad? Mi pobre madre, sus tres hijos varones se han ido. —De pronto, se llevó las manos a la cara—. ¡Oh, Kiko! Lo siento. ¿Cómo está tu marido? ¿Puede escribirte?

Kiko asintió con gesto compungido.

—Pero su dignidad... no deja que me reúna con él. Ahora está en el campo del Lago Tule, en California.

Hablaba de un modo obtuso y bienintencionado, como solo los ricos y acomodados podían hacer, por lo que en un primer momento resultaba difícil sentir simpatía hacia ella.

—... veinte mil japoneses-americanos encerrados con él. Algunos se suicidan por la vergüenza.

—¡Qué triste! Es muy triste.

Los hombros de Kiko se desplomaron.

—Nadie viene a casa. La hierba ha crecido frente a mi puerta. Tengo que hacerme yo misma la peluquería y ponerme el esmalte de uñas. No me dan cita. Es muy duro sentirse sola, y avergonzada. Pero luego... esta noche... tus padres. ¡Esto!

Su mano pareció echar a volar, al compás de la música y los vecinos. Le dio unos golpecitos a Malia en el dorso de su mano.

—Todo lo que buscas está aquí.

Malia sonrió con impaciencia.

—Tú has viajado, ¿verdad?

—Oh, a todas partes. París, Atenas, Pekín. Pasé cuatro años en Londres. Fue fabuloso.

—Pero volviste a casa.

—Todos volvemos a casa. Sal y mira a tu alrededor, querida. Después de hacerlo, lo comprenderás.

—¿Qué es lo que comprenderé?

—Cómo volvemos al principio. De hecho, en mi juventud, durante muchos años, solo me ponía Guerlain, L'Heure Bleu, un perfume francés muy caro. Un día, cuando tenía cincuenta años, cogí una flor de jengibre. Su olor era mejor que el de cualquier perfume. —Le ofreció la cara interior de su muñeca—. Agua de jengibre fresco, directamente desde mi jardín.

Malia se inclinó sobre su brazo e inhaló su aroma, dirigiendo automáticamente la mirada hacia el jardín de su padre en busca de flores. Durante los meses siguientes, se frotó los brazos con jengibre.

Esa noche, antes de marcharse, Kiko la llevó a un aparte.

—Ven a visitarme. Pasaremos horas cotilleando. Y ahora que sé que cosas, tengo metros y metros de telas que me gustaría darte. Las compré en París y en Roma.

Le resultó imposible dormir. Yacía despierta en su cama, interpretando la oferta de Kiko como una señal. Aquella mujer le enseñaría, sería su guía ante la siguiente fase de su vida. Imaginó París, Roma. Se imaginó a sí misma paseando elegantemente por los grandes bulevares. Su vestido. Sus zapatos. Su forma de caminar. Su forma de hablar.

Sin embargo, incluso entonces había algo que la inquietaba, sospechaba que un cambio drástico en su vida no era lo que ella perseguía. Que su destino siempre sería aquella isla, que siempre sería el hambre lo que la guiaría, no la geografía.

A las dos de la madrugada salió de su cama y corrió por las calles y campo a través hacia la casa de Pono. Por la ventana, vio a la mujer inclinada hacia delante, planchando uniformes de una escuela católica de chicas. Era enorme y hermosa. Las lágrimas que resbalaban por sus mejillas chisporroteaban a causa del vapor. Malia la observó durante casi una hora, la miraba porque no podía apartar sus ojos de ella. Había algo en aquella mujer que la atraía. Se dirigió hacia la puerta y tocó suavemente con los nudillos, sosteniendo nueve billetes de dólar en su mano.

—¡Pono! No lo he olvidado. Tus siete dólares más los intereses.

Pono quitó el cerrojo, cubierta de sudor y con aspecto de cansancio.

—¿Qué haces en la calle tan tarde? ¿Sigues haciendo de Colette en Hotel Street?

—Colette se acabó. Ese tipo de vida me producía pesadillas.

Pono le dirigió una mirada escéptica.

—Entonces, ¿en qué trabajas ahora?

—Sigo bailando —suspiró ella—, y estoy a tiempo parcial vendiendo bonos de guerra y también como ayudante de enfermería. Enrollando vendas. Un poco de esto y un poco de aquello. —Estaba impaciente, tenía algo en la cabeza.

—¿Aún eres demasiado buena para la fábrica de conservas? —le preguntó Pono—. Bueno, sigue con lo de la enfermería. Consigue un certificado. Consigue respeto.

Malia retrocedió unos pasos, horrorizada. Meter sangre en bolsas llevando puestos unos zapatos con la suela de goma no era su meta. Tampoco lo era atender a soldados casi adolescentes. Recordaba sus ojos y aún, en sus entrañas, podía sentirlos morir.

—Pono, tengo algo importante que hablar contigo. —Se sentó y unió sus manos—. Quiero practicar con tu Singer. Dos o tres días a la semana, mientras tú estás en la fábrica. A cambio, les echaré un ojo a tus niñas.

La mujer la miró fijamente, con recelo.

—Lo juro. Quiero aprender a diseñar vestidos y crear ropa elegante. Tengo en mente irme de viaje, ¿sabes?

—¡Vaya! La guerra te está afectando. Es un plan ridículo. Mientras los chicos

vuelven a casa dentro de cajas.

—Escúchame. Tengo que tener un sueño para cuando la guerra haya terminado. Enséñame, déjame practicar con tu Singer, y yo te pagaré con metros de tela difícil de conseguir, de París.

Pono agitó su brazo en el aire.

—¿Ves mi vida? Lavar, planchar, cocinar. De diez a doce horas en la fábrica para poder dar de comer a mis chicas. ¿Qué voy a hacer con telas de alta calidad?

—Haz algo especial. ¿No hay nadie para quien quieras estar guapa? ¿Alguien secreto? ¿El padre de tus hijas?

Pono se contuvo. La mención del hombre al que amaba se le antojó una blasfemia y sintió deseos de golpear a Malia. Pero, en lugar de eso, se echó hacia atrás en su silla, con aire pensativo.

—Tal vez. Tal vez. Ven la semana que viene de prueba. Trae la tela. A cambio, te enseñaré lo que sé, los trucos de la Singer. Formas de trenzar y girar, y hacer una costura doble mientras metes y sacas el hilo de la tela. Formas de hacer que parezca que un vestido no tenga costuras, como un guante.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando Malia se puso en pie, agotada de hablar y planear.

Viéndola fundirse con la niebla, Pono sonrió levemente. En un sueño había visto que su labor de costurera se desvanecía. Se movería a otra vida más urgente. Su talento con la costura se filtraría en el cuerpo y el alma de Malia, enriqueciéndola. Aquella Singer lacada en negro y con aspecto prehistórico pasaría a formar parte de la vida de Malia hasta tal punto que se convertiría en una extremidad más de su cuerpo.

Las costuras estarían tan bien hechas que desaparecerían. Las venas humanas y los hilos de seda se entrelazarían. La lana se convertiría en cabello, la tela en piel veteada por el sol. Un cojín con forma de corazón palpitaría; Malia sentiría el pellizco de las agujas en sus dedos. Cuando enhebrase una aguja, oiría un tarareo en su cerebro.

Mi legado para ti, pensó Pono, pues creía que una mujer que quería con tanta intensidad vivir, con todos los golpes y todas las sacudidas que daba la vida, debería estar dotada tanto de talentos como de armas. Más tarde, mientras planchaba, de repente rompió a llorar. Entre el vapor que ascendía de la plancha surgió una imagen horrible. El rostro de un joven guerrero, el hermano de Malia, pisoteado por las orugas de un tanque Panzer.

Bajó por King Street, ensimismada y serena. Su vestido, su pose, incluso su máscara antigás colgada a su espalda, todo en ella parecía elegante. Lucía un peinado alto con una flor.

—Dorothy Lamour. ¡Eh, Dorothy Lamour!

Los militares la seguían, deseándola, queriendo más de lo que encontraban en los burdeles. Ella les lanzó miradas asesinas y los dejó atrás. Kiko Shirashi le había abierto una puerta.

Con agilidad, Malia ocupó su puesto tras el mostrador de la tienda McNerny, sonriendo hasta que sus ojos adquirieron un brillo cadavérico. En cuestión de semanas sintió que fracasaba miserablemente. Había llegado a odiar las caras de los clientes y sus propios cumplidos empalagosos. Estar detrás de un mostrador la hacía sentirse como algún animal en un abrevadero de corral, con la cabeza gacha, metiéndola entre la mercancía una y otra vez mientras los clientes señalaban y refunfuñaban y cambiaban de idea. Las voces de algunas mujeres ricas eran para ella como balazos. Les contestaba con amabilidad, pero, para sus adentros, las repudiaba. En lo profundo de su corazón, Malia continuaba esperando que llegasen clientas elegantes, como Kiko, para que pudiera mostrarles que ella poseía clase. Pero las mujeres como Kiko no iban de compras, enviaban a sus doncellas.

El día que la despidieron, acudió desmoralizada a casa de Kiko.

—Nada me satisface. No encajo en ningún sitio.

—Tienes una naturaleza especial, Malia —le dijo Kiko, dándole unos golpecitos en la mano mientras tomaban unos cócteles Tom y Jerry.

En silencio, Malia paseó la mirada por el mármol del salón.

—Tu casa es preciosa. Todas las casas de esta calle son enormes. A menudo me he preguntado qué hace la gente con tantas habitaciones.

—Sufren, querida. Vamos a echarles un vistazo a las telas.

Kiko sacó lino de Bélgica, damascos y sedas de Francia, ligeros *tweeds* de Italia. Metros y metros. Malia tragó saliva mientras examinaba aquellas telas como si pudiera encontrar escrita en ellas la fórmula de la elegancia, de la clase irrefutable. Kiko las envolvió con papel de seda y se las entregó todas.

—Hazte a ti misma espléndida. Haz que ocurra algo en tu vida. —Aparte de dándole dinero, no se le ocurría otra manera de ayudar a Malia. La esperanza que tenía consistía en que un hombre de buen gusto la encontrase y se casase con ella.

—Voy a hacerte un vestido precioso —dijo Malia, cogiéndole la mano—. ¿Qué te gusta, el lino? Será un vestido sin mangas, muy simple, como una funda. Muy elegante.

Kiko sonrió.

—Sí, hazlo simple. Debo acostumbrarme a la ausencia de adornos.

Se giró, mirando fijamente las altas vitrinas de madera de teca y puertas de cristal, taraceadas con jade y palisandro. Había cuatro, antiguas y de un valor incalculable. Todas estaban absolutamente vacías. Los ojos de Malia siguieron la dirección de su mirada.

—Buscaban material sedicioso —murmuró Kiko—. Nos vimos obligados a quemarlo todo. Abanicos antiguos, manuscritos, volúmenes de poesía. Pinturas al pastel en miniatura con textos en japonés. —Con parsimonia, dio un trago de su Tom y Jerry—. Quemamos toda nuestra biblioteca japonesa. Después el sepulcro de la casa. Y después, mis kimonos, heredados de mi abuela. Me alegré de no tener hijos. Así no pudieron presenciar nuestra vergüenza.

Malia dejó su vaso y la abrazó.

—Oh, Kiko. Perdóname. He sido egoísta. Mis problemas son tan pequeños.

El anciana se frotó los ojos.

—Nada en la vida es pequeño. Se llena. Se vacía. Nunca es pequeño. Pero te diré esto, Malia: sé siempre un poco egoísta. Si les entregas todo a los demás, te conviertes en un recipiente vacío.

Un día apareció un capellán militar en la calle, preguntando por los Meahuna. Los vecinos le indicaron el camino y luego le observaron, con labios temblorosos y las manos a la espalda, inseguras. El capellán llamó a la puerta y oteó a través de la mosquitera. Al ver a un *haole* en uniforme, Leilani soltó un grito. Malia se negó a invitarle a entrar (¿quién querría que la muerte se filtrase en su alfombra?) y mantuvo la mosquitera separándolos.

El capellán habló, y luego lo repitió. Lo que decía, lo que estaba contándole, tenía la fuerza lenta del océano al arrastrarlo todo de vuelta a su interior. El capellán los llevaba de vuelta al principio, con su voz grave y formal, diciéndole que Keo regresaba a casa. Malia se giró hacia sus padres, incapaz de hablar. Tiró de ellos hacia la mosquitera y le hizo al capellán repetirlo una vez más.

La voz de Timoteo brotó suave como la de un niño, y el ventilador del techo removió sus palabras sin cesar, en un eco interminable.

—Keo... Keo...

La de Leilani fue una expansión vocal, el renacimiento de su hijo favorito. Arrastró al capellán a la calle, donde esperaban los vecinos, temerosos.

—¡Dígaselo! —gritó, sacudiéndole del brazo y luego volviéndose hacia los vecinos—. ¡Vuelve a casa! Mi chico, Keo. ¡Es verdad! —Y, de nuevo, sacudió al capellán del brazo.

El hombre sonrió, dirigiendo un gesto hacia un coche militar que había aparcado más arriba, y luego dio unos golpecitos sobre un documento.

—Sí. Estoy aquí para informar a su familia que, gracias a Dios, Keo... Mea... huna... está a bordo de un buque de transporte que se dirige a Honolulu.

Esa noche llegaron las lluvias, y un aroma purificador a eucalipto descendió desde los Ko'olaus. Malia permaneció en la calle, dejando que aquel aroma

impregnase sus párpados, sus pechos y sus costillas. Experimentó una sensación punzante, como un sarpullido, como si estuviera cambiando de piel y fuera a quedar impecable y nueva. Como si, igual que una serpiente, estuviera en trance.

Giró en círculos, repitiendo:

—Keo. Keo...

El cielo retumbaba como si contara parábolas antiguas. Recordó al capellán dándole las noticias. Recordó su voz, como un crío que recitase unas rimas. Recordó el vehículo militar que lo había llevado hasta allí, cómo sus luces traseras, rojas como la sangre, se encendieron cuando se marchó, dejando atrás a su hermano. Devolviéndole su vida madura.

NĀ PALI O NĀ KO‘OLAU

Precipicios de los Montes Ko‘olaus

El miedo de la visión. La vista podía ser muy peligrosa. Había sido un sueño muy largo, en el que había buscado salidas a tientas, pero todo estaba oscuro, esférico y sin puertas. Registró de arriba abajo sus sueños, buscando llaves y pistas. Quizás al despertar me encuentre en Woosung. Era mejor permanecer inconsciente.

Su barco rodeó Punta Ka‘ena justo después del amanecer, con O‘ahu aún en sombras pero con las embarcaciones que estaban frente a la costa iluminadas por el sol y destellando como joyas. Keo se revolvió en su hamaca. Para entonces la cubierta ya estaba llena de pasajeros, algunos tan frágiles que necesitaban la ayuda de otros para mantenerse en pie.

Alguien gritó:

—¡El puerto de Honolulu!

Medio consciente, se arrastró laboriosamente hasta la borda y miró hacia su isla.

La borrosa imagen que tenía en su mente, el sueño que había mantenido consigo durante tanto tiempo, se hizo realidad de repente. Su mar, su territorio azul verdoso, estaba allí, ante él, rodeándolo. El amanecer, que se abría paso por los precipicios de los Ko‘olaus, le iluminó las mejillas. Algo se movió en sus entrañas, la geometría de su infancia, la física de su juventud.

... La banda del Royal Hawai‘ian tocando, grupos de bailarinas en el muelle. Buques transoceánicos atracando junto a la Torre Aloha. ¿Dónde está Krash? ¿Dónde están los chicos? Es momento de zambullirse a por las monedas de los turistas...

La gente dijo que gritó primero, o tal vez lo que hizo fue cantar. Luego se encaramó a la borda y saltó.

... Desnudo y cubierto de grasa, salvando el arrecife en mi canoa. Buceando en la profundidad de los cañones de coral... lagunas de recuerdos. Mira, mira, un diente de tiburón... Nuestro ‘aumākua, cuyos dientes no se hunden en el agua. Déjame hundirme. Deja que tenga membranas entre mis dedos, y escamas en mi espalda. Déjame asentarme allí donde mis células sean como las algas... O deja que el mar me corroa y desmenuce mi cuerpo sobre el coral. Deja que me susurre en su propio idioma... Deja que me disperse entre chasquidos, martilleos y tamborileos de ritmos ancestrales, de esas viejas bandas de jazz del océano. Deja que nunca vuelva a sentir sed...

Los botes salvavidas golpearon las olas y varios marineros se zambulleron tras él. Mientras los buques estadounidenses de tropas saludaban a los barcos de prisioneros

liberados, Keo entraba en un hospital naval atado y sedado. El problema era que él no quería despertarse y encontrarse en Woosung. Si aquello era un sueño, quería seguir soñando. Cada vez que sentía que su mente se deslizaba hacia la conciencia, se agitaba y gritaba, luchando por evitarlo.

Un día una enfermera lo sacudió con impaciencia.

—Despierta. Ni que hubieras estado en combate.

Se despertó de sopetón. A su alrededor en la sala vio rostros demacrados, carentes de expresión alguna. Algunos nunca se recuperarían. La plena conciencia llegó en una serie de pequeños fogonazos cuyos intervalos se iban reduciendo gradualmente hasta que se formaron cuadros completos de luz. Al volver a la vida por segunda vez todo le parecía nuevo, una incógnita sobrecogedora. Y al mirar hacia atrás, Keo pensaría qué pequeño era el cosmos, qué ínfimo y escaso comparado con las emociones humanas, con la alegría que experimentó al ver a su hermana, Malia.

Estaba dormitando cuando ella se acercó a su cama. Un caparazón destruido, su calavera macilenta, sus dientes sobresaliendo como los de un animal carnívoro. Medias lunas azules dibujadas al carboncillo bajo sus ojos. Se despertó al notar un sutil cambio en lo que lo rodeaba, una nueva figura pintada con pincel. Sintió que algo le tiraba del dedo gordo del pie. Malia estaba estirándoselo suavemente, en un viejo ritual hawaiano para atraer a los muertos.

Keo siempre la recordaría allí, con un porte tembloroso, reverberante y sereno. Llevaba un vestido ancho de hombros, con una redecilla a juego, su rostro dorado estremeciéndose, intentando no llorar. Se acercó más, cogió la mano de Keo y se la llevó al corazón, luego puso su mejilla sobre la de él. Había perdido hasta su olor. Ahora olía a algo desconocido, como una pieza de maquinaria. Pero estaba allí; en algún lugar bajo todas aquellas capas, estaba él, regenerándose. Malia se tumbó en la cama, a su lado, sollozando.

—¡Hermano! *Aloha au iā'oe!* ¡Te quiero!

Cuando Keo volvió a abrir los ojos, su madre estaba frotándole las manos con aceite de *kukui*, y su padre balbuceaba a su lado.

—... así que nunca te lo contamos, hijo, a tu madre la trajo al mundo Victoria Na'ai, que fue Dama de Honor de la Reina Lili'uokalani. Así que los dedos que habían tocado los hombros y el cabello de la reina también sirvieron para traer a tu madre a este mundo. Esos dedos le dieron un don, un *mana*. Ella es la que te ha traído de vuelta...

Parecía haberse adentrado en mitad del relato de su padre. Timoteo no podía parar de hablar:

—... y hemos preparado un montón de vino de arroz para ti... un poco de pasta de ñame y *laulau* para cuando vengas a casa. Y bonito del de verdad, fresco... ¿Te acuerdas de cuando te enseñé a nadar? ¡Oh, chico! Aquellas noches casi nos

ahogábamos...

Le llevaron su anuario del instituto Farrington. Keo fue señalando las fotografías y preguntando cuáles de aquellos chicos estaban luchando en el extranjero. Preguntando cuándo podría unirse a ellos. Su madre se desmoronó y su padre la sacó llorando del pabellón.

Malia lo miró como si estuviera a punto de arrancarle los ojos.

—Tú ya has hecho tu guerra. Y todavía no ha terminado.

Uno de los médicos se sentó con él e intentó explicarle:

—La desnutrición convierte nuestro cuerpo en un caníbal. Se niega a morir y se alimenta de sí mismo, primero la grasa, luego los músculos. En los últimos estadios, los órganos. Tú has tenido suerte, Keo. Tus órganos están intactos. Tus músculos volverán a crecer, y con descanso, buena comida, e inyecciones de tiamina, te recuperarás casi al cien por cien. Siempre habrá períodos de fiebres recurrentes por la malaria. Eso nunca desaparece. Las vitaminas curarán lo que queda en tu cuerpo de beriberi. Sí, llevará tiempo. —Paseó la mirada por la sala, llena de repatriados sacados de los campos de prisioneros—. Disentería, tifus, cólera... Tienes que darte cuenta de que los que estáis aquí estuvisteis más cerca de la muerte que los soldados que podrían morir al instante de un balazo. Sus cuerpos son jóvenes y sanos hasta el momento del impacto, mientras que vosotros habéis sido durante meses y años microbios andantes, habéis alojado en vuestro cuerpo enjambres enteros de bacterias. Necesitáis comenzar de cero, como bebés.

A Keo le costaba seguirle.

—¿Quiere decir que no puedo alistarme? ¿No puedo unirme a la lucha?

—Ni en esta guerra ni en ninguna.

Keo giró el cuello para apartar la mirada.

—Me dicen que eres músico. Eso es lo que estos chicos necesitan, un poco de entretenimiento. En los clubes de oficiales, las salas de baile, donde los hombres están de permiso. Vienen de Midway, de Guadalcanal, ya no saben que son humanos. Dales algo para hacerles sentirse seguros.

Un día, Keo avanzó arrastrando los pies por un pasillo y entró en un pabellón de quemados. Notó que se le estiraba la piel alrededor de sus testículos y se le cerraba el ano. Allí había marineros de barcos que habían ardido, carbonizados. Pilotos jóvenes sin brazos ni cara. Keo se sentó en una silla, tocando sus propios brazos, sus piernas, sus dedos, como si fueran un regalo.

Comenzó a comer todo lo que le llevaban, como un perro que solo conociera el placer del hartazgo. Después lamía los platos. Le dolían las encías y los músculos. Pero recibía con gusto el dolor, significaba que estaba vivo, que volvía a la vida. Acosaba a las enfermeras preguntándoles por un hombrecillo llamado Ugh. Preguntó sobre barcos de repatriados llegando desde Japón. Las cosas habían cambiado: Japón

estaba perdiendo la guerra y su ejército estaba aniquilando campos enteros de prisioneros Aliados y volando barcos de la Cruz Roja en alta mar.

Se sentó en una terraza, observando los aviones que surcaban el cielo.

—La perdí. Se escurrió entre mis dedos.

Malia apartó la mirada, impaciente.

—Ella nunca fue tuya, así que no la has perdido. Ella pretendía salvar el mundo y tú nunca lo entendiste.

—Encontró a su hermana en Shanghái —dijo Keo, hundiendo la cabeza—. No pude sacarlas de allí. Probablemente estén muertas ahora.

—Las mujeres como Sunny no mueren. Está en algún otro sitio, eso es todo.

—Me amaba. Tuvo una hija mía. ¡Sí! Una hija que seguramente también habrá muerto. —Miró a su hermana y dijo—: Tu problema, Malia, es que nunca has amado. Solo has amado la ambición.

Transcurrió un momento de silencio. Malia agachó la cabeza, afectada por lo que acaba de oír.

—¿Cómo está la madre de Sunny, Butterfly? —preguntó Keo—. ¿Va a visitar a mamá?

—Todo eso acabó ya. Había demasiados malos sentimientos. Tú y Sunny os fuisteis. Cada madre acusaba a la otra. Su padre es una cáscara vacía. El hermano de Sunny dejó Stanford para alistarse. Ahora realiza trabajos de inteligencia en Okinawa. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Dios mío. Qué vida nos ha tocado vivir.

Keo casi tenía miedo de formular la pregunta:

—¿Y Jonah?

—En su última carta decía que iba a Francia. No puedo soportar pensar en ello. Lo único que hago es rezar.

—Mamá dice que DeSoto está a salvo.

—En Australia. Trabajos de defensa en barcos Aliados que llegaban a Perth a duras penas.

Había demasiados silencios. A veces Keo lloraba sin tener conciencia de ello; todo su rostro lloraba, no solo sus ojos, también su boca, su nariz. Malia lo veía despertarse sobresaltado con una mirada de terror. Cada vez que se iba del hospital, se llevaba algo, un calcetín, su peine, pequeños símbolos de su existencia que probaban que había vuelto a casa.

—¿Te ha contado mamá lo del bebé? Es de Rosie Perez, pero la adopté.

Keo sonrió, feliz de que hubiera algo que se había añadido a sus vidas entre tantas sustracciones.

—¿Y Krash? ¿Has oído algo de él?

Malia se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—En Francia o Italia. No les permiten decir mucho.

La llegada a su calle fue tranquila, sin saludos.

—Despacio. Despacio. —Timoteo le ayudó a bajar del taxi.

Keo se movía con una elegancia peculiar, apoyándose en Malia, que recordaba que su hermano siempre se había movido de aquel modo. Ahora poseía una elegancia diferente, la de un hombre al mismo tiempo bendecido y maldito, azotado por la vida y ligeramente frágil. Su madre reía y lloraba, sosteniendo un bebé en sus brazos. Keo entró cojeando en la casa y se sentó, agotado. Le pusieron al bebé en el regazo y la niña estalló en un borboteo de saliva.

Keo hundió el rostro en el pelo de la criatura.

—¡Qué olor más limpio, qué delicioso!

La abrazó con fuerza, sin querer soltarla.

Los patios de las otras casas estaban vacíos y las cortinas de las ventanas echadas. Detrás de ellas, los vecinos aferraban sus rosarios, como pequeños Budas. Una corriente eléctrica recorría la calle. Uno de sus chicos había regresado a casa.

Keo se movía como alguien que hubiese dormido durante siglos en una ciudad enterrada en la arena. Paseaba por la casa a horas intempestivas, mirando fijamente el agua limpia que brotaba de un grifo, llorando al ver cómo se desperdiciaba. Miraba ensimismado el retrete, sin saber cómo tirar de la cadena. Contemplaba el ojo que aparece en el dorso de los billetes de dólar. El ojo también le miraba a él. Había olvidado el significado de ciertas palabras. Desodorante. Mayonesa.

Alguien dijo «¡Champú!» y Keo dio un respingo. Sonaba como una orden.

Si el motor de un coche soltaba un petardeo, él se lanzaba bajo una mesa. Estar en el aseo en penumbras durante los cortes de luz le hacía ponerse a chillar, pero cuando estaba solo y a oscuras, lloraba. Las comidas eran lo más duro. Todo el mundo hablaba para no mirarle. Keo estudiaba con detenimiento los tenedores y los cuchillos, confuso, y comía con los dedos. Vertía copiosas cantidades de sal y azúcar en su plato. Comía de todo excepto carne (la simple visión de la carne le transportaba de vuelta a un paisaje horrible, a cosas innombrables girando en un asador). En ocasiones, al entrar en la cocina, le sobrecogía el exceso de comida y se desmayaba. Malia le oía, ya tarde por las noches, escarbando en la basura, y encontró cosas a medio comer almacenadas bajo su cama.

A veces cerraba con llave la puerta de su habitación, pues la privacidad le parecía algo novedoso. Luego la abría de golpe, aterrorizado. Los vecinos acudieron lentamente, uno cada vez, trayendo consigo fuentes de comida y aguantando las lágrimas al ver su aspecto, al ver a lo que lo habían reducido.

—Me alegro mucho de que estés en casa. Tómate tu tiempo, Keo, chico, tómate

todo el tiempo que quieras.

El olor del café recién hecho le ocupaba mañanas enteras. La sensación de la pasta de dientes en su lengua. El aroma de la lluvia. Las risas de la gente. La piel sedosa del bebé que acunaba en su regazo. El simple hecho de existir le ocupaba el día entero. Se sentaba en el patio, entre aquella rica profusión de tonos de verde. La esquizofrenia de las flores. Podía comerse un mango, podía dormir. Podía hacer cualquier cosa, lo cual le producía una sensación de parálisis. A veces aferraba a la niña dormida y cargaba con ella como si fuera un talismán, sosteniéndola para combatir sus pesadillas como otras personas sostenían crucifijos contra los vampiros.

Entraba en el dormitorio de Jonah y tocaba sus espinilleras de fútbol, su equipo de surf. Examinaba sus fotos, su cuerpo grande y atlético, su rostro atractivo, hecho para romper corazones. El hijo inteligente, destinado a hacer que la familia se sintiese orgullosa. Recordó la última noche que estuvieron juntos, Jonah abrazándolo y diciendo que Keo era su héroe.

Luego se sentaba en su cama, echando de menos a su hermano mayor, DeSoto, al que había ignorado durante su infancia y más tarde había admirado. El hombre envuelto en una infinidad de capas, niveles y niveles de verdades que resultaban difíciles de alcanzar. Cada hermano había sido siempre casi sobrehumanamente valiente, indiferente al peligro, incapaz (por ignorancia) de retroceder. Durante aquellas noches, el vacío dejado por su ausencia era tan vasto que Keo se sentía dominado por el terror. Pensaba en las probabilidades que existían y se preguntaba cuál de sus hermanos no volvería a casa. Como si, al haber sobrevivido él, hubiera sacrificado a uno de ellos.

Llegaron noticias del hijo de Butchie Santiago, que había muerto en Francia. El día se quedó sumido en una absoluta quietud, mientras el sol convertía las sombras en piedras. Por la noche se oyó un lamento, como si alguien buscase sus ojos destrozados. Una noche, Butchie escaló la colina más allá de Kalihi Heights y se adentró en los bosques tropicales de los Ko'olaus. Ahorcó a su gallo de pelea y luego se ahorcó a sí mismo. Dos cadáveres, uno pequeño y otro grande, colgando como peculiares piezas de fruta.

Ya era otoño. Un día la trasera de un camión se rompió y dejó caer un reguero de piñas en King Street, a dos manzanas de Kalihi Lane. Con el racionamiento, las piñas se habían convertido en algo tan preciado que los isleños no podían permitirse comprarlas. Ahora, mientras los coches derrapaban, la gente se lanzó a la calle con barriles, carretillas y bolsas.

—*Ono loa!* ¡Lo mejor! —gritaban—. En su punto.

Se montó un gran atasco mientras los conductores se abrían paso a través de los casi diez mil kilos de piñas que se habían echado a perder. Leilani y Timoteo se agacharon en mitad de la calle para recoger y chupar trozos de fruta, ansiosos por

aquel zumo, y luego empujaron su carretilla llena hasta casa. Al girar la esquina, Leilani divisó el vehículo y se sentó en la gravilla. Siempre recordaría quedarse allí sentada, con la mano posada sobre un pedazo de chicle. Recordaría sostener el chicle en la palma de su mano como si fuera una extraña perla del color de la cera endurecida (el cadáver de una vela en una choza cuando era pequeña). Recordaría a los vecinos de la calle avanzando hacia ella, mientras Timoteo suplicaba. Aire, necesitaba aire.

El capellán del ejército. Las cosas que tenía que decir. Leilani aferró el pedazo de chicle, notando cómo se ablandaba en su mano.

... Una choza de madera. Mamá y papá trabajando en los campos de caña de azúcar. Sudando azúcar. Las cañas abriéndose paso a través de los ventanucos podridos, creciendo entre las grietas y los rincones de su mente... En su adolescencia, la pobreza, la choza de azúcar. Se hizo adulta cubierta por el humo de los fuegos de caña, preguntándose si alguna vez saldría de aquel tipo de vida. Incluso ahora, en sueños, camina eternamente en un ambiente de aire impregnado de azúcar quemado...

Keo estaba sentado en los escalones, con la mano del capellán en su hombro y el bebé babeando sobre el zapato del capellán. Levantó la mirada hacia sus padres. Se le antojaron muy pequeños, como si fueran niños. Sintió que le rechinaban los dientes y se le cerraban los puños mientras se preguntaba cómo iba a poder recorrer la distancia que le separaba de ellos. Se incorporó lentamente y dio unos pasos cortos, con cuidado. Tenía que llegar hasta ellos y salvarlos.

Leilani vio que los labios de Keo se movían. Entonces, casi a cámara lenta, se tumbó en la calle. Su chico estaba muerto. Jonah.

Esa noche, al entrar en la calle, con todo apagado, Malia oyó sollozos ahogados.

Su padre gemía en el cuarto de aseo y Keo lo sostenía como a una mujer.

—Jonah... nunca lo veremos más. ¡No es posible!

Malia se deslizó contra la pared hasta el suelo, recordando todas las noches que se había pasado de rodillas rezando. La Diosa Madre la había escuchado, pero no había estado conforme. Keo la miró, gris y fantasmal.

—Ve con mamá. Está ahí tumbada.

Malia se encaminó a la habitación de su madre, se tumbó a su lado y la rodeó con sus brazos.

—Mamá. ¿Por qué Jonah? ¿Por qué?

Leilani suspiró.

—*Oia nō*. Así es la vida. Siempre los inocentes.

—Llora, mamá. Llora. Déjalo salir.

—No puedo llorar más —dijo ella—. No me quedan más lágrimas...

—Hubiera muerto por él —susurró Malia—. Llegué a rezar: llévame a mí,

llévame a mí. No a Jonah.

En la oscuridad, su madre la sujetó por los brazos.

—¡Nunca vuelvas a decir eso! Tú eres mi vida, mi chica, mi única... tú eres mi mamá, mi *tita*, mi amiga.

Malia se quedó inmóvil, en estado de shock. Nunca había sabido aquello. Con cuidado, encendió una vela y la colocó cerca de la cama.

—¿Mamá? ¿Es verdad?

—Lo es. Recé un montón por ti, pidiendo una niña que sobreviviera. Tú eres mi alegría. ¿Es que nunca lo has sabido?

Malia negó en silencio, asombrada.

—Y luego tú me diste otro bebé, una niña de mi niña, y me hiciste doblemente feliz. Aunque tengamos que llamarla *hānai*.

Leilani había entregado dieciséis bebés a la tierra. Y ahora la tierra había reclamado a su hijo menor, Jonah.

—Cuando la vida te despoja de tantas cosas, al final dejas de lamentarte. Algo dentro de ti deja de recordar cómo sentir pena. Amas lo que te queda un poco más. Oh, mi precioso y valiente Jonah...

Finalmente se rindió y rompió a llorar ferozmente, pero sin lágrimas. Malia la abrazó con fuerza, acunándola como a un bebé en un movimiento calmante, femenino y eterno. Al acunar a su madre, pensó en lo que le negaba al bebé, la niña a la que apenas tocaba.

Con el tiempo, el llanto se fue apagando y Leilani, más tranquila, susurró:

—Trae a la pequeña... de la habitación de Jonah... —Lo dijo en voz tan baja que lo que Malia entendió fue: «... Trae al pequeño... Jonah...».

Fue al otro cuarto, cogió al bebé de la cuna y se la llevó a Leilani.

—Aquí está, mamá. La pequeña Baby Jonah.

—¡Sí!

Y, durante muchos años, así fue como la llamaron.

HO‘OLOHI IĀ NĀ MEA NUI

Dirigirse lentamente hacia las cosas que importan

Las Navidades pasaron lentamente, sin apenas celebraciones en la calle. Tempestades generadas en las Aleutianas azotaron el Pacífico Norte con furia glacial y marejadas monstruosas en dirección sur, hacia las Hawái. Todos los días la costa aparecía acechada por nubes de tormenta en las que resonaban truenos propios de gigantes. Las olas alcanzaban la altura de catedrales.

Cansados de la guerra, cansados de ser precavidos, los surferos utilizaron gasolina conseguida en el mercado negro para escaparse furtivamente a Pali. Con las furgonetas cargadas de tablas de surf, al pasar frente a él y ver a Keo en el patio de su casa, «*E hele mai!*», «¡Ven a divertirte!», los vecinos lo llevaron a surfear con ellos. Cruzaron la carretera junto a los verdes picos mellados de Nu‘uanu Pali, una vertiginosa pendiente de la cordillera Ko‘olau, dirigiéndose a la costa norte, salpicada de playas invernales.

Keo contempló a los enormes y corpulentos hawaianos remando sobre sus tablas mar adentro para luego esperar olas altas como muros. Permanecían en posición, aguardando. Los más fuertes aguantaban hasta el final, cabalgando en la cresta de las olas y deslizándose por ellas como si fueran ingravidos.

En tierra, con la bruma salpicándole el rostro, Keo notaba cómo sus pulmones se estremecían. Habían pasado tres meses desde su regreso. Aún débil y bajo de peso, no podía dejar de pensar que, después de aquella guerra, todo parecería algo menor en comparación. Todo excepto el mar. Qué pequeños parecían los seres humanos frente a aquellas olas.

Escuchó estruendos sinfónicos, lentas fugas al ritmo de las olas que caían exhaustas, y se convertían en baladas. Luego las reflexiones a ritmo de blues de la marea retirándose. En ese momento algo en su interior volvió a la vida, aquel impulso por buscar la nota perfecta, la combinación mágica. Volvió a él el joven que una vez había respirado música, que había buceado en ella como una criatura anfibia.

A veces sus dedos pulsaban válvulas imaginarias. Se quedó mirando fijamente una vieja trompeta que había en su armario. Pensó en volver a tocar, pero no pudo actuar al respecto. ¿Cómo podía tocar cuando ella ya no estaba? La música y Sunny estaban conectadas, fundidas en su mente. Cuando la mencionaba, a ella o a la niña, Malia se ponía triste. Desearía encontrar pruebas de la muerte de Sunny para que Keo pudiera llorarla como correspondía de una vez por todas, y luego continuar con su vida.

—Todos hemos sufrido —le consoló—. Intenta cicatrizar tus heridas y seguir

adelante.

—Tienes que ayudarme —dijo Keo—. Necesito aprender cómo hablar con la gente otra vez. Todavía pienso en los demás como si fueran competidores para conseguir comida. —Levantó las manos y se apretó las sienes con los dedos—. Ni siquiera estoy seguro de comprender que Jonah está muerto. No dejo de pensar que ha salido para darse un baño. Que se ha ido con DeSoto, y con Krash...

La mención del nombre de Krash hizo que Malia sintiera que se le secaba la boca.

—Hermano, ¿crees que es posible conocer de verdad a otro ser humano?

Keo negó con la cabeza.

—No creo que pudiéramos soportarlo.

—Entonces, ¿cómo sabes... cuándo amas a alguien?

—Quizá —respondió él, apartando la mirada— cuando nos hacen olvidar que vamos a morir. Cuando, durante un tiempo, actuamos movidos por la bondad y no por la avaricia.

Se sentó al viejo Steinway, en el garaje, con la tapa cubierta de moho y las teclas tan combadas que producían un sonido prehistórico. Aun así, por las noches, tranquilas a causa de los cortes de luz, acariciaba las teclas y sentía la nostalgia en las puntas de sus dedos. Cuando dormía notaba que su labio se tensaba ante el recuerdo del tacto de la boquilla de la trompeta. A veces, cuando pasaba frente al armario donde estaba el instrumento, todo su cuerpo se giraba bruscamente hacia allí. La gente leyó sobre su regreso a casa y su lenta recuperación. Algunos lo recordaban como el Hawaiano. Le llegaron cartas de aficionados y LPs. Ellington, Fitzgerald, Bechet.

Soldados de color que estaban camino del combate en Tinian o Guam le siguieron el rastro hasta dar con él en Kalihi. Vieron lo frágil que estaba, lo angustioso que resultaba su aspecto, y se mostraron compasivos, sin hacerle preguntas, sin hablar apenas. Se conformaron con sentarse junto a él y escuchar algunos discos, realizar algún comentario sobre algún artista o sobre un arreglo en particular. Keo tuvo la sensación de que aquellos jóvenes necesitaban sentarse allí, tocar su piano, acariciar las teclas, no ya por la música, sino porque él había estado allí. Entre el enemigo.

Un jovenzuelo vino desde Nueva Orleáns, enviado por Dew Baptiste, que ahora entretenía a las tropas en Fort Bragg. Keo lo cogió por los hombros y lo abrazó. Conversaron durante horas, sin que realmente importase lo que decían. Cuando el muchacho se fue al combate, Keo le dijo:

—No seas un héroe. No se trata de convertirse en héroes. Vuelve y ven a verme.

Un día, el líder de la banda de ocho miembros y del grupo de bailarines que actuaban en Lau Yee Chai fue a visitarlo. Había sido un adolescente cuando Keo tocaba la trompeta en aquellas noches interminables y ya perdidas de la Sala de Baile Rizal's. Al ver lo débil que estaba, el tipo miró a otro lado y se quedó observando

cómo Timoteo rastrillaba mangos podridos.

—Tú eras mi héroe —dijo al fin—. Cuando estés preparado, ven a tocar a Lau Yee Chai.

Aquel era uno de los mejores restaurantes de Honolulu durante la guerra. Tenía el mejor menú y la mejor clientela. Los miembros de la banda llevaban trajes de esmoquin blancos.

—Todas las noches actuamos en los preciosos jardines del restaurante —dijo, y luego hizo una pausa—. No es verdadero jazz lo que tocamos. Es más música para turistas. Pero todo con muy buen gusto. Podría verte bien para ponerte en forma.

Keo sonrió.

—No sé cuándo tendré fuerzas para soplar otra vez.

El tipo le tocó en el brazo.

—Entonces... ¡ven y sé el número uno con el ukelele!

Keo acarició la trompeta a oscuras, como si la sostuviera en sus manos, y pudo sentir los sonidos que aguardaban en su interior. Estaban ahí, pero no sabía si podría sacarlos, si todavía tenía lo que hacía falta para producir música. Los pulmones. Las agallas. Tarareó unas cuantas notas mientras sus dedos pulsaban las válvulas y se imaginaba el sonido, clandestino, furtivo, acelerando el mar muerto del corazón roto. Devolvió la trompeta al armario. Le recordaba demasiadas cosas, su mundo estaba demasiado poblado de ausencias.

Una noche se subió a un autobús que le llevó frente a la casa de Sunny. A través de la ventana vio a sus padres, sentados, inmóviles. Permanecieron así durante horas. Dos muñecos con las caras carentes de expresión alguna. Keo pronunció su nombre. Vio formarse las letras en la bruma y alejarse flotando. No podía aceptar el hecho de que ella se hubiera ido, no podía imaginarse el mundo sin contenerla a ella en su interior. Volvió a quedarse ensimismado en una ensoñación.

... Recorriendo carreteras francesas en un coche descapotable, con Sunny cantando a mi lado... La luz del sol y las sombras corriendo por encima de nosotros en oleadas, y su cuello y sus hombros nadando bajo la combinación de figuras geométricas que formaban. Atravesábamos un mar de aire...

Ahora que Sunny no estaba, Keo supo de pronto que durante el tiempo que le quedaba por vivir, en el tiempo precioso que le habían prestado y que se le había asignado para reflexionar, para adquirir sabiduría y ser una persona decente, en ese tiempo tenía que encontrarla. Tenía que conseguirla de nuevo.

Gradualmente fue aventurándose más allá de su calle, por los rincones de Kalihi, por King Street, la principal avenida del barrio. Más allá del parque 'A'ala, donde en cierta ocasión habían presenciado un espectáculo de marionetas y algún partido de *kinipōpō*, béisbol. Más allá de garitos de los que brotaban éxitos musicales del momento. Al moverse entre multitudes de soldados, su juventud y su tensión

contenida le hicieron sentirse anciano, como si se aproximase a la senilidad mientras ellos eran juguetes de cuerda.

Pasó junto a puestos de comida del Barrio Chino en los que Sunny y él habían acariciado pirámides plateadas de coles y las extremidades de bailarines hechos de pan de jengibre. Y junto a tiendas en las que habían comprado cerezas a mujeres diminutas que hacían nudos en los tallos con su lengua. Pero entonces vio palomas colgadas y cadáveres de patos y pensó en perros despellejados en Shanghái, un hombre muerto en un callejón y un enjambre de moscas revoloteando sobre él. El sudor le cayó a chorros por el rostro y regresó tambaleándose a casa.

Otra noche, bajo una lluvia incesante, Keo llamó a la puerta de la casa de Sunny. Su madre, Butterfly, abrió y le apuntó con una linterna a la cara. Keo estaba empapado y su piel brillaba como caoba. Intentó sonreír, pero el resultado fue una expresión cruel. La mujer chilló y soltó la linterna, y Keo vio las medias enrolladas alrededor de sus tobillos como algas varadas en la playa. Recogió la linterna y el haz fue alumbrando sus caderas temblorosas y su vestido andrajoso. La mujer parecía una indigente. Toda su belleza había desaparecido. ¿Esto lo he provocado yo? se preguntó.

—Sunny... Intenté encontrarla en Shanghái. ¿Saben algo de ella?

Con un estremecimiento, Butterfly cerró la puerta, abandonándolo bajo la lluvia.

No estaba listo para tocar la trompeta, no tenía fuerzas. Comenzó como sustituto para darle descanso al que tocaba el ukelele. Esa primera noche, cuando se subió al pequeño escenario en los jardines traseros de Lau Yee Chai, la gente se puso en pie para aplaudirle. Unos cuantos le recordaban como el Hawaiano, el trompetista salvaje de los años anteriores a la guerra en Honolulu. Otros habían oído que lo habían liberado de un campo de prisioneros.

Entre actuaciones, se sentaba para hablar de jazz con el trompeta, y, a veces, después del toque de queda, permanecía en la penumbra compartiendo anécdotas con los cantantes del grupo. Una noche, el viejo que tocaba las maracas levantó la mirada hacia las estrellas y habló con elocuencia sobre la música antigua de los hawaianos.

—Has estado fuera mucho tiempo, Keo. Quizás hayas olvidado de dónde surge el impulso de los *kānaka* por gritar, por hacer canciones. Recuerda, los antiguos hawaianos eran poetas y cantores. Había cantos formales que hablaban de la vida religiosa, de genealogías y batallas. Y había cantos festivos, apasionados poemas de amor. Estaban acompañados de bailes y del sonido de los tambores, de sonajas y de piedras que se entrechocaban. Esa forma de cantar era *mele hula*. También había cantos improvisados, para entretenerse y reírse...

»Luego llegaron los misioneros, que prohibieron nuestra música ancestral. ¡Los

kahuna de los antiguos cantos tuvieron que transmitir su conocimiento en secreto! Cuando las canciones desaparecieron, los hawaianos se volvieron silenciosos. En 1898, cuando nos robaron nuestro reino, nos volvimos hacia las antiguas canciones para evitar que se nos rompiera el corazón...

»Después llegó el ragtime, canciones horribles del continente entremezcladas con *hula* que hacían que nuestra música resultase tonta. Luego vinieron el jazz y el blues, las grandes bandas...

El viejo se echó hacia atrás, con su suspiro. Luego prosiguió:

—A veces temo que nuestra música murió, pero entonces oigo la sobrecogedora belleza de un *falsetto* o de una guitarra hawaiana. Siento un escalofrío, se me pone la piel de gallina, porque son sonidos muy hawaianos, llenos de sentimiento.

»Va a producirse un renacimiento. La gente va a redescubrir los auténticos bailes y la forma de cantar de nuestros antepasados. ¿Sabes por qué va a volver? Porque la música hawaiana posee verdadera inocencia, es pura y mágica. Son sonidos que abren el corazón... —Se giró para mirar a Keo a través de la oscuridad—. Pronto cogerás tu trompeta, chico. Siento que tus labios están sedientos. Cuando toques, recuerda siempre los ritmos originales y húmedos en tu sangre. Lo que tú tocas procede de cantos que mamaste de tu madre y de la madre de su madre, y más y más. Cantos de poesía, de linaje, cantos de guerra...

Una noche empezó a llover mientras actuaban en los jardines. Los miembros de la banda, los bailarines y los clientes se refugiaron a la carrera en el interior del restaurante. Después de un rato, la lluvia amainó y Keo, que se sentía claustrofóbico, salió fuera. En una mesa había un soldado sentado, ajeno a lo que pasaba a su alrededor, recién llegado del combate en Saipán. Keo atravesó la extensión de césped hasta el escenario, recogió una trompeta que habían dejado allí y la secó con un trapo. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, acarició las válvulas, limpió la boquilla y se la llevó a los labios. Más tarde no recordaría haberlo hecho. Solo recordaría a un joven soldado bajo la lluvia, con la cabeza gacha y la mirada totalmente perdida.

No había tocado en dos años. Estaba débil. Y, sin embargo, en aquel preciso momento lo que Keo deseaba más que nada era tocar para aquel soldado. Ayudarle a explorar la pérdida, el horror inexplicable, ayudarle a descubrir si quedaba algo en él que pudiera salvarse. Quería ayudarle a recuperarse, a seguir adelante. Tocó unas cuantas estrofas balbuceantes de «*Its Been a Long, Long Time*», notando cómo sus pulmones se estremecían y luego, lentamente, se expandían. Con cautela, pasó a una estrofa de «*I Got Right to Sing the Blues*», la vieja canción de Armstrong de sus días en Nueva Orleans. Tocó otra estrofa más, y luego media docena más.

La muchedumbre salió a la terraza y, a resguardo de la lluvia, permaneció como

un rebaño a la hora de la comida, moviendo los ojos alternativamente de Keo al soldado. Daba la impresión de que un hilo invisible los mantenía conectados, la siniestra soledad de uno inspiraba al otro. A Keo le dolían los labios. Su música no era excelente, le faltaba aire en los pulmones, pero tampoco lo hacía demasiado mal. Casi podía sentir que los engranajes comenzaban a girar, que algo se ablandaba en su interior, que sus articulaciones se ponían en funcionamiento.

Hizo una pausa, respiró profundamente y tocó «Ain't Misbehavin'» lentamente, muy lentamente, como si alguien estuviera bostezando, despertándose. Después con más fuerza, flexionando sus músculos y sus pulmones. Frente a él, el soldado asintió, balanceándose levemente, de manera casi imperceptible. Aún quedaba en él una parte viva que podía escuchar.

Con los pies firmes en el suelo y la lluvia impactando con suavidad en sus mejillas, Keo percibió el comienzo de un extraño proceso. Por primera vez en mucho tiempo sintió alegría, una alegría tranquila pero firme. Se sintió en un estado elevado de conciencia, como si por un momento pudiera asomarse desde las alturas sin ningún miedo. En realidad todavía estaba asustado, aterrorizado. Pero, al menos, había abierto por fin los ojos.

Cuando la lluvia cesó, la gente lo rodeó y el soldado desapareció. Pero se le acercaron otros para suplicarle que tocara en clubes de militares, donde se morían de ganas de buena música. La siguiente noche que tuvo libre en el Lau Yee Chai, tocó la trompeta en el Club Maluhia, perteneciente al ejército. La pista de baile era gigantesca, había miles de hombres y tan solo treinta o cuarenta mujeres. Comenzó a tocar con regularidad por las tardes, junto a la banda compuesta por soldados, dando descanso al trompeta, y en ocasiones uniéndose a bandas invitadas.

No se esforzó más de la cuenta. Aquellos muchachos no querían un jazz siniestro. Solo disponían de dos minutos con una chica antes de que sonase un silbato y les cortase, así que lo que querían eran bailes acrobáticos, canciones de amor, cualquier cosa que le frenase los pies a la muerte. Los que estaban a punto de ser embarcados parecían excesivamente jóvenes, excesivamente pálidos y con los ojos excesivamente grandes. Podía distinguirlos entre la multitud. Y aquellos que volvían del combate en Guam o en las Filipinas traían consigo violencia y rabia. De los cuerpos cansados y magullados brotaba un olor a cables quemados.

La primavera de 1944 llegaba a su fin. La gente decía que la guerra prácticamente había acabado. Pero seguía faltando Iwo Jima. Y Okinawa. Soldados y marineros de permiso se metían en peleas, en auténticas reyertas callejeras, lanzándose unos a otros desde terrazas y tejados. Algunos morían. Los policías militares se veían obligados a intervenir con manguerazos a presión. Keo se quedaba mirando cómo los cuerpos se deslizaban como si fuesen surfistas.

Algunas noches, durante el corte de luz, recorría la playa hasta llegar al Royal

Hawai'ian, ahora lleno de soldados de vuelta del combate, quemados por el sol y con aspecto atormentado. Permanecía allí, recordando a sus amigos. Los «hombres dorados». Recordaba su belleza oscura, robusta, su inocencia, su forma de moverse por la arena como dioses bronceados y sonrientes. Tiger Punu, Turkey Love, Surf Hanohano. Krash Kapakahi, que una vez le había salvado la vida, sacándole del agua cuando estaba a punto de ahogarse. Todos estaban luchando en Europa o en el Pacífico. Algunos ya habían muerto.

LEINA A KA 'UHANĒ

El lugar de donde saltan los espíritus

Mil novecientos cuarenta y cuatro. Hawái dejó de ser considerado zona de combate. Las noches eran suaves, la gente se sentaba en los escalones de sus casas compartiendo cotilleos, algo más relajados. Incluso volvió a aparecer el *manapua*, el japonés diminuto y arrugado que todos los días, durante años, había recorrido la calle arrastrando los pies y vendiendo bollos rellenos de carne picada que llevaba en latas de manteca vacías colgadas de un palo que cargaba sobre sus hombros.

—*Mana... pua...! Mana... pua...!* —Su llamada hacía que el mundo pareciese de nuevo a salvo.

Aunque se rumoreaba que los Aliados iban ganando, el racionamiento de comida se intensificó, pues escaseaba todo: la carne, el azúcar, la ropa. Las demandas de vestidos y *cheongsams* aumentaron. Algunas prostitutas le enviaban a Malia tela obtenida en el mercado negro para que les hiciese vestidos, dispuestas a pagar lo que ella quisiera cobrarles. Cada vez confiaba más en sí misma, así que empezó a diseñar vestidos que dejaban la espalda desnuda, y chaquetas bolero con cinturón a juego.

Pono volvía tarde a casa después de trabajar dos turnos seguidos y la encontraba cosiendo en la Singer, pulsando el pedal de hierro forjado, con el volante tarareando al ritmo que bailaba la aguja. Malia le pagaba un extra por el desgaste de la máquina, e incluso intentó convencerla de adquirir una segunda para poder enriquecerse las dos a costa de las prostitutas.

Una noche Pono se sentó con los brazos cruzados, mirando fijamente a Malia. Le mostró una de sus manos, en la que faltaba la mayor parte de uno de los dedos.

—Sí, una vez cosí *cheongsams* para esas mujeres. Pero la vergüenza me envió a la fábrica de conservas. Luego perdí este dedo en la máquina que corta las piñas a rodajas. Mientras estaba de baja, desesperada, volví a coser *cheongsams* otra vez. Luego vi que mis hijas estaban creciendo. Me pregunté cómo podría decirles que su comida y sus ropas las pagaba gracias a que esas mujeres se prostituían. Así que regresé a la fábrica. —Se inclinó hacia Malia—: Pero tú, tú estás cosiendo a toda pastilla. Te estás convirtiendo en su intermediaria.

Malia se irguió en su silla.

—¿Qué quieres decir?

—Tus vestidos hacen que las putas *haole* parezcan más guapas. Los hombres les pagan más. Las putas te pagan más a ti. Es lo mismo que ser su chulo. ¿No sientes *hilahila*, no sientes vergüenza?

Malia se puso lentamente en pie.

—No veo que tú rechaces mi dinero. ¿Sientes tú *hilahila*? —Se alegró de que Pono estuviera sentada. Era tan alta que esa fue la única vez en la que Malia pudo mirarla desde arriba. Prosiguió—: Escucha. Me dejo los dedos todas las noches. La mitad de estos vestidos tienen mi sangre en ellos. Lo que hago sirve para mantener a mi gente viva. ¿Tienes idea de la cantidad de dinero que esas prostitutas están ganando? Se están comprando casas, propiedades enteras. Cuando la guerra termine, la mitad de Honolulu será propiedad de prostitutas. —Sus dedos tamborilearon con énfasis sobre la Singer—. ¿Siento vergüenza? No. Las admiro. Son mujeres de negocios muy listas.

Pono alzó los ojos, casi con pereza.

—¿Y tu niña? Esa a la que llamas *hānai*. Cuando crezca, ¿le contarás que te ganaste la vida gracias a las prostitutas?

Malia se echó hacia atrás.

—¿Se lo dirás a su padre, al que solo le quedará un pulmón a causa de las heridas de guerra?

—Krash... ¿herido? Diosa Madre, no dejes que muera.

Como a cámara lenta, Malia cayó de rodillas. Cerró sus ojos y se puso a rezar fervientemente por el padre de su hija.

—No morirá —dijo Pono—. Pero tú le harás daño muchas veces.

Después de un rato, Malia abrió los ojos.

—Sé que eres *kahuna*. Así que mira en tus hierbas y tus hojas y verás que amo a ese hombre. También verás que tengo un futuro. No coseré para las prostitutas toda mi vida. Practico incluso cuando estoy dormida, memorizando todo lo que me enseñas para que las tijeras y el hilo hagan cosas nuevas y diferentes. Algún día la gente rica llevará mis diseños. Voy a conseguir grandes cosas. Si eso hace daño a Krash, entonces no me merece.

Pono la miró, divertida.

—Aparte de vestidos para putas... ¿qué otra cosa «diseñas»?

—El esmoquin que mi hermano se puso para su primera noche en el Lau Yee Chai, con la chaqueta que se ajustaba al torso en lugar de quedar holgada. Estaba demasiado delgado para eso. Diseñé sus pantalones más rectos que en el viejo estilo, que ahora parece de antes de la guerra y agotado. —Hizo una pausa—. Y tengo algo nuevo en mente para llevar a la playa. Ropa playera a juego para hombres y mujeres. Causará furor. —Desplegó un vestido de ricos brocados verdes, con una falda suelta que refractaba la luz, que había hecho a partir de una de las telas de Kiko—. Estoy haciendo esto para ti.

Pono lo miró fijamente. Era como un resplandor que esperase a envolverla.

—Pensé en el rojo —dijo Malia—. El color de la pasión. Pero el verde es más suave, y complementará tu belleza.

Pono hundió la cabeza, estupefacta.

—No estoy acostumbrada a la amabilidad. La vida me ha hecho dura.

Malia pensó en las cuatro chicas que dormían en la habitación de al lado. El padre al que no conocían. Pensó en la vida que estaba esperando a aquella mujer más allá de la puerta. En lo que requería cruzar esa puerta cada día.

—Espero —dijo— que haya un testigo para tu belleza, alguien especial contigo cuando te pongas este vestido.

El rostro de Pono se tornó soñador.

—Quizá. Cuando la guerra termine.

—¿Terminará alguna vez?

Pono cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos, el negro de sus iris (negro como el corazón del *aku*) se transformó en marrón y luego en blanco, de modo que parecían haberse dado la vuelta para mirar su propio cerebro.

—Un año más. Será rápido. Espectacular. La guerra tal y como la conocemos se extinguirá.

En octubre, al abolirse la ley marcial, DeSoto regresó a casa en un avión del ejército norteamericano, trayendo consigo su salobre olor a mar. Keo entró y estaba allí. Aquella forma familiar, dormida, un brazo colgando del camastro como un calamar. Olió aquella mano grande, color bronce, con la palma llena de callos. Un *staccato* de sangre hermana aleteando por aquellas venas. Sintió que su alma se iluminaba, eufórico.

Pasaron horas pescando en la canoa de DeSoto, en bahías en las que no entraban las patrullas militares, usando como cebo batatas, adoradas por los peces cirujano. Mordisquearon los frutos de *kukui*, escupiendo luego el aceite para que se extendiese sobre la superficie de las olas y pudieran ver a través cómo los peces picaban el anzuelo. Trataron de recuperar los años perdidos, pero necesitaban tiempo para superar su timidez. Tenían que ser pacientes. Como observar el agua de mar evaporándose de las canoas hechas de hojas de ti. Los minutos se alargaban hacia el infinito.

—Nunca te llegué a dar las gracias por ayudarla a reunirse conmigo —dijo Keo.

DeSoto asintió con gesto solemne.

—Sunny te quiere más que a nada. Creo que enloqueció sin ti. Averigua dónde está, qué le ha ocurrido...

Keo negó con la cabeza.

—Compruebo los listados de la Cruz Roja todas las semanas. Envío cartas a los hospitales. Hermano... Sunny y yo tuvimos una hija. Nació en Shanghái. Nunca pude tenerla en mis brazos.

DeSoto hundió la cabeza.

—¡Maldita guerra!

Keo extendió los brazos y tocó tímidamente a su hermano. Enseguida se fundieron en un abrazo feroz.

—Keo, escúchame. Sunny todavía está viva. Lo sé. ¡Puedo sentirlo! Tu chica. Volverás a encontrarla... de algún modo. Si quieres buscarla, yo la buscaré para ti. Si necesitas hablar, ven a hablar conmigo.

—He tenido miedo de hacerlo —dijo Keo, y dirigió su mirada mar adentro—. Hice tantas cosas... me vi obligado a hacer tantas cosas...

DeSoto asintió.

—Yo también hice cosas... Nunca voy a poder olvidarlo. Nunca las repetiré, ni siquiera ante un cura. Ahora le hablo al espejo para confesarme.

Se quedaron en silencio durante un rato, y luego Keo preguntó:

—Oye, ¿crees que nuestra hermanita *hānai* es realmente... *hānai*?

DeSoto sonrió.

—Creo que es igualita que Malia.

—¿Y... no se parece un poquito a Krash?

—¡Se parece un montón a Krash! Tiene la piel clara como la madre de Krash, que tiene algo de *haole* en su familia.

—La cosa se pondrá interesante cuando Krash vuelva.

Un día DeSoto lo llevó a pescar en las aguas frente a Punta Ka'ena, al noroeste de O'ahu. Era un lugar desolado, un trozo de tierra en el que, en invierno, olas de más de diez metros estallaban contra las playas. Mientras remaban en silencio mar adentro, los dos hermanos permanecieron callados.

Los mayores llamaban a aquel punto Leina a ka 'Uhane, «Lugar de donde saltan los espíritus». Los hawaianos creían que las almas de los muertos partían desde allí hacia la vida de ultratumba, echando a volar desde precipicios de trescientos metros de altura. Ka'ena significaba «rojo ardiente». Aquel dedo de tierra mellado que apuntaba hacia el oeste se merecía su nombre. A la hora del crepúsculo sus aguas se teñían de naranja, las playas de coral crepitaban, los arbustos parecían arder.

A lo largo de la orilla había grutas formadas por la lava y agrupaciones rocosas que parecían cuernos: enormes rocas volcánicas a través de las que el agua salía disparada hacia el cielo. Ahora, mientras el mar golpeaba aquellas formaciones, Keo y DeSoto oían gemidos, gritos y cantos. El mar, al desmenuzarse sobre dunas de coral, sonaba como los ladridos de un millar de perros.

Keo sintió un escalofrío.

—Tengo muchísimo sueño.

—Es hora de *moe moe* —susurró DeSoto—. Cierra los ojos. Relájate.

Después, Keo supo que había dormido, porque recordaba lo que había soñado. En

el sueño, alguien se había sentado entre ellos en la canoa. Y en aquel lugar encantado, los tres hermanos pescaron y rieron, y compartieron anécdotas durante horas y horas. Más tarde, las olas estuvieron a punto de hundirlos y ambos se despertaron y empezaron a remar con fervor.

Cuando estuvieron de vuelta en aguas más calmadas, DeSoto le preguntó:

—¿Lo has visto?

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Keo.

—¡Jonah! Estaba aquí. Riéndose. Bromeando. Como en los viejos tiempos...

—Conozco a ese chico. Sé que su alma estaba esperándonos aquí para que pudiéramos estar juntos antes de realizar su largo viaje a Kahiki, el auténtico hogar de la Polinesia.

Al mirar hacia la costa, de repente DeSoto se puso en pie y gritó. Un pájaro fragata de enorme envergadura había aparecido de la nada y se había posado sobre una gran roca blanca en lo alto del acantilado. En aquel preciso momento, agitó sus alas y alzó lentamente el vuelo. Voló en círculos concéntricos que se iban expandiendo y a continuación se dirigió directamente hacia Keo y DeSoto con unos chillidos que partían el corazón, mientras la sombra de sus alas desplegadas se proyectaba sobre ellos.

Keo levantó los brazos y gritó el nombre de Jonah. El pájaro planeó durante tanto tiempo que Keo se desvaneció como si estuviera poseído. El pájaro descendió y se mantuvo suspendido en el aire, tan cerca que los dos pudieron ver su propio reflejo en sus enormes ojos compasivos. La mente de cada uno de ellos tembló en la claridad de aquellos ojos. Entonces el pájaro fragata movió las alas y volvió a chillar, un largo solo soprano, y ascendió, volando más y más alto en pos de la llamada que su cuerpo proyectaba hacia delante.

—¡Vuela, Jonah! —gritó DeSoto—. ¡Vuela alto! Te vas a casa.

Se quedaron mirándolo hasta que su silueta se redujo a un punto negro en sus ojos. Entonces bajaron la cabeza, con aquella imagen grabada para siempre en sus mentes.

En la primavera de 1945 llegó una carta de Krash Kapakahi, herido de «poca gravedad» y recuperándose en Italia. En el paquete también venían extraños souvenirs: dos huesos largos, finos y curvados, en los que había escrito su nombre. Malia los miró fijamente, luego los envolvió y se los llevó a Pono. La mujer los acarició y apretó uno de ellos contra su oído.

—¿Oyes los latidos? Los huesos recuerdan los latidos del corazón.

—No comprendo —dijo Malia.

—Tuvieron que quitárselos para poder cortarle el pulmón que le había destrozado

una bala. Son las costillas de tu amado. Te está cortejando.

Malia cogió los dos huesos y los presionó contra sus mejillas.

—¡Haz que se cure! Haré cualquier cosa. No permitas que se quede inválido.

—Estará bien. Un pulmón es suficiente. Pero a veces emitirá el sonido de quien digiere perlas.

Malia acarició las costillas, como si fueran un tótem.

—Pono, estoy asustada. No sé lo que me espera.

—El vuestro será un amor retorcido. Ambos viviréis hacia delante, pero mirando hacia atrás.

Con la rendición de Alemania todos salieron a bailar a la calle. En junio, cuando los Aliados tomaron Okinawa, Keo se quitó los zapatos en el Club Maluhia. Hacía años que no tocaba descalzo. Intensificó sus progresos. Sin dejar de bailar por todo el escenario, tocó diecisiete estrofas de «Birth of the Blues» mientras los soldados las iban contando. Después todos lo rodearon enfervorizados.

—Tengo que decirte —casi le gritó, entusiasmado, el joven percusionista— que tienes una habilidad para las notas agudas que casi me hace llorar.

Había cogido peso. Había empezado a nadar de nuevo y sus músculos estaban adquiriendo consistencia. Algunas noches se sentía tan bien que hacía todo el camino de vuelta a pie y luego dormía hasta después del mediodía. Un día, en agosto, cuando despertó notó que el vecindario estaba sumido en el silencio. No estaba el *manapua* cantando en la calle. Ni el que vendía tofu. Su madre y su padre estaban sentados, mirándose las manos, callados. Volvió a dormirse. A primera hora de la tarde vio a algunos vecinos en la calle, familias enteras vestidas de blanco, llevando farolillos de papel en procesión. A veces se detenían, como si dieran tiempo a que la sombra de alguien ausente los precediera.

—¿Mamá? ¿Papá? —Los miró alternativamente a uno y a otro.

Ambos negaron con la cabeza.

La pequeña Baby Jonah llegó corriendo desde la calle:

—¡Tío! Todo el mundo está susurrando: «*Kulikuli, kulikuli*», «Guarda silencio». Y yo les digo: «¿Por qué *kulikuli*?», y ellos dicen: *Hir-osh-i-ma*. ¿Qué significa esa palabra?

Los escaparates de las tiendas se apagaron. El tráfico se detuvo. En pequeñas grutas y playas resguardadas, familias vestidas de blanco lanzaban faroles de papel al mar. Cintas de luz flotaban en la marea, devolviendo a los espíritus de los muertos al paraíso de los budistas.

Días más tarde, los vecinos japoneses que trabajaban en los campos de caña de azúcar, al regresar a casa con la piel ahumada y chamuscada, como si se hubieran

embadurnado con melcocha, cruzaron a remo hasta un islote frente a la costa norte, Mokoli'i. Allí se arrodillaron sobre unos cojines y se quitaron la vida. Al enterarse, Keo intentó imaginarse a la vieja pareja abrazándose y despidiéndose. Luego la afilada punta de un cuchillo abriéndose paso en sus vientres.

Finalmente se oyeron las sirenas. El eco de las campanadas de paz. Durante años, la gente identificaría la bomba atómica con el final de la guerra, con la rendición. Dirían que la bomba había sido lo que había hecho falta.

RABAUL

NUEVA BRETaña, 1945

Se rasca las piernas, recogiendo piel muerta, colonias enteras de células. Examina con atención sus brazos descarnados, como si fueran microbios de proporciones gigantescas. Coge aire. Y lo expulsa. Se concentra en los granos de arroz, cada uno de ellos es un mundo de texturas. Aguanta cada uno de esos mundos en su boca hasta que resulta imposible distinguirlo de la saliva.

Imagina terrenos de cultivo, arrozales, a personas encorvadas arando los campos. Imagina los cuernos curvados de lánguidos bueyes pisoteando la cosecha. Imagina cada grano liberado de la paja, de la cáscara y del polvo, dejando su «espíritu» en la tierra. No pesa apenas nada, casi no tiene fuerzas para levantar sus propios huesos.

Huyendo de las fuerzas Aliadas que se han apoderado de la costa oeste de la isla, las tropas japonesas llegan a Rabaul desnutridas, enfermas de tifus y gangrena, muchos soldados sin brazos o sin piernas. Los que están suficientemente sanos como para hablar les dicen a las chicas que los Aliados les despellejarán vivos y les arrancarán la grasa del cuerpo para hacer lubricante para los aviones y las bombas.

Sunny escucha, incapaz de sentir nada, mientras se pregunta: «¿Cuándo sentiré el ultraje? ¿Cuándo gritaré que ya no puedo soportar más?»

Ya no duerme. Permanece fuera de su propio cuerpo y observa. Quizá siente curiosidad: ¿cómo terminará todo? El agua es ahora algo muy preciado, las manos y los rostros están embadurnados de barro. Bañarse es tan solo un recuerdo.

Una noche Matsuharu la requiere en su despacho.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunta Sunny, tan débil que sus palabras se quedan arrastrándose en su cabeza.

—Nos vamos a los subterráneos —dice él, estudiándola con ojos desquiciados—. Sobreviviremos en nuestra fortaleza hasta que recibamos instrucciones de nuestro emperador. ¡Haremos frente a los Aliados hasta la muerte!

Sunny piensa que se refiere a las tropas. Piensa que le está diciendo que ha llegado su hora de morir. Se toca el cuello, visualizando el elegante arco que la espada dibujará en el aire.

—¿Quién se va al subterráneo? —pregunta.

—Tú. Yo. Ahora.

HO‘OKAUMAHA

Causar un profundo pesar

HONOLULÚ, 1945-1946

Con brusquedad, casi como por arte de magia, la calle volvió de nuevo a la vida. La gente paseaba con los brazos enlazados, saludando a los vendedores ambulantes de *poi* y tofu. Se sentaban fuera hasta tarde, con las luces encendidas, celebrando el fin de los cortes de electricidad. Y aún más tarde aparecían otros, veteranos de guerra con el balanceo cansino de los sonámbulos, agachándose furtivamente en los arbustos y apuntando rifles imaginarios hacia las prendas de ropa colgadas en los patios.

Incluso los padres de chicos muertos revivieron, guardando su pena para el oscuro interior de sus dormitorios. En el Cementerio de los Caídos, en Punchbowl Crater, los muchachos habían sido enterrados según iban muriendo en combate, sin prestar atención a su rango o su raza. Algunos días, Keo iba a visitar la placa en recuerdo de Jonah y de los amigos muertos en Bélgica, Normandía, a manos de un tirador el día que los Aliados tomaron Berlín.

Pensó en los chicos hawaianos de rostro oscuro y amenazador que también eran hermosos. Recordó sus cuerpos fornidos, labrados en el mar, y su piel marrón con matices dorados. Recordó cómo, al surfear bajo la luz de la luna, el dorado se resaltaba, como si el brillo de la luz solar lo oscureciera. Ahora cuatro de sus amigos habían muerto. Dos muchachos del instituto Farrington y dos de los chicos del Royal.

Formaban parte del cuarenta por ciento de soldados de Hawái (chinos, portugueses, filipinos, coreanos, puertorriqueños, samoanos y *haole*) a los que nadie había aplaudido cuando volvieron. No se habían ondeado carteles, ni había habido desfiles en el Palacio ‘Iolani como cuando se le dio la bienvenida al Regimiento 442.

Keo iba al cementerio con regularidad para hablar con aquellos a los que nadie había aclamado, para honrarlos y quitar las malas hierbas de sus tumbas. Un día, sentado cerca de la lápida con el nombre de Jonah, vio a lo lejos lo que parecía un niño siendo asfixiado por una serpiente gigante que agitaba y se retorció en sus brazos. Parpadeó y volvió a mirar: un enano con una manguera.

—¿Ugh?

El reconocimiento llegó como una inhalación de amoníaco que les prendiese fuego a sus fosas nasales, la insistencia del pasado. Ugh contándole el futuro en un carguero, haciéndole escuchar a Puccini en Nueva Orleans. Ugh dándole de comer caldo de rruiseñor en Shanghái. Keo echó a correr hacia él, lo levantó en vilo y dio vueltas con él en brazos.

—Hawaiano, me agotas, viniendo aquí tan a menudo...

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Tres, cuatro meses ya.

Keo se sentó en la hierba, sorprendido.

—Pero ¿por qué un cementerio?

—Los muertos tienen mucho tacto. No te miran fijamente. —Ugh se sentó a su lado y se pasó un trapo por la frente de su inmensa cabeza. Su habla continuaba siendo una mezcla de inglés, francés y la jerga nativa de Hawái.

—Trabajé varios meses en el Halekulani. Un hotel *très* elegante, ¿no? Me pusieron un uniforme para hacer de botones y de mensajero, como ese tío de Philip Morris. ¡Y luego unos turistas intentaron levantarme en vilo! «Oh, qué mono. ¿Es de verdad?» Un tipo gigante de Texas quiso comprarme. COMPRARME. Quería llevarme a su casa como si fuera un souvenir. —Keo se mordió el labio intentando aguantarse la risa—. De acuerdo. Puede que eso sea divertido. Pero en la siguiente ocasión en la que intentó cogerme, le di un cabezazo con todas mis fuerzas en las pelotas. El gigante de Texas se quedó de rodillas lloriqueando. Ahora ha demandado al Halekulani. Ya no hay más «¡Llamada para Philip Morrriissss!».

Los dos rieron de buena gana, tirados en la hierba entre los chicos muertos. Luego Keo regañó a su amigo:

—Te busqué durante meses cuando volví.

—Hawaiano, siempre aparezco. Tenlo por garantizado.

—Pero, ¿dónde estás viviendo ahora?

—Con mi padre *kānaka*. En Wai'anae. ¡Qué tío, qué tío! No sabe leer, ni escribir, pero sabe pescar con arpón, sabe hacer surf, sabe tejer redes de pesca y plantar ñame como un profesional. Tenemos *aku* todos los días para almorzar.

Keo se le acercó un poco más.

—¿No echas de menos a tu madre en Shanghái?

La voz y la postura de Ugh cambiaron.

—A veces. —Se encendió un cigarrillo y lanzó al aire una serie de anillos de humo perfectos y cada vez más pequeños que se iban metiendo unos dentro de otros como cajas chinas—. Tal vez siempre esté desgarrado. Debe de ser algo propio de los exiliados. Como te pasa a ti.

—¿A mí? Yo estoy de vuelta en el lugar al que pertenezco.

—No, Hawaiano. Tú nunca pertenecerás del todo a un lugar. Por eso siempre cuido de ti.

—¿Qué quieres decir?

Ugh hizo un gesto con la cabeza.

—Siempre pides explicaciones. El exilio no es solo físico. Es algo que sucede dentro de ti. La verdad, ¿no te sentiste un poco exiliado incluso con tu chica?

Keo bajó la mirada y contestó:

—No recuerdo.

—En tu día más feliz en París, ¿no estabas siempre un poco solo?

—Creía que eso era miedo a ser mediocre. Esa sigue siendo mi mayor pesadilla.

Ugh se puso en pie de un salto.

—¡Eh! ¿Qué hay de malo en ser mediocre? Significa ser normal, y eso es lo que la mayoría de la gente es. La mediocridad es una de las mejores cualidades. Fíjate en cómo viven los hombres mediocres: tranquilos, perezosos, sin preocuparse por los demás. Piensan en hacer la digestión, en hacer el amor, en tumbarse en la playa. ¿Qué hay mejor que eso? Los hombres mediocres entienden que la vida es corta y viven mientras pueden. ¡Dejan todo lo otro (el genio, la originalidad y el trabajo, trabajo, trabajo) para los pájaros! ¡Cultiva la fealdad! Todo el mundo se vuelve receloso y competitivo. «¿Quién es el mejor? ¿quién es el mejor?» ¿A quién le importa quién es el mejor?

—Dew Baptiste siempre dijo que si era mediocre, no era jazz.

Ugh dejó caer su gran cabeza hacia su pecho y se quedó mirando fijamente sus piernas patizambas.

—Amigo mío, no sabes cómo rezo por ser mediocre. Keo, tú no entiendes las auténticas pesadillas.

Keo miró a aquel hombre diminuto que parecía haber sido testigo de gran parte de su vida y de haber ejercido su influencia en ella. Sentía por él un profundo afecto.

—¿Por qué? ¿Tú tienes pesadillas? ¿Cuáles?

Ugh apartó la mirada.

—Despertarme con una correa al cuello, o en una jaula. Convertirme en el souvenir de alguien.

La paz puso fin al acopio de alimentos. Leilani dejó de guardar cajas de carne en conserva y sacos enormes de arroz en los armarios de los dormitorios. Cuando pudo soportarlo, empaquetó las cosas de Jonah hasta dejar la habitación vacía, solo con la cama de la pequeña Baby Jonah.

Ahora, rollos de tela se apoderaron del espacio, apoyados contra las paredes. Y una mesa de trabajo. Y un maniquí de costurera. La niña se quedaba dormida al son de las tijeras. A veces, cuando estaba dormida, Malia la cogía en brazos, apretando un nuevo diseño contra su espalda y enredando la tela alrededor de sus extremidades. Durante años, la niña recordaría estar envuelta en telas mientras se repantigaba medio despierta. Recordaría descubrir su pequeño cuerpo rotulado de tiza, como si fuera una diana, y la cara de Malia sobre ella, siniestra, con telarañas de hilos y agujas colgando de su boca. Recordaría hileras de pequeños vestidos en su armario, cómo colgaban

como si fueran niños con la lengua fuera.

Un día, Malia le entregó a Pono un puñado de billetes, ató la Singer a un carro y la llevó hasta su casa, cinco calles más allá.

—Iba siendo hora de que fuese tuya —dijo Pono—. Yo he dejado de coser. Voy a empezar de cero.

El vestido verde que Malia había diseñado le daba un aspecto épico. Océanos y corrientes de su larga melena negra recogida en un alto copete. Llevaba unos elegantes zapatos de punta y tacones altos que le proporcionaban una altura terrible, majestuosa. Nada en ella se retraía, todo brillaba: labios gruesos y luminosos, los ojos densos como balazos. Tenía las mejillas tan encendidas y prominentes que parecía que tuviera fiebre, que fuera una mujer dispuesta a plantarle cara a la vida. Una mujer que sobreviviría a sus hijas.

Malia la miró fijamente.

—Dios mío, espero que ese hombre te merezca.

Por primera vez desde que se conocían, Pono bajó la guardia.

—Él es la razón por la que existo.

Años más tarde, Malia se enteraría del destino al que se dirigía Pono aquel día después de la guerra, cuando se había declarado la paz. Había ido a recoger a un hombre que había estado escondido durante la mayor parte de su vida, una víctima de *ma'i pākē*. La guerra había traído consigo el milagro de la sulfamida, y Pono pensaba que eso podría curarle, que podría llevarlo a casa con ella. Pero lo que encontró fue a un hombre cuya carne había sobrepasado horriblemente a la medicación. El daño que su cuerpo había sufrido no podía deshacerse.

Durante la guerra, las cartas de Krash habían sido breves. Al principio le había contado el entrenamiento básico en una base en la que todos creían que era mexicano, y luego había seguido enviando cartas muy cortas. Después las había enviado desde el hospital donde se recuperaba. Solo hizo referencia una vez a su pulmón perdido y a las costillas que le habían quitado, como si las hubiera olvidado en algún sitio y fuesen a aparecer de nuevo. Sin embargo, había escrito su nombre en cada uno de aquellos huesos con sumo cuidado, KRASH KAPAKAHI, con una ortografía anticuada, y los había empaquetado entre algodones con extrema delicadeza. Malia continuaba llevándoselos a la cama por las noches, acariciándolos como haría un arquero con unos arcos en miniatura, y sus lágrimas silenciosas serían las flechas.

Por fin, Krash volvía a casa. Sus cartas se hicieron aún más cortas, sin indicio alguno de alegría ni felicidad por el regreso. Como si hubiera resultado herido en una mano y escribir cartas no pasara de ser un mero ejercicio, un modo de mantener intactas las terminaciones nerviosas de sus dedos. Malia sostuvo su última carta

contra su pecho y observó cómo sus propios latidos la hacían temblar.

—No espero nada —mintió—. Nunca tuvimos tanto en común.

—Será diferente —le dijo Leilani—. Todos vuelven diferentes.

Chicos de voz dulce habían regresado hablando con tonos graves. Y había algo en sus ojos, como si estuvieran rodeados por el fuego. Incluso los más jóvenes con sus caras de niños. Incluso los más duros, los pertenecientes al Regimiento 442, los americano-japoneses que habían conseguido diez mil Corazones Púrpura, cuatro mil Estrellas de Bronce y seiscientas Estrellas de Plata. Incluso aquellos que nunca habían entrado en combate. Todos volvían cambiados.

Malia estaba allí el día que su barco llegó a puerto, gigantesco como un bloque de viviendas. Miles de hombres se acodaban en la borda mientras varios grupos de bailarines los homenajaban en el muelle y una banda de músicos militares tocaba. Los que iban en camilla fueron llevados a ambulancias, y, luego, los hombres se apresuraron a desembarcar. Eran extraños vestidos de caqui. Más delgados, más callados.

La familia de Krash se arremolinó en torno a él. Luego Keo se abalanzó sobre él, llorando y sin que le importase lo más mínimo guardar las formas. Malia permaneció paralizada, tan cerca de él que podía oler su loción de afeitado. Había olvidado el impacto que Krash ejercía sobre ella, cómo su proximidad hacía que sintiera la lengua gruesa y áspera. Había olvidado que su piel color bronce era rugosa, ligeramente picada de viruela en las mejillas, pero sus rasgos continuaban siendo atractivos. Era inmensamente elegante, incluso cuando estaba quieto. Con cierto pudor, le estrechó la mano.

Días más tarde, en la fiesta en honor de los muchachos que habían regresado, pasearon juntos por la playa. Viéndolo de cerca, Malia se dio cuenta de que él seguía siendo el mismo, pero diferente. Continuaba siendo musculoso, aunque de un modo más enjuto; tenía el rostro más delgado, y hasta sus labios eran ahora más finos. En su frente habían aparecido profundas arrugas. Ahora presentaba una cierta desconfianza, como alguien que esperase un enfrentamiento definitivo, pero su voz era tan dulce que Malia apenas podía soportarlo.

—Recé por ti —dijo, manteniendo la cabeza gacha—. Gracias a Dios que estás en casa.

—Ahora parece... distinta —repuso él.

—¿Distinta?

—La gente no para de hablar.

—Tu familia no sabe cómo agradecerte que hayas sobrevivido. Necesitan hablar. Eso es todo.

Quería mencionar sus costillas, decirle con qué cuidado las había guardado. Pero eso las convertiría en algo demasiado importante.

Entonces, con cautela, Krash la cogió del brazo.

—¿Pudiste tú sobrevivir sin problemas?

Por un momento, lo único que Malia quería hacer era tumbarse a su lado en la oscuridad y hablar en voz baja durante un rato, con las cabezas unidas sobre la almohada. Quería coger el rostro de Krash entre sus manos y prometerle que nunca volvería a ser egoísta. Quería decirle que había aprendido cómo ser delicada y generosa con los sentimientos, y que siempre se aprestaría con fuerza y rapidez a defenderle. Quería pedirle que la ayudase a recorrer el camino de la vida, a mantenerse de pie, a mantenerse viva. Lo miró a los ojos. Los de Krash se movían rápidamente, sin enfocar del todo, y Malia perdió los nervios.

—¿Pudiste? —repitió Krash.

—Estoy bien —dijo—. Aún sé adónde voy.

—¿Sigues enganchada al estilo *haole*?

Ella hizo una mueca de dolor, como si le hubiera golpeado en el estómago.

—Entiendo. He aprendido cosas estando allí. Algunos *haole* son buenos, y otros, malos. Como todo. Un blanco me salvó la vida, evitó que me desangrase hasta morir. Vi que podían llorar, y sufrir. Tienen sentimientos, igual que nosotros. —Hizo una pausa durante la que dirigió su mirada hacia el mar—. Tengo grandes planes, Malia. Voy a conseguirlo. En su mundo.

—Su mundo. ¿Cómo?

—La ley que han aprobado para ayudar a los combatientes a financiarse los estudios. Voy a volver a la universidad. No en el turno nocturno. Me dedicaré por entero. Voy a conseguir un título gracias al Tío Sam. —Tomó aire y prosiguió—: Después... estudiaré leyes. Tal vez en California.

Algo en el interior de Malia se vino abajo. Krash se había vuelto demasiado ambicioso. Todos lo habían hecho. Se sentía atraído por los focos, quería volver a despegar. Se giró hacia él, deseando pegarle.

—¿Leyes? Espero que tengas lo que hace falta.

Volvió a la fiesta y la música, a las mesas llenas de comida grasienta y cerveza derramada y se sentó sola, jugueteando con los dedos en la arena. Pensó en la hija de ambos, preguntándose cómo se lo tomaría Krash, cuántas novedades sería capaz de afrontar. Tenía la sensación de que él se hallaba más allá de cualquier capacidad de sorpresa. En resumidas cuentas, ella también había sabido lo que era combatir.

Pero en algún punto de aquella guerra sin fin, en años de cortes de luz nocturnos, Malia se había hecho a sí misma una promesa. Siempre sufriría un poco, se privaría a sí misma de algo. Después de un tiempo se acostumbraría al dolor y casi lo olvidaría. Entonces ya prácticamente no lo notaría, porque habría olvidado lo que era la ausencia de dolor.

Levantó la vista y miró a Krash. Justo en ese momento él le devolvió la mirada

directamente con el corazón. Ella vio su agonía, parecía envolverle con un resplandor. Como si él, también, hubiera hecho un pacto. Sufrir siempre un poco. Negarse a librarse del dolor.

Un día, Krash fue con Keo y DeSoto a su antiguo lugar de reunión, el Smile Café, y les contó sus planes de estudiar leyes y montar más tarde un bufete para ayudar a los hawaianos a ponerse de nuevo en pie.

—¿Sabéis? en Europa conocí a un profesor negro. Y a un esquimal que planea ser juez. Luché junto a nativos de Guam que quieren ser doctores gracias a la ley de ayuda a los combatientes. Así que pensé: «Diablos, yo soy tan inteligente como ellos.» Mi madre se pasó toda la vida diciéndome: «Krash, ¡eres realmente inteligente! Ve a la universidad, saca un título y luego cántales las cuarenta a los *haole*.» Y eso es lo que pienso hacer. —Miró fijamente a Keo, que estaba callado—. ¿Qué piensas? ¿Te parece que soy demasiado vanidoso?

Keo le dio un apretón en el hombro para mostrar su orgullo.

—Me parece, Osborn Kuahi Kapakahi... que vas a ser un jodido abogado. Tú eres el futuro, hermano.

Krash sonrió, mirando alternativamente a uno y a otro. Pero vio el vacío en los ojos de Keo, como si las horas de cada día pasaran muy lejos de él.

—Keo, siento mucho lo de Sunny. Pero, escucha, tienes que tener esperanza. Hay miles de personas desplazadas que todavía están volviendo a casa desde hospitales repartidos por toda Asia.

Keo se estremeció, como si intentase quitarse aquella pena de encima. Pero enseguida recordó que Krash era su mejor amigo.

—Mantiene la esperanza —dijo DeSoto—. Si deja de tener esperanza, le rompo las piernas, ¡ya lo creo que se las rompo!

Krash se echó a reír y dio un trago de su cerveza, tenía la cabeza tan llena de planes que sus pensamientos tenían también pensamientos.

—Tu hermana siempre quería viajar, ¿verdad? Quizá quiera venirse conmigo al continente. Cuando saque el título, intentaré entrar en la facultad de derecho. En California.

DeSoto frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de que se vaya contigo?

—Bueno... Si te digo la verdad, hubo unas cuantas chicas en Europa. Simples ligues que no significaban nada. A Malia la tuve siempre en la cabeza. Incluso a pesar de que es una auténtica cabezota. Diablos, un día me di cuenta de que la quiero. Quiero casarme con ella, llevarla conmigo como mi esposa.

Keo contempló su cerveza y luego miró a Krash.

—No has venido a nuestra calle desde que regresaste. Vamos a hablar con mi padre, como en los viejos tiempos. Puede que encuentres a Malia allí.

Se adentró por Kalihi Lane con paso decidido y arrogante, flanqueado por los dos hermanos. Desde la fiesta se había distraído por la impresión de estar de vuelta en casa. Ahora quería ver a Malia y pasar el tiempo con ella. Sabía que Leilani tenía una hija adoptada de casi cuatro años. Al acercarse a la casa oyó la risa de la cría. Estaban todos sentados en el garaje.

Baby Jonah se abalanzó sobre Keo.

—¡Tío Papa!

Leilani se puso en pie, un poco asustada, y le dio un abrazo a Krash.

—Eh, Krash, ¿cómo estás? ¡Mira! Esta es nuestra pequeña *hānai*. Es guapa, ¿verdad? Le hemos puesto el nombre de mi hijo pequeño.

Malia estaba sentada en una silla plegable, evitando mirarle a los ojos mientras su madre seguía nerviosamente con su cháchara.

—Rosie Perez ya estaba cansada con cuatro críos y su maridito luchando en el extranjero. Una noche me dijo: «Leilani, ¿quieres adoptar a esta número cinco?». Le dije que por supuesto, ¿por qué no? Todos mis chicos se habían marchado lejos. Excepto Malia, que gracias a Dios cuidó de nosotros mientras los demás no estaban. Sí. Gracias a Dios que estaba Malia.

Keo miró a Krash, luego a su hermana y por último a la niña. Era una combinación perfecta de ambos. Resultaba tan obvio que solo un ciego podía no verlo. En ese momento, hasta Timoteo lo entendió. Miró a la cría, a Krash, a Malia, y las lágrimas se desbordaron por sus mejillas. Tenía la misma frente de su padre. Los ojos idénticos. La misma barbilla con el hoyuelo, y algo apreciable en la forma de sus orejas, como pequeños corazones terminados en punta exactamente iguales que los de su padre.

De Malia, los pómulos altos, la nariz pequeña y ligeramente achatada, y la hermosa silueta de sus labios. El orgullo con el que se comportaba. Una ronquera que resultaba atractiva; igual que su madre, sería voluptuosa. Y de Krash, otra vez, las piernas largas y los pies grandes y torcidos hacia dentro. Y, también, estaba la cuestión de su edad. Había nacido exactamente a los nueve meses de la víspera del ataque a Pearl Harbor.

Al ver su propio reflejo, Krash se quedó embobado. Su boca se abrió sin emitir ningún sonido. Malia se levantó y clavó los ojos en él. Desafiándole. Negándole la verdad sobre su hija. Deja que salga al mundo. Deja que tenga éxito en la vida.

Sin reparar en lo que hacía, Krash extendió sus brazos hacia Baby Jonah. La niña, preciosa y rellenita, se escondió tras la falda de Leilani, y se asomó con coquetería.

Krash permaneció allí durante lo que pareció una eternidad, después se giró lentamente y se alejó tambaleándose. Siete años más tarde, cuando volvió para

montar un bufete, estaba casado con una *haole*.

HILI PŌ

Vagar en la oscuridad

HONOLULÚ, FINALES DE LOS AÑOS CUARENTA

Cada día tenía su objetivo, su trompeta le daba a cada día una razón de ser. A veces era un halcón que planeaba, en equilibrio gracias a los vientos y corrientes del cuerpo de Keo. La tensión del halcón mantenía su mundo en pie. Él lo acechaba, le despeinaba las plumas hasta que sus brazos se volvían pesados como el mercurio y sentía la garganta llena de polvo y cristales rotos.

Había mañanas en las que se despertaba con el labio lleno de costras. Y, no obstante, a la noche siguiente, y a la siguiente, y cada noche de cada semana, tocaba su trompeta inflando sus pulmones como globos. Algunas noches se encontraba a sí mismo al amanecer en los infructuosos suspiros de una ensoñación, mirando fijamente a Baby Jonah, deseando que fuera su niña. Otras noches sentía que el maniquí de costurera lo llamaba.

Se quedaba de pie en la oscuridad, cara a cara con aquella mujer sin cabeza ni brazos.

—Sunny.

Le ponía las manos en los hombros, deseando arrancarse la piel por haber vuelto a casa sin ella. Quería abrir un agujero en el mundo y encontrarla. ¿Qué sentido tenía vivir? ¿Cómo podía la vida tener un significado? Pensó en las ciudades de Asia arrasadas por la guerra, en las que los supervivientes aún salían arrastrándose de entre los escombros. Ella estaba allí, en algún lugar, ella y la hija de ambos. Sabía que estaba allí porque Ugh había dicho que la vida la encontraría. Pero no quería esperar a que la vida la encontrase. Quería adelantarse, ser más listo que la vida misma, encontrar a Sunny y continuar viviendo. Seis años. Podía estar muerta. Se negó a creerlo, se negó a dejarse convencer por lo que se antojaba más probable.

Un día, Leilani se tapó la cabeza con la sábana, soltando un alarido. Timoteo intentó consolarla, diciéndole que nadie podía hacerle ya daño a Keo, que la guerra había acabado. Diciéndole que Keo tenía que hacerlo, tenía que buscar a Sunny Sung.

—¿Por qué? —gritó Leilani—. Por poco se muere en un campo de prisioneros por su culpa. Y ahora va a volver allí.

Keo se colocó en la cubierta de un buque transoceánico, sintiendo la vibración de los motores, el temblor de mil vidas en el umbral de otras vidas. Malia alzó la vista hacia él a través de las cataratas de serpentinas de papel. Que regresase allí otra vez parecía una locura. Le dijo adiós con la mano, como si garabatease maldiciones en el

aire.

Keo contempló el océano subir como si le buscara a tientas, para luego caer pesadamente. Por la noche, tocando con la banda de a bordo, hizo sonar su trompeta con todas sus fuerzas, gritó a través de ella como un hombre que suplicase la redención. Cuando no tocaba, se arrastraba por las cubiertas, sintiendo que el tiempo era como latigazos en su espalda. El día que llegaron a Shanghái, su rostro parecía el de otra persona.

Navegando río arriba por el Huangpu, y sobre todo al aproximarse a puerto, Keo notó que el terror se apoderaba de él, como si solo le quedaran unos pocos segundos de vida. En la embarcación auxiliar que le llevó a los muelles le asaltaron recuerdos de una demencia feudal. Hombres muriendo en las cunetas. Cadáveres de niñas recién nacidas apilados en los callejones. Campos de concentración. Y, sin embargo, él había sido lo suficientemente duro para no morir. Después de todo, él había sobrevivido.

Permaneció un tiempo en el muelle, y no sucedió nada. Vio la triste humanidad de Shanghái, el trasiego de muchedumbres negras como el hollín. No había ahora ningún misterio en lo que veía. Con la excepción de los edificios que habían sufrido el impacto de las bombas, la ciudad volvía a prosperar, ruidosa y casi amistosa. Había enjambres de marineros americanos invadiendo las calles, perseguidos por proxenetas que se comportaban como lobos acechando al ganado. Los europeos vociferaban a chóferes con librea, los casinos estaban en pleno auge. Con cierta sorpresa, vio a soldados japoneses dirigiendo el tráfico, los vencedores convertidos ahora en vencidos.

Se registró en un modesto hotel y cogió un taxi para ir lo más cerca posible de la Ciudad Vieja. Buena parte de aquella zona había sido bombardeada. Allí donde había habido chozas había ahora solo cloacas y montañas de polvo... El rostro de Sunny tomando té. Cruzó el Puente de los Nueve Giros y encontró la vieja casa de té aún intacta. Los camareros sí habían cambiado, y la clientela era mayoritariamente europea.

Volvió a las fábricas de seda. Un día, en la fábrica Dez Hen Number Two, una mujer se detuvo al verlo y le habló en un inglés quebradizo:

—Te recuerdo. Siempre pregunta por dos hermanas.

Keo le sonrió, en estado de shock.

—Sun-ja Sung. Y su hermana, Lili...

—¿Encontraste?

Negó con la cabeza.

—Muchas chicas perdidas. Tal vez ellas convierten en prostitutas. Tal vez secuestradas. Soldados japoneses vinieron con camiones y se llevaron chicas a casas pompon.

—¿Casas pompon?

—¡Para sexo! Los soldados usan mucho a chicas.

—N... no comprendo.

—¡Seguro, seguro tú comprendes! Chicas pompon igual que prostitutas. Pero a la fuerza. Casas pompon igual que cárcel.

—¿Por qué no utilizaban a auténticas prostitutas? Había miles de ellas en la ciudad.

—Enfermedad —susurró la mujer—. Los soldados quieren jóvenes limpias y vírgenes. Un día los japos me metieron en un camión, luego descubren que estoy enferma y me sueltan. Cuando termina la guerra, los médicos me curan. Sífilis, me salvó la vida.

Keo titubeó.

—¿Qué ocurrió con las chicas encerradas en esos lugares?

La mujer hizo un gesto con la cabeza.

—Muchas muertas, por agotamiento. Los soldados las montaban todo el día. Muchas se suicidaron. Algunas solo eran niñas, con diez, once años cuando las secuestraron.

Keo le dio las gracias, le entregó unos dólares y se alejó.

Fue al Club Argentina. Había cambiado de dueño y ahora la banda era mediocre, pero el encargado se acordaba de él. Keo se unió a la banda durante varias semanas, realizando pesquisas con regularidad sobre aquellas «casas pompon» durante la guerra. Nadie podía ayudarle. Una noche, un coronel del ejército norteamericano se sentó a su mesa.

—Te oí tocar una vez. En Honolulu. Buscas información sobre una mujer de consuelo.

Keo lo miró, sin entender.

—Casa pompon, estación de consuelo, es lo mismo.

Su mano salió disparada hacia delante y agarró al coronel por la manga de la camisa.

—No hay mucho que contar. Chicas utilizadas como objeto sexual durante la guerra, ¿qué hay de nuevo en eso? Todavía se están celebrando juicios de guerra. Temas relacionados con los prisioneros de guerra. Verdaderas atrocidades. Lo que los japos les hicieron a nuestros chicos te haría vomitar. Así que nadie les está prestando demasiada atención a esas chicas secuestradas. —El tipo se inclinó hacia Keo para intentar explicarse—: Oficialmente, los japos las llamaban *ianfu*, mujeres de consuelo. Fueron enviadas en barco a bases de primera línea de combate junto con alimentos y municiones, como suministros de consuelo. Extraoficialmente, las llamaban «chicas-pi», que viene de *p'i*, que es como los chinos se refieren en jerga a la vagina. Así, combinándolo con su nacionalidad, se las conocía como Chom-pi,

«vagina coreana», o Chan-pi, «vagina china». A sus barracones se les llamaba «casas-pi», o, simplemente, «aseos».

Keo cerró los ojos, intentando absorber toda aquella información.

—Mi novia podría ser una de esas mujeres. Puede que la secuestrasen en las calles de Shanghái.

—¿Era china?

—Americana, hawaiano-coreana.

—¿Cómo diablos vino...?

—Estaba intentando sacar a su hermana de Shanghái. Justo cuando lo de Pearl Harbor. Yo estaba aquí... la perdí. Puede que los japos las cogieran.

El hombre soltó un silbido y movió la cabeza hacia ambos lados.

—Hubo mujeres americanas en algunos de esos sitios. También holandesas, australianas, misioneras que habían sido capturadas, enfermeras. Aún sigue llegándonos información. Pero la mayoría de las chicas eran asiáticas.

—Necesito informes —dijo Keo—. Deben de haber guardado informes sobre ellas.

—No hay informes. Entiéndelo, era secreto. Se suponía que no estaba ocurriendo. Esas chicas eran secuestradas, virtualmente esclavizadas. Muchas eran niñas sacadas de la escuela. Especialmente las coreanas. Era algo consentido por las más altas instancias, hasta por el emperador.

Keo lo miró, horrorizado.

—¿Por qué no se ha llevado a los líderes a juicio?

El coronel frunció el ceño.

—Bueno... Ahora tenemos enfrente el comunismo ruso. Japón podría ser un elemento importante en caso de conflicto. Mira, sé que había media docena de estaciones de consuelo aquí en Shanghái. Principalmente para la Armada japonesa, que era muchísimo más civilizada que el ejército. Trescientas o cuatrocientas mujeres en total... —Trazó unas cuantas líneas en un trozo de papel—. La mayoría de las más jóvenes y guapas fueron traídas aquí. —Una de las líneas se movió a lo largo del río Huangpu, al sur de la ciudad, más allá del campo de aviación Longhua—. Tienes que saber que muchas de esas chicas fueron más tarde trasladadas en barcos, enviadas como esclavas sexuales a donde fuera que había bases japonesas. A Java, Borneo, o las islas del Pacífico. Allí es donde estaba el auténtico infierno. Estaban en pleno frente de batalla. Decenas de miles de chicas fueron masacradas. A algunas se les obligó incluso a llevar armas, a luchar y morir junto a los soldados que las habían violado.

Keo bajó la mirada, deseando vomitar.

El coronel le tocó suavemente en el brazo.

—Puedo conseguirte un jeep y un conductor que te lleve hasta allí. No podrás ver

gran cosa. Era algo muy primitivo. —Dudó un instante y luego añadió—: Te diré una cosa más: las chicas que lograron sobrevivir... la mayoría de ellas están desfiguradas. Han envejecido hasta un punto que resulta increíble. Algunas estuvieron en esos campos durante tres o cuatro años. Fueron torturadas. Enfermaron. Fueron violadas treinta o cuarenta veces al día. Si encuentras a tu novia, quizá no puedas siquiera reconocerla.

Esa noche Keo caminó entre los escombros de lo que había sido el Hotel Jo-Jo. Recogió pequeños trozos de argamasa, un jirón de un trapo sucio, restos fantasmales de su noche juntos. Sunny prácticamente reducida a los huesos, y, aun así, su belleza seguía resplandeciendo en su piel, en sus extremidades, en la leche de sus pechos, con los que amamantaba a su bebé. Al bebé de Keo. Se tambaleó bajo el peso de aquellos recuerdos.

Días más tarde recorrió la ribera del río Huangpu. El conductor esquivaba los socavones, y un policía militar los acompañaba en el asiento trasero del jeep. Atravesaron el extrarradio de la ciudad, entre kilómetros y kilómetros de chabolas hechas de cartón frente a las que ardían pequeñas hogueras. Como si los refugiados estuvieran marcando el lugar donde el sufrimiento se había vuelto insoportable.

Un recinto ahora desierto: ocho grandes barracones rodeados por vallas de alambre de espino y torres de vigilancia vacías. En el interior, estancias diminutas con catres individuales, cada una de esas estancias separada de las demás por medio de planchas de madera contrachapada. Al no saber qué era lo que había llevado a Keo hasta allí, el conductor repitió lo que había oído:

—Algunas de esas chicas estuvieron encerradas aquí durante dos años. ¿Puedes creerlo? Las obligaban a acostarse con cincuenta o sesenta tipos al día. Cuando la flota estaba en puerto, ni siquiera les daban de comer. Se limitaban a meterles bolas de arroz en la boca mientras los soldados las montaban uno detrás de otro.

El policía militar añadió lo que sabía:

—Joder, he oído decir que ni siquiera eran prostitutas. Solo eran niñas, atadas como si fuesen perros.

Keo se apoyó contra una puerta descascarillada mientras las entrañas se le removían y sentía una necesidad visceral de defecar.

Recorrió los cabarets y los *nightclubs*, buscando. Una noche se despertó, convencido de que ella no estaba en Shanghái, de que no estaba allí desde hacía mucho tiempo. De repente sintió la necesidad de salir de allí, aquella ciudad seguía siendo un lugar de pesadilla.

Encendió un cigarrillo en la oscuridad y el humo conjuró parábolas de lo que había hecho para seguir con vida. Para vivir con su conciencia. Matar a un hombre porque era un traidor. Matar a otro por violar a mujeres hambrientas. Hacer el amor a una mujer a la que no amaba porque se estaba muriendo.

Quizás esa fuera la lección de la guerra, de la vida: que saber demasiado, y ver demasiado, podía hacernos daño. Las experiencias demasiado profundas podían rompernos en pedazos. Abandonó Shanghái, demasiado tarde para salvar una parte de sí mismo, deseando que para otra parte no lo fuese.

De vuelta en Honolulu tocó en unos cuantos clubes, hizo una grabación, y más tarde, después de seis meses, o quizás un año, sintió de nuevo que el caos tiraba de él. Fue a la deriva, al azar, pero con un propósito. Hong Kong, Bangkok, Manila, donde fuera que había cafés o *nightclubs* que le contratasen durante una semana, o un mes. A cualquier ciudad tocada por la guerra, donde la gente podía recordar. Donde podría encontrarla.

Llegaba a una ciudad, encontraba trabajo tocando la trompeta o el piano, por lo general en pequeños antros para expatriados aficionados al jazz que se habían quedado allí después de la guerra. Ponía el pie en cada uno de esos lugares con esperanza, e incluso tocaba la trompeta lleno de expectativas, como si se estuviera adentrando en una nueva época. Había timidez y recelo, pero ambas cosas se evaporaban en cuanto se orientaba. Con el tiempo llegaría a creer que aquella sensación de lejanía y misterio estaba muy próxima a la verdad. A la verdad de cualquier cosa.

Al principio se sentía tal y como se sintió la primera vez que se sentó al piano o cogió una trompeta. Solo e ignorante. Sabedor de que la humildad era la única forma de poder entender alguna vez cualquier cosa, fuera lo que fuera. Si Sunny estaba en la ciudad donde él tocaba, tenía que esperar a que ella viniese a él. Pero primero ella tenía que saber que él estaba allí. Aceptó sueldos bajos a cambio de que los clubes anunciaran sus actuaciones: KEO MEAHUNA, MÚSICO INTERNACIONAL DE JAZZ, ACTÚA NOCHE TRAS NOCHE...

Allí donde actuaba, tocase lo que tocase (trompeta o piano), se pasaba el tiempo vigilando la puerta. A veces no podía contenerse: iba a donde las mujeres víctimas de la guerra iban. Burdeles. Fumaderos de opio. Clínicas en las que había oído decir que continuaban rehabilitando a mujeres desfiguradas. Hospitales en los que trabajan como enfermeras mujeres de consuelo que habían conseguido «cicatrizan» sus heridas. Hablaba con los médicos, les pedía que le permitiesen ver los archivos. Después les estrechaba la mano.

En cada ciudad se sentaba en los bancos de los parques, esperando. Porque quizás ella también le estuviera buscando. A veces se sentaba toda la noche bajo la espectral claridad amarillenta de las farolas. Tal vez Sunny estuviera enferma y solo saliera al exterior para respirar el aire nocturno. Pasó un año más. Keo regresó a casa, y luego volvió a marcharse, fundiéndose en las ciudades que recorría por toda la costa

asiática.

En una isla del Mar del Sur de China, viajó a un monasterio budista llamado Po Lin, Loto Precioso. Había oído que había mujeres monje y acólitos, algunas de las cuales habían sido esclavas sexuales de los japoneses. Se sentó en el templo mientras cantaban. Miró detenidamente cada una de las caras.

En una ocasión, en el norte de Tailandia, en la ciudad de Chiang Mai, observó a una mujer que se adentraba en el agua. Sus hombros eran los de Sunny, y su pelo, que se extendía a su alrededor, flotaba como algas negras en el río del tiempo. Después, la mujer se echó la melena hacia atrás y, con una mano en la cadera, le sonrió. A través del triángulo que formaba su esbelto brazo, Keo vio la siguiente ciudad, y la siguiente a la siguiente, tirando de él. Había mujeres que se acercaban a él, pero las rehuía, pues no deseaba a ninguna de las que podía ver o tocar.

En diversas ciudades, durante conversaciones regadas con whisky, la gente revivía la guerra. Al escuchar, Keo descubrió lo que se les había hecho a cientos de miles de mujeres. Secuestradas, torturadas, sacrificadas. Blancas, asiáticas, monjas, misioneras, enfermeras. Niñas, y esposas. En todos los lugares que habían invadido, los japoneses habían hecho esclavas sexuales, *jugun ianfu*. O lo que los coreanos llamaban *chongshindae*, trabajadoras forzosas, un eufemismo para referirse a las chicas-pi. La mayoría habían sido secuestradas en Corea. Pero una noche, en Yakarta, Keo se enteró de que muchas chicas, tal vez miles, habían sido secuestradas de las fábricas de seda y algodón de Shanghái.

Se tambaleó por las calles, vagando sin rumbo. En un callejón cubierto de basura, se puso a llorar con impotencia. Se encogió hasta quedar en cuclillas, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Después de un rato, abrió la funda de su trompeta y sacó el instrumento, poniendo la palma de su mano sobre el frío metal. Aquel objeto se había convertido en su voz, en su conciencia. Dio unos golpecitos en la campana dorada, pensando que, con el paso de los años, su trompeta y él se habían transformado en una criatura aislada del mundo. Aislada de Sunny.

Pensó en ella, sola en los *nightclubs* de París, observando mientras él lo entregaba todo (su corazón, su alma, sus entrañas) a su trompeta. Aquel objeto. Levantó el brazo y lo lanzó luego hacia abajo, golpeando la trompeta contra el suelo. Se puso laboriosamente en pie y estrelló la trompeta contra la pared, después se echó hacia atrás y repitió el golpe con tanta fuerza que sintió que se le rompía el brazo en pedazos.

Se tambaleó por el callejón, hacia uno y otro lado, apoyándose en las paredes para mantener el equilibrio, golpeando la trompeta una y otra vez hasta que perdió la cuenta, hasta que los límites se volvieron borrosos y de pronto era a sí mismo a quien golpeaba. Con los dedos destrozados, las muñecas llenas de arañazos, se sintió grabado en metal. No le quedaba nada. Perdió el conocimiento, incapaz de ver ni oír

nada. A su lado quedó una estrafalaria figura de metal abollado.

Otra ciudad, Kowloon, situada frente al puerto de Victoria y Hong Kong. Un día distinguió el rostro de Sunny entre el tráfico. La siguió a un lóbrego edificio en Nathan Road, un lugar llamado Chungking Mansion. Volvió una y otra vez a aquel lugar, subiéndose a los ascensores, tropezando con gatos que vomitaban en las escaleras. Un día la vio desde un callejón lateral, en un pequeño balcón, colgando ropa recién lavada. Enloquecido, Keo la llamó a gritos.

Ocho pisos más arriba, los rasgos de la mujer quedaban ligeramente borrosos, no obstante, cuando miró hacia abajo, algo en el interior de Keo se vino abajo. No era Sunny. Pero podía haber sido ella, mayor y muy desmejorada. Podía haber sido ella con sesenta o setenta años... Después de los años en esos campos, muchas no resultan reconocibles. Día tras día, acudió al edificio y preguntó a los comerciantes del callejón sobre la mujer del octavo piso. Pero, al tomarlo por loco, lo echaban a empujones.

Tocaba el piano en Pimm's, un club pequeño y oscuro en Victoria Street en el que la clientela buscaba algo de calma. Él les ofrecía a Gershwin, a Cole Porter y melodías de espectáculos de Broadway. No le importaba lo que tocara, no estaba en aquella ciudad para tocar. Un día entró en una tienda en la que vendían objetos de jade. Después de una hora allí, compró un pequeño *netsuke*, una escultura en miniatura, y luego invitó al dueño a tomar un té.

El hombre era chino, de mediana edad y muy educado.

—No es necesario. Aunque... Siento que hay algo en tu mente.

Salieron fuera y Keo señaló Chungking Mansion, el enorme edificio con forma de H.

—¿Conoce a alguien que viva ahí?

El tipo asintió.

—En Chungking hay cientos de apartamentos. Cada día los inquilinos alquilan habitaciones a turistas con escasos medios. El tráfico de gente entrando y saliendo es una locura.

Tomaron té en un pequeño local en el callejón. A su izquierda había un parque de reducidas dimensiones en el que podían pasear la mirada. A su derecha, terrazas que ascendían por una pared.

Keo miró hacia lo alto.

—Hay una mujer en el octavo piso... —Al tiempo que lo decía, la mujer se asomó para colgar unos trapos de cocina—. ¡Ahí está! Necesito hablar con ella.

El hombre siguió la dirección de su mirada mientras sostenía un cigarrillo entre sus dedos tercero y cuarto como si fuera un mandarín. Soltó lentamente el aire de sus

pulmones. Una espiral de humo se estremeció en el aire y quedó flotando ante él.

Miró con atención a Keo.

—¿Eres... un espía?

—¡Un espía! Soy de las islas de Hawái, territorio de los Estados Unidos.

—Ah. Un espía americano. En este momento hay mucha tensión en Kowloon. Hay gente importante aquí que ha huido de la China Roja. Y hay agentes comunistas que los siguen. ¿Estás siguiendo tú a los agentes? Quizás ella esté escondiendo a un agente en su habitación. ¿Por qué otra razón podrías estar interesado en una pobre vieja china?

La mujer desapareció; Keo removió su taza de té y se puso melancólico.

—Creo que la conozco.

El hombre percibió su tristeza y apartó la mirada. Había tanta desgracia en el mundo que le agotaba. Quería que aquel desconocido de piel morena y bien vestido le hiciera reír, que le contase alguna historia.

Se inclinó lánguidamente hacia delante.

—Has venido muchas veces a este callejón, ¿no es verdad? Ella te ha visto. Si quisiera hablar contigo, te haría una señal.

—Puede que esté huyendo... por vergüenza.

El viejo sonrió.

—Nadie huye en Kowloon. Nadie tiene tanta libertad como para huir. Puede que si habla contigo, muera.

—¡No! He venido a ayudarla.

—Muchas cosas comienzan como un acto de caridad... y terminan en una muerte.

Keo se frotó los ojos, intentando dominar su impaciencia.

—No soy un espía. Estoy buscando a mi novia, puede que fuese secuestrada durante la guerra, encarcelada... —Mencionó los campos de esclavas sexuales.

—He oído hablar de esas mujeres —dijo el hombre, despedazando el cadáver de su cigarrillo—. Muchas están muertas. —Parpadeó lentamente—. ¿Qué quieres, si esa mujer es tu novia? ¿Asumir su sufrimiento?

—No importa lo que haya ocurrido, la amo.

—¿Y piensas que, después de lo que le ha pasado, ella podría amarte, a ti o a cualquier otro hombre? ¿Que podría estar cerca de un hombre? Piensa, amigo mío, solo piensa. ¿Es amor lo que sientes? ¿O es que tu orgullo es demasiado grande para reajustarse a una mujer normal? ¿Necesitas tener un mártir?

Keo lo miró, recordando lo que la guerra había supuesto para su pueblo.

—Supongo que estoy dando la impresión de ser indulgente. Perdóneme. Es solo que no puedo aceptar que esté muerta. No sé cómo vivir sin ella.

El hombre se puso en pie e hizo una leve reverencia. Luego, incomprensiblemente, sonrió.

—Evito los sentimientos por norma. Ah, quizá nosotros los chinos seamos demasiado fatalistas. El amor romántico es una novedad para gente acostumbrada a matrimonios concertados. Vuelve a verme dentro de una semana.

Esa noche Keo subió a bordo del Star Ferry para moverse por todo Victoria Harbor. La niebla era espesa como el caldo, pero aun así podía ver las luces de miles de juncos chinos oscilando en la estela de las cañoneras de los guardacostas. A lo largo de los muelles, bajo las farolas rodeadas de enjambres de mariposas nocturnas, había montones de personas tumbadas y roncando en posturas más propias de muertos. Del pecho tenían colgados carteles con los caracteres chinos de la palabra HAMBRE. Al percibir el olor de sus consumidos cuerpos, se sintió de vuelta en Shanghái. Aquella era una ciudad diferente. Pero todo era igual.

Se inclinó por la borda del ferry y el olor a cloaca y gasolina le quemó la nariz. El cuerpo hinchado de un perro pastor flotaba cerca, brillante como el fósforo. En torno a él había hebras de basura que componían una caligrafía inestable y desvaída. Las letras parecían formar la palabra DERROTA. DERROTA. En ese momento el terror le presionó las entrañas. Si Sunny había sobrevivido, y si conseguía encontrarla, ¿podría ella soportarlo a él?

Esa noche, en su hotel, se tumbó sobre sábanas que olían a canela, permitiendo que la calma penetrase en él. Estaba cansado, se sentía invadido por aquel mundo cubierto de hollín. Se puso de lado, recordando que ella dormía así, que su espina dorsal era muy vulnerable.

... ¿Está durmiendo ahora? ¿Está en paz? ¿Hay una habitación tranquila en alguna parte? Y en esa habitación, ¿está ella tumbada observando cómo la luz toca unos postigos entreabiertos? ¿La consuela de algún modo el paso de las horas? ¿Recuerda aquel invierno en París, cómo nos cubríamos de nieve el uno al otro, y de sudor, y de pena...?

Se sentó en King's Park, adonde le había enviado el vendedor de objetos de jade, y se vio rodeado por los desagradables olores de Kowloon. Oyó el alboroto humano de las calles escalonadas que ascendían por la colina, diminutos callejones en los que había amos de mendigos midiendo colillas de cigarrillos, donde hombres con alicates montaban una consulta dental en mitad de la nada, donde ciegos coleccionistas de pelo arrastraban sus dedos siguiendo a barberos itinerantes. A lo lejos se veían cortinas de tres metros de noodles colgando para secarse entre las chozas. Se oía el tecleo de fichas de mah-jongg sobre mesas de piedra y el siseo de pescado friéndose en woks.

Un enorme cerdo cubierto de sangre y con piernas humanas pasó flotando a su lado. Keo miró de nuevo. Un repartidor cargaba con el cerdo destripado sobre su

cabeza, de forma que el cuerpo del animal manchaba de sangre sus piernas. Cerca de allí, un anciano sentado en un banco acunaba algo con forma de calamar en un carrito de bebé. La cosa se incorporó y quedó sentada, con una cabeza bulbosa y resplandeciente, sus ojos rasgados y de largas pestañas parpadeaban lentamente. Un tentáculo de aspecto resbaladizo surcó el aire. Keo pensó que le estaba saludando. Pasó una mujer con piernas de madera y los zapatos puestos del revés, y Keo creyó que estaba viviendo una pesadilla.

Un fantasma se sentó a su lado y le pidió un cigarrillo. El tipo era blanco de la cabeza a los pies. Cejas, pelo, uñas, ropa, zapatos, incluso las hendiduras de sus orejas y los pelos de su nariz. Solo el blanco de sus ojos era en realidad amarillo. Se sonó la nariz en la mano, expeliendo polvo blanco.

Keo había oído hablar de los Fantasmas de la Harina, refugiados que huían de la China Roja. Hombres adinerados y avariciosos los mantenían como prisioneros en casetas de perros de la Ciudad Amurallada, y les obligaban a ganarse raciones de arroz haciendo noodles de harina blanca día y noche. Ya enfermos y medio desnutridos cuando llegaban a Kowloon, en cuestión de pocas semanas tenían los pulmones cubiertos de moho y harina. La mayoría se ahogaba hasta la muerte. Keo le dio sus cigarrillos y varios dólares al Fantasma de la Harina, y el tipo inclinó la cabeza repetidas veces y se marchó, bamboleante, dejando tras de sí un olor a podrido.

Entonces todo se alejó de él. Keo se quedó petrificado al ver que la mujer de Chungking Mansion se sentaba junto a él.

—El señor Ten, el vendedor de jade, me pidió que viniera —dijo, expresándose en un inglés prudente.

—Perdóneme —repuso Keo—. Se parece usted mucho a...

—Lo siento —susurró ella—. No soy tu novia. Pero lo encuentro interesante. Fui... una de ellas.

Keo se quedó callado, deseando tumbarse a sus pies. Luego dijo:

—Sé lo que sucedió. Lo que os sucedió a todas vosotras.

—Nunca podrás saberlo. Pero ¿cómo me elegiste entre todo Kowloon?

—Estaba buscando. Vi... vi algo en tu cara. Hay tantas cosas que no entiendo.

Ella dejó escapar un suspiro.

—... Tenía dieciséis años y era muy pobre. Unos guías japoneses vinieron a mi escuela, en Corea del Sur, en 1941. Me presenté voluntaria para ir con ellos a Osaka, para trabajar en una fábrica de acero y enviar dinero a mis padres. Nunca llegué a ver Osaka. Nos enviaron en barco a cuarenta de nosotras a Okinawa, y luego a Saipán. Nos utilizaron como esclavas sexuales hasta que Japón se rindió. Después de pasar dos años en un hospital por sífilis y tuberculosis, finalmente volví a casa. La gente me escupía. Mi padre me cerró la puerta. Ahora estoy aquí, en Kowloon.

—¿Cómo vives?

—Asistencia militar de tu gobierno. Elaboro mis pociones nocturnas en un hornillo. Muelo mis polvos y mezclo mis ungüentos. Sin la medicación moriría.

Bajo la luz quirúrgica del sol, el pelo de la mujer era como arañas blancas, y su piel estaba totalmente descolorida. Llevaba gafas oscuras. Su vestido y sus zapatos estaban extremadamente pulcros. Allí estaban sus manos, y sus pies, todo en su sitio. Sin embargo, se movía con cautela, como una muñeca mecánica que hubiera sido reconstruida cuidadosamente. No era tanto una mujer como el recuerdo de una mujer.

—¿Y, estás sola? ¿No tienes marido? ¿No tienes pareja?

El rostro de la mujer adquirió el aspecto de una roca agrietada. Un fuego pareció atravesarla.

Cogió aire y se apartó de él.

—He venido a verte por tu novia. Espero que esté en paz.

Keo sacó una fotografía arrugada. Sunny, con mocasines y calcetines cortos.

—¿Alguna vez has oído el nombre de Sun-ja Sung?

Ella miró el retrato y negó con la cabeza.

—Borraron nuestros nombres y nos dieron otros, japoneses. Lo borraron todo. De ese modo nos dejaban con vida, pero nos la arrebataban por completo.

Keo se inclinó ligeramente hacia delante.

—No estoy seguro de entender.

—La vergüenza es más mortal que una bala. Un soldado viola. La mujer no se lo dirá a nadie. Nunca. Por eso es por lo que no hablamos de las prisiones de las chicas-pi, de las estaciones de consuelo. Hubo cientos de miles de mujeres, quizá millones. ¿Quién podrá saber jamás el número exacto? Y, sin embargo, los soldados japoneses quedan en libertad. Nadie ha sido condenado por violación durante los juicios de guerra. ¿Dónde estaban las víctimas? ¿Los testigos? Estábamos demasiado avergonzadas. Eso es lo que era tan brillante de todo ello, ¿lo entiendes?

—Lo siento muchísimo. ¿Hay algo que pueda hacer yo?

—Dejarnos. Dejarnos en paz. No tenemos nada para ti.

La mujer se marchó; no llegaba a los treinta, pero parecía tener sesenta. Keo quiso gritarle que fuese valiente, que no perdiera su corazón. Quería prometerle que con el tiempo sus heridas se curarían. Lo único que podía hacer era sentarse allí y rezar por que Dios le concediese la preciosa capacidad de olvidar.

Esa noche miró fijamente la fotografía y se imaginó a Sunny prematuramente envejecida. O muerta. Si había muerto, en algún lugar debía haber habido honores fúnebres, puesto que ella había sido una persona extraordinaria, llena de asombro por el hecho de vivir. Ella había sido la llama brillante de una cerilla encendida en la mano de Keo. Y cuando la mano comenzó a cerrarse, haciendo menguar el brillo, ahogando la llama, Sunny se había alejado de él y se había adentrado en el caos.

KE KĀNE JACARANDA

El hombre jacaranda

Regresó en carne viva. Se sentó a solas en la canoa de DeSoto, pensando en modos de quitarse la vida. Pasaron las semanas, un mes de pesadillas, de despertarse sobresaltado empapado en sudor. Y, después, un tarareo de madrugada, sus dedos moviéndose en el vacío, sin tregua. Una trompeta fantasmal, como una mascota elegante y rígida. Volvió a tocar. Esa era la única forma que tenía de entender las cosas.

Para principios de la década de los cincuenta, actuaba con bandas de renombre que pasaban por Honolulu en ruta hacia Asia: los Dorsey Brothers, Ellington, Count Basie. Al escuchar a trompetistas como Harry *Sweet* Edison y Roy Eldridge, Keo recordaba que no era un genio, que no pasaba de ser muy bueno. Pero la gente seguía llamándole Hawaiano, a ojos de los demás continuaba siendo un tipo que conocía mundo. Había rumores de que había perdido a su amada en la guerra. Algunos decía que había sido espía.

Tenía cuarenta y dos años, aunque físicamente parecía más joven. Pero, por otro lado, daba la impresión de ser mayor: la lentitud definía tanto sus movimientos como su conversación. Sin embargo, cuando tocaba la trompeta, la gente cerraba los ojos y escuchaba. La guerra seguía estando fresca en el recuerdo, todo el mundo había experimentado el dolor, y Keo sabía aún cómo dirigir ese dolor de un modo con el que los otros conectaban, a pesar de los críticos que decían que su forma de tocar se había suavizado, que él mismo se había suavizado, que su jazz ya no era innovador.

El bebop se estaba convirtiendo en el nuevo jazz, avanzado por músicos que amaban el contraste y la paradoja, incluso si el sonido era feo. El bebop era algo mental y dentado, una alquimia vertiginosa de sacudidas y clamores. Aquellos que seguían ese nuevo ritmo miraban a Keo y a su generación a como hombres que debían ser respetados pero no imitados. Al escuchar aquellos sonidos nuevos, a veces se sentía tentado de cruzar los límites y adaptarse, pero había algo en él que se lo impedía. Su trompeta era un trampolín, el objeto desde el que él se lanzaba para remontar el vuelo y rebasar las fórmulas conocidas. No estaba hecho para los gruñidos y la rabia, para tocar de un modo desesperado, ni para las medidas enérgicas de lo que Ugh llamaba *jazz du jour*.

En ocasiones, cuando tocaba, se dejaba llevar de una manera que resultaba magistral. No necesitaba correr grandes riesgos, no necesitaba llegar tan lejos. En su música se percibían el sufrimiento y la pérdida, la gente se sumía en el silencio y bajaba la mirada. Y él seguía tocando, desangrando las notas hasta los registros más

agudos. Una noche, tocando «There Are Such Things», su sonido era tan puro que borró al público. Era como una cuchilla de luz que lo elevaba hasta dejarlo suspendido en el aire.

Aunque ahora era más viejo, continuaba siendo mejor que cualquiera de los otros que tocaban en aquellos años en Honolulu. Los jóvenes trompetistas se le acercaban para que compartiese con ellos sus secretos y les mostrase los atajos. Pero lo único que él les ofrecía eran enigmas.

—Ten cuidado a quién le das tu música. Hay cosas que no puedes recuperar.

Algunas noches miraba fijamente en los espejos, calibrando los años, el desgaste causado por el tiempo. Continuaba siendo un hombre enigmático, de labios gruesos y nariz claramente polinesia, no excesivamente atractivo, ni para nada lo contrario. Había vuelto a desarrollar su cuerpo, pero la natación lo mantenía en forma, así que era musculoso de un modo esbelto. Su piel oscura carecía de arrugas, y su pelo negro y rizado ahora estaba levemente enhebrado de gris.

Aún era un hombre de dulce carácter, cortés hasta el punto de ser anticuado. Seguía vistiéndose de una forma impecable, con los trajes y camisas hechos a medida por Diseños Malia. Las mujeres se sentían atraídas hacia Keo porque había algo intensamente físico en él. No solo aquel labio calloso que le daba un cierto aire de gánster, sino también la sugerencia de un temperamento apenas controlado, seductor y amenazador. Una potente energía, una tormenta embotellada, que estallaba solo cuando tocaba.

A Malia le parecía que las mujeres se sentían atraídas por su actitud distante, por su lejanía. El único momento en el que Keo se relajaba y mostraba su lado más dulce era cuando estaba con la hija de su hermana.

—Con excepción de la familia, realmente no estás atado a nadie —le dijo.

—Intento estarlo.

—Pretendes estarlo. Pero no lo estás.

De vez en cuando se iba con mujeres de los clubes, incluso con algunas a las que tenía que pagarles. Pero, a veces, cuando se acostaba con ellas, a los pocos minutos tenía que levantarse, vestirse y salir de allí. Quería gritar, golpear a la mujer porque no era Sunny. Entonces se ponía otra vez en marcha, de nuevo de viaje, sin tener siquiera muy claro qué país estaba cruzando. Ya no buscaba, ahora simplemente se mantenía en movimiento.

Una noche, en 1954, un desconocido entró en el Swing Club y se sentó al fondo, guarecido por las sombras. En un primer momento nadie se fijó en él, pero al ir pasando el tiempo la gente se volvía a mirarlo, pues el hombre tenía un matiz claramente azulado en el rostro y las manos. Devolvió la mirada con aire de desafío,

con marcas en las mejillas que parecían manchas de tinta y los labios de un ligero violeta.

Aunque era alto, tenía la expresión de un jinete de carreras envejecido, con la mirada extremadamente concentrada. Y había algo llamativo en sus ojos, que eran redondos cuando deberían haber sido rasgados. ¿Un asiático que intentaba parecer caucasiano? Más aún, los ojos eran cuadrados, con forma de caja, retraídos por varias cicatrices. Se movía con cuidado, como alguien que hubiera sido reconstruido quirúrgicamente.

Escuchó, muy atento, a la banda, estremeciéndose cuando el saxo dio un traspie en «Thou Swell» y sonriendo cuando Keo se adelantó para realizar su solo. Cuando se lanzó, aporreando y derrapando, con una versión de «Muskrat Ramble», el público se puso en pie. Keo siguió adelante, entrelazando improvisaciones hasta que, en la decimonovena estrofa, se quedó sin fuerzas. La banda pasó entonces a «Georgia», calmando a la estruendosa audiencia. El tipo de la cara azul se limitó a sonreír.

Después, con las luces encendidas y el público dirigiéndose hacia la salida, el hombre fue hacia los camerinos. Keo levantó la mirada, sobresaltado: a la luz, la cara de aquel tipo lo asustaba.

—Hawaiano... —La voz, de algún modo, le era familiar.

Keo se incorporó lentamente.

—Conozco esa voz.

El hombre dio un paso adelante, casi con timidez.

—Endo Matsuharu. París, 1939. Tú me diste clases para tocar el saxofón.

Keo no conseguía situarlo. Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Estaba en la Sorbona. Mi tío era el cónsul, Yasunari Seiko. Te ayudó a salir de París.

Keo gritó y rodeó a Matsuharu con sus brazos, dándole varias palmadas en la espalda.

—¡Oh, tu tío me salvó la vida! Él... —Keo tiró de Endo hacia una silla y le obligó a sentarse—. Ahora me acuerdo. Tú y yo, solíamos practicar cerca del Sacré Coeur al amanecer.

Le dio unas palmadas más en las manos y luego abrió una botella de ron para servir dos vasos.

—Por París.

Matsuharu bebió, y después volvió a sentarse. Keo rellenó su vaso.

—¿Qué fue de ti después de aquello?

—La guerra. Mi tío podría haberlo arreglado para que ocupase un puesto detrás de una mesa. Pero... era una cuestión de honor. De todas formas, perdimos.

—Todo el mundo perdió —dijo Keo.

—Tú no has cambiado mucho, Keo. —Matsuharu sonrió.

—¿En quince años? Sí he cambiado. Pero, tú, ¿dónde has estado durante todos estos años? ¿Sigues tocando?

—El saxo es mi vida. Es lo único que hago, aunque no muy bien. He tocado en pequeños clubes de Portland y San Francisco. Un tanto difícil, porque la gente sigue recelando de lo japonés.

Su voz sonaba tan bien modulada que Keo sintió que si cerraba los ojos podría creer que estaba hablando con un profesor de universidad. Recordaba que Endo había sido un buen estudiante en la Sorbona. Había estudiado para ser abogado.

—... Así que pensé que probaría en Honolulu. Te buscaría. Ahora eres bastante famoso.

Keo se rio con suavidad.

—Solo en Honolulu. Aunque parece que necesito moverme de vez en cuando, por Hong Kong o Bangkok, y tocar en clubes de segunda categoría. ¿Has oído al saxo hace un rato? No tiene oído musical, puedo asegurártelo. Necesito formar mi propio grupo. Quizás eso haga que me quede aquí.

La mirada de Matsuharu recorrió la habitación y Keo se apresuró a disculparse.

—Tío, estoy hablando demasiado. No puedo creer que seas tú. Escucha, ¿tienes hambre? Vamos a comer algo y a ponernos al día.

Mientras bajaban por Bishop Street, le fue señalando los lugares más característicos: la Torre Aloha, a la que por fin se le había quitado el camuflaje, el Palacio 'Iolani, sin tanques. Ocuparon una mesa en Chico's, donde se reunían los noctámbulos, y pidieron kimchi y cerveza y cuencos humeantes de saimin. Keo removió la salsa de soja y la mostaza en pequeños círculos, sintiendo cómo sus poros se abrían por efecto de las nubecillas que ascendían desde el caldo. A través del vapor y el humo del *char siu*, la cara azul de su acompañante se le apareció como en un sueño.

—¿Cómo te fue? —preguntó Matsuharu—. Me refiero a la guerra.

Keo suspiró y dejó los palillos sobre el mantel.

—Sobreviví. Tu tío me llevó a Shanghái unos cuantos meses antes de lo de Pearl Harbor. Estaba buscando a mi novia. ¿Te acuerdas de Sunny?

Aquel nombre no significaba nada para él. Dijo que no con la cabeza.

—Sun-ja Uanoé Sung. Hawaiano-coreana, de Honolulu. Se fue de París para buscar a su hermana en Shanghái. La encontré allí, pero no conseguí sacarlas a tiempo. —Mantuvo la mirada fija en el suelo durante un rato—. Toqué en varios clubes mientras estuve allí, en el Ciro's, el Argentina. Luego me arrestaron y me encerraron en un campo de prisioneros. La Cruz Roja me trajo de vuelta a casa convertido en un esqueleto. Enfermé de malaria y varias cosas más. Me pasé el resto de la guerra entreteniendo a las tropas aquí. Lo mismo que con lo de Corea.

—¿Y tu familia? —preguntó Matsuharu.

—Perdimos a mi hermano pequeño. En Italia.

—Lo siento.

—¿Y tú, tu familia? —preguntó Keo.

Matsuharu permaneció en silencio un buen rato, con la mirada perdida.

—Todos muertos. Incluso mi tío Yasunari. Las bombas incendiarias que arrasaron Tokio... veinte kilómetros de polvo.

Keo hundió la cabeza.

—Dios maldiga todas las guerras.

—¿Dios? Si existe, debe ser un niño enfadado.

—Pero ¿y tú? —insistió Keo, mirándolo fijamente—. ¿Cómo te fue a ti?

Matsuharu se lanzó a hablar, deseando terminar cuanto antes:

—Serví en el Pacífico Sur. Fui teniente en una gigantesca base de suministros para el ejército, la Armada y las fuerzas aéreas. Luego llegó la rendición, y los juicios de guerra. Me condenaron a seis años. Dos de ellos en la isla Manus. Y cuatro en la prisión de Tokio...

Keo no sabía qué preguntar. Tenía miedo de preguntar.

—Era una guerra. Hubo veces en las que fui amable. Otras, en las que fui sádico, supongo. Hay largos períodos de tiempo que no puedo recordar. Teníamos un campo de prisioneros muy grande. Un capitán australiano dijo que le di comida y le salvé la vida. No lo recuerdo. Un soldado yanqui dijo que le pateé en la cabeza. Tampoco puedo recordarlo. Normalmente, cuando otros oficiales se comportaban con crueldad, yo me apartaba de ellos. Eso, también, es un crimen contra la humanidad.

—¿Cuándo supiste que estabais perdiendo la guerra?

Matsuharu cerró los ojos.

—Cuando lo de Midway... o quizá Guadalcanal. Después de eso, nadie estaba realmente en su sano juicio. Los oficiales se volvieron locos y cometieron terribles atrocidades, incluso contra nuestros propios reclutas. En los juicios de guerra, muchos fueron condenados a muerte y ejecutados. Yo fui solo condenado por pequeñas brutalidades. Sin embargo, recuerdo la sangre, mi espada... —Se irguió en el asiento y soltó un sonoro suspiro—. Después de que Japón se rindiera, los Aliados barrieron nuestra base y nos hicieron salir de túneles subterráneos que tenían kilómetros y kilómetros de largo. ¡Dicen que vivimos escondidos y sumergidos allí abajo durante catorce meses! No recuerdo nada. En algún lugar en mi cabeza, en 1942, todo se apagó.

Keo se inclinó hacia delante y preguntó en voz baja:

—Endo, ¿sabes cómo se volvió tu piel azul?

El otro esbozó una frágil sonrisa.

—El hambre extrema. Y la locura, supongo. Cuando estaba en prisión comencé a comer pintura de las paredes. Con el tiempo me comí toda la de mi celda. Me

obligaron a volver a pintarla. Luego me la volví a comer toda. Lo hice durante seis largos años. Los guardias solían mirar y reírse, me había convertido en su pasatiempo. Nadie me dijo lo que la pintura de plomo podía hacerle al cuerpo humano. —Se tocó la mejilla y luego la frente—. Mi sistema nervioso quedó dañado. Los médicos dicen que las células de mi cerebro se dirigen a la extinción. Me olvido del significado de palabras simples. Mapa. Calcetín. Tenedor. A veces sufro ataques.

—¿Qué les pasó a tus ojos?

—Después de un tiempo, los guardias empezaron a aburrirse. Usaban nuestras caras como sacos de boxeo. Probablemente habían visto demasiada guerra. Durante meses tuve los ojos hinchados y con cortes. Tenía los párpados cerrados e irritados. Al final me llevaron a un cirujano militar, que hizo un montón de cortes y remiendos. Dijo que yo era un fenómeno médico, que debería haberme quedado ciego.

Keo apartó la mirada, recordando Woosung y las muchas formas que había de morir. Las luces jugaban con los matices color jacaranda de Endo. Hasta su pelo negro poseía un brillo azulado, lunar.

—¿Quién podía creer, después de lo del Pacífico, que habría otra guerra? Ahora, tres millones de muertos en Corea. Dime, Keo, después de todo, ¿en qué crees?

Keo pensó detenidamente la respuesta.

—Quizá... solo en la música.

Comenzaron a tocar juntos por las noches en un pequeño estudio que Keo alquiló en una bocacalle de Hotel Street. Habían pasado quince años desde París, cuando Endo era solo un estudiante cogiéndole el punto a un saxo tenor. Ahora avanzaban con cautela con los arreglos con el apoyo de una grabación de fondo; Keo escuchaba mientras Endo navegaba por delicados *arpeggios* afilados como *stiletos*. Después, inexplicablemente, viraba con brusquedad hacia lastimeras contradicciones.

Empezaba limpio y elegante sin casi *vibrato*. Incluso el modo en que sostenía su saxofón era elegante, sus dedos azules apenas tocaban las válvulas, simplemente planeaban sobre ellas, o eso parecía, como si el instrumento fuera lo único que le quedaba en el mundo. Pero, invariablemente, perdía el sentido del ritmo y a punto estaba de perder también el control. Su entrada en todas las canciones era como una oración que de repente entrase en combustión.

Bajó la trompeta.

—Empiezo bien, y luego lo echo a perder.

—Nervios —dijo Keo—. Solo necesitas práctica.

—Practico todos los días.

—Escucha. Después de salir del campo de prisioneros, no toqué una trompeta durante un año. Era como ponerme el cañón de un rifle en la boca.

—Te recuperaste. —Endo sonrió—. Yo no tendré ese lujo.

—¿Qué quieres decir?

—Deterioro orgánico. Como ya te he dicho, hasta las células de mi cerebro están muriendo.

Keo prefirió ignorarlo.

—Practicaremos hasta que seas un genio con el saxo.

Pero había algo que faltaba en la forma de tocar de Endo, un cálculo intuitivo que era vital en el jazz. El dolor y el asombro en carne viva. Cuando tocaba la trompeta, lo que Keo oía era a alguien luchando por el control, alguien combatiendo contra el delirio.

Poco a poco, Keo reunió a un nuevo bajo, un percusionista, un pianista y un saxofonista, y utilizó a Endo como relevo ocasional. Endo se cambió el nombre a Arito, en honor a su padre muerto, y Keo llamó a su nuevo quinteto Hana hou! «¡Una vez más!» Su primera actuación fue en el Swing Club, lleno hasta los topes. Keo y Endo practicaban a diario, aparte de la banda, y Keo le observaba esforzándose por alcanzar la precisión, pero casi todo lo que escuchaba suponía un nuevo retroceso.

HONOLULÚ

Puerto seguro

HONOLULÚ, 1956

Las cumbres azul celeste del hogar, inefables y tiernas. El aire era un bálsamo. La gente cargaba con el equipaje por las pasarelas hasta el muelle, donde pequeños grupos de familiares saludaban y parloteaban como monos. Ella permanece quieta, observando. En este preciso momento solo le quedan fuerzas para eso. Cojea levemente, apoyada en un bastón, el ritmo de sus pasos es lento, medido, no parece una mujer, sino solo una sombra siguiendo el avance del bastón. Hay en torno a ella una sensación de serenidad, la espiritualidad de quien vive con un dolor constante.

Mira fijamente el puerto, el movimiento de las olas hacia la orilla, makai y makai y makai. Su mirada se adentra hacia los Ko'olaus, en la distancia, con la vacía indiferencia de quien no está seguro de dónde está, o, sabiendo en efecto dónde está, no está seguro de que importe. De que nada importe. Exceptuando eso, al inhalar dulces aromas florales, algo se viene abajo. Ecos de inocencia, de juventud, de risas caprichosas.

Carga con su única maleta hasta el muelle, cruza una calle y se sienta en un banco. Diecisiete años. No puede absorber los cambios. Hay demasiados turistas, quemados y pelados por el sol, como refugiados de ciudades incendiadas. Edificios altos y resecos subiendo poco a poco hacia la luz, como una extraña y gigantesca vegetación que intenta conectar. No obstante, ella sabe que algún lugar, en valles oscuros y húmedos, en los bosquecillos, las cosas siguen siendo primitivas. En algún lugar las cosas continúan brotando de la niebla y el moho. Lo huele en el terreno húmedo y oscuro, en el aire impregnado de agua. Hay tantas cosas húmedas que la luz del sol siempre será derrotada. Eso la excita ligeramente.

Al salir de los túneles de Rabaul, todo lo que quedaba de ella era sed. Durante las largas semanas de cuarentena, lo único que quería era agua. Luego llegaron sacerdotes con agua bendita, pidiéndole que se confesase. Ella confesó su pecado: sobrevivir. Cogió un vial de agua bendita y se lo bebió hasta no dejar ni gota.

La muchedumbre pasa lentamente a su lado, los hombres la miran fugazmente. Ella baja los ojos, aterrorizada. Como si fueran a tragarse su corazón crudo. Incluso ahora, ella todavía se siente como algo que va a ser sacrificado. Cuando los hombres pasan demasiado cerca, su espina dorsal produce un zumbido, dándole la impresión de que las vértebras formaban una hilera de calaveras que le mordisqueaban. Gime y la gente se aparta.

En algún punto del pasado, un pasado perdido hace mucho tiempo, un oficial del ejército de Estados Unidos, un interrogador, le había pedido que hablase sobre Rabaul y sobre lo que les habían hecho. El hombre era blanco, bien alimentado. Había pasado la guerra detrás de una mesa. Ella le contó todo cuanto podía soportar decir, y cuando terminó, el tipo sugirió en voz baja que las chicas-pi habían sido demasiado pasivas, demasiado tolerantes. Sunny tembló de rabia.

—¡Nunca fuimos sumisas o pasivas! Éramos mujeres con palos de bambú. Ellos eran soldados con metralletas.

Nunca volvió a hablar de ello. Después de eso, se volvió silenciosa. No era nadie. Entre el pasado y el presente se abrió una hendidura y ella se metió dentro. Ahora la vida ya no significa vivir. El tiempo ha dejado de ser tiempo.

Algunos días resulta posible recuperarse durante una hora. Apartar las cortinas de la ventana. Ungir con aceite las bisagras artríticas. Darse el placer de saborear el gusto inocente de una infusión de raíz de campanilla. O ‘awa, el té que cura las penas, que ella toma en pequeños tragos. Durante varios años, en los días en los que se siente con las fuerzas suficientes, ha caminado hasta el océano allí donde haya estado, sumergiéndose lentamente, dejando que el mar se abra paso a través de las hebras de su ser. A veces recibe información de parte de esa gran inteligencia húmeda.

—E hulihuli ho’i mai. Date la vuelta y vuelve.

En momentos semejantes, durante instantes fugaces, se siente entera. Se encoge en un ovillo, como una niña, y piensa en su hogar, en el archipiélago donde comenzó a vivir. Por un momento, cree en lo que le dijeron los médicos.

Lo peor ha pasado.

Sin embargo, incluso mientras lo decían, había mujeres a las que se les amputaban órganos infectados, dedos gangrenados. Ella perdió su útero. El corazón de algunas de las chicas, hinchado hasta límites inimaginables, había estallado, como bebés demasiado grandes para su edad que se cayeran de su cuna.

Lo peor ha pasado.

El corazón humano no tiene huesos.

Ahora se sienta en Honolulu, preguntándose qué hace aquí. Qué sentido tiene. Se queda sentada durante horas, dudando de si simplemente morirá ahí, en un banco. El mar le había dicho «vuelve a casa». Ahora aguarda nuevas instrucciones. Un trozo de papel revolotea en el banco a su lado. CATEGORÍA DE ESTADO: MILES DE PERSONAS SE MANIFIESTAN A FAVOR. Las palabras no tienen ningún significado para ella. Ha eliminado las palabras impresas. Los libros y los periódicos son para ella como documentos medievales, objetos que pertenecen a un pasado lejano.

Dormita, imagina que es una figura bordada en un viejo kimono que ha sido

hecho a la manera antigua, con una esquirra del esternón de una grulla. En el barco que le había llevado a Honolulu había soñado que era parte del sueño de otra persona, y en ese sueño estaba avanzando muy lentamente, como algo que se va bordando despacio, hacia un lugar en el que todo sería al final entendido. Se despierta sentada en el banco, en ese puerto seguro que es Honolulu.

Se levanta, coge su maleta y mueve los labios. Siempre ensaya antes de hablar.

¿Cuánto cuesta un peine? ¿Una combinación? ¿A qué distancia queda la clínica?

Porque parece vieja y débil, la gente da por hecho que está sorda y le contestan a gritos. Sus voces son como balazos. Lo único que le sirve de escudo contra el resto de los seres humanos es su piel. Intenta parar un taxi, y luego un autobús. La ignoran como si fuese transparente. Camina con la cabeza gacha, con gesto ausente, está tan delgada que la luz del sol parece darle de lado. Se descubre a sí misma en el Barrio Chino, en el vestíbulo del Hotel Liebre de Jade, cuyo mobiliario es elegante pero está sucio y grasiento. En una habitación monástica, poco acogedora, abre con un chirrido los postigos de las ventanas.

El exterior está casi en penumbra, es hora de que una mano invisible corra unas gruesas cortinas desde las profundidades de oriente. El día siempre le resulta repulsivo: la cuchillada del despertar, el abismo del mediodía, las horas repitiéndose y repitiéndose como cristales rotos. Prefiere la noche, un oscuro promontorio en el que se alza para llamar a ejércitos de mujeres muertas.

Sin embargo, a veces, al atardecer, se siente enferma. La penumbra excita a los locos. Era a esa hora cuando se presentaban en manada en los barracones. Ahora se tumba, amurallada por el verde lunar de las liebres de jade. Su espina dorsal produce un zumbido, las diminutas calaveras parecen cantar a coro. El pasado forma espirales en su mente, divaga. Chicas desnutridas, atadas por los tobillos. Chicas fusiladas por pura diversión. Pechos cortados. Una granada insertada en una vagina.

Recuerda que incluso mientras los Aliados avanzaban hacia Rabaul, incluso cuando él le arrastraba hacia los túneles, hacia el laberinto de las pesadillas, Matsuharu le prometía:

Todo esto pasará. Será un sueño que no hemos soñado.

... Y en los túneles de arcilla roja, finalmente se apoderó de ella, la abrió como un ojo cansado. No fue duro ni brutal, para entonces ella ya no existía para él. No existía nada. La atravesó. Solo su espada existía, siempre cerca, brillando en el fondo. Matsuharu interpretó el terror que ella sentía como si fuera pasión, y la igualó, montándola como un demente día y noche, intentando que ambos muriesen de

agotamiento.

Ella se acostumbró a él. Dejó de estremecerse y de sentirse ultrajada. Solo soñaba con matarlo.

De vez en cuando él se marchaba, adentrándose en los túneles, en cámaras más grandes y con diseños más elaborados, reforzadas con sacos de tierra, con las paredes cubiertas de la seda de los paracaídas, cámaras en las que se reunían los oficiales, enloquecidos, y bebían sake y planeaban sus suicidios. Durante días ella yacía casi a oscuras en una cámara que parecía una celda de arcilla roja, oyendo lamentos de gente hambrienta, oliendo a hongos.

A lo largo y ancho de pasadizos en zigzag se extendía el olor de aire contaminado por las lámparas de gas, los hornillos, los excrementos humanos. Aire viciado de conductos llenos de humo. El gas se filtraba con regularidad en las galerías, y los soldados y las chicas-pi morían asfixiados. Matsuharu le llevaba exquisiteces: ratas asadas a la parrilla de los cuartos de los oficiales, donde ellos comían a la luz de los generadores. Donde veían películas y leían poesía como si fueran personas cultas. Donde se preparaban para el suicidio...

En aquella pesadilla subterránea había cámaras dispuestas como hospitales, cocinas, barracones en los que se amontonaban miles de hombres. Cámaras del tamaño de estadios de fútbol para alojar tanques, aviones, cañones antiaéreos. Cámaras para las chicas-pi, para las letrinas. Incluso había cementerios temporales. Cuando esas cámaras de muertos se iban llenando, pasaban a enterrarlos en vertical, en posición fetal a lo largo de los túneles, cubriéndolos con arcilla o zarzo. Cuando los cubos de las letrinas estaban llenos, hasta los bordes de excrementos, la gente empezó a excavar agujeros con las manos y tirar arcilla sobre la suciedad como hacen los animales.

Los bombardeos Aliados aumentaron, provocando que secciones enteras de los túneles se vinieran abajo, enterrando vivos a soldados y mujeres. La caída incesante de bombas sobre sus cabezas causaba una lluvia de polvo y escombros que terminó por bloquear los conductos de aire. La gente comenzó a ahogarse en masa. Y en la humedad del subterráneo triunfó la infección. Las chicas-pi morían y morían...

Él siempre regresaba, tomándola como un demente, borracho de sake y drogas. Pero en los momentos de fiebre, cuando ella le suplicaba que la matase, ¡Hazlo, con la espada! él la cuidaba, la alimentaba, le inyectaba morfina robada.

Una noche plantó su semilla en ella. Una cosa combada y tenaz. Luego se marchó otra vez. No había forma de seguir el ritmo del tiempo, vivían bajo la luz de lámparas de aceite y cerillas. Pasaron meses, ¿quizás años? Pensó que estaba muriéndose, hinchada porque se pudría por dentro. Entonces algo cayó de ella, a medio formarse, ciego y con el cráneo blando. Escupió sobre aquella cosa y luego la abrazó convulsivamente.

—¿Anahola? Pequeña Anahola.

Cuando Matsuharu vio su estómago liso, levantó esterillas cubiertas de suciedad buscando al bebé. Ella le mostró sus manos, como si él pudiera recuperar el aliento del bebé de entre los sucios pliegues de su piel. Se limpió el cuello, esperando la espada. Él se sentó y la miró fijamente.

—Moriko —puesto que ese era el nombre japonés que le habían dado—, ¿tal vez no has asfixiado a nuestro bebé? Tal vez está perdido en algún túnel, dando sus primeros pasos a solas.

Ella saltó sobre él.

—¡Estás loco!

—Era nuestro bebé. Nacido del amor. De la pasión. —El cuerpo de Matsuharu temblaba sin tregua. Sus ojos no lograban enfocar.

—¿Para qué querrías tú un bebé? ¿Para divertirte? —Hizo un gesto hacia la espada, señalando su punta brillante—. No era humano. Era otra cosa. ¿Por qué no me matas ahora? Estoy muy cansada.

Haciendo un gran esfuerzo para mantener la calma, él la rodeó con sus brazos.

—Llévame con el bebé. Luego dormiremos. Todo será un sueño.

Agradecida por que al fin se le permitiría morir, le mostró el lugar, en la pared del túnel. Con las manos desnudas, escarbó la arcilla dura, sintiendo que algunos trozos se le clavaban entre los dedos, hasta que desenterró el pequeño nicho. El bebé estaba envuelto en trapos sucios, un icono diminuto.

Matsuharu apartó el envoltorio y lo sostuvo contra su pecho, riendo y llorando, viéndolo como algo querido y perfecto, excepto por los ojos ciegos, las extremidades deformes, la cabeza blanda, apegada. Lo devolvió suavemente a su nicho, volvió a cubrirlo con arcilla y apretó los labios contra la pared. Luego cogió a Sunny por el brazo, como un caballero, y la condujo de vuelta a su cámara. Hizo que se tumbase. Ella esperó. La cámara entera parecía esperar...

Él se movía dentro de ella, sobre la esterilla sucia, riendo sin hacer sonido alguno. Cuando terminó se derrumbó, agotado. Ella cogió la espada y la extrajo de su funda. Deseaba con todas sus fuerzas estar muerta. No tenía fuerzas para levantarla. A lo lejos, atravesando el laberinto de túneles, se oía el eco de muertes piadosas. Suicidios. Las fuerzas Aliadas abriéndose paso...

Algo apestaba, una nueva y pesada plenitud la entumecía, convertía sus extremidades delgadas como palillos en piedra. Un grupo de soldados atravesó su cámara arrastrándose, cubriéndose la nariz con trapos empapados de orina. Las bombas habían roto una tubería y el gas estaba invadiendo los túneles. Los gritos despertaron a Matsuharu. Tuvo la fuerza suficiente para tirar de ella y obligarla a respirar muy despacio, cogiendo aire de la capa cada vez más fina que quedaba entre el suelo y la nube de gas.

—La muerte será lenta... —su voz parecía llegar desde muy lejos—, asfixia.

A lo lejos oyó a hombres haciendo esfuerzos por vomitar. Después ya solo quedó la negrura horrible de la arcilla húmeda...

Para cuando los Aliados penetraron hasta los túneles más profundos, avanzando centímetro a centímetro (desarmando minas), ambos se habían desmayado. Un indígena de Papúa vestido con una túnica de colores frutales y con una máscara antigás le dio en el hombro con la punta de una lanza. Un soldado australiano, también con máscara, parecía agitar un rifle.

—¡Dios santo! ¿Está viva? No parece humana. Eh, ¿hablas inglés?

Solo huesos y polvo, tan cubierta de roña y suciedad que parecía negra. Cruzó de la muerte a la vida, tambaleándose por pasadizos cuyas paredes de arcilla presentaban textos escritos con bayonetas. MADRE, TENGO HAMBRE. MADRE, REZA POR MÍ. HE MUERTO CON HONOR POR EL EMPERADOR. Epitafios para hijos silenciosos. Algunas cámaras se habían convertido en habitaciones de hambruna. Habitaciones letrina. Una habitación con cadáveres en los que se apreciaban marcas de dientes humanos. Los soldados australianos se quitaron las máscaras, buscaron el apoyo de los muros y vomitaron.

Avanzaron durante kilómetros, recorriendo aquel fétido y vasto subterráneo a paso de caracol, mientras los guías indígenas y los soldados Aliados cargaban con chicas medio muertas. Detrás de ellos, otros soldados obligaban a los japoneses a seguir adelante pinchándoles con las bayonetas. Cuando ya no pudo caminar más, un indígena la levantó en vilo, sin siquiera flexionar sus músculos. Siempre recordaría su olor a pantera sana, el sudor en su pelo ondulado formando lo que parecían perlas, una diadema goteando por sus hombros...

Durante horas los túneles doblaban, subían y giraban, como cánticos repetidos y repetidos sin fin. Luego sintió la brisa, el sacramento del aire. Después fragmentos quebrados de luz de luna. Estrellas, magníficas, en ruinas. Cuando se despertó, con el cielo rojo, líquido en el este, unas manos enguantadas le cortaban el pelo lleno de piojos. Unas enfermeras que se cubrían el rostro con mascarillas raspaban la carne cubierta de costras. Médicos, también con mascarillas, examinaban microbios y parásitos. Como si fueran ganado.

Rayos X, inyecciones, vacunas. Períodos de atontamiento, luego violencia, ira. Porque había vivido ya bastante. Pero quería que todo terminase, y ellos no le hacían caso. Un día alguien le entregó un espejo. Sus ojos carecían de pestañas, sus dientes estaban llenos de caries. Los huesos de su rostro parecían bultos brillantes que estaban a punto de romper el pergamino amarillento de la piel. Sus brazos de niña acribillados con marcas de jeringas. Tenía cardenales, como si la hubieran abofeteado. En sus muñecas había círculos rojos, rastros de las correas con que la habían atado. Habían tenido que reducirla. No podían entender por qué la rabia

salía a la superficie como un brote de locura. Se producían apuñalamientos en los pabellones. Suicidios.

—Un día —le prometió uno de los médicos— las heridas cicatrizarán. Lo olvidarás.

¿Por qué creían que ella quería olvidar? ¿Por qué creían que cualquiera de las chicas-pi quería olvidar?

Más tarde, después de lo que los médicos llamaban «recuperación», lo que descubrió fue que todo era lo mismo. Lo único que variaba eran los rostros. Ahora eran las tropas Aliadas las que necesitaban salones de baile, nightclubs, sexo...

Lleva en Honolulu varias semanas. Ahora está sentada en el Parque 'A'ala, al oeste del centro de la ciudad.

—¿Lo ves, Lili? En nuestras islas, los árboles están llenos de pájaros que hablan en jerga. Los llamamos mynah.

Escucha con la quietud de los ciegos. Incluso los que hablan inglés aquí lo hablan con la boca suave y rápida de quienes acostumbran a hablar jerga. Resulta tan reconfortante que ella sonríe, y luego entrecierra los ojos ante el brillo rojizo de las flores.

—Esto es jengibre antorcha, Lili. Y esto, hibisco.

Diecisiete años. Siente en los leves presagios de su cuerpo, en sus pequeños temblores, una relajación, un reconocimiento fundente.

Se mira las manos. Esas manos que solían llevar libros y tocar los hombros de hombres jóvenes. Sabe que son sus manos porque están pegadas a los extremos de sus brazos. Pero de repente no sabe nada sobre ellas, nada de lo que han hecho, de lo que han tocado. No puede comprender cómo han adquirido un aspecto tan estropeado, tan huesudas y llenas de venas. Por un momento está amnésica, perdida. Luego toca su bastón, ve en sus pies unos feos zapatos ortopédicos, ve cómo la mira la gente. Recuerda quién es, y lo que es.

Levanta la cabeza, huele el aire y le explica a su hermana:

—Esto es humo de pollo huluhuli de un puesto de barbacoa. Y allí, amenazantes en las alturas, están los majestuosos Ko'olaus.

Y justo detrás de ella, detrás de Iwilei, está el mar, un paisaje tan bello que está a punto de provocar las lágrimas. Este es un lugar en el que, si uno estuviera listo, la vida podría eliminar la inmundicia. Todo lo que hay a su alrededor son promesas, consuelos. Niños de rodillas, riendo, jugando. Mujeres haciendo guirnaldas de flores. Delicadas ancianas chinas y japonesas sentadas en cálidas hermandades de cháchara. Obreros fornidos y oscuros, con cascos metálicos, comiendo sus almuerzos en fiambreras mientras unos colmillos blancos asoman entre sus labios al

reírse.

—Y, Lili, ¿puedes oír a las mujeres hablando en la lengua nativa de Hawái? La lengua en la que yo pensaba, y con la que dormía cuando era niña, la lengua de la mitad de mi genealogía.

Ahora, intentando recordar, tiene que buscar palabras comunes. Abuela... tñtñ. Madre... makuahine. Profesor... no puede recordarlo. Hablar con su hermana le hace pensar en la familia que ya no tiene. A veces, por las noches, contempla desde el exterior la casa de su padre, en el barrio de Alewa Heights.

—Mamá, estoy cansada. Papá, ahora lo comprendo. Dejad que me sienta y hable con vosotros. Oh, acogedme.

Los ve a través de las ventanas, huérfanos de hijos. Ve con qué dulzura su padre toca a su madre. Con qué ternura la peina. La pena lo ha humanizado. Como ella, se han vuelto frágiles y han envejecido. Verla acabaría con ellos.

Un día, cerca del centro urbano, ve a gente desfilando en una especie de manifestación. Se aproxima. Hay cientos de personas marchando y gritando. No ve sus carteles: CATEGORÍA DE ESTADO PARA HAWÁI. El miedo y el instinto superan la lógica. Imagina que esa multitud se manifiesta para echarla a ella de Honolulu. Para mantenerla fuera de allí. Saben lo que ella es, lo que ha sido. Conocen su sucio e innombrable pasado.

Pronto llegará la policía y le pondrá las esposas. Permanece clavada al suelo. Después, aterrorizada, se da la vuelta y se aleja antes de que puedan cogerla, golpeando hojas y arbustos con su bastón, cojeando con tal rapidez que va dando traspiés. Una mujer rota entre muchas mujeres. Después de un rato frena el ritmo, siente que se ahoga. Nadie la ha seguido. Se apoya contra una puerta, limpiándose la cara con un pañuelo, limpiando el sudor del mango del bastón.

Al levantar la mirada ve, pero no ve, un cartel en una pared. Vuelve a limpiarse la cara. Entonces le parece que el cartel la mira a ella, que atrae sus ojos. El sudor chorrea por sus mejillas y cae por su cuello. Un efecto de resaltado dobla la profundidad de la superficie de su piel caoba, de modo que su cara, sus manos e incluso su brillante trompeta parecen saltar hacia ella. Extiende el brazo y toca aquella cara. Su mano parece atravesar la cara y el cartel, atraviesa la puerta y la pared, y se interna más y más en los vapores del pasado.

—Keo.

El nombre se mueve con suavidad en su interior, recordándole la inocencia, las riquezas ordinarias. La vida aún inexplorada, desconocida.

Vuelve a mirar el cartel con detenimiento. La forma del cuerpo, la curva de los brazos oscuros. El recuerdo de noches en las que él se sentaba en una canoa,

haciendo sonar su trompeta sobre el mar como un loco, sin saber que ella lo estaba observando. Apoya la cabeza contra la pared, recuerda el vuelo de los delfines saltando y saltando, sus cuerpos centelleando con joyas de sal. Keo de pie, tocando para ellos. El feroz sonido de la nostalgia. Recuerda a los delfines, atentos como humanos animados por su trompeta.

Durante semanas pasa una y otra vez por esa calle. Observa a otras personas que vienen y van, oye sus risas. Han pasado tantos años que se pregunta cómo será reírse a carcajadas. ¿Cómo para uno de hacerlo? Una noche entra en el Swing Club cuando es muy tarde y el local está abarrotado. Atraviesa el mar de algas que forma el público y encuentra un rincón junto a la pared.

Al mirarla, medio divertidos, los demás ven a una mujer vieja con un cárdigan y feos zapatos de cuero. Alguien de una limpieza que resulta pedante. El pelo gris cortado al estilo paje, gafas que le aumentan el tamaño de las pupilas. Quizás una cara que una vez fue preciosa (la forma de la barbilla y los pómulos son impecables), pero en la que ahora las arrugas, las cicatrices y las venas explotadas han hecho estragos. Los labios están contorsionados en una sonrisa parálitica.

En la penumbra, un camarero le ofrece una silla. Ella niega con la cabeza, quiere ser una figura más, de pie, sin rasgos. Al principio está entumecida por el ataque que sufren sus sentidos: el destilado de ron, tabaco, colonias tropicales. El sudor cáustico de seres humanos, la febril emoción de la multitud. Pero ha aprendido a aislarse de todo, a ser invisible y a observar.

No se desvanece cuando él sale al escenario. Su respiración no cambia. Y cuando él empieza a tocar, ella no siente náuseas al recordar. Cierra los ojos y retrocede a través de los años. La vida se abre ante ella como un libro. No siente pena. Se limita a mirar con asombro. Se marcha y regresa otra noche, y luego otra y otra, siempre cuando ya es tarde. Y siempre se coloca de pie junto a la pared.

A veces pasa varias semanas sin ir. A veces Keo cambia de club. Pero Honolulu es una ciudad pequeña, y ella siempre lo encuentra. Algunas noches, cuando él realiza uno de sus solos, se descalza y avanza hasta el borde del escenario, inclinándose hacia el público, y distingue formas de cabezas al fondo del local. De vez en cuando, en la oscuridad, sus ojos se encuentran, pero nunca el tiempo suficiente. La mirada de Keo pasa sobre ella, su trompeta lanza llamaradas, añadiendo pequeños toques metálicos cuando se le une el resto de la banda, amenazando con exagerar las cosas, con volverse comerciales o sentimentales. Por sus nombres, ella sabe que el percusionista es filipino, el bajo y el pianista hawaiano-portugueses. El relevo del saxo, ese tipo de extraño color de piel, es, por su nombre (Arito), japonés.

Al escuchar, ella aún oye ese dolor que hay en Keo, ese dolor que siempre amenaza con engullirlo, un dolor abrasador que brota de su trompeta. Algunas

noches su música es la ejecución de demonios secretos, cada uno de los cuales trata de resistirse valientemente. Él los encanta, los desmenuza o los calma para transformarlos en baladas aquiescentes. Su cuerpo se dobla en torno a su trompeta, carente de huesos, como un guante.

Ve que sigue siendo pulcro y aún se mantiene en forma, pero de algún modo también está gastado. Detecta en su música que ha pasado ya la cumbre de su talento. No obstante, sigue poseído por la excelencia, pues cuando toca no imita a nadie, no imita el sonido de ningún otro.

A veces quiere gritar:

—Frena. Frena.

Recuerda a un hombre llamado Dew Baptiste, recuerda cómo explicó él una vez lo que era el jazz. No era una caligrafía cuya esencia fuese la velocidad. El jazz tenía que ver con el regodeo. Tenía que ver con realizar un solo, la travesía y la vuelta a casa, con abrazar ecos de otras trompetas y tambores y cuerdas y teclas de modo que la audiencia tuviera la impresión de estar dentro de un gran reloj que se balancease en una cadena sujeta al monumental contorno de algún dios oscuro, y en el interior de ese reloj había ruedas que giraban y chirriaban y ronroneaban a diferentes ritmos a pesar de estar todas ellas relacionadas, a pesar de trabajar todas con un propósito común, para tocar el fondo del alma humana.

A veces ella siente una suerte de resurrección, se siente escuchada por la trompeta de Keo, como si el instrumento comprendiera y cantase todo lo que ella no puede decir. Si permanece en esta ciudad el tiempo suficiente, quizá la trompeta lo contará todo. Será purgada, olvidará. Pero las cicatrices poseen una ingenuidad propia. Cuando mira por la ciudad, ve masas de turistas y militares. Todavía hay demasiados hombres, lo cual siempre hace que comience el zumbido en su espina dorsal, que las pequeñas calaveras empiecen a morder en su interior. Durante una temporada evita los clubes de jazz, se retira a su poco acogedora habitación de hotel, preguntándose por qué permanece allí. No hay nada aquí para ella. No hay nada para ella en ninguna parte. La persona que fue ya está muerta.

Comienza a sentirse acechada, siente que algo se arrastra tras ella. Algo lento e invisible que, una vez que esté suelto, conseguirá lo que quiere. Siente que se ahoga. Algo le chupa el oxígeno, le hace jadear, algo le roe las células. Se hurga con las uñas los brazos huesudos, le susurra a su hermana.

—Lili, tengo miedo.

Cada mañana mira la depresión de su almohada para ver si se ha llenado con sus sesos. Espera a Satán, espera oír sus pisadas. Porque tiene claro que está en esta ciudad.

Dejará este lugar. Cada avenida, cada calle le recuerda lo que fue, lo que perdió. Lo que le ocurrió. Sea lo que sea lo que la llamó para que volviese no tiene la

suficiente fuerza para retenerla aquí. Hace su única maleta y va a oír a Keo una última vez. En un futuro manchado de fiebres y medicinas, él será su bálsamo, su mar interior.

Esa noche su forma de tocar está descentrada. Su labio está dañado y Keo se refugia en las sombras. Quizá sea la muchedumbre, el humo, la iluminación, lo que hace que ella gire su atención hacia el relevo del saxo. Su actuación suele ser mediocre. Cuando se levanta para tocar, Sunny siempre se concentra en sus dedos sobre las teclas, el azul que tiñe las puntas de esos dedos. Nunca ha distinguido bien sus rasgos. La luz rebota en su piel color jacaranda y siempre deja un brillo que emborrona su rostro.

Pero ahora, cuando él se lanza a interpretar «I Wished on the Moon» moviendo la cabeza arriba y abajo, el foco le ilumina la oreja, encerrada en un puzle de cartílago azul. Se pone de perfil. Ella se acerca más al escenario. Un nervio empieza a temblar en la unión del cuello y la mandíbula del hombre, con el movimiento de aleteo de la garganta de una rana. Un nervio que vibraba ante los ojos de ella durante todos los meses de noches teñidas del color rojizo de la arcilla en las que él la forzaba. Montándola, y montándola. Sunny se da la vuelta y se tambalea al exterior. Se dobla por la cintura y vomita sobre su bastón.

Baja por calles deshidratadas mientras todas las pequeñas calaveras castañetean haciendo que su espina dorsal chasquee y se curve. Se sienta entre el brillo de las paredes de color de jade, temblando tan violentamente que su silla se mueve por el suelo. Se mete trozos de papel en la boca para que sus dientes no se rompan de tanto castañeteo. Hunde el rostro entre sus manos y grita. Después de un rato, levanta la cabeza y se alisa el pelo. Alisa también su vestido y su cárdigan. Coge la maleta y, despacio, con meticulosidad, va sacando la ropa.

KA 'UMEKE KĀ 'EO

La taza está llena, y también la mente

En su pequeña tienda situada en una bocacalle de Merchant Street, Malia le ajustó un vestido a una pelirroja de mediana edad que lucía esmeraldas. Quince años atrás, le había cambiado las sábanas a aquella mujer en el Hotel Moana.

Corté las etiquetas de Schiaparelli de tus vestidos. Te robé el perfume Guerlain.

La mujer estudió su reflejo en un espejo y sonrió con su dentadura equina antes de redactar un cheque y felicitar a Malia por su tienda.

A solas, Malia se sentó ante la Singer, furiosa, haciendo que el motor girase a toda velocidad y que la aguja taladrase un trozo de buen lino. Un peinado diferente, unos pocos kilos de menos, pero Malia tenía exactamente el mismo aspecto que había tenido quince años antes.

No me ha reconocido. ¡Porque no llevo uniforme! No tiene ni idea de que lleva vestidos hechos por las mismas manos que limpiaban su retrete.

Al final se calmó, tranquilizada por la idea de que en el interior de cada dobladillo, en cada pinza, en cada hombrera del vestido de la mujer (y de todos los vestidos que cosía para los turistas) había maldiciones garabateadas, pequeños lamentos de guerra. «*E Poko ke Ola.*» «Que tu vida sea corta.» «*Ho'opī ka 'Amo.*» «Que tu culo bufé y chisporrotee.» «*E Hele 'Eku 'Eku.*» «Vete a escarbar como un cerdo.»

Habían aparecido como pequeños fantasmas. Un día, la Singer se puso en marcha sola y la aguja comenzó a dar puntadas enloquecidamente mientras ella miraba. Se había echado hacia atrás, sobresaltada, al ver que la máquina se calentaba tanto que echaba humo. Su cuerpo esmaltado de negro resplandecía. Pensó en Pono, cuyas huellas aún cubrían la Singer y cuyo sudor todavía impregnaba las juntas y tornillos de la máquina. Sintió su presencia en aquel baile brusco de los carretes de hilo, como si la aguja escupiera maldiciones directamente desde el cerebro de Pono.

Con los años, los diseños de Malia se habían vuelto excelentes y la gente no paraba de elogiarlos. Dibujaba patrones con rapidez caligráfica, cortaba sin realizar mediciones, cosía sin hilván. La mescolanza de costuras proporcionaba a sus prendas un aspecto más rico. Perfeccionó la ropa de baño, combinando bañadores y camisas para hombres. Pañuelos que se convertían en tops sin espalda ni mangas para mujeres. Creó el sujetador con bolsillo para rellenos. Las bragas con diminutos bolsillos para llevar compresas. Pero prefería los vestidos, las chaquetas, cualquier prenda con dobladillos en los que poder escribir sus pequeñas maldiciones.

Una noche, Malia se sentó a cortar unos viejos kimonos para hacer con ellos fajas

y chalecos. Sus tijeras producían un sonido desagradable cuando, de pronto, notó que algo le tocaba las costillas. Vio una imagen por el rabillo del ojo. Un diseño en un viejo kimono colgado junto a la ventana, una figura bordada: una anciana con un bastón. Los ojos parecían salirse hacia ella, el rostro le resultó conocido, sorprendentemente familiar. Se puso en pie y acarició con su mano el kimono, intentando recordar de dónde lo había sacado y por qué aquella figura se le aparecía.

Puso la radio y oyó la emisión del programa desde el Hotel Reef. Johnny Almeida, un ciego que tocaba la mandolina y cantaba «Pua Sadinia», «flor de gardenia». Luego Lena Machado, aquella vieja cantante hawaiana. Malia hizo un gesto con la cabeza, deseando que Keo se diera cuenta de que el jazz estaba muriendo en las islas y algo llamado rock and roll tomaba el relevo. Quería decirle que quizás iba siendo hora de darse la vuelta, regresar y tocar la música de su gente.

Veía cómo la cara de su hermano se dulcificaba al oír cánticos antiguos acompañados de maracas y chasqueo de palillos. O incluso cuando oía música de ukeleles y guitarras rasgadas. Pero siempre que lo hablaba con él, entendía que el jazz era para Keo como el aire que respiraba. Dejar el jazz significaría su muerte.

—Sería —decía— como enterrar el recuerdo de Sunny Sung.

Al escuchar aquello, Malia sintió ganas de abofetearle.

—¿Sabes? Durante años pensé que eras un artista puro al que apenas le preocupaban los asuntos del mundo. Ahora veo que tampoco te preocupa la gente.

Keo la miró, sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que eres un egoísta. Sueñas con encontrar a Sunny porque la necesitas para ser feliz. Todo sigue siendo «tú», solo «tú». ¿Qué pasa con mamá y papá? ¿Qué pasa con DeSoto? Ahora tiene mujer e hijos. Nunca preguntas por ellos. Nunca levantas la cabeza y miras a tu alrededor.

—Eso no es cierto —protestó Keo—. Os quiero a todos. Me preocupo mucho por vosotros.

—No. —Las palabras de Malia sonaban envenenadas—. Te preocupas por ti. Arrastras tu pena como una enfermedad, y la haces sonar con tu trompeta. Todos sufrimos la guerra. Todo el mundo tiene sus cicatrices.

Esa noche, Keo miró fijamente a sus padres.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Estáis bien?

Timoteo asintió.

—Sí, hijo. Todo va bastante bien. ¿Qué tal tú?

Leilani soltó un suspiro.

—Necesita encontrar una esposa. Lleva demasiado tiempo solo.

—Mi hermano echa de menos a Sunny Sung. Ya lo sabéis. —Sintiéndose culpable, Malia prosiguió—: ¿Sabes? Hoy he estado pensando en Pono. Tiene *mana*

pālua, «doble aura». La gente dice que es un poco *kahuna*. Keo, quizás ella pueda decirte qué le ocurrió a Sunny.

Leilani negó con la cabeza.

—Quizá lo mate con la mirada, eso es lo que puede pasar. No tonteeís con esa *wahine*.

Al día siguiente, Malia se dirigió a casa de Pono y descubrió que se había ido. Los vecinos le dijeron que se había producido una tragedia. Sus cuatro hijas la habían abandonado, marchándose con extraños. Pono se había ido a la gran isla en la que el hombre enfermo de *ma'i pākē*, padre de las niñas, le había dejado una plantación de café destartalada.

Embarcó en un vapor a la isla, y antes de que divisaran tierra, las fosas nasales le ardían con la mezcla de cenizas volcánicas y niebla. Aquella era la isla de volcanes rabiosos, de la temperamental Pele, diosa de los volcanes, cuyas hirvientes exhalaciones consumían bosques y pueblos enteros. Malia atravesó montañas cubiertas de bruma y pequeñas poblaciones que olían a café, Holualoa, Kainali'u, Kealakekua, y que estaban rodeadas por kilómetros y kilómetros de exuberantes árboles de café. En la ciudad de Captain Cook preguntó por Pono. La gente retrocedió unos pasos y luego indicó hacia Napo'opo'o Road, hacia una callejuela escondida en la que se alzaba una gran casa blanca con el aspecto de estar encantada.

Se plantó sobre la extensión de césped que había frente a la casa, sintiendo que el edificio le devolvía la mirada. Un pavo real extendió su brillante cola y sollozó. En ese momento apareció en el porche una mujer de poca estatura, patizamba y con los dientes torcidos.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

Malia titubeó antes de responder.

—¿Conoce a una mujer llamada... Pono?

La mujer se rio con ganas.

—Oooh, eso tiene gracia. Estoy todo el día en la cocina, limpiando pescado para ella. Raspando jodidas carrilladas de cerdo. Cocinando y limpiando solo para ella. ¿Por qué? Ella me salvó la vida. Pono es como mi *tita*. —Sus ojos recorrieron a Malia de arriba abajo—. Me llamo Run Run. ¿Para qué buscas a Pono?

—Es... personal.

La otra puso los brazos en jarras y entrecerró los ojos como un francotirador.

—Bueno, pues resulta que yo soy la jefa de personal en esta casa. ¿Tienes un mensaje? ¡Yo soy la que recoge los mensajes!

—Me llamo Malia Meahuna. Pono me enseñó a coser...

Run Run la miró fijamente un momento y luego le señaló las escaleras que subían

hacia la casa.

—Siéntate y espera ahí.

Malia se sentó sobre los peldaños, tan gastados que estaban combados y marcados con pisadas. Le dio la impresión de que, por un instante, dormitaba. Luego sintió como si todo el aire de los campos cercanos fuera absorbido hacia el porche que había a su espalda. Notó un viento en sus hombros, como manos cálidas. Tuvo miedo de volverse, sabiendo que aquella mujer alta como un árbol estaba allí, con su olor a eucalipto, a tierra y a océano. Oyó a Pono sentándose en una silla amplia. La oyó suspirar.

Cuando por fin se giró, vio aquel rostro conocido, perfecto, de piel dorada y labios gruesos, el pelo liso como un torrente de lava trenzado a su espalda. Había cambiado de algún modo. Sus ojos negros y rasgados ahora parecían contener más dolor y más inteligencia de lo que ningunos ojos humanos deberían poseer. Sin embargo, continuaba siendo hermosa del modo agotado y voluptuoso de las mujeres que lo han hecho todo para sobrevivir.

Surgió en su cara la sugerencia de una sonrisa.

—¿Cómo estás, Malia? ¿Todavía vas dándote aires?

—Sí —respondió, con una leve risa—. Aún soy culpable de atreverme a intentar superarme a mí misma.

—Una «debe» atreverse. O vivir imitando. Pero ¿estás bien?

—Muy bien. Diseñando ropa, y prosperando.

Subió la escalinata y le entregó un paquete cuadrado y blando, envuelto con delicado papel de arroz, que contenía un viejo y precioso kimono.

—Esto viene con mucho *aloha*. He pensado a menudo en ti.

—¿Y tu niña? ¿Cómo está?

—... Baby Jonah. Está guapísima. Ya tiene doce años.

Pono fijó la mirada en la distancia.

—Su padre se ha hecho abogado. Sabe que la niña es suya. Sus rasgos son idénticos. —Las piernas de Malia comenzaron a temblar—. Ese hombre está angustiado. Solo ha amado a una mujer en su vida. Pero él es oscuro, y tú eres orgullosa. Aún imitas a los *haole*. Con el tiempo acabarás por entrar en razón. Dejarás de soñar con parecerle a los *haole*. —Hizo una pausa y se volvió hacia Malia—. Ya hemos hablado bastante de ti. Tu hermano Keo... cada noche cruza un puente con nueve giros.

Malia asintió.

—Hay alguien a quien no puede olvidar. La ha buscado sin parar. Pono, ¿puedes decirme si la chica está viva?

Pono se echó ceremoniosamente hacia atrás. Sus ojos se cerraron de golpe y se quedó inmóvil. Entonces sus labios comenzaron a moverse con rapidez, trayendo a la

memoria un rostro. Al respirar producía un rugido.

—Sun-ja Uanoë Sung. El hilo salvaje tejiendo a través del tapiz. Él ha perdido el diseño.

—Haré cualquier cosa que me pidas si puedes ayudarme —susurró Malia—. Está perdido sin ella.

Pono empezó a mecerse, como si rezase. Sus brazos se cubrieron de sudor y su respiración se volvió fatigada. Sus gemidos eran cuchillos que producían cicatrices en el pálido vientre del día. Cuando abrió los ojos, los tenía blancos como el mármol. Malia tragó saliva. En el mármol fueron apareciendo venas que sangraban y lo teñían de color canela, luego marrón, y luego negro como el corazón rojo y negro del atún.

Lo que vio horrorizó tanto a Pono que cuando se decidió a hablar lo hizo con cautela:

—En ocasiones no entendemos las implicaciones de la búsqueda.

—¿Qué significa eso? ¿Está viva?

Pono mintió porque tenía que hacerlo.

—Nada está claro.

—Entonces está muerta.

Pono negó con la cabeza.

—Está en alguna parte... confesándose.

—¿Qué es lo que Keo debería hacer? ¿Qué debo decirle?

—Que continúe buscando.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde?

—En su música. Eso hará que su forma de tocar siga siendo pura.

Malia se sintió como si hubiera corrido casi dos kilómetros. Estaba totalmente agotada.

—¿Me permitirás volver otra vez? Un día podrías ver a Sunny en una visión. La esperanza mantendrá cuerdo a mi hermano.

Pono asintió con gesto pensativo.

—Un día, cuando la visión se mantenga, te avisaré.

La mujer permanecía entre los clientes, inspeccionando con tranquilidad la tienda de Malia. Alfombra cara, paredes recubiertas de *kapa*. Hermosas sillas de *koa* con reposabrazos. Espejos de marcos dorados, macetas con palmeras. Una tienda pequeña, pero en la que cada cosa estaba dispuesta con discreta elegancia. Incluso los maniqués llevaban prendas elegantes. Examinó rollos de tela hasta que los clientes se marcharon. Entonces, casi con gesto casual, se volvió hacia Malia.

El rostro de la mujer era encantador, con los ojos oscuros, un tanto rasgados, y los labios levemente gruesos. No era esbelta, sino más bien lo que la gente calificaba de

voluptuosa, y llevaba puesto un vestido simple de lino y zapatos de tacón de cuero del bueno. Malia podría haber estado mirando su propio reflejo, con la única diferencia de que la mujer era blanca.

—Me llamo Vivian —dijo—. Soy la mujer de Krash.

Instintivamente, Malia se echó hacia atrás.

—He venido a decirte que voy a dejarle. Puedes quedártelo.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves...?

La mujer se sentó, con un movimiento lento, envolviéndose con sus brazos.

—Acéptalo, por favor. Él sigue enamorado de ti.

Malia meneó la cabeza, asustada.

—No lo quiero.

—Sí. Sí lo quieres. Tienes sus costillas. Eso es tan... primitivo. No puedo entenderos.

—¿Cómo ibas a entendernos? —El cuerpo entero de Malia estaba temblando—. El entendimiento tiene que ganarse.

Vivian asintió y miró a su alrededor con gesto de impotencia.

—Sabía que lo tenía de rebote, después de ti. Pero era tan atractivo, tan ambicioso. Siete años. Ahora me doy cuenta de que nunca llegué a conocerlo. No tenía ni idea.

—¿Qué esperabas? —le preguntó Malia—. ¿A alguien predecible? ¿Un hombre al que pudieras controlar?

La mejor volvió a negar con la cabeza.

—Krash es inteligente, podría llegar lejos. ¡Pero él solo quiere triunfar aquí, en Honolulu!

Malia se irguió, enderezando la espalda, y habló enfatizando su pronunciación:

—Sí. Aquí hablamos inglés, incluso ejercemos de abogado. ¿Pensabas que Krash dejaría atrás su identidad? ¿Que viviría en el continente como un mutante?

Vivian también se irguió, desafiante.

—Mi padre tiene contactos, le habría ayudado a montar un bufete.

Malia cruzó los brazos y suspiró, sintiendo casi lástima por Vivian. Parecía una mujer decente, hasta un poco trágica. Entonces recordó que Krash había dormido con ella durante siete años, que sus labios habían recorrido todo su cuerpo. De repente quiso golpearla, sacarle los ojos.

—Sé que soy una ignorante en lo que se refiere a vuestra cultura —dijo Vivian—. Simplemente, no estoy hecha para las islas. Para vuestra jerga local. Para la comida que coméis. No tengo amigos. De lo único de lo que los amigos de Krash hablan es de la tierra, la tierra y la tierra.

—La tierra es vital para los hawaianos.

—Pero no sois progresistas. ¿No lo ves? No podéis malgastar una tierra preciosa

plantando ñame. Necesitáis avanzar. Hoteles. En eso consiste el progreso.

—¡Hoteles! ¿Para que mis sobrinos puedan ser pinches de cocina? —Malia se dio la vuelta, temiendo que pudiera agredir a la mujer—. Por favor, lárgate de aquí.

Vivian se puso lentamente en pie.

—Te he seguido por la calle, preguntándome qué es lo que tú tienes y yo no. Tal vez sea orgullo. Yo nunca tuve que esforzarme.

Malia se giró y la miró fijamente antes de decir, con voz baja, casi fatigada:

—Las mujeres privilegiadas sois muy ingenuas. El esfuerzo no te enseña a ser orgullosa. Te enseña a aceptar lo que te venga.

Extendió los brazos y los hizo girar. Los tenía tatuados y picados por utilizar desinfectantes demasiado fuertes durante sus años de sirvienta. Le mostró las manos. Tenía las palmas y las puntas de los dedos agrietadas, surcadas de cicatrices causadas por las agujas de coser.

—¿Te enorgullecerías de esto? ¿Querías siquiera mirarlas?

Vivian las miró, y luego sus ojos encontraron los de Malia.

—Él no te quiere por tus manos. Él te ama. —Señaló el reflejo de ambas en un espejo, donde se apreciaba claramente su parecido—. ¿Por qué crees que se casó conmigo?

—Por favor, vete —insistió Malia—. No quiero nada de esto.

—Eres parte de esto. Lo eres todo. Yo voy a volver a mi casa. —Al llegar a la puerta, se giró hacia ella—. ¿Sabes una cosa? Es en tu hija en la que estoy pensando.

Al verla alejarse por la calle, Malia sintió que su cuerpo se quedaba entumecido. Tragó saliva lentamente, inspirando recuerdos familiares. Estaba su garganta, y estaba su lengua. Entonces alguien se movió por detrás de ella, Keo, trayendo el almuerzo por la puerta trasera.

Fue directo al grano, sin dar ningún rodeo:

—Lo he oído todo.

—Bien —dijo ella, colocando los platos y las servilletas—. Entonces ya podemos comer.

Se sentaron en sillas plegables y agitaron los palillos como si fueran antenas. El sushi y el jengibre escabechado sabían a tiza.

—¿Cuándo vas a decírselo a Baby Jonah?

—¿Decirle qué?

—Quién es su padre.

Malia tiró su almuerzo a la basura.

—Imagínate a esa palurda viniendo a mi tienda y contándome sus penas.

—Hasta una desconocida siente pena por tu hija. Malia, ¿de verdad crees que alguien se traga que es hija de Rosie? ¿Que es *hānai*? Se os parece tanto a ti y a Krash que resulta trágico. Es una broma pesada.

—¡Ese bastardo! ¿Cómo se atreve a traer a una esposa blanca a Honolulu?

Keo soltó una carcajada.

—Tú lo echaste a patadas. Le negaste a su hija.

—Ella no es su hija.

Keo le clavó la mirada.

—¿De quién es, entonces?

—¿Cómo voy a saberlo?! Era la guerra. Tenía que mantener a mamá y a papá, mientras tú y DeSoto estabais por ahí viviendo vuestras aventuras.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que todos tomamos decisiones. —Su voz se volvió amarga—. Tú elegiste París. Yo elegí... Hotel Street. Y todo lo que eso implica.

Keo se puso lentamente en pie, y la cogió de los brazos.

—Dios mío. Nunca me detuve a pensar en lo que tuviste que hacer para salir adelante.

Malia hundió la cabeza y se apartó de él.

—Tenía sueños. ¿Recuerdas? Hubiera dado cualquier cosa por vivir en París, como tú. Luego ocurrió lo de Pearl Harbor, y todo el mundo se volvió loco. No me preguntes más.

Keo se sentó, sin soltarle la mano a su hermana.

—Siempre te respetaré. Gracias a ti nuestros padres nunca necesitaron pedir limosna. Pero no me digas que Baby Jonah no es hija de Krash. Pensaste que eras demasiado buena para él.

Malia se sentó a su lado e intentó sincerarse.

—Keo, siempre me dio la impresión de que él me atraparía. Él y sus primos de Wai‘anae. Verdaderos patanes de mala muerte. Crimen. Asistencia social. Si hubiera seguido con él, habría acabado allí.

—Lo amabas. Tus cartas estaban llenas de él.

—Tener un hijo provoca eso. Me ablandé. Pensé que aceptaría cualquier cosa que él me ofreciese. Pero, entonces, volvió a casa lleno de planes. Títulos. La facultad de derecho. Nunca mencionó dónde encajaba yo.

Keo suspiró.

—Él quería casarte contigo, lo juro. Quería llevarte al continente convertida en su esposa.

—Nunca me lo pidió. Oh, bueno...

Malia ya había rebasado los cuarenta, pero continuaba teniendo un cuerpo firme y adorable, aún rebosante de elegancia hawaiana (en la fluidez de sus gestos y sus movimientos), y podría haber tenido prácticamente a cualquier hombre, de cualquier raza. Pero ahora tenía la confianza de un éxito moderado; lo había conseguido sola, sin transigir ni perder su orgullo.

—... ahora estoy demasiado ocupada para estas tonterías.

—Te contaré lo que pasó —dijo Keo, negando con la cabeza—. Te diste cuenta, a fin de cuentas, de que amas a un hombre con la piel oscura. Has visto crecer a Baby Jonah, y siempre que la miras ves en ella los rasgos de su padre. Todo el mundo sabe la verdad. Puede que hasta ella lo sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que aunque ella te llama *tita*, «hermana», lo dice con sarcasmo. Malia, ¿qué le estás haciendo a esa niña?

Malia se frotó la frente, agotada.

—Estoy intentando salvarla. ¿No lo ves? Si admito que soy su madre, entonces tendré que decirle quién es su padre.

—¿Le destrozarás la vida a una niña por simple vanidad? Ya le has robado doce años. —Se levantó y la miró desde arriba—. Me haces sentir verdadera vergüenza, Malia. Si no se lo dices tú... un día se lo diré yo. Todo.

Un día, en su tienda, ajustándole un vestido a Baby Jo, Malia notó una ligera hinchazón, el nacimiento de los pechos.

—Estás echando brotes —murmuró.

La niña se sonrojó hasta tal punto que Malia pudo sentir su calor. Respiró el sudor de su hija, su pelo fragante, sus hombros luminosos que olían a jengibre húmedo, y se echó hacia atrás en su silla, en estado de shock. Esta niña es la única cosa de la que nunca me arrepentiré. Quería contarle en aquel momento, empezar a contarle quién era, de quién venía. Pero el hábito de no decir las cosas se había grabado entre las dos.

¿Lo sabe? se preguntó Malia. ¿Me odia? A veces le daba la impresión de que lo único que sabía de aquella cría era su talla. La medida de su pecho y su cintura. La niña casi nunca le contaba sus cosas.

—Deberías hablar más —dijo Malia—. Deberías preguntarme más cosas importantes.

Baby Jo se giró a un lado. Malia no tenía derecho a preguntarle por sus pensamientos. Incluso cuando se sentaban las dos solas a la mesa de la cocina, apartaba la mirada de Malia y la fijaba en cualquier otro punto de la estancia. Masticaba tan lentamente como podía, consciente de que se suponía que no debía hablar con la boca llena.

A veces Malia le salía al paso en el aseo o en el garaje.

—¿Qué tal la escuela?

—Bien... aburrida.

—No es aburrida si utilizas tu cerebro.

—¿Qué te crees que utilizo? ¿Los pies?

Era un comentario sarcástico, pero Malia se rio. Baby Jo se fue, pensando que se estaba riendo de ella.

Un día se colocó al lado de Malia, escuchando el ruido metálico de las tijeras.

—¿Por qué Tío Papa tiene pesadillas? —Había oído a Keo gritando en sueños.

—La guerra —respondió Malia—. Una chica a la que él amaba desapareció.

—¿Murió?

—No lo sabemos. Nadie sabe lo que sucedió realmente.

Baby Jo se giró lentamente y la miró a los ojos.

—No saber la verdad le rompe a uno el corazón, ¿verdad?

En ese momento Malia quiso zarandearla. Quiso decirle que debería estar agradecida por haber nacido, porque ella la había alojado en su vientre, por soportarla. El suyo era un baile silencioso y cadencioso en el que se esquivaban cuidadosamente la una a la otra y que se volvía más tenso cuando se tocaban. Malia entraba muy pocas veces en la habitación de su hija, y no podía recordar ni una sola vez en la que Baby Jo hubiera entrado en la suya. En ocasiones fingía estar hablando por teléfono en el pasillo para poder observar a Jo en su dormitorio, moviéndose entre sus cosas y tocándolas con suma delicadeza.

De vez en cuando entraba en la habitación para escuchar la suave respiración de su hija. Cogía fotografías, tocaba su ropa, sus talismanes. En aquel momento se encontraba en la etapa de la redondez y sus rasgos se habían vuelto algo regordetes. Pero se estaba convirtiendo en una chica preciosa, pálida pero claramente hawaiana en su gran estructura ósea y sus grandes manos y pies *kānaka*. Y era especialmente lista. Excepto cuando estaba con Malia, pues entonces se volvía torpe y huraña, y se expresaba en una mezcla de jergas: hawaiano y portugués combinado con filipino y *pākē*, de modo que en ocasiones su parloteo resultaba casi incomprendible para Malia. No hacía más que decir *da kine, da kine, ¿qué é eso?*

Al ver a Baby Jo haciéndole carantoñas a Keo al tiempo que la ignoraba a ella, Malia empezó a discutir con ella, forzándola a participar en una conversación.

—¿Alguna de tus amigas sale con chicos?

Baby Jo se puso tensa.

—... Dos. Quizá.

—¿Alguna de ellas ha menstruado ya?

La chica se encogió, mortificada.

—Pronto te ocurrirá a ti también, Jo.

—Agh. Hubiera sido mejor si hubiera nacido chico.

—Los chicos son precisamente de lo que tienes que mantenerte alejada desde ahora en adelante.

—¿Por qué?

—Así es como haces un bebé, acostándote con un chico. Ya te lo explicaré.

Baby Jo puso sus ojos a la misma altura que los de Malia.

—¿Qué te crees, *tita*? ¿Crees que no sé nada? Un chico hizo *da kine* a una chica con su *da kine*. ¡Y eso es lo que hace que tengas un bebé!

—¡Habla en inglés! —gritó Malia.

—¿Por qué? —exclamó Baby Jo—. ¿Por quién me tomas? ¡Si intento hablar como tú, la gente piensa que soy muy *lōlō*!

Sin embargo, los profesores decían que en clase su inglés era perfecto. Sus notas eran excelentes.

—Deja de avergonzarte por demostrar que eres inteligente —dijo Malia, sacudiéndola suavemente—. No dejes que la vida se escurra entre tus dedos.

—¡Déjame! —Baby Jo se liberó dando un tirón—. ¿Por qué me fastidias tanto? Tú no eres mi madre. Eres mi *tita*, ¿recuerdas?

—Voy a enviarla a la Academia del Sagrado Corazón —prometió Malia—. Para alejarla de chicos barriobajeros.

—¡Olvídate! —repuso Keo—. Te pondrá a prueba hasta el día que te sinceres con ella.

—¿Sagrado Corazón? —Leilani se dejó caer en una silla, en estado de shock—. ¿Cómo vas a conseguir dinero para pagar un colegio privado?

—Espera y verás.

Ahora Malia se quedaba en su tienda hasta la medianoche, siete noches por semana. Desde el otro lado de la calle, una anciana con un bastón la observaba, encorvada como una corredora sobre su Singer mientras mascullaba juramentos.

—Vestirá ropas planchadas, y las cambiará con cada temporada. Y complementos a juego. Tendrá zapatos de cuero, no de goma. Tendrá amigas que vivan en calles pavimentadas, no en callejuelas llenas de baches. En casas de verdad, que no estén infestadas de termitas. Tendrá bolsas de libros, y deberes para después de clase. Estudiará idiomas. Irá a la universidad.

A veces se echaba hacia atrás en la silla. ¿Qué sentido tenía que su hija recibiera una educación si se moría de hambre? Se inclinaba luego otra vez sobre la Singer, rezongando de nuevo.

—Tendrá una buena cabeza para los negocios. Siempre tendrá una cuenta bancaria. No se tomará a los hombres en serio. Nunca transigirá. Los hombres se apartarán para dejarla pasar.

Quería ahorrarle a su hija la degradación y los escombros que dejaban los hombres a su paso, las cicatrices que podían ser permanentes. Sus determinaciones se transformaban en cánticos que gritaba mientras cosía, creando un proyecto para su

hija. Un orden y un procedimiento. Sabía que algún día tendría que decirle quién era su padre. Para entonces Baby Jonah la perdonaría, al menos eso esperaba.

‘AWAPUHI LAU PALA WALE

Las hojas de jengibre se marchitan con rapidez; las cosas pasan demasiado pronto

Un día llegó el reloj de Jonah, enviado desde Italia. Oxidado y con un extraño olor a estiércol. Keo se sentó en el Parque ‘A‘ala y se imaginó un combate, y el reloj cayendo en una zanja, aún sujeto a la mano cortada de su hermano. Se había detenido a las 3:15, a la misma hora que él había sido liberado del Campo Woosung. Trece años, y sus recuerdos continuaban llevándole de vuelta. Esperando que su esencia, la memoria, se quebrase.

Sostuvo el reloj de Jonah en su mano, desconsolado. Entró, tambaleándose, en una iglesia en la que había velas pequeñas y gruesas dentro de unos tarros rojos, palpitando como si fuesen corazones. Se arrodilló y encendió una vela. Una mujer le observó al salir de la iglesia, tan en forma, impecable, todavía tan atractivo. Pero, de pronto, algo que había visto o recordado lo había hundido en un pozo de pena. La mujer agachó la cabeza, y, por la fuerza de la costumbre, se imaginó consolándolo como si fuera su marido.

... Ven, querido. Límpiame la frente. Péinate. Demos un paseo y comamos castañas asadas junto al Sena. O ponte el pijama y siéntate frente a la ventana que da a la rue, y tómate un té en una de nuestras tazas de porcelana agrietadas. Sí. La vida se vacía lentamente. Pero solo de la forma en que una taza de té se vacía. Su concavidad aún implica el té que antes había en ella. El té persiste...

Ella se había convertido en su compañera invisible. Sus nudillos, como conchas de caracol, se encorvaban alrededor del mango de su bastón. Sus zapatos parecían anfibios varados en tierra. Una mujer desvencijada como una silla vieja. No obstante, había algo bondadoso en sus ojos mientras lo vigilaba, siguiéndolo siempre a una distancia prudencial. Nunca se acercaba a él. Nunca se acercaba conscientemente a nada.

Keo subió por Kalihi Lane, sintiéndose extrañamente en paz. Le solía suceder últimamente. Sin motivo alguno, se adueñaba de él la sensación de estar a salvo, de que alguien lo protegía. Contempló el fluir y refluir de su familia en el garaje de su padre. Sus tíos bebían cerveza y se daban palmadas en los muslos, jugando al *hanafuda*. Sus tías contaban anécdotas mientras limpiaban calamares recién pescados. Los dos críos de DeSoto practicaban judo mientras sus primos hacían volar unas cometas iridiscentes con forma de dragón. La sangre y hebra de toda la familia, atravesando las vidas de los otros como un suave relámpago.

Las horas se alargaban en la calle. La gente murmuraba en jerga mientras, en la

casa de al lado, el nieto de la señora Silva practicaba su francés, «... *il fait beau, il fait chaud, il fait froid...*». Y desde una habitación oscura y fría en algún lugar se oía a Gabby Pahinui cantando «Hi'ilawe», y luego a tía Genoa Keawe gorjeando «Ke Kali Nei Au».

Keo se sentó y reclinó su cabeza, sintiéndose a gusto en aquel antiguo surco, en esa vieja taxonomía heredada. Había empezado a comprender que nada de lo que pudiera conseguir sería tan heroico como quedarse allí, como quedarse tal y como estaba. Sus padres estaban envejeciendo. Su mundo reducido y con pocos adornos se le antojó de repente una rareza. Un trozo de vida que debía ser apreciada.

Algunas noches, después de tocar en el club, se quedaba un rato en la sala de estar, mirando las cosas con vehemencia, como si nunca las hubiera visto antes. Abría cajones que contenían las necesidades básicas. Un bote de pegamento, un ovillo de hilo. Una fotografía en sepia de un anuncio de un coche DeSoto. En aquella casa tan amada, hasta las cosas más simples tenían un aspecto andrajoso. El pegamento había adquirido la consistencia del mármol. El hilo estaba medio desmenuzado, lo mismo que la foto.

La habitación de sus padres era igualmente austera. Una viejo armario de *koa*, una cama doble con sábanas raídas. Una cajonera sobre la que descansaban un rosario y fotos enmarcadas de sus hijos. En la pared, un crucifijo. Cortinas de ganchillo en las ventanas. No había nada más allá de lo básico.

En aquella casa sus padres usaban referencias como «el cuenco del ñame», «la cazuela del estofado», «la silla para jugar a las cartas». Había una sola cosa de todo lo que necesitaban y solo de lo que necesitaban. Había sido en el mundo exterior donde Keo había descubierto que los objetos poseían un nombre propio. Un florero T'ang, un grabado Hiroshige. Porcelana de Bavaria. Aquí, había crecido en medio no de la pobreza, pero sí de la más absoluta modestia. No había nada que ver, muy poco sobre lo que comentar, lo cual dejaba mucho espacio para los sentimientos. Era una casa habitada por mucha gente, y en la que se vivía con profundo amor.

Y en esa casa estaban sus padres, casi infantilmente despistados en cuanto a sus conocimientos de historia y geografía. Sabían tan solo que habitaban una isla en el océano, que Japón y China estaban a un lado y Estados Unidos al otro. Un océano por el que nunca habían viajado y cuya vasta inmensidad no podían siquiera imaginarse. Hablaban sobre la posibilidad de que Hawái se convirtiese en uno más de los Estados de Estados Unidos, pero no sabían lo que eso significaba. No estaban seguros de lo que era un Estado.

—¿Cómo puede ser Hawái un estado? —preguntó Leilani—. No estamos unidos al continente.

—No importa —respondió Timoteo, mientras pelaba un mango formando con la piel una espiral larga y húmeda—. Los políticos están todos locos.

Leilani miró fijamente un mapa, sobrecogida al ver los puntos aislados que representaban sus islas.

—Si nos convertimos en un estado, Estados Unidos nos tragará. ¡Como si fuéramos *pūpū*! Como si fuéramos... ¿cómo se llama eso? Golosinas.

Keo sonrió. Una vez había sentido la necesidad de escapar de aquella «ignorancia», de aquel lugar tan estrecho y provinciano. Entonces la vida lo había cogido por el cuello y le había arrojado encima más maldad y belleza angustiada de las que jamás podría llegar a comprender. Y, sin embargo, nada aparte de aquella calle fue nunca real para él. Todo lo demás era un puro espectáculo.

Algunas noches salía de su calle y subía a los barrios altos, y desde allí se internaba en los bosques, dejándose envolver por el olor a marismas, a jengibre en flor, a orina de ciervos, por la dulzura de las algarrobas. Subía más allá de las cañas húmedas, de los olores de las tierras de pastoreo, más allá de los cipreses, y se adentraba en la zona de bruma, donde lo rodeaban los eucaliptos.

Allí arriba había árboles gigantescos que rugían como si contuvieran en su interior todos los temblores de la isla, que había absorbido a su vez, durante milenios, todos los temblores del mar. La corteza de cada árbol tenía grabada la robusta lógica de cada ola del océano que impactaba contra la arena. Keo se quedaba dormido contemplando aquellos gigantes que se doblaban sobre sí mismos con espasmos, eclipsando grandes sierras de cielo color plancton. Todos estamos marcados, pensó. El mar ha puesto su marca de agua por toda la isla. Sentía la vida vibrando a través de sus pulmones, el mar vibrando a través de los pulmones de la tierra. Le gustaba hundir su rostro en la tierra húmeda.

Días más tarde, bajaría de las cumbres y se encontraría en medio de la reluciente expansión de Honolulu en la década de los cincuenta. El horizonte quedaba oculto tras los esqueletos decolorados de edificios en construcción que proyectaban sombras perpetuas y una penumbra propia del norte. Los obreros excavaban valles enteros. Las playas iban desapareciendo lentamente.

Leilani se retorció las manos y sollozaba al ver cómo se demolía una tienda en el callejón Tin-Can, del Barrio Chino. Aquel era su sitio favorito para comer pato char siu, el jengibre más fresco y bok choy. Otras mujeres ancianas estaban a su lado, lamentándose. Keo aferró la mano de su madre, recordando las lámparas llenas de herrumbre del local, los ventiladores cubiertos de cadáveres de moscas, las tuberías oxidadas. Al señor Chock preparando una carpa de ojos saltones mientras leía al mismo tiempo un periódico chino, con el delantal caligrafiado de escamas y entrañas de pescado.

Keo recordaba un cordel suspendido del techo sobre el mostrador, y el papel jaspeado que el señor Chock utilizaba para envolver las compras de pescado y carne. Aún podía ver el eje que sujetaba el cordel girando y chirriando, ñec, ñec, ¡ñec! con

cada nuevo tirón; aún podía oír el ritmo de las manazas del señor Chock, que siempre estaban en constante movimiento, ¡cortar! ¡tirar! ¡envolver!

Trató de consolar a su madre:

—Ese lugar era una trampa en caso de incendio. Es el progreso, mamá.

—¡Odio ese... como lo llames... ese pro-greso!

A lo largo de ese año, Keo notó cómo su madre, que había sido tan hermosa, tan imponente, se estaba encogiendo y debilitando. Como si su madre hubiera penetrado en un entorno carente de fricción y acelerase, sin pausa, desde la juventud hacia la vejez. La abrazó con mayor frecuencia, la hizo reír, pues su risa era como fuentes hechas de cristal de colores que habían iluminado su ceguera infantil. Cada semana la llevaba a pasear por King Street, a través de Kalihi, de Palama, visitando los que habían sido sus lugares predilectos (su panadería favorita, la tienda de frutos secos garrapiñados), apenas un paso por delante de los operarios de la demolición.

Un día, cuando volvían a casa, encontraron a DeSoto sentado con su padre, ambos con expresión estupefacta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leilani.

Timoteo movió la cabeza a uno y otro lado.

—Su chico, Teodoro.

Leilani cayó de rodillas, asustada.

DeSoto se decidió por fin a hablar:

—Esa cosa llamada... polio. ¿Puede morir de eso?

Keo le pasó el brazo por los hombros a su hermano y le apretó con fuerza.

Contemplaron al niño, cuyos ojos parecían roídos. El virus teñía su piel de un tono amarillento mortal. Sus padres rodeaban la cama, de un blanco brillante en medio de una habitación del mismo color, lo tocaban con suavidad intentando volver a insuflar vida en su cuerpo. DeSoto canturreaba, abrazado a su esposa y a su hijo mayor; el chico estaba apretado contra su axila, inhalando el olor salado de su padre.

El sol destellaba en el líquido gaseoso de un tubo que culebreaba y se adentraba en el cuerpo de Teodoro. El chico se contraía y parpadeaba en medio de ataques nerviosos, como si toda su voluntad y su corazón estuvieran tratando de derrotar aquello que se interponía entre él y la vida. Cuando abrió los ojos de nuevo, los tenía vueltos hacia dentro. Estaba ya analizando la otra vida.

En el pasillo, Malia se sentó junto a Baby Jonah.

—La acequia —susurró Baby Jo—. Fuimos a bañarnos allí. La abuela nos dijo que no fuésemos.

Cerca del Parque 'A'ala estaba el canal Kapalama, una delgada cinta de algas aceitosas y metal que nacía en algún punto de los bosques tropicales de los Ko'olaus.

Bajaba a través del barrio de Palama, recogiendo basura de los desagües, de los charcos y los pozos hasta que se convertía en un arroyo que desembocaba en el océano más allá de las fábricas de conserva, cerca del puerto de Honolulu. Los críos de los barrios de las afueras pescaban y nadaban medio desnudos en sus aguas.

—¿Lo llevaste allí? —preguntó Malia.

Ella asintió.

—Si Teodoro se muere... ¡será culpa mía! La abuela nos advirtió de que las aguas de la acequia provocaban la polio.

Malia tuvo una visión fugaz de lo que la vida sería sin aquella niña. Un agujero gigantesco. La abrazó con todas sus fuerzas y la meció.

—No es culpa tuya. Teodoro se bañaba en todas las acequias de Honolulu. Incluso en ese canal viscoso de Ala Wai. Una acequia llena de ratas. Se le había advertido un centenar de veces. Cuarenta críos de Maui han muerto de polio en lo que va de año.

La chica rompió a llorar.

—Solo tiene diez años. No puede morir. ¡No puede!

En la habitación blanca, las extremidades de Teodoro se agarrotaron ante los ojos de todos, como si estuviera pasando por todas las etapas de la enfermedad a un ritmo acelerado. Contractura. Trombosis. Miocarditis. Fallos respiratorios. Luego todos se cogieron de la mano y sintieron cómo Teodoro pasaba a través de ellos.

A los pies de la tumba, el cura ofreció una versión de la muerte de un chiquillo con la que podrían vivir. Nadie vio a lo lejos a la mujer que sollozaba, sintiendo pena por DeSoto. Él la había rescatado una vez y la había llevado hasta Keo. Malia levantó entonces la mirada y descubrió aquel rostro envejecido, y algo se removió en su interior. Días más tarde recordaría el antiguo kimono de su tienda que le había regalado a Pono. Aquel kimono bordado con una mujer anciana cuya mirada le resultaba extrañamente familiar.

Lo siguiente fue una pena brutal, y pesadillas. Leilani se levantaba cada mañana como una mujer que despertase dentro de un ataúd.

—Dieciséis de mis hijos murieron. Ahora mi maldición se ha llevado a Jonah. A Teodoro. ¿Y después? ¿Quién será el siguiente?

Comenzó a dormir con los ojos abiertos, en estado de alerta ante lo que pudiese ocurrir.

—Parece que mi vida solo sirve para traer muerte, *make*. Sería mucho mejor si me fuera *hiamoe loa*, si me adentrara en el sueño eterno.

Por las noches resollaba. Su boca se transformó en una fatigosa O. Inhalaba aire y vaciaba la casa hasta dejarla seca. Resollaba con tanta fuerza que los demás sentían

que se les estiraba la piel. La humedad desaparecía. Nadie en todo Kalihi Lane podía sudar o llorar. Sus resuellos fueron aumentando de volumen y de la noche al día la calle quedó reseca, teñida de un color marrón malsano. Las ramas de los árboles se quebraban, las flores se marchitaban.

Una noche, Leilani se volvió hacia Timoteo.

—Airea la cama todos los días. Yo estaré aquí mismo.

La pena se apoderó de ella y le apretó el corazón. Se desmoronó como el pétalo de una flor.

‘OHANA

Familia, parientes

Otra habitación de un blanco brillante. En un primer momento pensó que ya estaba muerta. Luego oyó el ¡sssss! que producía alguien al abrir una cerveza. DeSoto, con los ojos hinchados por haber llorado.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que enterró a Teodoro? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Los ojos de Leilani estaban cerrados. Su cuerpo dormía, su espíritu vagaba. Se deslizó afuera a través de su *lua ‘uhane*, su agujero para los espíritus, el lagrimal, e inspeccionó la habitación.

Diosa Madre, mira a toda esa gente. Hay un montón. Oh, ese olor. A maquinaria. A piña. Grasa de la cocina. La gente que vuelve del trabajo. Debo estar muriéndome. Noto una sensación extraña en mi cuerpo, nada se mueve. Quizás esto sea lo que llaman estar en coma.

Agitó los brazos para decirles a todos que se fueran a sus casas, que siguieran con sus vidas. Lo hizo en su mente, pues su cuerpo estaba paralizado, y sus sentidos se desvanecían. La gente se sentaba en pequeños grupos, susurrando y asintiendo cada dos por tres. Los médicos decían que el final estaba cerca. Llevaba tres días acercándose.

El padre Gerard estaba en el umbral, con la piel colorada, ligeramente bizco. Sonreía mientras avanzaba por la habitación estrechando la mano a cuantos le salían al paso, con un ojo puesto en la nevera llena de cervezas, en los platos de *manapua*, sushi, y las botellas de refresco de cola que había en el suelo.

—¡Eh, vaya una fiesta!

El viejo cura siempre había admirado a los Meahuna. Su belleza física, su robusta valentía. El mayor de los hijos, DeSoto, había circunnavegado el mundo año tras año. Y esa Malia, con su cuerpo lleno de curvas, que atraía las miradas de los hombres. Mira cómo ha bajado de peso tan lentamente que nadie se ha percatado. Qué buena diseñadora, dueña de su propia tienda. Con su pequeña y rolliza hija a su lado, siempre un poco enfadada. La hija a la que pretende pasar por *hānai*. Algún día tendrá que escucharla en confesión.

Estaba el marido, Timoteo, afligido pero aun así atractivo. El padre Gerard lo miró con detenimiento, pensando en cómo la viuda Shirashi nunca apartaba sus ojos de él. Resultaba extraño el modo en que las mujeres elegantes migraban hacia quienes no habían recibido apenas educación.

Por último, miró a Keo. El misterio. Algún problema durante la guerra... Su

novia había desaparecido. Todavía la estaba buscando.

Hizo el símbolo de la cruz, realizando la extremaunción, y luego acercó su rosario a los labios de Leilani.

Cayó la noche y la gente se inclinó para susurrar una despedida a Leilani antes de deslizarse por los pasillos. Ruido de pisadas y roces. Alguien con tacones altos produciendo el sonido de un caballo al trote. De nuevo, el espíritu de Leilani salió por su lagrimal y echó un vistazo a la habitación.

Mi hermosa Malia, cabeceando dormida. Qué buena has resultado ser. Pero escúchame, llegará un día en el que lo que hagas o no hagas volverá para atormentarte. Es hora de que le cuentes a Baby Jonah la verdad. Dale a esa niña lo que es suyo. Su padre está esperando a su hija. Pero es orgulloso como tú. Nunca vendrá a por ella hasta que tú se lo digas. ¡Creo que vosotros dos sois unos auténticos idiotas! Ya hablaremos cuando me aparezca ante ti por las noches...

Oh, Diosa Madre. Aquí viene mi Keo. Mi hijo favorito, tan inteligente, con tanto talento. Pero callado. Hay algo en él que me asusta. Un día será un viejo solitario con los calcetines llenos de agujeros. Aunque sea un músico de jazz famoso, ¿y qué? ¿Acaso el jazz te prepara el desayuno? ¿Te calienta los pies? ¿El jazz te da hijos? ‘Auwē! Creo que de todos mis hijos este es el más inclinado al amor. Mira cómo abraza a Baby Jonah. Mira cómo abraza a su padre. Y al crío de DeSoto. Esa Sunny Sung le hizo verdadero daño. Me gustaría ver a esa chica y sacudirla bien fuerte antes de que me muera.

Keo permanecía sentado junto a la cama de su madre durante horas, susurrándole, quedándose luego callado y volviendo después a susurrar. La multitud fue menguando, la gente comenzó a irse a casa. DeSoto despertó a su padre, que dormitaba en un rincón.

—Papá. Es hora de irnos. Volveremos por la mañana, temprano. —Timoteo se inclinó y besó el rostro de Leilani, una vez, y otra, y otra. En su mente, ella le devolvía los besos.

Mi adorado Timoteo. De todos los hombres que me miraban, tú fuiste el que atrajo mi atención. Sabía que esas manos tan grandes serían buenas para cobijarme de la luz del sol. Esos grandes pies con forma de hojas de ñame serían buenos para abrir el camino. Sabía que ese pecho enorme y fuerte sería lo suficientemente ancho para llorar en él. Sabía que me darías un montón de hijos. Lo único que no sabía era que tendríamos que enterrar a tantos de ellos. Nunca supe que la vida nos iría rompiendo hijo tras hijo, año tras año. Que incluso nos arrebatara el orgullo... durante los años de la guerra, cuando no teníamos trabajo, ni siquiera barriendo la funeraria, y no había nadie aparte de nuestra hija para mantenernos. Nuestra hija con la hija de Krash Kapakahi. ¡Sí, querido Timoteo, durante todos estos años he sabido que lo sabías!

Olió el pelo de su marido contra su cara y deseó tocarlo con sus manos. Y, en su mente, lo hizo. En su mente ambos bailaban y realizaban piruetas y eran eternamente jóvenes, sin tener nunca que huir, ni pasaban hambre, ni tenían que enterrar a ningún hijo.

Luego llegó la hora de Hi'iaka, la sanadora, la hermana pequeña de Pele, la diosa del fuego y el volcán. Las mujeres de la familia de Leilani, que guardaban vigilia durante toda la noche, la invocaron. Kēhau Aho dio un paso adelante, escultural *kumu hula*, maestra del baile y cantora de *mele*. Su voz y su rostro eran tan hermosos cuando cantaba que los demás sintieron que todos sus pecados eran lavados.

—Ahora realizaremos el *lāaau lapaaau*, la curación de hierbas, pero primero cantaremos *kāhea*, la oración para la invocación. —Su voz se alzó sobre las otras—. 'O Hi'iaka ke kāula nui, nāna i hana, nāna i pala'au i nā ma'i apau. —(«Hi'iaka, la gran sacerdotisa, ella actúa, ella cura todas las enfermedades.»)

Mientras cantaban en voz baja, frotaban las manos de Leilani con aceite de *kukui*, y también las mejillas. Su cuerpo tenía los ojos cerrados, pero su espíritu observaba y escuchaba.

—Esto es bueno para *ho'oponopono* —susurró Kēhau Aho—. Para restaurar el equilibrio entre el corazón y la mente.

Con sumo cuidado, Kauwealoha Ing vertió agua de mar en la boca de Leilani y en cada uno de sus oídos. Kauwealoha era una mujer atractiva, madre de cinco hijos, campeona de rodeo y adicta en el pasado al juego. Una noche, en Las Vegas, había mirado una baraja de cartas y había visto en ella el rostro de la Diosa Madre, lo que le había hecho coger el primer vuelo de regreso a Honolulu.

—Agua de mar, el jugo original de la Diosa Madre corriendo por nuestras venas. Noventa y siete elementos para limpiar nuestra sangre. —Le dio unos toquitos en los labios con el agua—. Purifica todas las malas palabras que alguna vez fueron pronunciadas o pensadas.

Lauwa'e Desanto retiró las sábanas y frotó con suavidad el pecho de Leilani con polvillo rojo de pimiento chili.

—Sacude el corazón —susurró—. Lo mantendrá latiendo en su viaje de vuelta a casa.

Lauwa'e Desanto había sido Miss Hawái y había quedado finalista de Miss Universo. Sus ojos eran hojas verdes, su rostro parecía una pintura de Gauguin. Incluso ahora que había entrado en los cuarenta, era tan hermosa que los extraños la seguían, como en trance. Cogió los pequeños y fríos pies de Leilani y los frotó con el polvillo de pimiento.

—Nadará en su corriente sanguínea —dijo—. Mantendrá sus pies calientes mientras sigue las huellas de los antiguos.

Eran mujeres unidas por la sangre y la leyenda, que encontraban comunión en los

antiguos ritos. Eso les proporcionaba una doble aura, hacía que su caminar desprendiera una corriente eléctrica. Cuando caminaban juntas por la calle, la gente se apartaba a un lado, como si temiera la declaración de una feroz e implacable verdad hawaiana que fuese a partir el mundo moderno en dos.

Malia colgó parras para impregnar el aire de un olor fragante y embriagador. Colocó alrededor de la cama ramas de eucalipto (el favorito de Leilani) de la zona más alta de Tantalus. Y, por último, engalanó la cabeza de su madre con hojas de ti para que le proporcionasen un viaje seguro a la otra vida.

Las mujeres de su clan empezaron a tocar el ukelele y a cantar «‘Ekolu Mea Nui» («Las tres cosas más grandes»), fundiendo sus voces en *falsetto*. Kēhau Aho, tan alta como era, levantó su voz de tal modo que incluso al otro extremo del pasillo los pacientes se giraban y sonreían dormidos. Malia alzó los brazos en un elegante y solemne baile de los antiguos al tiempo que todas armonizaban sus voces para cantar «Ke Akua Mana E» («Qué maravilloso arte»).

Cantaron canciones sagradas durante horas, con la voz tan profunda y persistente que hasta las enfermeras se paraban a escuchar. Por todo el edificio, los ascensores aminoraban su marcha y las puertas se estremecían hasta quedar entrecerradas. El chorro de agua de las fuentes se interrumpía. E incluso los moribundos hacían una pausa.

Finalmente, Kēhau Aho entonó:

—*E mālama ia Kou makemake*. Hágase su voluntad.

Agotadas, se sentaron y se quedaron dormidas.

En la hora más profunda de la noche, una mujer anciana con un bastón se acercó temblorosa a la puerta. Contempló a las mujeres que roncaban a coro, pasó junto a ellas y depositó su bastón al lado de Leilani. Con dulzura, con mayor dulzura de la que jamás había utilizado para hacer ninguna otra cosa, humedeció un pañuelo en agua y acarició con él los labios febriles y cubiertos de llagas de Leilani. Se inclinó y besó su mejilla hundida. Acercó una silla y se sentó a su lado.

Despertándose, Leilani notó una suave presión, alguien que la acariciaba como si fuera una niña.

... oh, estoy muy cansada. Pronto será hora de hiamoe loa, de dormir eternamente. Timoteo, mi amor, está aquí a mi lado. Viene a decirme adiós.

Su espíritu titubeó, y luego echó un vistazo a través de su lagrimal.

¡Diosa Madre!

Sunny le sostenía la mano y le hablaba en voz baja. Como si tuvieran siglos y siglos por delante. Como si, con el tiempo, todo fuera a tener su explicación.

—... *Amada Leilani, tu cuerpo está muy cansado. Pronto te rendirás, y descansarás. Mi querida madre, Butterfly, me enseñó que nuestro ‘uhane, nuestra alma, tarda nueve días en dejar esta tierra. Así que tienes tiempo para escucharme. Y tengo mucho que contarte.*

En su mente, Leilani gritó. Sunny Sung, la hermosa novia de Keo, su amor roto, había vuelto disfrazada de horrible vieja. La piel de Leilani, todos sus órganos y sus terminaciones nerviosas intentaron retroceder, apartarse de ella.

—*Sé que me maldices. Crees que te robé a tu hijo, que lo forcé a salir de sus islas. Lo único que hice fue abrir puertas, dejarle ver lo que podía llegar a ser... Lo amaba más que a mi vida, pero yo no era suficiente. Él estaba en el borde. Necesitaba respirar y yo le quitaba el oxígeno. Y al final encontré mi propio aliento. Salvar la vida de mi hermana me ofreció la oportunidad de hacer algo importante...*

Sunny habló durante horas y horas, mientras a su espalda las otras mujeres dormían. Habló de París, de cuando recorrió la costa de África y descubrió que llevaba en su vientre a la hija de Keo. Habló de cuando llegó a Shanghái y encontró a su hermana, que le ayudó en el parto. Le contó que intentó sacar a Lili y al bebé y traerlas a Honolulu. Y cómo fracasó estrepitosamente.

—*Keo esperaba que yo volviera con nuestra hija al Hotel Jo-Jo. Nunca volví. Tenía miedo de irme con él dejando atrás a Lili, que moriría sin mí. Por culpa de mi cobardía, sacrifiqué a las dos. A mi hermana y a la pequeña Anahola.*

Con la voz quebrándosele una y otra vez, contó cómo los soldados japoneses barrían Shanghái y metían a las mujeres en camiones. Cómo arrancaban a bebés de los brazos de sus madres y los tiraban por el aire, levantando sus bayonetas.

—*Vi cómo lanzaban a mi pequeña por los aires. Grité, y cerré los ojos para no saber nunca lo que había ocurrido. Para poder verla siempre subiendo por el cielo como un ángel...*

A medida que Sunny hablaba, una lágrima resbaló por la mejilla de Leilani. Se quedó a medio camino, sólida como un trozo de cristal. En voz baja, Sunny habló de su primera «estación de consuelo», en Shanghái. Hombres vapuleándolas, día tras día, noche tras noche. Contó que Lili y ella fueron encerradas en habitaciones separadas. Y que, una noche, Lili fue fusilada. Los soldados no podían soportar la visión de su pie zopo.

—Le dispararon siete veces. La oí morir. Me apoyé contra la pared y le canté hasta que dejó de respirar. Esa fue mi segunda muerte. Después, un día, me sacaron de aquel lugar y me llevaron con muchas otras chicas a barcos militares. Nos enviaron con municiones y suministros al Pacífico. A un lugar llamado... Rabaul.

Le costó una barbaridad pronunciar aquella palabra.

Quizá fuera el tono suave de la voz de Sunny, o tal vez la incomodidad del duro respaldo de su silla, lo que hizo que Malia se agitara en su sueño y cambiara de postura. Al oír el murmullo, se despertó y vio la parte de atrás de una cabeza, un cuerpo envejecido, nadie a quien ella reconociera. Pero había algo familiar en la voz. Se echó hacia delante para escuchar.

—... ¿Cómo llegué aquí después de todos estos años? Un día me di la vuelta, y estaba mirando mi hogar. Algo me atraía. Aún me atrae hacia este lugar. Ahora sigo a Keo, cuidado de él. Aunque él nunca lo sabrá. Como tú, Leilani, nunca lo habrías sabido hasta que una noche oí tu respiración sibilante. Sentí que tu corazón se rompía por la pena. ¿Cómo pude saberlo? Esas cosas vienen a mí. ¿Cómo supe que te habían traído aquí? Solo sé que empecé a caminar. El camino que debía seguir estaba claro ante mis ojos.

Sunny tocó la mejilla de Leilani y sostuvo el diminuto trozo de cristal en su mano.

—A veces solo el asombro nos mantiene con vida. Ahora, te diré que descanses. Ahora que lo sabes todo, podrías perdonarme...

OLA HOU

Resurrección

—¿Quién sabrá nunca lo que fue realmente aquel horror? Fue hace tanto tiempo. Y fue ayer. Ahora solo hay recuerdos. Ya ves, después de sobrevivir, eso es todo lo que queda. Recuerdos. Componer los detalles. Esperando a olvidar...

»Cuando los soldados aliados nos sacaron de las galerías subterráneas, nos dijeron que la guerra había terminado. Yo no lo entendía. Si todo había acabado, ¿por qué seguía viva? Rabaul había sido prácticamente arrasado por las bombas. Los médicos nos despiojaban en enfermerías improvisadas, nos rapaban la cabeza y nos bañaban. Nos pusieron en cuarentena. Los oficiales venían y nos contemplaban a través del cristal, y recuerdo haber pensado en un zoo, en el cuento contado desde el punto de vista del mono.

»Una vez que nos habíamos recuperado en cierto modo, cuando ya no había riesgo de que los infectáramos de tifus, los oficiales se sentaron con nosotras. Hablaban en voz baja, intentando ser amables. Nosotras no les respondíamos. No podíamos, ¿sabes? Pensábamos que nos estaban diciendo que iban a fusilarnos por haber colaborado con los japos. Algunas chicas se habían quedado ciegas. Los médicos decían que no tenían ningún problema en los ojos. Simplemente habían dejado de ver. Habían visto demasiado. Unas cuantas mujeres blancas, holandesas y australianas, sufrieron ataques de nervios. Yo las vi llorar. El sonido de su llanto se me antojaba música herida. Me pregunté qué era lo que quedaba en su interior que les importase tanto...

»Mientras nos recuperábamos, veíamos a prisioneros japoneses bajo el sol abrasador, limpiando las pistas de despegue con cepillos de alambre. Algunos tenían tanta sed que se desmayaban. Para coger agua tenían que correr, beber rápido y volver otra vez corriendo. No se les permitía andar. Muchos murieron de golpes de calor, con la piel llena de ampollas gigantes como burbujas de jabón.

»Cientos de prisioneros de guerra aliados habían sido llevados bajo tierra, a los túneles, y retenidos como rehenes hasta que los japos comprendieron que todo estaba perdido. Ahora los japos estaban encerrados en aquellas mismas celdas, en condiciones propias de bestias, rodeados de inmundicia. Se les obligó a tumbarse en los mismos camastros donde habían fallecido algunos de los prisioneros. Y se les despojó de toda prenda de ropa a excepción de un taparrabos con el que tenían que desfilar día y noche. Los veíamos limpiando las letrinas. Los veíamos siendo pateados y golpeados por soldados aliados.

»Los americanos y australianos estaban ahora cómodamente instalados en los

pocos edificios de oficiales que quedaban en pie. Los mandos militares masticaban chicle y nos miraban fijamente. Algunos parecían aburridos. Habían visto tantas cosas que qué podía importarles un puñado de putas enfermas. Todavía no comprendían que habíamos estado retenidas contra nuestra voluntad, que algunas de las chicas habían sido niñas de once o doce años cuando fueron secuestradas, antes siquiera de que tuvieran su primera menstruación. Aquellos hombres pensaban que nos habíamos ofrecido voluntarias, que éramos prostitutas...

»Unos cuantos de los oficiales incluso coquetearon con chicas que comenzaban a coger peso y parecer algo humanas. Algunas de ellas, temiendo que volverían a violarlas, perdieron la razón. Otras agachábamos la cabeza. Eso confundía a los Aliados. Pensaban que nos avergonzábamos porque Japón había perdido la guerra. Solo cuando las mujeres blancas comenzaron a hablar y a contar lo que nos habían hecho, los oficiales empezaron a sentirse incómodos. Nos interrogaron a todas por separado.

»Cuando llegó mi turno, mis labios se separaron, pero no pude pronunciar palabra alguna. Las visiones hacían que mi lengua pesase toneladas: habitaciones con ganchos en las paredes, chicas colgando del cuello como piezas de caza. Barcos cargados de chicas explotando por los aires para que no hubiera testigos para los Aliados.

»Recordaba cubos bajo la luz del sol, cubos de los que se sacaba agua a cucharadas para verterla sobre el filo de una espada que era una bella reliquia familiar. La espada se alzaba en un amplio arco, como en una órbita alrededor del brillante planeta peludo que era la cabeza de una chica. Al intentar describirlo, articularlo en palabras, babeaba. Alguien me limpió la boca con delicadeza. Alguien me tendió un espejo, diciendo: “Mira lo que han hecho.” Tenía veintiséis años, pero daba la impresión de tener setenta. Volví a intentarlo y lo conté entonces todo, porque ya nada importaba...

»Con el tiempo, los Aliados comprendieron lo que habíamos sido. Estábamos gastadas y rotas. Un día, cuando algunas de nosotras estábamos lo suficientemente fuertes, nos llevaron a un salón dispuesto especialmente para nosotras. Nos sentamos ante mesas con manteles. Había pescado y carne. Verduras y pan. Había vino. Tenedores y cuchillos. Y servilletas. Nos sirvieron comida como si fuéramos humanas. Algunas mujeres se reían estúpidamente, planeando ya su suicidio...

Sunny movió la cabeza, recorriendo con ojos ciegos la habitación de Leilani, sorprendida de poder recordar. Sorprendida por estar aún allí para recordar.

—... Llegaron a Rabaul barcos-hospital llenos de médicos de la Cruz Roja que atendían a prisioneros de guerra Aliados. Había miles de ellos, muchos de los cuales fueron subidos a bordo en camillas. Estaban tan mal que gritaban. Algunos estaban enfermos de beriberi húmedo y tenían las extremidades hinchadas como globos. Algunos estaban ciegos, algunos saltaban con una sola pierna. Nosotras nunca habíamos visto a aquellos prisioneros, y ellos nunca nos habían visto a nosotras, las chicas-pi. Éramos dos horrores mantenidos separados. Pero ellos decían que a veces nos habían oído gritar. Y nosotras habíamos oído cómo los torturaban. Los barcos partieron y llegaron otros para llevarse a más prisioneros.

»Las enfermeras de la Cruz Roja nos bañaban con frecuencia. Nos rociaban una y otra vez con DDT. Luego nos dieron ropa de verdad y cortes de pelo de verdad, y nos entregaron tarjetas de identificación. Nos hacían preguntas sin parar. Un día me senté en una habitación con un oficial de la Armada, mientras su secretaria grababa todo lo que yo decía. Hablé durante horas. Cuando terminé, el hombre se frotó los ojos. Me cogió la mano como si fuera mi padre. “La guerra ha terminado”, dijo. “Has sobrevivido. Ahora puedes olvidar, volver a tu casa, a tu verdadera vida”. Me eché a reír. La vida me parecía insoportable, porque, de repente, lo único real era Rabaul.

»Me acordaba de la pequeña Kim, de cómo nos abrazábamos la una a la otra en la oscuridad, viviendo de nuestra fantasía. ¡Honolulu! ¡París! A veces, desde más allá de nuestro recinto oíamos cantar canciones lastimeras y evocadoras al son de una armónica que nos producía un breve instante de paz. Incluso ahora, de vez en cuando oigo una débil melodía deslizándose sobre la jungla, sobre las vallas de alambre de espino. Y el viento silbando entre las palmeras. Oigo a los jóvenes pilotos kamikazes en su última noche, sollozando, pidiendo tan solo que los abrazasen. Nos escribían poemas y morían. ¿Lo ves? Estoy vinculada para siempre a ese lugar. Estoy grabada en la piedra de Rabaul.

—En nuestro recinto, por las noches, oía silbatos de tren. Ese sonido me hacía llorar, me recordaba el silbato de trenes de caña de azúcar entrando con estruendo en Honolulu durante la cosecha. Le pregunté al oficial americano cómo era posible. ¿Dónde podía haber trenes en la jungla? Dijo que quizá fuesen barcos. O quizá fueran imaginaciones mías. Me habló de una chica que había estado prisionera durante dos años en Filipinas y que había soñado con lo que su madre cocinaba en el horno. Las enfermeras decían que aquella chica olía a flan. Otra chica, encadenada en una jaula de bambú, soñaba con su bebé, al que habían matado con una bayoneta. Cuando los Aliados la liberaron, pesaba treinta y seis kilos. Los huesos de las rodillas y los codos le habían atravesado la piel. Había perdido los

ojos. Sin embargo, cuando la enterraron, los soldados decían que olía a polvos de talco...

Sunny bajó el ritmo mientras frotaba las manos de Leilani. El movimiento le ayudaba a recordar. Leilani tenía los ojos abiertos; la parte blanca estaba tan inmaculada que parecía que los hubieran limpiado desde dentro. Lo que ahora sentía era una pena atroz que daba paso a un amor maternal. A lo largo de su vida había tenido que llorar por dieciséis bebés. Al menos le habían dejado la capacidad de sentirse desolada. Pero a aquella chica que tenía delante se lo habían quitado todo, todo, ni tan siquiera le habían dejado el impulso de seguir viviendo. Volvió a sumergirse en el relato.

—... Un día los policías militares nos metieron en un barco y nos llevaron a un lugar llamado Okinawa. Nos tumbamos en las cubiertas como si fuésemos palos. Hicimos escala en Guam, en Saipán, en Iwo Jima, para recoger a varios centenares más de chicas-esqueleto. Los japoneses habían secuestrado y esclavizado a mujeres por toda Asia y por todo el Pacífico, por todas partes donde su ejército había invadido. Comencé a ver la magnitud de lo ocurrido. Me pregunté qué nos pasaría. Qué más podría pasarnos. En Okinawa, nos pidieron que mirásemos a grupos de oficiales japoneses detrás de unas vallas de alambre. Para identificarlos. Me dijeron que me desmayé, pero lo oí todo. Solo perdí la visión. Me avergonzaba señalar a mis verdugos, me avergonzaba reconocer un rostro entre todos aquellos. Eso es lo que hace la vergüenza, esa era la parte brillante de su plan...

»En Okinawa los hospitales eran inmensos. Los cirujanos tenían experiencia en purgar, extirpar y limpiar cosas enfermas y heridas. Mi útero, por ejemplo. Después me sentí más ligera, llena de aire. Mi compañera de habitación era una chica china de Honolulu, que estaba en la Universidad de Pekín cuando llegaron los japoneses. Hablamos de nuestros úteros como si fuesen viejos bolsos que habíamos dejado olvidados en algún lugar. Allí había también otras mujeres de Honolulu (una misionera, la mujer de un médico) que habían estado prisioneras en campos de China. No intenté encontrarlas. ¿Qué podíamos decirnos las unas a las otras?

»Nos hicieron más pruebas, como si fuéramos ratones de laboratorio. Rayos X, corazón, pulmones, sangre. Nos pusieron otra vez en cuarentena. Los médicos eran amables, pero nosotras recelábamos de ellos, pues aún creíamos que nos dirían que iban a fusilarnos.

»En aquel lugar, Okinawa, fue donde oí a un médico decir que la mayoría de nosotras no sobreviviría. Incluso las que estaban más sanas. Ya nos estaba

enterrando. “La mayoría de estas mujeres”, dijo, “no puede regresar a su pueblo. Sus familias las lapidarían. Especialmente las que fueron secuestradas en Corea, porque la suya es una cultura que exige la virginidad de las mujeres. La voluntad tiene sus límites. Muchas de ellas descubrirán que aquello para lo que han sobrevivido no merece la pena. Esconderse en nuevas ciudades, en nuevos países. No les queda nada, ni familia ni dignidad. Solo enfermedad, deterioro físico y mental. Y recuerdos devastadores. Muchas descubrirán que han vivido lo suficiente. No tendrán ganas de más”.

»Para mí, eso empezó allí en Okinawa. Porque la luz del día me resultaba repulsiva. No estaba acostumbrada a tanta luz. En Rabaul, los barracones estaban en penumbra. Apenas había luz en las letrinas. Incluso en los días más soleados, el follaje de la jungla nos rodeaba. Aquel año infernal en los túneles vivimos a la luz de las velas y el queroseno. Ahora rehuía la luz del sol. Sin embargo, la noche traía consigo a los fantasmas. Se alzaban con una risa que brotaba de mi garganta. Y empecé a entender que era cierto que ya nada importaba. Todo había terminado. ¡Había muerto tantas veces...!

»Mi cuerpo no parecía comprenderlo. Continuaba resistiéndose. Siempre cojeaba a causa del dolor, pero las úlceras de mi piel comenzaron a curarse, y las cicatrices, a desaparecer. Gané un poco de peso. Decidí que si mi cuerpo iba a vivir, me reinventaría a mí misma. ¿Cómo podía volver a Honolulu? Les dije a las autoridades que era coreana, que había vivido en Shanghái, en la Ciudad Vieja. Hablaba el suficiente coreano y el suficiente chino como para convencerlos. Pedí que me repatriasen a Shanghái. Muchas mujeres hicieron lo mismo. Si volvían a su hogar en Seúl o Panmunjom, las apedrearían como a prostitutas. Algunas incluso pidieron que las llevasen a Japón.

»Mientras se arreglaban los documentos necesarios, nos investigaron, y cientos de nosotras fuimos llevadas a la isla de Tokashiki, cerca de Okinawa. Nos metieron en barracones al lado de campos de prisioneros japoneses. Aunque a nosotras no nos llamaban prisioneras, nos mantenían bajo vigilancia. Algunas fueron interrogadas repetidamente, porque se sospechaba que habían colaborado con los japos y se habían convertido en espías.

»Nos mantuvieron detenidas en Tokashiki durante casi un año. Lo llamaban “rehabilitación”. Algunas de las mujeres fueron entrenadas para ser ayudantes de enfermeras o mecanógrafas. Muchas todavía recibían tratamiento contra la sífilis, contra la tuberculosis o contra experimentos químicos y quirúrgicos que los investigadores y médicos japoneses habían realizado en ellas. Seis chicas se suicidaron. Como éramos las únicas mujeres que había allí, los oficiales aliados más jóvenes eligieron a aquellas de nosotras que éramos menos feas y teníamos menos cicatrices. Nos dieron medias de nailon y cosméticos. Nos ofrecieron compasión y

quisieron oír nuestras historias. Nos ofrecieron dinero a cambio de sexo. Las que decían que no eran forzadas. Pero ¿cómo podía una mujer decir no a quienes la habían liberado?

»Puesto que ahora nos proporcionaban alojamiento y comida las fuerzas de ocupación, nos consideraban propiedad de la Base de Operaciones Navales de los Estados Unidos en Okinawa. Ellos eran los vencedores, y nosotras éramos parte del botín. Los guardias comenzaron a entrar en nuestros barracones a todas horas. Cuando algunas ofrecían resistencia, eran golpeadas. Los soldados empezaron a venir. Siempre preguntaban primero, siempre pagaban. Algunos querían sexo, otros solo querían hablar. Eran chicos jóvenes que tenían miedo de volver a sus casas en Estados Unidos. Habían visto demasiada guerra y no encajarían en casa. Yo cerraba los ojos y los abrazaba. Japoneses, americanos, ya no me importaba.

Sunny levantó la mirada. Sus ojos eran como ascuas que buscaban algo más allá de la habitación, más allá de la noche, buscaban a aquella joven a la que ya nadie podía juzgar, una chica a la que no debía perder de vista.

—Un día me trasladaron al Japón ocupado y allí me entregaron una documentación que me permitía «volver a casa en Shanghái». Allí, los Aliados realizaban juicios por crímenes de guerra. Los más importantes eran aquellos contra los oficiales japoneses que habían estado al mando de los campos de prisioneros en las afueras de la ciudad. Nunca se llamó a testificar a las «mujeres consuelo», las chicas-pi, lo que los japoneses llamaban oficialmente jugun ianfu, las miles de mujeres encerradas como esclavas sexuales. Los crímenes realizados contra nosotras fueron borrados.

»Los juicios tenían lugar en todos los países que Japón había invadido. En China, Indonesia, Malasia, las islas del Pacífico. Pero nosotras, supervivientes de las cientos de miles de mujeres mutiladas y asesinadas, nunca fuimos llamadas a testificar. Fuimos las olvidadas, los objetos desechables de la guerra...

»Sorprendentemente, Shanghái volvía a ser la misma de antes de la guerra. Los extranjeros paseaban por el Bund. Había nightclubs y cabarets. Apuestas, opio. Los callejones seguían siendo sórdidos y peligrosos. Continuó así hasta 1949, cuando los comunistas acabaron con todo. Entonces me mudé a Hong Kong y viví en una habitación minúscula, durmiendo todo el día y ocupando las noches en dar clases de inglés y subirme al Star Ferry para recorrer todo el Puerto Victoria de un extremo a otro...

»Una vez seguí a Keo en Hong Kong. Me senté cerca de él en el ferry, y en un

parque de Kowloon donde él hablaba con desconocidos. Estaba buscando a la chica a la que él conocía, a Sunny. La chica que ya llevaba tanto tiempo enterrada...

»Pero me estoy adelantando. Ahora era 1947, había sido “liberada” desde Okinawa a Japón, me habían entregado mis documentos y había ido a Shanghái. En lo profundo de mi corazón estaba el deseo de encontrar a mi hermana y a mi bebé. La esperanza de que, contra toda opción, hubieran sobrevivido. Tenía veintisiete años. El mundo era nuevo. Comenzaría mi vida de nuevo. Pero ¿cómo empieza una desde cero?

»Un día me tomé un té en una terraza soleada. Una casa de té cerca del Puente de los Nueve Giros, en un pequeño lago. A mi alrededor había mujeres jóvenes y soldados. La escena resultaba tierna. Todo el mundo parecía algo avergonzado, sorprendido de que la guerra hubiera terminado y ellos hubieran sobrevivido. Hablaban en diferentes idiomas y se oían muchas risas. Las parejas se marchaban en coches descapotables. Me bebí el té mientras la luz del sol me hacía daño.

»En ese momento, la certeza de estar viva, la certeza de la vida misma, resultó tan clara, tan aplastante que comprendí que ya no poseía la fuerza para ello. Solo me quedaban fuerzas para recordar. Rabaul. Las noches, los años. Había visto a chicas morir y había sentido envidia de ellas. Incluso de aquellas que eran decapitadas. Supongo que pensamos que todas moriríamos. De lo contrario, habría habido muchos más suicidios. Al final, ni siquiera tuvimos la fuerza necesaria para eso...

»En Shanghái no hice amigos. Viví momento a momento, buscando fantasmas. La existencia tenía la extraña y distante agudeza de los sueños. No me encariñé con nada. Salía de las habitaciones que ocupaba dejándolo todo atrás. Atravesaría los años de ese modo, sin atarme a nada. Hasta que un día me di la vuelta, y estaba mirando hacia mi hogar.

»Y aún... pese a todo, pese a todo... hubo un tiempo de belleza que continúa conmigo. Un talismán que froto una y otra vez.

»Fue después de los Aliados, después de las galerías subterráneas, cuando comenzamos a recuperarnos en Rabaul. Un día nos duchamos por primera vez solas, sin médicos ni enfermeras. En duchas limpias, amplias, desinfectadas. Nos desvestimos y entramos lentamente, como hacen los ciegos. Tocamos los azulejos blancos, los grifos blancos. Pastillas enteras de jabón. Nos sentíamos mareadas y nos entraron ganas de divertirnos. Nos pusimos a cantar, con voces patéticas que parecían graznidos. Fue entonces, en aquellas duchas, cuando el amor, la capacidad de amar, renació. Podías verlo en los ojos que miraban fijamente desde nuestros rostros destrozados. Cada una de las mujeres que había allí lo sintió por las demás.

»Nos enjabonamos, nos pusimos champú y nos frotamos con ternura las unas a las otras, como madres. Algunas chicas seguían estando débiles y tenían que

sentarse en el suelo. Las demás las bañamos como a niñas pequeñas. Las sostuvimos para ducharlas, las ayudamos a levantar la cara hacia el chorro de agua, las muñecas. Sus costillas sobresalían como ramas de árboles. Durante ese rato nos olvidamos del mundo exterior. En ese momento (unidas por nuestro sufrimiento, llenas de miedo por encontrarnos ante seres humanos “normales”), fuimos amantes en el sentido más puro.

»Nos abrazamos unas a otras, riendo, llorando, sin necesidad de palabras, ni siquiera de gestos, y sin querer soltarnos. Nos abrazamos en aquellas duchas, con el agua ablandando los cadáveres que había en nuestro interior. Nadie nos conocería nunca tan bien, nadie volvería a entrar en ese lugar, en la habitación silenciosa que había en nuestro interior y en la que cada una de nosotras alojó aquella inmensa sensación que estábamos sintiendo. En muchos sentidos, ninguna de nosotras volvería a amar...

»Después, nos miramos en los espejos. Nuestras piernas parecían cerillas, en nuestros brazos no había musculatura. La cabeza parecía enorme sobre el cuello, que era delgado como el tallo de una flor. Vistas desde atrás parecíamos chicos sin trasero. Desde delante éramos mujeres viejas, con el cabello gris con aspecto de ser una tela de araña. Nuestras calaveras se traslucían como bulbos.

»Después de las duchas, nos tumbamos sobre sábanas limpias. La liberación nos dejó exhaustas. Y en algún lugar en mi interior había un deseo que no podía pronunciar en voz alta, ni siquiera a mí misma: que la ruptura de nuestras vidas podía ser pospuesta por un tiempo. ¿No podíamos vivir un poco más en nuestro mundo propio y único? Había tanto de nuestras vidas, toda nuestra juventud, enterrado en Rabaul. El mundo había cambiado, había seguido adelante sin nosotras. Lo único que nos quedaba éramos nosotras mismas. Todo lo que conocíamos estaba aquí. ¿Cómo podíamos dejarlo tan repentinamente?

Inclinó la cabeza sobre la cama y se quedó ensimismada durante un rato. Una mano, descolorida y temblorosa, se movió hacia ella. La mano de Leilani se posó en la cabeza de Sunny.

—... Sueño con Rabaul. Dependo de ello. ¿Puedes entenderlo? Vallas de alambre de espino a la luz de la luna. Torres de vigilancia. Puertas que chirrían abriéndose para tragarnos. Letrinas hechas de planchas de madera, bajo las que se amontonan los excrementos. Puedo olerlo mientras duermo. Oigo pisadas que corren. Veo luciérnagas entre el pelo tupido de los indígenas que nos miran a través de la alambrada. Nos tiran comida, sostienen a sus bebés en brazos para que los veamos...

»Incluso cuando estoy despierta, por las noches, a veces oigo ruidos y sé que una pitón ha atrapado algún animal, o a un niño. Oigo que alguien agita las sábanas y sé que los murciélagos vuelven a casa al amanecer para descansar. Huelo el moho en las paredes de mi habitación como el vaho de los barracones. Recuerdo cómo, cuando tenía sed, lamía aquellas paredes...

»Sueño con el calor del ecuador, que producía ampollas en la piel. Me despierto con las piernas y los brazos ardiendo. ¡Los sueños pueden ser tan reales! Sueño con las lluvias, las lluvias torrenciales y sin fin de la jungla. Sé que acabarán. Siempre lo hacían. Sé que las estrellas volverán otra vez. Si tan solo pudiera quedarme tumbada, quieta...

KA HULIAU

Punto de inflexión

Keo se sentó ante la tumba de su madre, hundido aún en un abismo de pena. No había nada más que decir y, sin embargo, sus labios se movían apresuradamente, repitiendo y repitiendo. Llevaba visitando la tumba todos los días desde hacía semanas, hasta que estar allí se convirtió en algo tan natural que su mente divagaba y lo mismo podría haber estado jugando a las cartas o practicando con su trompeta. Arrancaba con la mano la hierba, distraído, sin propósito alguno, sin idea de qué hacer a continuación.

Entre lápidas coronadas de guirnaldas de colores chillones, una mujer mayor se mantenía a distancia, vestida de gris. Resguardada bajo las sombras de un árbol, observó cómo Keo se cubría la cara del sol, manteniéndose obstinadamente al corriente de todo cuanto él hacía. Pasó una hora, quizá dos. Keo se incorporó con dificultad y buscó a tientas en su oscuridad interior.

—Mamá, yo tenía sueños. Nunca me dijiste que los sueños envejecen. Me pregunto... ¿qué ocurrirá a partir de ahora? —Movi6 la cabeza en un gesto de negación—. Sigo tocando, pero hay un silencio que no puedo llenar. Todos los sonidos mueren dentro de mí.

Ella se acercó lentamente con su bast6n y mir6 fijamente su cuello inclinado con humildad, su pelo ahora tocado de plata, lo que con el tiempo le otorgar6a cierta distinción. No hab6a estado tan cerca de 6l en casi veinte a6os. La piel oscura, a6n sin arrugas, con el f6sico delgado y bastante musculoso. Continuaba vistiendo de manera elegante, con camisas de seda y pantalones de lino. Todav6a se negaba a ponerse zapatillas de goma, prefer6a los zapatos de cuero. Segu6a habiendo en 6l algo el6ctrico, una especie de tensi6n.

Keo no se percat6 de que ella se aproximaba y se sentaba en la hierba cerca de 6l. Se tumb6 boca abajo sobre la tumba de su madre y se qued6 medio dormido, sin o6r su voz, que habl6 durante un largo rato.

—Keo, cari6o, acu6rdate de la taza de t6. Aunque se vac6e, su concavidad sigue implicando el t6. La esencia persiste. Mientras t6 la recuerdes, ella sigue viva.

»Vendr6n d6as en los que, sin que seas consciente de ello, reunir6s todos tus recuerdos deslavazados y ellos har6n renacer a tu madre. El d6a en el que tu padre y t6 hicisteis esto y aquello con ella. La primera vez que ella y t6 fuisteis solos a la iglesia. Las noches que ella te observaba mientras reconstru6as los percutores de

madera de tu Steinway, esforzándose por entenderte. La primera vez que te oyó tocar la trompeta. El orgullo salvaje que sintió entonces. Esos recuerdos volverán como hijos pródigos.

»Un día te recordarás subiendo por la calle hacia ese garaje, un sendero de árboles llamativos y flores embriagadoras. Recordarás el mantel de hule y los rostros de vecinos queridos compartiendo momentos de diversión bajo los claroscuros de las hojas de los árboles. Siempre te llegará el recuerdo desde la entrada de la calle. Porque tú siempre estarás volviendo a casa desde algún lugar lejano...

»El tiempo será el prisma a través del que distinguirás los rasgos de tus familiares y amigos, y verás los labios de todos ellos moviéndose para hablar en una jerga olvidada. Recordarás las noches en el garaje, la mesa de madera en la que celebraste cumpleaños y santos y confirmaciones. La mesa dispuesta para comidas modestas. Olerás la comida de tu madre, el tabaco de tu padre, el olor a pescado de las redes de DeSoto, los perfumes franceses de Malia.

»Notarás el pellizco de pequeñas lagartijas verdes que te cepillan el pelo, una de ellas cayendo sobre la cabeza de tu hermana, que da un salto y los vecinos se retuercen de la risa. Y, apoyado en la mesa, estará el brazo de tu padre, musculoso, cubierto de venas azules, vuelto hacia la luz de la bombilla desnuda que ilumina el garaje. Llenará un plato con comida para mantenerse ocupado y que nadie vea sus ojos. Tú, su hijo favorito, estás en casa. Abrazarás a tu madre, a tus hermanos, a tu hermana, y luego, casi con pereza, cogerás el plato rebosante de comida de tu padre. Nadie percibirá la mirada que os intercambiéis, el modo en que vuestros ojos se humedezcan y vuestras mandíbulas tiemblen de emoción...

»Y siempre, en el centro, estará tu madre, moviéndose con parsimonia, preciosa. En el lugar reservado para los vecinos, se producirá una sucesión de cambios. Mary Chang se convertirá en Rosie Perez, que se transformará en la señora Palama. El señor Kimuro se convertirá en el señor Silva, y luego en Johnny Huli. Tacky Cruz, el gallo, se convertirá en la mangosta de algún otro vecino, que después será aquel perro llamado Dios que siempre corría hacia atrás. Uno de los hijos de DeSoto se transformará en tu hermano Jonah, y él pasará a ser su tocaya, Baby Jonah, que pasará de niña a jovencita. Todo ese despliegue de transformaciones se repetirá, solapándose y desordenándose, porque así es como recordamos las cosas.

»Pero siempre estará tu madre en el centro de todos tus recuerdos. Y solo cuando los colores y las siluetas y los rostros formen una figura que tú puedas comprender, solo entonces se pulsará un botón y un torrente de sonidos se abrirá paso en voces que canten en jerga. El repiqueteo del hielo en el refrigerador de DeSoto, alguien rasgando una guitarra. Los sonidos fluirán, y luego volverán como sonidos diferentes. La gente será entonces más vieja, y recordará a otra gente entre risas y

lloros. Una docena de voces ahogando la tuya, una docena de corazones latiendo por encima del tuyo. Un centenar de puertas abriéndose de par en par, con los susurros y los suspiros de los vivos.

»Y más allá de tu calle, Keo, habrá otras calles. Calles y avenidas. Y por encima de ellas, y por detrás, rodeándolas, estará el mar, la madre de todo, chocando y desafiando, destruyendo y renaciendo. Celebrando todo lo que nosotros entendemos como vida...

Keo seguía dormido, escuchando solo a medias aquella voz suave y solemne. Más tarde, mucho más tarde, pensaría que las palabras de ella las había pronunciado en realidad él, que los pensamientos de ella eran los de él, y eso le otorgaría una cierta paz. Sunny se quedó un rato allí sentada, con una leve sonrisa. Mantuvo su mano flotando en el aire sobre la cabeza de Keo durante un instante, lo suficientemente cerca para recordar. Luego se marchó cojeando.

En Waikiki, las bandas imitaban a Elvis Presley. Chubby Checker había llegado y la gente bailaba al ritmo frenético de algo llamado twist. En el Swing Club, los aficionados al jazz aparecían y desaparecían como la marea: una noche el local estaba lleno y a la siguiente apenas había cuatro mesas ocupadas. De vez en cuando, Keo y Endo ahogaban sus frustraciones en ron.

—Podrías alternar —dijo Endo—. Una actuación de jazz, y una de rock and roll. Keo negó con la cabeza.

—No tengo oído para eso. Ni estómago. —Rellenó los vasos—. Tal vez sea eso lo que nos pasa. Melancolía. Estamos hechos estrictamente para el jazz.

Mientras hablaban, Keo estudiaba a Endo, su cara azul y triste, aquellos ojos de forma extraña que le daban el aspecto de estar llorando educadamente. En aquel último año había comenzado a temblar y se quejaba de terribles dolores de cabeza. Había días en los que parecía estar borracho cuando no lo estaba. Le fallaba la coordinación. Keo se preguntaba si tendría problemas de oído. Algunas noches, cuando Endo se unía a la banda, nadie sabía qué estaba tocando. No sonaba a jazz. No sonaba a nada. Su piel era ahora de un azul más oscuro, y las uñas de sus dedos se habían vuelto casi negras.

En las últimas semanas Keo no había pasado nada de tiempo con él, a causa primero de la muerte de su sobrino y luego de su madre. Había ocupado el tiempo con su padre y con DeSoto.

—Lo siento, tío. Todo este asunto familiar... La pena hace enloquecer a las personas.

—Lo entiendo. —Incluso la voz de Endo había cambiado, ahora áspera y chirriante—. Cuando descubrí que mi familia... Tokio reducido a cenizas... Creo que perdí el juicio por completo.

Ya habían tocado aquel tema anteriormente, pues Keo esperaba que hablar sobre ello pudiera ayudar a su amigo.

—¿Recuerdas el momento de la rendición, del día de la victoria sobre Japón?

Endo negó con la cabeza.

—Recuerdo la jungla...

—Quizá no debemos recordar. Yo olvidé durante meses, y luego, una noche, me desperté gritando y haciendo con mis manos el gesto de ahogar a alguien. Otro tipo al que asfixié, cubriéndole la cara con una almohada y sentándome encima... lo siento luchando bajo mi trasero. —Se estremeció y dio un nuevo trago de ron.

—Al menos tú tienes recuerdos —dijo Endo.

—Si pudiera averiguar qué le ocurrió a Sunny. Aunque esté muerta. ¿No te acuerdas de ella en París?

—Lo siento —negó Endo—. Apenas puedo recordar nada.

—Hace unos años me enteré de que podría haber sido secuestrada en Shanghái. Por los soldados japoneses.

Endo asintió lentamente.

—En todas las guerras hay mujeres utilizadas para eso. Todos los ejércitos lo hacen, los Aliados, los japoneses, los mongoles hace mil años.

—¿Vosotros teníais a mujeres secuestradas en la jungla?

—Eh... sí. Teníamos a miles y miles de hombres, imagínate. Había mujeres encerradas en barracones, en cabañas, incluso en hoteles.

—¿Recuerdas algunos nombres? ¿Sus nacionalidades?

La mirada de Endo atravesó a Keo.

—Se les daban nombres japoneses. ¿Sus nacionalidades? Había demasiadas. Puede que estuviera con una o dos de ellas. Para aliviarme, ¿entiendes? Ya sabía entonces que estábamos perdiendo la guerra. Después de lo de Midway, estábamos acabados. Saberlo me estaba matando. —Hundió el rostro entre las manos—. Cumplí las órdenes, envié a miles de hombres jóvenes a la muerte. ¡Eran sacrificios, todos ellos! Los chacales que organizaban nuestra guerra no permitían que nos rindiésemos. Le mentían a Hirohito, nuestro emperador. Él creía que estábamos ganando. Sacrificaron a millones de muchachos por toda Asia y por todo el Pacífico. ¡Mataron a mis padres, los mataron a todos!

Se balanceó de lado a lado, intentando abrirse a sí mismo en canal para dejar escapar un lamento.

Un poco borracho, Keo le pasó el brazo por los hombros.

—Eh, vamos a relajarnos. Tomémonos unos días libres. Podemos salir de pesca

con la canoa de DeSoto...

—¡El mar no! —exclamó Endo—. Me horroriza. Veo barcos bombardeados. Cadáveres hirviendo en sangre.

Keo se quedó un momento pensando y luego sugirió:

—¿Qué tal si vamos de caza a los Ko'olaus? Un buen jabalí, ahora es temporada de caza. No hay lluvias, ni aludes de barro. Por eso pueden verse tantos camiones con cabezas de cerdo sobre la capota.

Endo recobró la compostura.

—Mi tío Yasunari y yo solíamos ir a cazar patos y faisanes. Marchábamos al amanecer, oliendo a cuero y armados con rifles. Eso me gustaría, Keo, si tienes tiempo para hacerlo.

Un día, antes del amanecer, con la furgoneta de un primo y dos perros de caza, se encaminaron hacia las junglas de los Montes Ko'olaus, que separaban Honolulu de la costa de barlovento de O'ahu. La carretera de Pali era traicionera, consistía en dos carriles estrechos que recorrían una serie de curvas con forma de horquilla y hacían equilibrios sobre el borde de precipicios de casi mil metros de altura. Se había comenzado ya a proyectar el túnel de Pali, que cortaba a través del corazón de los Ko'olaus y convertiría en obsoleta la carretera de los precipicios. Pero incluso ahora había veces en las que las rocas de algún desprendimiento caían sobre el capó de los coches que pasaban por allí.

Girando y zigzagueando montaña arriba, Keo encontró el desvío que los llevó hacia el interior de la jungla. Aparcó la furgoneta y se adentraron a pie en el territorio de los jabalíes. Un kilómetro y medio más adelante penetraban en densos bosques tropicales, bajo doseles de gigantescos jabíes y bojés. Keo iba señalando árboles que tenían vital importancia para los antiguos hawaianos: *koa*, con los que se fabricaban los cascos de las grandes embarcaciones con las que cruzaban el océano; *hau*, de los que se obtenía la madera utilizada tradicionalmente para el estabilizador de las canoas; el árbol del pan, cuya savia servía, junto con la fibra de coco, para el calafateo final de las canoas.

A medida que la jungla se espesaba, Endo empezó a girar en círculos, sintiendo que algo le tocaba en la espalda.

Keo le sonrió.

—Son *akua* juguetones. Espíritus.

Tres kilómetros más adelante, descubrieron una panorámica de la vertiente opuesta de los Ko'olaus. La cara del Pali, el enorme precipicio de color de jade que se extendía a lo largo de más de treinta kilómetros en la costa de barlovento de O'ahu, estaba rasgada por los surcos de pequeñas cataratas de agua de la lluvia. Hacía una eternidad, el oleaje había creado aquella muralla casi vertical. Después, cuando el mar se fue retirando, la roca volcánica del fondo del valle se desgastó hasta quedar

reducida a tierra. Con el paso de los siglos, el valle se había extendido como una exuberante alfombra verde que cubría kilómetros y kilómetros, un vasto anfiteatro para las vértebras dentadas de los Ko'olau. Más allá quedaba el mar agitado.

—Qué belleza más violenta —jadeó Endo.

De algún lugar brotó el chillido de un jabalí. Avanzaron lentamente. La niebla lo cubría todo con una mortaja de gasa, dibujando oscuras siluetas de árboles, emborronando los bordes de las rocas en los arroyos. En una penumbra inquietante, los búhos alzaban el vuelo desde las ramas, planeando sin emitir el menor ruido. La luz cambió de una tonalidad índigo a otra violeta, y luego incendió los árboles en feroces tapices de amanecer.

Los perros habían desaparecido, siguiendo el rastro en silencio. Solo cuando arrinconaran a algún jabalí comenzarían a ladrar.

—Entonces corre —dijo Keo—. Y sigue corriendo hasta que llegues hasta ellos. Si es una marrana, no hay demasiado peligro. Pero un jabalí puede rajar a un perro en canal con un mordisco de sus colmillos. Los otros no pararán de venir, enloquecidos. Mira, ¿ves lo que pueden hacer los colmillos?

Había arañazos y señales de rasguños en las bases de los árboles y en pedazos del suelo del bosque, donde los cerdos habían encontrado succulentas raíces. Nada más pasar uno de ellos, Keo echó de pronto a correr. Endo le siguió, oyendo sonidos de la jungla que lo confundían y le hacían pensar que se encontraba de nuevo en 1942.

Se puso a girar en círculos. Mi espada. ¿Dónde está mi espada? Tiene que estar cerca.

Los perros habían arrinconado una marrana salvaje en el lecho serpenteante de un riachuelo. Endo llegó al lugar varios minutos después de Keo, con los pulmones a punto de estallar y las piernas empezando a fallarle. El viento cambió de dirección, haciendo que una hoja gigantesca se descolgase y, al mirar hacia delante, Endo tuvo la impresión de que Keo no tenía cabeza. Gritó. La hoja se meció con el viento y Endo volvió a ver la cabeza conectada al cuerpo.

Pero en ese preciso instante las imágenes surgieron en su mente. El sol emitiendo destellos en un cubo de metal del que sacaba cucharadas de agua y la vertía en ambos lados del filo de mi espada. La espada se alza en un arco elegante. Noto el olor a sangre. Alguien limpia el filo... Al recordarlo, se tambalea.

La marrana chillona había retrocedido a una zanja, manteniendo a distancia a los perros enfervorizados. Keo trepó a un árbol y le disparó directamente detrás de la oreja. El animal se estremeció, rociando excrementos, y acto seguido se desplomó. Endo sintió un escalofrío, y al mismo tiempo una punzada de excitación. Se arrodilló y quedó mirando fijamente el grueso cuello de la marrana. ¡Con qué limpieza y con qué facilidad, de un solo golpe, podría cortarse la cabeza del cuerpo! Sus ojos fueron con rapidez hacia los perros. Tenían el cuello corto, y horrible; resultaría difícil hacer

que se mantuviesen quietos. Pero, con mi espada, la ejecución sería inmaculada... No quería mirar el cuello de Keo.

Se irguió con un aire casi formal.

—Bien hecho. Una bala. Como debe ser.

Los perros se dispersaron en busca de otro cerdo. Los dos hombres se sentaron a descansar, y Keo describió las agresivas pezuñas de los jabalíes, pero Endo no le escuchaba.

... Era un verdadero maestro. Dicen que lo convertí en un auténtico arte. Podía echar un rápido vistazo a una multitud y en cuestión de cinco segundos ya sabía quién tenía el mejor cuello. Quién tenía una constitución carnosa que podría echar a perder la ejecución...

Más tarde, sostuvo el cuerpo sin vida del animal mientras Keo lo limpiaba y preparaba. La sangre no le provocó ninguna excitación. El momento de la muerte ya había pasado. Arrodillado junto a la marrana, su mente comenzó a divagar, a recordar cosas. O las cosas le recordaban a él.

Después, me quedaba siempre ensimismado durante horas. Podía quemarme los brazos con cerillas. Una vez, tras haber decapitado a alguien, hubo un bombardeo; me hirió la metralla, pero ni siquiera lo noté. La vez que decapité a seis nativas una detrás de otra, fue como un ballet. Luego me metí descalzo en aquel nido de escorpiones. Se volvieron locos, me picaron sin parar, y no sentí nada. ¡Nada! Estaba tan excitado que era inmune a su veneno. Los escorpiones se encogían y morían a causa de la adrenalina que habían absorbido de mi cuerpo. ¿Once años? ¿Doce? ¿Por qué lo estoy recordando?

Oyeron otra vez los aullidos de los perros. Dejaron el cuerpo de la marrana colgado de un árbol y corrieron a través de arbustos llenos de espinas que les cubrieron de arañazos los brazos y la cara. Esta vez los perros habían acorralado a un enorme jabalí joven, de más de ciento veinte kilos de peso, con los colmillos brillantes y unas pezuñas gigantescas. Solo la velocidad de Keo los salvó. Disparó repetidamente al aire hasta que los perros se echaron hacia atrás.

—El olor de la sangre los vuelve locos. Están tan colocados que no se enterarían si el jabalí los atravesase con sus colmillos.

El tiempo pareció congelarse, y también el jabalí. Durante un instante, giró la cabeza como enloquecido, y Endo vio que el pelaje afilado como cuchillas se abría para dejar al descubierto la carne rosada que había debajo. Un buen cuello. Sería fácil. Un corte rápido...

El disparo levantó al animal por los aires. Aterrizó con un gruñido, herido en el hombro. Keo soltó una maldición y volvió a dispararle entre los ojos. Fue un mal disparo, que le destrozó la cabeza. Los dos se dejaron caer al suelo, agotados, mientras los perros lamían la sangre. Keo se percató de que ambos tenían una

erección. ¿Por qué los seres vivos hacían ese tipo de cosas en las mismas narices de la muerte? Con los sentidos tan emocionados, la sangre hinchaba el miembro viril. Su mente empezó a divagar, pensando cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se había sentido así, desde la última vez que había sentido una pasión y un deseo tan profundos.

Levantó la mirada algo cohibido, como si su compañero pudiera leerle la mente. Entonces recordó que se trataba del cara-azul de Endo, a quien probablemente nada podía escandalizar. Sospechó que Endo había visto demasiados cuerpos en diversos contextos (torturados, moribundos, inertes) y que su única respuesta ante el cuerpo humano era la del aburrimiento. Lo recordó con hermosas chicas de París y cómo ellas adoraban sus modales corteses. Ahora daba la impresión de que apenas registraba la presencia de mujeres.

¿Quién nos hizo esto? se preguntó Keo. ¿Quién nos dejó prácticamente muertos?

—Endo. ¿Tienes alguna mujer, aquí en Honolulu?

Endo bajó la mirada, avergonzado.

—A veces me voy con prostitutas. Solo para aliviarme. Lo intento, pero no siento nada. Solo puedo sentir cuando toco el saxofón. El jazz, nuestra manera de tocar, la manera antigua, pura, me devuelve a la inocencia. —Meneó la cabeza y añadió—: Sea lo que sea lo que tocaba en el pasado, me estoy quedando sin ello.

Mientras contemplaban a los perros dando lametazos a la sangre, hablaron hasta que les pareció que habían alcanzado el corazón de las cosas. Un corazón que resultó ser falso, pues ciertas cosas quedaron sin decirse. El hecho de que Endo estaba esperando a morir. Aunque en el pasado había sido el enemigo, ahora Keo veía su dolor como algo ennoblecedor y austero.

Los dos somos cáscaras vacías. Sin amor, sin hijos. Excepto que a él le despojaron de la juventud para que sirviera a su emperador. Yo solo estaba buscando a una chica.

—Endo... ¿alguna vez piensas en el suicidio?

El aludido se rio por lo bajo.

—No es necesario. Lo único que tengo que hacer es esperar. —Señaló su cara azulada y sus uñas ennegrecidas—. Es realmente aburrida, la muerte. Hay que avanzar muy despacio hacia ella.

—Has estado viendo a especialistas, ¿no pueden ayudarte?

—Quieren ponerme en observación, como un conejillo de indias. No me quedan sentimientos para donar a la ciencia. Mi único miedo es que la locura me sobrevenga antes que la muerte.

Se incorporaron y se enfrascaron en la ardua tarea de limpiar y preparar el jabalí. Dejaron la marrana colgada del árbol para que la recogieran los primos de Keo y ellos arrastraron el macho por pendientes llenas de guayaba, deslizándose por quebradas

resbaladizas. Llegaron a la furgoneta ya con la penumbra del atardecer, y envolvieron el cuerpo del animal con trapos y lona y cuerdas. Keo le dio un toque con su rifle a cada perro en el hocico, para recordarles que el jabalí era *kapu*. Les dio cuencos con agua de un arroyo y los acarició con vigor por el trabajo de primera clase que habían realizado.

Cuando ya oscurecía, los envolvió una densa niebla. Era como conducir cegado por la nieve. En dos ocasiones, Keo se vio obligado a frenar y tocar el claxon ante lo que parecían ser espectros surgiendo ante los focos del vehículo. Un arbusto blanquecino cayó sobre el capó y estuvo a punto de romper el parabrisas.

—¡Aaah! ¿Qué es eso? —gritó Endo.

—Espíritus rabiosos. Estamos conduciendo por Pali Road con un cerdo. ¡Es tabú!

En el exterior se oyó un chillido. Hasta los perros aullaban aterrorizados. Keo detuvo la furgoneta, se apeó y levantó las manos, mirando hacia el cielo y poniéndose a cantar:

—*Noi e kala'ia! Ho'okāmakamaka! Kala mai! Kala mai!*

Repitió aquel cántico una y otra vez hasta que los espíritus se retiraron y la carretera recuperó algo de visibilidad.

—*Kala mai* —dijo Endo—. ¿Qué significa?

—Es una súplica para obtener el perdón.

Figuras decapitadas que flotaban a la deriva acechaban a Endo en sus sueños. Nativos de Papúa con su atuendo tradicional, chicas-pi vestidas con harapos. Sus botas de camuflaje. Su espada estaba manchada de rojo. Comenzó a tener miedo a quedarse dormido, incluso a la escasez de luz.

A veces se despertaba y se descubría de pie, en la posición de ir a realizar el golpe de gracia sobre una víctima arrodillada. Se quedaba quieto, con las piernas separadas. Levantaba su espada y dibujaba el elegante arco con que casi le alcanzaba el éxtasis. Pero en ocasiones se producía algo que lo avergonzaba. Un error. Un hombro cortado como un cuarto de luna. Un pulmón flotando como una nube. Ahora las cabezas que había cortado en el pasado pasaban ante sus ojos. Una sonreía. Otra le guiñaba un ojo. Endo se incorporaba de un salto, gritando. Hasta la luna llena parecía sonreírle.

Los hoteles lo echaban de malas maneras. Cada vez que algún encargado se plantaba ante él en un pasillo sombrío y le gritaba que se marchase, Endo analizaba el cuello del tipo. Comenzó a fundirse con la muchedumbre para contemplar el espacio libre entre el nacimiento del pelo de cualquier desconocido y sus hombros.

... *Ese cuello sería fácil de cortar. ¡Pa! ¡Pa! No haría falta casi esfuerzo. Ese cuello es demasiado delgado, verdadero shakuhachi, como un clarinete de bambú. Ese cuello es realmente terrible, tiene demasiada grasa. No sería un corte limpio, la*

espada quería enganchada en la doble papada...

Algunas noches se ponía en cuclillas junto a su ventana y oía los bombarderos aliados aproximándose a Rabaul. Se escondía en un armario. Y cuando salía se encontraba ante una corte militar que lo juzgaba por crímenes de guerra. Años perdidos, transiciones perdidas. Una noche se despertó y estaba de rodillas, restregándose las manos. Había soñado con los túneles, un tiempo que nunca hasta entonces había sido capaz de recordar.

... Cuerpos acribillados por la metralla. No había lugar donde ponerlos, ni donde enterrarlos. Se abrían agujeros en las paredes de arcilla. Nichos para los muertos vivientes. Los oficiales planeaban su suicidio. Sexo frenético con chicas que estaban encerradas como animales. Reclutas sodomizando a otros reclutas...

Y durante todo ese tiempo, a mi lado, atada a mí, un talismán, una chica harapienta. Debilidad, hedor, enfermedad. ¿Quién era esa chica que permanecía atada a mí? Como si fuéramos dos montones de polvo unidos. Quizás esa sea la manera de salir de una guerra. Con alguien a quien abrazar, a quien aferrarse, aunque no sea más que huesos. Los huesos pueden ser algo tan limpio, tan específico.

Y muy dentro de mí, siempre ese golpeteo de información. El filo brillante de mi espada contra su cuello. Pero los dos estábamos tan débiles a causa de la inhalación de gas que no podíamos hacer otra cosa que permanecer allí tumbados, intachables. Sin embargo, ¿con qué empeño intentó ella morir! Levantó mi espada con sus manos reducidas a huesos frágiles. ¿Quién? ¿Quién era? Nombre. Tenía un nombre...

Durante todos aquellos años había deseado que la muerte acabase con los malos recuerdos. Ahora despertaba cada día de sus pesadillas como un animal despellejado, con los músculos y los tendones temblando, con todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo en estado de alerta. Su piel se volvía cada vez de un tono jacaranda más oscuro.

Recorría las calles de Honolulu de lado, manteniendo la espalda contra la pared. Un día, frente a una barbería, sufrió un ataque. Se convulsionó, empezó a agitarse violentamente, emitiendo extraños sonidos, y luego se quedó rígido y perdió el conocimiento. Unos desconocidos lo tumbaron sobre la hierba, creyendo que era epiléptico. Cuando despertó se sentía agotado y profundamente confundido.

Después de un rato, caminó lentamente hacia su casa, con la sensación de que alguien le seguía. Le pareció oír el golpeteo de un bastón. Creyó reconocer un aroma. Se volvió, pero no había nadie. Solo el olor, un olor extremo, anormal, como a

herrumbre. O a depósitos de arcilla.

HO‘OIKAIKA

Reunir fuerzas

Permaneció un momento bajo la palidez matinal, luego levantó las persianas y de golpe la habitación quedó invadida por la luz. Siempre le emocionaba aquella capacidad de transformar las cosas. Tanto los objetos como el entorno. Enchufó la Singer y sintió cómo cobraba vida. Enseguida estaría castañeteando, conectando puntos, como una llamarada extendiéndose por la hierba.

Últimamente la máquina y ella parecían enzarzadas en una furiosa competición. Su mente y el zumbido de la Singer iban de la mano. A veces se pinchaba en el dedo y sangraba. Un poco de zumo para avivar el fuego, y la tela daba la impresión de chisporrotear. Ahora Malia se echó para atrás en la silla, sujetando el cuello de la máquina como si pretendiera detener a una bestia. La aguja se había puesto en marcha y cosió una palabra en el interior de una costura. KAPAKAHI.

—Sé su nombre. Eso no voy a olvidarlo.

Osborn Kuahi *Krash* Kapakahi. Recordó cómo había regresado de la guerra cargado de planes. Iba a sacarse un título. Iba a estudiar derecho. Iba a conseguir esto y aquello. Él. Él. Él. Sus palabras habían hecho que la sangre de Malia hirviera. Tan macho. Tan pagado de sí mismo. Pues bien, ella también había conseguido algo por sí misma. Se había quedado con lo mejor de él, la niña. Y no había retrocedido ni un centímetro.

Así que ¿qué importaba si durante meses y años su cama no había tenido que soportar el peso de nadie ni nada aparte de sus costillas, envueltas en lino blanco? ¿Y qué si a veces la soledad la llevaba a acariciar aquellas costillas, a frotarlas con aceite de *kukui* y de galán de noche y luego pasarlas por sus caderas? Y más aún, ¿qué si en ocasiones el deseo guiaba sus dedos a adentrarse en su propio cuerpo, sosteniendo las costillas contra los espasmos? Sollozando cuando alcanzaba el orgasmo. Las costillas eran huesos, y los huesos permanecían en casa. Podía confiarse en ellos.

Ahora algunas noches se despertaba de sopetón y sentía que *Krash* estaba soñando con ella, tirando de ella para atraerla hacia su propio sueño. Malia se sentaba en la oscuridad, oliendo la piel salada y oceánica de *Krash*, sintiendo sus labios humedeciendo sus muslos, los dedos de él extendiéndose por ella como una estrella de mar. Cogía un mango y recordaba el modo en que él los pelaba, formando una larga y resbaladiza espiral que se asemejaba a un dedo que estuviera llamándola por señas, «ven aquí». El modo en que *Krash* había deslizado sus dedos en la boca de ella para darle de comer un poco de ñame. Cómo le recordaban las ciruelas maduras el color oscuro de su sexo. Hasta los libros ralentizaban el ritmo de su respiración. El

paso de una página a otra, el modo en que él le había permitido que lo mirase mientras leía. Algo tan privado como eso.

Cuando Krash se fue al continente a estudiar derecho, Malia se cerró como se cierra un ojo. Y cuando oyó decir que se había casado con una *haole*, se quedó sumida en la oscuridad, rota en pedazos. Solo Keo conocía su dolor: un día la vio en el centro de la ciudad, arreglada, pero con los zapatos desparejados. Pasaron varios años, su hija creció y ella se fue haciendo mayor, una medio viviendo, la otra medio observando. Ahora Krash estaba de vuelta, y Malia se prometió a sí misma que no le dejaría entrometerse en sus vidas cuando le viniera en gana.

Entonces una vieja con bastón surgió de la nada y se presentó junto a la cama de Leilani. Lo que Malia había visto y escuchado aquella noche la atormentaba. Se convenció a sí misma de que lo había soñado, pero la imagen de la vieja permanecía tosiendo en las sombras. Por la noche observaba a Keo durmiendo y sentía deseos de despertarlo y contárselo. Cada vez que se arrodillaba a su lado, intentando empezar, notaba que la lengua se le hinchaba y no podía hablar.

Fue a una tienda y examinó varios mapas. Allí, en lo profundo del Pacífico, al norte de Guadalcanal: RABAUL. Un escalofrío recorrió su espalda. El vello se le puso de punta en la nuca. Un día la Singer se puso en marcha por voluntad propia, inscribiendo el nombre en el interior de una pinza. SUNNY SUNG. Malia se estremeció al recordar el delicado kimono que le había regalado a Pono. Recordó el viejo rostro extrañamente familiar que había visto bordado en su espalda. Era el rostro de SUNNY SUNG.

Aquella noche, en la habitación donde Leilani iba a morir, Sunny había hablado durante horas. Lo que Malia había aprendido en esa noche terrible era lo que la vida podía hacerle a una mujer, incluso a una mujer privilegiada, provista de ciertas protecciones. Vio hasta qué punto una hembra necesitaba guardianes que la protegieran. Se dio cuenta de lo mucho que Baby Jonah necesitaba a su padre.

Se sentó para escuchar los ronquidos de su hija. Sonrió. Su pequeña *kānaka*, cuya sangre menstrual ya la dirigía hacia la vida adulta. Ahora tocó el pie de la niña, trazando el meticuloso arco que formaba, igual que un arco verdadero, uno que podría destruirla. Todavía era torpe, algo regordeta, pero incluso mientras dormía su boca parecía expresar un desafío. Malia le apretó con cariño el dedo gordo.

—¿Qué pa...? —Baby Jonah se incorporó, alarmada.

—Escucha, Baby Jo —dijo Malia, y comenzó a llorar—. Vas a odiarme. Pero quizás algún día me querrás también.

Asustada, la chiquilla se cubrió con la sábana hasta los hombros.

—Yo soy... tu madre. Sí. Yo te parí. Ahora te reclamo. Castígame un poco, no demasiado. La vida ya se ha encargado de eso.

Al otro lado del pasillo Keo se giró en su sueño y gimió. Frunció el ceño, soñando

con Baby Jonah.

Soñó que ella lloraba en la oscuridad.

—¡Dime quién es mi padre!

Y soñó que la oscuridad le respondía:

—Tiempo... Necesito un poco de tiempo.

Keo vio a su viejo amigo Krash recorriendo toda la isla para hablar con miles de personas y decirles que podían reclamar sus tierras. Tierras que les habían robado cuando el archipiélago fue tomado y anexionado en la década de 1890. En momentos como ese, Keo pensaba en Baby Jonah y se preguntaba cuándo se decidiría Krash a reclamar a su hija. Nunca habían llegado a hablar del tema, siempre lo habían evitado hasta que su matrimonio llegó a su fin.

—¿Cuándo vas a hablar con ella? —le preguntó—. Como el hombre que yo sé que eres.

Krash le dirigió una mirada llena de orgullo.

—¿Alguna vez me has visto suplicar?

—Maldita sea. Soy yo el que te está suplicando. ¡Malia y tú, los dos sois personas realmente crueles! Os ponéis a jugar a ver quién es más egoísta mientras vuestra hija crece sin padre.

—¿Y qué puedo hacer? Esa *wahine* es jodidamente orgullosa. Aún quiere casarse con un *haole*.

—¡No, no! —gritó Keo—. Podría haberlo hecho una veintena de veces. Un magnate inmobiliario *haole* trató de cortejarla, todo de muy buenas maneras, pero ella le dijo que se fuera a hacer gárgaras, que se casaría con él cuando les devolviera a los hawaianos sus tierras.

Krash sonrió.

—Sigue teniendo agallas. Pero ¿no me irás a decir que ha estado sola todo este tiempo?

—No hay nadie. Lo juro. Ha visto crecer a Baby Jo, y se ha dado cuenta de que lo que tenía contigo probablemente era lo mejor. Solo ocurre una vez en la vida. Créeme.

Krash sintió la punzada de antiguos rencores.

—Volví de la guerra y me dijeron que esa niña era la hermana *hānai* de Malia. ¡Joder! ¿Cómo crees que me sentó eso? Mis rasgos están escritos por todo su cuerpo. Incluso se mueve como yo al caminar. Pero lo cierto es que Malia no quería aceptar que había tenido un hijo con un *kanaka*.

—Así que te fuiste y te casaste con una *haole*.

—Hice lo que hice.

Keo meneó la cabeza y dijo:

—Lo divertido de todo esto es que tú eres probablemente el único hombre que podría hacer feliz a mi hermana. La tuviste siempre en guardia.

—Algunas mujeres no quieren felicidad, Keo. Van en busca de algo distinto.

—¿De qué?

—No estoy seguro. Coge a un hombre con orgullo, querrá construir cosas, controlarlas. Coge a una auténtica mujer orgullosa, y lo que quiere es meterse bajo la piel de las cosas, descubrir qué es lo que funciona y lo que no, qué es lo que necesita para que las generaciones sigan adelante.

—Lo único que yo sé es que los dos juntos podríais darle una vida a esa chica. Todo eso del orgullo... me dais los dos náuseas.

Algunas noches Krash se sentaba solo, preguntándose cuánto orgullo bastaba. Cuánto era ya demasiado. Mientras luchaba en el extranjero, había visto a soldados blancos inflados de arrogancia y orgullo. Y había visto a blancos sin la menor pizca de orgullo. Realizaban trabajos de poca categoría y saludaban humildemente a sus mandos. De ese modo se había dado cuenta de que no siempre los blancos eran superiores. Él era tan intrépido y valiente como ellos. Igual de inteligente, y a menudo más.

A finales de los años cuarenta, mientras estudiaba, había solicitado plaza en diversas facultades de derecho del continente, una detrás de otra, hasta que lo aceptaron en la Universidad de Chicago dentro de un cupo reservado para estudiantes extranjeros, a pesar de que Hawái era territorio estadounidense y no «extranjero». Los estudios resultaron agotadores; había noches en las que pensaba que no lo conseguiría, que se enfrentaba a mentes superiores a la suya. Pero luego pensaba: ¿Superiores a mí? ¿Por qué? Eso le hizo esforzarse aún más, por sí mismo, por toda su raza.

Recibió los ánimos de profesores que habían sido abogados laboristas y eran conscientes de la escalada de problemas relacionados con el trabajo en Hawái y la llegada de los sindicatos a las plantaciones de azúcar y piña. Aquellos hombres le enseñaron cómo armarse contra mentes agudas, cuándo avanzar, cuándo retroceder. Entre estudiantes brillantes, aprendió a permanecer callado, y escuchando y absorbiendo lo que los otros decían.

La hermana de un compañero de clase se enamoró de él, atraída por su cuerpo atlético, por su rostro atractivo y áspero de rasgos polinesios, y por algo más profundo y más fascinante: su inmensa voluntad de triunfar. Los lánguidos movimientos de ella, sus ojos de un marrón líquido, sus labios gruesos que tendían a esbozar un mohín, le resultaron también atractivos a Krash, pues le recordaban a Malia Meahuna. Su nombre era Vivian. Hasta llevaba puesta una gardenia cuando se conocieron.

Se casaron y vivieron en una cómoda miseria mientras él terminaba sus estudios. Al mirar atrás, a Krash le parecía que todo el matrimonio había tenido lugar en la oscuridad. No podía recordar qué habían hecho ni qué habían dicho. La enormidad de sus ambiciones había solapado todo lo demás. En 1953, cuando regresó a Honolulu, ya habían comenzado a discutir, a beber y a distanciarse en direcciones opuestas. El matrimonio experimentó una serie de altibajos hasta que ambos comprendieron que había llegado a su fin.

Admitido en el colegio de abogados de Hawái, Krash empezó su propio bufete, «Osborn Kuahi Kapakahi, Abogado», en una habitación del tamaño de un armario en el centro de Honolulu. Para aumentar sus escasos ingresos, aceptaba casos que le asignaba el tribunal y que otros bufetes rechazaban. Casos criminales o de divorcios. Así vio cómo su gente se había vuelto contra sí misma. Lo veía en tribunales abarrotados en el Día de la Paternidad, el Día de la Delincuencia Juvenil o el Día de los Casos de Abusos a Niños. Nativos hawaianos que se peleaban, que pegaban a sus hijos, que bebían, que requerían asistencia social, que estaban en busca y captura.

Asumió pleitos para recuperar propiedades, representando a pequeños propietarios que se enfrentaban a las plantaciones. De ese modo aprendió las reglas de las leyes que regían la partición de los bienes inmuebles. La ley era única en Hawái: tenía que hacer frente al hawaiano, a la jerga local, al chino, al japonés, al portugués, al filipino y media docena de lenguas más. También era única porque, en apenas setenta años, Hawái había pasado de ser una monarquía a una república y luego a formar parte del territorio de Estados Unidos. Ahora estaba a punto de convertirse en un Estado.

Krash se unió al Club de Jóvenes Demócratas junto con muchos otros veteranos de guerra. Optó a un puesto de senador en la Cámara Territorial de Representantes, pero fue derrotado. Incluso entre los Jóvenes Demócratas era considerado «no elegible». Era un hawaiano, sin contactos políticos. La oposición lo llamaba el abogado *lū'au*. No obstante, en 1956 había empezado a llamar la atención como un dramático orador que se hacía acreedor de un tribunal.

Se mudó a un despacho más grande y contrató a una secretaria y a un pasante, y representó a los ancianos, a los veteranos de guerra, a los empleados de las plantaciones que habían sido arrestados por apoyar al sindicato ILWU. No rechazaba ningún caso. Por primera vez en la historia de Hawái, los trabajadores ligados por contrato tenían voz.

—Con todos esos casos benéficos nunca te harás rico —le advirtió Keo.

—No estoy intentando hacerme rico.

—¿Entonces cómo vas a convertirte en un ejemplo? Un abogado *kānaka* pobre no es más que otro *kānaka* pobre, ¿no?

Krash lo miró fijamente y su voz sonó tranquila y calmada en extremo.

—Keo. Los dos salimos en el pasado al mundo. Tú viste más que yo. Lo único que yo vi fueron combates. Durante años te he oído hablar de Luisiana, Alabama, de negros colgando de los árboles. Diablos, te dieron una paliza con un bate de béisbol. Has hablado de los gitanos en Francia, exterminados por los nazis. A veces, cuando estamos borrachos, te pones a llorar recordando a los culis de Shanghái, a los niños que tenían que alimentarse de la basura...

Keo miró hacia otro lado, sin saber adónde quería Krash ir a parar.

—Llevas mucho tiempo en casa. ¿Miras alguna vez a tu alrededor? —Krash se inclinó hacia delante—. Tío, la tragedia está aquí. Nuestra gente está siendo borrada del mapa. Lo hacen robando la tierra, y luego eliminando la cultura y nuestra lengua.

—Lo veo. No estoy ciego...

—Pero nunca hablas, nunca dices. ¿Qué aprendiste en tus viajes? ¿Cómo aplicas eso a los hawaianos?

—Demonios, Krash, no sé expresarme tan bien como tú.

—¡Eh! Las trompetas hablan, gritan. ¿Sabes? solía preguntarme por qué no eras un grande. Quiero decir, por qué no eras considerado un grande. Al final lo entendí. Keo, tu música nunca ha representado a tu raza.

Keo levantó la vista lentamente.

—Tío, el jazz es algo personal, no racial.

—Tonterías. El jazz lo es todo. Es esclavitud. Es masacres. Es piel negra, piel roja. Es llorar por tu madre. Por tu tierra. —Krash sacudió la cabeza y bajó la voz—. Es que nunca te he oído llorar por tu gente.

En el silencio que siguió, Keo tocó una mejilla para comprobar que estaba allí. Un rato después, Krash habló de nuevo, pues quería a Keo:

—Naciste con ese don increíble. Pero nunca te vi utilizarlo para nadie más que para ti mismo. Siempre estabas buscando. Siempre estabas indagando en el jazz. Por supuesto, has conseguido ampliar los límites y poner el pie en territorios nuevos. Cuando hayas muerto, la gente dirá: «¡El Hawaiano! Un genio de la trompeta.» La verdadera pregunta es: ¿cómo usaste ese don? ¿A quién ayudaste con él?

En esa segunda pausa, ambos miraron hacia el mar, cuyos movimientos eran tan rítmicos, tan inteligentes, que parecía un cerebro enorme e impaciente. Cuando Krash se volvió por fin hacia él, Keo se había ido. Observó su figura oscura siendo absorbida por una ola y arrastrada casi hasta los arrecifes. Después de que una docena de olas lo hubiera vapuleado como a un trozo de madera, el océano lo devolvió a la orilla con tal gentileza que pudo salir del agua como si estuviera caminando sobre una extensión de hierba. Se sacudió para secar su piel color bronce y luego se sentó al lado de su amigo y le dio un cariñoso apretón en el brazo.

Krash nunca dejó de pensar en su hija, Baby Jonah, pese a toda la excitación de aquellos años. Por lo general mantuvo la distancia, enterándose por mediación de Keo de que la niña iba al Sagrado Corazón, qué notas obtenía y quiénes eran sus amigas. De tanto en tanto, aparcaba cerca de la escuela solo para verla pasar. Ya estaba en su segundo año de instituto, era algo rolliza y adorable, con ojos oscuros y almendrados como su madre. Con las amigas de clase hablaba en un inglés perfecto, pero al llegar a la entrada de su calle, se quitaba los zapatos y se transformaba en «Baby Jo», corriendo con sus grandes pies *lū'au*, gritando y maldiciendo en la jerga nativa.

Krash nunca se acercaba a la tienda de Malia. Ella jamás se aventuraba a menos de tres manzanas del despacho de él. Ambos conocías sus fronteras. Pero, a veces, Krash conducía lentamente por Kalihi Lane. Por las noches, ya tarde, recorría la calle a pie, entraba en el patio y se colocaba junto a la ventana de ella. Quiero a mi hija. Te quiero a ti.

Y algunas noches, en la duermevela, Malia se pasaba las manos por los pechos pretendiendo que eran las manos de Krash. Recordaba sus propias manos en su cuerpo, su erección firme y algo insegura, la cortesía física con la que la penetraba. Tan despacio, tan cuidadosamente. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Podía el deseo durar tanto? Tal vez se había convertido con el tiempo en algo distinto. Quizá lo que ella deseaba era arrastrarse hasta la cama de Krash y pedirle perdón.

KA ‘ĀINA HĀNAU

La tierra donde uno nace

Los días eran tan húmedos que veían sus rostros reflejados en sus antebrazos. Unos hawaianos enormes que emitían un olor dulce y dejaban marcas de sudor en el suelo y fantasmales siluetas mojadas de sus cabezas y sus hombros en las paredes acamparon descalzos en el vestíbulo del despacho de Krash. Susurraban en una mezcla de jerga y su lengua materna, y de vez en cuando apoyaban la mejilla sudorosa contra una puerta solo para sentir el beso frío del pomo. Esperaban su turno durante días, a veces durante semanas.

En el despacho de Krash se quedaban callados, como si tuvieran la lengua atada, mientras observaban hileras de gruesos libros de leyes y paredes enteras cubiertas de archivos amarillos. Miraban fijamente los ventiladores del techo, que repetían en un eco su hablar inculto al intentar explicar cómo todo se derrumbaba, cómo la vida se volvía dura e insoluble.

Como no tenían dinero, traían cuencos de *koa* o medio marrano. Una vez le llevaron a Krash una barracuda entera. Él se sentaba con ellos con las piernas cruzadas en esterillas de *lau hala*, y bebían guayaba en vasos de papel. Al airear sus penurias, su rabia, la profunda humillación que sentían, las voces de los hawaianos subían y bajaban de volumen constantemente. Movían los brazos al ritmo de sus palabras, como bailarines, y de pronto un puño golpeaba el suelo con énfasis. Acompañaban sus relatos con movimientos irreverentes y ágiles de su cabeza, sus piernas y sus pies, de modo que Krash quedó atrapado en el drama que vivían.

Ellos eran ancianos contando historias y él volvía a ser un niño en trance. A veces lo que oía le provocaba la risa, pero con frecuencia eran lágrimas lo que soltaba. Cuando se inclinaba y se frotaba los ojos, sus clientes lo envolvían con sus enormes brazos y le canturreaban en voz baja. Por su naturaleza compasiva y generosa, olvidaban quién buscaba consejo legal y quién consolaba a quién.

—No, Krash, chico, no llores más. ¡Se acabó el llorar! —Lo abrazaban como a un niño—. Es muy triste que estés tan solo, que tu mujer se fuese. Vente con nosotros. Te cocinaré un cerdo con ñame delicioso. ¡Enseguida verás cómo te sienta realmente bien!

Pero al escuchar las mismas historias día tras día, Krash se dio cuenta de que los hawaianos estaban siendo lentamente borrados del mapa, reclusos en guetos. Ahora, ante la perspectiva de convertirse en Estado, la gente comenzaba a cuestionar el término «igualdad como americanos». En todas las encuestas, los extranjeros asentados en las islas votaban a favor de ser un Estado, mientras que la mayoría de

los nativos, que ahora eran una minoría en sus propias tierras, votaban en contra.

Semana tras semana, Krash hablaba ante las multitudes y animaba a su gente a mantenerse firme y votar NO.

—¡Quieren drenar el océano de nuestras venas, convertir nuestra sangre en piedra para que olvidemos lo que nos hicieron!

—¡No estoy de acuerdo contigo! —le gritó una mujer—. Es mejor convertirse en Estado, eso nos daría voz. Además, ¿cómo vamos a conseguir buenos trabajos, cómo vamos a educar a nuestros hijos? ¿Te gustaría que siempre necesitásemos asistencia social?

—¿Te has olvidado de nuestra historia? —repuso Krash, esforzándose por mantener la paciencia—. En 1893, los magnates blancos del azúcar derrocaron a nuestra reina y nos robaron nuestras tierras... sin el conocimiento del Congreso de los Estados Unidos. Cinco años más tarde, el presidente de Estados Unidos anexionó ilegalmente todo Hawái. Convertirnos en Estado no nos dará mejores puestos de trabajo. Ni educará a nuestros hijos. Lo único que hará será darles a ellos el poder total sobre nosotros.

Los blancos permanecieron gritando, y un tipo enorme y corpulento con botas de obrero subió al escenario, le arrancó el micrófono de la mano a Krash y comenzó a gritar:

—¿Estáis todos *lōlō* o qué? ¡Queréis votar a favor de ser un Estado, pues votad! Olvidaos de este tío que sabe hablar tan bien. Nada hará que vuelva la reina Lili‘uokalani. ¡Es hora de pasar página! ¡Es hora de convertirnos en Estado!

—¡Tú eres un maldito loco! —le gritó un anciano chino—. Si nos robaron las tierras, ¿cómo puede ser bueno que nos convirtamos en Estado? ¡Eso solo beneficiará a los ricos, y enterrará a los *kānaka*! Y a nosotros, los pobres, también.

El obrero de la construcción se movió por todo el escenario, gesticulando y sermoneando. Krash le concedió sus cinco minutos y luego intentó recuperar el micrófono. Cuando el tipo lo apartó de un empujón, Krash suspiró, dio un paso atrás y cortó el aire con su mano, asestándole un golpe de kárate en el cuello. El otro se plegó sobre sí mismo como un muñeco de papel, Krash hizo una reverencia ante los vítores y aplausos del público, y prosiguió con su charla:

—Aquí mi hermano tiene algo de razón. No podemos hacer que el reloj se mueva hacia atrás. Pero podemos exigir disculpas, e indemnizaciones. Estados Unidos dice que si nos convertimos en Estado mejoraremos nuestras vidas. Si quieren mejorar nuestra vida, ¡que nos devuelvan nuestras tierras! Que nos den un par de millones de dólares en efectivo, por los años que se han aprovechado de esas tierras. Entonces hablaremos de convertirnos en Estado.

Mientras ayudaba al obrero a ponerse en pie y bajarse del escenario, un sacerdote tomó la palabra:

—Krash, no estoy de acuerdo contigo. Un ciudadano de Estados Unidos tiene derechos. La gente tiene que escucharle. El Congreso tiene que escucharle. Si somos un Estado, podemos votar a los nativos hawaianos para que accedan a puestos de poder. Nos darán una representación en la legislatura estatal y federal.

Krash bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza.

—Padre, le garantizo que, incluso siendo un Estado, en los próximos cuarenta o cincuenta años no habrá ningún hawaiano en el Congreso ni en el Senado. Ni uno.

Keo estaba entre el público, convencido solo a medias de que Krash tenía razón. Fueran cuales fueran las desventajas, ser un Estado les daría a los hawaianos dignidad y voz en la política de Estados Unidos. Algunos hawaianos consideraban que eso era importante. Le escupían a Krash por la calle. Alguien había llegado a tirar una piedra contra su ventana.

Ahora le gritaban:

—¡Eh, hermano! ¿Cómo es que de repente estás en contra del progreso? Tú que tienes estudios, ahora piensas que eres demasiado bueno para formar parte de un Estado. ¿No será que te gustaría que Hawái volviese a ser una monarquía? ¿Te gustaría ser tú el rey?

Krash se rio, agotado. Ganarse la confianza de los demás era como hacer nudos con una sola mano, una maniobra que requería una paciencia infinita. Avanzó hasta el borde mismo del escenario, dobló las rodillas y se inclinó hacia la muchedumbre.

—¿Me recordáis? Empecé de la nada, era un holgazán de Wai‘anae. Luego el ejército de Estados Unidos me envió al extranjero. Me dijeron que luchase por la libertad. Luché tan bien que perdí un pulmón. Después regresé a casa y miré a mi alrededor... —Extendió los brazos en un gesto dramático—. ¿A esto lo llamáis libertad? ¿Queréis pasaros cincuenta años en chozas medio derruidas? Conozco a gente mayor, familiares y amigos, que hace treinta y cinco años solicitaron un pedazo de tierra al Departamento del Territorio Hawaiano. Tierra que se suponía que estaba reservada para los nativos hawaianos, a cambio de un dólar por parcela al año. En lugar de eso, esa tierra es alquilada a corporaciones extranjeras, a los militares norteamericanos. Después de todos estos años, esa gente sigue estando en una lista de espera. —Su voz reverberó por el local—. Os garantizo que, incluso convirtiéndonos en Estado, dentro de otros treinta años, cuando esa gente tenga ya los noventa, algunos continuarán en la lista de espera para que les entreguen una parcela. Por eso la llaman «la lista de la muerte».

La gente continuaba hecha un lío, confundida. Necesitaba creer, tener algo en lo que creer. Para entonces ya habían visto cómo los valles eran atravesados por autopistas y cómo los pueblos pesqueros desaparecían ante la construcción de hoteles turísticos. Y en la ciudad aumentaban los guetos.

Amigos y familiares discutían con fervor, creyendo unos que al convertirse en

Estado se salvarían y los otros que se extinguirían. En Palolo, una mujer enfadada le arrancó de un mordisco media mejilla a su marido. Un tipo le afeitó todo el pelo al perro de caza de su vecino en Nanakuli. Cerca del parque ‘A‘ala, el propietario del bar Mango, que estaba a favor de que Hawái fuese un Estado, vio cómo su primo abría su propio negocio al otro lado de la calle, el bar Anti-Mango. Día tras día, la gente vociferaba desde uno y otro lado de la calle: «¡VOTA NO!», «¡VOTA SÍ!».

Dos calles más arriba del bar Anti-Mango, Sunny observó a una vieja *kahuna lapa‘au*, una curandera, mientras machacaba raíces de dondiego con sal marina. Luego, murmurando un cántico, la mujer envolvió la pierna de Sunny con una hoja de ti, extendiendo el emplasto de dondiego. La hoja de ti evitaba que la raíz quemase. Por último, cubrió la hoja con *kapa*.

La *kahuna* olía a alcanfor, un olor que siempre llevaba a Sunny de vuelta a Shanghái. Luego había otro olor que la llevaba a Rabaul. El hedor húmedo a podredumbre. En Rabaul, los gusanos se habían comido la carne infectada que rodeaba la herida que le había producido la metralla. La herida había cicatrizado, pero los huesos también habían sufrido la infección. Cada año, cuando sonaban las calabazas (cuando el viento, presagiando las tormentas del invierno, hacía tamborilear las calabazas secas que colgaban de redes), el dolor de su pierna se hacía más intenso, todo su cuerpo se estremecía e incluso el pelo le temblaba.

—Espero a la muerte —susurró—. ¿Qué sentido tiene tanto sufrimiento si no conduce a la muerte? Pero la vida no me hace el favor de acabarse.

—La vida —suspiró la vieja *kahuna*—. Es tan corta que apenas hay tiempo de reírse.

Sunny escuchaba a la multitud en la calle. Si una empezaba a reírse, ¿cómo podría parar?

La mujer le dio un toque en el hombro.

—Ahora voy a traer la mejor medicina para los huesos. —Volvió un momento después con un cuenco de *poi*—. Come, estás tan flaca que casi pareces bruma.

—Ese es mi nombre hawaiano. *Uanoë*. «Bruma creciente».

Hundió el dedo en el contenido del cuenco, lo removió y se lo llevó a los labios. La pasta balsámica de ñame se deslizó por su garganta; tenía el cuello tan delgado que la mujer pudo ver perfectamente cómo tragaba. Cuando ya estaba llena, la curandera le dio té ‘*awa*. Sunny se lo bebió con pequeños tragos de abuela, y sintió una tibia modorra al tiempo que el dolor se deslizaba por la estancia.

—Ahora descansa. ¿Ves ese cocotero de ahí fuera? Cuando su sombra sea más larga que el propio árbol, te despertaré.

Sus ojos se fueron abatiendo. En el exterior, una niña se balanceaba en una cuerda

atada a un árbol. Estaba sentada en un travesaño en el extremo de la cuerda y se agarraba con fuerza con las manos y los pies mientras su hermano la empujaba por detrás. Ambos cantaban «*Pūhenehene no'a no'a*» («Ven a jugar al juego de las piedras»).

Sunny se quedó dormida y soñó que su hermano Parker y ella eran pequeños y estaban cantando.

Qué valientes éramos. Volábamos cometas de dragón y rezábamos para que el viento nos levantara de los acantilados.

Parker se había hundido con un navío de guerra al este de Okinawa. La misma semana que a ella le extirparon el útero, un oficial del ejército le mostró el nombre de su hermano en un listado. Ella leyó el nombre y parpadeó. Ahora, zambulléndose en la profundidad del sueño, Sunny soñó que encontraba su cuerpo en el barco sumergido. Lo envolvía en hojas de té y lo cubría con sal marina caliente para que eliminase la muerte con el sudor. Luego le ponía una taza llena en los labios.

—*Hermano, aquí tienes jugo de algas marinas. Para fortalecerte y traerte de vuelta a la vida. Para que puedas conocer a nuestra hermana, Lili. Y a la pequeña Anahola. Las he traído a casa...*

Parker apartaba la taza.

—*¡Vete! Yo estoy en paz. Aquí, entre los atunes.*

Sunny despertó llorando.

—Llorar es muy bueno —murmuró la vieja *kahuna*—. ¿Cuántos años hace que no lloras? ¡Enseguida la araña que bebe la lluvia se beberá tus lágrimas! Ha tejido catedrales con tu pena.

Al girar la cabeza, Sunny vio una araña elegante, del rojo de los rubíes, remendando los aparejos de su telaraña. Se inclinó hasta quedar muy cerca de ella, y la araña, oliendo sus lágrimas, se quedó un instante quieta y luego se aproximó con cautela, con sus minúsculos y dorados ojos. Entonces, siguiendo una corazonada propia de un joyero, saltó desde su telaraña y corrió por la mejilla de Sunny, arrimándose a una lágrima. Al bebérsela, su color rojo se volvió más brillante. Luego, como si estuviera borracha, corrió de vuelta a su tela y se dispuso a tejer la tristeza humana en los arcos y recovecos de su universo. Sunny se tocó la mejilla y se quedó mirando.

Con qué tranquilidad va tejiendo. Con qué paciencia aguarda su oportunidad.

Krash y Keo se dirigieron a una zona de impactante belleza natural, a treinta kilómetros al oeste de Honolulu. Kilómetros y kilómetros de campos de caña de azúcar y sombríos valles color esmeralda. En lo alto de la afilada cordillera de los Montes Wai‘anae (que iban en paralelo al este de los Ko‘olaus) había cumbres

escarpadas y bosques tropicales cuyos árboles formaban bóvedas con sus ramas. Allí estaban los templos sagrados y las cuevas donde moraban los espíritus de los jefes muertos. Había también un barrio en el que la gente vivía con el peligro de que las casas se les cayeran encima. Eso era lo que hacía que Krash volviera una y otra vez a Wai‘anae, el lugar donde había nacido, en la costa árida a sotavento de la isla.

Habló en voz baja, recordándole a Keo que a principios del siglo xx, a medida que el precio de la tierra iba en aumento, los nativos hawaianos habían sido expulsados a la fuerza de Honolulu y Waikiki. Muchos se habían mudado de vuelta a las llanuras y valles de la aquella costa rural. Salpicada de poblaciones llamadas Nanakuli, Lualualei, Ma‘ili, Wai‘anae, Makaha, Mākua, era un refugio en el que las montañas y el mar guarecían a los granjeros y a los pescadores de los foráneos. Pero aquella no había sido una tierra fácil. Buena parte de ella era estéril y estaba cubierta de roca coralina. Había poca agua.

Con el transcurrir de las décadas, el amor por la tierra había transformado lentamente la costa de Wai‘anae de estéril a fértil. Crecieron los jardines, y los árboles frutales, campos enteros con hojas de ñame en forma de corazones cubrían los valles. Día tras día los granjeros vadeaban ricas parcelas regadas, arrancando malas hierbas, abonando y rezando sobre los tiernos brotes de ñame.

La vida se basaba una vez más en la vieja tradición de compartir las cosas e intercambiar una por otra. Seguía siendo una tierra dura que suponía todo un reto. Hacía que la gente fuese dura y recelase de los que venían de fuera. Los *haole* veían la costa de Wai‘anae como un lugar primitivo y peligroso en el que los rebeldes *kānaka* vivían en chabolas hechas de madera desvencijada y placas de hojalata oxidada. Pero aquella costa poseía algo codiciado por muchos: amplias playas de arena blanca y el mar puro y limpio.

Mientras conducían, Krash habló de espías que eran enviados por especuladores de la propiedad y constructores.

—Si los cogen, les vuelcan el coche y le prenden fuego. Una vez uno de esos tipos intentó volver a la ciudad haciendo autostop y lo recogió una pareja que parecía muy agradable. ¡Lo dejaron tirado en la autopista de Farrington en pelotas! —Señaló hacia las montañas—. Aún sigue habiendo mucha miseria por aquí. ¿Ves aquellos prados exuberantes, Keo? El ñame es muy sediento, necesita mucha agua para irrigarse. Los granjeros necesitan millones de litros todos los días, o las raíces del ñame se pudren. Ya se aprecian malas señales. Llegará el día en que los granjeros sufran racionamiento. El ñame, nuestro alimento de primera necesidad, estará amenazado.

Esa noche se quedaron con la familia de Krash y sus primos les contaron que habían tenido que esperar quince años para recibir dos acres de terreno. Luego otros cinco años antes de que les concedieran préstamos para construir su casa (préstamo

que estaba sujeto a los contratos que Hawaiian Homelands tenía con empresas de poca calidad). Las construcciones eran tan malas que en menos de un año los desagües se atascaron y las aguas residuales salieron a la superficie. Su casa olía tan mal que se veían obligados a dormir en el exterior, en tiendas de campaña. Contaron que otra gente también se había visto forzada a recurrir a las mismas empresas de construcción y sus casas se habían convertido en auténticas trampas a causa de la deficiente instalación eléctrica. Un perro había muerto electrocutado. Y un crío había encendido una radio y le había explotado en la cara.

—Ocurre lo mismo en todas estas malditas parcelas —dijo uno de los primos—. ¡La gente tira de la cadena del retrete y la casa entera se viene abajo!

—El padre de Krash y yo —dijo su madre, con visible desaliento— estuvimos diez años en la lista de espera. Por fin conseguimos nuestra parcela en 1931, y luego construimos nuestra casa...

Hundió la cabeza y Krash tomó el relevo.

—La primera noche, después de mudarnos, la pared de mi dormitorio se vino abajo. Luego las luces dejaron de funcionar. Durante meses nos movíamos por la casa con cascos de mineros. Ahora, veintiocho años más tarde, a mis padres aún les salen llagas en la boca por beber agua en mal estado. Viven en esta casa con resfriados que les duran todo un año.

Todos los años, cuando llegaban las lluvias, sus padres tenían que ponerse botas de goma y tratar de esquivar el agua que se filtraba por las goteras del techo y las juntas mal selladas de las paredes. El agua formaba embalses en todas las habitaciones.

—Como un río interior —dijo su padre—. Hay veces en las que aparecen lombrices grandes como nunca las había visto. Geniales para cebo de pesca.

Había gente que había esperado diez años para que les instalasen un pozo o la conexión eléctrica. Ahora, temiendo por sus vidas, dormían en camiones aparcados junto a sus casas, que amenazaban con venirse abajo. Cuando se manifestaban para protestar, eran desalojados por alguaciles y agentes armados. Despojados de sus tierras y sus esperanzas, los hawaianos comenzaron a ocupar playas y puentes, a vivir en cajas de embalaje y en coches abandonados.

Esa noche los dos amigos se sumieron en el silencio.

—Sé lo que estás pensando —dijo Krash—. Si me hubiera casado con Malia, ella habría acabado aquí, con un casco de minero y botas de agua.

Keo negó con la cabeza.

—No, ella no habría acabado así. Y eso no es lo que estaba pensando.

—¿Entonces?

—Me estaba preguntando qué puedo hacer para ayudarte... para ayudar a nuestra gente.

A la mañana siguiente, subieron por los campos hasta llegar a una parcela de ñame.

—Vamos —dijo Krash, remangándose los pantalones—. Esta es la comida sagrada que trajeron nuestros primeros antepasados. No puedes comprender los derechos sobre la tierra, o los derechos de agua, ni nada de aquello por lo que luchamos hasta que te hundes en cuclillas en el barro para plantar y abonar el ñame y arrancar las malas hierbas.

Keo soltó un aullido, se descalzó y se quitó la camisa y los pantalones. Se puso en marcha, hundiéndose hasta las rodillas en barro negro. ¿Cuántos años habían pasado desde que se había metido dentro de un terreno plantado de ñame y había sentido cómo la tierra húmeda le recubría las extremidades? No lo había hecho desde que era niño. Ahora, inclinado, con un codo en la rodilla y el otro brazo estirado para arrancar las malas hierbas entre las plantas, recordó a su madre contando historias, hablando de cómo los antepasados habían usado sus fuertes manos y simples palos para construir vastos sistemas de riego para sus cosechas. Incluso en la actualidad, en algunos valles, se podían distinguir terrazas y terrazas de antiguos cultivos de ñame.

Pasaron las horas, aunque Keo no tuvo conciencia de ellas. No sentía ningún dolor de tanto inclinarse y arrancar hierbas, ni sed ni calor. Después de un rato no sentía nada, había dejado de existir como un ser individual. Él y la tierra, y las hierbas que arrancaba y las hojas brillantes de ñame con forma de corazón y el barro y el mismo aire parecían una sola cosa. Miraba su mano y ya no la sentía, ya no podía llamarla por su nombre. Su mano fluía en las hojas que fluían en la tierra que vertía el corazón de lava de su isla y se fundía con el mar.

Se sentó en el barro, con las manos llenas de tierra húmeda. Lo había olvidado, pero, quizá, le había estado esperando todo el tiempo. *‘Āina*. La tierra. Había tenido que dejar que la tierra decidiera cuándo reclamarle, había tenido que dejar que la tierra volviera a por él, sabiendo cuándo estaba preparado. Se quedó sentado durante un buen rato, con el sol cayendo sobre sus hombros oscuros y el barro secándose sobre su piel como guantes, y el resto de su cuerpo, de cintura para abajo, hundido en la tierra negra y húmeda. Las montañas estaban a su espalda, el océano delante, formando una cuna. Así fue como Krash lo encontró al final del día. Convertido en un niño que se balanceaba en su cuna de campos de ñame.

IHU PANI

Taparse la nariz y zambullirse en el conocimiento

Con la posibilidad de convertirse en Estado amenazando Hawái, dio la impresión de que hasta la naturaleza se oponía con virulencia. El mar se volvió más agresivo. Cada noche, el océano se tragaba las playas artificiales de Waikiki y, cuando llegaba el amanecer, las olas lamían las terrazas de los hoteles elegantes. Mientras los turistas dormían en sus carísimas habitaciones, varios camiones traían más arena que el mar volvía a tragarse rápidamente.

Los encargados de rastrillar la arena abandonaron sus empleos, jurando que habían visto un calamar gigante saliendo del agua y aspirando la arena, haciendo desaparecer medio malecón. A la luz de la luna llena, tres camareros filipinos vieron el edificio del Hotel Arrecife, de diez plantas, balanceándose como un bailarín al ritmo que le marcaba el océano. Todo eran avisos de que Waikiki se encontraba al borde del colapso. El número de los que apoyaban el NO fue aumentando paulatinamente.

Con temblores de inseguridad, Keo hablaba ante estudiantes de instituto y universitarios. Incluso hablaba a los miembros de orquestas y de coros de iglesia para animarles a que convencieran a sus mayores para que votasen NO. Los que componían la generación más joven, tanto los hawaianos nativos como los otros, ponían en duda sus argumentos.

—Tío, ¿por qué quieres negarnos la opción de ser americanos de primera clase? Nuestra gente paga un montón de impuestos federales. Y ha luchado en la Segunda Guerra Mundial y en Corea.

Un joven chino se puso en pie.

—Deberíamos votar nosotros a nuestro gobernador, y no que lo elijan en Washington D.C. Deberían permitirnos votar para elegir al presidente de Estados Unidos. ¡De lo contrario, seremos ciudadanos de segunda!

—Queremos dignidad y autoridad —añadió un portugués—. Cuando vayamos a la universidad en el continente, queremos ser aceptados como iguales, no como habitantes de un Territorio.

Cuando Keo intentó rebatir, lo acallaron a gritos.

—¿Quieres que volvamos a ser una monarquía? ¿Que vivamos en un sistema de clases y con tabúes?

A veces, cuando les hablaba, notaba una pesadez en el estómago y el corazón subiéndole por la garganta. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, solo sabía que quería salvar la vida de todos aquellos que le escuchaban.

—¿No lo veis? Solo pueden convertirnos en Estado de forma ilegal, porque nos convirtieron en Territorio también de forma ilegal. El gobierno de Estados Unidos debería devolvernos oficialmente nuestras tierras. Y luego darnos el derecho a elegir si queremos ser un Estado.

El público que atendía sus charlas era muy joven, ni siquiera sus padres recordaban la monarquía ni la anexión forzosa. El pasado era pasado. Lo único que querían era una mejor educación y mejores trabajos.

—Sigue con ello —le dijo Krash—. Háblales hasta que estén tan aburridos que empiecen a escucharte.

Siguió dando charlas, en estadios de atletismo, en aparcamientos, en cualquier lugar donde se reunieran los jóvenes. Su voz sonaba honesta y descarada. Mostraba lo que había aprendido, lo que había visto, lo que pensaba que era el progreso y también lo que no era. A veces había veteranos de guerra entre el público. Uno de ellos, que utilizaba su mano de plástico a modo de cenicero, lanzó sus colillas al rostro de Keo.

—¿Me estás diciendo que no puedo ser un ciudadano estadounidense con derecho a voto? ¿¡Para qué perdí mi jodida mano!? Si voto por lo que tú dices, ¿qué vas a hacer tú por mí? ¿Me devolverás mi mano?

—No —respondió Keo, cepillándose la ceniza del pelo—. Pero siendo una nación independiente quizá podamos devolverte tu orgullo, para que puedas limpiarte tú mismo el trasero.

Un día, una chica hawaiana se puso en pie.

—¿Qué diferencia puede suponer lo que voten nuestras familias? Somos un porcentaje muy pequeño, lo que voten los otros nos aplastará de todas formas. Excepto nosotros, la mayoría quiere ser un Estado.

Era una chica esbelta y encantadora. Tenía la edad que habría tenido la hija de Keo. Algo empezó a desplazarse por su mente: imágenes garabateadas en su retina. No quería mirar. El pasado se alimentaba de imágenes, siempre rondándole. Regresó al aquí y al ahora, y se inclinó hacia la chica.

—Chica, solo puedo responderte desde el corazón. Al gobierno de Estados Unidos no le importan un rábano los hawaianos. Nosotros los avergonzamos, serían felices si desapareciésemos. Votar SÍ alentará a los políticos y a los ricos a borrarlos del mapa. Así lo creo, de corazón.

Con el tiempo, la suma de todos aquellos pequeños actos, la formulación de argumentos y el hecho de creer en ellos, sirvió para unificar las cosas en su interior. Empezó a verse a sí mismo en los ojos de los jóvenes que le escuchaban. Era mayor que ellos, quizá fuese incluso más sabio. Eso resultaba más obvio con los jóvenes que buscaban un consejo. Aunque la mayoría no estaba de acuerdo con él en lo concerniente a convertirse o no en Estado, poco a poco, con cierta cautela, se le acercaban para preguntarle sobre otros temas.

¿Deberían estudiar música clásica *haole*? ¿O auténtica música hawaiana, antiguos cánticos acompañados de maracas y tambores? ¿Deberían concentrarse en los rasgueos de guitarra tan populares, en cantar en *falsetto*? ¿Deberían tocar rock and roll? ¿Deberían siquiera estudiar música? ¿O salir al exterior y aprender de la vida?

Keo hizo un pacto con ellos. Si prometían que se sentarían con sus familiares y amigos y discutirían las ventajas y desventajas de ser un Estado, si prometían que se informarían y mantendrían el equilibrio en sus puntos de vista, él les enseñaría todo lo que sabía sobre música. La mayoría aceptó, y muy pronto estaban centrados en ritmos de toma y daca.

Keo comenzó a sentir una extraña sensación de renovación, un resurgimiento del amor por la música, por los instrumentos musicales y la relación humana con ellos. Intentó transmitir a los estudiantes que todas las cualidades que un ser humano poseía, todos los pensamientos malvados o nobles que pudiera tener, se reflejaban en cada una de las notas que tocaba.

A veces, mientras hablaba, la gente mayor iba amontonándose en el fondo de los auditorios y las iglesias. Sus días eran muy largos. Ahora que había terminado el almuerzo, era hora de dar la cabezadita del mediodía. Se sentaban en sillas plegables y sus cabezas iban lentamente inclinándose. Un viejo gritaba en sueños, cambiaba de postura y volvía a roncar. Una mujer vieja se sentaba algo apartada. Tenía las manos artríticas y cubiertas de cicatrices, los codos como cucuruchos de arrugado tofu. Mientras Keo hablaba, ella se inclinaba hacia delante, apoyándose sobre su bastón, escuchando.

—Estamos perdiendo —dijo Krash, en un lateral del escenario mientras la multitud iba en aumento—. El ochenta por ciento de todos los grupos que nos han escuchado votarán por el SÍ. —Realizó un gesto de negación con la cabeza, agotado—. Tal vez tengan razón. Si tenemos que vivir en la pobreza, bien podríamos ser un Estado de «bienestar social». —Señaló hacia un grupo de críos que correteaban y saltaban, con algo que echaba a perder sus sonrisas. Dientes podridos hasta las encías por culpa de la desnutrición. Piernas caligrafiadas de llagas abiertas—. Refrescos en polvo y carne en conserva, eso es todo lo que conocen.

Había perdido peso. Su atractivo rostro estaba ahora macilento. Los periódicos habían resucitado su nombre de campaña, el abogado *lū'au*, y lo acusaban de estar intentando mantener a su gente iletrada y pobre. Ahora había organizado un festival a favor del NO en la ciudad de Wai'anae. Media docena de bandas se ofrecieron voluntarias. La noticia se extendió por toda la costa de Wai'anae, y ni siquiera aquellos que pensaban votar por el SÍ querían perderse.

El patio de una escuela estaba dispuesto como para celebrar una feria. Había

puestos de comida y de juegos, y un escenario para espectáculos. Keo contó una veintena de grupos diferentes en la lista de actuaciones. Músicos de blues y rock. Guitarras rasgadas. Cantantes de melodías *kāhiko* y bailarines de danza tradicional hawaiana. Conjuntos enteros de bailarines vestidos con atuendos japoneses, coreanos y filipinos. Incluso había grupos que iban a realizar la danza circular japonesa, el *tanko bushi*. El ambiente estaba cargado de electricidad. Lo quisiera o no, la gente sentía que su historia estaba cambiando.

Al mediodía los asistentes ya se contaban por cientos. Paseando por el recinto, el público escuchaba a músicos veteranos armonizando sus voces en dulces *falsettos* con guitarras y ukeleles. Se miraban unos a otros, preguntándose qué votaría cada cual, sin que nadie estuviera realmente seguro de querer convertirse en Estado, lo único que tenían claro era que querían tener la certeza de que lo que fuese a ocurrir fuese tan bueno como lo que dejaban atrás.

Al contemplar la caótica multitud, los empujones y sacudidas de unos cuerpos contra otros, Keo regresó bruscamente a otro paisaje en el que había guardias, torres de vigilancia y presos destrozados y famélicos. El borboteo de las letrinas. Las muchedumbres siempre tendrían ese efecto: en su subconsciente recordaría Woosung una y otra vez, eternamente. Se sentó y se puso a acariciar su trompeta hasta que logró volver al presente, a aquello por lo que tenía que seguir yendo hacia delante.

Un presentador pidió a la gente que se acercase al escenario. Saciados ya de comida y bebida, todos se fueron sentando sobre esterillas y mantas, con los hijos con las mejillas manchadas de azul y púrpura. Alguien hizo sonar una concha marina. Una cantante tradicional salió al escenario, tocando su tambor de calabaza al tiempo que veinte bailarines se colocaban delante de ella.

Empezó a cantar y agitar la calabaza a la vez que los bailarines inclinaban las rodillas, bailando al unísono. La mujer cantó, con tonos suaves y controlados, sobre los campos y los valles que los rodeaban, antes yermos y ahora bendecidos con el ñame. Contó que la palabra sagrada *‘āina*, tierra, provenía de la raíz *‘ai*, que significaba «alimentar», y que la palabra sagrada *‘ohana*, familia, venía de la raíz *‘oha*, que significaba «brotes de planta de ñame», el alimento de primera necesidad y el alma de los hawaianos, cada familia era una ramificación de un grupo más numeroso. De ahí que *‘āina* alimentase a las *‘ohana*.

Cantó alabanzas a los *akua*, los dioses que vivían en las piedras para observar y en los árboles para escuchar. Eran los guardianes del suelo seco y duro de Wai‘anae y ayudaban a reblandecerlo con las lluvias y a rendirse ante las manos de los indígenas hawaianos. Con su voz monótona alabó las manos y las espaldas doloridas de los *kānaka* que habían trabajado durante generaciones construyendo terrazas de ñame. Alabó los peces que habían pescado, los *‘opihi* que habían recogido y habían servido para fortalecer sus músculos.

Los bailarines seguían el ritmo de sus palabras, moviéndose al estilo nativo del siglo XIX, con las rodillas dobladas y los talones levantados. No eran los balanceos perezosos de la danza del siglo XX, sino los de la *hula 'ōlapa*, la danza acompañada de cánticos, cuyos movimientos eran enfáticos y profundos. Finalmente, la cantante plegó sus manos, dando por terminado el baile.

Luego fue el turno de bandas *kachi-kachi* y *banduria*. Mientras montaba el escenario con sus compañeros de la banda *Hana Hou!* Keo se detuvo un instante, contemplando los rostros jóvenes y viejos, muchas de aquellas personas vivían dependiendo de la asistencia social, algunas dormían en las playas o los parques.

Se inclinó hacia el micrófono y comenzó a hablar:

—¡Eh! ¿Cómo estáis?

Hubo silbidos y aplausos, y gente coreando su apodo de Hawaiano.

—¡Estoy muy orgulloso de estar hoy aquí con vosotros! —gritó Keo—. Primero, os voy a decir una cosa. Quiero que os lo penséis muy bien cuando vayáis a votar, ¿de acuerdo? Si votáis SÍ, puede que estéis votando por un futuro realmente desagradable. ¡De acuerdo! ¡Basta de política! —Se relajó y levantó su trompeta—. Bueno, algunos de vosotros me conocéis como un músico de jazz. Pero lo que voy a hacer ahora es... voy a intentar hacer que esta trompeta hable por vosotros, ¡al estilo hawaiano!

El público le aplaudió un poco y se quedó en silencio en cuanto comenzó a hacer sonar su trompeta con suavidad, tocando canciones con reminiscencias de los días antiguos, de piedras que se entrechocan y flautas de bambú que se tocan por la nariz, sonidos que recordaban al viento entre los cocoteros o murmurando a través de montes cubiertos de hierba. Después tocó «Papakolea», compuesta por el ciego Johnny Almeida, en homenaje a una comunidad empobrecida de Honolulu. Tocó luego «E Huluhuli Ho‘i Mai» («Date la vuelta y vuelve»), una canción de nostalgia y romance popularizada por Lena Machado.

Oyó a la multitud respondiendo, coreando la letra mientras él tocaba. Sintió lo que el público sentía, la vieja tristeza hawaiana, voces alzándose y alzándose como si pretendieran apagar algún fuego. Cuando acabó, se hizo el silencio.

Keo tomó aire y se inclinó de nuevo hacia el micro.

—Ahora viene algo especial. Difícil de tocar. Es de una ópera, *Turandot*, de ese tipo llamado Puccini.

¿Ópera? Se oyeron unos abucheos tremendos.

—Sí, sí. Lo sé. Pero escuchad, esta parte se llama «Nessun dorma». Lo que el tipo canta es: «¡VINCIRÀ! ¡GANARÉ!»». Es un buen tema para los hawaianos, ¿verdad?

La música de su trompeta empezó a subir de volumen, extendiéndose por el recinto, por los prados y las llanuras, por los valles y las cumbres de las montañas de Wai‘anae. Keo continuó subiendo el volumen hasta que los sonidos se volvieron tan

desoladores que la gente se puso a llorar sin saber por qué. Terminó poco a poco, como alguien que va alcanzando el entendimiento. Luego él y la banda introdujeron canciones de pop y rock and roll.

A medida que una banda seguía a otra, la mirada de Malia se centraba en un puesto concreto. En un intervalo se requirió la presencia de Krash en el escenario para que le explicase a la gente cómo y por qué votar. Salió del interior del puesto, con una amplia sonrisa. Mientras lo miraba dirigiéndose hacia el escenario, Malia vio que sus grandes hombros estiraban las costuras de su camisa. Al ver a los dos hermanos juntos, Krash giró con brusquedad y se detuvo ante ellos.

—Eh, muy buen concierto, Keo... Hola, Malia.

Malia sintió que un nervio se le ponía a temblar debajo del ojo. Imaginó que la piel se le estaba oscureciendo con vetas azuladas. Algo en su interior se ralentizó y comenzó a dolerle. Hizo un gesto lento de asentimiento y apartó la mirada. Krash meneó la cabeza, derrotado, y se sumergió en la multitud. Al observarlo, Malia pensó que se estaba imaginando que su espalda se arqueaba y sus brazos se alzaban al aire. Pensó que se estaba imaginando que Krash se doblaba sobre sí mismo a cámara lenta. No pensó que se trataba de un disparo hasta varios segundos después.

Empujó a Baby Jonah al suelo y la cubrió con su propio cuerpo. Keo se lanzó sobre las dos, y luego Malia luchó por volver a ponerse en pie.

—¡Quédate con ella! —gritó.

Sin tener conciencia de lo que hacía, se abrió paso hasta llegar junto a Krash. Cuando vio la sangre que manaba de su cabeza, se arrodilló, pensando en todo lo que habían perdido, en toda la vida que deberían haber visto. No tuvimos cuidado. No supimos cómo vivir con plenitud cada nuevo día.

Levantó la mirada hacia el cielo, suplicando piedad para el padre de su hija. En ese momento, oyó el tic-tac del reloj de Krash, mintiendo, como si aún tuvieran tiempo de cortejarse y arreglar las cosas. Estaba tumbado boca abajo sobre el suelo cubierto de polvo. Malia vio que la sangre se extendía entre sus piernas. Debe haber habido dos disparos. En la cabeza y en la espalda. Oyó las sirenas. Coches patrulla cercando el recinto.

Y entonces ya no era sangre lo que olía. Con el shock, el cuerpo de Krash se había soltado. Delicadamente, Malia le movió el brazo para apartarlo del charco que estaba formándose y le giró la cabeza para apoyarla sobre su regazo. Deslizó una mano sobre su pecho, tratando de apretarle el corazón y mantenerlo así con vida. Para entonces, todo el recinto de la escuela estaba alfombrado de cuerpos, todos inmóviles.

La policía rodeó a un hawaiano enjuto y lo tiró al suelo.

—¡Sucio comunista! —gritó el tipo—. Está intentando que Hawái no sea un

Estado, quiere que sigamos tan mal como estamos ahora.

Una mujer se incorporó y chilló:

—¡Mirad a ese! Ha disparado a Krash.

Malia rasgó un trozo de su falda y trató de envolver la cabeza de Krash. La tenía sobre su regazo, pero no estaba segura de lo que había allí, si hueso, sangre o un hombre muerto. Krash gimió, y el sonido reverberó en las costillas de Malia. Al girarle la cabeza, el resto del cuerpo se las ingenió para seguir el movimiento y quedar boca arriba. Excrementos húmedos le manchaban la falda.

Lo abrazó y sintió que sus excrementos le caían por la mano y la muñeca, se deslizaban por su antebrazo hasta el codo. La sangre de la cabeza de Krash goteó sobre la palma de su mano. Le limpió las mejillas con saliva.

Krash alzó la mirada y su cuerpo entero se estremeció.

—Malia... ¿es grave?

—Por favor —sollozó ella—, no te mueras.

La gente se fue poniendo poco a poco en pie. Unos agentes de policía arrastraron al detenido hacia un coche patrulla mientras otros ordenaban al público que se echase hacia atrás. Los médicos llegaron a la carrera con una camilla.

—Con cuidado. Puede tener una conmoción cerebral. ¡Vaya un pedazo de piedra!

—¿Un pedazo... de qué? —murmuró Malia.

—Ahí está. Mira qué tamaño. Vaya un loco.

Malia negó con la cabeza.

—Oí la pistola. Vi las balas impactándole.

—Malia —dijo Keo, llegando junto a ella—, un camión. El tubo de escape de un camión.

Malia supo entonces que nunca podría librarse de él. No podía mancharse con la sangre y los excrementos de un hombre y no quedar hechizada por él. Se inclinó sobre él, acercándose tanto que Krash pudo sentir el calor de su frente.

—Krash, ha sido una piedra. Solo una piedra...

Él la miró fijamente, haciendo un esfuerzo por asimilarlo.

La gente empujó hacia delante y al mismo tiempo fue empujada hacia atrás. Después de un rato, Krash logró ponerse en pie, con sumo cuidado. Por un momento se limitó a quedarse allí, sorprendido de estar vivo. Rechazó la camilla y se apoyó en su padre para dirigirse lentamente hacia un remolque de primeros auxilios. Unas mujeres llevaron a Malia detrás de uno de los puestos, donde la limpiaron con una esponja y le dieron ropas limpias.

Durante casi una hora, la gente se condensó en pequeños grupos en los que los hombres abrazaban a sus esposas y los padres abrazaban a sus hijos. Un tipo anunció que Krash estaba bien, y sus palabras reverberaron en un eco por el sistema de megafonía.

«... una piedra. El petardeo de un camión-mión-mión... Nadie está malherido. El susto ha pasado-sado-ado... Ahora es buen momento para la música. Dentro de poco Krash subirá para dirigirse al público-lico-lico...»

Malia lo vio bajar del remolque vestido con otras ropas. Tenía la parte de atrás de la cabeza vendada y temblaba un poco cuando se dirigió hacia el escenario, con los brazos extendidos hacia la gente. Al ver a Malia, se apartó de los policías que lo escoltaban por ambos lados y se detuvo ante ella.

—Gracias.

Malia sostenía la mano de su hija. Bajó la mirada, porque mirar a Krash sería rendirse por completo. Todavía podía oler lo que había impregnado su cuerpo, su sangre y otras cosas. Olió la curva de su espalda, sus delicados lóbulos con forma de corazón. Sintió su sangre, coagulándose bajo las uñas de sus propios dedos.

Krash suspiró y se volvió hacia el público, que lo esperaba. En ese momento Malia oyó que algo la llamaba. Algo distante, imposible de ignorar. Sintió que su vida se abría de nuevo ante ella. Apretó la mano de su hija con tanta fuerza que Baby Jonah hizo una mueca de dolor.

—Ve con él. Camina a su lado.

La chica la miró, sin comprender.

—¡Ve!

Baby Jonah se giró hacia Keo.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que ir con tío Krash?

Keo la cogió del brazo y la instó a moverse.

—Ve. Camina junto a tu padre. ¡Sí! Es él.

Baby Jo se volvió y miró a Malia, mientras su rostro se contraía por la sorpresa ante semejante revelación. Su boca había quedado abierta, pero muda. Acto seguido, como si estuviera en trance, empezó a moverse y se colocó al lado de Krash. Él se paró y la miró. Ella se irguió un poco.

Krash subió los escalones que conducían al escenario y contempló las caras de la gente, consciente de que había perdido, de que su gente había perdido. La mayoría de Hawái votaría por el SÍ. Aun así, cogió el micrófono y habló. De los años por venir. De la siguiente generación, que haría renacer a los hawaianos y los unificaría.

—La gente piensa que nos estamos muriendo. ¡Pero no! Solo estamos *descansando*.

No la presentó, pero durante todo el tiempo que estuvo hablando, Krash cogió a Baby Jonah de la mano. La suya era enorme y cálida. Baby Jo la sentía sudorosa, notaba sus hendiduras y sus pliegues. Se relajó, dejando que todo el peso de su mano, de su cuerpo entero, descansase en la mano de su padre. Él nunca la soltó. Se plantó a la luz del día ante la multitud, y sostuvo la mano de su hija.

ANAHOLA

Reloj de arena

Las miradas fijas de su hija, como alguien que le tosiera en la cara. Malia se estremeció al imaginar las oscuras manías que le aguardaban de ahora en adelante. La chica intentaría matarla mientras dormía. O, peor, la ignoraría. La ignoraría totalmente.

Ahora sabe quién soy, y quién es él, y ahora lo voy a pagar. Yo la crie, le di calor y la alimenté. Siempre hubo alguien que la abrazase y la adorase. Puede que no fuera yo quien lo hiciera, pero siempre estaba ahí, vigilando como un perro guardián desde las sombras. Todas las noches de su infancia cuando estaba enferma, rezando, suplicándose a la Diosa Madre que me diera a mí el dolor y la fiebre. Me sacrificué, le di una educación. Ahora puede irse con él si lo que quiere es glamour. Puede odiarme todos los días.

Hubo largas noches de llanto. De algún modo, Malia había enlazado su existencia con la de aquella niña; se había convertido en una madre. Ahora era ella la que miraba desde fuera, la que se quedaba a un lado para mirar sin tomar parte, mientras padre e hija se iban juntos. A solas, hablaban de libros y de la vida y de cómo Baby Jo quería ser cirujana. O jueza. Quería impresionarle.

Al oír la historia de sus costillas y del pulmón que le habían extirpado, cuando oyó la respiración raspada de su padre, deseó cuidarle, abrazarle y acariciar su frente. Y cuando Krash la llevó de vuelta a casa y la dejó en la entrada de la calle, ella caminó más erguida que de costumbre porque sabía que él seguiría mirándola hasta que llegase a la casa. En momentos como aquel, Baby Jo mostraba orgullo al aguantarse las ganas de echar a correr por toda la calle gritando «¡Mirad, ese es mi padre!». Y una vez dentro de la casa, se comportaba de forma más tranquila, más cariñosa, pues ahora sabía que la querían y que todas las personas que le importaban la conocían.

Bajó el tono de su voz para que no resultase tan chillona. Cuando hablaba en jerga lo hacía de forma más suave, cantarina, con el ritmo elegante del habla isleño. Todavía llamaba a Keo «Tío Papa». Y Timoteo seguía siendo, siempre, Abuelo. Su tío DeSoto aún la asombraba y la impresionaba con su calma, su displicente conocimiento de hechos curiosos (que el pulpo estaba estrechamente relacionado con el camello, que los ciempiés corrían más rápido que los guepardos).

Solo ante su madre representaba el papel de rencorosa, cada uno de sus gestos hacia ella era frío y como ausente. Sus ojos apuntaban al mismísimo centro, dardos dirigidos al corazón de Malia. Desde el día en que había cogido la mano de su padre,

Baby Jo no solo se había apartado de ella, sino que parecía haberse borrado por completo a sí misma de la vida de Malia.

Un día, Malia entró en su habitación y cruzó aquel abismo salvaje que se abría entre ellas.

—Adelante, ódiame. Por esperar dieciséis años para contártelo. Ódiame por ser orgullosa. Y por hacerte a ti orgullosa. Por darte buenas prendas de ropa que hacen juego, y por matricularte en tu colegio privado. Ódiame por ahorrar de aquí y de allá para que puedas ir a la universidad y no a la calle o a la cárcel. —Se acercó un poco más a su hija—. No importa si mi juventud ya es cosa del pasado. O si me odias. Mientras tú no tengas que trabajar en la fábrica de conservas o dejarte los brazos en los campos de caña. Gracias a mí, hay cosas que tú nunca tendrás que hacer. ¡Ve! Vete con tu padre. Quizás él pueda enseñarte nuevas maneras de odiarme.

—Mentiste —le espetó Baby Jonah.

—Nunca mentí. Nunca lo dije. Hay una diferencia.

La chica se sentó, y con ella pareció que toda la habitación hiciera lo mismo. Era como estar dentro de un almacén.

Por la noche, Malia rondó por toda la casa, deteniéndose ante la puerta del dormitorio de su hija, que la despreciaba abiertamente y la miraba alzando el mentón y con gesto insolente. Caminaba por la calle como si la hubieran despojado de todo, recordando la otra razón por la que había empujado a Baby Jonah hacia su padre: para que tuviera un campeón, un protector, para que la vida no la mutilase y la convirtiera en una mujer con un bastón.

Una noche se despertó de repente, gritando:

—¡Sunny! —Aún quería creer que la mujer y el bastón habían sido un sueño.

Al día siguiente, en la tienda, no podía trabajar. La tela se descosía, las tijeras se abrían solas y atacaban el aire. Pensó en Pono incluso antes de que la Singer cosiera el nombre. Al ver las letras, Malia apoyó la cabeza contra la superficie esmaltada y fría de la máquina, como si se apoyase contra lava dura y negra. Olió el azufre y la niebla mezclada con humo de la isla grande de Hawái, la isla de los volcanes, donde Pono la esperaba.

Cogió de nuevo el barco que unía unas islas con otras y vio cómo Honolulu iba disminuyendo de tamaño en la lejanía, y sintió un alivio enorme al alejarse de aquella ciudad que era su prisión, un lugar donde se sentía estancada. Entonces experimentó una punzada de terror al imaginarse cómo sería ver que Honolulu desaparecía para siempre. No volver nunca a ver los campos de caña borlados de plata, o a oler el aroma dulce y pegajoso de las piñas de las fábricas, o a ver desgajarse las nubes sobre los Ko‘olaus. No volver jamás a oír los ronquidos y ronroneos de su hija, ni a oler la herrumbre de la mosquitera que su padre cerraba con llave cada noche para mantenerlos a salvo.

Un pequeño cerrojo oxidado. ¡Oh, papá! No era suficiente. El cerrojo no evitó que el mundo entrara en casa.

Al atracar en el puerto de Hawái, a Malia le llamó la atención una vez más el paisaje de lava negra en el que la corteza de la tierra aún eructaba y se abría, donde su cuerpo todavía se desbordaba, como si diera a luz un nuevo trozo de tierra. Luego sintió el tacto de Pono, sus manos alargándose todo el camino hasta la costa, sus dedos oliendo a eucalipto, a tierra, a gardenias y flores de cafeto. Hasta el clima coincidía con la personalidad de Pono: cambiante, tempestuoso, con truenos que retumbaban en el cielo. Luego las nubes se abrieron y el sol, con majestuosidad, salió, cegador, saqueándolo todo.

Malia miró hacia las colinas del cinturón de café, cubiertas de una niebla azulada, donde se asentaban las viejas poblaciones con nombres como Holualoa, Kainali‘u, Kealakekua. Y Captain Cook, donde aguardaba Pono, un mujer inflexible que no permitiría que el mundo la atravesara. Durante el interminable ascenso hacia aquellas colinas de otra época, Malia se sintió como drogada, el aire estaba tan cargado de aroma a jengibre que los caballos galopaban de lado. Notó que la tensión se plegaba tras ella como un abanico, se sintió calmada, como una niña.

Luego le llegó a la nariz un ligero olor a quemado, el olor de la isla a bruma y ceniza volcánica, a azufre, un olor de otro mundo. En algún lugar de aquella isla, las montañas se estremecían y vomitaban; en algún punto la tierra se descosía y mostraba sus venas de lava hirviendo. Malia llegó a la rocosa entrada a Nap‘opo‘o Road. A través de un silencioso pasadizo entre árboles, se adentró una vez más en el mundo de Pono. Sobre el césped se alzaba, siniestra, la casa.

Aquella mujer enjuta y fuerte llamada Run Run, con su pequeño rostro jovial de niña, estaba en el umbral de una de las puertas. Salió al porche, dio una profunda calada de su cigarrillo y luego frunció los labios para expulsar unos anillos perfectos de humo.

—¿Quién eres tú?

—Malia. Ya vine antes.

—¿Y? ¿Qué quieres ahora?

—La última vez que estuve aquí le di a Pono un viejo kimono de seda...

Los ojos de la mujer se movieron de un lado a otro con gesto travieso.

—¿Qué era, un regalo de ida y vuelta? ¿Quieres recuperarlo?

—¡No, no! —gritó Malia—. Necesito pedirle que me explique lo de la cara, había una cara...

De repente, Run Run se inclinó hacia delante meneando un dedo.

—¡Eres tú! Ese kimono hizo que Pono se volviera realmente loca. Estuvo maldiciendo todas las noches, lloriqueando y arrancando las costuras de la cara de la vieja para coser una nueva cara. Luego cambió de idea y volvió a arrancar las

costuras una y otra vez. Nunca la había visto así. Pono no es mujer que se siente tranquilamente en un rincón para coser. Ella pertenece al mar y al cielo. Es una *wahine* de cuidado.

Malia dio unos pasos para acercarse a la mujer.

—Run Run. Tengo que verla. Por favor. Dile que he visto ese rostro en persona... es Sunny Sung.

La mujer miró calle abajo, hacia el océano, un tapiz de tonos de índigo y jade.

—Ve por esa carretera. Hasta el acantilado. Si ella quiere verte, lo sabrás.

Malia recorrió Napo‘opo‘o Road y luego se desvió por un bosque hacia un acantilado que se alzaba sobre el mar. Paseó la mirada por la superficie del agua, sin ver a nadie. Pero entonces descubrió a Pono emergiendo en medio del mural roto de azules y verdes, saliendo de una ola. Caminó por la arena, murmurando un cántico dirigido al cielo. Se echó su larga melena negra hacia atrás y se desató el pareo, desnudando su cuerpo dorado al sol.

Se arrodilló y se restregó los brazos, los pechos y las caderas con sal de mar que había recogido en un cuenco de lava. La sal suavizaba la piel, la mantenía firme, sedienta de océano. Malia contuvo el aliento al ver que Pono volvía corriendo hacia el agua. La vio inclinar la cabeza, unir las manos y beber, como los antepasados habían bebido para cicatrizar sus heridas de guerra, o como incluso ahora hacían los ancianos para restablecer su salud con tragos diarios. Se adentró de nuevo en aguas profundas, sumergiéndose y emergiendo con un estilo elegante e hipnótico.

Malia perdió el sentido del tiempo. Una vez le pareció verla emerger, dotada de aletas y morro. Después de una hora, o quizá de varias horas, Pono reapareció en la arena de la playa. Entonces, girando lentamente, levantó la mirada hacia Malia, una mirada que parecía cargada de piedras negras. Malia cayó en un sueño.

Era mediodía, cuando las sombras se adentran en la profundidad de cada ser humano, cuando el *mana* es más fuerte. En el sueño de Malia, Pono ascendió por el acantilado inclinada hacia atrás de un modo que desafiaba a la gravedad y se plantó ante ella, envuelta en un olor a fósil calcáreo antediluviano. No obstante, de sus pantorrillas cubiertas de arena, sus muslos y sus hombros bañados por el sol emanaba una sensación de calidez.

Malia se enderezó. Es decir, se vio a sí misma enderezándose en la espiral de un sueño. Pono le mostró el kimono que Malia le había dado con la cara de la vieja.

—Mírala de cerca, el dolor que había en la cara se ha borrado. Puedes distinguir diminutos agujeros en la seda, ahí donde estaban las costuras. El descosido se curará con el tiempo.

Malia miró la prenda, sin comprender. En el kimono, la cara de la mujer había desaparecido, como si la tela la hubiera digerido. Lo que estaba ahora cosido era la parte trasera de la cabeza, un cuello esbelto, elegante como el de una geisha. Parecía

estar mirando el océano. Era un paisaje tan simple que la confundió.

—¿Qué hay de las pesadillas de Sunny? —preguntó—. ¿Cómo saldrá adelante?

Pono respondió lentamente, pues había sufrido por aquella mujer, había cosido y descosido hasta que la historia y el futuro de Sunny Sung parecían verdaderos.

—¡Frena! El Tiempo no ha terminado. Será lo que el Tiempo imponga.

Malia volvió a dormirse, y al despertar se encontraba en la hacienda, en una habitación de líquido viscoso en la que nada estaba quieto. Las paredes color sepia se estremecían como si la madera tuviera fiebre. Estaba tumbada en una cama de columnas, percibiendo el resplandor de un calor vivo, sintiendo que había llegado a un lugar habitado por un gentío turbulento. La habitación poseía un millar de lenguas.

Pono sostenía el mismo kimono, y Malia reanudó la conversación como si hubiera vuelto a caer en el sueño.

—¿Qué pasa con el mal que rompió a Sunny en pedazos?

La mujer miraba fijamente el mar a través de la ventana.

—Habrà un ajuste de cuentas.

—La vi —susurró Malia—. Yo estaba allí. Se lo contó todo a mi madre moribunda. ¿Cómo puedo ayudarla? ¿Qué debería hacer?

Pono se sentó frente a ella con una expresión en la cara en la que no había ningún temor. Parecía haber aumentado de estatura y en astucia. Malia sintió que estaba mirando el rostro de un petroglifo, que estaba respirando la piel de los antiguos.

—Ahora escúchame, Malia. Vas a ayudar a Sunny Sung de modos que no puedes ni imaginar. Permitiendo que el aire se vuelva aire. Por no encadenar cada día, fustigando cada momento. Por no pasar más del vacío al vacío. —Malia se incorporó hasta quedar sentada, mientras Pono se le acercaba un poco más—. Yo tenía cuatro hijas. Se han ido. Tenía un marido, se ha ido. Es decir, la vida no me permitirá tenerle. Castigué a mis hijas, queriendo a su padre en su lugar. Las amaba con un amor tan fuerte que pensé que era odio. Cometí errores terribles. Los errores nos dicen quiénes somos...

»Ahora todo lo que tengo son sueños. Y, de vez en cuando, a un hombre que la vida continúa trayéndome, porque es *ma'i pākē*. Le he herido profundamente al llevarme a nuestras hijas lejos de él. Por encadenar cada día, fustigando cada momento. Por amargura y orgullo. He destruido las semillas que sembramos juntos. Quizás algún día las hijas de mis hijas me perdonarán. Si estoy preparada para ser humana. —Tocó el cabello de Malia, y luego su mejilla. Nunca había tenido tanta paciencia con otra mujer, excepto con su amiga y guardiana, la pequeña Run Run—. Mira tu vida, Malia. Está vacía. El orgullo mantiene la pasión cerrada en el armario de tus medianoches.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Sunny Sung?

—En tu juventud, la rechazaste. Hubiera sido una estupenda amiga.

—Pero me he tragado el orgullo. Incluso he entregado mi hija a su padre.

—La has medio entregado. Te mantienes apartada del padre. Y así, romperás lo que te ata. —Pono se alzó por completo—. Te lo digo ahora. Coge tu orgullo y trágatelo. ¡Ingiérelolo! Y excrétalo. Coge las costillas que tanto adoras. Sácales brillo con aceites de determinación. Pídele que te perdone. Si apartas de ti a ese hombre, perderás para siempre al padre y a la hija. Y yo misma te condenaré.

Malia negó con la cabeza.

—No puedo. Él me humilló.

—¡Mujer, tú has vivido! ¿Creías que podías vivir día tras día solo con unos cuantos arañazos? Eso no es vida. Eso es esconderse.

—Entonces me esconderé. No confío en el amor. Te abres a alguien, y te matan.

—Escucha. Todas las decisiones que tomamos, la de amar o la de no amar, son una muerte. El amor no mata ni castra. Nosotros lo hacemos. Pensamos demasiado. Hablamos demasiado. Siente, Malia, siente. Nosotras somos mujeres de blasfemia y temeridad. La vida nos hace pagar. Así, tú has pagado. Ahora, recoge tu vida pieza a pieza. Recuerda lo que te enseñé. Busca patrones que hagan juego, conecta las costuras. Obtendrás diseños brillantes. —Su voz se suavizó al proseguir—: ¿Te has olvidado? El padre de tu hija también ha sufrido. ¿Quién sabe lo que los hombres sufren y no pueden expresar? Todavía hay un sentimiento vivo entre vosotros. Es poco frecuente. Es muy poco frecuente. Te insisto, acéptalo de nuevo. Deja que la vida empiece.

Malia libró una lucha interior, queriendo decir algo, pero sin ser capaz de hacerlo. Cómo había intentado ser una persona honrada. Preocuparse, atender y alimentar a aquellos que le habían dado la vida. Y a aquella a quien ella había dado a luz.

—Lo sé todo —dijo Pono—. Tus padres vivieron con dignidad gracias a ti. Nunca tuvieron que pedir limosna. Un día tu niña lo sabrá. Su padre se lo contará con el tiempo. ¿Puedes creer que incluso ahora ella llora creyendo que te has marchado? Tu cama está hecha. Tu tienda está cerrada. Comienza a comprender que eres lo mejor que jamás le va a ocurrir.

»Y, por lo que respecta al padre, está cansado, Malia, físicamente agotado. Puede que no sea un amante tan fuerte como era antes. Sin embargo, es un hombre valiente que lucha por nuestra gente. Si lo alejas de ti, recorrerás los años convertida en una mujer destrozada. Insisto, sé extravagante. ¡Atrévete!

Malia volvió a pensar en Sunny Sung.

—¿Cómo puedo ayudarla? ¿Cómo puedo deshacer los años en los que fui demasiado orgullosa?

—No hay necesidad de hacer o de deshacer. El mundo nos cambia a nosotros mucho más de lo que nosotros cambiamos el mundo. Simplemente quédate quieta. Las cosas se desarrollarán por sí solas.

Malia se quedó pensativa. Cuando al fin habló, su voz sonaba muy segura:

—Pono. Mi hija es ya una jovencita. El nombre de «Baby» ya no le cuadra. Nunca la bendije con un nombre al nacer. Todavía tengo su cordón umbilical envuelto en un trapo de lino. —Pono sonrió, sabiendo lo que iba a decir antes de que lo hiciera—. Quiero llamarla... Anahola. Como la hija de Sunny y de mi hermano. La sangre de mi hija fluye por las venas de mi hermano. Keo también es su padre. Él la crio. Puede que sea la persona a la que más quiere mi hija.

Pono la cogió de la mano.

—¿Lo ves? Ya te estás poniendo tierna. Ese nombre alegrará a tu hermano. Y tocarás el corazón de lo que queda de Sunny Sung. —Se puso en pie y volvió a mirar hacia el mar—. *Anahola...* reloj de arena. Será una mujer inquieta. Siempre estará buscando algo. Os pertenecerá a cada uno de vosotros. Y a nadie.

Malia sintió la necesidad de preguntar otra vez:

—¿Qué hay de los que mutilaron a Sunny?

—Ya te lo he dicho. Habrá un ajuste de cuentas.

—¿Y qué pasa con... Rabaul, donde estuvo prisionera? Continúa existiendo.

La voz de Pono se volvió despiadada.

—Representa demasiada maldad para existir. Llegará el día en que Pele reclamará ese lugar.

Entonces, con delicadeza, como si Malia fuera una niña pequeña, Pono la arropó con una sábana hasta los hombros.

—Descansa. Hoy he sido generosa. Piensa profundamente, Malia. Suelta tu látigo. Deja que la vida comience.

Un soplo de brisa, como el aliento tímido y fragante de un animal, tocó la cara de Malia, acariciándola hasta que se quedase dormida.

—¡Pono! —murmuró, soñolienta—. ¿Cuándo me perdonará mi hija?

—¿Cuándo te perdonarás tú misma? —repuso Pono, con una sonrisa.

MAKA HAKAHAKA

Ojos hundidos

Endo se irguió con un sonido de tela que se rasga. Se inclinó hacia la ventana, haciendo un esfuerzo por recordar quién era. Fue luego hacia un espejo, tratando de controlar el temblor de sus piernas. Cada día parecía más azul. Se sentó en una silla y empezó a tocar su saxofón, lo único que le quedaba que seguía siendo real para él. Preparó té y cogió la tetera con ambas manos para servirse una taza. Le temblaban tanto las manos que apenas podía sostener su instrumento musical. Apenas controlaba su respiración.

Lo único que lo calmaba era caminar entre la muchedumbre. Analizar cuellos. Había muy pocos que se le antojasen deseables. De vez en cuando descubría uno perfecto, delicioso, y las muñecas empezaban a sudarle. Sentía una leve erección. Algunos días resultaban miserables y llenos de disgustos, una multitud tras otra con cuellos imperfectos. Cuellos *zenzen dame*, verdaderamente terribles, gruesas tajadas de grasa amarillenta y marrón. O cuellos como clarinetes de bambú, delgados tallos de hueso. En días como esos regresaba a casa tambaleándose, débil y famélico.

Ahora había gigantescas multitudes en las calles con cánticos estúpidos. Desfiles, carteles, discursos. La ciudad entera se había sumido en un estado febril provocado por las votaciones de si Hawái debía ser un Estado o no. Keo decía que Washington podría pasar la cuenta en cualquier momento. En su propio interior, en el subsuelo de su ser, Endo sentía repugnancia. Allí había gente con casas, con familias a las que amar, con comida para comer. Y, sin embargo, su avaricia les hacía querer más. ¿Qué sabían ellos de lo que era la necesidad? ¿Del sufrimiento? ¿Qué sabían de ciudades incineradas? ¿De orígenes reducidos a cenizas...? ¡Madre! ¡Padre!

Daba paseos bajo la luz de la luna cuando el Barrio Chino estaba en silencio. Levantaba la vista hacia las estrellas e intentaba recordar cómo era ser normal. Pero luego le sobrevénía la sensación de estar acosado, el olor a herrumbre, a arcilla húmeda. Una noche, desorientado, se detuvo en una tienda para preguntar la dirección correcta. Bajo una luz deslumbrante un carnicero golpeaba con su hacha, ¡pa! ¡pa! ¡pa! Trece cabezas de pato seguidas. Los cuerpos se sacudían y agitaban. Endo miró la pirámide de cabezas y soltó un grito. El carnicero se limpió las manos y lo sacó a empujones de la tienda.

Tal vez fueran imaginaciones suyas. El único momento en el que no se sentía acosado por el olor de la arcilla mojada era cuando estaba con Keo. Como si Keo fuera un escudo, algo que mantuviera el olor a raya. En el Swing Club, la forma de tocar de Endo se había reducido prácticamente a la imitación. Ya no realizaba solos.

No obstante, acudía cada noche, sostenía su saxofón y escuchaba atentamente. La música era lo único que le quedaba. Su temor era que llegase el día en que sus sentidos se distorsionasen y el jazz no fuera para él más que simple ruido.

Cada vez más, su vista le fallaba, y el sol resultaba un tormento. Recorría el Barrio Chino con unas gafas de sol redondas que, unidas a su piel azul, traían a la mente la imagen de una mosca grande escapada de alguna fábula. Los productos químicos del plomo le afectaban cada vez más, causando estragos en su sistema nervioso. La comida que ingería la devolvía teñida de colores chillones. Sus extremidades se movían de manera independiente. Tenía convulsiones. Los dependientes de las tiendas en las que entraba cogían siempre algún lápiz para evitar que se arrancase la lengua de un mordisco si le daba un ataque, y reñían a los críos que se le quedaban mirando.

Un día se detuvo en una tetería en la que se estaba fresco y en penumbra, las pantallas de las lámparas decoradas con borlas, los periódicos del día enganchados a cañas de bambú. Se tomó un té con una pajita y leyó los periódicos extendiéndolos sobre la mesa para que sus manos no los hicieran sonar al pasar las páginas. Por todo el local, entre débiles espirales de polvo, la gente bebía de tazas de porcelana y leía. Alguien entró por detrás de Endo. Pese al calor sofocante, de repente sintió un escalofrío, como si unas manos diminutas le hubieran tocado la columna vertebral. En una mesa distante se sentó una mujer vieja, con bastón y unos feos zapatos ortopédicos, y pidió un té de jazmín.

Durante un buen rato reinó el silencio en la tetería, alejada de las calles ruidosas, solo se oían toses ocasionales que removían el polvo que flotaba en el aire. Un chiquillo se presentó en el umbral pregonando ciruelas pasas de Java. El propietario lo echó con delicadeza. Luego sonrió, mostrando sus grandes colmillos amarillos, y miró fijamente la piel de Endo mientras rellenaba su tetera. En el otro extremo de la estancia, una mano cubierta de piel curtida cambió de posición el bastón.

Cada treinta segundos, un cartel de neón en el exterior de la ventana teñía a Endo de rosa. Su resplandor intermitente puso nervioso a un guacamayo encerrado en una jaula oxidada que colgaba del techo. Quizá le recordase las junglas de acuarela de sus orígenes, cuando podía extender sus alas en libertad. Empezó a agitarse, tirando su comida por todas partes, volcando su platillo de agua y haciendo que la jaula se balancease como un péndulo.

Los clientes levantaron un instante la mirada y luego volvieron a concentrarse en sus periódicos. El agua del guacamayo cayó al suelo, al lado del bastón de Sunny. Sintió el impacto de una gota en su tobillo. Con movimientos pequeños y medidos, dio un sorbo a su taza de té. Pero había algo en sus gestos que transformaba el aire, los elementos. El ave se quedó quieta. En el otro lado del local, Endo dejó caer la cabeza y emitió un gemido. Un hombre azul que intermitentemente se volvía rosa.

Percibió un olor que se extendía por la tetería: el olor a herrumbre de la arcilla húmeda.

La gente se agolpó a su alrededor, sin saber cómo podían conseguir que se calmase. Sus gritos volvieron a asustar al guacamayo. El cuerpo de Endo empezó a temblar y dar sacudidas. Alguien le ofreció un lápiz para la lengua. Él intentó explicar que no eran convulsiones, que era aquel olor que lo volvía loco. ¿Acaso no lo olían ellos? Ahora aquel olor se le acercó más. Le puso la mano en el hombro. El olor se apoyaba en un bastón. Endo dio un salto y salió tambaleándose del local.

A su lado se marcharon los recuerdos, como un demonio morbosos.

... Kilómetros de cámaras excavadas en la arcilla. Cámaras en las que la gente moría de hambre. En las que uno se ahogaba. Cámaras llenas de mosquitos que propagaban la malaria, con su zumbido incesante. Como kamikazes que volasen a la muerte. Millones de jóvenes sacrificados...

Echó a correr en mitad del tráfico, gritando:

—¡EL EMPERADOR LO HA ORDENADO!

A medida que la salud de su amigo iba declinando lentamente, Keo pasaba cada vez más tiempo con él, viéndole beber con una pajita y comer de su plato como un perro, pues ya no confiaba en sus manos si sostenían cuchillos y tenedores. Semana tras semana, su piel se hacía más azul. Sus ojos se hundieron, convertidos en oscuras y profundas simas. Keo empezó a pensar que la cabeza de Endo era una de esas calaveras en las que los investigadores introducían su bolígrafo para indicar algo.

—Tenemos que encontrarte un especialista.

—Ya te lo he dicho —repuso Endo, negando con la cabeza—. No terminaré convertido en un microbio, en un espécimen sujeto en un cristal para que lo pinchen y lo examinen.

—Pero mírate. Estás empeorando.

—No estoy empeorando. Estoy muriéndome. —Endo miró fijamente a Keo, miró su cuello, un buen cuello. Sentía un gran afecto hacia él—. No te pongas triste. He vivido bastante. Tú has sido un buen amigo. Me has animado. —Ahora volvió a mirarle, directamente a los ojos—. Eres un trompetista de primera clase. Eres como el mismísimo Clyde McCoy. Te deseo el reconocimiento que mereces.

Keo apartó la mirada, sonrojándose.

—Ya no pienso en eso. Son sueños del pasado. Ahora están pasando demasiadas cosas, hay mucho por lo que luchar. Un día Krash me dijo que había perdido el toque, que mi música carecía del *grito* de nuestra gente. Apoyar a mi gente me parece ahora más importante que obtener reconocimiento.

—Siempre hay voces gritando —suspiró Endo.

—Tal vez. Yo solo sé que tenía músculos y nervios, que estuvieron muertos durante años. Ahora me duelen, siento un hormigueo constante. Me siento vivo. Al enseñar a los jóvenes me siento conectado con ellos. Cuando mi madre murió, vi que la vida se aceleraba, que nuestros mayores empezaban a desaparecer. Nosotros éramos la nueva generación de gente mayor. Pero yo continuaba viviendo en el pasado, mientras el presente se cerraba justo delante de mis ojos. He perdido la necesidad de ciertas cosas. Incluso la necesidad de viajar.

—Y... ¿qué pasa con la chica a la que intentabas encontrar?

—Un amigo muy sabio me dijo que la vida la encontraría. Ahora, cuando pienso en ella, siento el recuerdo, pero no el dolor. —Se quedó un rato contemplando el océano, y luego dijo—: A veces, su recuerdo es tan vívido que creo que puedo oír los latidos de su corazón.

—Una vez sentí un amor como ese. Bueno, una pasión. Una chica de Mongolia llamada Udbal. —Endo sonrió—. Ella me enseñó lo que es la concupiscencia. Yo era virgen hasta que la conocí.

Keo frunció el ceño.

—No eras virgen. ¿Después de todas aquellas chicas de París?

—Eso era un juego de niños. En realidad fui un crío hasta la guerra. Udbal me hizo un hombre, como se suele decir. Ella me introdujo en... en una adicción muy particular. —Cerró los ojos para recordar su primera y breve incursión en la Manchuria ocupada.

... el invierno era tan frío que los dientes se rajaban. Los lobos peleaban por los cadáveres. La pequeña belleza de Udbal. Capturada con catorce años, cuando sus soldados masacraron su aldea. Cada vez, antes de violarla, la obligaba a cantar. Se decía que la música había nacido en Mongolia. A veces, mientras estaba dentro de ella, oía gritos. Prisioneros de guerra que eran utilizados en experimentos (los cortaban y los infectaban con el bacilo del cólera o de la peste bubónica). Un día descubrió úlceras de sífilis en el cuerpo de la chica. Se miró el pene y lo imaginó cubierto de pústulas. Se puso a llorar, sintiendo un poco de amor por ella. La sacó fuera y la obligó a arrodillarse sobre la nieve. El arco de su espada. La joven cabeza de Udbal brincando por el aire. Más tarde no quedó nada aparte de huellas de lobos. Vinieron como relámpagos plateados.

Udbal, su primer éxtasis. En dos meses mató a otras cinco chicas enfermas de sífilis. Comenzó a estudiar los cuellos, incluso los de otros oficiales, colegas suyos, mientras inclinaban la cabeza meditando sobre un movimiento de ajedrez. Un capitán se inquietó, pues los ojos de Endo tenían un brillo demasiado punzante. Le enviaron a Rabaul, en las profundidades del Pacífico...

Abrió los ojos de nuevo.

—Supongo que recordar nuestro primer amor es un modo de mantener la

inocencia a salvo del deterioro. No puede pudrirse antes de que lo hagamos nosotros.

A Keo le resultó difícil imaginarse a Endo dominado por la pasión o la adicción. Era un hombre tan dañado que sus exhalaciones olían a metal ardiendo.

—¿Qué le ocurrió a la chica, a Udbal?

Endo desvió la mirada y sus labios se movieron para pronunciar en susurros:

—*Gomen nasai. Gomen nasai.*

—¿Qué estás diciendo?

—Una simple frase. Significa lo mismo que vuestro *kala mai*. «Perdonar.»

Keo le dio una suave palmada en el brazo y suspiró.

—Esa guerra nunca nos abandonará. Pero a mí me parece que tú ya has sufrido bastante. En cuanto termine el jaleo de si somos o no un Estado, te buscaremos un especialista. Puede que todo lo que necesites sean vitaminas.

Endo echó la cabeza hacia atrás y se rio histéricamente.

—¡Vitaminas! Oh, amigo mío, tú sí que eres original. —Luego la expresión de su rostro cambió y se inclinó hacia Keo—. Deberías empezar a pensar en mis restos. Incinéalos. Después, si quieres, entierra mis cenizas en los Ko'olau, donde la tierra está en calma. ¡Keo, te lo suplico! No los arrojes al océano. El océano me horroriza, me trae recuerdos espantosos. Incluso mis cenizas lo sabrían. Sería como hervir eternamente en un infierno rojo y húmedo.

HĀNAU HOU

Renacimiento

Un cálido día de marzo, Malia oyó sirenas procedentes de Merchant Street. Acto seguido vio a varias mujeres alzando las manos hacia el cielo. El locutor de la radio parecía estar riendo y llorando. Las dos Casas del Congreso habían votado a favor: el proyecto de Ley para convertir a Hawái en Estado había sido aprobado.

Unos momentos después, las campanas sonaron por toda la ciudad, un tañido que duraría veinticuatro horas. El tráfico quedó detenido porque la gente saltaba de los coches y se fundía en abrazos y vítores. Había hombres corriendo por las calles y arrancándose a jirones la camisa. Malia miró fijamente la Singer, imaginando bloques de pisos y chabolas del Homestead abarrotadas de hawaianos en silencio.

Le dio una palmaditas a la máquina de coser, deseando que aquel simple objeto pudiera decirle lo que iba a ocurrir de ahora en adelante. Suspiró y paseó la mirada por su tienda. A veces la vencía el cansancio, como si no hubiera nada más en su vida aparte de trabajo. Sin embargo, el trabajo la salvaba de una libertad que no sabría cómo utilizar. Le servía para no tener que admitir que no había nada más a lo que entregarse.

Pensó en Sunny Sung y se preguntó dónde estaría, deseando poder llegar hasta ella. Pensó en Leilani, que había dicho que si Hawái se convertía en Estado, Estados Unidos se tragaría todas sus islas. Mamá. La que nunca aprendió a leer ni a escribir. La que vertió orgullo en mi ser, y arrogancia para que nadie pudiera romperme. Mamá. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué pasará ahora...?

Cerró la tienda y emprendió el camino a casa. Las calles se habían transformado en ríos de gente, con coches y autobuses abandonados. Le llevó cuatro horas conseguir llegar hasta Kalihi, que solo estaba a un kilómetro y medio del centro de Honolulu. En su calle se había montado una gran celebración en la que la gente se abrazaba y bailaba. Los Silva y los Chang. Los Manlapit. Rosie Perez y su prole. El señor Kimuro, que había vendido su cama. Catorce años después de acabada la Segunda Guerra Mundial, seguía durmiendo de rodillas, rezando para que su chico regresase del combate. Solo los Palama, que estaban en contra de ser un Estado, echaron las cortinas y se quedaron en casa.

—Ven, ven a celebrarlo —la llamaron los vecinos—. Hay comida y bebida de sobra.

Había incluso una pequeña banda tocando. Malia se descalzó y se tomó una cerveza junto a su padre. Dividido interiormente por sus propias ideas ante lo que sucedería con Hawái siendo un Estado, parecía eufórico y perdido al mismo tiempo.

—Ojalá tu madre estuviese aquí. Me preguntó qué diría. Tantos años huyendo de los *haole*, y ahora nos tienen cogidos por la garganta.

—Papá —dijo Malia, dándole una palmada en la espalda—, ser un Estado también nos traerá buenas cosas. Lo que no me gusta es la manera en que los blancos lo celebran como si fuera una victoria.

Mientras hablaba, buscaba constantemente con la mirada a Baby Jo. Podía tardar horas en volver. Se deslizó al interior de su casa y se dio una ducha. Se lavó el pelo y se limó las uñas. Se sentía cubierta de arena. Luego se puso un vestido de tubo largo color verde lima, y caminó de un lado a otro descalza.

Pasaron las horas. Se cepilló el pelo, puso la radio y localizó una emisora en la que sonaban bandas de Waikiki. Bailó sola. Ya era media tarde y su padre y los vecinos se habían instalado en el garaje para cantar a coro alrededor del piano de Keo. En la calle flotaban ricos aromas de barbacoa, *chow fun*, el olor acre del *bagoong*.

Más allá de King Street, más allá de Kalihi, el cielo se tiñó de llamativos tonos rojos y púrpuras. Pronto anochecería y comenzarían las verdaderas celebraciones, con fuegos artificiales y cañones. Malia pensó en Baby Jonah, que estaría en algún lugar, entre toda aquella multitud. Empezó a sudar. Su hija moviéndose a un ritmo desmadrada, un desconocido siguiéndola. Malia sudaba tanto que un soplo de brisa le secó el sudor formando tatuajes de sal. Miró a su alrededor en busca de algún arma.

... Agujas. Tijeras. Lo que necesita una mujer...

No le había enseñado a su hija cosas vitales como aquellas. Baby Jo estaba ahí fuera, sin estar preparada. Malia pensó en todo lo que podría ocurrirle. Estaba empapada, como si se le hubiera abierto una vía de agua. Se tomó otra cerveza e intentó calmarse. Se miró en el espejo. La piel resplandeciente, el cabello grueso y oscuro recogido en un lado con un penacho de plumas. Su cuerpo ya no tan esbelto llenaba el vestido verde.

Nunca he tenido tan buen aspecto. Y, mientras, mi hija está por ahí, siendo mutilada...

Corrió hacia la ventana y llamó a gritos a su padre:

—¡Papá! No está a salvo. ¡No está a salvo!

Su padre la saludó con la mano, sin poder oírla bien con el alboroto. Malia fue hasta los escalones de la puerta principal y buscó a su hija entre la multitud que abarrotaba la calle, luego regresó al interior, a sus pesadillas.

... La mano del hombre acariciando su pene. Acosándola. Del modo que las serpientes cazan guiándose por el olor. Su olor a virgen. Imaginó las bragas blancas de su hija anudadas alrededor de su cuello... Estrangulada con sus propias bragas.

Malia gritó. Y la gente que había en la calle gritó también, pensando que se trataba de alguna canción.

Quizá fuera la muchedumbre, el caos, lo que había hecho que algo se encabritase en su interior. El miedo conjuró la historia de Sunny Sung.

—¿Dónde está su padre? Por favor, que la encuentre a tiempo.

Entonces pensó en él, sin permitirse a sí misma pensar su nombre. En aquel preciso momento él estaría allí fuera, en mitad de todo, convertido en una sensación. Completamente inútil. Malia cogió unas tijeras grandes, letales. Rescataría a su hija por sí misma. Se abriría paso entre la multitud, recorrería el mundo para encontrarla, para vengarla. Se convertiría en una cuchilla andante.

—¡Papá! —gritó otra vez por la ventana—. ¡Me voy! Voy a buscarla.

Así sería como recordaría aquel momento. Recordaría a su padre en el garaje, mirando de repente calle abajo. Su padre levantándose y moviéndose hacia delante. Recordaría girarse, avanzar hacia la puerta mosquitera, los recordaría a ellos caminando hacia la muchedumbre. Baby Jonah y su padre. Sus pasos eran muy lentos, como si pisasen cristales. La vieron en la puerta de la casa. Malia oyó cómo la sangre se movía por sus venas. Dio un paso hacia el exterior, y sintió que su padre se colocaba a su lado. Oyó el corazón de Krash, ¿o era su propio corazón?

La gente continuó cantando, pero todos centraron su atención en lo que estaba pasando. Miraron a Malia, esperando ver si se ponía a gritar. Baby Jo parecía aterrorizada, sus ojos tenían el tamaño de platillos de cacao. Parecía ir tirando de Krash, pero entonces él vio a Malia bajo la luz del umbral. Su exuberante cabello negro y su piel resplandeciente, la exuberancia de sus brazos desnudos. Krash y su hija se detuvieron en mitad de la calle y esperaron allí.

—No seas orgullosa —susurró Timoteo en su pelo—. Ve, encuéntrate con ellos a mitad de camino.

Daba la impresión de que todo el vecindario estaba esperando.

Timoteo le pellizcó en el brazo.

—Hazlo por tu madre. ¡Ve!

Malia titubeó un momento y luego se puso en movimiento como una mujer totalmente ebria, flotando sobre el césped con su vestido de tubo verde, sin ver nada más que los ojos de su hija. El hombre que estaba al lado de su hija estaba ligeramente despeinado, pero alerta, como alguien que desease algo pero el orgullo le impidiera decirlo abiertamente. Malia avanzó calle abajo, aferrando las tijeras.

La gente se apartó, formando un pasillo, y se quedó observando la escena. Malia se dirigió hacia el padre de su hija. Él contemplaba lo que ella sostenía en su mano. Malia miró a su hija, le tocó la cara, el hombro, todo seguía intacto. Lanzó las tijeras al suelo y se volvió hacia Krash. Más tarde no podría recordar si habían hablado. Debían haberlo hecho. Solo recordaría que Baby Jonah caminaba entre los dos, dándoles la mano a ambos mientras avanzaban por la calle.

Kilómetros de seres humanos en movimiento. Flotaron entre ellos y sobre ellos,

como si los tres tuvieran alas. Los barcos del puerto dispararon sus cañones, haciendo que el suelo temblase bajo sus pies. Malia recordaría después haber mirado hacia abajo y reírse al ver sus pies descalzos, y detenerse en algún sitio y beber algo frío.

Años más tarde, entre viajes para ver mundo y regresos apresurados a casa, y nuevos viajes (una mujer dirigiéndose siempre hacia el mar, *makai y makai y makai*), Baby Jo contaría la historia. Empezaría diciendo que había ciertos momentos en la vida que eran puros. Momentos esculpidos con tanta precisión que encajan en la mano de la persona que los vive para que esa persona pueda llevárselos consigo para siempre. Diría que esos momentos eran como el primer destello de algo extraordinario que vemos al apartar a un lado el velo que lo cubre.

El momento en que por primera vez se dio cuenta de que su hermana era su madre. La primera vez que miró el rostro de su padre, comprendiendo quién era. Los callos y arrugas de la mano de su padre. La «realidad» de su padre, que nunca sería capaz de describir. Ella cargaría con esos momentos como si fueran auténticas joyas.

Y cargaría también con aquella noche de celebraciones, cuando caminó entre sus padres, cogiéndoles las manos a los dos. La respiración dificultosa de su padre, los dedos cubiertos de pinchazos de agujas de su madre. Recordaría aquel momento como si hubiera estado sujetando firmemente a sus dos hijos para que no se evaporasen.

Cuando se dirigían hacia Waikiki, una pareja de policías reconoció a Krash y los llevó en un coche patrulla haciendo sonar las sirenas mientras la gente les lanzaba flores al pensar que eran famosos. Aunque el proyecto de Ley había sido aprobado en el Congreso, la gente de Hawái aún tenía que votar a favor o en contra.

Uno de los policías se volvió:

—Eh, Krash, los hawaianos van a perder la votación. La mayoría de la gente votará SÍ. ¿Qué hacemos ahora?

—Seguimos desfilando —respondió Krash, con voz grave y clara—. Seguimos gritando. *Ha'ina mai ka puana!* «Hagamos que la historia sea contada.»

Después de cruzar el Puente McCully, se adentraron en la avenida Kalakaua, que estaba cerrada al tráfico. A medianoche más de cien mil personas se reunirían allí y convertirían la avenida en una sala de baile giratoria en la que las parejas no dejarían de bailar hasta el amanecer.

Baby Jo volvió a cogerles la mano y a colocarse entre ambos, y levantó la mirada hacia el rostro dorado y de labios gruesos de su madre, cuyo cabello se estaba poniendo tieso a causa del aire húmedo, y hacia el de su padre, bronceado y de piel áspera, que sudaba tan profusamente que parecía estar recubierto de espejos. El anochecer los hacía a los dos un poco más oscuros. Sus dientes y sus ojos resplandecían bajo las luces de las antorchas, de los faroles chinos que salpicaban todo Waikiki, bajo la luz de la luna y bajo los focos de una docena de escenarios, a

través de las serpentinas y el confeti. Los dos eran tan altos y parecían tan regios que la gente se volvía a mirarlos.

Encontraron a Keo en un escenario situado frente al Hotel Royal. Estaba liderando a los Hana Hou! chasqueaba los dedos mientras el saxo y el clarinete enloquecían. Baby Jonah cerró los ojos, respiró hondo y cogió la mano de su madre para unirla con cuidado a la de su padre. Luego subió al escenario. La banda alternaba canciones isleñas y rock and roll, la Segunda Guerra Mundial y cualquier cosa que hiciera gritar a la muchedumbre. Justo en ese momento se lanzaron a «Moonlight Serenade».

Baby Jo se deslizó entre los brazos de su tío y le señaló a sus padres, juntos, entre el gentío. No estaban hablando, cada uno miraba hacia un lado. Pero se cogían el uno al otro, y bailaban. Keo los miró sorprendido y luego se giró para darles la espalda al público y a Baby Jo, frotándose los ojos. Poco después volvió a girarse hacia su sobrina, que seguía mirando a sus padres.

—Recuerda esto —le dijo—. Recuérdalo.

Durante toda la noche los dragones chinos estuvieron saltando y deslizándose por la avenida Kalakaua. Se explotaron diez mil petardos y, cada media hora, los destructores de la Armada quebraban la noche con cohetes y cañonazos que hacían temblar los edificios. Una división de artillería del ejército realizaba salvas de cincuenta disparos. En la isla Sand, frente al puerto de Honolulu, se encendió una descomunal hoguera de la victoria, un fuego que lanzaba llamaradas de más de treinta metros de altura que resultaban visibles a kilómetros de distancia. Cada hora, unos helicópteros del ejército añadían leña enviada desde todos los rincones del mundo.

Baby Jonah recordaría todas aquellas cosas. Recordaría a sus padres bailando, y a su tío mirándolos. Años más tarde, estando en los brazos de un amante, contaría que su madre y su padre nunca se casaron. Su madre se negó, consciente de que si lo hacían competirían por eclipsarse el uno al otro. Y quizá también se negó porque no podría nunca perdonarle haberse casado antes con una *haole*.

Sin embargo, eran más que marido y mujer. Eran la pasión y la devoción del otro. Eran la conciencia y el corazón del otro. Varias noches por semana, el padre de Baby Jo recorría la calle de puntillas y se deslizaba en la habitación de su madre. Ella lo oía apresurándose por el pasillo y cerrando la puerta sin hacer ruido, y se quedaba sonriendo en la oscuridad.

Continuaría con la saga de sus padres a través de los años, contando cómo una noche su madre le mostró su *piko*, su cordón umbilical, que parecía la cola reseca de un cerdo, y le explicó que, aunque Baby Jo tenía varios nombres, no estaría bendecida por los dioses ancestrales hasta que su madre llevara el cordón al arrecife.

Un día Malia nadó hasta el lugar donde reposaban los dioses, cantando en voz alta, preguntando si Anahola sería un nombre adecuado para Baby Jo. Su padre así lo deseaba, en un homenaje a los dieciséis años durante los que ella no le había conocido, años en los que habían vivido apartados. Y Malia lo deseaba, en honor a la hija de Keo y Sunny Sung. Baby Jo contaría cómo había observado nadar a su madre, sosteniendo el *piko* entre los dientes, y su padre remando en una canoa cerca de ella para vigilarla. Y cómo en ese instante en que el cordón estaba entre los dientes de su madre, ella sintió un doloroso tirón en el ombligo, punzadas de renacimiento.

Contaría cómo su madre llamó a los dioses ancestrales, entregando el cordón a las olas, que se lo tragaron para que su sangre y sus células se fundiesen con las de los dioses. Recordaría a sus padres esperando alguna señal, con el sol cayendo sobre la espalda de su padre y reblandeciendo la cicatriz que le había dejado el balazo. Luego el sonido del cántico de los dioses desde más allá del arrecife, su sagrado *mana* fluyendo hacia Baby Jo.

Y contaría cómo su padre la había adoptado, porque ella era medio suya. Y cómo su nombre se convirtió oficialmente en Anahola Meahuna Kapakahi, que se traducía aproximadamente como «Tiempo en un reloj de arena-Escondido en secreto-Todo torcido». Lo cual podría explicar por qué su vida sería una vida errante e inquieta, una vida que a los ojos de mucha gente parecería sin sentido y torcida.

Y, a través de los años, Anahola contaría cómo oía a su padre escabulléndose de la casa justo antes del amanecer. Y cómo, si se daba prisa por el pasillo, podía verlo por la ventana, su padre, grande y atractivo, corriendo calle abajo intentando llegar antes que la mañana. Estaba metido en política, diría ella, y se preocupaba por su reputación.

Recordaría cómo algunas veces Krash se despertaba tarde, con la luz derramándose ya sobre los Ko'olau, y cómo salía a la carrera por la calle tratando de ponerse los pantalones mientras los obreros pasaban a su lado con fiambreras. Recordaría una mañana en particular, cuando ella aún estaba en la universidad, cómo se dirigió de puntillas al dormitorio de Malia, le pasó un brazo por los hombros a su madre y las dos se rieron a carcajadas mientras al otro lado de la ventana su padre corría por la calle con la bragueta abierta.

Contaría cómo, durante años, su padre se debatió en campañas electorales, y fue derrotado al ser considerado «el abogado del ñame», hasta que una nueva generación de hawaianos (formada por jóvenes abogados a los que él había inspirado y aceptado como aprendices) ayudó a que saliera elegido para la Oficina del Condado, y después para la Corte Suprema del Estado. Krash realizaría reformas radicales en el gobierno del Estado y en la distribución territorial. Pero sería, sobre todo, recordado como el orador que había prendido fuego a los tribunales defendiendo a su gente.

Con el tiempo, Anahola contaría cómo sus padres celebraron su décimo no-

aniversario, y luego el vigésimo. Y después su no-aniversario de plata, con una fiesta en Kalihi Lane. Ambos aún tan enamorados y tan recelosos que su madre olía las ropas de Krash buscando el aroma de otras mujeres, y él recorría el cuerpo de Malia en busca de las huellas de manos desconocidas.

Y en algún lugar de Hong Kong, o de Sídney, o de Nueva Delhi, aún yendo *makai, makai, makai*, Anahola continuaría contando su historia mientras ellos se aproximaban a su cuadragésimo-quinto no-aniversario, y luego al quincuagésimo. Habría muchas discusiones, rupturas y enfados entre ellos, porque ambos estaban hechos del mismo material, los dos eran orgullosos *kānaka*.

Con el tiempo, Anahola convertiría a sus amantes en oyentes. Los encantaría por medio de sus palabras del mismo modo que su tío encantaba a la gente por medio de su trompeta. Los hombres se tumbarían a su lado como niños, seducidos. La recordarían como a una contadora de historias. Pero a veces sus relatos se volverían oscuros y sus ojos se entrecerrarían. Cuando eso ocurría, Anahola ya estaba dejando a su amante de turno. Y cuando se marchaba, la cama resonaba con sus historias.

Cuando sus amantes se quedaban dormidos, soñaban con las islas de Anahola. Soñaban con precipicios azules llamados Pali de los Ko'olau, y con gigantes hojas de ti que vertían gotas de rocío sobre jabalíes dormidos. Soñaban también con campos de ñame que morían de sed, y con arroyos cristalinos que se convertían en lodo. Con niños que dormían en casas que explotaban, con gente que se hacía vieja en cajas de embalaje. Gente que, con el tiempo, se alzaría, ultrajada y llena de orgullo, en ciudades llamadas Wai'anae, Nanakuli, Lualualei, Makaha, Mākua, Papakolea.

Y cuando sus amantes se despertaban, tocaban el hueco que Anahola había dejado en su almohada y sentirían el rastro de su calor. Y sabrían que sus relatos no eran fábulas inventadas.

HO‘OPA‘I

Venganza

Soñó con mujeres balanceándose boca abajo en el mar, agitado tras la explosión de los barcos en los que iban. Soñó con cadáveres colgados que relucían como si fueran pendientes. Después soñó también con soldados aliados de mejillas sonrosadas que ofrecían comida y penicilina y, más tarde, indirectas e insinuaciones. Ellos eran los vencedores, así que eran dueños de los despojos. Se despertó con un chillido y se pasó toda la noche manteniendo a raya sus sueños con el bastón.

Se levantó y contempló el amanecer. Parecía prometer un nuevo comienzo, como hacía con frecuencia antes de que la luz del día trajera consigo los ruidos de los humanos. Paseó la mirada por su habitación, por las paredes decoradas con liebres de masilla de color jade. Desde fuera el hotel parecía decrepito, la luz del sol se enganchaba en su fachada agrietada. Sin embargo, Sunny se había acostumbrado a estar allí.

Pese a lo temprano de la hora, el día ya estaba cargado de electricidad. Algo la había despertado, haciéndola salir de la cama como si quisiera llevarla a algún lugar concreto en el que iba a ocurrir alguna cosa, aunque no sabía con seguridad de qué se trataba. Permaneció un rato en la ventana. En otra habitación había alguien leyendo: Sunny oyó el sonido de una manga de color marrón pasando una página. Había acabado por imaginarse a su vecina como a una anciana sin lengua. Los silencios de ambas pasaban el tiempo juntos. A veces la mujer se desvanecía en el sopor. Sunny oyó que se le caía el libro de la mano y se estrellaba contra el suelo, e imaginó a la mujer con un ojo dormido y el otro posado en las páginas que habían quedado a sus pies y todavía no había leído.

Desde las pequeñas tiendas que había abajo en la calle ascendía el virulento olor de café recién preparado, bollos dulces de *mochi* junto a carrilladas de cerdo. Había días en los que olvidaba cuánto tiempo había pasado desde que había regresado a Honolulu. El tiempo ya no formaba parte de su existencia. En el exterior, la luz fue abriéndose paso por la ciudad, prendiendo fuego a las palmeras y haciendo que los tejados de los edificios pareciesen palpitar. Luego todo quedó cubierto de un resplandor, era la alquimia del sol. Cerró las cortinas.

Había pensado que aquel sería otro día más de iglesia, de sentarse en las sombras en bancos incómodos, escuchando a Keo dándoles clase de trompeta y piano a unos críos. Quizá tocaría algo de Ellington, o un poco de Chopin. A veces el olor, como de alquitrán sobrante (el incienso de la misa), le daba dolor de cabeza y abandonaba la iglesia antes de que Keo terminase de tocar. Pero si el hombre jacaranda estaba allí,

Sunny siempre esperaba hasta el final. Paciente, atenta.

Incluso aunque estuviera muriéndose, o aunque no tuviera pies, siempre lo seguiría. A restaurantes y tiendas. Hasta que llegase el momento idóneo. Una noche se situó tan cerca de él que pudo oler su aliento y oír una especie de chisporroteo en su interior. No iba a dejar que la vida le achicharrase. Ni permitiría que sus cenizas desaparecieran por una esquina arrastradas por el viento. Eso no sería suficiente.

De tanto en tanto, cuando se cansaba del bullicio del Swing Club, paseaba por las calles de Honolulu. En el interior de pequeñas tiendas asistía al paisaje vivo de la humanidad. Carniceros trinchanto aves meticulosamente, panaderos amasando pasta de arroz. Y en las trastiendas, madres amamantando y tarareando canciones a sus bebés. Sunny tocaba la piel apergaminada y triste de sus pechos, que colgaban como si fueran melcocha.

Algunas noches se paraba en la acera opuesta a la tienda de Malia, Diseños Malia. En su interior una mujer manejaba una máquina de coser como si fuera un caballo de carreras, haciendo que la tela se agitase como banderines ondeando al viento. Sunny casi podía sentir el zumbido de la aguja candente mientras Malia hacía trabajar la Singer, llegando a veces incluso a gritarle a la máquina. Observarla le provocaba a Sunny un momento de disfrute, de paz. Se tocaba la etiqueta de su vestido y, en la tienda, Malia levantaba la vista como si alguien le hubiera tocado en el cuello.

Una noche, Malia cogió aire y respiró profundamente, sintiendo un escalofrío. Notó una presencia detrás de ella.

—Perdóname... por molestarte...

Malia soltó un grito al darse cuenta de quién era.

—Por favor. No te des la vuelta.

Malia esperó sin saber qué era lo esperaba. Finalmente se decidió a hablar:

—He llamado a mi hija Anahola. En homenaje a tu niña.

—Lo sé...

—Ella quiere a Keo como a un padre. Él nunca estará solo.

—Venía a darte las gracias, Malia.

Malia mantuvo la cabeza agachada, aterrorizada.

—Sunny, déjame ser tu amiga. ¡Déjame ayudarte!

Sunny le respondió con una profunda ternura:

—Simplemente... recuerda.

La tienda volvió a quedarse en silencio. Sunny continuó recorriendo las calles y solía acabar en el Barrio Chino. Visitó una docena de tiendecitas atiborradas de tarros que contenían especímenes raros y en peligro. Una cabeza de una cobra rey albina. El pene cubierto de pecas de un rinoceronte. Pies vendados que parecían pequeñas pezuñas. Un feto de pigmeo. Viales de venenos mortales bajo la luz de farolillos de papel. *'Oliana*, «adelfa». *Nānā honua*, «flor trompeta de ángel». Veneno de serpiente.

Antídoto para el veneno de serpiente. Y en los silenciosos patios entre unas tiendas y otras, templos, *gongs*, la visión y el olor del azafrán.

Y los tenderos le contaron que doscientos años atrás los capitanes de barcos cargados de opio y té, ignorando el valor del jade, lo utilizaban como lastre cuando navegaban de regreso desde Oriente. Y los culis descargaban el jade y lo enterraban durante décadas para que los hijos de sus hijos no murieran de hambre. Los hombres y mujeres arrugados que le contaban aquellas historias eran tíos y tías de tenderos entre los que había vivido en Shanghái. El sonido de sus voces le hizo pensar en su hermana, Lili, y se quedó hundida en el silencio. Los tenderos la consolaron, dándole palmadas en el brazo con sus manos agrietadas y llenas de venas, perfiladas con el trabajo de siglos y siglos.

Algunas noches Lili y ella se detenían frente a la casa de su padre, mirando a través de las ventanas.

—Era tan dinámico —susurraba Sunny—. Ahora, mira qué aspecto de holgazán.

Observaban cómo su madre, Butterfly, le cortaba el pelo, le enjabonaba la cara y le afeitaba. Algunas noches ambos jugaban a las cartas y se daban tiernas palmaditas en las manos. Y, a veces, mientras él dormía, sus hijas se internaban en sus sueños y le perdonaban.

Sunny siempre volvía al Barrio Chino y se sentaba en herboristerías y tiendas de semillas en las que había tarros de frutas secas de catorce colores diferentes, *li hing mui*, *si mui*, *hum lum*, semillas de mango, fruta deshidratada salada o agridulce. Los propietarios de las tiendas le sonreían, acostumbrados ya a su presencia, y continuaban con la lectura de sus periódicos. Algunos la invitaban a té y le hablaban con erudición de las cualidades de hierbas y raíces, de venenos y bálsamos. La mayoría de las veces se sentaba en el bar Anti-Mango, frente a cierto hotelito donde veía entrar y salir a un hombre azul.

Ahora estaba sentada en su habitación de liebres de jade, sintiendo escalofríos a causa del aire, cargado de electricidad. Estaba mediada la mañana cuando oyó las campanas y los vítores. Su vecina se incorporó y emitió un grito ahogado. Sunny separó los labios, y se estremeció.

Endo soñó que estaba en casa, en Tokio, que acababa de terminar su entrenamiento para ser oficial. Llevaba puesto su cinturón, finamente bordado, que habían hecho su madre y sus hermanas, y estaba bailando al estilo inglés con una preciosa chica japonesa que hablaba tres lenguas horizontales.

Él fanfarroneaba sobre su entrenamiento.

—... judo, lucha con bayonetas, manejo de la espada, equitación.

La chica se rio en su cara.

—¡Vas a la guerra, no de vacaciones!

En su sueño, la sala de baile fue de repente arrasada por tanques cubiertos con redes que le hicieron pensar en redecillas de chicas glamourosas. Los Aliados le apuntaban con sus metralletas desde las torretas de los tanques. Endo saltó hacia delante con su espada, cortándole la cabeza a uno de ellos. Su pareja de baile se puso a gritar. Él se volvió hacia ella y echó un vistazo a su cuello, sintiendo cómo le temblaba el brazo con el que sostenía la espada. El sonido de los aviones de guerra y las bombas cayendo convertían la ciudad en un infierno.

Se despertó gritando:

—¡Madre! ¡Padre!

Tenía las mejillas azules cubiertas de mocos.

Ya totalmente despierto, seguía oyendo aviones, sirenas y campanas. Se agitó con tanta fuerza que toda la cama dio un bote. Se refugió bajo las sábanas y contó las explosiones. Se quedó allí escondido durante horas. El tañido de las campanas aumentó de volumen, y también las sirenas, mientras en el exterior había ríos de gente corriendo por las calles.

Nos reducirán a cenizas. La ciudad entera arderá, todo arderá en veinte kilómetros a la redonda. Debo salvar a mis padres.

Se puso en pie y alargó el brazo para coger su espada, pero no había nada allí, ni siquiera su uniforme. Ahora había gente gritando por los pasillos. En la calle ya estaba avanzada la tarde y había fuegos encendidos en las colinas y tantas explosiones que la ciudad estaba cubierta de niebla y en penumbra, como si anoheciera. Oyó cañonazos que disparaban barcos de guerra en alta mar, y vio edificios enteros que se estremecían. Salió y corrió en dirección contraria a la marea de gente, intentando llegar junto a sus padres antes de que lo hicieran los Aliados.

Se dirigió al oeste, hacia donde ellos vivían, pero nada de lo que veía le resultaba familiar, no había nadie herido, lo único que veía en las caras de la gente era locura. Parecían tan afectados por lo que sucedía que estaban sonriendo, e incluso bailando. Con cada nueva explosión, Endo se lanzaba contra las paredes. Las campanas de las iglesias continuaban sonando. A lo lejos vio aviones que se acercaban y camiones con soldados.

Tokio está perdido. Ya lo han invadido.

Endo miró hacia el mar en el hueco que quedaba entre dos edificios: destructores, portaaviones, cañones gigantescos dirigidos hacia su ciudad. De tanto en tanto sonaba el estruendo de un ¡BUUUM! que destrozaba calles enteras y tiraba a una multitud de gente contra otra. Sin embargo, los ríos de gente seguían fluyendo y todo estaba envuelto en humo y se oía el martilleo de los disparos por todas partes. Un coche explotó por los aires. La ciudad estaba próxima a su final.

Continuó adelante, tratando de adelantar al fuego que los arrasaría. Llamó a gritos

a sus padres, a sus hermanas, sabiendo que nunca podría alcanzarlos. La gente se empezó a echar hacia atrás, asustada por los gritos y por la expresión del rostro de Endo. Sobre sus cabezas se extendían gamas de colores fluorescentes, luces que parecían proceder de joyas rotas. El sol moría horriblemente.

Con el anochecer, vio en la lejanía aviones que soltaban bombas con forma de leños sobre un lugar llamado Sand Island. Y luego todo Sand Island explotó y las llamaradas ascendieron hacia el cielo. Desde algún lugar que no alcanzaba a ver, varias divisiones de infantería dispararon incontables salvas. Endo se tiró al suelo, sobre el asfalto, sin sentir nada mientras la multitud pasaba por encima de él. Se puso en pie apoyándose en una pared.

El tiempo se detuvo. Endo se quedó quieto, con la muchedumbre fluyendo en dirección opuesta a la que él quería ir. Luego se encontró en un puente, observando el horror de Sand Island, un infierno cuyas llamas alcanzaban una altura de treinta metros. Parecía controlado, probablemente lo alimentarían con gasolina hasta convertirlo en un auténtico incendio y entonces lo soltarían sobre la ciudad acompañado de bombas. ¿Dónde estaban sus hombres, sus ejércitos? Vio cada vez más destructores y más buques de transporte de tropas, aproximándose a tierra, y vio cómo los disparos de sus cañones rasgaban la oscuridad. Continuó corriendo hacia el oeste.

Madre. Padre. Moriré con vosotros. ¡El emperador lo ha ordenado!

En una calle que iba hacia las montañas vio, detrás de una valla, un prado, una ladera que se inclinaba hacia un riachuelo. Sed, sentía mucha sed. Bebería, y luego seguiría corriendo. Detrás de él, los Aliados avanzaban por las calles. La gente empezaría a morir a miles. Él solo quería llegar a casa.

Se tambaleó hasta la valla y se rasgó el hombro al arrastrarse a través del alambre de espino. Cruzó el prado y bajó la mirada hacia un terraplén de rocas. Su cuerpo se echó bruscamente hacia atrás, golpeado por un hedor que lo había acechado durante mucho tiempo. La ciudad estaba rasgada por arroyos que descendían de las montañas e iban recogiendo algas, suciedad y aguas fecales a medida que avanzaban hacia el puerto de Honolulu. En medio de aquel hedor, Endo detectó el olor a arcilla roja.

Bajó por el terraplén y se arrodilló en la orilla del sucio riachuelo, unió sus manos y bebió. Luego miró hacia arriba y vio la boca de un túnel abriéndose ante él. Una cañería de metal oxidado y cubierto de arcilla, de tres metros de alto, a través de la cual el agua de la montaña salía a chorros en las estaciones de lluvias y se vertía hacia el puerto y el mar. Endo se puso en pie y se acercó, asomándose por la abertura.

... Nos vamos bajo tierra. Los túneles de Rabaul, el último santuario.

Avanzó dos pasos más. Era un lugar de óxido y descomposición: las paredes parecían cubiertas de sangre, el agua tenía una pátina de verdín.

En el interior, el arroyo se estrechaba, pues apenas bajaba agua desde las

cumbres. Solo había un pequeño y silencioso hilo de agua. A pesar de la penumbra se distinguían sedimentos en las paredes, mugre y hierbajos. Endo oyó voces, ecos, paredes detrás de las paredes. Ratas enormes se deslizaban por salientes y le clavaban la mirada. Pensó que si sacaba la lengua, se la arrancarían.

Oyó pasos a su espalda. Una respiración. Se adentró un poco más en el túnel. Había soldados a los que tenía que salvar, oficiales a los que debía avisar. Los Aliados habían llegado y muy pronto se abrirían paso por los túneles. Tropezó con un perro hecho trizas. Vio huesos que parecían formar la figura de un muñeco humano. Sintió una arcada y avanzó con esfuerzo. Dobló un recodo y descubrió lo que se le antojó un nuevo pasadizo bifurcándose del primero.

Ahí abajo comienza nuestra fortaleza. ¡Trescientos kilómetros de túneles escondidos!

—¡Ya vienen! —gritó—. ¡A sus puestos! ¡Preparad las municiones! —Su voz se multiplicó en un eco interminable.

De nuevo oyó pisadas a sus espaldas. Y la respiración. Se volvió y la luz le impactó en la cara.

—¿Quién es? ¿El enemigo?

Ella movió la linterna hacia delante y hacia atrás. Tenía las manos embarradas, porque las había utilizado para apoyarse por el terraplén al seguirle. Se las limpió ahora en su vestido. En el exterior estallaban las bombas y los cañones de los barcos abrían fuego. Las paredes del túnel se estremecían tanto que trozos de herrumbre caían sobre sus rostros. Por encima de sus cabezas había miles de personas corriendo. Endo percibió el olor a fuego que llegaba desde la ciudad. Las campanas continuaban tañendo sin tregua.

—¿Quién es? —volvió a gritar Endo.

Ella se acercó un poco más y dirigió el haz de la linterna a su propio rostro.

—Mírame. ¿Te acuerdas?

Él la miró fijamente, y luego hizo lo mismo con las paredes, que ante sus ojos eran de arcilla. La miró de nuevo a ella. El pasado se abrió ante ellos.

—¡Moriko! —Pues así era como siempre la había llamado.

—Mi nombre es Sun-ja. Moriko era tu puta.

—¿Dónde está?

—Muerta. Igual que yo. —Sunny volvió a enfocarle a la cara—. Llevo mucho tiempo siguiéndote. ¿Quieres saber por qué?

Endo había perdido el juicio, sin embargo, una parte de él consiguió comprender.

—Ya no me queda curiosidad.

Otra explosión, gritos de la multitud. Una brisa cálida recorrió el túnel y sintieron que se les chamuscaba la piel. Calor procedente del fuego que había sobre ellos. De pronto, Endo la cogió de la mano.

—¡Rabaul está acabado! Nos capturarán. Debemos retirarnos hacia el interior. Mira, aquel pasadizo desciende hacia otros túneles más profundos, a cámaras escondidas. Los Aliados nunca nos encontrarán.

¿Estaba fingiendo o se había vuelto loco? Sunny se liberó de su mano y el haz de su linterna se movió hacia los lados, iluminando los ojos de los roedores que los observaban. Desde el exterior llegaba un sonido semejante al de columnas de soldados desfilando con pasos enérgicos. Aviones, bombas. Muertos. Tenía la boca tan seca que no podía tragar. Su lengua parecía un trozo de madera, tenía los labios agrietados y toda su saliva se había evaporado. Sintió que le caían gotas encima. La condensación se acumulaba en las paredes. Era una puta encerrada en un barracón.

... Se levanta con sumo cuidado, temblando como la hierba con el aire húmedo. Se inclina, lame la condensación que se ha formado en la pared, luego gime y trata de oír el mar. Porque eso es lo que echa de menos: las olas precipitándose sobre ella, desmenuzándola...

Se inclinó y tocó la pared pringada de suciedad con su lengua. Las paredes temblaron y se abultaron, como si su lengua estuviese tocando a un hombre. Endo tenía el rostro hundido en sus manos. ¿Estaba sollozando? ¿O emocionado por estar con ella? Sonaban cañones en el puerto, destrozando la ciudad.

—Quedaremos enterrados. El gas nos ahogará, como la otra vez. Mi espada. ¿Dónde está mi espada?

Les impactó otra oleada de calor. Entonces, también Sunny oyó voces en las paredes. Soldados japoneses que lloraban, chicas-pi gimiendo, encerradas en cámaras de arcilla roja donde ya no quedaba aire. Cada cicatriz, cada marca de su cuerpo, gritó. Cada órgano que le había sido arrancado, cada célula que había enfermado y muerto, cada parte de su ser que ya había sido enterrada.

Endo cayó de rodillas.

—Moriko, dame la mano. ¡Rápido! Tenemos que bajar para que nunca nos encuentren.

Bajó la mirada, sorprendido por la erección que tenía. Recordó cuando la penetraba.

Ya desnutrida, enferma, pero aún deseable. Todavía cálida y húmeda, una fruta que se cerraba en torno a mí, aferrándome. Yo me derramaba, no en el momento del orgasmo, sino con la ilusión de lo que estaba por venir. Pensando en que después... ¡oh! después aún tenía su cuello para mí...

Sunny movió el foco de la linterna hacia él. Estaba de rodillas y se cogía el pene con la mano, con una expresión grotesca en la cara.

Estoy tan cansada, pensó. Quizás he llegado demasiado lejos.

Sintió que sus zapatos se hundían. Con un movimiento lento, se sentó entre la suciedad y el barro, agotada y sedienta. Se recostó contra la pared y sintió el frío de la

pared en su mejilla, lo que le hizo pensar en arcilla húmeda. Oyó a la multitud cantando a lo lejos. Pensó en chicas demacradas y destrozadas duchándose por primera vez en años. Pensó en ellas tocando azulejos blancos, limpios y relucientes, pasando las yemas de sus dedos por ellos como hacen los ciegos.

Pensó en ellas tocando las pastillas de jabón como si fueran preciosos pedazos de marfil. Enjabonándose y restregándose y volviendo a enjabonarse, canturreando en voz muy baja. Sosteniéndose unas a otras como madres, como niñas, rezando por que el agua bautizase sus rostros, sus cuerpos deshechos, como si pudiera devolverles la juventud y la pureza. Como si el agua pudiera llevárselo todo. Algunas sobrevivirían, otras descubrirían que habían vivido ya bastante. Empezó a llorar. Solo un poco, pues le quedaban muy pocas lágrimas que verter.

El hombre que tenía ante sí suplicaba, azul y balbuceante.

—¡Moriko, ven! Si nos encuentran nos matarán. Tráeme mi espada.

Estaba ido. A Sunny no le quedaba nada por hacer allí. Y, sin embargo, algunas cosas no podían tolerarse sin un desagravio. Pensó una vez más en los barracones del Pacífico. Chozas infectadas de tifus en Yakarta y Manila. Tiendas de campaña congeladas y furgones en Manchuria y Nanking. Chicas secuestradas obligadas a caminar bajo la ventisca y en pantanos, forzadas a entrar en combate para defender a sus propios verdugos. Y cuando eran violadas hasta morir de enfermedad y agotamiento, sus cuerpos eran abiertos en canal y sus órganos utilizados para calentar los pies de los soldados o para alimentar a los animales del ejército. Miles de chicas jóvenes. Cientos de miles.

Sunny hundió la cabeza al recordar a su madre, Butterfly, hablándole de las antiguas *koa wāhine*, las mujeres guerreras de Hawái. Le contó que aquellas mujeres habían seguido a sus hombres a la batalla, cargando con calabazas llenas de comida y cubos de agua para que repusieran fuerzas, y que sus cánticos y sus esfuerzos habían animado a los guerreros a seguir adelante. Le contó que cuando un hombre moría en la batalla, su mujer o su hija recogían sus armas, sus hachas y sus jabalinas y se lanzaban con feroces gritos de guerra contra el enemigo.

—Así era como una chica se convertía en mujer —había dicho Butterfly—. Cuando aprendía *ho‘opa‘i*, «venganza».

Ahora las palabras de su madre eran como un ejército que desfilaba tras ella. Sunny dejó la linterna y abrió el bolsillo que tenía en la cintura. Extrajo el vial y la aguja hipodérmica. El herborista chino le había enseñado con tanta paciencia y meticulosidad que podía hacerlo en la oscuridad. Cuando tuvo la aguja preparada, enfocó con la linterna y se acercó. Endo vio la aguja y sus ojos se abrieron desorbitados.

Sunny se la clavó profundamente en el cuello y contempló cómo la carne azul absorbía los mortales jugos de la flor trompeta de ángel. Vio cómo se quedaba

congelado, ensordecido por el estruendo de la trompeta. Llevaría tiempo. La muerte llegaría con lentos compases de *staccato*, agujereándole célula a célula, paralizando primero una extremidad y luego otra. Endo vería cómo su cuerpo se iba muriendo por partes, como un gusano.

Endo se quedó quieto. Vio que Sunny se sentaba ante él, esperando. El hilo de agua que había debajo de él le mordisqueó la piel. Mientras en el exterior las calles explotaban y las personas corrían en oleadas, en las cumbres de los Ko'olau comenzó a lloviznar. Las gotas formaron arroyuelos que a su vez formaron riachuelos. Con el tiempo, el hilo de agua que tenía debajo aumentaría de volumen, de forma imperceptible y taimada. Con el tiempo, sus talones, su trasero y sus hombros empezarían a hundirse.

Sunny permaneció atenta, hora tras hora. Con el amanecer, los fuegos de la ciudad se fueron consumiendo, la multitud exhausta inició la retirada, el retumbar de los cañones ya había cesado. En el silencio reinante un trueno más antiguo hizo temblar la tierra. Endo vio a Sunny levantar la mirada en la dirección de la que procedía el sonido. La vio sonreír. Los truenos traerían precipitaciones, lluvias incesantes. Y enseguida dieron comienzo. Llovió un día entero, y también la noche siguiente. Las zanjas quedaron inundadas y los arroyos empezaron a aumentar de caudal.

Endo estaba muriendo desde abajo hacia arriba. Sus piernas eran piedra: la trompeta del ángel hacía sonar sus jugos mortales. Apenas podía sentir sus brazos.

Sunny se subió a un pequeño saliente de la pared del túnel. Endo empezó a comprender a qué estaba esperando. Horrorizado, se puso a gritar, o pensó que gritaba, pero fue algo distinto lo que brotó de su boca. La corriente aumentó de volumen y alcanzó el nivel suficiente para arrastrarlo. Su cuerpo se balanceó de lado a lado y volvió a gritar, e intentó agarrarse a las paredes con sus manos moribundas.

De repente, el hilo de agua se convirtió en un torrente que hacía girar su cuerpo. Su rostro pasó cerca del de Sunny, reducido a una máscara azul en la que había dibujada una mueca espantosa. Sus alaridos eran angustiosos. Entonces la corriente se lo llevó, y el cerebro aún vivo de Endo Matsuharu vio que el océano le esperaba a lo lejos. Rojo, hirviendo, y paciente.

Pasó otro día. Poco a poco, las lluvias amainaron. Una mujer vieja salió de un túnel, cubierta de barro y echando vapor. Se puso en cuclillas y comió pedazos de hierba tan frescos y crujientes que le hicieron daño en los labios. Alzó su rostro hacia la lluvia y luego subió lentamente por el terraplén, agarrándose a raíces de árboles que surgían de la tierra como los tubos de un órgano. De vez en cuando se detenía y reposaba la cabeza contra el tronco de un árbol. Llenó sus pulmones de aire. La

corteza olía a limpio, y la tierra también.

‘ĪNANA

Vuelta a la vida

En junio de 1959 Hawái se constituyó en Estado, y en julio un nativo hawaiano se convirtió en el primer vicegobernador. Ese día la gente salió orgullosa a la calle, pero durante los años siguientes volvería a retirarse hacia el silencio, el argot de los pobres, de los invisibles. En agosto, Hawái fue oficialmente nombrado el quincuagésimo Estado de la Unión, y durante un breve y eufórico espacio de tiempo, los políticos locales cumplieron sus promesas.

Las sierras eléctricas talaron los árboles que flanqueaban las calles de Kalihi. Con malsana rapidez, de pronto la calle de Keo pareció respirar y expandirse. Vinieron obreros con cubas de brea hirviendo y camiones cargados de grava, y la gente tuvo que pasar de puntillas por pequeñas planchas de madera colocadas sobre alquitrán del que emanaba un amargo olor a carbón. A Keo le asombró la visión repentina del cielo, echaba de menos la bóveda de palmeras y helechos gigantes que los había mantenido escondidos del mundo.

Ahora la calle estaba negra y recta como el pelo de un jabalí. De pronto las familias adquirieron coches propios, grandes escarabajos brillantes cuyos destellos de cromo capturaban las siluetas de los niños al pasar a su lado. De la noche a la mañana desaparecieron los ritmos rasgados de las parejas paseando. Ahora la gente se sentaba en los coches, aparcados entre las casas, y acampaban allí toda la tarde, bebiendo y compartiendo anécdotas.

Y con la alquimia del tiempo y un ritmo de vida más apresurado, los vecinos dejaron de apoyarse en las vallas para tomar nota del fluir y refluir de la familia Meahuna. Ya no tenían tiempo de murmurar sobre Timoteo y Kiko Shirashi, la viuda elegante del dueño de la funeraria, y cómo él llegaba a casa a altas horas de la noche. Apenas se enteraron cuando tropezó con ese político, Krash Kapakahi, que se subía los pantalones en mitad de la calle al amanecer.

Pasaban las noches delante de las pantallas de los televisores, con rostros extranjeros que se colaban en sus salas de estar, sorprendiéndoles con noticias que los confundían. La gente se sentaba allí, pasmada, y dejaba de estar al tanto de los funerales, los matrimonios y las fiestas para celebrar un nacimiento. Y puesto que cada nueva generación parecía más independiente y abierta, a nadie le pareció raro cuando Baby Jo se cambió el nombre que había tenido de pequeña por el de Anahola. O cuando, después de la universidad, no eligió dedicarse a la medicina ni a la abogacía, sino que se embarcó en un carguero y partió para conocer mundo, para vivir por dos, diría, pues quería vivir en carne propia los sueños de su madre.

Los vecinos estaban tan ocupados que apenas se percataban cuando Anahola volvía a casa cada dos años, causando un estrépito en la calle, porque a la semana siguiente habría otro hijo u otra hija que volvería a casa, arrastrando consigo su equipaje, un título, una esposa o un marido del continente. Los mayores ya no recordaban cuál de los hijos de un vecino estaba en la universidad y cuál recorría Honsu, Fujian o las Azores con la mochila a cuestas siguiendo las huellas de sus orígenes ancestrales.

Los años en los que Hawái había sido un Territorio y no un Estado quedaban atrás, y la gente prestaba menos atención a las idas y venidas de Keo, que todavía surcaba el mar con su trompeta, todavía tocaba su piano a medianoche. Algunas noches se sentaba con Anahola, riéndose y hablando sin parar. Otras noches, los vecinos creían verlo hablando con una silla vacía. A nadie le sorprendía. El mundo era ahora tan confuso que mucha gente se pasaba toda la noche discutiendo con su sombra y apuntando con su dedo índice a la luna.

Una noche, mientras Keo reflexionaba sobre la disonancia y el ritmo de una composición para piano, alguien avanzó con paso decidido por la calle.

—¡Hawaiano! ¿Cómo va? Hace mucho tiempo que no te veía —dijo Ugh, plantándose ante él con un sombrero vaquero, botas y pantalones Levi's.

—Oh, Dios mío —exclamó Keo, poniéndose en pie y riéndose—. ¡No me digas que ahora eres un vaquero!

Ugh entró en el garaje y se subió a una silla para abrazar a Keo.

—No, qué va. Esta ropa es solo para un espectáculo. Vendo entradas para el rodeo en Wahiawa. *Mon ami*, he oído decir que estás haciendo cosas realmente buenas. Les estás enseñando música de verdad a los estudiantes.

Keo metió la mano en un refrigerador y sacó dos cervezas.

—Bueno, empezó con el jaleo de la votación para convertir Hawái en un Estado. Krash me introdujo. ¿Sabes? enseñar a los chicos me anima. Me mantiene en forma.

El enano se quitó el sombrero y levantó la mirada hacia su amigo.

—Y, mientras, sigues siendo un magnífico trompetista.

—Sigo tocando. Pero el jazz está desapareciendo, Ugh. La mayoría de mis actuaciones son apoyos con piano. Mira, quiero que me cuentes cómo te va a ti.

Ugh dio un trago de su cerveza y entrechocó las puntas de sus botas.

—Tengo un auténtico trabajo de ensueño, Keo. Viajo con los chicos del rodeo. A ellos les gusta mi estilo, me ponen en un quiosco para vender entradas.

Keo meneó la cabeza con impaciencia.

—¿Cuándo vas a conseguir un trabajo que se corresponda con el cerebro superior que Dios te ha dado?

—¡Eh! Te olvidas de una cosa —dijo Ugh—. Siempre quise que la gente tuviese que levantar la cabeza para mirarme, ¿recuerdas? Como a un juez. ¡Provocando

ansiedad con su mazo! —Se puso en pie e imitó a un juez para explicar la dramaturgia de la intimidación—. En este trabajo me siento en un taburete alto dentro del quiosco, ¿sabes? ¡y parece que mido más de dos metros! La gente se acerca en su coche y tiene que levantar los ojos para mirarme. Y yo les digo: «De acuerdo, hay sitio para ustedes», o «¡Lo siento! Está lleno.» ¡Empiezan a suplicarme! A veces les dirijo una mirada de desdén y compruebo cuántos van en el asiento de atrás, e incluso en el maletero. Entonces les digo: «¡Eh! Tienen que pagar veinte dólares extra, porque van demasiados en el coche.» A veces les tomo el pelo: «Si no pagáis, os tiro al redil del toro.» ¡Es graciosísima la cara que ponen! Keo, tienes que venir a verme trabajar. Todo altura y autoridad. ¡Es lo mejor!

—Lo prometo —dijo Keo, riéndose a carcajadas—. Ahora, cuéntame, ¿cómo está tu padre?

La voz de Ugh se volvió suave y amable.

—Papá. ¡Vaya un tipo! Me está enseñando a hacer redes, a majar el ñame. A cómo escuchar cuando suenan las calabazas. Cuando ciertos vientos silban en el interior de calabazas vacías significa que es momento de la pesca de altura. Y también me está enseñando nuestras estrellas errantes secretas, La Estrella que sigue al Jefe, La estrella roja, La estrella que gotea agua, y lo que significan sus travesías por el cielo.

—¿Y qué haces tú a cambio?

Ugh le miró y sonrió.

—Un día me vio escribiendo una carta a *ma mère*, a Shanghái. Papá se puso a llorar. Me contó su historia. Ella llegó aquí como novia por correspondencia, vendida ya a otro hombre. Pero cuando su barco atracó en el puerto, lo único que vio entre la multitud que aguardaba en el muelle fue a mi padre, sus anchos hombros bronceados, sus mejillas doradas y su dentadura. Ninguno de los dos hablaba el idioma del otro. Pero cuando él extendió su mano, ella puso la suya encima, y cuando él salió de entre el gentío, ella le siguió...

»Se amaban mucho el uno al otro. Pero, con el tiempo, ella se marchó y me llevó con ella de vuelta a China, a Shanghái. ¿Por qué? Porque era una mujer avariciosa, quería más, no se conformaba con ser la esposa de un hombre de campo. Y él era demasiado orgulloso como para aprender a leer y escribir. Eso es lo que le estoy enseñando yo ahora a mi padre. A leer. A escribir. Incluso una pizca de francés. ¡Quizá consiga convertirlo en un agricultor de ñame con estudios! Él me está convirtiendo en un hijo campestre, un auténtico *kua'āina*.

Keo movió la cabeza a uno y otro lado.

—Eres sorprendente. Hasta quedándote quieto encuentras aventuras.

—Esta es la más excitante de todas —dijo Ugh—. La familia. El misterio. Descifrar el acertijo. Amo a este *kānaka* más que la vida misma. Me está enseñando

incluso a amar a *ma mère*, ¡a esa vieja cabra especuladora!

Keo echó hacia atrás la cabeza y soltó una sonora carcajada. Al otro lado de la calle, Noah Palama, el vecino que tenía doce dedos en las manos, se asomó por la ventana de su dormitorio. Le dio la impresión de que Keo hablaba con un sombrero.

Ugh se levantó dándose aires de importancia.

—También estoy aprendiendo a tocar el tambor de calabaza y la flauta nasal de bambú.

—Eh, a ver si vas a acabar siendo más *kānaka* que yo.

—No creo que pueda hacer eso nunca, *mon ami*. Tú eres más hawaiano de lo que te das cuenta. Al final, somos lo que se suponía que habíamos de ser. —Ugh volvió a sonreír al pensar en su madre—. Ahora ayudo a mi padre a escribirle cartas a *ma mère*. Sigue siendo un *kānaka* orgulloso, pero en un sentido mejor. Sé que no pueden volver atrás en el tiempo, pero quizás estén construyendo algo nuevo. Creo que hay un pedazo de Wai‘anae tomando forma en Shanghái, y en los campos de ñame de Wai‘anae se oye la risa de una chica demasiado joven a quien su padre vendió a cambio de una tetera...

»Ella sigue siendo muy taimada. Pero veo manchas de lágrimas en las cartas que llegan desde Shanghái. Y veo a mi padre llorar cuando le leo las cartas en voz alta. Entonces dejo la carta y le soplo con suavidad, como si le enviase besos, para secar sus lágrimas. Cuando las mejillas están húmedas, los besos de aire tienen un tacto frío. Él se estremece y los dos nos reímos. Dice que *ma mère* también solía besarle así. ¿Quién sabe? Tal vez yo sea un puente para volver a unirlos. Los sentimientos de papá y el dinamismo de mamá.

—Ugh —dijo Keo, inclinándose hacia delante—, creo que te estás volviendo un sentimental.

—Oh, sí. Quizá todos seamos enanos, los sentimentales del mundo. Estoy aprendiendo lo bueno que es sentir, no ser siempre cínico e inteligente. Incluso he superado mis pesadillas. Las de despertarme enjaulado y convertido en el souvenir de alguien. Papá también me enseña lo bueno que es estar solo. Hay muchas cosas en la vida en las que nunca nos fijamos. Para eso necesitamos soledad. Para llenarla con nosotros mismos.

»¡Pero hay más que eso! No todo es... ¿cómo lo llamas? un lecho de rosas. *Ma mère* sigue siendo una bruja especuladora, ¡desde luego que sí! Sus cartas están manchadas de lágrimas, pero también están llenas de exigencias. Envíame esto, envíame aquello. Cartones de cigarrillos. Jack Daniels. A cambio ella nos envía desperdicios. Cajas de chocolate vacías, de antes de la guerra, llenas de prendas de ganchillo manchadas de sangre y deterioradas. ¿Qué se supone que vamos a hacer con eso? Probablemente las ha sacado de sus burdeles después de que fueran bombardeados. Un mantel sucio del viejo Cathay. Grillos muertos. ¡Dios mío! Y,

mientras, ella sigue vistiéndose con sedas y jades.

»Así que papá y yo nos pusimos a conspirar. Recogimos ciempiés gigantes, de diez o doce centímetros de largo. Se los enviamos por correo aéreo. Dos docenas de demonios horribles y venenosos. Tienes que amarla, y admirarla. Ahora vive en el Shanghái comunista, pero sigue siendo tan negociante como un faraón. ¿Qué fue lo que hizo? ¿Se sintió insultada? ¡No!

»Secó los bichos, los pintó y los barnizó con laca. Los arregló como si fueran objetos decorativos preciosos para llevarlos como broches, brazaletes o amuletos. Los vendió carísimos. Ahora nos pide cajas y cajas... ¡sí, más cajas de ciempiés! Oh, ¿qué se puede hacer con ella? Hasta papá lo dice, con orgullo, que mi madre continúa siendo una *akamai wahine*. —Ugh bajó de pronto la mirada, con cierta vergüenza—. Hawaiano, sin ti quizá yo nunca habría vuelto a mis raíces. Tú estabas intentando volver a tu hogar y, al ayudarte, yo encontré mi propio camino. Solo lamento que hiciera falta una guerra para ello.

Keo suspiró al pensar en todo lo que habían perdido.

—Un amigo gitano decía que la raza humana era vil y miserable, todos y cada uno de sus miembros. Decía que la guerra era lo que nos hacía humanos. La guerra nos hace más amables, nos hace pensar más.

—¿Y tú, *mon ami*? ¿Tú fuiste amable?

—Un poco. Durante un tiempo.

Ugh le tiró del brazo.

—Dios mío, ¡no hables como si todo hubiera acabado! Aún somos jóvenes, apenas tenemos cincuenta años. Hacen falta cincuenta años solo para tomar carrerilla antes de comenzar a vivir.

Keo hizo un gesto vago de negación.

—No creo...

—¡Eh! No pienses que ya estás muerto. Relájate, deja que la vida te moldee para perfeccionarte. Habrá epifanías, momentos de una belleza que te dejará sin aliento. Y estará también el lento goteo de lo cotidiano. Déjalo venir. Abre tus brazos. De vez en cuando habrá incluso alguna mujer que se cruce en tu camino. Toca tu trompeta para ella.

—Hay veces en las que creo que tocar la trompeta solo es una forma de gritar pidiendo ayuda.

—Hawaiano, cuando quieras gritar, quédate callado. Quédate callado. En tu interior, en lo más hondo, hay un lugar en el que todo está bien. Y por lo que respecta a tu música... tu música articula la vida. La hace soportable. —Le dio unas palmadas en el brazo—. Y debes prestarle atención a Anahola. Igual que tu amada, Sun-ja, ella también estará siempre buscando, empujada a los extremos. Quizá sea por los años que pasó sin padre. Se hará daño a sí misma una y otra vez, dejándose guiar por la

intuición y el instante, volando a ciegas hacia el corazón helado de las cosas.

—Ahora tiene padres. Los buscará a ellos cuando necesite a alguien.

—¡Nunca! Es demasiado orgullosa. Y puede que te quiera a ti más que a nadie. Un día, le salvarás la vida. ¿No es eso algo por lo que vale la pena vivir?

—Es extraño —dijo Keo, bajando la mirada—. Siempre que estoy con ella, me llaman la atención... sus semejanzas. Se parece mucho a Sunny, es como si Sunny hubiera vuelto a mí.

Ugh asintió con gesto pensativo.

—Hay muchas voces que nunca oímos. Muchos significados que nunca conseguimos interpretar. Quizá todos estemos perdidos, y nos encontremos, y nos volvamos a perder otra vez. Quizá solo el asombro nos mantenga vivos. —Eché un vistazo a su reloj y se incorporó de un salto. Luego le dio un abrazo a Keo—. Ven a verme al rodeo. Y, Hawaiano, sé fuerte. Recuerda que, después de todo, sigue estando ahí la familia, *'ohana*. ¡Y todo esto! —Extendió su mano hacia la noche y después se lanzó calle abajo, cantando—: *Hi'ipoi ka 'āina aloha!* Conserva la tierra amada.

Noah Palama, con sus doce dedos en las manos, se levantó de nuevo para asomarse a la ventana. Vio a un vaquero en miniatura que pasaba corriendo y cantando. O, tal vez, solo estuviera soñando.

HA'INA MAI KA PUANA

Deja que la historia sea contada

Algunos días el océano viene para llevárselo, con un estruendo de oleaje que apenas le permite escuchar su trompeta. En días como esos, aún «siente» las notas a través de las vibraciones de sus dedos, como si fuera un hombre sordo. Hoy el mar está en calma. Siente un suave balanceo cuando las olas vienen y van, como si respirasen. El aire húmedo le aclara y relaja la piel, de forma que parece un ser luminoso. Experimenta una sensación de bienestar, la sensación de que, pese a que le faltan cosas en su vida, lo que tiene podría ser suficiente.

Levanta su trompeta y se la lleva a los labios mojados y cubiertos de cicatrices, y comienza con tranquilidad a tocar el aria «Nessun dorma» de *Turandot*. La toca despacio, con respeto, como si extrajese los aforismos y las penas cristalizadas de su vida. Con una suave exaltación, toca como un hombre que ve el mundo a través de una mente que ha recuperado la cordura. Casi solemne, con comedimiento. Pero todavía hay algo salvaje y angustiado en su manera de tocar. Algo que, hace ya mucho tiempo, estaba tocado por la genialidad.

Desde la playa, a la sombra de las palmeras, una mujer vieja lo observa y recuerda. Una vez, en París, escucharon la ópera de Puccini mientras un gitano contaba la historia de *Turandot*, cómo en Pekín, en tiempos legendarios, un príncipe ganó la mano de una princesa altanera al nombrar los tres enigmas, la Esperanza, la Sangre y el Amor. Keo se había prometido que algún día tocaría esa aria a la perfección.

La mujer sospecha que él ya no busca esa perfección. Ahora acude al aria por costumbre, como un hombre que se sienta junto a un amigo. Al llegar a la última parte, se entretiene para retrasar el punto final, y luego baja la trompeta. Ella ve que sus hombros están encorvados, en un gesto de meditación, para permitir que el aria reverbere en sus entrañas. Después, Keo vuelve a llevarse la trompeta a los labios e intenta capturar la estructura suave y compleja de una antigua canción hawaiana.

Ella se pasa la mano por la frente. Las últimas semanas han sido calurosas y secas. Los campos están abrasados, pintados de marrón, y en el *pali* de los Ko'olaus hasta las cascadas se han secado. El calor no le ha dejado dormir. En todas partes se oye un sonido de algo que se quiebra: las hojas de las palmeras, piedras que se agrietan al sol, el crepitar de insectos grandes como humanos que abren sus alas de cuero.

Ahora, escuchando tocar a Keo, siente que se forma la niebla que más tarde dará paso a las lluvias. Lluvias que se convertirán en torrentes, acallándolo todo. Todo se

verá obligado a permanecer quieto y a escuchar. Pues pronto se adentrarán en el otoño isleño, una hamaca extendida entre dos estaciones. Después el pájaro fragata echará a volar. Las nubes pasearán por la costa como miembros de la realeza. El mar se hará más violento, y la tierra, más blanda. El invierno traerá consigo huracanes.

Siente que podría dormir para siempre. Se pone en pie y se dirige a su habitación de liebres de jade, pasando junto a un estanque en el que unas carpas de brillantes colores, como trozos de tela, se asoman a la superficie. La aguardan noches muy largas, y sueños. Algunos de ellos serán insoportables. Pero habrá otros sueños que la salvarán.

Manos curativas de las madres de su madre, antiguas tejedoras de historias y cánticos que le hablarán a coro en su lengua materna. La bañarán con delicadeza, calmando el dolor de sus huesos. Enjuagarán sus huesos. Girarán balanceándose en el suelo del océano, pasándose sus pesadillas de mano en mano como si fueran reliquias de familia. Su dolor se volverá soportable; ellas lo soportarán con ella.

Escuchando con atención en esos sueños, oirá a la madre de su madre y a la madre de la madre de su madre, cantando cómo Sunny Sung se transformó en mujer, cómo obtuvo su venganza, *ho'opa'i*. Y muchachas destrozadas, el ejército de mujeres que habita en su sangre, se alzarán junto a las ancianas. En las noches de insomnio, ellas montarán guardia y harán acogedora la oscuridad.

Un día, cuando las lluvias invernales hayan terminado, ella se despertará y se verá rodeada de verde. El velo verde del plancton, como prados marinos en el rostro del mar. Joyas verdes permeando campos y cumbres, alimentándolos de oxígeno. La bruma verdosa sobre las rocas y la arena. El indeleble verdor de sus islas. Lo había visto en su juventud, pero lo había visto como se ven algunas cosas, sin verlas. Ahora lo verá de verdad. Y en ese verdor renacido, cogerá de nuevo su bastón y lo seguirá a una distancia prudencial.

Lo verá con Anahola, que una vez se llamó Baby Jo. Lo verá contándole, con calma, la historia de Sunny Sung. Hablando de su hija, su bebé, a la que nunca sostuvo en sus brazos. Verá a Anahola tapándose con las manos los ojos llorosos. La historia de Sunny será la carga de Anahola, y su redención: después de oírla, siempre mirará a su espalda. Se sentirá más unida a su tío, y cuidará de él. El tiempo les servirá para ver las cosas con perspectiva.

En la isla de los volcanes, Pono quitará lentamente las costuras de un kimono para borrar a la mujer vieja. No quedará nada excepto capitulación. La vida soltándola, dejándola ir.

*... Una noche las oye llamándola, e ho'i mai! e ho'i mai! «Vuelve. Vuelve.»
Mujeres concentrándose como nubes. Mujeres cuyas cicatrices emiten destellos de*

luz. Vienen por ella: Lili, con su pie zompo, arrugada y decidida, y la pequeña Kim, con sus costillas marcadas como ramas de un árbol. Llegan junto a su cuerpo dormido y la cogen de la mano. Ella se alza como la bruma. Atraviesan las paredes como si fueran bosquecillos de hierba parlante, y, por un instante, las liebres de jade se vuelven y las miran fijamente.

La guían hacia las cumbres, siguiendo las huellas de los antiguos para que vea y recuerde siempre cómo su isla está conservada como un bocado en el interior de una gran mejilla húmeda. Ascendiendo más y más, dejan atrás árboles de palo fierro y cipreses, y luego la zona de niebla donde los eucaliptos la envuelven. Los árboles bostezan y se balancean, conteniendo en su interior todos los temblores de la isla, que ha absorbido durante miles de años los temblores del mar.

Al mirar hacia abajo, ve cómo la isla es abrazada por el mar, cómo cada cosa que hay en ella está marcada por el agua. Se arrodilla, presiona su rostro contra el suelo y bebe, porque el suelo es el mar y, solo intermitentemente, la tierra. Algo finaliza, algo nace. Ahora Sun-ja Uanoé Sung se disuelve en la bruma que se asienta en las tierras bajas y desciende hacia las playas. Bruma que enjoya velos verdes de plancton, como prados marinos en el rostro del mar...

Y se vierte en ese mar. Abajo, abajo, en los brazos de tejedoras de historias y cánticos. En el ejército de mujeres jóvenes que se balancean en el lecho del océano. Mujeres que murieron sin voz y que nunca dejarán de hablar. Mujeres cuyo recuerdo agita la piel de los sueños de los soldados. Mujeres que nos susurran al oído. Mujeres que se alejan del tiempo cogidas las unas de las otras.

Glosario de términos hawaianos

- ‘AHI: atún de aleta amarilla
AKU: bonito (pez)
AKUA: espíritu, fantasma
AKAMAI: listo, inteligente
‘ĀINA: tierra
ANAHOLA: reloj de arena
‘AUMĀKUA: dioses familiares, antepasados deificados
‘AUWĒ!: expresión utilizada cuando algo malo o triste ha ocurrido.
‘AWA: té ligeramente narcótico
BENTO: palabra japonesa que significa «fiambrrera»
CHAR SIU: expresión china que significa «trozos de pato asado»
DA KINE: jerga para «ya sabes a lo que me refiero»
E HO‘I MAI!: ¡vuelve, vuelve!
E KIPA MAI!: ¡ven, disfruta de la hospitalidad!
FLIP: jerga para «filipino»
HANAFUDA: juego de naipes japonés
HĀNAI: adoptado
HANOHANO: solemne
HAOLE: blanco, caucasiano. Literalmente, alguien que no respira
HAOLEFIED: darse aires, actuar como un blanco
HAPA-HAOLE: medio blanco. También, turístico
HIGH MAKKA MAKKA: jerga para «pretencioso»
HILAHILA: tímido, vergonzoso
HŌHĒ: cobarde
HO‘O PONOPONO: restaurar el equilibrio de corazón y/o mente
HŪPŌ: ignorante, estúpido, tonto
HUHŪ: enfadado
HUIKAU: confundido
HUKILAU: grupo de pescadores con red
‘IWA: fragata o pájaro fragata
KAHIKI: Tahití
KAHIKO: antiguo, hace mucho tiempo
KAHUNA: hechicero, vidente
KALAHALA: pedir perdón. También KALA MAI
KALO: ñame. Bulbo parecido a la batata con hojas grandes y verde en forma de corazón. La esencia de la vida para los hawaianos
KĀLUA: cocido en un horno de tierra

KANAKA: persona hawaiana, ser humano. En plural, KĀNAKA
KANAKA MAOLI: auténtico nativo hawaiano. Ambos términos suponen un gran orgullo para los hawaianos
KĀNE: varón, marido
KAPA: taparrabos hecho de tela de corteza de morera majada
KAPAKAHI: parcial. También, inclinado, torcido
KAPU: tabú
KEIKI: niño, descendencia
KIKEPA: pareo
KOA: audaz, atrevido. También árbol nativo de gran tamaño
KŌKŌ: hamaca
KO‘OLAU: cordillera de montañas que separan la costa de barlovento de la de sotavento en la isla de Oahu
KUA‘ĀINA: campo, rural
KŪKAE: excremento
KUKUI: nuez del nogal de la India. También, lámpara, antorcha
KULIKULI!: ¡silencio!
KUPUNA: abuelo, ancestro
LĀNAI: porche, terraza, balcón
LAUHALA: hoja del árbol hala (pandanus)
LAULAU: pescado o cerdo al vapor y cubierto de hojas de ti
LILIKO‘I: fruta de la pasión
LIMU: alga
LO‘I: parcela de ñame
LŌLŌ: estúpido, bobo
LŪ‘AU: hojas con forma de corazón del ñame. También, fiesta
LUA ‘UHANĒ: lagrimal, donde se esconde el espíritu
MA‘I PĀKĒ: lepra. Literalmente, enfermedad china
MAKAHIKI: antiguo festival hawaiano de otoño
MAKAI: en dirección al mar
MAKE: muerte
MANAKA: aburrido, soso, monótono
MANA PĀLUA: que posee aura doble
MANAPUA: bollo relleno de cerdo, comida popular isleña
MANŌ: tiburón
MEAHUNA: secreto
MELE: canción, cántico
MOE MOE: dormir
MOLOĀ: vago, indolente

NĀNĀ HONUA: flores blancas y grandes del árbol trompeta de ángel. Son venenosas

NU‘UANU PALI: literalmente, los «acantilados del descanso»

‘OHANA: familia, grupo de parientes

OIA NŌ: así es la vida

‘OKOLE: nalgas

‘ŌKOLEHAO: vino de arroz casero o vino de piña

‘ONO: delicioso, sabroso, bueno

‘ŌPAKAPAKA: pez azul

‘OPIHI: lapas, moluscos, exquisitez

PĀKĒ: chino

PALI: acantilado, precipicio

PAU: acabado, terminado

PEHEA ‘OE?: ¿cómo estás?

PELE: diosa del fuego y el volcán

PIKO: cordón umbilical

PILAU: pestilente, podredumbre, hedor

PILIKIA: problema, dolor

PŌHAKU: roca, piedra

POI: pasta hecha de raíces de ñame cocinadas

PONO: bondad, equilibrio, moralidad

PUA ‘A: cerdo

PUA SADINIA: flor de gardenia

PUKA: agujero

PŪPŪ: tentempié, golosina

PUPULE: loco, demente

SAIMIN: sopa japonesa

SHOYU: palabra japonesa que significa «salsa de soja»

TITA: jerga para «hermana»

TŪTŪ: abuela (informal)

UANOE: niebla, lluvia en la bruma

‘UHANE: espíritu, alma, fantasma

UKELELE: literalmente, «pulga saltando». Guitarra hawaiana

‘ULI ‘ULI: calabaza hueca llena de semillas (maracas), utilizada para bailar hula

WAHINE: mujer, dama, esposa

WAHINE U‘I: mujer hermosa

WIKI WIKI!: ¡date prisa!

Agradecimientos

Mi eterna gratitud y afecto para mi eminente agente, Henry Dunow, que apostó por el libro ya en su fase inicial, y para Peter Borland, mi brillante e intrépido editor, cuya sensibilidad y perseverancia me ayudaron en las últimas revisiones. Por la paciencia y el cariño, mi gratitud también para Emily Grayson y Jennifer Carlson.

Estoy en deuda con la Fundación Lila Wallace-Reader's Digest Travel por su generoso apoyo y asistencia, y con el personal de la Biblioteca Schlesinger, de Radcliffe. Un saludo a mis hermanas del Instituto Bunting, también de Radcliffe, y en especial a la doctora Janet Talvacchia.

Mahalo 'a nui a todos los que siguen por su cariño, su apoyo y sus ánimos:

En Estados Unidos: Patricia Powell, Isabel Allende, Alix Kates Shulman, doctor Joseph Chang, de las universidades de Honolulu y de Wisconsin-Milwaukee, Lois Rosenthal, de la revista *Story*, Lis Harris, Anne Greene, de la Universidad Wesleyan, Tina Howe, Gretchen Simpson, Polly Kreitz, Sara Reinbold, Patsy y Harry Harsh, y especialmente mi hija y mi yerno, Anita and Robert Yantorno.

Y al Club Hawaiano de Boston, Wahi Ku Moku, especialmente Al Kuahi Wong, Pat y Joe Neilson, Lei-Sanne Doo, y Vernon Freitas por leer mi manuscrito y por su amor por la literatura y el jazz.

En Hawái: *alohas* especiales a mi familia Houghtailing, especialmente a mis primos Evelyn Liu, Raenette Kauwealoha Ing, Rosemond Kahau Aho, y a mi tía Carrie Chang, por sus recuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Y a la Hermana Malia Domenica por su fortaleza.

Holomua a mis colegas artistas y educadores de Hawaii Nei, que me han alimentado, alojado e inspirado, y que están reanimando y potenciando a nuestra gente, *nā kānaka maoli*: Puanani Burgess, doctor Manu Aluli Meyer y familia, Polly Roth, Su-su Hokulani, *Brash* Nainoa Cobbs, Napoleon Keawe, Balthazar Makua, Luana y Craig Busby-Neff, Auli'i Mitchell, Leo Akana Anderson, Laka Morton, Elizabeth Lindsey, Steve Soone, Lani Kealoha, Karin Williams, y muchos más. Y a Kupuna Mikala Kekahu y *Butch* Kekahu por su *onipa'a*.

También mi agradecimiento al personal de los Archivos del Estado de Hawái, y de la Biblioteca de la Sociedad Histórica de Hawái.

En Shanghái: por su ayuda en la investigación de las fábricas, los campos de prisioneros y las «estaciones de consuelo», gracias a Robert Chu, Tommy Lou Tong, Letitia Lum y familia, y LuLu Savage. Y a Sam Sam Soong, Cheng Yueqiang, y el señor Zhou por sus recuerdos de las bandas de jazz de Shanghái en los años treinta.

En Australia: gracias al personal del Australian War Memorial y del Museo Victoria de Melbourne. Y de nuevo a Peter Kafcouladis, de Brisbane, infatigable investigador y amigo.

En Papúa Nueva Guinea: gracias al personal del Museo de la Guerra de Papúa Nueva Guinea, en Port Moresby. Y en Rabaul, Nueva Bretaña: mi más profunda gratitud y afecto a las familias Toimanapu y Sanka-Sanka, a sus mayores y a sus amigos, por su hospitalidad y por haberme guiado por los túneles de Rabaul.

También estoy en deuda con la doctora Alice Chai, ex catedrática del Departamento de Estudios de la Mujer de la Universidad de Hawái, por sus charlas y el material que me facilitó sobre «Mujeres consuelo, el Movimiento Chongshindae». Y con la asociación Asian Pacific Women in Solidarity for Human Rights, Justice and Peace, y con el Consejo coreano para Mujeres reclutadas a la fuerza por Japón y convertidas en esclavas sexuales de los militares por todo el material que me facilitaron, sus sugerencias y consejos durante mi estancia en Seúl, Corea.

Muchos libros me resultaron útiles en mi investigación, muy especialmente *Native Lands and Foreign Desires, Pehea Lā E Pono Ai?* de Lilikala Kame‘eleihiwa; *Sisters and Strangers, Women in the Shanghai Cotton Mills, 1919-1949*, de Emily Honig; *Japan At War, An Oral History*, de Haruko Taya Cook y Theodore Cook.

Por la inspiración mientras escribía este libro, por su brillantez con la guitarra y por llevar nuestra música al resto del mundo, *mahalo* a: Ray Kane, Keola Beamer, Cyril Pahinui, Ledward Ka‘apana, George Kahumoku, Dennis Pavao, Loyal Garner «Voz Dorada», y Robi Kahakalau. *Hana Hou!* a Gabe Baltazar, saxofonista sin igual. Gracias también a Mick Mason por sus lecciones de trompeta, que duraban hasta el amanecer.

Por último y más importante, mi más profunda gratitud y amor a aquellas mujeres que fueron hechas prisioneras en la Segunda Guerra Mundial, y que han sobrevivido para dar testimonio. Les doy las gracias por su tiempo, y por su coraje al revivir recuerdos dolorosos. Aunque la mayoría eligieron permanecer en el anonimato, no podría haber escrito este libro sin sus palabras.

E Pūpūkahī

Notas

[1] *Haole* significa «blanca, caucasiana», y se pronuncia «jouli.» Al final del libro se incluye un glosario de términos hawaianos. (*N. de la A.*) <<